Anatomía De La Destructividad Humana

Erich Fromm

A medida que pasan las generaciones se vuelven peores. Vendrá un tiempo en que serán tan malvadas que adorarán el poder; la potencia tendrá razón para ellas, y dejarán de reverenciar el bien. Finalmente, cuando nadie se indigne ante el mal ni se avergüence en presencia de un miserable, Zeus los destruirá también. Pero aun entonces podría hacerse algo si la gente del común se alzara y debelara a los gobernantes que la oprimen.

Mito griego sobre la Edad del Hierro

Cuando veo la historia, me vuelvo pesimista ... pero cuando veo la prehistoria, soy optimista,

J. C. SMUTS

Por una parte, el hombre es semejante a muchas especies de animales en que pelea contra su propia especie. Pero por otra parte, entre los millares de especies que pelean, es la única en que la lucha es destructora... El hombre es la única especie que asesina en masa, el único que no se adapta a su propia sociedad.

N. TINBERGEN

PREFACIO

Este estudio es el primer volumen de una amplia obra sobre teoría psicoanalítica. Empecé por el estudio de la agresión y la agresividad porque, aparte de ser uno de los problemas teóricos fundamentales del psicoanálisis, la oleada de destructividad que está anegando el mundo lo convierte también prácticamente en uno de los más importantes.

AI empezar esta obra, hace más de seis años, subestimé las dificultades con que tropezaría. Pronto comprendí que no podría escribir adecuadamente de la destructividad humana si me encerraba dentro de los límites del principal campo de mis conocimientos: el psicoanálisis. Aunque esta investigación tiene la intención de ser ante todo psicoanalítica, necesitaba también algún pequeño conocimiento de otras materias, en particular la neurofisiología, la psicología animal, la paleontología y la antropología para no trabajar dentro de un marco de referencia demasiado angosto y por ende deformador. Tenía que estar en condiciones al menos de comparar mis conclusiones con los datos más importantes de otros campos para cerciorarme de que mis hipótesis no los contradecían y determinar si, como esperaba, ellos confirmaban mis hipótesis.

Como no había obra que comunicara e integrara los descubrimientos sobre la agresión en todos esos campos, ni siquiera que los resumiera en algún campo específico, tuve también que realizar el intento yo mismo. Este intento, pensaba, serviría también a mis lectores al ofrecerles la posibilidad de compartir conmigo un modo de ver globalmente el problema de la destructividad, y no una opinión partiendo del punto de vista de una sola disciplina. Claro está que en tal empresa puede haber muchas trampas. Era evidente que yo no podía adquirir la competencia en todos esos campos, y menos en aquel en que me aventuraba con pocos conocimientos: las ciencias de los nervios. Pude adquirir algún conocimiento en este campo no sólo estudiándolo directamente sino también gracias a la amabilidad de los neurocientíficos, algunos de los cuales me orientaron y me resolvieron muchas cuestiones, y otros de ellos que leyeron la parte del manuscrito relacionada con su especialidad. Aunque los especialistas comprendan que no tengo nada nuevo que ofrecerles en su campo particular, tal vez les parezca bienvenida la oportunidad de tener mejor conocimiento de datos procedentes de otros campos sobre un asunto de tan central importancia.

Un problema insoluble es el de las repeticiones y traslapes respecto de otras obras mías. Llevo más de treinta años de trabajar en los problemas del hombre y en el proceso he enfocado nuevos territorios al mismo tiempo que ahondaba y ensanchaba mi visión de los antiguos. No podría escribir de la destructividad humana sin presentar ideas que ya he expresado anteriormente pero que siguen siendo necesarias para entender los nuevos conceptos de que trata este libro. He tratado de reducir las repeticiones lo más posible, y he citado cuanto he podido los estudios más amplios de publicaciones anteriores; pero de todos modos las repeticiones fueron inevitables. Un problema especial al respecto es *The heart of man*, que contiene en forma principal algunos de mis últimos descubrimientos de necrofilia y biofilia. Mi presentación de estos descubrimientos está muy ampliada en la presente obra, tanto en la teoría como en lo tocante a ilustración clínica. No traté algunas diferencias entre las opiniones que expreso aquí y las de escritos anteriores porque eso hubiera requerido mucho espacio y por otra parte no es de gran interés para la mayoría de los lectores.

Sólo me queda la agradable tarea de dar las gracias a quienes me ayudaron a hacer este libro.

Deseo darlas al doctor Jerome Brams, a quien debo mucho por su ayuda en la aclaración teórica de problemas de conductismo, así como por su infatigable búsqueda de literatura relevante al respecto.

Tengo una deuda de gratitud para con el doctor Juan de Dios Hernández por su ayuda en mi estudio de la neurofisiología. En horas de discusión aclaró muchos problemas, me orientó en la vasta literatura y comentó conmigo aquellas partes de mi original relativas al problema de la neurofisiología.

Estoy agradecido a los siguientes neurólogos que me ayudaron mediante conversaciones personales y cartas, a veces bastante prolongadas; al difunto doctor Raúl Hernández Peón, a los doctores Robert B. Livingston, Robert G. Heath, Heinz von Foerster y Theodore Melnecliuck, que también leyeron las secciones de neurofisiología del manuscrito. Estoy también en deuda de gratitud con el doctor Francis O. Schmitt por concertar para mí una entrevista con miembros del Neurosciences Research Program del Instituto Tecnológico de Massachussets, en que los miembros discutieron las cuestiones que yo les había planteado. Agradezco asimismo a Albert Speer, que en conversaciones y correspondencia me ayudó mucho a perfeccionar mi semblanza de Hitler. También agradezco a Robert M. W. Kempner por la información que había recogido en calidad de uno de los fiscales del juicio de Nuremberg.

Agradezco igualmente al doctor David Schecter, al doctor Michael Maccoby y a Gertrud Hunziker-Fromm su lectura del manuscrito y sus valiosas indicaciones críticas y constructivas; al doctor Iván Illich y al doctor Ramón Xirau por sus valiosas sugerencias en materia filosófica; al doctor W.A. Mason por sus comentarios acerca de la psicología animal; al doctor Helmuth de Terra por sus útiles comentarios sobre paleontología; a Max Hunziker por sus valiosas sugerencias en relación con el surrealismo y a Heinz Brandt por su aclaradora información y sus sugerencias en relación con las prácticas del terror nazi. Agradezco también al doctor Kalinkowitz por el interés activo y alentador que manifestó en este trabajo. Agradezco igualmente al doctor Illich y la señorita Valentina Boresman su ayuda en la utilización de los medios bibliográficos del Centro Intercultural de Documentación de Cuernavaca, México.

Quiero aprovechar esta ocasión para expresar mi calurosa gratitud a la señora Beatrice H. Mayer, que en los últimos veinte años no sólo ha mecanografiado y remecanografiado las muchas versiones de cada uno de mis originales, incluso el presente, sino que también los ha preparado para la imprenta con gran sensibilidad, entendimiento y conciencia en materia de lenguaje y me ha hecho muchas y valiosas indicaciones.

En los meses que estuve fuera, la señora Joan Hughes cuidó mi original con gran competencia y constructividad, que reconozco Lleno de agradecimiento.

Sostuvo en parte esta investigación el Public Health Service Grant No. MH 13144-01, MH 13144-02 del National Institute of Mental Health. Reconozco asimismo una contribución de la Albert and Mary Lasker Foundation, que me permitió tomar un ayudante para mi labor.

E. F.

Nueva York, mayo de 1973

TERMINOLOGÍA

El equívoco empleo que se ha venido haciendo de la palabra "agresión" ha ocasionado gran confusión en la abundante literatura sobre este tema. Se ha aplicado al comportamiento combativo del hombre que defiende su vida frente a un ataque, al asaltante que mata a su víctima para conseguir dinero, al sádico que tortura a un prisionero. La confusión aún va más allá: se ha empleado la palabra para el impetuoso acercamiento sexual del varón a la hembra, para los dinámicos impulsos hacia delante de un alpinista o un agente vendedor y para el campesino que labra briosamente su tierra.

Esta confusión se debe tal vez a la influencia del pensamiento behaviorista o conductista en la psicología y la psiquiatría. Si uno califica de agresión todos los actos "nocivos" —o sea todos los que tienen por efecto el daño o la destrucción de un objeto inanimado, una planta, un animal o una persona humana—, entonces, naturalmente, la cualidad del impulso que mueve al acto nocivo importa muy poco. Si los actos destinados a destruir, los actos destinados a proteger y los actos destinados a construir se designan con la misma palabra, ciertamente no hay esperanza de entender su "causa"; no tienen causa común porque son fenómenos enteramente diferentes y nos hallamos en una posición teóricamente desesperada si queremos hallar la causa de la "agresión"[1].

Tomemos por ejemplo a Lorenz; su concepto de agresión es originalmente el de un impulso biológicamente adaptativo, desarrollado por evolución, que sirve para la supervivencia del individuo y de la especie. Pero como ha aplicado también el nombre de "agresión" al vehemente anhelo de derramar sangre y la crueldad, la conclusión es que todas esas pasiones irracionales son *también* innatas, y dado que se entiende que causa las guerras el placer de matar, la conclusión ulterior es que las guerras se deben a una tendencia destructiva innata de la naturaleza humana. La palabra "agresión" sirve de cómodo puente para comunicar biológicamente la agresión adaptativa (que no es mala) con la destructividad humana, que ciertamente lo es. El meollo de este tipo de "razonamiento" es:

Agresión biológicamente adaptativa = innata.

Destructividad y crueldad = agresión.

Ergo: Destructividad y crueldad = innata. Que es lo que se trataba de demostrar.

En esta obra he empleado la palabra "agresión" para la agresión defensiva, reactiva, que he incluido en la "agresión benigna", pero llamo "destructividad" y "crueldad" a la propensión específicamente humana a destruir y al ansia de poder absoluto ("agresión maligna"). Siempre que he empleado "agresión" por parecerme útil dentro de determinado contexto distinto del sentido de agresión defensiva, la he modificado de alguna manera para evitar malos entendimientos.

Otro problema de semántica plantea la palabra "él" cuando me refiero a los seres humanos, porque decir a cada paso "é1 o ella" resultaría pesado. Creo que las palabras son muy importantes, pero que no se debe convertirlas en fetiche e interesarse más en ellas que en lo que expresan.

En beneficio de la cuidadosa documentación, las citas dentro de esta obra van acompañadas de la mención del autor y el ano de publicación, con el fin de permitir al lector hallar la referencia completa en la bibliografía. Por eso no siempre se dan las fechas, en relación con los datos como en
la cita de Spinoza (1927).

INTRODUCCIÓN: LOS INSTINTOS Y LAS PASIONES HUMANAS

[1] Debería observarse sin embargo que Freud no dejaba de darse cuenta de esas diferencias. (Cf. el apéndice.) Además, en el caso de Freud, el motivo subyacente para su terminología es difícil de hallar en una orientación conductista; es más probable que se contentara con seguir el uso establecido y además prefiriera emplear los vocablos más generales con el fin de acomodarlos a sus propias categorías generales, como la del instinto de muerte.

El aumento de la violencia y la destructividad en escala nacional y mundial ha llamado la atención de los profesionales y del público en general hada la averiguación teórica de la naturaleza y las causas de la agresión. Este interés no es sorprendente; lo sorprendente es el hecho de que la preocupación haya sido tan reciente, sobre todo dad') que un investigador de la imponente talla de Freud, revisando su teoría anterior, que giraba en torno al impulso sexual, había ya en los veintes formulado una nueva teoría en que la pasión de destruir ("instinto de muerte") era considerada de fuerza igual a la pasión de amar ("instinto de vida", "sexualidad"). Pero el público siguió considerando el freudismo principalmente la presentación de la libido como pasión central del hombre, contrarrestada tan sólo por el instinto de la autoconservación.

Solamente mediados los sesentas cambió esta situación. Una de las razones probables del cambio fue el hecho de haber pasado de cierto límite el nivel de violencia y el temor a la guerra en todo el mundo. Pero un factor que contribuyó a ello fue la publicación de varios libros que trataban de la agresión humana, en particular *Sobre la agresión: el pretendido mal,* de Konrad Lorenz (1966). Lorenz, conocedor descollante del campo del comportamiento animal[2] y en particular del de peces y aves, decidió aventurarse en un campo en que tenía poca experiencia o competencia: el del comportamiento *humano.* Aunque ha sido rechazado por muchos psicólogos y neurólogos. *Sobre la agresión* resultó un éxito de librería e hizo profunda impresión en la mente de un vasto sector de la comunidad culta, muchos de cuyos componentes aceptaron la opinión de Lorenz como la solución definitiva del problema.

El éxito popular de las ideas de Lorenz fue reforzado grandemente por la obra anterior de un autor de género muy diferente: Robert Ardrey *(African genesis,* 1961 *y The territorial imperative,* 1967). No científico sino dramaturgo talentoso, Ardrey entretejió muchos datos acerca de los comienzos del hombre para formar un resumen elocuente pero altamente tendencioso destinado a demostrar que la agresividad es innata en el hombre. Siguieron a estos libros los de otros estudiosos del comportamiento humano, como *El mono desnudo* (1967) por Desmond Morris *y* ***Amor y odio*** (1972) por el discípulo de Lorenz, I. Eibl-Eibesfeldt.

Todas estas obras contienen en' lo fundamental la misma tesis: el comportamiento agresivo del hombre, manifestado en la guerra, el crimen, los choques personales y todo género de comportamiento destructivo y sádico se debe a un instinto innato, programado filogenéticamente, que busca su descarga y espera la ocasión apropiada para manifestarse.

Tal vez el gran éxito del neoinstintivismo de Lorenz se debiera no a la robustez de sus argumentos sino a que la gente es muy susceptible a ellos. ¿Qué podía ser más admisible para gente asustada y que se siente incapaz de modificar el rumbo al aniquilamiento que una teoría que nos asegura que la violencia arranca de nuestra índole animal, de un impulso ingobernable hacia la agresión y que lo mejor que podemos hacer es, como afirma Lorenz, comprender la ley de la evolución que explica el poder de ese impulso? Esta *teoría* de la agresividad innata fácilmente se convierte en *ideología* que contribuye a calmar el temor de lo que sucederá y a racionalizar la sensación de impotencia.

---

[2] Lorenz dio el nombre de "etología" al estudio del comportamiento animal, y es una terminología peculiar, ya que etología significa literalmente "la ciencia del comportamiento" (del griego, *ethos,* "conducta", "norma"). Para referirse al estudio del comportamiento animal Lorenz hubiera debido llamarlo "etología animal". El que dijera etología sin más implica, naturalmente, su idea de que el comportamiento humano se ha de comprender dentro del comportamiento animal Es un hecho interesante el de que John Stuart Mill, mucho antes que Lorenz, acuñara el vocablo "etología" para designar la ciencia del *carácter.* De querer yo resumir el punto esencial de este libro en pocas palabras diría que trata de "etología" en el sentido de Mills, no en el de Lorenz.

Hay otras razones para preferir esta solución simplista de una teoría instintivista al estudio serio de las causas de la destructividad, estudio que requiere poner en duda las premisas básicas de la ideología actual; nos vemos así llevados a analizar la irracionalidad de nuestro sistema social y a violar los tabúes que se ocultan detrás de palabras graves, como "defensa", "honor" y "patriotismo". Nada que no sea un análisis en profundidad de nuestro sistema social puede revelar las razones de ese incremento de destructividad o sugerir modos y medios de reducirlo. La teoría instintivista se ofrece a ahorrarnos la pesada labor de realizar ese análisis. Implica que, aunque todo deba perecer, podemos al menos hacerlo con la convicción de que nuestra "naturaleza" nos impuso ese destino fatal y que comprendamos por qué todo tenía que ocurrir como ocurrió.

Dado el actual alineamiento en el pensamiento psicológico, es de esperar que las críticas a la teoría lorenziana de la agresión humana encajen dentro de esa otra teoría dominante en psicología: la del *conductismo, A* diferencia del instintivismo, la teoría conductista no se interesa en las fuerzas subjetivas que impulsan al hombre a obrar de determinado modo; no le preocupa lo que él siente, sino sólo el modo que tiene de conducirse y el condicionamiento social que configura su comportamiento.

Fue sólo en los veintes cuando cambió radicalmente el enfoque en la psicología y pasó del *sentimiento* al *comportamiento;* en adelante, las pasiones y emociones quedaban fuera del campo de visión de muchos psicólogos, en calidad de datos que no hacían al caso, por lo menos desde un punto de vista científico. El objeto de estudio de la escuela predominante en psicología fue entonces el *comportamiento,* no *el hombre que se comportaba:* la "ciencia de la psique" se transformaba en ciencia de la ingeniería de la conducta animal y humana. Este fenómeno alcanzó su punto culminante en el neoconductismo de Skinner, que es hoy la teoría psicológica más ampliamente aceptada en las universidades de Estados Unidos.

Es fácil hallar la razón de esta transformación de la psicología. Más que ningún otro científico, el que estudia el hombre sufre la influencia de la atmósfera de su sociedad. Esto es así no sólo en sus modos de pensar, sus intereses, las cuestiones que plantea, todo ello en parte determinado socialmente como en las ciencias naturales, pero en su caso la materia misma objeto de estudio es determinada así. Siempre que un psicólogo habla del hombre, su modelo es el de las personas que lo rodean .. y sobre todo él mismo. En la sociedad industrial contemporánea, las personas son de orientación cerebral, sienten poco, y consideran un lastre inútil las emociones, tanto las de los psicólogos como las de sus sujetos. La teoría conductista parece muy apropiada para ellas.

La alternativa actual entre instintivismo y conductismo no es favorable al progreso teórico. Ambas posiciones son "monoexplicativas", dependen de preconcepciones dogmáticas, y se requiere de los investigadores que hagan encajar los datos dentro de una u otra explicación. Pero ¿estamos realmente ante la alternativa de aceptar sea la teoría instintivista, sea la conductista? ¿Estamos obligados a escoger entre Lorenz y Skinner? ¿No hay otras opciones? En este libro se afirma que hay otra, y se estudia cuál es.

Debemos distinguir en el hombre *dos tipos de agresión enteramente diferentes.* El primero, que comparte con todos los animales, es un impulso filogenéticamente programado para atacar (o huir) cuando están amenazados intereses vitales. Esta agresión "benigna", *defensiva,* está al servicio de la supervivencia del individuo y de la especie, es biológicamente adaptativa y cesa cuando cesa la amenaza. El otro tipo, la agresión "maligna", o sea la crueldad y destructividad, es específico de la especie humana y se halla virtualmente ausente en la mayoría de los mamíferos; no está programada filogenéticamente y no es biológicamente adaptativa; no tiene ninguna finalidad y su satisfacción es placentera. Buena parte de la discusión anterior de este asunto estaba

viciada por el hecho de no distinguir entre estos dos géneros de agresión, cada uno de los cuales tiene diferente origen y diferentes propiedades.

La agresión defensiva es, ciertamente, parte de la naturaleza humana, aunque no sea un instinto "innato"[3], como suele llamársele. En tanto habla de la agresión de defensa, Lorenz tiene razón al suponer un instinto agresivo (aunque es científicamente indefendible la teoría acerca de su espontaneidad y de su propiedad autorrenovadora). Pero Lorenz va más allá. Mediante cierto número de ingeniosos razonamientos considera *toda* la agresión humana, incluso la pasión de matar y torturar, resultado de una agresión biológicamente dada, transformada de fuerza benéfica en destructora debido a cierto número de factores. Pero son tantos los datos empíricos en contra de su hipótesis que la hacen virtualmente indefendible. El estudio de los animales muestra que tos mamíferos, y en especial los primates —si bien poseen bastante agresión defensiva— no son asesinos ni torturadores. La paleontología, la antropología y la historia presentan abundantes pruebas contra la tesis instintivista: 1] los grupos humanos difieren de modo tan fundamental en el grado de destructividad que los hechos difícilmente podrían explicarse suponiendo que la destructividad y la crueldad son innatas; 2] diversos grados de destructividad pueden tener correlación con otros factores psíquicos y con diferencias en las estructuras sociales respectivas, y 3] el grado de destructividad aumenta a medida que aumenta el desarrollo de la civilización, no lo contrario. Por cierto que el cuadro de la destructividad innata encaja mucho mejor en la historia que en la prehistoria. Si el hombre sólo estuviera dotado de la agresión biológicamente adaptativa que comparte con sus antepasados animales, sería un ente relativamente pacífico; si los chimpancés tuvieran psicólogos, éstos difícilmente considerarían la agresión un problema inquietante que ameritara escribir libros en torno suyo.

Pero el hombre difiere del animal por el hecho de ser el único primate que mata y tortura a miembros de su propia especie sin razón ninguna, biológica ni económica, y siente satisfacción al hacerlo. Es esta agresión "maligna", biológicamente no adaptativa y no programada filogenéticamente, la que constituye el verdadero problema y el peligro para la existencia del hombre como especie, y el fin principal de este libro es analizar la naturaleza y las condiciones de esta agresión destructiva.

La distinción entre agresión benigna defensiva y agresión maligna destructiva requiere una distinción ulterior, más fundamental, entre *instinto*[4] *y carácter, o* dicho con más precisión, entre los impulsos arraigados en las necesidades fisiológicas (impulsos orgánicos) y las pasiones específicamente humanas arraigadas en su carácter ("pasiones radicadas en el carácter o humanas"). La distinción entre instinto y carácter se estudiará ampliamente más adelante en el texto. Trataré de demostrar que el carácter es la segunda naturaleza o índole segunda *(seconde nature)* del hombre, que remplaza a sus instintos, poco desarrollados; y que las pasiones humanas (como el anhelo de amor, ternura y libertad, así como el placer de destruir, el sadismo, el masoquismo, el ansia de poder y poseer) son respuestas a las "necesidades existenciales", radicadas a su vez en las condiciones mismas de la existencia humana. Para decirlo brevemente, los *instintos* son soluciones a las necesidades *fisiológicas* del hombre, y las *pasiones* condicionadas por el carácter, soluciones a sus necesidades *existenciales, ¸son* específicamente humanas. Estas necesidades existenciales son las mismas para todos los hombres, pero los hombres difieren en lo relativo a sus pasiones dominantes. Un ejemplo: el hombre puede ser impulsado por e amor o por la pasión de destruir; en uno u otro caso satisface una de sus,

[3] Últimamente, Lorenz ha modificado el concepto de "innato" 'econociendo la presencia simultánea del factor aprendizaje. (K. Lorenz, 1965.)

[4] Empleamos aquí provisionalmente la palabra "instinto", aunque está algo anticuada. Más adelante emplearé en su lugar "pulsiones" o "impulsos orgánicos".

necesidades existenciales: la de "poner por obra" o afectar algo, de "producir un efecto" o hacer mella en algo. El que la pasión dominante del hombre sea el amor o la destructividad depende en gran parte de las circunstancias sociales; pero estas circunstancias operan en relación con la situación existencial biológicamente dada y las necesidades que en ella tienen su origen, y no con una psique indiferenciada, infinitamente maleable, como supone la teoría ambientalista.

Mas cuando queremos saber cuáles son las condiciones de la existencia humana, nos vemos conducidos a otras cuestiones: ¿cuál es la naturaleza del hombre? ; ¿en virtud de qué es hombre? Innecesario es decir que el clima actual de las ciencias sociales no resulta muy favorable para la discusión de estos problemas. En general se considera que su estudio pertenece a la filosofía y la religión; en el pensamiento positivista se las trata como especulaciones puramente subjetivas sin ningún derecho a pretender validez objetiva. Como sería inoportuno anticipar aquí la compleja argumentación que más adelante ofrezco basada en datos, me conformaré por ahora con unas cuantas observaciones. En nuestro intento de definir la esencia del hombre no nos referimos a una abstracción conseguida por medio de especulaciones metafísicas como las de Heidegger y Sartre. Nos referimos a las condiciones reales de la existencia común al hombre *qua* hombre, de modo que la esencia de cada individuo es idéntica a la existencia de la especie. Llegamos a este concepto por el análisis empírico de la estructura anatómica y neurofisiológica y sus correlaciones psíquicas que caracterizan la especie *horno.* Hacemos pasar así el principio de explicación humana del principio *fisiológico* de Freud a un principio histórico *sociobiológico.* El punto de vista desde el cual serán tratados estos problemas aquí es sociobiológico. Puesto que la especie *Homo sapiens* puede definirse en términos anatómicos, neurológicos y fisiológicos, debemos también poderla definir como especie en términos psíquicos. El punto de vista adoptado aquí para tratar estos problemas puede llamarse existencialista, aunque no en el sentido de la filosofía existencialista.

Esta base teórica nos abre la posibilidad de discutir detalladamente las diversas formas de agresión maligna arraigadas en el carácter, en especial el *sadismo* —pasión de poder irrestricto sobre otro ser dotado de sentimiento— y la *necrofilia* —pasión de aniquilar la vida y atracción hacia todo lo muerto, decadente y puramente mecánico. El entendimiento de estas estructuras de carácter se facilitará, espero, mediante el análisis del carácter de cierto número de sádicos y aniquiladores bien conocidos del pasado reciente: Stalin, Himmler y Hitler.

Habiendo señalado los pasos que seguirá este estudio sería útil indicar, siquiera brevemente, algunas de las premisas y conclusiones generales que el lector hallará en los capítulos subsiguientes: 1] no nos interesaremos en el comportamiento separado del hombre que lo tiene; trataremos de las pulsiones humanas, independientemente de que sean o no manifiestas en un comportamiento directamente observable; significa esto, en relación con el fenómeno de la agresión, que estudiaremos el origen y la intensidad de los impulsos agresivos y no el comportamiento agresivo independiente de su motivación. 2] Estos impulsos pueden ser conscientes, pero con mayor frecuencia son inconscientes. 3] La mayor parte de las veces están integrados en una estructura de carácter relativamente estable. 4] En una formulación más general, este estudio se basa en la teoría del psicoanálisis. De ahí se deduce que el método que emplearemos es el método psicoanalítico de descubrir la realidad interna inconsciente mediante la interpretación de los datos observables, con frecuencia aparentemente insignificantes. Pero la palabra "psicoanálisis" no se emplea aquí en relación con la teoría clásica sino con cierta revisión de ella. Más adelante examinaremos los aspectos clave de esta revisión; ahora quisiera decir solamente que no se trata de un psicoanálisis basado en la teoría de la libido, para evitar los

conceptos instintivistas que generalmente se entiende son la verdadera esencia de la teoría de Freud.

Esta identificación de la teoría de Freud con el instintivismo queda empero grandemente abierta a la duda. Freud fue en realidad el primer psicólogo moderno que, en contraste con la tendencia dominante, estudió el reino de las pasiones humanas: amor, odio, ambición, codicia, celos, envidia, pasiones que anteriormente sólo habían tratado los dramaturgos y novelistas y que con Freud fueron materia de estudio de la exploración científica[5]. Esto podría explicar por qué tuvo una acogida mucho más calurosa y comprensiva entre los artistas que entre los psiquiatras y psicólogos, por lo menos hasta el tiempo en que su método devino instrumento para satisfacer la creciente demanda de psicoterapia. Los artistas comprendían que era aquel el primer científico que manejaba su propia materia, el "alma" del hombre, en sus manifestaciones más secretas y sutiles. El surrealismo mostró con suma claridad este impacto de Freud en el pensamiento artístico. En contraste con formas de arte más antiguas, rechazaba la "realidad" por intrascendente y no le interesaba el comportamiento: lo que importaba era la experiencia subjetiva; era lógico que la interpretación
freudiana de los sueños se convirtiera en una de las influencias más importantes para su desarrollo.

Freud no podía sino concebir sus descubrimientos con os conceptos la terminología de su tiempo. No habiéndose liberado nunca del materialismo de sus maestros tenía, y tuvo, que hallar el modo de disfrazar las pasiones humanas, presentándolas como producto de un instinto. Y lo realizó a maravilla mediante una hazaña *(tour de force)* teórica: ensanchó el concepto de sexualidad (libido) a tal grado que todas las pasiones humanas (aparte de la propia conservación) podían entenderse como resultado de un instinto. El amor, el odio, la codicia, la vanidad, la ambición, la avaricia, los celos, la crueldad, la ternura . . . todo hubo de entrar por fuerza en el corsé de hierro de este esquema y fue tratado teóricamente como sublimaciones o formaciones de reacción contra las diversas manifestaciones de libido oral, anal y genital.

Pero en el segundo período de su obra, Freud quiso librarse de este esquema presentando una nueva teoría, que fue un paso decisivo hacia delante en la comprensión de la destructividad. Reconocía que la vida no está regida por dos impulsos egoístas, el de la alimentación y el del sexo, sino por dos pasiones —amor y destrucción— que no sirven a la supervivencia fisiológica del mismo modo que el hambre y la sexualidad. Limitado todavía empero por sus premisas teóricas los denominó "instinto de vida" e "instinto de muerte" y con ello dio a la destructividad humana la categoría de una de las dos pasiones fundamentales del hombre.

Este estudio libera pasiones como los afanes de amar, de ser libre, así como el impulso de destruir, de torturar, de mandar y someter de su maridaje forzoso con los instintos. Son éstos una categoría puramente natural, mientras que las pasiones arraigadas en el carácter son una categoría sociobiológica e histórica.[6] Aunque no sirvan directamente para la supervivencia física, son tan fuertes como los instintos, y a veces más. Forman la base del interés del hombre por la vida, de su entusiasmo, su apasionamiento; son la materia de que están hechos no sólo sus sueños sino, además el arte, la religión, el mito, el teatro . . . todo

[5] Muchas psicologías más antiguas, como las de los escritos budistas, los griegos *y* la medieval *y* moderna hasta **Spinoza** tratan las pasiones humanas como principal sujeto de estudio mediante un método en que se combinan la observación atenta (pero sin experimentación) y el pensamiento crítico.

[6] Cf. R. B. Livingston (1967) para la cuestión de hasta qué punto están algunos de ellos integrados en el cerebro; se discute en el capítulo 10.

cuanto hace la vida digna de vivirse. El hombre no puede vivir como un mero objeto, como dados arrojados de un cubilete; sufre gravemente cuando se ve reducido al nivel de una máquina de alimentar o engendrar, aunque tenga todas las seguridades que quiera El hombre ansía lo dramático y emocionante cuando no puede hallar satisfacción en un nivel superior, cree para sí el drama de la destrucción.

El clima mental contemporáneo alienta el axioma de que un motivo puede ser intenso solamente si sirve a una necesidad orgánica —es decir: sólo los instintos tienen un intenso poder de motivación. Si uno rechaza este punto de vista mecanicista y reduccionista y parte de una premisa holista empieza a comprender que las pasiones del hombre deben verse en relación con sus funciones para el proceso vital del organismo entero. Su intensidad no se debe a necesidades fisiológicas especiales sino a la necesidad que todo el organismo tiene de sobrevivir ... de desarrollarse física y mentalmente.

Estas pasiones no se hacen poderosas solamente después de haber sido satisfechas las necesidades fisiológicas. Se hallan en la raíz misma de la existencia humana y no son una especie de lujo que pueda permitirse uno después de haber satisfecho las necesidades normales, "inferiores". La gente se suicida a veces por no poder hacer realidad su pasión de amor, de poder, de fama o de desquite. Los casos de suicidio por falta de satisfacción sexual son virtualmente inexistentes. Esas pasiones no instintivas excitan al hombre, lo inflaman, le hacen la vida digna de ser vivida. Como dijo una vez Holbach, el filósofo de la Ilustración francesa, "un homme sans passions et désirs cesserait d'être un homme" (un hombre sin pasiones ni deseos dejaría de ser hombre). (P. H. D. d'Holbach, 1822.) Son tan intensas precisamente porque el hombre no sería hombre sin ellas.[7]

Las pasiones humanas transforman al hombre de mero objeto en protagonista, en un ser que a pesar de enormes dificultades trata de hacer que la vida tenga sentido. Necesita ser su propio creador, transformar su estado de ente inacabado en alguien con finalidades y propósitos que le permitan cierto grado de integración. Las pasiones del hombre no son complejos psicológicos triviales que puedan explicarse debidamente como ocasionados por los traumas de la infancia. Solamente pueden entenderse si uno va más allá de la esfera de la psicología reduccionista y las reconoce por lo que son: *el intento del hombre de hacer que la vida tenga significado y de sentir el máximo de intensidad y fuerza que pueda (o crea poder) lograr en las circunstancias dadas.* Son su religión, su culto, su ritual, que él ha de ocultar (incluso a sí mismo) en tanto las desaprueba su grupo. Claro está que por medio del soborno y el chantaje, o sea por el condicionamiento experto, puede persuadírsele a que renuncie a su "religión" y a que se convierta al culto general del no-individuo, del autómata. Pero la cura psíquica le priva de lo mejor que tiene, de ser hombre y no cosa.

La verdad es que todas las pasiones humanas, tanto las "buenas" como las "malas" pueden entenderse solamente como el intento por una persona de que la vida tenga sentido, y de trascender la existencia trivial, mera sustentadora de la vida. Sólo es posible el cambio de personalidad si es capaz el individuo de "convertirse" a un nuevo modo de dar sentido a la vida movilizando sus pasiones favorecedoras de la vida y sintiendo así una vitalidad e integración superiores a las que tenía antes. Si no es así, podrá ser domesticado, pero no curado. Pero si bien las pasiones fomentadoras de la vida conducen a una mayor sensación

[7] Esta afirmación de Holbach, naturalmente, hay que entenderla en el contexto del pensamiento filosófico de su época. La filosofía budista o la spinozista tienen una concepción enteramente diferente de las pasiones; desde su punto de vista, la descripción de Holbach sería empíricamente cierta para la mayoría de las personas, pero la posición de Holbach es exactamente lo contrario de lo que ellos consideran ser la finalidad del desarrollo humano. Con el fin de hacer apreciar la diferencia citaré la distinción entre "pasiones irracionales", como la ambición o la codicia, y las "pasiones racionales", como el amor y la solicitud por todos los seres animados (que examinaremos más adelante). Lo que hace al caso en el texto no es empero esta diferencia sino la idea de que la vida dedicada principalmente a su propia conservación es inhumana.

de fuerza, alegría, integración y vitalidad que la destructividad y crueldad, éstas son no menos que aquéllas una solución al problema de la existencia humana. El hombre más sádico y, destructor es humano, tan humano como el santo. Podrá decirse de él que es un hombre enfermo y torcido que no ha podido hallar una solución mejor al problema de haber nacido humano, y así es; también podría decirse que es un hombre que tomó un camino equivocado en busca de su salvación.[8]

Estas consideraciones no implican de ninguna manera que la destructividad y la crueldad no sean vicios; lo único que significan es que el vicio es humano. Ciertamente, destruyen la vida, el cuerpo y el espíritu; no sólo destruyen a la víctima sino también al mismo destructor. Constituyen una paradoja: expresan *la vida volviéndose contra sí misma en el afán de buscar su sentido. Son* la única perversión de verdad. Entenderlas no significa condonarlas. Pero si no las entendemos, no tenemos modo de llegar a conocer cómo reducirlas ni los factores que tienden a incrementarlas.

Este entendimiento es de particular importancia actualmente, en que la sensibilidad a lo destructivo y cruel está disminuyendo rápidamente, y la necrofilia, la atracción hacia lo muerto, decadente, sin vida y puramente mecánico va en aumento por todas partes en nuestra sociedad industrial y cibernética. El espíritu de necrofilia lo manifestó por primera vez en forma literaria F. T. Marinetti en su *Manifiesto futurista* de 1909. La misma tendencia puede observarse en buena parte del arte y la literatura de las últimas décadas, donde se hace gala de particular fascinación por todo lo corrupto, inánime, destructor y mecánico. El grito falangista de "¡Viva la muerte!" amenaza convertirse en principio secreto de una sociedad en que la conquista de la naturaleza por la máquina forma el verdadero significado *del* progreso y en que la persona viviente se convierte en apéndice de_ la máquina.

En este estudio se intenta aclarar la índole de esta pasión necrófila y de las condiciones sociales que tienden a fomentarla. La conclusión será que la ayuda en sentido lato sólo podrá venir por cambios radicales en nuestra estructura social y política que repondrían al hombre en su papel supremo en la sociedad. El deseo de "justicia y orden" (no de vida y estructura) y de un castigo más estricto de los criminales, así como la obsesión por la violencia y la destrucción entre algunos "revolucionarios" son sólo otros ejemplos de la poderosa atracción que ejerce la necrofilia en el mundo contemporáneo. Tenemos que crear las condiciones que harían del desarrollo del hombre, ser imperfecto e incompleto —único en la naturaleza— el objetivo supremo de todos los contratos sociales. La verdadera libertad y la independencia y el fin de todas las formas de poder explotador son las condiciones para la movilización del amor a la vida, única fuerza capaz de vencer al amor a la muerte.

PRIMERA PARTE

INSTINTIVISMO, CONDUCTISMO Y PSICOANÁLISIS

LOS INSTINTIVISTAS

[8] "Salvación" viene del radical latino *sal,* la sal (en español ha dado *salud).* El significado se debe al hecho de que la sal protege la carne de la descomposición; "salvación" es así lo que protege al hombre de su descomposición. En este sentido, todo hombre necesita "salvación" o salud (en un sentido no teológico).

LOS INSTINTIVISTAS ANTIGUOS

No presentaré aquí una historia de la teoría del instinto, que el lector puede hallar en muchos textos.[9] Esta historia empezó hace mucho en el pensamiento filosófico, pero en lo concerniente al pensamiento moderno data de la obra de Charles Darwin. Toda la investigación posdarwiniana de los instintos se ha basado en la teoría de la evolución expuesta por Darwin.

William James (1890), William McDougall (1913, 1932) y otros han redactado largas listas en que cada instinto se entendía motivar tipos correspondientes de comportamiento, como los instintos de imitación, rivalidad, belicosidad, simpatía, caza, temor, adquisitividad, cleptomanía, constructividad, juego, curiosidad, sociabilidad, secreto, limpieza, pudor, amor y celos —extraña mezcla de cualidades humanas universales y rasgos específicos de carácter socialmente condicionados. (J. J. McDermott, ed., 1967.) Aunque esta lista de instintos parece hoy algo ingenua, la labor de estos instintivistas es muy compleja, abunda en ideas teóricas e impresiona por la altura de su pensamiento teórico, que todavía tiene cierta validez. Así, por ejemplo, James tenía perfecto conocimiento del hecho de que podía haber un elemento de aprendizaje incluso en el primer desempeño de un instinto, y McDougall no dejaba de comprender la influencia modeladora de las diferentes experiencias y antecedentes culturales. El instintivismo de este último forma un puente a la teoría freudiana. Como ha subrayado Fletcher, McDougall no identificaba el instinto con un "mecanismo motor" y una respuesta motriz rígidamente fija. Para él el meollo de un instinto era una *"propensión"*, un "ansia", y este núcleo afectivo innato de cada instinto "parece capaz de funcionar en forma relativamente independiente tanto de la parte cognitiva como de la motriz de la disposición instintiva total". (W. McDougall, 1932.)

Antes de pasar a estudiar los dos representantes modernos más conocidos de la teoría instintivista, los "neoinstintivistas" Sigmund Freud y Konrad Lorenz, veamos un aspecto común a ambos, y además a los instintivistas antiguos: la concepción del modelo instintivista en términos de mecánica e hidráulica. McDougall se representaba la energía contenida por "compuertas" y "rebosando" en determinadas condiciones (W. McDougall, 1913). Posteriormente utilizó una analogía en que cada instinto estaba presentado como una "cámara en que constantemente se está liberando gas". (W. McDougall, 1923.) Freud, en su concepto de la teoría de la libido siguió también un esquema hidráulico. La libido aumenta — la tensión se eleva el desplacer aumenta; el acto sexual hace bajar la tensión, y el desplacer, y después la tensión empieza a subir nuevamente. De modo semejante, Lorenz consideraba la energía específica de reacción como "un gas que continuamente se está metiendo con bomba en un recipiente" o como un líquido en un depósito que puede salir mediante una válvula con resorte situada en el fondo. (K. Lorenz, 1950.) R. A. Hinde ha señalado que a pesar de varias diferencias, estos y otros modelos del instinto "comparten la idea de una sustancia capaz de energizar los comportamientos, contenida en un recipiente y después liberada para la acción". (R. A. Hinde, 1960.)

LOS NEOINSTINTIVISTAS: SIGMUND FREUD Y KONRAD LORENZ

[9] Recomiendo en especial la penetrante historia que de esa teoría hace R. Fletcher (1968).

El concepto de agresión de Freud[10]

El gran paso hacia delante que dio Freud respecto de los instintivistas antiguos, y en particular McDougall, fue unificar todos los "instintos" en dos categorías: los instintos sexuales y el instinto de conservación del individuo. La teoría freudiana puede considerarse así el último paso en el desarrollo de la historia de la teoría de los instintos; como haré ver más adelante, esta misma unificación de los instintos en uno (a excepción del instinto del ego) fue también el primer paso para la superación de todo el concepto instintivista, aunque Freud no se dio cuenta de ello. En adelante trataré sólo del concepto freudiano de la agresión, ya que su teoría de la libido es bien conocida para muchos lectores y puede hallarse en otras obras, y mejor que en ninguna en sus *Introductory lectures on psychoanalysis* (1915-6, 1916-7 y 1933).

Freud había dedicado relativamente poca atención al fenómeno de la agresión mientras consideró que la sexualidad (libido) y la conservación del individuo eran las dos fuerzas que predominaban en el hombre. A partir de los veintes, el cuadro cambió por completo. En *The ego and the id* (1923) y en sus obras posteriores postuló una nueva dicotomía: la de instinto(s) de vida (Eros) e instinto(s) de muerte. Y describía la nueva fase teórica del modo siguiente: "Partiendo de las especulaciones acerca del comienzo de la vida y de paralelos biológicos llegué a la conclusión de que además del instinto de conservar la sustancia viva debía haber otro instinto contrario que trataría de disolver esas unidades y hacerlas volver a su estado primitivo, inorgánico. Es decir, así como un Eros, había un instinto de muerte." (S. Freud, 1930.)

El instinto de muerte se dirige contra el mismo organismo, y es por ello una pulsión autodestructora, o bien se dirige hacia fuera y entonces tiende a destruir a los demás y no a sí mismo. Cuando se mezcla con la sexualidad, el instinto de muerte se transforma en impulsos menos dañinos, que se manifiestan por el sadismo o el masoquismo. Aunque Freud sugirió en diversas ocasiones que podía reducirse el poder del instinto de muerte (S. Freud, 1927), seguía en pie la idea fundamental: el hombre estaba sometido al influjo de un impulso de destrucción de sí mismo o de los demás y no podía hacer gran cosa para escapar a esa trágica alternativa. Luego desde la posición del instinto de muerte, la agresión no era en lo esencial reacción a los estímulos sino un impulso que manaba constantemente y tenía sus raíces en la constitución del organismo humano.

La mayoría de los psicoanalistas, aunque siguiendo a Freud en todo lo demás, se negaron a aceptar la teoría del instinto de muerte; tal vez se debiera esto a que aquella teoría trascendía el antiguo marco mecanicista y requería un pensamiento biológico inaceptable para los más, para quienes "biológico" era idéntico a fisiología de los instintos. De todos modos, no rechazaron totalmente la nueva posición de Freud, sino que efectuaron una transacción reconociendo un "instinto destructor" como el otro polo del instinto sexual, y así pudieron aceptar el nuevo énfasis de Freud sobre la agresión sin someterse a un modo de pensar de género enteramente nuevo.

Había dado Freud un paso importante hacia delante, de un modo de ver puramente fisiológico y mecanista a otro biológico que considera el organismo como un todo y analiza las fuentes biológicas del amor y el odio. Pero su teoría adolece de graves defectos. Se basa en especulaciones bastante abstractas y raramente ofrece *pruebas empíricas* convincentes. Además, mientras trata de interpretar, con gran pericia, los impulsos *humanos* en función de la nueva teoría, su hipótesis resulta inconsecuente con el comportamiento animal. Para él, el instinto de muerte es una fuerza biológica en todos los organismos vivos: esto quiere decir los animales también y se refiere a sus instintos

[10] En el apéndice se hallará una historia detallada y un análisis del concepto freudiano de agresión.

de muerte contra sí mismos o los demás. De donde resultaría que debíamos hallar más enfermedades o muerte temprana en los animales menos agresivos con los demás, y viceversa; pero, naturalmente, no hay datos que sustenten esta idea.
La agresión y la destructividad no son impulsos dados biológicamente y de fluir espontáneo, como demostraremos en el capítulo siguiente. Ahora quiero tan sólo añadir que Freud oscureció mucho el análisis del fenómeno de la agresión al seguir la costumbre de emplear esa palabra para los más diferentes géneros de agresión, y facilitó así su intento de explicarlos todos por *un solo* instinto. Como es evidente que no tenía propensiones conductistas, podemos suponer que la razón de ello fue su tendencia general a llegar a un concepto dualista en que dos fuerzas fundamentales se oponen mutuamente. Esta dicotomía estaba al principio a mitad de camino entre la autoconservación y la libido, y después entre el instinto de vida y el de muerte. Freud pagó la elegancia de estos conceptos con la pena de subsumir cada pasión en uno de los dos polos y por ende, de juntar tendencias que en realidad no tienen nada que ver unas con otras.

La teoría de la agresión de Lorenz

Aunque la teoría de la agresión de Freud fue (y todavía es) muy prestigiosa, era compleja y difícil, y nunca llegó a ser muy conocida en el sentido de que la leyera mucha gente ni impresionara a muchos. En cambio, la obra de Konrad Lorenz *Sobre la agresión* es un libro de muy agradable lectura, y lo mismo su anterior obra, *El anillo del rey Salomón* (1952), y muy diferente en esto de los pesados tratados de Freud sobre el instinto de muerte o, para el caso, los artículos y libros del mismo Lorenz escritos para el especialista. Además, como señalábamos en la introducción, gusta a mucha gente que hoy prefiere creer que nuestra derivación hacia la violencia y la guerra nuclear se debe a factores biológicos en que nada podemos, en lugar de abrir los ojos y ver que las causas son la circunstancias sociales, políticas y económicas creadas por nosotros mismos.

Para Lorenz[11], como para Freud, la agresividad humana es un instinto alimentado por una fuente de energía inagotable y no necesariamente resultado de una *reacción* a estímulos externos. Sostiene Lorenz que la energía específica para un acto instintivo se acumula constantemente en los centros nerviosos relacionados con esa pauta de comportamiento, y si se acumula energía suficiente es probable que se produzca una *explosión* aun sin presencia de estímulo. De todos modos, el animal y el hombre suelen hallar estímulos que descargan la energía acumulada de la pulsión; no tienen que esperar pasivamente a que aparezca el estímulo apropiado, sino que ellos buscan y aun producen estímulos. Siguiendo a W. Craig, Lorenz llamó a este comportamiento "apetitivo" o "de apetencia". El hombre, dice, crea los partidos políticos para hallar estímulos que le hagan soltar la energía acumulada, y no son los partidos políticos la causa de la agresión. Pero en los casos en que no puede hallarse ni producirse estímulo exterior, la energía del impulso agresivo acumulado es tan grande que reventará y se aplicará *in vacuo, o* sea "sin estimulación externa demostrable ... la actividad en el vacío, realizada sin objeto —manifiesta una semejanza verdaderamente fotográfica con el funcionamiento normal de las acciones motoras de

[11] Para una revisión detallada y ahora clásica de los conceptos de Lorenz (y N. Tinbergen) acerca del instinto y para una crítica general de la posición de Lorenz véase D. S. Lehrman (1953). Además, para una crítica de *Sobre la agresión* véase la reseña de L Berkowitz (1967) y la de K. E. Boulding (1967). Véase también la evaluación crítica de la teoría de Lorenz por N. Tinbergen (1968), la colección de ensayos críticos de M. L. A. Montagu sobre la teoría de Lorenz (1968) y la breve y penetrante crítica de 1. Eisenberg (1972).

que se trate . . . Esto demuestra que las pautas de coordinación motora de la norma de comportamiento instintivo son determinadas por herencia hasta en los menores detalles". K. Lorenz, 1970; originalmente en alemán, 1931-42.)[12]

Para Lorenz, pues, la agresión es ante todo *no* una reacción a estímulos externos sino una excitación interna "consustancial" que busca su soltura y hallará expresión independientemente de que **el** estímulo externo sea o no adecuado: *"Es la espontaneidad del instinto la que lo hace tan peligroso." (K.* Lorenz, 1966, subrayado por mí.) El modelo de agresión de Lorenz, como el modelo de libido de Freud, ha sido acertadamente calificado de modelo *hidráulico,* por analogía con la presión ejercida por el agua o el vapor acumulados en un recipiente cerrado.

Este concepto hidráulico de la agresión es, efectivamente, uno de los pilares en que se basa la teoría de Lorenz; se refiere al mecanismo mediante el cual se produce la agresión. El otro pilar es la idea de que la agresión está al servicio de la vida, de que sirve para la supervivencia del individuo y de la especie. Hablando en términos generales, Lorenz supone que la agresión intraespecífica (agresión entre miembros de la misma especie) tiene la función de favorecer la supervivencia de la especie. Lorenz propone que la agresión cumple esa función espaciando los individuos de una especie en el hábitat disponible, seleccionando el "mejor", de importancia en conjunción con la defensa de la hembra, y estableciendo un orden jerárquico social. (K. Lorenz, 1964.) La agresión puede tener esta función preservativa con eficacia tanto mayor por cuanto en el proceso de la evolución la agresión mortífera se ha transformado en un comportamiento compuesto de amenazas simbólicas y rituales que desempeñan. la misma función sin daño para la especie.

Pero, dice Lorenz, el instinto que servía para la supervivencia del animal se ha "exagerado grotescamente" en el hombre y se ha "vuelto loco". Así la agresión se ha hecho una amenaza más que una ayuda para la supervivencia.

Parece como si el mismo Lorenz no hubiera quedado satisfecho con estas explicaciones de la agresión humana y sintiera la necesidad de añadir otra, que de todos modos lleva fuera del campo de la etología. Dice así:

Por encima de todo es más que probable el que la intensidad destructora del impulso agresivo, todavía un mal *hereditario* de la humanidad, sea la consecuencia de un proceso de selección intraespecífica que operó en nuestros antepasados durante unos cuarenta mil anos, aproximadamente, o sea el primer período de la Edad de la Piedra. [Lorenz probablemente se refiere al último período.] Cuando el hombre hubo llegado a la etapa en que tenía armas, vestidos y organización social, o sea vencido los peligros de morir de hambre, de frío o comido por los animales silvestres, y esos peligros cesaron de ser factores esenciales que influyeran en la selección, debe haberse iniciado una selección intraespecífica mala. El factor que influía en la selección era entonces la guerra entre tribus vecinas hostiles. Es probable que entonces se produjera la evolución de una forma extremada de las llamadas "virtudes guerreras" del hombre, que por desgracia todavía muchos consideran ideales deseables. (K. Lorenz, 1966.)[13]

Este cuadro de la guerra constante entre los cazadores recolectores "salvajes" desde la cabal aparición del *Horno sapiens sapiens,* 40 *o 50* mil años a. C., es un cliché muy corriente adoptado por Lorenz sin mencionar las investigaciones que tienden a demostrar

---

[12] Posteriormente, debido a la influencia de las críticas de cierto número de psicólogos norteamericanos y de N. Tinbergen, Lorenz modificó este enunciado para dejar margen a la influencia del aprendizaje (K. Lorenz, 1965).

[13] Esta cita corresponde solamente en parte a un párrafo de las pp. 269-70 de *Sobre la agresión: el pretendido mal*, por Konrad Lorenz, Siglo XXI Editores, 1971. Como se explica en la nota al pie de la p. 260 de la misma ed., hubo cambios en la ordenación del material, debidos a que el mismo Lorenz lo organizó de modo distinto en sus diferentes ediciones. Fromm debe haber tenido presente la edición inglesa. FT.]

que no hay pruebas de que así fuera[14]. La suposición por Lorenz de cuarenta mil años de guerra organizada no es sino el antiguo cliché hobbesiano de que la guerra es el estado natural del hombre, presentado como argumento para probar que la agresividad humana es innata. La lógica de la idea de Lorenz es que el hombre *es* agresivo porque *fue* agresivo, y que *fue* agresivo porque *es* agresivo.

Aunque Lorenz tuviera razón en su tesis del continuo guerrear en el paleolítico posterior, su razonamiento de genética es discutible. Para que cierto rasgo haya de tener una ventaja en la selección tendrá que ser sobre la base de la creciente producción de descendientes fértiles de los que tienen ese rasgo. Pero dada la probabilidad de una gran pérdida de individuos agresivos en las guerras, es dudoso que la selección pueda explicar el mantenimiento de una alta incidencia de ese rasgo. De hecho, si consideramos esa pérdida una selección negativa, la frecuencia de los genes debería disminuir[15]. En realidad, la densidad de población en aquella época era en extremo baja, y para muchas de las tribus humanas después de la cabal aparición del *Homo sapiens* no había gran necesidad de competir y pelear por alimento ni espacio.

Lorenz ha combinado dos elementos en su teoría. El primero es que los animales como los hombres están dotados ínsitamente de agresión, que les sirve para la supervivencia tanto...del individuo como de la especie. Como señalaré más adelante, los descubrimientos neurofisiológicos muestran que esta agresión defensiva es una reacción a las amenazas a los intereses vitales del animal y no emana espontánea y continuamente. El otro elemento, el carácter hidráulico de la agresión acumulada, lo emplea para explicar los impulsos asesinos y crueles del hombre, pero presenta pocas pruebas en su apoyo. Tanto la agresión útil para la vida como la aniquiladora están subsumidas en una sola categoría, y lo que las relaciona es principalmente una palabra: "agresión". En contraste con Lorenz, Tinbergen ha expresado el problema con toda claridad: "Por una parte, el hombre se asemeja a muchas especies de animales en que pelea contra su propia especie. Mas por otra parte es, entre los miles de especies que pelean, la única en que esa pelea es desorganizadora . . . El hombre es la única especie que asesina en masa, el único que no se adapta a su propia sociedad. ¿A qué se debe eso? " (N. Tinbergen, 1968.)

Freud y Lorenz: semejanzas y diferencias

La relación entre las teorías de Lorenz y las de Freud es complicada. Tienen en común el concepto hidráulico de la agresión, aunque explican de modo diferente el origen del impulso. Pero parecen diametralmente opuestos en otro aspecto. Freud expuso la hipótesis de un instinto destructor, idea que Lorenz declara indefendible por razones biológicas. Su pulsión agresiva sirve a la vida, y el instinto de muerte de Freud sirve a la muerte.

Pero esta diferencia pierde bastante importancia en vista de lo que dice Lorenz acerca de las vicisitudes de la agresión originalmente defensiva y servidora de la vida. Mediante cierto número de razonamientos complicados, y a menudo cuestionables, se entiende que la agresión defensiva se transformó en el hombre en un impulso que mana espontáneamente y se incrementa a sí mismo tratando de crear circunstancias que faciliten la manifestación agresiva, o que revienta cuando no puede hallar ni crear estímulos. De ahí que incluso en una sociedad organizada desde un punto de vista socioeconómico de forma que la mayor agresión no pudiera hallar estímulos apropiados,

[14] La cuestión de la agresión entre los recolectores y cazadores se estudia ampliamente en el capítulo 8.

[15] Debo al profesor Kurt Hirschhorn una comunicación personal en que esboza el problema de genética que entraña la opinión arriba mencionada.

la misma exigencia del instinto agresivo obligaría a sus miembros a cambiarlo o de otro modo, la agresión reventaría aun sin estímulo alguno. Así, la conclusión a que llega Lorenz, de que mueve al hombre una fuerza innata de destrucción, es prácticamente la misma de Freud. Pero éste ve opuesta al impulso destructor la fuerza igualmente poderosa de Eros (la vida, la sexualidad), mientras que para Lorenz, el amor mismo lo produce un instinto agresivo.

Tanto Freud como Lorenz convienen en que si la agresión no se manifiesta por la acción es perjudicial para la salud. Freud había postulado en el primer período de su obra que la represión de la sexualidad podía conducir a enfermedades mentales; posteriormente aplicó el mismo principio al instinto de muerte y enseñó que la represión de la agresión dirigida hacia fuera es insana. Lorenz declara que "el hombre civilizado actual padece de una descarga insuficiente de su impulso agresivo". Ambos llegan por diferentes caminos al cuadro de un hombre en que continuamente se está produciendo la energía agresiva y destructiva que a la larga es muy difícil, y aun imposible, de domeñar. Lo que en los animales se llama maldad se convierte en verdadero mal en el hombre, aunque según Lorenz su origen no sea malo.

"Prueba" por analogía. Estas semejanzas entre la teoría de Freud y la de Lorenz en relación con la agresión no deben sin embargo hacernos olvidar su principal diferencia. Freud estudiaba el hombre; observaba agudamente su comportamiento manifiesto y las diversas manifestaciones de su inconsciente. Su teoría del instinto de muerte podría ser errónea o insuficiente, o apoyarse en escasas pruebas, pero se debe al proceso de observar constantemente al hombre. Lorenz, por otra parte, es un observador de los animales (y sobre todo de los animales inferiores), sin duda muy competente en su campo. Pero su conocimiento del hombre no va más allá del de una persona común y corriente, y no lo ha perfeccionado mediante la observación sistemática ni el conocimiento suficiente de la literatura[16]. Supone ingenuamente que las observaciones sobre sí mismo y sus relaciones son aplicables a todas las personas. Su método principal sin embargo no es la observación de sí mismo sino las analogías sacadas del comportamiento de ciertos animales con el del hombre. Hablando científicamente, esas analogías no prueban nada; son sugestivas y agradables para el que quiere a los animales. Van de la mano con un alto grado de antropomorfización que encanta a Lorenz. Precisamente por procurar a una persona la agradable ilusión de que "comprende" "lo que sienten" los animales se han hecho muy populares. ¿No nos gustaría acaso tener el anillo de Salomón?

Lorenz basa sus teorías de la índole hidráulica de la agresión en experimentos realizados con animales, principalmente peces y aves en condiciones de cautividad. Lo que se trata de saber es esto: ese impulso agresivo que hace matar si no es redirigido —y que Lorenz ha observado en ciertos peces y aves— ¿opera también en el hombre?

Dado que no hay prueba directa en favor de esta hipótesis en relación con el hombre y los primates no humanos, Lorenz presenta cierto número de argumentos en apoyo de su tesis. Su modo principal de abordar el problema es la *analogía;* descubre semejanzas entre el comportamiento humano y el de los animales que él ha estudiado y saca la conclusión de que ambos tipos de comportamiento tienen la misma causa. Muchos psicólogos han criticado este método; ya en 1948, el eminente colega de Lorenz, N. Tinbergen comprendía los peligros *"inherentes al procedimiento de servirse de las pruebas fisiológicas de los niveles evolucionarlos y de organización neural inferiores y de las formas de comportamiento más simples a manera de analogías para sustentar teorías fisiológicas de*

[16] Lorenz, por lo menos cuando escribía *Sobre la agresión,* no parece haber tenido un conocimiento directo de la obra de Freud. No tiene una sola mención directa de sus escritos, y las referencias que hace son relativas a lo que algún amigo psicoanalista le dijo acerca de la postura de Freud; es una lástima que no siempre sean justas o no hayan sido entendidas exactamente.

mecanismos comportamentales en niveles más elevados y complejos". *(N.* Tinbergen, 1948. Subrayado mío.)

Unos cuantos ejemplos ilustrarán la "prueba por analogía" de Lorenz[17]. Hablando de los cíclidos y del pez madreperla del Brasil comunica Lorenz la observación de que si cada pez puede desahogar su sana cólera con otro del mismo sexo, no ataca a su propia compañera ("agresión redirigida")[18]. Y comenta después:

Cosa semejante puede observarse entre los humanos. En el buen tiempo pasado del Imperio austriaco, en que todavía había criadas, vi en casa de una tía mía que había enviudado el siguiente comportamiento, regular y predecible: nunca le duraba una criada más de 8 a 10 meses. Cuando llegaba una nueva, por lo general mi tía estaba encantada, contaba a quien quería oírla las excelencias de la "perla" que había encontrado al fin. Al mes, su entusiasmo había decrecido y descubría en la pobre muchacha imperfecciones mínimas; posteriormente se transformaban éstas en grandes defectos, que hacia el final del período mencionado eran ya odiosos; y finalmente, con toda regularidad, acababa por despedirla con un gran escándalo y sin previo aviso. Después de lo cual estaba la anciana lista para encontrar un ángel de bondad en la nueva criada que se presentase.

No tengo la menor intención de burlarme de mi anciana tía, que ya murió hace mucho y era por lo demás una excelente persona. He tenido ocasión de observar exactamente el mismo comportamiento en hombres muy serios y perfectamente capaces de dominarse, y claro está que en mí también, forzosamente, en cautividad. La llamada enfermedad polar, cólera de las expediciones o locura del desierto, suele apoderarse de preferencia de grupos pequeños de hombres que se hallan aislados y dependen enteramente unos de otros, sin posibilidad de reñir con personas extrañas a su pequeño círculo de amigos, como por ejemplo entre prisioneros de guerra. Por lo dicho se comprenderá que la acumulación de la agresión reprimida resulta tanto más peligrosa cuanto más íntimamente se conocen, entienden y aprecian los miembros del grupo unos a otros. Puedo por experiencia afirmar que, en tal situación, todos los estímulos desencadenadores de la agresión y del comportamiento combativo intraespecífico sufren una fuerte depresión de sus valores liminales. Subjetivamente se expresa esto por el hecho de que cualquier movimiento expresivo del mejor amigo, como carraspear o sonarse la nariz, provoca reacciones que serían comprensibles si un animalón tabernario le hubiera propinado una bofetada descomunal al ofendido. (K. Lorenz, 1966.)

No parece ocurrírsele a Lorenz que las experiencias personales con su tía, sus compañeros prisioneros de guerra o consigo mismo no significan necesariamente que esas reacciones sean universales. Tampoco parece darse cuenta de una interpretación psicológica más compleja que podría darse del comportamiento de su tía, en lugar de aquella hidráulica en virtud de la cual su potencial agresivo aumentaba cada ocho o diez meses hasta tal grado que necesariamente tenía que dar un estallido.

Desde un punto de vista psicoanalítico supondríamos que su tía era una mujer muy narcisista y aprovechada; exigía que la criada le fuera totalmente "abnegada", que no tuviera intereses propios y aceptara encantada el papel de criatura feliz de servirla. Entonces aborda a cada nueva sirvienta con la fantasía de que ésta realizará sus esperanzas. Después de una breve "luna de miel" en que la fantasía de la tía es todavía suficientemente efectiva para no dejarle ver el hecho de que esta criada no es "una perla"

[17] La tendencia a establecer analogías totalmente ilegítimas entre los fenómenos biológicos y los sociales había sido ya patentizada por Lorenz en 1940 con un desdichado artículo (K. Lorenz, 1940) en que sostenía que las leyes del Estado deben remplazar a los principios de la selección natural cuando éstos no atienden debidamente a las necesidades biológicas de la raza.

[18] Término de N. Tinbergen.

—y tal vez contribuyendo el que la criada al principio haga todo cuanto pueda por gustar a su nueva patrona—, la tía abre los ojos y comprende que la sirvienta no está dispuesta a vivir el papel que ella le ha asignado. Este proceso de comprensión dura, naturalmente, cierto tiempo, hasta que se hace definitivo. En este momento, la tía siente gran decepción y coraje, como toda persona narcisista y aprovechada cuando se ve frustrada. No comprendiendo que la causa de su rabia está en sus imposibles exigencias, racionaliza sus decepciones acusando a la criada. Como no puede renunciar a sus deseos, despide a la muchacha y espera que la nueva sea la buena. El mismo mecanismo se repite hasta su muerte o hasta que ya nadie va a servirla. Este fenómeno no se advierte de ninguna manera solamente en las relaciones entre patronos y empleados. A menudo es idéntica la historia de los conflictos matrimoniales; pero como es más fácil despedir a una criada que divorciarse, la consecuencia suele ser un batallar de toda la vida en que cada miembro de la pareja trata de castigar al otro por agravios que no dejan de acumularse. El problema que nos encontramos aquí es el de un carácter específicamente humanó, que es el narcisista aprovechado o explotador (abusivo) y no se trata de una energía instintiva acumulada.

En un capítulo sobre "Pautas de comportamiento análogas a la moral" declara Lorenz lo siguiente: "No obstante, el que ahonda efectivamente en lo que estamos tratando no tiene más remedio que maravillarse cada vez que ve cómo esos mecanismos obligan a los animales a un comportamiento desinteresado y cuyo único objetivo es el bien de la comunidad ... el mismo que a nosotros nos impone la ley moral." (K. Lorenz, 1966.)

¿Cómo se reconoce el comportamiento "desinteresado" en los animales? Lo que describe Lorenz es una pauta de acción determinada instintivamente. La palabra "desinteresado" está tomada de la psicología humana y se refiere al hecho de que un ser humano puede olvidar su propia persona (digamos más correctamente su yo, o ego) en su deseo de ayudar a los demás. Pero, ¿tienen una oca, un pez o un perro una personalidad (yo o ego) que puedan olvidar? ¿No depende ese desinterés, ese olvido de sí mismo del hecho de la conciencia que de sí tiene el ser humano y de la estructura neurofisiológica en que se basa? Esta misma cuestión se presenta con tantas otras palabras que emplea Lorenz cuando describe el comportamiento de los animales, como "crueldad", "tristeza", "perplejidad".

Una de las partes más importantes e interesantes de los datos etológicos de Lorenz es el "vínculo" que se forma entre los animales (su ejemplo principal son los gansos) en reacción a las amenazas externas contra el grupo. Pero las analogías que establece para explicar el comportamiento humano son a veces sorprendentes, como cuando dice que la agresión discriminatoria contra los extraños y el vínculo que une a los miembros de un grupo se refuerzan mutuamente. La oposición del "nosotros" y el "ellos" puede unir a entidades a veces terriblemente contrapuestas. "Frente a la China actual, los Estados Unidos y la Unión Soviética dan a veces la impresión de sentirse nosotros. El mismo fenómeno, que entre paréntesis tiene algunas características de la guerra, puede estudiarse en la ceremonia de *redoble y chachareo* del ganso silvestre." (K. Lorenz, 1966) ¿Determinan la actitud norteamericanosoviética las pautas instintivas que hemos heredado del ganso silvestre? ¿Trata el autor de ser más o menos divertido, o tiene realmente la intención de decirnos algo acerca de la relación que pueda haber entre los gansos y los dirigentes políticos norteamericanos y soviéticos?

Lorenz va aún más allá en sus analogías entre el comportamiento de los animales (o las interpretaciones del mismo) y sus ingenuas nociones acerca del comportamiento humano, como cuando dice que "el vínculo personal, la amistad entre individuos, *sólo* aparecen en los animales de agresión intraespecífica muy desarrollada y que de hecho, ese vínculo es tanto más firme cuanto más agresivos son el animal y su especie. (K. Lorenz, 1966.)

Hasta ahí, bien está; supongamos que las observaciones de Lorenz son acertadas. Pero de ahí da un salto a la esfera de la psicología humana, y después de afirmar que la agresión intraespecífica es millones de años más antigua que la amistad personal y el amor, deduce que *"no hay amor sin agresión"* (K. Lorenz, 1966). Esta afirmación absoluta, sin ninguna prueba en su apoyo en lo relativo al amor humano, pero contradicha por hechos más observables, va acompañada de otra en que no se trata de la agresión intraespecífica sino del *"odio*, feo hermano menor del amor entrañable. Al contrario que la agresión habitual, el odio va dirigido hacia un *individuo* determinado, exactamente igual que el amor, y es lo más probable *que presuponga la existencia de éste* (subrayado mío): sólo se puede odiar verdaderamente cuando primero se ha amado y, aun cuando se niegue, se sigue amando". (K. Lorenz, 1966.) A menudo se ha dicho que el amor a veces se transforma en odio, aunque sería más acertado decir que no es el amor el que padece esa transformación, sino el narcisismo herido de la persona amante, o sea que es el desamor el que causa el odio. Pero decir que uno odia sólo donde amó, es volver una verdadera absurdidad el elemento de verdad de la declaración. ¿Acaso el oprimido odia al opresor, la madre del niño a quien lo mató, el torturado al torturador porque una vez lo amó o todavía lo ama?

Saca otra analogía del fenómeno del *"entusiasmo militante"*, que es una forma especializada de agresión comunal, claramente distinta de las formas más primitivas de vulgar agresión individual, pero sin embargo funcionalmente relacionado con ella. (K. Lorenz, 1966.) Es una costumbre "sagrada" que debe su poder motivante a las pautas de comportamiento desarrolladas filogenéticamente. Lorenz afirma que no puede caber la menor duda de que el entusiasmo militante humano nació de la reacción de defensa en común de nuestros antepasados prehumanos. (K. Lorenz, 1966.) Es el entusiasmo que comparte el grupo en su defensa contra el enemigo común.

Cualquier persona capaz de sentir emociones más o menos fuertes conoce por experiencia la reacción de que estamos tratando. En primer lugar se produce esa cualidad emocional que llamamos entusiasmo: un estremecimiento "sagrado" recorre la espalda y, como se ha comprobado mediante observaciones precisas, la parte externa de los brazos. Uno se siente por encima de todas las obligaciones cotidianas y está dispuesto a dejarlo todo por acudir al llamado del sagrado deber. Todos los obstáculos que se atraviesen en el camino de su cumplimiento carecen de importancia y sentido, y las inhibiciones instintivas que impedían dañar y matar a sus semejantes pierden desgraciadamente buena parte de su fuerza. Las consideraciones de índole racional, el sentido crítico y las razones que hablan en contra del comportamiento dictado por el entusiasmo colectivo han de callar, porque una notable inversión de valores las hace aparecer no solamente indefendibles sino totalmente despreciables y deshonrosas. Total: como dice un proverbio ucraniano, "Cuando ondea la bandera, la razón está en la trompeta." (K. Lorenz, 1966.)

Expresa Lorenz una esperanza razonable de que nuestra responsabilidad moral pueda sobreponerse a la pulsión primigenia, pero dice que nuestra única esperanza de que así sea se sustenta en el humilde reconocimiento del hecho de que el entusiasmo militante es una reacción instintiva con un mecanismo desencadenador determinado filogenéticamente, y que el único punto en que pueda dominar una vigilancia inteligente y responsable está en el condicionamiento de la reacción a un objeto que con el escrutinio de la cuestión categórica demuestra ser un valor genuino. (K. Lorenz, 1966.)

La descripción que hace Lorenz del comportamiento humano normal es bastante pasmosa. Sin duda muchos hombres saborean el sentimiento de estar absolutamente en lo justo cuando cometen atrocidades —o, para decirlo de un modo más propio de la psicología, muchos gozan al cometer atrocidades sin ninguna inhibición moral y ningún sentimiento de culpa. Pero es un procedimiento científico indefendible afirmar, sin siquiera intentar la presentación de una prueba, que se trata de una reacción humana universal, o de que es propio de la "naturaleza humana" cometer atrocidades durante la guerra, y basar esa declaración en un instinto supuestamente análogo al de los peces y las aves.

El caso es que los individuos y los grupos difieren enormemente en su tendencia a cometer atrocidades cuando se suscita su odio contra otras gentes. En la primera guerra mundial, la propaganda inglesa hubo de inventar relatos en que soldados alemanes ensartaban bebés belgas en sus bayonetas, porque en realidad eran muy pocas las atrocidades cometidas que pudieran alimentar el odio contra el enemigo. De modo semejante, los alemanes comunicaban pocas atrocidades cometidas por sus enemigos, por la sencilla razón de que eran muy pocas. Incluso en la segunda guerra mundial, a pesar de la creciente brutalización del género humano, las atrocidades en general se limitaron a las formaciones especiales de los nazis. En general, las tropas regulares de ambos bandos no cometieron crímenes de guerra en la escala que sería de esperar a juzgar por lo que dice Lorenz. Sus descripciones en cuanto a atrocidades son el comportamiento sadista o sanguinario; su "entusiasmo militante" es sencillamente una reacción nacionalista y emocional algo primitiva. Afirmar que una vez desplegadas las banderas el instinto del género humano es cometer atrocidades sería la defensa clásica contra la acusación de violar los principios de la Convención de Ginebra. Aunque estoy seguro de que Lorenz no intenta defender las atrocidades, su argumento equivale en realidad a hacerlo así. Su enfoque bloquea el entendimiento de los sistemas de carácter en que están arraigados y las condiciones individuales y sociales que causan su desarrollo.

Lorenz va incluso más allá y aduce que sin el entusiasmo militante (ese "instinto autónomo verdadero"), "no habría arte ni ciencia, ni ninguna de las demás grandes empresas de la humanidad". (K. Lorenz, 1966.) ¿Cómo puede ser así cuando la primera condición para que se manifieste ese instinto es que "la unidad social con la que se identifica el sujeto ha de aparecer amenazada por algún peligro externo"? (K. Lorenz, 1966.) ¿Hay alguna prueba de que el arte y la ciencia florezcan solamente cuando se presenta algún peligro externo?

Lorenz explica el amor al prójimo, expresado en la disposición a arriesgar su vida por él, como cosa natural si es nuestro mejor amigo y nos ha salvado la vida cierto número de veces; uno lo hace sin pensar. (K. Lorenz, 1966.) Casos de tal "comportamiento decente" se dan fácilmente en ocasiones apuradas siempre que sean de un tipo que en el paleolítico se produjera con frecuencia suficiente para producir normas sociales filogenéticamente adaptadas en relación con esa situación. (K. Lorenz, 1966.)

Este modo de ver el amor al prójimo es una mezcla de instintivismo y utilitarismo. Uno salva a su amigo porque él salvó nuestra vida cierto número de veces; ¿y si sólo lo hizo una vez, o ninguna? Además, sólo lo hace uno ¡porque en el paleolítico sucedió con bastante frecuencia!

Conclusiones acerca de la guerra. Al concluir su análisis de la agresión instintiva en el hombre, Lorenz se halla en una posición semejante a la de Freud en su carta a Einstein sobre *El porqué de la guerra* (1933). Ninguno de ellos se siente feliz por

haber llegado a conclusiones que parecerían indicar que la guerra es inextirpable por ser consecuencia de un instinto. Pero mientras Freud podría afirmar que era "pacifista" en un sentido muy amplio, Lorenz difícilmente entraría en esa categoría, aun comprendiendo bien que la guerra nuclear sería una catástrofe sin precedente. Trata de hallar medios que ayudarían a la sociedad a evitar los trágicos efectos del instinto agresivo; y ciertamente, en la era nuclear se ve casi obligado a buscar posibilidades de paz con el fin de hacer aceptable su teoría de la destructividad innata del hombre, Algunas de sus propuestas son semejantes a las de Freud, pero hay una diferencia considerable entre ellas. Las sugerencias de Freud están hechas con escepticismo y modestia, mientras que Lorenz declara no tener inconvenientes en reconocer que está en condiciones de enseñar a la humanidad la manera de cambiar por su bien, y que esa convicción no es tan presuntuosa como podría parecer . . . (K. Lorenz, 1966.)

Ciertamente, no sería presuntuosa si Lorenz tuviera algo de importancia que enseñar. Por desgracia, sus sugerencias apenas pasan de ser clichés manidos. "preceptos simples" contra el peligro de que la sociedad se desintegre del todo por el mal funcionamiento de las pautas de comportamiento social:

1. Mi primera recomendación . . . es el *conócete a ti mismo, o* sea "ahondar en el conocimiento de las concatenaciones causales que determinan nuestro propio comportamiento". (K. Lorenz, 1966.) Se trata de las leyes de la evolución. Un elemento de este conocimiento al que concede un lugar descollante Lorenz es el estudio etológico objetivo "de las posibilidades de abreacción de la agresividad en su forma original sobre objetos sustitutivos". (K. Lorenz, 1966.)
2. El estudio psicoanalítico "de lo que se llama sublimación".
3. "Fomentar el conocimiento personal y, si es posible, la amistad entre individuos miembros de familias o grupos de ideología diferentes."
4. "La cuarta y más importante medida, que debe ser tomada inmediatamente, es canalizar el entusiasmo militante de un modo inteligente y responsable, o sea ayudar a las generaciones más recientes ... a hallar en nuestro mundo moderno causas verdaderamente dignas de ser servidas con entusiasmo."

Veamos este programa punto por punto.

Lorenz hace una aplicación torcida de la noción clásica del *conócete a ti mismo,* y no sólo de ella sino también de la de Freud, cuya ciencia entera y cuya terapia del psicoanálisis están edificadas sobre el conocimiento de sí mismo. Porque el conocimiento de sí mismo freudiano significa que el hombre tenga conciencia de lo inconsciente; es éste un proceso sumamente difícil, porque tropieza con la fuerza de resistencia con que el inconsciente se defiende ante todo intento de hacerlo consciente. El conocimiento de sí mismo en el sentido freudiano no es solamente un proceso intelectual sino simultáneamente uno afectivo también, como lo era ya para Spinoza. No es tan sólo conocimiento por el cerebro, sino también por el corazón. Conocerse a sí mismo significa penetrar más hondamente, intelectual *como* afectivamente, en regiones hasta ahora ocultas de nuestra psique. Es un proceso que puede durar años en una persona enferma que quiere curarse de sus síntomas y toda una vida en una persona que de veras quiere ser ella misma. Su efecto es el de una energía incrementada, porque se libera energía de la tarea de apoyar las represiones; así cuanto más está en contacto el hombre con su realidad interior, tanto más despierto y libre está. Por otra parte, lo que Lorenz da a entender con ese *conócete a ti mismo* es algo muy diferente; se trata del conocimiento *teórico* de la evolución y concretamente de la índole instintiva de la agresión. Una analogía con la idea

lorenziana del conocerse así mismo sería el conocimiento teórico de la teoría freudiana del instinto de muerte. En realidad, según el razonamiento de Lorenz, el psicoanálisis como terapia consistiría sencillamente en la lectura de las obras completas de Freud. Recordamos una declaración de Marx en el sentido de que si alguien se encuentra en alta mar y no sabe nadar no tendrá más remedio que ahogarse, aunque conozca las leyes de la gravedad; como dice un sabio chino: "La lectura de las prescripciones no nos remedia."

Lorenz no insiste en el segundo de sus preceptos: la sublimación; el tercero ("fomentar el conocimiento personal y, si es posible, la amistad entre individuos miembros de familias o grupos de ideología diferentes") concede Lorenz que es algo "evidente" ... efectivarnente, hasta las líneas aéreas anuncian los viajes internacionales como útiles para la causa de la paz; lo malo de este concepto de que el conocimiento personal tiene una función reductora de la agresión es que no es cierto. Hay de ello pruebas abundantes. Los ingleses y los alemanes se conocían muy bien antes de 1914, pero su odio mutuo al estallar la guerra fue feroz. Hay pruebas aún más reveladoras. Es notorio que ninguna contienda entre naciones provoca tanto odio y crueldad como la guerra civil, en que no falta el conocimiento mutuo entre los dos bandos beligerantes. Y el hecho del mutuo conocimiento íntimo ¿disminuye la intensidad del odio entre los miembros de una familia?

No puede esperarse que el "conocimiento mutuo" y la "amistad" reduzcan la agresión porque representan un conocimiento superficial *acerca de* otra persona, conocimiento de un "objeto" que vemos desde fuera. Es totalmente diferente del conocimiento penetrante, empático, en que se comprenden las experiencias del otro movilizando las propias, que son iguales o semejantes. El conocimiento de este tipo requiere que la mayoría de las represiones dentro de uno mismo se reduzcan de intensidad hasta un punto en que haya poca resistencia al conocimiento de nuevos aspectos de nuestra inconsciente. El logro de un entendimiento no juzgador puede reducir la agresividad o incluso hacerla desaparecer; depende del grado en que una persona se sobreponga a su propia inseguridad, codicia y narcisismo y no a la cantidad de información que tenga acerca de los demás[19].

El último de los cuatro preceptos de Lorenz es "canalizar el entusiasmo militante"; una de sus recomendaciones especiales es el deporte. Pero la verdad es que los deportes competitivos estimulan mucha agresión. Hasta qué punto es así pudo verse últimamente en Latinoamérica, donde los hondos sentimientos despertados por un match de fútbol internacional ocasionaron una pequeña guerra.

No hay pruebas de que el deporte reduzca la agresión, y al mismo tiempo debemos decir que no hay pruebas de que el deporte tenga por motivo la agresión. Lo que suele producir la agresión en los deportes es el carácter de competencia del suceso, cultivado en un clima social competitivo incrementado por una comercialización general, en que los fines más atractivos no son ya el orgullo por la proeza sino el dinero y la publicidad. Muchos observadores atentos de los malhadados juegos olímpicos de Mu-

[19] Es interesante la cuestión de por qué las guerras civiles son efectivamente mucho más terribles y por qué despiertan impulsos mucho más destructores que las guerras entre naciones. Parece plausible que la razón esté en que por lo general, al menos en las guerras internacionales modernas, el objetivo no es el aniquilamiento ni la extinción del enemigo. Su objetivo es limitado: obligar al contrario a aceptar condiciones de paz perjudiciales pero de ningún modo amenazadoras para la existencia de la población en el país derrotado. (Nada podría ilustrar esto mejor que el caso de Alemania, que perdió dos guerras mundiales pero después de cada derrota fue más próspera que antes.) Son excepciones a esta regla las guerras que tienden a la extinción física o el esclavizamiento de toda la población enemiga, como algunas de las guerras —pero no todas, ni mucho menos— que hicieron los romanos. En la guerra civil los dos bandos contrarios apuntan, si no a acabar con el otro físicamente, sí a destruirlo económica, social y políticamente. De ser acertada esta hipótesis, significaría que el grado de destructividad depende de una manera general de la gravedad de la amenaza.

nich en 1972 han reconocido que en lugar de fomentar la buena voluntad y la paz, habían fomentado la agresividad competitiva y el orgullo nacionalista[20].

Algunas otras de las declaraciones de Lorenz sobre la guerra y la paz valen la cita por ser buenos ejemplos de su ambigüedad en este campo:

Supongamos que un hombre, sean cualesquiera sus obligaciones o compromisos nacionales o políticos, se identifique además con otros ideales que no sean nacionales ni políticos. Aunque patriota (como lo soy), y aun sintiendo una rotunda hostilidad contra otro país (que no es mi caso), de todos modos no podría desear *de todo corazón* la destrucción de tal país si comprendiera que vivían en él personas que como yo laboraban con entusiasmo en el campo de las ciencias inductivas, veneradores de Charles Darwin y celosos propagandistas de la verdad de sus descubrimientos; y que también había allí gente que compartía mi admiración por Miguel Ángel, por el *Fausto* de Goethe o por la belleza de los bancos de coral o por la protección de los animales silvestres, y así sucesivamente, por toda una serie de entusiasmos secundarios. Me resultaría imposible odiar *sin reservas* a un enemigo que compartiera siquiera una de mis identificaciones con valores culturales y éticos. (K. Lorenz, 1966. Subrayados míos.)

Lorenz hace ciertas salvedades a la negativa del deseo de destruir a todo un país cuando dice "de todo corazón" y "sin reservas". Pero ¿qué significa no desear "de todo corazón" la destrucción, o qué es un odio "con reservas"? Más importante es su condición para no desear la destrucción de otro país si hay allí gente que comparte sus propios gustos y entusiasmos particulares (los que reverencian a Darwin sólo parecen tener derecho si además son celosos propagandistas de sus descubrimientos): no le basta que sean seres humanos, Es decir: sólo es indeseable el aniquilamiento total de un enemigo si éste tiene una cultura semejante a la de Lorenz, y precisamente por eso, y aún más concretamente, si tiene sus propios intereses y valores.

No cambia el carácter de estas declaraciones el que Lorenz pida una "educación humanista", o sea una que ofrezca un óptimo de ideales comunes con que un individuo se pueda identificar. Tal era el tipo de educación sólito en las universidades alemanas antes de la primera contienda mundial, pero la mayoría de los que enseñaban ese humanismo eran probablemente de mentalidad más belicosa que el alemán común y corriente. Solamente un humanismo muy diferente y radical, en que la identificación primordial sea con la vida y con el género humano, puede tener influencia contra la guerra.

La idolatría de la evolución. La posición de Lorenz no puede entenderse a cabalidad si uno no conoce su actitud casi religiosa respecto del darwinismo. No es rara esta actitud, y merece un estudio más detallado por ser un fenómeno sociopsicológico de la cultura contemporánea. La honda necesidad que el hombre tiene de no sentirse perdido y solo en el mundo se satisfacía, claro está, anteriormente, con el concepto de un Dios que había creado este mundo y se preocupaba por todas y cada una de sus creaturas. Cuando la teoría de la evolución acabó con la idea del Dios creador supremo, la confianza en Dios como padre todopoderoso del hombre cayó también, aunque muchos lograron combinar la creencia en Dios con la aceptación de la teoría darwiniana. Pero para muchos de aquellos cuyo Dios había sido destronado, la necesidad de una figura divina no desapareció. Algunos proclamaron un nuevo dios, la Evolución, y adoraron a Darwin como su profeta. Para Lorenz y otros muchos, la

[20] La pobreza de lo que dice Lorenz acerca de la canalización del entusiasmo militante resulta particularmente evidente *si* uno lee el clásico artículo de William James, *The moral equivalents of war* (191 1).

idea de evolución fue el núcleo de todo un sistema de orientación y devoción. Darwin ha revelado la verdad última en relación con el origen del hombre; todos los fenómenos humanos que podrían estudiarse y explicarse mediante consideraciones de orden económico, religioso, ético o político habían de entenderse desde el punto de vista de la evolución. Esta actitud casi religiosa respecto del darwinismo se manifiesta en el uso que hace Lorenz de la denominación "los grandes constructores" o "los grandes artífices" refiriéndose a la selección y la mutación. Habla de los métodos y objetivos de los "grandes constructores", en forma muy parecida a la que emplearía un cristiano para hablar de los actos de Dios. Emplea incluso el singular, el "gran constructor", acercándose más así a la analogía con Dios. Tal vez nada exprese el tono idólatra del pensamiento lorenziano más claramente que los párrafos finales de *Sobre la agresión :*

Yo no creo que los grandes artífices de la evolución vayan a resolver este problema de la humanidad acabando "del todo" con la agresión intraespecífica. Esto no correspondería a los métodos que tienen ya probados. Cuando una pulsión comienza a hacerse peligrosa en una situación biológica nueva y a causar daños, no por ello es eliminada totalmente, porque eso significaría renunciar a sus indispensables funciones. Lo que suele suceder es que se crea un mecanismo inhibidor especial acomodado a la nueva situación para impedir los efectos nocivos de la pulsión. En la filogénesis de muchos seres, la agresión fue inhibida para hacer posible la cooperación pacífica de dos o más individuos, y así surgió el vínculo del amor y la amistad personales, sobre el cual está edificada también nuestra organización social. La nueva situación biológica de la humanidad hace indiscutiblemente necesario un mecanismo inhibitorio que impida la agresión efectiva no sólo contra nuestros amigos personales sino también contra todos los humanos, de todos los países e ideologías.

De ahí se deduce la obligación incontrovertible, que es un secreto descubierto observando a la naturaleza, de amar a todos nuestros hermanos humanos, sin distinción de persona. Este mandamiento no es nuevo, nuestra razón comprende bien cuán necesario es y nuestra sensibilidad nos hace apreciar debidamente su hermosura. Pero *tal y como estamos hechos, no podemos obedecerlo.* Sólo podemos sentir la plena y cálida emoción del amor y la amistad por algunos individuos, y con la mejor voluntad del mundo, y la más fuerte, nos es imposible hacer otra cosa. Pero *los grandes artífices* sí pueden. Y yo *creo* que lo harán, como *creo* en el poder de la razón humana, y en el de la selección. *Y creo* que la razón empujará a la selección por un camino razonable. *Creo* asimismo que dará a nuestros descendientes en un futuro no demasiado lejano la facultad de obedecer al más grande y bello de todos los mandamientos verdaderamente humanos. (K. Lorenz, 1966. Subrayados míos.)

Los grandes artífices triunfarán donde Dios y el hombre han fracasado. El mandamiento del amor fraterno no puede ser efectivo, pero los grandes artífices lo animarán. Esta última parte de su declaración es una verdadera confesión de fe: creo, creo, creo ...

El darwinismo social y moral predicado por Lorenz es un paganismo romántico, nacionalista, que tiende a oscurecer el verdadero entendimiento de los factores biológicos, psicológicos y sociales responsables de la agresión humana. Ahí está la diferencia fundamental de Lorenz con Freud, a pesar de sus semejanzas en las opiniones sobre la agresión. Freud fue uno de los últimos representantes de la filosofía de la Ilustración. Creía genuinamente en que la razón era la única fuerza que tiene el hombre y la única que puede salvarle de la confusión y la decadencia.

Postulaba firmemente convencido la necesidad de que el hombre se conociera a sí mismo descubriendo sus apetencias inconscientes. Superó la pérdida de Dios dirigiéndose a la razón . . . y se sintió dolorosamente débil. Pero no buscó nuevos ídolos.

2

AMBIENTALISTAS Y CONDUCTISTAS

AMBIENTALISMO ILUSTRADO

La posición diametralmente opuesta a la de los instintivistas sería la que defienden los ambientalistas. Según su pensamiento, el comportamiento del hombre está modelado exclusivamente por la influencia del medio ambiente, o sea por los factores sociales y culturales, no los "innatos". Esto es particularmente cierto en in tocante a la agresión, uno de los principales obstáculos al progreso humano.

En su forma más radical, este modo de ver fue presentado ya por los filósofos de la Ilustración. Se suponía que el hombre había nacido "bueno" y racional y que debido a las malas instituciones, la mala educación y el mal ejemplo se habían formado en él tendencias malas. Algunos negaban que hubiera diferencias físicas entre los sexos *(1'áme n 'a pas de sexe*, el alma no tiene sexo) y proponían que cualesquiera que fueran las diferencias existentes, aparte de las anatómicas, se debían a la educación y a los sistemas sociales. Pero en contraste con el conductismo, estos filósofos no se interesaban en los métodos del arte de manejar o dirigir al hombre sino en el cambio social y político. Creían que la "buena sociedad" crearía al hombre bueno o mejor dicho, permitirían que se manifestase la bondad natural del hombre.

CONDUCTISMO

El conductismo lo fundó J. B. Watson (1914); se basaba en la premisa de que "la materia de la psicología humana es *el comportamiento (conducta) o las actividades del ser humano"*. Como el positivismo lógico, excluía todos los conceptos "subjetivos" que no pudieran observarse directamente, como la "sensación, percepción, imagen, deseo y aun el pensamiento y la emoción, que se definen subjetivamente". (J. B. Watson, 1958.)

El conductismo tuvo un notable desarrollo entre las formulaciones menos complicadas de Watson y el brillante neoconductismo de Skinner. Pero éste representa ante todo un perfeccionamiento de la tesis original, no una originalidad ni profundidad muy grandes.

EL NEOCONDUCTISMO DE B. F. SKINNER

El neoconductismo de Skinner[21] se basa en el mismo principio que los conceptos de Watson: la ciencia de la psicología no necesitaba, ni tenía por qué, ocuparse en los sentimientos o impulsos ni otros sucesos subjetivos[22]; desdeña todo intento de hablar de una "naturaleza" del hombre o construir un modelo del hombre, ni analizar diversas pasiones humanas que motivan el comportamiento humano. Considerar el comportamiento humano impelido por intenciones, fines, objetivos o metas sería un modo precientífico e inútil de estudiarlo. La psicología tiene que estudiar *qué* refuerzos tienden a configurar el comportamiento humano *y cómo* aplicar esos refuerzos más efectivamente. La "psicología" de Skinner es la ciencia de la técnica o la ingeniería del comportamiento, y su objetivo es hallar los refuerzos adecuados para producir el comportamiento deseado.

En lugar del condicionamiento simple de acuerdo con el modelo pavloviano, Skinner habla de condicionamiento "operante". En resumen, esto significa que el comportamiento no condicionado, con tal que sea deseable desde el punto de vista del experimentador, tiene una recompensa, es decir, le sigue placer. (Skinner cree que el refuerzo recompensatorio es mucho más eficaz que el punitivo.) En consecuencia, el sujeto acabará por seguirse comportando del modo deseado. Por ejemplo, a Juanito no le gustan mucho las espinacas; se las come, la madre lo recompensa con una observación halagadora, una mirada afectuosa o un trozo más de pastel, lo que sea más reforzador para Juanito, medido por lo que mejores resultados dé ... es decir, la madre administra "refuerzos positivos". Al final, a Juanito le gustarán las espinacas, sobre todo si los refuerzos se administran efectivamente en función de su selección. En centenares de experimentos, Skinner y otros han creado las técnicas para este condicionamiento operante. Skinner ha demostrado que con el debido empleo del refuerzo positivo, puede modificarse el comportamiento de los animales y los humanos en grado sorprendente, aun en contra de lo que alguien denominaría con cierta vaguedad tendencias "innatas".

El haber señalado esto es sin duda un gran mérito de la obra experimental de Skinner, y además apoya las opiniones de quienes creen que la estructura social (o "cultura", según el modo de hablar de muchos antropólogos norteamericanos)

---

[21] Como una amplia consideración de los merecimientos de la teoría skinneriana nos apartaría mucho de nuestro principal problema, me limitaré a la presentación de los principios generales del neoconductismo y a la discusión más detallada de algunos puntos que parecen de sazón. Para el estudio del sistema de Skinner habría que leer B. F. Skinner (1953). Para una versión breve véase B. F. Skinner (1963). En su último libro (1971) examina los principios generales de su sistema yen especial su relación con la cultura. Véase también la breve discusión entre Carl R. Rogers y B. F. Skinner (1956) y B. F. Skinner (1961). Para una crítica de la posición skinneriana, cf. Noam Chomsky (1959). Véase también el contraargumento de K. MacCorquodale (1970) y N. Chomsky (1971). Las revisiones de Chomsky son completas y de mucho alcance, y están expresadas con tal perfección que es innecesario repetirlas. No obstante, las posiciones psicológicas de Chomsky y las mías están tan alejadas unas de otras que me veo obligado a presentar algunas críticas en este capítulo.

[22] Al contrario de muchos conductistas, Skinner concede incluso que los "sucesos privados" no tienen por qué ser excluidos totalmente de las consideraciones científicas y añade que "una teoría conductista del conocimiento indica que el mundo privado, si no enteramente incognoscible, por lo menos no es fácil de conocer bien". (B. F. Skinner, 1963.) Esta rectificación hace la concesión de Skinner poco más que una atenta inclinación de cabeza a la psique-alma, la materia que estudia la psicología.

puede conformar al hombre, aunque no necesariamente mediante el condicionamiento operante. Importa añadir que Skinner no desdeña la dotación genética. Para definir correctamente su posición deberíamos decir que aparte de la dotación genética, el refuerzo determina por entero el comportamiento.

El refuerzo puede darse de dos modos: como sucede en el proceso cultural normal o planeado según la doctrina skinneriana, y entonces conduce a un "diseño para la cultura". (B. F. Skinner, 1961, 1971.)

Objetivos y valores

Los experimentos de Skinner no se ocupan en los *objetivos* del condicionamiento. El sujeto animal o el humano se condicionan para que obren de determinado modo. La decisión del experimentador que plantea los objetivos del condicionamiento decide para qué serán condicionados. Por lo general, el experimentador en estas situaciones de laboratorio no se interesa en *para qué* está condicionando al sujeto animal o humano sino en el hecho de que *puede* condicionarlos para el objetivo que él quiera y en cómo lo logrará mejor. Pero surgen serios problemas cuando pasamos del laboratorio a la vida real, individual o social. En este caso, lo que más importa es *para qué* se condiciona a la gente y quién determina los objetivos.

Parece que cuando Skinner habla de cultura tiene presente todavía su laboratorio, donde el psicólogo que procede sin juicios de valor puede hacerlo fácilmente porque el objetivo del condicionamiento importa bien poco. Tal es por lo menos una explicación de por qué Skinner no se enfrenta a la cuestión de los objetivos y los valores. Por ejemplo, escribe: "Admiramos a la gente que se conduce de modos originales o excepcionales, no porque ese comportamiento sea en sí admirable sino porque no sabemos favorecer el comportamiento original o excepcional de ningún otro modo." (C. R. Rogers y B. F. Skinner, 1956.) Esto no pasa de ser un razonamiento tortuoso: admiramos la originalidad porque sólo podemos condicionarla admirándola.

Mas ¿para qué condicionarla si no es un fin deseable en sí?

Skinner no afronta la cuestión, aunque hubiera podido darle solución con un poco de análisis sociológico. El grado de originalidad e inventiva deseable en diversas clases y grupos ocupacionales de una sociedad dada varía. Los científicos y los altos ejecutivos, por ejemplo, necesitan una fuerte dosis de esas cualidades en una sociedad burocrática y tecnológica como la nuestra. Mas para los burócratas de escalones inferiores, ese mismo grado de capacidad creadora sería un lujo . . . o una amenaza al funcionamiento perfecto de todo el sistema.

No creo yo que este análisis sea una respuesta suficiente a la cuestión del valor de la originalidad y la capacidad creadora. Hay abundancia de pruebas psicológicas de que el afán de creación y originalidad son impulsos hondamente arraigados en el hombre, y hay alguna prueba neurofisiológica que hace suponer que el empeño de ser original y creador está "integrado" en el sistema del cerebro. (R. B. Livingston, 1967.) Sólo quiero poner de relieve que el callejón sin salida de la posición skinneriana se debe al hecho de que no dedica atención a tales especulaciones ni a las de la sociología psicoanalítica, de ahí que crea que si esas cuestiones no tienen solución conductista, no tienen ninguna.

He aquí otra muestra del borroso pensamiento skinneriano en relación con los valores:

Muchas personas suscribirían la proposición de que no entra juicio de valor en la decisión de cómo construir una bomba atómica, pero rechazarían la proposición de que no entre ninguno en la decisión de construirla. La diferencia más importante sería aquí tal vez que las prácticas científicas que guían al diseñador de la bomba son claras, mientras que las que guían al diseñador de la cultura que hace la bomba no lo son. No podemos pronosticar el éxito o fracaso de una invención cultural con la misma precisión con que pronosticamos el de una invención material. Por esta razón se dice que recurrimos a juicios de valor en el segundo caso. A lo que recurrimos es a tratar de adivinar. Sólo en este sentido pueden intervenir los juicios de valor, cuando la ciencia se abstiene. Cuando podamos diseñar pequeñas interacciones sociales y, tal vez, culturas enteras con la confianza que ponemos en la tecnología material, las cuestiones de valor no se plantearán. (B. F. Skinner, 1961.)

El principal punto de vista de Skinner es que en realidad no hay diferencia esencial entre la ausencia de juicio de valor en el problema técnico de diseñar la bomba y la decisión de hacer una. La única diferencia es que los motivos para hacer la bomba no están "claros". Tal vez no estén claros para el profesor Skinner, pero sí lo están para muchos estudiosos de la historia. La verdad es que había más de una razón para hacer la bomba atómica (y de modo semejante la de hidrógeno): el temor de que la hiciera Hitler; quizá el deseo de tener un arma superior contra la Unión Soviética en previsión de conflictos ulteriores (cierto esto sobre todo en el caso de la bomba de hidrógeno) y la lógica de un sistema que se ve obligado a incrementar su armamento para apoyar su lucha contra sistemas competidores.

Muy apartada de estas razones militares, estratégicas y políticas hay otra que creo igualmente importante. Me refiero a la máxima que es una de las normas axiomáticas de la sociedad cibernética: "supuesto que es técnicamente *posible* hacer una cosa, *hay que* hacerla". Si es posible hacer armas nucleares, hay que hacerlas, aunque puedan acabar con todos nosotros. Si es posible ir a la luna o los planetas, hay que hacerlo, siquiera a costa de dejar muchas necesidades insatisfechas acá en la tierra. Este principio significa la negación de todos los valores humanistas, pero de todos modos representa un valor, quizá la norma suprema de la sociedad "tecnotrónica"[23].

Skinner no se cuida de examinar las razones que hay para hacer la bomba y nos pide que esperemos a la evolución del conductismo para saber el misterio. En sus opiniones acerca de los procesos sociales muestra la misma incapacidad para entender los motivos ocultos, no verbalizados, que en su tratamiento de los procesos psíquicos. Dado que la mayor parte de lo que dicen las personas acerca de su motivación, en política como en la vida personal, es notoriamente ficticio, la confianza en lo *verbalizado* bloquea el entendimiento de los procesos sociales y psíquicos.

En otros casos, Skinner introduce de contrabando los valores sin parecer darse cuenta de ello. En el mismo artículo, por ejemplo, dice: "Estoy seguro de que nadie desea crear nuevas relaciones de amo y esclavo ni someter a la gente a gobernantes déspotas de maneras nuevas. Esas son normas de poder propias de un mundo sin

[23] He estudiado esta idea en *The revolution of hope* (E. Fromm, 1968). Independientemente, H. Ozbekhan ha formulado el mismo principio en su trabajo, *The triumph of technology: "can" implies "ought".* (H. Ozbekhan, 1966.)
El doctor Michael Maccoby ha llamado mi atención hacia algunos resultados de su estudio acerca de la gestión de las industrias altamente desarrolladas, que indica que el principio de que "poder implica deber" es más válido en las industrias que producen para el *establishment* militar que para el resto de la industria, más competitivo. Pero aunque esta argumentación fuera acertada, deben considerarse dos factores: primero, el tamaño de la industria que trabaja directa o indirectamente para las fuerzas armadas, y segundo, que ese principio ha penetrado en la mente de muchas personas no directamente relacionadas con la producción industrial. Un buen ejemplo fue el entusiasmo que hubo al principio por los viajes espaciales; otro ejemplo es la tendencia en medicina a hacer y aplicar cosas independientemente de su verdadera importancia para un caso determinado.

ciencia." (B. F. Skinner, 1961.) ¿En qué época vive el profesor Skinner? ¿No hay acaso sistemas que intentan someter la voluntad de la gente a los dictadores? ¿Esos sistemas se hallan tan sólo en culturas "sin ciencia"? Skinner parece creer todavía en la ideología de "progreso" a la antigua: la Edad Media era oscurantista porque no tenía ciencia, y la ciencia conduce necesariamente a la libertad del hombre. El caso es que ningún dirigente ni ningún gobierno declara ya explícitamente su intención de someter la voluntad de la gente; tienen tendencia a emplear palabras nuevas que parezcan lo contrario de las antiguas. Ningún dictador dice que es dictador, y todos los sistemas proclaman representar la voluntad del pueblo. En los países del "mundo libre", por otra parte, la "autoridad anónima" y la manipulación han remplazado a la autoridad declarada en la educación, el trabajo y la política.

Los valores de Skinner emergen también en la siguiente declaración: "Si somos *dignos* de nuestra herencia democrática deberemos, naturalmente, estar dispuestos a oponernos a cualquier empleo tiránico de la ciencia para fines inmediatos o egoístas. Pero si *valoramos* las conquistas y los objetivos de la democracia no tenemos que negarnos a aplicar la ciencia al diseño y la creación de normas culturales, aunque nos hallemos en cierto modo en la posición de contralores." (B. F. Skinner, 1961. Subrayado mío.) ¿Cuál es la base de esa valoración en la doctrina neoconductista?

¿Qué es eso de los contralores?

La respuesta de Skinner es que "todas las personas controlan y todas son controladas". (C. R. Rogers y B. F. Skinner, 1956.) Esto parece tranquilizador para una persona de mentalidad democrática, pero no deja de ser una fórmula vaga y bastante desprovista de significado, como pronto vemos:

Al observar cómo controla el amo al esclavo o el patrón al trabajador solemos pasar por alto los efectos recíprocos y, considerando la acción en un solo sentido, nos vemos inducidos a considerar el control explotación, o por lo menos obtención de una ventaja unilateral, pero el control es en realidad mutuo. *El esclavo controla al amo tan cabalmente como el amo al esclavo* (subrayado mío), en el sentido de que los procedimientos de castigo empleados por el amo han sido escogidos por el comportamiento del esclavo al someterse a ellos. Esto no significa que la noción de explotación no tenga sentido ni que no podamos con propiedad preguntar *¿cui bono?* Mas al hacerlo así vamos más allá de la explicación del *episodio social en si* (subrayado mío) y consideramos ciertos efectos de largo plazo claramente relacionados con la cuestión de los juicios de valor. Una consideración semejante se suscita en el análisis de cualquier comportamiento que altera una práctica cultural. (B. F. Skinner, 1961.)

Esto me parece indignante; se nos pide que creamos que la relación entre amo y esclavo es recíproca, aunque la noción de explotación no deje de tener sentido. Para Skinner la explotación *no* es parte del episodio social en sí; sólo lo son los procedimientos de control. Esta es la opinión de un hombre que ve la vida social como un episodio en su laboratorio, donde todo cuanto importa al experimentador es su procedimiento . . . y no los "episodios" en sí, puesto que no tiene ninguna importancia en este mundo artificial el que el cobayo sea pacífico o agresivo. Y por si fuera poco, Skinner afirma que la idea de la explotación por el amo está "claramente relacionada" con la cuestión de los juicios de valor. ¿Cree Skinner que la explotación, o digamos el robo, la tortura y el asesinato no son "hechos" por estar claramente relacionados con los juicios de valor? Esto significaría por cierto que

todos los fenómenos sociales y psicológicos dejan de ser hechos que pueden examinarse científicamente si pueden también juzgarse en cuanto a su valor[24].

Sólo se puede explicar lo que dice Skinner de que esclavo y amo están en relación de reciprocidad por el ambiguo uso que hace de la palabra "control". En el sentido en que suele usarse esa palabra, no cabe duda de que el amo controla (domina, manda) al esclavo, y que no hay nada de "recíproco" en ello, salvo que el esclavo puede en cierto modo ejercer un mínimo de contracontrol . . . por ejemplo, mediante la amenaza de rebelión. Pero Skinner no habla de eso. Habla de control en el sentido abstracto, precisamente, del experimento de laboratorio, en que no penetra la vida real. Repite efectivamente con toda seriedad lo que ha sólido decirse en broma, el cuento ese del conejillo de indias que cuenta a otro conejillo cómo ha condicionado a su experimentador: cada vez que el conejillo toca una palanca, el experimentador tiene que alimentarlo.

Como el neoconductismo no tiene teoría del hombre, sólo puede ver el comportamiento y no la persona que se comporta. Sea que alguien me sonría porque quiera ocultar su hostilidad, o que una vendedora sonría (en las mejores tiendas) porque le han dado instrucciones de hacerlo así o que un amigo me sonría porque esté contento de verme, para el conductismo todo es igual, porque "una sonrisa es una sonrisa". Resulta difícil comprender que al profesor Skinner en tanto que persona le sea igual, a menos que esté tan enajenado que la realidad de las personas ya no le importe. Pero si la diferencia importa, ¿cómo podría ser válida una teoría que no la toma en cuenta?

Tampoco puede el neoconductismo explicar por qué unas cuantas personas condicionadas para ser perseguidores y torturadores caen enfermas mentalmente a pesar de la continuación de los "refuerzos positivos". ¿Por qué éstos no impiden que otros muchos se rebelen, por la fuerza de su razón, de su conciencia o su amor, cuando todos los condicionamientos operan en sentido contrario? ¿Y por qué muchas de las personas más adaptadas, que deberían ser testimonio sobresaliente del éxito del condicionamiento, son profundamente infelices y conturbadas o padecen de neurosis? Debe haber en el hombre impulsos inherentes que ponen límites al poder del condicionamiento; y el estudio del fracaso del condicionamiento se antoja tan importante, científicamente hablando, como su éxito. Ciertamente, puede condicionarse al hombre para que se conduzca casi de cualquier modo deseado; pero sólo "casi". Reacciona en modos diferentes y averiguables a aquellas condiciones que entran en conflicto con las necesidades humanas básicas. Puede condicionársele para que sea un esclavo, pero reaccionará con la agresión o un declinar de la vitalidad. 0 puede condicionársele para que se sienta parte de una máquina, pero reaccionará con el hastío, la agresión y la infelicidad.

Fundamentalmente, Skinner es un racionalista ingenuo que quiere ignorar las pasiones del hombre. En contraste con Freud, no le impresiona el poder de las pasiones y cree que el hombre siempre se comporta como requiere su egoísmo. E incluso el principio entero del neoconductismo es que el interés del individuo es tan poderoso que apelando a él —sobre todo en la forma de que el medio recompense al individuo por obrar en el sentido deseado— puede determinarse cabalmente el comportamiento del hombre. En definitiva, *el neoconductismo se basa en la quintaesencia de la experiencia burguesa: la primacía del egotismo y del interés personal sobre todas las demás pasiones humanas.*

[24] Con la misma lógica resultaría "recíproca" la relación entre torturador y torturado, porque el torturado, con la manifestación de su dolor, condiciona al torturador para que emplee los instrumentos de tortura más eficaces.

Razones de la popularidad de Skinner

La extraordinaria popularidad de Skinner puede explicarse por el hecho de que logró fundir elementos del pensamiento tradicional, optimista y liberal, con la realidad social y mental de la sociedad cibernética.

Skinner cree que el hombre es maleable, sujeto a las influencias sociales y que nada de su "naturaleza" puede considerarse obstáculo terminante a la evolución hacia una sociedad pacífica y justa. Su sistema atrae así a los psicólogos liberales, que hallan en él un argumento con que defender su optimismo político. Seduce a quienes creen que los fines sociales deseables, como la paz y la igualdad, no son ideales sin arraigo, sencillamente, sino que pueden establecerse en realidad. La idea en general de que uno pueda "diseñar" una sociedad mejor sobre una base científica interesa a muchos que antes hubieran podido ser socialistas. ¿No quería Marx también diseñar una sociedad mejor? ¿No llamó "científico" a su socialismo para distinguirlo del "utópico"? ¿No es particularmente seductor el método de Skinner en un momento histórico en que la solución política parece haber fracasado y las esperanzas revolucionarias están gravemente debilitadas?

Pero el optimismo implícito de Skinner por sí solo no hubiera bastado a hacer sus ideas tan atractivas sin su combinación de las opiniones liberales tradicionales con su negación misma.

En la era cibernética, el individuo cada vez está más sometido a manipulación. Su trabajo, su consumo y su ocio se manipulan mediante el anuncio, las ideologías, lo que Skinner califica de "refuerzos positivos". El individuo pierde su papel activo, responsable en el proceso social; queda completamente "ajustado" y aprende que todo comportamiento, acto, pensamiento o sentimiento que no encaje dentro del plan general lo pone en grave desventaja; de hecho 61 *es* lo que se *entiende que debe ser. Si* se empeña en ser sí mismo pone en riesgo, en los estados policíacos, su libertad y aun su vida; en algunas democracias, corre el riesgo de no avanzar y en casos menos frecuentes, de perder su trabajo y, tal vez lo más importante, de sentirse aislado, privado de comunicación con los demás.

Hay muchas personas que no tienen conciencia clara de su malestar, pero sienten confusamente el temor a la vida, al futuro, al tedio causado por la monotonía y la falta de sentido de lo que están haciendo. Sienten que los mismos ideales en que quieren creer han perdido sus amarras en la realidad social. Qué alivio puede ser para ellos saber que lo mejor es el condicionamiento, la solución más progresista y eficaz. Skinner recomienda el infierno del hombre aislado, manipulado de la era cibernética como el paraíso del progreso. Acalla nuestros temores de adónde vamos diciéndonos que no tenemos por qué asustarnos, que el rumbo tomado por los que dirigen el sistema industrial es el mismo que aquel con que soñaran los grandes humanistas, sólo que científicamente asentado. Además, la teoría de Skinner parece cierta porque lo es (casi) para el hombre enajenado de la sociedad cibernética. En resumen, el skinnerismo es la psicología del oportunismo presentada como un nuevo humanismo científico.

No estoy diciendo que Skinner *quiera* hacer el papel de apologista de la era "tecnotrónica". Al contrario, su ingenuidad política y social a veces le hacen escribir en forma más convincente (y confusa) que si tuviera conciencia de aquello para lo que está tratando de condicionarnos.

CONDUCTISMO Y AGRESIÓN

El método conductista es tan importante para el problema de la agresión porque la mayoría de quienes investigan la agresión en los Estados Unidos han escrito con una orientación conductista. Su razonamiento es, en resumidas cuentas, éste: si Juanito descubre que siendo agresivo su hermanito (su madre, etc.) le da lo que él quiere, se convertirá en una persona con tendencia a comportarse agresivamente; otro tanto podría decirse del comportamiento sumiso, valiente o afectuoso. La fórmula es que uno obra, siente y piensa del modo que resulta ser un buen método para obtener lo que uno quiere. La agresión, como cualquier otro tipo de comportamiento, se aprende simplemente sobre la base de buscar la ventaja óptima posible para uno.

El modo conductista de ver la agresión lo expuso sucintamente A. H. Buss cuando definió la agresión como "una reacción que comunica estímulos nocivos a otro organismo". Y dice:

Hay dos razones para excluir el concepto de intento de la definición de la agresión, En primer lugar, implica teleología, una acción objetiva dirigida hacia un fin futuro, y este modo de ver no concuerda con el enfoque conductista de este libro. El segundo, y más importante, es la dificultad de aplicar este término a los sucesos conductistas. El intento es un suceso privado que puede o no ser susceptible de verbalización, que puede o no reflejarse exactamente en una expresión verbal. Podríamos dejarnos inducir a la aceptación de que el intento es una inferencia de la historia de los refuerzos del organismo. Si se ha reforzado sistemáticamente una reacción agresiva por una consecuencia concreta, como la huida de la víctima, podría decirse que la recurrencia de la reacción agresiva entraña un "intento de provocar la huida". Pero este tipo de inferencia es superfluo en el análisis del comportamiento, y es más fructífero examinar directamente la relación entre la historia de los refuerzos de una reacción agresiva y la situación inmediata que produce la reacción.

En resumen, el *intento* es torpe e innecesario en el análisis del comportamiento agresivo; lo más importante es, antes bien, la naturaleza de las consecuencias reforzadoras que afectan a] acaecimiento y la fuerza de las reacciones agresivas. Es decir, lo que importa es saber qué clase de reforzadores afecta al comportamiento agresivo. (A. H. Buss, 1961.)

Por "intento" entiende Buss el intento consciente. Pero Buss no deja de ser sensible al enfoque psicoanalítico: "Si el enojo no es el impulsor de la agresión, ¿es útil tomarlo por un impulso? La posición aquí adoptada es
que no lo es." (A. H. Buss, 1961.)[25]

Psicólogos conductistas tan descollantes como A. H. Buss y L. Berkowitz son mucho más sensibles al fenómeno de los sentimientos del hombre que Skinner, pero el principio básico de éste de que el objeto debido para la investigación científica es el hecho, no el agente, sigue siendo cierto también en su posición. Por ello no conceden la debida importancia a los fundamentales descubrimientos de Freud: los de las fuerzas psíquicas que determinan el comportamiento. el carácter en gran parte inconsciente de esas fuerzas y el "conocimiento" ("comprensión") como factor que puede producir cambios en la carga y la dirección de la energía en esas fuerzas.

[25] L Berkowitz ha adoptado una posición en muchos respectos semejante a las de A. H. Buss; no es muy indiferente a la idea de las emociones motivantes, piro en lo esencial se atiene al marco de la teoría conductista; modifica la teoría de la agresión y la frustración, pero no la rechaza. (L. Berkowitz, 1962 y 1969.)

Los conductistas afirman que su método es "científico" porque no tratan de lo visible, o sea el comportamiento declarado. Pero no reconocen que el "comportamiento" en sí, separado de la persona que se comporta, no puede describirse adecuadamente. Un hombre dispara un arma y mata a una persona; el acto conductual en sí—hacer el disparo que mata a **la** persona— aislado del "agresor" no significa gran cosa psicológicamente. De hecho, solamente sería adecuada una afirmación conductista acerca del arma; en relación con *ella,* la motivación del hombre que aprieta el gatillo no hace al caso. Pero su comportamiento puede sólo entenderse plenamente si conocemos la motivación consciente *e* inconsciente que le mueve a apretar el gatillo. No hallamos una *sola* causa a su comportamiento, pero podemos descubrir la estructura psíquica en el interior de este hombre —su carácter— y los muchos factores conscientes e inconscientes que en cierto momento le hicieron disparar. Descubrimos que podemos explicar el *impulso* de disparar, que lo determinan muchos factores de su sistema de carácter, pero que el *acto* de disparar es el más contingente de todos los factores, y el menos predecible. Depende de muchos elementos accidentales de la situación, como el fácil acceso al arma, la ausencia de otras personas, el grado de estrés y las condiciones de todo su sistema psicofisiológico en ese momento.

La máxima conductista de que el comportamiento observable es un dato científico seguro sencillamente no es cierta. El hecho es que el comportamiento en sí es diferente según el impulso motivante, aunque pueda no ser advertible la diferencia con una inspección somera.

Un sencillo ejemplo nos lo demostrará: dos padres, cada uno de ellos con diferente estructura de carácter, dan cada quien una tunda a su hijo porque creen que el niño necesita esa corrección para su desarrollo normal. Ambos se conducen de una manera en apariencia idéntica. Golpean al hijo con la mano. Pero si comparamos el comportamiento de un padre amante y solícito con el de uno sádico veremos que el comportamiento no es el mismo en realidad. Su modo de agarrar al chiquillo y de hablarle antes y después del castigo, su expresión facial, hacen el comportamiento de uno y otro muy diferentes. De modo correspondiente, la reacción del niño difiere según el comportamiento. El uno siente lo que hay de destructivo o sádico en el castigo; el otro no tiene razón para dudar del amor de su padre. Tanto más por cuanto ese ejemplo del comportamiento paterno es tan sólo uno de muchos casos que el niño ha experimentado antes y que han formado su imagen del padre y su reacción a éste, El hecho de que ambos padres tengan la convicción de que están castigando al niño por su propio bien apenas importa, salvo que esa convicción moralista puede obliterar las inhibiciones que de otro modo podría tener el padre sádico. Por otra parte, si el padre sádico jamás golpea al hijo, tal vez por temor a su esposa o por ir contra sus ideas progresistas en materia de educación, su comportamiento "no violento" producirá la misma reacción, porque sus ojos comunican al niño el mismo impulso sádico que le comunicaría su mano al golpearlo. Como los niños son en general más sensibles que los adultos, responden al impulso del padre y no a un fragmento aislado de comportamiento.

O bien tomemos otro ejemplo: vemos a un hombre gritando y con el rostro colorado. Describimos su comportamiento diciendo que "está enojado". Si preguntamos por qué está enojado, la respuesta podría ser "porque está asustado". "¿Por qué está asustado? " "Porque padece una honda sensación de impotencia." "¿A qué se debe? " "A que nunca disolvió los lazos con su madre y emocionalmente es todavía un niño." (Naturalmente, esta serie no es la única posible.) Cada una de las respuestas es "verdad". La diferencia entre ellas está en que se refieren a niveles de

experiencia cada vez más profundos (y por lo general menos conscientes). Cuanto más profundo es el nivel a que se refiere la respuesta, más importante es para entender su comportamiento. No solamente para entender sus motivaciones, sino para reconocer el comportamiento en cada detalle. En un caso como éste, por ejemplo, un observador agudo *verá* la expresión de impotencia espantada en su rostro y no solamente su rabia. En otro caso, el comportamiento patente de un hombre podrá ser el mismo, pero la sagaz conciencia de su rostro mostrará dureza y una intensa destructividad. Su comportamiento colérico es sólo la expresión controlada de impulsos destructores. Los dos comportamientos parecidos son en realidad muy distintos, y aparte de la sensibilidad intuitiva, el modo científico de comprender las diferencias requiere el conocimiento de la motivación, o sea de las dos diferentes estructuras de carácter.

No he dado la respuesta acostumbrada de "está enojado porque lo han insultado —o así se siente—", porque esa explicación pone todo el énfasis en el estímulo desencadenante, pero no toma en cuenta que la capacidad de estimular del estímulo depende también de la estructura de carácter de la persona estimulada. Un grupo de personas reaccionan de diferente modo al mismo estímulo según sus caracteres. A será atraído por el estímulo, B repelido, C asustado y D no hará caso.

Naturalmente, Buss está en lo cierto cuando dice que el intento es un suceso privado que puede o no ser susceptible de verbalización. Pero éste es precisamente el dilema del conductismo: como no tiene método para examinar los datos no verbalizados, ha de restringir su investigación a los datos que puede manejar, por lo general demasiado toscos para que se presten a un sutil análisis teórico.

DE LOS EXPERIMENTOS PSICOLÓGICOS

Si un psicólogo se impone la tarea de comprender el comportamiento humano, habrá de idear métodos de investigación adecuados al estudio de los seres humanos *in vivo,* mientras que prácticamente todos los estudios conductistas se realizan *in vitro.* (No en el sentido de esta expresión en el laboratorio de fisiología sino en el sentido equivalente de que el sujeto se observa en condiciones controladas, dispuestas artificialmente, no en el proceso "real" de la vida.) La psicología parece haber querido alcanzar *la* respetabilidad imitando el método de las ciencias naturales, si bien las de hace cincuenta años, y no con el método "científico" sólito en las ciencias naturales más avanzadas[26]. Además, la falta de significado teórico suele disimularse con formulaciones matemáticas de aspecto impresionante no relacionadas con los datos y que no añaden nada a su valor.

Es una empresa difícil idear un método para la observación y el análisis del comportamiento humano fuera del laboratorio, pero es una condición necesaria para entender el hombre. En principio, hay dos campos de observación para el estudio del hombre:

1. La observación directa y detallada de una persona. La situación más perfecta y fructuosa de este tipo es la psicoanalítica, el "laboratorio psicoanalítico" tal y como lo concibiera Freud, que permite manifestarse a los impulsos inconscientes del paciente y facilita el examen de su relación con su comportamiento abierto "normal" y "neurótico"[27]. Menos intensiva, pero también muy fructuosa, es una entrevista —o mejor una serie de entrevistas— en que si es posible entren también el estudio de

[26] CF. el discurso de J. Robert Oppenheinur (1955) y muchas declaraciones análogas de descollantes científicos.

[27] Entrecomillo las dos palabras porque con frecuencia se emplean de una manera imprecisa y a veces han llegado a confundirse con socialmente adaptado e inadaptado, respectivamente.

algunos sueños y ciertos tests proyectivos. Pero no debe uno subestimar el conocimiento profundo que un observador diestro puede lograr con sólo observar detenidamente a una persona cierto tiempo (en que entran, claro está, sus ademanes, su voz, su apostura, su expresión facial, sus manos, etc.). Aun sin el conocimiento personal, los diarios, la correspondencia y una historia detallada de la persona, este tipo de observación puede ser una fuente importante para el entendimiento en profundidad de su carácter.

2. Otro método para estudiar el hombre *in vivo* es transformar situaciones dadas en reales en un "laboratorio natural" en lugar de llevar la vida al laboratorio psicológico. En lugar de montar una situación social artificial, como hace el experimentador en su laboratorio psicológico, uno estudia los experimentos que la vida le ofrece; uno escoge *situaciones sociales dadas* que sean comparables *y* las transforma en el equivalente de experimentos mediante el *método* de estudiarlas. Manteniendo constantes algunos factores y otros variables, este laboratorio natural permite también poner a prueba diversas hipótesis. Hay muchas situaciones comparables, y uno puede comprobar si una hipótesis se mantiene en todas las situaciones, y si no, si las excepciones pueden explicarse satisfactoriamente sin modificar la hipótesis. Una de las formas más simples de esos "experimentos naturales" son las *enquétes* (con cuestionarios largos y de extremo abierto y/o entrevistas personales) con representantes seleccionados de ciertos grupos, como grupos de edades u ocupacionales, prisioneros, personas hospitalizadas, y así sucesivamente. (El empleo de la batería convencional de pruebas psicológicas no es, a mi modo de ver, suficiente para entender los estratos más profundos del carácter.)

Verdad es que el empleo de "experimentos naturales" no nos permite la "precisión" de los experimentos de laboratorio, porque no hay dos constelaciones sociales idénticas; pero observando no "sujetos" sino personas, no artificios sino la vida real, no es menester que la supuesta (y con frecuencia dudosa) precisión se pague con la trivialidad de los resultados del experimento. Creo que la exploración de la agresión, en el laboratorio de la entrevista psicoanalítica o en un "laboratorio" socialmente dado es, desde un punto de vista científico, muy preferible a los métodos del laboratorio psicológico, en lo tocante al análisis del comportamiento; pero requiere un nivel mucho más elevado de pensamiento teórico complejo que para los experimentos de laboratorio, incluso muy inteligentes[28].

Para ilustrar lo que acabo de decir veamos el "Behavioral study of obedience", muy interesante y uno de los experimentos más considerados en el campo de la agresión, realizado por Stanley Milgram en la Universidad de Yale en su "laboratorio de interacción" (S. Milgram, 1963)[29].

Los sujetos eran 40 varones de edades comprendidas entre 20 y 50 años, de New Haven y comunidades vecinas. Se consiguieron mediante un anuncio en el periódico

[28] He hallado que los "cuestionarios interpretativos" son un instrumento valioso para el estudio de las motivaciones subyacentes y en gran parte inconscientes de los grupos. Un cuestionario interpretativo analiza el significado no entendido de una respuesta (a una cuestión franca) e interpreta las respuestas en sentido caracterológico más que en su valor nominal Apliqué este método por primera vez en 1932 en un estudio del Instituto de Investigación Social de la Universidad de Frankfurt, y lo volví a emplear en 1960 y tantos en un estudio de carácter social de un pueblecito mexicano, Entre los principales colaboradores que tuve en el primer estudio estaban Ernest Schachtel, la difunta Anna Hartoch-Schachtel y Paul Lazarsfeld (de consultor estadístico). El estudio se acabó mediada la década de los treintas, pero sólo se publicaron el cuestionario y algunas muestras de las respuestas. (M. Horkheimer, ed., 1936.) El segundo estudio se publicó. (E. Fromm y M. Maccoby, 1970.) Maccoby y yo hemos ideado también un cuestionario para determinar los actores que indican el carácter necrófilo, y Maccoby ha aplicado este cuestionario a diversos grupos, con resultados satisfactorios. (M. Maccoby, 1972a.)

[29] Todas las citas que siguen están tomadas de S. Milgram (1963).

y por solicitación directa por correo. Los que respondieron creían ir a participar en un estudio sobre memoria y aprendizaje de la Universidad de Yale. En la muestra hay una amplia gama de ocupaciones. Los sujetos típicos fueron empleados de correos, profesores de universidad, agentes vendedores, ingenieros y jornaleros. El nivel de instrucción de los sujetos abarcaba desde los que no habían terminado la primaria hasta los que se habían doctorado o tenían títulos profesionales. Se les pagaron 4.50 dólares por su participación en el experimento. Pero a los sujetos se les dijo que el pago era sencillamente por acudir al laboratorio y que se les entregaría el dinero independientemente de lo que sucediera después de su llegada.

En cada experimento había un sujeto ingenuo y una víctima (cómplice del experimentador). Se había ideado un pretexto que justificaría la administración de un electroshock por el sujeto ingenuo[30]. Se realizaba efectivamente mediante una estratagema. Después de una introducción general acerca de la supuesta relación entre castigo y aprendizaje se les decía a los sujetos:

> "Pero en realidad sabemos muy poco del efecto de los castigos en el aprendizaje, porque casi no se han realizado estudios científicos de él en seres humanos.
>
> "Por ejemplo, no sabemos qué grado de punición será mejor para el aprendizaje . . . y no sabemos quién será mejor para administrar el castigo, si el adulto aprende mejor de una persona más joven que él o de una mayor, y así sucesivamente.
>
> "Por eso en este estudio juntamos cierto número de adultos de diferentes edades y ocupaciones. Y pedimos a algunos de ellos que hagan de enseñantes y a otros de educandos.
>
> "Sólo queremos averiguar qué efecto producen las diferentes personas en las demás como enseñantes y educandos, y además qué efecto tendrá el castigo sobre el aprendizaje en esta situación.
>
> "Por eso pediré a uno de ustedes que sea el maestro aquí esta noche y al otro que sea el educando.
>
> "¿Tiene alguno de ustedes una preferencia? "

Los sujetos sacaban entonces papeletas de un sombrero para decidir quién sería el maestro y quién el aprendiz en el experimento. Las suertes estaban arregladas de tal modo que el sujeto ingenuo era siempre el maestro y el cómplice siempre resultaba el educando. (Las dos papeletas contenían la palabra "maestro".) Inmediatamente después de echar a suertes, el maestro y el alumno pasaban a una sala adyacente, y el alumno era amarrado con correas a un aparato de "silla eléctrica".

El experimentador explicaba que las correas eran para impedir el movimiento excesivo cuando el educando recibía un castigo eléctrico, con el fin de hacerle imposible la huida de tal situación. Se sujetaba un electrodo a la muñeca del educando, y se aplicaba una pasta de electrodo "para evitar las ámpulas y quemaduras". Se les decía a los sujetos que el electrodo estaba unido al generador de electroshocks situado en la pieza vecina.

... Se indica al sujeto que debe administrar un "toque" al aprendiz cada vez que dé una respuesta equivocada. Además —y aquí está la clave de las instrucciones— el sujeto debía "poner en un nivel más alto el generador de shocks cada vez que el aprendiz diera una respuesta errónea". También se le dice que anuncie el nivel del voltaje antes de administrar el toque. Esto era con el fin de recordar continuamente

[30] En realidad no se administraban electroshocks, pero este hecho no lo conocían los sujetos enseñantes.

a los sujetos la creciente intensidad de los toques que administraban al educando . . . En todas las condiciones, el aprendiz da una serie predeterminada de respuestas a la prueba de un par de palabras basada en un plan de aproximadamente tres respuestas equivocadas por una correcta. En la actual condición experimental no se oye ninguna reacción vocal ni otra señal de protesta del educando antes de llegar al nivel de shock 300. Cuando se administra el toque de 300 voltios, el educando golpea la pared de la pieza en que está sujeto a la silla eléctrica. El sujeto puede oír los golpes. A partir de este momento, las respuestas del educando ya no aparecen en el tablero de cuatro vías . . . Si el sujeto indicaba no estar dispuesto a seguir adelante, el experimentador respondía con una serie de estímulos o "acicates", y empleaba tantos como era necesario para convencer al sujeto.

Acicate 1 : Continúe, por favor, o Siga, por favor.

Acicate 2: El experimento requiere que continúe.

Acicate 3: Es absolutamente esencial que continúe.

Acicate 4: No hay remedio, *tiene* usted que seguir.

Los acicates se seguían siempre por orden: sólo si el número 1 fallaba se podía recurrir al número 2. Si el sujeto se negaba a obedecer al experimentador después del acicate número 4, el experimento había terminado. El tono de voz del experimentador era siempre firme, pero no descortés. La serie empezaba de nuevo cada vez que el sujeto se detenía o se mostraba renuente a obedecer las órdenes.

Acicates especiales. Si los sujetos preguntaban que si el aprendiz podía quedar físicamente afectado para siempre, el experimentador decía:

"Aunque los toques pueden ser dolorosos, no hay lesión permanente en los tejidos, así que por favor, continúe." (Seguían los acicates 2, 3 y 4 si era necesario.)

Si el sujeto decía que el aprendiz no quería proseguir, el experimentador replicaba:

"Le guste o no al aprendiz, tiene que continuar hasta que haya aprendido debidamente todos los pares de palabras. Así que por favor, continúe." (Seguían los acicates, 2, 3 y 4 si era necesario.)

¿Cuáles fueron los resultados del experimento? "Muchos sujetos daban señales de nerviosismo en la situación experimental, y sobre todo al administrar los toques más fuertes. En gran número de casos, *el grado de tensión llegaba a extremos raramente vistos en los estudios sociopsicológicos de laboratorio."* (Subrayado mío.) Se veía a los sujetos sudar, temblar, balbucir, morderse los labios, gemir y hundirse las uñas en la carne. Éstas eran reacciones características, más que excepcionales, al experimento.

Una señal de tensión era la ocurrencia regular de carcajadas nerviosas. Catorce de los 40 sujetos dieron señales claras de risa y sonrisa nerviosa. Las carcajadas parecían totalmente fuera de lugar y aun extrañas. Se observaron accesos bien configurados e incontrolables en 3 sujetos. En una

ocasión observamos uno tan violentamente convulsivo que fue necesario detener el experimento. El sujeto, vendedor de enciclopedias, de 46 años de edad, estaba seriamente embarazado por su mal comportamiento, tan incontenible. En las entrevistas posexperimentales, los sujetos se empeñaban mucho en señalar que no eran sádicos y que su risa no indicaba que estuvieran gozando cuando propinaban los toques a su víctima.

En cierto contraste con lo que el experimentador había esperado al principio, ninguno de los cuarenta sujetos se detuvo antes del nivel de shock 300, en que la víctima empezaba a patear la pared y ya no respondía a las preguntas de elección

múltiple del maestro. Sólo cinco de los cuarenta sujetos se negaron a obedecer a las órdenes del experimentador más allá del nivel de 300 voltios; otros cuatro administraron un toque más, dos se interrumpieron en el nivel de los 330 voltios y uno en los 345, otro en los 360 y otro más en los 375. Así pues, un total de catorce sujetos (= 35%) desobedecieron al experimentador. Los sujetos "obedientes" con frecuencia lo hacían con gran tensión . . . y daban muestras de temo semejantes a las de quienes desobedecieron al experimentador; pera obedecían.

Después de aplicados los toques máximos y detener el proceso el experimentador, muchos sujetos obedientes suspiraban con alivio, se enjugaban las cejas, se frotaban los ojos con los dedos o buscaban nerviosamente un cigarrillo. Algunos agitaban la cabeza, al parecer arrepentidos. Otros habían estado calmados durante todo el experimento y dieron señales mínimas de tensión de principio a fin. Al estudiar el experimento, el autor declara que dio dos resultados sorprendentes:
El primer descubrimiento es la fuerza cabal de las tendencias obedientes que se manifestó en esta situación. Los sujetos han aprendido desde la infancia que es una falta fundamental contra la moral dañar a otra persona contra su voluntad. Pero 26 sujetos abandonan ese principio siguiendo las instrucciones de una autoridad que no tiene ningún poder especial con que poner en vigor sus órdenes... El segundo efecto no previsto fue la extraordinaria tensión creada por los procedimientos. Uno podría suponer que un sujeto sencillamente suspendería su intervención o seguiría con ella según le dictara su conciencia. Pero eso está muy lejos de haber sucedido. Hubo fuertes reacciones de tensión y de esfuerzo emocional. Relató un observador:

"Vi llegar al laboratorio, sonriente y confiado, a un hombre de negocios, inicialmente sereno. A los 20 minutos estaba hecho un guiñapo crispado y balbuciente, que rápidamente se acercaba al colapso nerviosa No dejaba de tironear el lóbulo de su oreja y se retorcía las manos. Hubo un momento en que se llevó el puño a la frente y musitó: "¡Dios mío, que acabe esto!" Pero seguía obedeciendo a cada palabra del experimentador, y así siguió hasta el final."

El experimento es ciertamente muy interesante... como examen no sólo de obediencia y conformidad, sino también de crueldad y destructividad. Casi parece simular una situación que ha sucedido en la vida real: la de la culpabilidad de los milites que se condujeron en forma extremadamente cruel y destructora por órdenes (o lo que ellos tales creían) de sus superiores, que ejecutaron sin hacer una pregunta. Es también la historia de los generales alemanes sentenciados en Nuremberg como criminales de guerra; ¿o tal vez la del teniente Calley y algunos de sus subordinados en Vietnam?

Creo que este experimento permite cualquier conclusión en relación con muchas situaciones de la vida real. El psicólogo no era sólo una autoridad a quien se debe obediencia sino un representante de la *ciencia y* de una de las instituciones educativas superiores de mayor prestigio en los Estados Unidos. Tomando en cuenta que la ciencia suele tenerse por el valor máximo de la sociedad industrial contemporánea, es muy difícil para la persona común y corriente creer que las órdenes de la ciencia puedan ser torpes o inmorales. Si el Señor no hubiera dicho a Abraham que no matara a su hijo, Abraham lo hubiera matado, como millones de padres que practicaron en la historia el sacrificio de los infantes. Para el creyente, ni Dios ni su equivalente moderno la Ciencia pueden mandar nada equivocado. Por esta razón, más otras mencionadas por Milgram, el alto grado de obediencia no es más sorprendente que el 35% del grupo que en determinado momento se negó a

obedecer; en realidad, esta desobediencia de más de un tercio podría considerarse más sorprendente . . . y alentadora.

Hay otra sorpresa que parece igualmente injustificada: el que hubiera tanta tensión. El experimentador esperaba que "un sujeto sencillamente suspendería su intervención o seguiría con ella según le dictara su conciencia". ¿Es verdaderamente así como resuelve la gente los conflictos de la vida diaria? ¿No es precisamente peculiar del modo de funcionar del hombre —y tragedia suya— el que intente *no* hacer frente a esos conflictos; es decir, que *no* escoge conscientemente entre lo que ansía hacer —por codicia o miedo— y lo que su conciencia le prohíbe? El caso es que suprime la conciencia del conflicto mediante la racionalización, y el conflicto se manifiesta sólo inconscientemente en una mayor tensión fatigosa, síntomas neuróticos o sentirse culpable por razones erróneas. En esto los sujetos de Milgram se conducen con toda normalidad.

En este punto se presentan algunas otras cuestiones interesantes. Milgram supone que sus sujetos están en una situación de conflicto porque se encuentran entre la espada de la obediencia a la autoridad y la pared de las normas de conducta aprendidas desde la infancia: no hacer daño a los demás.

¿Es así en verdad? ¿Hemos aprendido realmente a "no hacer daño a los demás"? Tal vez sea eso lo que les dicen a los niños en el catecismo. Pero en la escuela realista de la vida, aprenden que deben buscar su propia ventaja aun en detrimento de los demás. Parece que en eso el conflicto no es tan grave como cree Milgram.

Creo que el descubrimiento más importante del estudio de Milgram es la pujanza de las reacciones *contra* el comportamiento cruel. Cierto es que 65% de los sujetos podrían ser "condicionados" para *conducirse* cruelmente, pero en la mayoría de ellos se patentizó una clara reacción de indignación u horror contra ese comportamiento sádico. Por desgracia, el autor no proporciona datos precisos sobre el número de "sujetos" que se mantuvieron calmados durante todo el experimento. Sería sumamente interesante saber más de ellos para comprender el comportamiento humano. Al parecer, había en ellos poca o ninguna oposición a los crueles actos que estaban ejecutando. Habría ahora que preguntarse por qué. Una respuesta posible es que gozaban haciendo sufrir a los demás y no sentía remordimiento al estar su comportamiento sancionado por la autoridad Otra posibilidad es que fueran personas tan enajenadas o narcisistas que estaban aisladas respecto de lo que podían sentir las otras personas: o tal vez fueran "psicópatas", sin ningún género de reacción moral. En cuanto a aquellos en que se manifestó el conflicto en diversos síntomas de tensión fatigante y ansiedad, debe suponerse que eran personas desprovistas de carácter sádico o destructor. (Si hubiéramos emprendido una entrevista en profundidad, hubiéramos visto las diferencias de carácter e incluso hubiéramos podido hacer un docto cálculo acerca de cómo se comportarían las personas.)

El resultado principal del estudio de Milgram parece ser uno en que él no insiste: la presencia en muchos sujetos de la conciencia, y el dolor cuando la obediencia los hacía obrar contra su conciencia. Y así, mientras el experimento puede interpretarse como una prueba más de la fácil deshumanización del hombre, las reacciones de los sujetos más bien prueban lo contrario: la presencia dentro de ellos de fuerzas intensas a las que resulta intolerable el comportamiento cruel. Esto señala un importante modo de enfocar el estudio de la crueldad en la vida real: considerar no solamente el comportamiento cruel sino también la conciencia de culpabilidad —a menudo, inconsciente— de quienes obedecen a la autoridad. (Los nazis hubieron de recurrir a un complicado sistema de enmascaramiento de las atrocidades para

habérselas con la conciencia del hombre común.) El experimento de Milgram es un buen ejemplo de la diferencia entre los aspectos conscientes e inconscientes del comportamiento, aunque no se haya empleado para explorar esa diferencia.

Otro experimento es particularmente indicado aquí porque trata directamente el problema de las causas de la crueldad.

El primer informe de este experimento se publicó en un breve trabajo (P. G. Zimbardo, 1972) que, como me escribió su autor, es un resumen de un informe oral presentado ante una subcomisión del Congreso para la reforma de las prisiones. A causa de la brevedad del trabajo, el doctor Zimbardo no lo considera una base justa para una crítica de su obra: atiendo a su deseo, aunque sintiéndolo mucho, ya que hay algunas discrepancias, que me hubiera gustado señalar, entre él y el trabajo posterior. (C. Haney, C. Banks y P. Zimbardo, en prensa.)[31]. Mencionaré sólo brevemente su primer trabajo en relación con dos puntos cruciales: a] la actitud de los guardianes y b], la tesis central de los autores.

El propósito del experimentador era estudiar el comportamiento de las personas normales en una situación particular: la de desempeñar el papel de presos y el de guardianes respectivamente en un "simulacro de prisión". La tesis general que creen los autores demostrada por el experimento es que a muchas personas, quizá la mayoría, se les puede obligar a hacer casi cualquier cosa por la fuerza de la situación en que se les ponga, independientemente de su moral, sus convicciones personales y su escala de valores (P. H. (á. Zimbardo, 1972); más concretamente. que en este experimento la situación carcelaria transformaba a la mayoría de los sujetos que hacían el papel de "guardianes" en bestias sádicas v a la mayoría de los que hacían el papel de presos en personas abyectas, espantadas y sumisas, y que algunos presentaron síntomas mentales tan graves que hubo de dárseles soltura a los pocos días. De hecho, las reacciones de ambos grupos fueron tan intensas que el experimento, que debía haber durado dos semanas, se interrumpió a los seis días.

Dudo de que este experimento probara la tesis de los conductistas y expondré las razones de mis dudas. Pero primeramente debo dar a conocer a los lectores los detalles del mismo tal y como se presentan en el segundo informe. Unos estudiantes se ofrecieron en respuesta a un anuncio en el periódico que pedía voluntarios varones para participar en un estudio psicológico sobre la vida en las prisiones, a cambio de un pago de 15.00 dólares diarios.

Se les hizo llenar un extenso cuestionario relativo a sus antecedentes familiares, su historia sanitaria física y mental, su experiencia anterior y sus propensiones mentales en relación con las fuentes de la psicopatología (incluso su implicación en algún delito). Cada respondiente que terminaba el cuestionario sobre los antecedentes era entrevistado por uno de dos experimentadores. Finalmente, los 24 sujetos que fueron juzgados más estables (física y mentalmente), más maduros y menos envueltos en comportamiento antisocial fueron seleccionados para participar en el estudio. Se echó a suertes, y la mitad de los sujetos recibieron el papel de "guardianes" y la otra mitad el de "presos".

A los sujetos escogidos "se les administró toda una colección de tests psicológicos el día antes de iniciarse el simulacro, pero para evitar una deformación selectiva de parte de los observadores experimentadores, no se tabularon los resultados sino cuando el estudio estaba completo". Según los autores, habían seleccionado una muestra de individuos que no

[31] Salvo cuando se apunta otra cosa, las citas siguientes están tomadas del trabajo conjunto, cuyo original tuvo la amabilidad de enviarme el doctor Zimbardo.

se apartaban de la gama normal de la población y no daban muestras de predisposición sádica ni masoquista.

La "prisión" estaba construida en una sección de 10.5 m de un corredor de los sótanos en el edificio de psicología de la Universidad de Stanford. Se les dijo a todos los sujetos que
se les atribuiría el papel de guardián o de preso estrictamente al azar y que todos habían convenido voluntariamente en desempeñar uno u otro papel por 15.00 dólares diarios hasta dos semanas. Firmaron un contrato en que se les garantizaba una dieta mínima adecuada, ropa, alojamiento y atención médica así como remuneración económica en pago de la "intención" que declaraban de servir en el papel atribuido por la duración del estudio.

Se especificó en el contrato que quienes hubieran recibido el papel de presos deberían estar vigilados (con poca o ninguna vida privada) y que algunos de sus derechos cívicos elementales habrían de ser suspendidos durante el encarcelamiento, con excepción de los malos tratos físicos. No se les dio más información acerca de lo que les esperaba ni instrucciones para el comportamiento propio de un preso. Los designados para este papel fueron informados por teléfono de que debían estar disponibles en su residencia habitual un domingo dado cuando se iniciara el experimento.
Los sujetos designados para hacer de guardianes asistieron a una reunión con el "alcaide" (ayudante de investigación todavía no graduado) y el "inspector" de la prisión (el principal investigador). Se les dijo que su tarea consistía en "mantener en la prisión el grado de orden razonable para su buen funcionamiento".

Conviene mencionar lo que los autores entendían por "prisión". No emplean la palabra en su sentido genérico, como lugar de internamiento para delincuentes, sino en un sentido específico que representaba las condiciones reales de ciertas prisiones norteamericanas.
Nuestra intención no era crear un simulacro *literal* de una prisión norteamericana sino más bien una representación funcional de una de ésas. Por razones éticas, morales y pragmáticas no podíamos detener a nuestros sujetos por períodos grandes o indefinidos de tiempo, no podíamos ejercer la amenaza ni prometer severos castigos físicos, no podíamos permitir el florecimiento de prácticas homosexuales o racistas, ni podíamos duplicar otros aspectos específicos de la vida en prisión. No obstante, creíamos poder crear una situación con suficiente realismo humano para que la participación en el desempeño del papel fuera más allá de las exigencias superficiales de su función y penetrara en la estructura profunda de los personajes que representaban. Para ello establecimos equivalentes funcionales de las actividades y experiencias de la vida carcelaria real, que esperábamos produjeran reacciones psicológicas cualitativamente semejantes en nuestros sujetos —sensación de poder y de impotencia, de dominio y opresión, de satisfacción y frustración, de mando arbitrario y resistencia a la autoridad, de jerarquía y anonimato, de machismo y emasculación.

Como verá el lector por la descripción de los métodos empleados en la prisión, queda muy por debajo de la verdad del trato aplicado en el experimento, sólo vagamente insinuado en las últimas palabras. Los métodos empleados en realidad fueron de humillación y degradación graves y sistemáticas, no sólo debido al comportamiento de los guardianes sino también por las reglas de la prisión convenidas por los experimentadores.

Con el empleo de la palabra "prisión" se da a entender que todas las prisiones de los Estados Unidos por lo menos —y de hecho de cualquier otro país— son de este tipo. Así se olvida el hecho de que hay otras, como algunas prisiones federales de los Estados Unidos y sus equivalentes de otros países, que no son tan malas como el simulacro de prisión de nuestros autores.

¿Qué trato se dio a los "presos"? Se les había dicho que estuvieran listos para el inicio del experimento.

Con la cooperación del departamento de policía de la ciudad de Palo Alto, todos los sujetos que debían recibir el tratamiento de presos fueron "arrestados" súbitamente en sus residencias. Un oficial de policía los acusó de sospecha de robo con escalo o robo a mano armada, les comunicó cuáles eran sus derechos legales, los esposó, los cateó a fondo (con frecuencia ante las miradas de los curiosos vecinos) y se los llevó al cuartelillo de policía en la parte de atrás del coche celular. En el cuartelillo pasaron por los acostumbrados trámites de toma de huellas digitales, tarjeta de identificación y traslado a una celda de detención. A todos los presos se les vendaron los ojos y después uno de los experimentadores y un sujeto guardián los llevaron a nuestro simulacro de prisión. Durante todo el procedimiento de la detención, los oficiales de policía participantes mantuvieron una actitud grave y formal, evitando responder a las preguntas de aclaración en cuanto a la relación de su "arresto" con el estudio en un simulacro de prisión.

Al llegar a nuestra prisión experimental, se mandó desnudar a todos los presos, se les roció con un preparado despiojador (un desodorante) y se les hizo estar en pie y solos, en cueros, durante cierto tiempo en el patio del sótano. Después de darles el uniforme anteriormente descrito y tomárseles una fotografía de I.D. (para identificación de sospechosos), se llevó a cada uno a una celda y se le mandó estar callado.

Habiendo sido ejecutadas las "detenciones" por policías *verdaderos* (nos preguntamos hasta qué punto era legal su participación en aquel procedimiento), para los sujetos las acusaciones eran reales, sobre todo dado que los oficiales no respondieron a sus preguntas acerca de la posible relación entre el arresto y el experimento. ¿Qué podían pensar los sujetos? ¿Cómo podían saber que el "arresto" no era tal, y que la policía se había prestado a aquellas acusaciones falsas y al empleo de la fuerza para dar más color al experimento, sencillamente?

El uniforme de los presos era peculiar. Se componía de una bata corta de mujer, de percalina, vagamente ajustada, con un número de identificación delante y detrás. Debajo de aquélla prenda no llevaban nada. En un tobillo se les puso una cadena ligera con su cerradura. En los pies llevaban sandalias de hule y se cubrían el cabello con una media de nylon transformada en gorro ... los uniformes estaban destinados no sólo a desindividualizar a los presos sino a humillarlos y hacer de símbolos de su dependencia y subordinación. La cadena del tobillo era un recordatorio constante (incluso durante el sueño, cuando tocaba el otro tobillo) de lo opresivo del medio. El gorro de media suprimía toda distinción basada en la longitud, el color o el corte del cabello (como las cabezas rapadas en algunas prisiones reales y en el ejército). Los uniformes, mal trazados, hacían torpes los movimientos, y como los llevaban sin ropa interior, les obligaban a tomar posturas poco familiares, más parecidas a las de las mujeres: otra parte del proceso emasculador que era convertirse en preso.

¿Cuáles fueron las reacciones de los presos y los guardianes a esta situación en los seis días que duró el experimento?

La prueba más impresionante del impacto que esta situación causó en los participantes se vio en las fuertes reacciones de cinco presos que hubieron de ser puestos en libertad por depresión emocional extrema, llanto, rabia y ansiedad aguda. La pauta de los síntomas fue muy semejante en cuatro de los sujetos, y empezó ya en el segundo día de encarcelamiento. El quinto sujeto fue liberado después de ser tratado por una erupción psicosomática que le cubrió algunas porciones del cuerpo.

De los demás presos, sólo dos dijeron no estar dispuestos a perder el derecho al dinero que habían ganado a cambio de su "palabra". Cuando terminó el experimento prematuramente al cabo de sólo seis días, todos los demás presos que quedaban estaban encantados de su inesperada buena suerte .. .
Mientras la reacción de los presos es bastante uniforme y sólo diferente en grado, la reacción de los guardianes ofrece un cuadro más complejo:
En cambio, la mayoría de los guardianes parecieron entristecerse por la decisión de suspender el experimento y nos parecieron tan metidos en su papel que ahora saboreaban el poder y la autoridad tan grandes que habían ejercido, y a los que de mala gana renunciaban.
Describen los autores la actitud de los "guardianes":

Ninguno de los guardianes dejó de acudir a su hora al trabajo e incluso en varias ocasiones trabajaron más tiempo dci convenido sin pedir horas extras ni plantear ninguna queja.

Las extremadas reacciones patológicas que se manifestaron en ambos grupos de sujetos dan fe del poder de las fuerzas sociales operantes, pero aun allí había diferencias individuales, que se manifestaban en el modo de conducirse con la nueva experiencia y en el mayor o menor éxito de su adaptación a ella. La mitad de los presos aguantaron la opresiva atmósfera y no todos los guardianes recurrieron a la hostilidad. Algunos guardianes fueron rudos pero justos ("respetaban las reglas"), otros se excedieron mucho de su papel y se entregaron a la crueldad y el hostigamiento novadores, mientras que unos cuantos eran pasivos y raramente ejercieron poder coercitivo de ningún tipo sobre los presos.

Es una lástima que no se nos proporcione más información exacta que "algunos", "unos cuantos", "otros", etc. Parece ésta una innecesaria falta de precisión cuando hubiera sido muy fácil citar números exactos. Todo ello es tanto más sorprendente por cuanto en la comunicación anterior de *Trans-Action* se hicieron algunas declaraciones algo más concretas y sustancialmente diferentes. El porciento de guardianes activamente sádicos, "muy dotados de inventiva en sus procedimientos para quebrantar el espíritu de los presos" se calcula haber sido allí de *un tercio* aproximadamente. El resto se dividía entre las otras dos categorías: (1) "rudos pero justos" o bien (2) "buenos guardianes desde el punto de vista de los presos, ya que hacían pequeños favores y eran amistosos". Este es un modo muy diferente de presentar a los que "eran pasivos y raramente instigaron poder coercitivo", como dice el segundo informe.
Estas descripciones indican cierta ausencia de precisión en la formulación de los datos, cosa tanto más lamentable por cuanto se presenta en relación con la tesis principal del experimento. Los autores creen que demuestra cómo la situación por sí sola puede transformar en unos días a personas normales en individuos abyectos y sumisos o en sádicos despiadados. A mí me parece que si algo prueba el experimento es más bien lo contrario. A pesar de todo el ambiente de este simulacro de prisión que según el concepto del experimento estaba destinado a degradar y humillar (evidentemente, los guardianes deben haber caído rápidamente en la cuenta de ello), dos tercios de los guardianes no cometieron actos sádicos por gusto personal, el experimento más bien parece demostrar que uno *no* puede transformar tan fácilmente a las personas en seres sádicos proporcionándoles la situación apropiada.

En este contexto importa mucho la diferencia entre comportamiento, y carácter. Una cosa es *comportarse* de acuerdo con las normas sádicas y otra querer que la gente sea cruel y *goce* siéndolo. El no haber establecido esta diferencia priva al experimento de buena parte de su valor, como también afea el de Milgram.

Esta distinción es también de importancia para el otro lado de la tesis, a saber: que la serie de pruebas había demostrado que no había predisposición al comportamiento sádico o masoquista entre los sujetos, o sea que las pruebas no señalaron rasgos de carácter sádicos ni masoquistas. En cuanto a los psicólogos, para quienes el dato principal es el comportamiento manifiesto, esta conclusión podría ser perfectamente correcta para ellos. No obstante, no es muy convincente sobre la b, se de la experiencia psicoanalítica. Los rasgos de carácter suelen ser enteramente inconscientes y además, no pueden descubrirse por medio de tests psicológicos convencionales; en cuanto a los tests proyectivos, como el TAT o el de Rorschach, sólo los investigadores con bastante experiencia en el estudio de los procesos inconscientes descubrirán mucho material inconsciente.

Los datos referentes a los "guardianes" son cuestionables también por otra razón. Estos sujetos fueron seleccionados precisamente por representar individuos más o menos corrientes y normales, y se vio que no tenían tendencias sádicas. Este resultado contradice las pruebas empíricas que muestran que el porcentaje de sádicos inconscientes en una población promedio no es de cero. Algunos estudios (E. Fromm, 1936; E. Fromm y M. Maccoby, 1970) lo han demostrado, y un observador diestro puede descubrirlo sin necesidad de cuestionarios ni tests. Pero cualquiera que sea el porcentaje de caracteres sádicos en una población normal, la ausencia total de esta categoría no dice mucho en favor de la propiedad de los tests empleados en relación con este problema.

Algunos de los enigmáticos resultados del experimento se explican probablemente por otro factor. Los autores declaran que los sujetos no lograban distinguir bien entre la realidad y el papel que desempeñaban y suponen que esto era consecuencia de la situación; es así ciertamente, pero los experimentadores integraron este resultado en el experimento En primer lugar, los "presos" estaban confundidos por diversas circunstancias. Las condiciones que se les pusieron y que aceptaron por contrato eran drásticamente diferentes de las que hallaron en realidad. No podían haber supuesto que se hallarían en una atmósfera tan degradante humillante. Más importante en la creación de confusión es la cooperación de la policía. Como es sumamente insólito que las autoridades policíacas se presten a semejantes juegos experimentales, era muy difícil que los presos apreciaran la diferencia entre realidad y desempeño de un papel. El informe demuestra cómo ni siquiera sabían que su detención tuviera algo que ver con el experimento, y los oficiales se negaron a contestar sus preguntas al respecto ¿No hubiera confundido esto a cualquier persona común y corriente y la hubiera hecho entrar en el experimento con una sensación de perplejidad, de haber caído en una trampa y de estar perdida?

¿Por qué no se fueron inmediatamente o al cabo de uno o dos días? Los autores no nos dicen claramente las condicio[n]es que se les pusieron a los "presos" para que los soltaran de la prisión simulada. Al menos yo no hallo ninguna mención de que se les hiciera saber que podían renunciar si su estancia allí les resultaba intolerable. De hecho, algunos intentaron escaparse y los guardianes se lo impidieron por la fuerza. Según parece, se les dio la impresión de que sólo el tribunal de libertad bajo palabra podía darles el permiso de irse Pero dicen los autores:

Uno de los incidentes más notables del estudio se presentó durante una sesión del tribunal de libertad bajo palabra en que a cada uno de cinco presos con derecho a pedirla le preguntó el autor de más edad si estaría dispuesto a renunciar al dinero que había ganado estando preso si se le dejaba libre bajo palabra (excluido del estudio). Tres de los cinco presos dijeron que sí, que estaban dispuestos a hacerlo. Nótese que el incentivo original para la participación en el estudio había sido la promesa de dinero y que al cabo de sólo cuatro días estaban dispuestos a renunciar por completo a aquella suma. Y, cosa aún más sorprendente, cuando se les dijo que esa posibilidad habría de discutirse con los miembros del mando antes de tomar una decisión, cada uno de los presos se levantó calladamente y se dejó acompañar por un guardián otra vez a la celda. Si se consideraban sencillamente "sujetos" participantes en un experimento por dinero, ya no tenían ningún incentivo para seguir en el estudio, y fácilmente podían haber escapado a aquella situación, que tan claramente aborrecible se había vuelto para ellos, marchándose. Pero era tan fuerte el imperio que la situación había llegado a adquirir sobre ellos, aquel medio simulado se había hecho tan real, que no podían ver cómo había desaparecido su único y original motivo para seguir allí, y volvían a sus celdas a esperar la decisión de "libertad bajo palabra" de sus captores.

¿Podían haber escapado tan fácilmente a la situación'? ¿Por qué no se les dijo en aquella entrevista que los que quisieran irse podían hacerlo libremente, con tal que renunciaran al dinero? Si hubieran seguido todavía después de tal anuncio, ciertamente hubiera estado justificado lo que dicen los autores acerca de su docilidad. Pero diciendo que "esa posibilidad habría de discutirse con los miembros del mando antes de tomar una decisión" se les daba la respuesta burocrática clásica que en el fondo significaba que los presos no tenían el *derecho* de irse.

¿"Sabían" realmente los presos que todo aquello era un experimento" Depende del sentido que se le dé a "saber" y de los efectos que tenga en los procesos mentales de los presos si desde el principio se había creado intencionalmente la confusión y ya no podía "saberse" realmente cuál era la verdad y cuál no.

Aparte de la falta de precisión y de evaluación autocrítica de los resultados, el experimento adolece de otra cosa: el no comparar s resultados con las situaciones carcelarias reales del mismo tipo. ¿Son la mayoría de los presos en el peor tipo de prisión norteamericana servilmente dóciles y la mayoría de los guardianes sádicos? Los autores citan solamente a un ex convicto y un capellán de prisión en prueba de la tesis de que los resultados de la prisión simulada corresponden a los que suelen hallarse en las prisiones de verdad. Como se trataba de una cuestión decisiva para la tesis principal de los experimentos, hubieran debido establecer más comparaciones —por ejemplo mediante entrevistas sistemáticas con muchos ex prisioneros. Y también, en lugar de hablar sencillamente de "prisiones" hubieran debido presentar datos más precisos sobre el porcentaje de prisiones de los Estados Unidos que corresponden al degradante tipo de prisión que quisieron reproducir.

El no haber los autores contrastado sus conclusiones con una situación real es particularmente lamentable, ya que hay bastante material disponible acerca de una situación carcelaria mucho más brutal que la de la peores prisiones norteamericanas: los campos de concentración de Hitler.

En cuanto a la crueldad espontánea de los SS, la cuestión no ha sido estudiada sistemáticamente. En mis propios, limitados esfuerzos para recabar datos acerca de la incidencia de sadismo espontáneo de los guardianes —o sea de comportamiento sádico que sobrepase la rutina prescrita y motivado por el goce sádico individual— he

recibido estimaciones de antiguos prisioneros que van de 10 a 90%, y los cálculos más bajos suelen proceder de los que fueran presos políticos[32]. Para determinar los hechos sería necesario emprender un estudio a fondo del sadismo de los guardianes en el sistema de campos de concentración de los nazis; para ese estudio podrían emplearse diversos modos de enfoque. Por ejemplo:

1. Entrevistas sistemáticas con ex internados en los campos de concentración —en relación con sus declaraciones acerca de edad, razón de su arresto, duración del cautiverio y otros datos pertinentes— y entrevistas semejantes con antiguos guardianes de esos campos[33].

2. Datos "indirectos", como los siguientes: el sistema empleado, al menos en 1939, para "domar" a los nuevos presos durante el largo viaje en tren hasta el campo de concentración, como infligirles grave dolor físico (palizas, heridas de bayoneta), hambre, humillaciones extremas. Los guardianes SS ejecutaban esas sádicas órdenes sin dar la menor señal de piedad. Pero posteriormente, cuando los prisioneros eran transportados por tren de un campo a otro, nadie tocaba a aquellos para entonces "viejos" prisioneros. (B. Bettelheim, 1960.) Si los guardianes hubieran querido divertirse con un comportamiento sádico, ciertamente hubieran podido hacerlo sin temor al castigo[34]. El que esto no ocurriera frecuentemente podría conducir a ciertas conclusiones acerca del sadismo personal de los guardianes. En cuanto a la actitud de los presos, los datos obtenidos de los campos de concentración tienden a refutar la tesis principal de Haney, Banks y Zimbardo, que postula que los valores, la ética y las convicciones del individuo no modifican en nada la influencia constriñente del medio. Por el contrario, las diferencias de actitud, respectivamente, de los presos apolíticos, los de clase media (judíos en su mayoría) y los de convicciones políticas o religiosas genuinas, o de unas y otras, demuestran que los valores y convicciones de los prisioneros presentan efectivamente una diferencia crítica en la reacción a las condiciones de los campos de concentración comunes a todos ellos.

Bruno Bettelheim ha dado un análisis muy vivo y profundo de esta diferencia:

Los presos *no políticos de clase media* (grupo minoritario en los campos de concentración) fueron los que menos pudieron resistir el choque inicial. Eran manifiestamente incapaces de comprender lo que les sucedía y por qué. Más que nunca se aferraban a lo que hasta entonces les infundiera respeto de sí mismos. Incluso mientras los estaban maltratando aseguraban a los SS que nunca se habían opuesto al nazismo. No podían entender por qué ellos, que siempre habían obedecido a la ley sin hacer preguntas, eran perseguidos. Aun ahora, aunque injustamente aprisionados, no se atrevían a oponerse a sus opresores ni siquiera en pensamiento, aunque eso les hubiera proporcionado la dignidad que tanto necesitaban. Todo cuanto sabían hacer era implorar, y muchos rebajarse. Como la ley y la policía tenían que estar por encima de todo reproche, aceptaban como justa cualquier cosa que hiciera la Gestapo. Su única objeción era que *ellos* se hubieran convertido en objetos de una persecución que en sí debía ser justa, puesto que la imponían las autoridades. Racionalizaban su apuro insistiendo en que todo era un "error". Los SS se burlaban de ellos, los maltrataban mucho, pero al mismo tiempo saboreaban con ellos escenas que

[32] Comunicaciones personales de H. Brandt y el profesor H. Simonson —ambos pasaron muchos años en campos de concentración en calidad de presos políticos— y de otros que prefirieron no ver mencionado su nombre. Cf. también H. Brandt (1970).

[33] Sé por el doctor J. M. Steiner que está preparando un estudio para la prensa basado en tales entrevistas; promete ser una contribución importante.

[34] En aquel tiempo, el guardián sólo tenía obligación de informar por escrito cuando había matado a un prisionero.

subrayaban su posición de superioridad. Este grupo [de prisioneros] en su conjunto se preocupaba en especial por que se respetara de algún modo su condición de clase media. Lo que más los trastornaba era que los trataran "como vulgares delincuentes".

Su comportamiento demostraba cuán poco capaz era la clase media apolítica alemana de hacer frente al nacionalsocialismo. Ninguna filosofía moral, política o social consistente protegía su integridad ni les daba fuerza para una resistencia interna al nazismo. Tenían poco o ningún recurso a que acudir cuando eran sometidos al choque del aprisionamiento. Su estimación de sí mismos se había basado en una categoría y un respeto fundados en sus posiciones, dependían de su puesto, de ser jefes de una familia o de factores externos análogos...

Casi todos perdieron sus deseables características de clase media así como su sentimiento de propiedad y de dignidad. Se hicieron negligentes y aparecieron en ellos en grado sumo las características más indeseables de su grupo: mezquindad, pugnacidad y lástima de sí mismos. Muchos estaban deprimidos y agitados y no dejaban de quejarse. Otros se dedicaron a engañar y robar a sus compañeros. (Robar o engañar a los SS solía considerarse tan honorable como robar a los demás presos despreciable.) Parecían incapaces ya de seguir una norma de vida propia y copiaban las de los demás prisioneros. Algunos seguían el comportamiento de los criminales. Muy pocos de ellos fueron los que adoptaron las normas de los prisioneros políticos, por lo general las más deseables de todas, por sospechosas. Otros trataron de hacer en prisión lo que preferían hacer fuera o sea someterse sin discusión al grupo dominante. Unos cuantos trataron de adherirse a los presos de clase superior y emular su comportamiento. Muchos más fueron los que trataron de someterse servilmente a los SS y algunos incluso se hicieron espías de ellos (cosa que aparte de estos,., pocos sólo algunos criminales hacían). De nada les sirvió, por cierto, porque la Gestapo gustaba de la traición pero despreciaba al traidor. **(B.** Bettelheim, 1960.) Bettelheim ha dado aquí un análisis penetrante del sentido de identidad y dignidad del miembro corriente de la clase media: su posición social, su prestigio, su poder de mando son los sustentáculos de su dignidad. Desaparecidos estos puntales, cae moralmente como un globo desinflado. Bettelheim muestra *por qué* aquella gente estaba tan desmoralizada y por qué muchos de ellos se hicieron abyectos esclavos y aun espías de los SS. Un elemento importante de las causas de esta transformación debe subrayarse, y es que aquellos prisioneros no políticos no podían entender la situación, no podían comprender por qué estaban en el campo de concentración, porque eran víctimas de la convencional creencia de que sólo se castiga a los "criminales" ... y *ellos* no eran criminales. Esta falta de conocimiento y la confusión resultante contribuyeron considerablemente a su desplome.

Los prisioneros *políticos y religiosos* reaccionaron de modo por completo diferente a las mismas condiciones.

Para los presos políticos que habían esperado ser perseguidos por los SS, la prisión fue un golpe menos grave, ya que estaban psíquicamente preparados para recibirlo. Les dolía su destino, pero lo aceptaban en cierto modo como algo que cuadraba con su modo de entender la marcha de los acontecimientos. Se preocupaban, como era lógico y comprensible, por su futuro y lo que podría ocurrir a sus familias y amigos, pero no veían por qué habían de sentirse degradados por el hecho de su cautividad, aunque padecieran tanto como los demás en las condiciones del campo.

Como objetores de conciencia, todos los Testigos de Jehová fueron enviados a los campos. A ellos los afectó aún menos la cautividad y se mantuvieron íntegros gracias a rígidas creencias religiosas. Siendo su único delito a los ojos de los SS su negativa a portar armas, con frecuencia les ofrecían la libertad a cambio del servicio militar. La rechazaron firmemente.

Los miembros de este grupo solían tener perspectivas y experiencias estrechas y deseaban hacer conversos, pero eran por otra parte camaradas ejemplares, serviciales, rectos y de fiar. Discutían y aun se peleaban solamente si alguien cuestionaba sus creencias religiosas. Debido a sus conscientes hábitos de trabajo, con frecuencia los escogían para capataces. Pero una vez designados y habiendo aceptado una orden de los SS, insistían en que los presos trabajaran bien y en el tiempo determinado. Aunque eran el único grupo de prisioneros que nunca injuriaba ni maltrataba a los demás (por el contrario, solían ser muy corteses con sus compañeros), los oficiales de SS los preferían para ordenanzas por sus hábitos de trabajo, sus conocimientos y sus actitudes modestas. Muy al contrario de la continua guerra intestina entre los otros grupos de prisioneros, los Testigos de Jehová nunca hicieron mal uso de su proximidad a los oficiales de SS para conquistar posiciones privilegiadas en el campo. (B. Bettelheim, 1960.)

Aunque la descripción que hace Bettelheim de los prisioneros políticos es muy incompleta[35], de todos modos hace ver claramente que los internados que tenían una convicción y una fe reaccionaban a las mismas circunstancias de modo completamente diferente que los prisioneros desprovistos de esas convicciones. Este hecho contradice la tesis conductista que Haney y otros trataron de demostrar con su experimento.

No tenemos más remedio que plantear la cuestión acerca del valor que puedan tener esos experimentos "artificiales", habiendo tanto material para experimentos "naturales". Esta cuestión es tanto más lógica debido a que los experimentos de ese tipo no sólo no tienen la exactitud que pretenden tener, que los haría preferibles a los experimentos naturales, sino también porque el artificial escenario tiende a deformar toda la situación experimental en comparación con una de la "vida real".

¿Qué significa aquí eso de la "vida real"'?

Quizá valiera más explicar la palabra con unos cuantos ejemplos que con una definición formal que suscitaría cuestiones filosóficas y epistemológicas cuya discusión nos llevaría muy lejos de la línea principal de nuestro pensamiento.

En las maniobras militares se declara "muerto" cierto número de soldados y "destruido" cierto número de cañones y otras armas. Según las reglas del juego lo son, pero eso no afecta en realidad a las personas ni las cosas; el soldado "muerto" saborea su breve descanso, y el cañón "destruido" seguirá sirviendo. Lo peor que podría pasarle al bando perdedor sería que su general en jefe tuviera dificultades para ascender. Es decir: lo que sucede en las maniobras no afecta en realidad a la mayoría de los que en ellas intervienen.

Los juegos por dinero son otro caso indicado. La mayoría de los que apuestan a las cartas, la ruleta o las carreras de caballos tienen perfecta conciencia de la línea que separa el "juego" de la "realidad", y juegan por cantidades cuya pérdida no pueda afectar seriamente a su situación económica, o sea que no tenga consecuencias graves.

Una minoría, los "jugadores" de verdad, arriesgarán cantidades cuya pérdida afectaría ciertamente a su situación económica hasta la ruina. Pero el "jugador" no está "jugando", sino viviendo de una manera muy realista y a menudo dramática. El mismo concepto de "realidad y juego" puede aplicarse a un deporte como la esgrima, donde ninguno de los dos participantes se juega la vida. Y si la situación se dispone de modo que pueda perderla, decimos que es un duelo, no un deporte[36].

Si en los experimentos psicológicos los "sujetos" supieran perfectamente que toda la situación era nada más un juego, todo sería sencillo. Pero en muchos experimentos,

---

[35] Para una descripción mucho más completa véase 1·1. Brandt (1971).

[36] M. Maccoby ha corroborado mi conciencia de la dinámica de la actitud "juego" con sus estudios sobre la importancia de esa actitud en el carácter social de los norteamericanos. (M. Maccoby, próxima publicación. Cf. también M. Maccoby, 1972.)

como en el de Milgram, se les informa mal y se les miente; en cuanto al experimento de la prisión, estuvo organizado de tal modo que la conciencia de que todo era sólo un experimento se reducía al mínimo o se perdía. El hecho mismo de que muchos de esos experimentos, para poderse emprender, tengan que recurrir al engaño pone de manifiesto su peculiar falta de realidad; el sentido de la realidad de los participantes se trastorna y su capacidad de juicio crítico se reduce mucho[37].

En la "vida real", las personas saben que su comportamiento tendrá consecuencias. Una persona puede tener la fantasía de matar a alguien, pero raramente pasa de la fantasía al hecho. Muchos manifiestan esas fantasías en sueños porque en el estado de sueño las fantasías no tienen consecuencias. Los experimentos en que los sujetos no tienen el cabal sentido de la realidad pueden ocasionar reacciones que representen tendencias inconscientes pero no muestren cómo obraría el sujeto en la realidad[38]. Es de importancia decisiva también por otra razón el que un evento sea realidad o juego. Es bien sabido que un peligro *real* tiende a movilizar la "energía de emergencia" para hacerle frente, a menudo en grado tal que la misma persona no hubiera creído tener la fuerza física, la destreza o la resistencia necesarias. Pero esta energía de emergencia se moviliza sólo cuando el organismo entero se encuentra frente a un peligro real y por razones neurofisiológicas potísimas; los peligros con que se sueña despierto no estimulan el organismo de ese modo y sólo producen temor y preocupación. El mismo principio es cierto no sólo para las reacciones de emergencia frente al peligro sino para la diferencia entre fantasía y realidad en muchos otros respectos, como por ejemplo la movilización de inhibiciones morales y reacciones de conciencia que no se presentan cuando se siente que la situación no es real.

Además, debe tornarse en cuenta en los experimentos de laboratorio de ese tipo, el papel del experimentador, que preside una realidad ficticia creada y regida por él. En cierto modo es él quien representa la realidad para el sujeto y por esa razón su influencia es hipnoide, afín a la del hipnotizador respecto de su sujeto. El experimentador exonera al sujeto hasta cierto punto de su responsabilidad y de su propia voluntad y de ahí que lo tenga mucho más dispuesto a obedecer a las reglas que en una situación no hipnoide.

Finalmente, la diferencia entre los prisioneros simulados y los reales es tan grande que resulta virtualmente imposible trazar analogías válidas de la observación de los primeros. Para un preso que ha sido enviado a la cárcel por cierta acción, la situación es muy real: conoce las razones (el que el castigo sea o no justo es otro asunto); sabe que no puede hacer gran cosa y que tiene pocos derechos, así como las probabilidades que pueda tener de que lo suelten pronto. El que un hombre sepa que deberá estar en una prisión (aun en las peores condiciones) dos semanas, dos meses o dos años es evidentemente un factor decisivo, que influye en su actitud. Este factor solo es crítico para su desesperanza, su desmoralización y a veces (pero excepcionalmente) para la movilización de nuevas energías . . . con fines benignos o malignos. Además, un prisionero no es "un prisionero". Los prisioneros son individuos y reaccionan individualmente según las diferencias de sus respectivas estructuras de carácter. Pero esto no entraña que su reacción sea solamente una función de su carácter y no del

[37] Esto nos recuerda un rasgo esencial de los anuncios de TV, en que se crea una atmósfera que hace borrosa la diferencia entre fantasía y realidad y que se presta a la influencia sugestiva del "mensaje". El televidente "sabe" que el empleo de cierto jabón no producirá un cambio milagroso en su vida, pero al mismo tiempo, otra parte de él, lo cree. En lugar de decidir qué es lo real y qué la ficción, sigue pensando en la media luz de la no diferenciación entre ilusión y realidad.

[38] Por esta razón, un sueño asesino ocasional sólo permite la afirmación cualitativa de que se tienen esos impulsos, pero nada cuantitativo acerca de su intensidad. Sólo su frecuente recurrencia permitiría también un análisis cuantitativo.

medio. Es sencillamente ingenuo suponer que debe de ser así o asa. El complejo y apasionante problema de cada individuo (y cada grupo) está en averiguar cuál es la interacción específica entre una estructura de carácter dada y una. estructura social dada. Es en este punto donde empieza la verdadera investigación y sólo la acabaría el suponer que la situación es el único factor que explica el comportamiento humano.

LA TEORIA DF AGRESIÓN Y FRUSTRACIÓN

Hay otros muchos estudios de la agresión orientados de modo conductista[39], pero ninguno presenta una teoría general de los orígenes de la agresión y la violencia, a excepción de la teoría de frustración y agresión expuesta por J. Dollard *et al. (1939),* que pretenden haber hallado la causa de toda agresión, y más concretamente, que "la presencia de comportamiento agresivo siempre presupone la existencia de frustración y a la inversa; la existencia de frustración siempre conduce a alguna forma de agresión". (J. Dollard *et al.,* 1939.) Dos años después, uno de los autores, N. F. Miller, abandonó la segunda parte de la hipótesis y concedió que la frustración podía provocar cierto número de reacciones de diferentes tipos, de los cuales sólo uno era agresión. (N. E. Miller, 1941.)

Según Buss, esta teoría la aceptaron prácticamente todos los psicólogos, con unas pocas excepciones. Buss mismo llega a la conclusión crítica de que "el énfasis en la frustración ha hecho desdichadamente desatender la otra gran clase de antecedentes (estímulos nocivos), así como la agresión en tanto que respuesta instrumental. La frustración es sólo un antecedente de la agresión, y no el más poderoso. (A. H. Buss. 1961.)

Nos es imposible examinar a fondo la teoría de agresión y frustración dentro del marco de este libro, debido a la extensión de la literatura que sería necesario tratar[40]. En lo que sigue me limitaré a unos cuantos puntos fundamentales.

Afea grandemente la simplicidad de la formulación original de esta teoría la ambigüedad de lo que se entiende por frustración. Básicamente, la palabra se puede entender con dos significados: a] la interrupción de una actividad que avanza y se dirige hacia un objetivo. (Por ejemplo, un niño con la mano metida en el tarro de las galletas cuando entra la madre y le hace detenerse, o una persona sexualmente excitada interrumpida en el acto del coito.) h] Frustración en forma de negación de un deseo –"privación" según Buss. (Por ejemplo, el niño pide a la madre una galleta y ella se la niega, o un hombre hace proposiciones a una mujer y es rechazado.)

Una de las razones de que la palabra "frustración" resulte ambigua es que Dollard y sus colaboradores no se expresaron con la debida claridad. Otra razón es probablemente que la palabra "frustración" suele emplearse en el segundo sentido, y que el pensamiento psicoanalítico también ha contribuido a ese empleo. (Por ejemplo, la madre "frustra" el deseo de amor de un hijo.)

Según el significado de la frustración, nos hallamos ante dos teorías enteramente diferentes. La frustración en el primer sentido sería relativamente rara porque requiere que la actividad decidida haya empezado ya. No sería suficientemente frecuente para explicar toda o una parte considerable de la agresión. Al mismo

[39] Cf. una excelente revisión de los estudios psicológicos sobre la violencia (F. I. Megargec, 1969).

[40] Entre los estudios más importantes sobre la teoría de frustración y agresión mencionar, aparte de la obra de A. II. Buss, está f*rustration-aggression hypothesis revisited* (1969), de L. Berkowitz. Aunque crítica, la obra de Berkowitz es en su conjunto positiva, y cita cierto número de los experimentos más recientes.

tiempo, la explicación de la agresión como resultado de interrumpir una actividad tal vez fuera la única parte sana de la teoría. Para demostrarlo o refutarlo serían de valor decisivo nuevos datos neurofisiológicos.

Por otra parte, la teoría que se basa en el segundo significado de la frustración no parece resistir al peso de las pruebas empíricas. Ante todo, podríamos considerar un hecho fundamental de la vida: que nada importante se logra sin aceptar la frustración. La idea de que se puede aprender sin esfuerzo, o sea sin frustración, será buena para anunciar algo, pero ciertamente no es verdad cuando se trata de adquirir conocimientos importantes. Sin la capacidad de aceptar la frustración, el hombre apenas hubiera podido progresar. Y ¿no vemos todos los días gente que padece frustraciones sin reacción agresiva? Lo que puede producir, y con frecuencia produce, la agresión es lo que la frustración *significa* para la persona, y el significado psicológico de la frustración difiere según la constelación total en que la frustración ocurre.

Si por ejemplo se le prohíbe a un niño que coma dulces, esta frustración, con tal que la actitud parental sea genuinamente amorosa y exenta del placer de mandar, no movilizará agresión; pero si esa prohibición es sólo una de muchas manifestaciones del deseo parental de mandar, o si por ejemplo se le permite que los coma a algún hermano, es probable que se produzca bastante enojo. Lo que produce la agresión no es la frustración en sí sino la injusticia o el rechazo que entrañe la situación.

El factor más importante para determinar la ocurrencia e intensidad de la frustración es el *carácter* de la persona. Una persona muy voraz, por ejemplo, reaccionará con cólera si no obtiene todo el alimento que quisiera, y una persona tacaña lo hará si se frustra su deseo de comprar algo barato; la persona narcisista se siente frustrada cuando no le tributan las alabanzas y el reconocimiento que esperaba. El carácter de la persona determina en primer lugar *lo que* la frustrará y en segundo lugar la *intensidad* de su reacción a la frustración.

Aunque son valiosos muchos de los estudios psicológicos de orientación conductista en función de sus propios fines, no han conducido a la formulación de una hipótesis global acerca de las causas de la agresión violenta. "En pocos de los estudios que hemos examinado —concluye Megargee en su excelente examen de la literatura psicológica— se intentó poner a prueba las teorías sobre la violencia humana. Los estudios empíricos que se dedicaron a la violencia *en general no estaban destinados* 1 *a probar teorías.* Las investigaciones enfocadas sobre importantes cuestiones de teoría por lo general estudiaron el comportamiento agresivo menos fuerte o se aplicaron a sujetos infrahumanos." (E. I. Megargee, 1969.[1] Subrayado mío.) Tomando en cuenta la excelencia de los investigadores,' los medios puestos a su disposición y el número de estudiosos que ansían . sobresalir en la labor científica, estos escasos resultados parecen confirmar la suposición de que la psicología conductista no se presta a la creación de una teoría sistemática acerca de las fuentes de la agresión violenta.

3

INSTINTIVISMO Y CONDUCTISMO: DIFERENCIAS Y SEMEJANZAS

UN TERRENO COMÚN

El hombre de los instintivistas vive el pasado de la especie, y el de los conductistas vive el presente de su sistema social. El primero es una máquina que sólo puede producir pautas heredadas del pasado; el segundo es una máquina[41] que sólo puede producir las normas sociales del presente. Instintivismo y conductismo tienen en común una premisa básica: que el hombre no tiene psique con estructura y leyes propias.

Para el instintivismo en el sentido de Lorenz vale lo mismo; esto lo ha formulado en forma muy radical uno de los antiguos discípulos de Lorenz: Paul Leyhausen. Critica éste a aquellos psicólogos de lo humano *(Humanpsychologen)* que pretenden que todo lo psíquico puede explicarse sólo psicológicamente, o sea basándose en los procesos psicológicos. (El "sólo" es una ligera distorsión de esa posición para argumentar mejor.) Leyhausen afirma que, por el contrario, "cuando no hallamos con certeza en ninguna parte la explicación de los hechos y la vida de la mente, es que esa explicación está en lo psíquico propiamente dicho; por la misma razón precisamente que no hallamos la explicación de la digestión en los procesos digestivos sino en aquellas condiciones ecológicas que hace cosa de mil millones de años expusieron muchos organismos a una presión selectiva que, en lugar de seguir con la asimilación sola de las materias nutritivas inorgánicas, les obligó a incorporarse también las de naturaleza orgánica. Los procesos psíquicos nacieron asimismo bajo la presión selectiva, tienen un valor de conservación de la vida y la especie y su explicación está, en todos los respectos, en algo *anterior* a ellos." (K. Lorenz, P. Leyhausen, 1968)[42]. Dicho con un lenguaje más sencillo, sostiene Leyhausen que sólo se pueden explicar los datos psicológicos por el proceso de la evolución. El punto clave es aquí saber lo que él entiende por "explicar". Si, por ejemplo, uno desea saber cómo es *posible* el efecto del miedo en tanto que consecuencia de la evolución del cerebro desde los animales inferiores hasta los superiores, la tarea corresponde a los científicos que investigan la evolución del cerebro. Pero si queremos explicar *por qué* una persona tiene miedo, los datos relativos a la evolución no aportarán gran cosa a la respuesta; la explicación tiene que ser esencialmente de índole psicológica. Tal vez amenaza a la persona un enemigo más fuerte, o tiene que luchar con su propia agresión reprimida, o padece de una sensación de impotencia, o un elemento paranoide le hace sentirse perseguida, o ... otros muchos factores que solos o juntos podrían explicar su miedo. Querer explicar el miedo de una persona en particular por un proceso evolutivo es francamente fútil.

La premisa de Leyhausen, de que el único modo de enfocar el estudio de los fenómenos humanos es el evolutivo, significa que comprendemos los procesos psíquicos del hombre exclusivamente sabiendo cómo por el proceso de la evolución llegó a ser lo que es. Parecidamente indica que los procesos digestivos han de ser explicados en función de las condiciones reinantes hace millones de años. ¿Podría un médico dedicado a los trastornos del tubo digestivo aliviar a su paciente preocupándose por la evolución de la digestión en lugar de estudiar las causas de ese síntoma particular en ese paciente particular? Para Leyhausen, la única ciencia es la de la evolución, que absorbe todas las demás ciencias que estudian el hombre. Que yo sepa, Lorenz jamás formuló este principio de manera tan drástica, pero su teoría se basa en la misma premisa, y dice que el hombre se comprende a sí mismo sólo *y*

[41] En H. von Foerster en el sentido de la "máquina trivial" de (1970).

[42] El trozo citado por Fromm, se halla en la p. 6 de *Biología del comportamiento (raíces instintivas de la agresión, el miedo y la libertad),* por K. Lorenz y P. Leyhausen, Siglo XX1, 1971. [T.]

suficientemente si comprende los procesos de la evolución en virtud de los cuales se hizo lo que hoy es[43].

A pesar de las grandes diferencias entre la teoría instintivista y la conductista, tienen una orientación básica común. Ambas excluyen a la persona, el hombre que se comporta, del campo de su visión. Sea el hombre producto del condicionamiento, sea de la evolución animal, lo determinan exclusivamente las condiciones exteriores a él mismo; no tiene parte en su propia vida, ni responsabilidad, ni siquiera un asomo de libertad. El hombre es un muñeco, una marioneta movida por hilos: instinto o condicionamiento.

OPINIONES MÁS RECIENTES

A pesar —o quizá. a causa— del hecho de que instintivistas y conductistas tengan ciertas semejanzas en su modo de ver el hombre y en su orientación filosófica, se han combatido mutuamente con notable fanatismo. "Natura o alimentación", "instinto o medio ambiente" se hicieron banderas en torno a las cuales se juntaron los de cada bando, negándose a ver ningún terreno común.

En años recientes ha habido una creciente tendencia a superar las aristadas alternativas de la guerra entre instintivistas y conductistas. Una solución posible era cambiar la terminología; algunos propendían a reservar la palabra "instinto" para los animales inferiores y hablar en cambio de "pulsiones orgánicas" cuando se tratara de las motivaciones humanas. De este modo algunos idearon formulaciones como la de que "la mayor parte del comportamiento del hombre es aprendida, mientras la mayor parte del comportamiento de una ave no es aprendida". (W. C. Alee, H. W. Nissen, M. F. Nimkoff, 1953.) Esta última formulación es característica de la nueva tendencia a remplazar la antigua formulación de "esto o esto otro" por una de "más o menos", tomando así en cuenta el cambio gradual en la importancia de los factores respectivos. El modelo para este modo de ver es un continuo en uno de cuyos extremos está la determinación innata (casi) total y en el otro el aprendizaje (casi) total.

F. A. Beach, destacado contrario de la teoría instintivista, escribe:

Una debilidad quizá más grave en el actual tratamiento psicológico del instinto está en el supuesto de que es adecuado un sistema de dos clases para clasificar el comportamiento complejo. La implicación de que todo comportamiento debe ser determinado por el aprendizaje o la herencia, ambos sólo parcialmente entendidos, es enteramente injustificada. La forma final de cualquier respuesta es afectada por una multiplicidad de variables, de las cuales sólo dos son factores genéticos y experienciales. Es a la identificación y el análisis de todos estos factores a donde debiera dirigirse la psicología. Con esta tarea debidamente concebida y ejecutada no habrá necesidad ni razón para conceptos ambiguos del comportamiento instintivo. (F. A. Beach, 1955.)

Con vena semejante escriben N. R. F. Maier y T. C. Schneirla:

Dado que el aprendizaje desempeña un papel más importante en el comportamiento de los seres superiores que en el de los inferiores, las pautas de comportamiento determinadas nativamente de los seres superiores son mucho más modificadas por la

[43] La posición de Lorenz y Leyhausen tiene su paralelo en una forma distorsionada de psicoanálisis según la cual éste equivale a entender la historia del paciente sin necesidad de entender la dinámica del proceso psíquico tal *y* como es en la realidad.

experiencia que las de los seres inferiores. Mediante esta modificación, el animal puede adaptarse a diferentes medios y librarse de los estrechos lazos que le impone la condición óptima Por eso, los seres superiores dependen menos para su supervivencia de las condiciones ambientales específicas externas que las formas inferiores.

A causa de la acción recíproca de los factores adquiridos y los innatos en el modo de comportarse es imposible clasificar muchas pautas de comportamiento. Cada tipo de comportamiento debe investigarse por separado. (N. R. F. Maier y T. C. Schneirla, 1964.)

La posición adoptada en este libro es en algunos respectos parecida a la de los autores que acabamos de mencionar y otros que se niegan a seguir la pelea bajo la bandera de los "instintos" o del "aprendizaje". Pero, como veremos en la tercera parte, el problema más importante desde el punto de vista de este estudio es la diferencia entre las "pulsiones orgánicas" (alimento, lucha, huida, sexualidad —anteriormente llamadas "instintos"), cuya función es garantizar la supervivencia del individuo y de la especie, y las "pulsiones no orgánicas" (pasiones radicadas en el carácter)[44], no programadas filogenéticamente y no comunes a todos los hombres: el deseo de amor y libertad; la destructividad, el narcisismo, el sadismo, el masoquismo.

Con frecuencia, esas pulsiones no orgánicas que forman la segunda naturaleza del hombre se confunden con las pulsiones orgánicas. Por ejemplo, en el caso del impulso sexual. Es una observación psicoanalíticamente bien establecida que a menudo la intensidad de lo que se siente subjetivamente como deseo sexual (incluso sus manifestaciones fisiológicas correspondientes) se debe a pasiones no sexuales, como el narcisismo, el sadismo, el masoquismo, la ambición de poder y aun la ansiedad, la soledad y el tedio.

Para un varón narcisista, por ejemplo, la vista de una mujer puede ser sexualmente excitante, porque le excita la posibilidad de probarse a sí mismo cuán atractivo es. O una persona sádica puede excitarse sexualmente ante la oportunidad de conquistar a una mujer (o un hombre, como podría ser el caso) y dominarla. Muchas personas están unidas emocionalmente durante años por ese solo motivo, sobre todo cuando al sadismo de la una corresponde el masoquismo de la otra. Es bastante conocido que la fama, el poder y la riqueza hacen a quien los posee sexualmente atractivo si reúne ciertas condiciones físicas. En todos estos casos movilizan el deseo físico pasiones no sexuales que así se satisfacen. Podríamos con razón preguntarnos cuántos niños deben su existencia a la vanidad, el sadismo y el masoquismo en lugar de deberla a una atracción física genuina, no hablemos ya de amor. Pero la gente, sobre todo los hombres, prefiere creer que es "archisexuada" y no "archivana"[45].

El mismo fenómeno se ha estudiado con toda detención clínicamente en casos de comer compulsivo. Este síntoma no es motivado por hambre "fisiológica" sino "psíquica", engendrada por la sensación de estar deprimido, ansioso, "vacío".

Es mi tesis —a demostrar en los capítulos siguientes— que la destructividad y la crueldad no son pulsiones instintivas sino pasiones radicadas en la existencia total del hombre. Son uno de los modos de que la vida tenga sentido, y no podrían hallarse en el animal porque por su índole misma radican en la "condición humana". El error principal de Lorenz y otros instintivistas es haber confundido los dos tipos de

[44] "No orgánicas", naturalmente, no significa que no tengan un subestrato neurofisiológico, sino que no son iniciadas por las necesidades orgánicas ni les sirven.

[45] Esto es particularmente evidente en el fenómeno del *machismo,* la virtud de la virilidad. (A. Aramoni, 1965: cf. también F. Fromm y M. Maccoby, 1970.)

pulsión: la que radica en el *instinto y* la que radica en el carácter. Una persona sádica que espera la ocasión, como suele suceder, de expresar su sadismo, parece concordar con el modelo hidráulico del instinto acumulado. Pero sólo las personas de carácter sádico esperan la ocasión de portarse sádicamente, de igual manera que las personas de carácter afectuoso esperan la ocasión de manifestar su afecto.

ANTECEDENTES POLITICOS Y SOCIALES DE AMBAS TEORÍAS

Es instructivo examinar con cierto detenimiento los antecedentes sociales y políticos de la guerra entre ambientalistas y conductistas.

La teoría ambientalista se caracteriza por el espíritu de la revolución política de la clase media en el siglo XVIII contra los privilegios feudales. El feudalismo se había basado en el supuesto de que su orden era *natural;* en la batalla contra este orden "natural", que la clase media quería derribar, había tendencia a llegar a la teoría de que la condición de una persona no dependía para nada de factores innatos o naturales sino enteramente de convenios sociales, cuyo mejoramiento realizaría la revolución. Ningún vicio ni estupidez había de explicarse como propio de la misma naturaleza humana, sino de la mala o defectuosa organización de la sociedad; de ahí que nada se opusiera a un optimismo absoluto en cuanto al porvenir del hombre.

Mientras la teoría ambientalista o del medio estaba así estrechamente relacionada con las esperanzas revolucionarias de la clase media naciente en el siglo XVIII, el movimiento instintivista basado en las enseñanzas de Darwin refleja la asunción básica del capitalismo decimonónico. El capitalismo, sistema en que la armonía se crea por la competencia despiadada entre todos los individuos, parecería un orden *natural* si se pudiera probar que el hombre, fenómeno el más complejo y notable, es producto de la despiadada competición entre todos los seres vivos desde que apareció la vida. La evolución de los seres vivos desde los organismos monocelulares hasta el hombre sería el ejemplo más estupendo de la libre empresa, en que el mejor ganaba por la competencia y los no aptos para la supervivencia en el sistema económico en progreso eran eliminados[46].

Las razones para la victoriosa revolución antiinstintivista acaudillada por K. Dunlap, Zing Yang Kuo y L. Bernard en la década de 1920-1930 pueden verse en la diferencia entre el capitalismo del siglo XX y el del XIX. Sólo mencionaré unos cuantos puntos de diferencia que hacen al caso. El capitalismo del XIX era de feroz competencia entre los capitalistas y condujo a la eliminación de los más débiles e ineficientes de ellos. En el capitalismo del siglo XX, el elemento competencia ha cedido algo en favor de la cooperación entre las grandes empresas. Entonces ya no se necesitaba la prueba de que la competencia feroz correspondía a una ley de la naturaleza. Otro punto de diferencia importante está en el cambio de métodos de mando. En el capitalismo decimonónico, el poder se basaba en gran parte en el ejercicio de principios patriarcales estrictos, apoyados moralmente por la autoridad de Dios y del rey. El capitalismo cibernético, con sus empresas centralizadas gigantescas y su capacidad de dar a los trabajadores pan y entretenimiento, puede dominar por la manipulación psicológica y la ingeniería humana. Necesita un hombre muy maleable y fácil de influenciar, no uno cuyos "instintos" se controlen mediante el temor a la autoridad. Finalmente, la sociedad industrial contemporánea ve el objeto de la vida de

[46] Esta interpretación histórica no tiene nada que ver con la validez de la teoría de Darwin, aunque tal vez sí con el desdén por algunos hechos, como el papel de la cooperación, y con la popularización de la teoría.

modo diferente que la del siglo pasado. Entonces era el ideal —al menos para la clase media— la independencia, la iniciativa privada, el "ser yo el capitán de mi barco". Pero la visión contemporánea es de consumo ilimitado y de poder ilimitado sobre la naturaleza. Los hombres se inflaman con el sueño de llegar un día a dominar la naturaleza por completo y ser, pues, como Dios: ¿por qué, entonces, no podrían dominar totalmente la naturaleza *humana*?

Pero si el conductismo expresa el talante del industrialismo decimonónico, ¿cómo explicar el renacer el instintivismo en las obras de Lorenz y su popularidad entre el público en general? Como he señalado, una de las razones es el sentimiento de temor y desesperanza que se apodera de mucha gente al ver que los peligros no cesan de aumentar y que no se hace nada por evitarlos. Muchos que tenían fe en el progreso y habían esperado que el destino de la humanidad cambiara radicalmente, en lugar de analizar con todo cuidado los procesos sociales que han causado su decepción se están refugiando en la explicación de que la responsable de ese fracaso es la naturaleza del hombre. Finalmente, están también las tendencias personales y políticas de los autores que se han convertido en portavoces del nuevo instintivismo.

Algunos escritores de este campo sólo tienen una vaga idea de las implicaciones políticas y filosóficas de sus teorías respectivas. Tampoco han merecido mucha atención de los comentaristas de esas teorías las relaciones de ese tipo. Pero hay excepciones. N. Pastore (1949) comparaba las opiniones sociopolíticas de veinticuatro psicólogos, biólogos y sociólogos en relación con el problema de naturaleza v alimentación. Entre los doce "liberales" o radicales, once eran ambientalistas y uno hereditarista:

entre los doce "conservadores", once eran hereditaristas y uno ambientalista. Aun considerando el pequeño número de personas comparadas, el resultado es muy revelador.

Otros autores tienen conciencia de las implicaciones emocionales, pero casi por lo general de las hipótesis de sus contrarios exclusivamente. Un buen ejemplo de esta conciencia parcial es lo que declara uno de los representantes más distinguidos del psicoanálisis ortodoxo, R. Waelder:

Me refiero a un grupo de críticos que fueron marxistas declarados o por lo menos pertenecían a esa rama de la tradición liberal occidental de que fue vástago el propio marxismo, o sea esa escuela de pensamiento que creía apasionadamente que el hombre es "bueno" por naturaleza y que cualesquiera males y dolencias que se adviertan en los asuntos humanos, se deben a las instituciones corrompidas . . . quizá a la institución de la propiedad privada o, en una versión más reciente y moderada, a la llamada "cultura neurótica" .. .

Pero ya sea evolucionista o revolucionario, moderado o radical, o de vía estrecha, nadie de los que creen en la bondad del hombre y en la responsabilidad exclusiva de las causas externas para el sufrimiento humano podía evitar que le conturbara la teoría de un instinto de destrucción o de muerte. Porque si esta teoría es cierta, las potencialidades de conflicto y padecimiento son inherentes a las cosas humanas y los intentos de abolir o mitigar el sufrimiento parecen si no empresas desesperadas, por lo menos mucho más complicadas de lo que se imaginaran los revolucionarios sociales. (R. Waelder. 1956.)

Aunque las observaciones de Waelder son penetrantes, es notable el que sólo vea las deformaciones tendenciosas de los antiinstintivistas y no las de quienes comparten su propia posición.

4

EL MODO PSICOANALÍTICO DE COMPRENDER LA AGRESIÓN

¿Ofrece el *psicoanálisis* un método para entender la agresión que evite los defectos tanto del modo de ver conductista como del instintivista? A primera vista, parece como que el psicoanálisis no únicamente ha evitado esos defectos sino que en realidad está afligido de una combinación de unos y otros. La doctrina psicoanalista es al mismo tiempo instintivista[47] en sus conceptos teóricos generales y ambientalista en su orientación terapéutica.

Es demasiado conocido para necesitar justificación el hecho de que la teoría freudiana[48] es instintivista y explica el comportamiento humano como consecuencia de la lucha entre el instinto de la autoconservación y el instinto sexual (y en su teoría posterior entre el instinto de vida y el de muerte). También puede reconocerse fácilmente el sistema ambientalista si se considera que la terapia analítica intenta explicar la evolución de una persona por medio de la constelación ambiental específica de la infancia, o sea el influjo de la familia. Pero este aspecto se concilia con el instintivismo suponiendo que la influencia modificadora del medio ambiente se produce por medio de la influencia de la estructura libidinosa.

Pero en la práctica los pacientes, el público y con frecuencia los mismos analistas sólo reconocen de labios afuera las vicisitudes específicas de los instintos sexuales (muy a menudo estas vicisitudes se reconstituyen sobre la base de "pruebas" que en sí suelen ser una construcción basada en el sistema de las expectaciones teóricas) y adoptan una posición totalmente ambientalista. Es su axioma que todo fenómeno negativo en el paciente ha de entenderse como resultado de influencias dañinas en la primera infancia. Esto ha llevado a veces a una autoacusación irracional por parte de los padres, que se sienten culpables de cualquier rasgo patológico o indeseable aparecido en el niño después del nacimiento, y a una tendencia de las personas en análisis a echar la culpa de todos sus problemas a los padres y a evitar el enfrentamiento con el problema de su propia responsabilidad.

A la vista de todo esto parecería legítimo que los psicólogos clasificaran el psicoanálisis en tanto que *teoría* en la categoría de las teorías instintivistas, y así su argumentación contra Lorenz es *eo ipso* una argumentación contra el psicoanálisis. Pero aquí se necesita cautela. Se trata de averiguar cómo debe definirse el psicoanálisis. ¿Es la suma total de las teorías de Freud o podemos distinguir entre las partes originales y creadoras de su sistema por una parte y las accidentales y condicionadas por el tiempo por la otra, distinción que puede hacerse en la obra de todos los grandes pioneros del pensamiento? Si es legítima esta distinción, debemos preguntarnos si la teoría de la libido pertenece al meollo de la obra freudiana o si es sólo la forma en que organizó sus nuevas ideas, porque no había otro modo de pensar y expresar sus fundamentales descubrimientos, dado su medio filosófico y científico. (E. Fromm, 1970a.)

Freud nunca dijo que la teoría de la libido fuera una certidumbre científica. La llamaba "nuestra mitología" y la remplazó por la teoría de los "instintos" de Eros y de muerte. Es igualmente significativo que definiera el psicoanálisis como una teoría

[47] Freud emplea la palabra *Trieb*, que suele traducirse por "instinto" y se refiere al instinto en un sentido amplio, como una pulsión radicada somáticamente, un comportamiento consumatorio impulsor pero no estrictamente determinante.

[48] En el apéndice se hallará un análisis detallado del desarrollo de la teoría freudiana de agresión.

basada en la resistencia y la transferencia —y por omisión, no en la teoría de la libido.

Pero tal vez más importante que las propias declaraciones de Freud sea tener presente lo que dio a sus descubrimientos su singular importancia histórica. Seguramente no pudo haber sido la teoría instintivista en sí. porque las teorías del instinto habían sido ya muy conocidas desde el siglo XIX. El que él aislara el instinto *sexual* como fuente de todas las pasiones (aparte del instinto de autoconservación) era, naturalmente, nuevo y revolucionario en una época todavía regida por la moral de la clase media victoriana. Pero incluso esta versión especial de la teoría de los instintos probablemente no hubiera producido un impacto tan fuerte y duradero. Yo creo que lo que dio a Freud su importancia histórica fue el descubrimiento de los procesos inconscientes, no filosófica ni especulativa sino empíricamente, como lo demostró en algunas de sus historias de casos y sobre todo en su obra fundamental, *La interpretación de los sueños* (1900). Si puede demostrarse, por ejemplo, que un hombre concienzudo y conscientemente pacífico tiene potentes impulsos de matar, es una cuestión secundaria el que uno explique esos impulsos como derivados de su odio "edípico" contra el padre, como una manifestación del instinto de muerte, como consecuencia de su narcisismo herido, o por otras razones. La revolución de Freud fue hacernos reconocer los aspectos inconscientes de la mente humana y la energía que emplea en reprimir la conciencia de deseos indeseables. Hizo ver que los buenos deseos no significan nada si encubren intenciones inconscientes; desenmascaró la deshonestidad "honesta" demostrando que no basta haber tenido *conscientemente* una "buena intención". Fue el primer hombre de ciencia que exploró las profundidades, los abismos del hombre, y a eso se debe que sus ideas impresionaran tanto a los escritores y artistas de una época en que la mayoría de los psiquiatras todavía se negaban a tomar en serio sus teorías.

Pero Freud fue aún más allá. No sólo señaló que en el hombre operan fuerzas de que no tiene conciencia y que las racionalizaciones le protegen de ese conocimiento; también explicó que esas fuerzas inconscientes estaban integradas en un sistema al que dio el nombre de "carácter" con un sentido nuevo y dinámico[49].

Freud empezó a desarrollar este concepto en su primer trabajo sobre el "carácter anal". (S. Freud, 1908.) Señalaba en él que algunos rasgos de la conducta, como la testarudez, el orden v la parsimonia, se solían encontrar juntos en forma de síndrome de rasgos. Además, siempre que existía el síndrome, se podían hallar peculiaridades en la esfera de la enseñanza de la higiene relativa al excusado y en las vicisitudes del control del esfínter, así como en ciertos rasgos comportamentales relacionados con el movimiento de los intestinos y las heces fecales. El primer paso de Freud consistió, pues, en descubrir un síndrome de rasgos de comportamiento y relacionarlos con el modo de obrar el nido (en parte en reacción a ciertas exigencias de quienes lo educaban) en el campo de los movimientos intestinales. Su magnífico paso creador fue a continuación relacionar esas dos series de pautas de comportamiento mediante una consideración teórica basada en un supuesto previo acerca de la evolución de la libido. Este supuesto consistía en que durante una fase temprana del desarrollo

[49] La teoría freudiana del carácter puede entenderse más fácilmente sobre la base de la "teoría sistémica"', que empezó a idear en 1920 y tantos y que ha hecho adelantar el pensamiento en algunas ciencias naturales, como la biología y la neurofisiología y algunos aspectos de la sociología. El no comprender el pensamiento sistémico bien pudiera ser la causa de que no se entienda la caracterología de Freud, así como la sociología de Marx, que se basa en ver la sociedad corto un sistema P. Weiss presentó una teoría sistémica general del comportamiento animal (P. Weiss. 1925). En dos trabajos recientes ha presentado un cuadro breve y sucinto de su modo de ver la naturaleza del sistema, que es la mejor introducción que yo conozca al terna. (P. Weiss, 1967. 197(1) Cf. también L. von Bertalanffy (1968) y C. W. Churchman (1968).

infantil, después de haber dejado la boca de ser el principal órgano de satisfacción y placer, el ano se convierte en una importante zona erógena y muchos deseos libidinales giran en torno al proceso de retención y evacuación de los excrementos. Su conclusión fue explicar el síndrome de rasgos comportamentales como sublimación de, o formación de reacción contra. la satisfacción libidinosa o la frustración de la analidad. Se entendía que la testarudez v la parsimonia eran la sublimación de la negativa primera a renunciar al placer de retener las heces; y el orden era la formación de reacción contra el deseo original del infante de evacuar siempre que le viniera en gana. Freud demostró que los tres rasgos originales del síndrome, que hasta entonces parecían no tener ninguna relación entre sí, formaban parte de una estructura o sistema porque todos tenían su origen en la misma fuente de la libido anal que se manifiesta en esos rasgos, sea directamente, sea por formación de reacción o por sublimación. De este modo, Freud pudo explicar por qué esos rasgos están cargados de energía y son, efectivamente, muy resistentes al cambio[50].

Una de las adiciones más importantes fue el concepto del carácter "oral-sádico" (que yo llamo carácter aprovechado o explotador). Hay otros conceptos de la formación de carácter, que dependen de los aspectos que uno desea poner de relieve, como el carácter autoritario[51] o despótico (sadomasoquista), el rebelde y revolucionario, el narcisista y el incestuoso. Estos últimos conceptos, muchos de los cuales no forman parte del pensamiento psicoanalítico clásico, están relacionados entre sí y se recubren parcialmente; combinándolos se puede lograr una descripción aún más completa de determinado carácter.

La explicación teórica de Freud para la estructura del carácter fue la noción de que la libido (oral, anal, genital) era la fuente que proporcionaba energía a los diversos rasgos de carácter. Pero aunque descontemos la teoría de la libido, su descubrimiento no pierde nada de su importancia para la observación clínica de los síndromes, y el hecho de que los alimenta una fuente común de energía sigue igualmente cierto. He tratado de demostrar que los síndromes de carácter están radicados y se alimentan en las formas particulares de relación del individuo con el resto del mundo v consigo mismo; además, que en tanto el grupo social comparte una estructura de carácter común ("carácter social"), las condiciones socio-económicas compartidas por todos los miembros de un grupo moldean el carácter social. (E. Fromm, 1932, 1936, 1941, 1947, 1970; E. Fromm y M. Maccoby, 1970.)[52]

La extraordinaria importancia del concepto de carácter está en que trasciende la antigua dicotomía de instinto y medio. El instinto sexual en el sistema freudiano debía ser muy maleable y en gran parte lo moldeaban las influencias ambientales. Se entendía así que el carácter era el resultado de la acción recíproca entre instinto y medio. Esta nueva posición era posible sólo porque Freud había subsumido todos los instintos en uno: la sexualidad (aparte del instinto de la propia conservación). Los

---

[50] Rasgos añadidos posteriormente al síndrome original son la limpieza y puntualidad exageradas, que también han de entenderse corno formaciones de reacción a los impulsos anales originales.

[51] Creé este concepto en un estudio acerca de los obreros y empleados alemanes *II*. Fromm, 1936), véase nota al pie de la p.61; véase también E. Fromm (1932. 1941, 1970). T. W. Adorno *et al*. (1950) trataron en algunos respectos el tema del estudio anterior sobre el carácter autoritario de obrero; y empleados, pero sin *su* enfoque psicoanalítico y el concepto dinámico de carácter.

[52] Erik H. Frikson (1964) llegó en la posterior evolución de *su* teoría a un punto de vista semejante en forma de "modos" sin subrayar tan fuertemente la diferencia con Freud. Demostró en relación con los indios yurok que no son las fijaciones libidinales las que determinan el carácter, y rechaza una parte esencial de la teoría de hi libido en aras de los factores sociales.

muchos instintos que hallamos en las listas de los instintivistas más antiguos eran relativamente fijos, porque cada motivo de comportamiento se atribuía a un tipo especial de pulsión innata. Pero en el esquema de Freud, las diferencias entre diversas fuerzas motivantes se explicaban como consecuencia de la influencia ambiental sobre la libido. Paradójicamente entonces la ampliación del concepto de sexualidad permitió a Freud abrir la puerta a la aceptación de las influencias del medio mucho más allá de lo que era posible para la teoría prefreudiana del instinto. El amor, la ternura, el sadismo, el masoquismo, la ambición, la curiosidad, la ansiedad, la, rivalidad y tantos otros impulsos no se atribuían ya cada uno a un instinto especial sino a la influencia del ambiente (sobre todo a las personas importantes en la primera infancia), por medio de la libido. Freud siguió conscientemente leal a la filosofía de sus maestros, pero por medio del supuesto de un superinstinto trascendió su propio punto de vista instintivista. Verdad es que todavía puso trabas a su pensamiento con el predominio de la teoría de la libido, y es hora ya de abandonar para siempre este bagaje instintivo. Lo que quiero subrayar ahora es que el "instintivismo" de Freud era muy diferente del instintivismo tradicional, y de hecho era el inicio de su superación.

La descripción dada hasta ahora indica que "el carácter determina el comportamiento", que el rasgo de carácter, amoroso o destructor, mueve al hombre a comportarse de cierto modo y que el hombre se siente satisfecho al obrar de acuerdo con su carácter. Ciertamente, el rasgo de carácter nos dice cómo le *gustaría* obrar a una persona. Pero debemos añadir una importante modificación: *si pudiera*.

¿Qué significa este "si pudiera"?

Debemos volver aquí a una de las nociones más fundamentales de Freud: el concepto del "principio de realidad", basado en el instinto de conservación de sí mismo, frente al "principio de placer", basado en el instinto sexual. Sea que nos mueva el instinto sexual o una pasión no sexual en que esté radicado un rasgo de carácter, el conflicto entre lo que nos gustaría hacer y las necesidades de la propia conservación sigue siendo crucial. No siempre podemos comportarnos de acuerdo con la impulsión de nuestras pasiones, porque debemos modificar hasta cierto punto nuestro comportamiento para conservar la vida. La persona media halla un término medio entre lo que su carácter le haría desear y lo que tiene que hacer para no padecer consecuencias más o menos peligrosas. Naturalmente, el grado en que una persona sigue los dictados de su propia conservación (interés del ego) varía. En un extremo, los intereses del ego equivalen a cero, como en el mártir o en el matador fanático. En el otro extremo está el "oportunista", para quien su propio interés incluye todo cuanto podría hacerle más venturoso, conocido o acomodado. Entre estos dos extremos se pueden poner todas las personas, caracterizadas por una mezcla específica de interés propio y de pasiones radicadas en el carácter.

El punto hasta donde una persona reprime sus pasiones depende no sólo de los factores que lleva dentro sino también de la situación; si ésta cambia, los deseos reprimidos se hacen conscientes y se ponen por obra. Es así, por ejemplo, para la persona de carácter sadomasoquista. Todo el mundo conoce esa clase de personas sumisas ante el patrón y que dominan sádicamente a su esposa y sus hijos. Otro caso es el cambio de carácter que se produce al cambiar totalmente la situación. El individuo sádico que tal vez se hiciera pasar por dócil y aun amistoso se convierte en un demonio en una sociedad terrorista en que el sadismo es más estimado que deplorado. Otro tal vez reprima el comportamiento sádico en todas las acciones visibles y lo manifieste en un matiz de expresión del rostro o en alguna observación al parecer inocente y marginal.

La represión de los rasgos de carácter se produce también en relación con los más nobles impulsos. A pesar del hecho de que las enseñanzas de Jesús todavía forman parte de nuestra ideología moral, el hombre que obra de acuerdo con ellas suele ser considerado tonto o "neurótico": de ahí que muchas personas racionalicen todavía sus impulsos generosos como si fueran motivados por un interés egoísta.

Estas consideraciones demuestran que en el poder motivante de los rasgos de carácter influye en grados diversos el interés propio. Implican que el carácter constituye la principal motivación del comportamiento humano, pero restringida y modificada por las exigencias del interés propio en las diversas condiciones. La gran conquista de Freud no es sólo haber descubierto los rasgos de carácter subyacentes en el comportamiento sino además haber ideado los medios para estudiarlos, como la interpretación de los sueños, la asociación libre y los *lapsus linguae.*

Aquí está la diferencia fundamental entre la caracterología conductista y la psicoanalítica. El condicionamiento opera mediante su atractivo para el interés egoísta, como el deseo de alimento, seguridad, alabanza, evitación del dolor. En los animales, el interés del individuo resulta tan fuerte que mediante refuerzos repetidos y espaciados óptimamente, el interés propio demuestra ser más fuerte que los demás instintos, como el sexual o la agresión. Naturalmente, el hombre también se conduce de acuerdo con su interés personal; pero no siempre, y no necesariamente de ese modo. Con frecuencia actúa de acuerdo con sus pasiones, las más bajas y las más nobles, y suele estar dispuesto —y en condiciones de hacerlo— a arriesgar su propio interés, su fortuna, su libertad y su vida en busca del amor, la verdad y la integridad . . . o por odio, ambición, sadismo o destructividad. En esta diferencia exactamente está la razón de que el condicionamiento no pueda ser explicación suficiente del comportamiento humano.

Resumiendo. Lo que hizo época en los descubrimientos de Freud fue que halló la clave para entender las fuerzas que componen el sistema del carácter del hombre y sus contradicciones internas. El descubrimiento de procesos inconscientes y del concepto dinámico del carácter era radical porque llegaba a las raíces del comportamiento humano; y era inquietante porque ya nadie podría esconderse detrás de sus buenas intenciones: y peligroso, porque si todo el mundo *supiera* todo cuanto *pudiera* saber de sí mismo v los demás, la sociedad retemblaría hasta en sus mismos cimientos.

Cuando el psicoanálisis triunfó y se hizo respetable. olvidó su esencia radical y ostentó lo generalmente aceptable. Conservó aquella parte de lo inconsciente que Freud había puesto de relieve: las apetencias sexuales. **La** sociedad de consumo se deshizo de muchos tabúes victorianos (no por influencia del psicoanálisis sino por cierto número de razones inherentes a su estructura). Ya no fue desquiciante el descubrir uno sus propios deseos incestuosos, el "miedo a la castración" o la "envidia del pene". Pero descubrir rasgos de carácter reprimidos como el narcisismo, el sadismo. la omnipotencia. la sumisión, la enajenación, la indiferencia, la traición inconsciente a la propia integridad, la índole ilusoria del propio concepto de realidad, el descubrir todo eso en uno mismo, en la trama social. en los dirigentes que uno sigue . . . eso es sin duda "dinamita social". Freud sólo trató con un *ello* instintivo; esto era perfectamente satisfactorio en un tiempo en que no veía otro modo de explicar las pasiones humanas sino en términos de instintos. Pero lo que entonces era revolucionario hoy es convencional. La teoría de los instintos. en lugar de ser considerada una hipótesis, necesaria en cierto período, se convirtió en corsé de hierro de la teoría psicoanalítica ortodoxa y entorpeció el ulterior desarrollo de la comprensión de las pasiones humanas, que había sido el principal interés de Freud.

Por estas razones propongo yo que la clasificación del psicoanálisis corno teoría "instintivista", correcta en sentido formal, no lo es en relación con la sustancia del psicoanálisis, que es esencialmente la teoría de los afanes inconscientes, de la resistencia. la falsificación de la realidad según las propias necesidades y expectaciones subjetivas ("transferencia"), del carácter y de los conflictos entre apetencias pasionales incorporadas en rasgos de carácter y las necesidades de la propia conservación. En este sentido revisado (si bien basado en el meollo de los descubrimientos freudianos), el enfoque de este libro en materia de agresión y destructividad humana es psicoanalítico, no instintivista ni conductista.

Un número creciente de psicoanalistas ha abandonado la teoría de la libido freudiana pero es frecuente que no la hayan remplazado por otro sistema teórico igualmente preciso y sistemático: los "impulsos" o "pulsiones" que emplean no tienen suficiente agarre ni en la fisiología, ni en las condiciones de la existencia humana ni en un concepto adecuado de la sociedad. Con frecuencia se sirven de categorías algo superficiales —por ejemplo la "competición" de Karen Hornee— no muy diferentes de las "normas culturales" de la antropología norteamericana. En contraste, cierto número de psicoanalistas —la mayoría de ellos con influencia de Adolf Meyer— han abandonado la teoría freudiana de la libido y han ideado lo que me parece uno de los perfeccionamientos más prometedores y originales del psicoanálisis. Basándose principalmente en su estudio de pacientes esquizofrénicos llegaron a calar cada vez más hondo en los procesos inconscientes que se desarrollan en las relaciones interpersonales. Libres de la influencia restrictiva de la teoría de la libido, y en particular de los conceptos de *id, ego y superego,* pueden describir cabalmente lo que se produce en la relación entre dos personas y dentro de cada una de ellas en su papel de participante. Entre los representantes descollantes de esta escuela —además de Adolf Meyer— están. Harry Stack Sullivan, Frieda Fromm-Reichmann y Theodore Lidz. A mi modo de ver, R. D. Laing ha logrado realizar los análisis más penetrantes, no sólo porque ha sondeado radicalmente los factores personales y subjetivos sino porque su estudio de la situación social es igualmente radical y libre de la aceptación sin crítica de la sociedad actual como algo sano. Aparte de los que he mencionado están Winnicot, Fairbairn, Balint y Guntrip, entre otros, que representan la evolución del psicoanálisis y su paso de una teoría y terapia de la frustración y el dominio de los instintos a "una teoría y terapia que favorezcan el renacer y el desarrollo de una personalidad auténtica dentro de una relación auténtica". (H. Guntrip, 1971.) En cambio, la labor de algunos "existencialistas", como L. Binswanger, no tiene descripciones precisas de los procesos interpersonales, y en lugar de datos clínicos precisos, sólo nociones filosóficas algo vagas.

SEGUNDA PARTE

Pruebas contra la tesis instintivista

5

LA NEUROFISIOLOGÍA

El fin que persiguen los capítulos de esta parte es mostrar datos importantes de neurofisiología, psicología animal, paleontología y antropología que no sustentan la hipótesis de que el hombre nace dotado de un instinto agresivo espontáneo y automático.

LA RELACIÓN DE LA PSICOLOGÍA CON LA NEUROFISIOLOGÍA

Antes de entrar en la discusión de los datos neurofisiológicos, es necesario decir unas cuantas palabras acerca de la relación existente entre la psicología, la ciencia de la mente, y las neurociencias, las ciencias del cerebro.

Cada ciencia tiene su propia materia de estudio, sus métodos, y la dirección que toma la determina la aplicabilidad de sus métodos a sus datos. No puede esperarse que el neurofisiólogo proceda de la manera que sería más deseable para el psicólogo, o viceversa. Pero sí es de esperar que ambas ciencias estén en estrecho contacto y se ayuden mutuamente; esto es posible tan sólo si por ambas partes hay algún conocimiento elemental que permita al menos a cada una entender el lenguaje de la otra y apreciar sus descubrimientos fundamentales. Si los estudiosos de ambas ciencias estuvieran en tan estrecho contacto descubrirían algunos terrenos en que los descubrimientos de la una pueden relacionarse con los de la otra; tal es el caso, por ejemplo, en relación con el problema de la agresión defensiva.

No obstante, en la mayoría de los casos, las investigaciones psicológicas y neurofisiológicas y sus respectivos marcos estructurales están muy aparte y el neurocientífico no puede actualmente dar satisfacción al deseo del psicólogo de obtener información referente a cuestiones como la del equivalente neurofisiológico de pasiones como la destructividad, el sadismo, el masoquismo o el narcisismo[53], ni el psicólogo puede ser de gran ayuda al neurofisiólogo. Parece como si cada una de esas ciencias debiera seguir su propio camino y resolver sus problemas por sí sola hasta que un día uno tuviera que dar por supuesto que ambas habían adelantado hi suficiente para poder abordar los mismos problemas con sus diferentes métodos e interrelacionar sus descubrimientos. Sería seguramente absurdo que cada una de ellas esperara a que la otra hubiera presentado pruebas positivas o negativas a las hipótesis por ella formuladas. Mientras una prueba neurofisiológica clara no contradiga la teoría psicológica, el psicólogo sólo debe tener respecto de sus descubrimientos la cautela científica normal, con tal que estén basados en la debida observación e interpretación de los datos.

R. B. Livingston hace las siguientes observaciones a propósito de las relaciones entre ambas ciencias:

[53] Esta declaración general necesita puntualización y señalamiento de los intentos del difunto Raúl Hernández Peón para descubrir el equivalente neurofisiológico de la actividad en el sueño, los estudios neurofisiológicos de la esquizofrenia y el aburrimiento por R. G. Heath y los intentos de **P.** D. MacLean de hallar explicaciones neurofisiológicas a la paranoia K. Pribram ha estudiado (1962) la contribución de Freud a la neurofisiología. Sobre la importancia de los conocimientos neurológicos de Freud cf. **P.** Ammacher (1962); cf. también R. R. Holt (1965).

Se establecerá una verdadera unión entre la psicología y la neurofisiología cuando gran número de científicos sean buenos conocedores de ambas disciplinas. Queda por ver cuán segura y fructífera será la unión lograda. No obstante, han aparecido nuevos campos a investigar donde los estudiosos del comportamiento pueden manipular el cerebro además del medio ambiente y donde los estudiosos del cerebro pueden aprovechar los conceptos y técnicas conductistas. Muchas de las tradicionales maneras de identificación de ambos campos se han perdido. Debemos descartar activamente todo vestigio de provincialismo y todo sentido de jurisdicción y rivalidad entre estas disciplinas. ¿Contra quién estamos? Sólo contra nuestra propia ignorancia.

A pesar de los progresos recientes, hay todavía relativamente pocos recursos en el mundo para la investigación básica en psicología y neurofisiología. Los problemas que requieren solución son ingentes. Sólo podremos llegar al entendimiento modificando nuestros conceptos actuales. A su vez, éstos están sujetos a cambio sólo por empresas experimentales y teóricas fértiles en recursos. (R. B. Livingston, 1962.)

Muchas personas piensan equivocadamente, como sugieren algunos relatos para el público, que los neurofisiólogos han hallado muchas soluciones al problema del comportamiento humano. En cambio, la mayoría de los expertos en el campo de las neurociencias tienen una actitud muy diferente. T. H. Bullock, gran conocedor del sistema nervioso de los invertebrados, el pez eléctrico y los mamíferos marinos empieza su artículo sobre la evolución del mecanismo neurofisiológico ("Evolution of neurophysiological mechanism") rechazando "nuestra capacidad de contribuir actualmente de modo fundamental a la verdadera cuestión" y prosigue diciendo que "en el fondo no tenemos una idea medianamente razonable acerca del mecanismo neuronal del aprendizaje o del subestrato fisiológico de las pautas instintivas ni de virtualmente ninguna manifestación conductual compleja". (T. H. Bullock, 1961)[54]
De modo semejante dice Birger Kaada:
Nuestro conocimiento y nuestros conceptos de la organización neural central de comportamiento agresivo están limitados por el hecho de que la mayor parte de la información procede de experimentos con animales y por lo tanto casi no se sabe nada acerca de la relación del sistema nervioso central con los aspectos "sentimiento" o "afectivos" de las emociones. Estamos totalmente reducidos a la observación y el análisis experimental de los fenómenos expresivos o conductuales y los cambios corpóreos periféricos registrados objetivamente. Es evidente que ni siquiera estos procedimientos son totalmente seguros, y a pesar de vastos esfuerzos de investigación es difícil interpretar el comportamiento sobre la base de estos indicios solamente. (B. Kaada, 1967.)

Uno de los más destacados neurocientíficos, W. Penfield, llega a la misma conclusión:

Los que esperan dar solución al problema de la neurofisiología de la mente son como personas al pie de la montaña; de pie en los claros que hicieron en las estribaciones contemplan la altura que piensan escalar. Pero el pináculo está oculto por nubes eternas y muchos creen que nunca se podrá llegar a él. Seguramente, si amanece el día en que el hombre haya llegado a conocer perfectamente su cerebro y su mente, será tal vez su mayor hazaña, su victoria definitiva.

[54] Pero últimamente, aunque sosteniendo todavía esta declaración, Bullock le ha dado un matiz más optimista: "Desde 1958, la neurociencia ha avanzado bastante hacia el entendimiento de algunas funciones superiores, como el reconocimiento y el dominio de las emociones, así como hacia el conocimiento del mecanismo de asociación, cuando no del aprendizaje. Estamos en vías de proporcionar ideas al respecto, como por ejemplo declarar cuál pueda ser la base biológica de la agresión, y *si* hay un mecanismo hidráulico *y si* es inherente." (Comunicación personal al doctor T. Melnechuk, quien me escribió de ella.)

Sólo un método puede usar el hombre de ciencia en su labor científica. Es el de la observación de los fenómenos de la naturaleza por el análisis comparativo, complementada por la experimentación con base en hipótesis razonadas. Los neurofisiólogos que siguen las reglas del método científico difícilmente se atreverían a decir con toda sinceridad que su labor científica los autoriza a responder a esas cuestiones. (W. Penfield, 1960.)[55]

Un pesimismo más o menos radical han manifestado cierto número neurocientíficos en relación con el acercamiento entre neurociencia psicología en general, y particularmente en lo que toca al valor de 1 neurofisiología actual en su contribución a la explicación del comportamiento humano. Han expresado este pesimismo H. von Foerster y T, Melnechuk[56], así como H. R. Maturana y F. C. Varela (próximamente)[57]. También en vena crítica escribe F. G. Worden: "Se dan ejemplos de la investigación neurocientífica para ilustrar cómo, a medida que los investigadores se ocupan más directamente en los fenómenos conscientes, las insuficiencias de la doctrina materialista se van haciendo más y más perturbadoras y dan pie a la búsqueda de mejores sistemas conceptuales". (F. G. Worden, próximamente.)

Cierto número de comunicaciones orales y escritas de neurocientíficos me da la impresión de que este moderado modo de ver lo comparte un número reciente de investigadores. Cada vez se entiende más y más e cerebro como un *todo,* un sistema, de modo que no puede explicarse e comportamiento refiriéndose a alguna de sus partes. Impresionante hechos en favor de esta opinión presentó E. Valenstein (1968), quien demostró que los supuestos "centros" hipotalámicos del hambre, la sed, el sexo, etc, no son, si en realidad existen, tan puros como se pensabas anteriormente —que la estimulación de un "centro" por un comportamiento puede provocar el comportamiento apropiado de otro si el medio provee estímulos consonantes con el segundo. D. Ploog (1970) ha hecho ver que la "agresión" (en realidad la comunicación no verbal de una amenaza) provocada en un mono ardilla no es creída por otro mono si la amenaza la hace un inferior social del segundo. Estos datos concuerdan con el modo de ver holístico de que el cerebro toma en cuenta, en su cálculo del comportamiento a ordenar, más de un elemento o hebra de **la** estimulación que llega . . . que el estado total del medio físico y social en ese momento modifica el significado de un estímulo específico.

Pero el escepticismo acerca de la capacidad que tenga la neurofisiología de explicar debidamente el comportamiento humano no significa negar la validez *relativa* de los muchos descubrimientos experimentales realizados en especial en las últimas décadas. Estos descubrimientos, aunque hubieren de ser reformulados e integrados en una visión más global, son suficientemente válidos para darnos importantes indicaciones en el conocimiento de un tipo de *agresión :* la *defensiva.*

---

[55] No sólo las neurociencias y la psicología, también otros muchos campos tienen que ser integrados para crear una *ciencia del hombre:* como la paleontología, la antropología, la historia, con la historia de las religiones (mitos y rituales), la biología, la fisiología, la genética. El objeto de estudio de la "ciencia del hombre" es el *hombre* mismo; el hombre como ser total en desenvolvimiento, biológica e históricamente, que sólo puede entenderse *si* vemos las relaciones recíprocas existentes entre todos *sus* aspectos, *si* lo examinamos como un proceso que se produce dentro de un sistema complejo con muchos subsistemas. Las "ciencias de la conducta" (psicología y sociología), designación que popularizó el programa de la Fundación Rockefeller, se interesan principalmente en *lo que* el hombre *hace* y en cómo puede *conseguirse* que lo haga, no en el *porqué* lo hace *y quién es* él. En grado considerable se han convertido en obstáculo a la formación de una ciencia integrada del hombre y en sustituto de la misma.

[56] Comunicaciones personales de H. von Foerster y T. Melnechuk.

[57] Estoy agradecido a los autores por haberme permitido leer sus original antes de publicarlos.

EL CEREBRO, BASE DEL COMPORTAMIENTO AGRESIVO[58]

El estudio de la relación entre el funcionamiento del cerebro y el comportamiento se conducía en gran parte por la proposición darwiniana de que la estructura y el funcionamiento del cerebro se rigen por el principio de la supervivencia del individuo y de la especie.

Después, los neurofisiólogos han dedicado principalmente sus esfuerzos al descubrimiento de las regiones cerebrales que son los subestratos de los impulsos y comportamientos más elementales necesarios para la supervivencia. Hay acuerdo general con la conclusión de MacLean, quien decía que estos mecanismos fundamentales del cerebro eran (en inglés) las cuatro efes: alimentación, lucha, huida y realización de actividades sexuales *(feeding, fighting, fleeing and... the performance of sexual activities;* P. D. MacLean, 1958). Como es fácil advertir, estas actividades son vitalmente necesarias para la supervivencia material del individuo y la especie. (Más adelante veremos si el hombre tiene otras necesidades fundamentales aparte de la supervivencia física y cuya realización sea necesaria para su funcionamiento como ente total.)

En lo tocante a la agresión y la fuga, la obra de cierto número de investigadores —W. R. Hess, J. Olds, R. G. Heath, J. M. R. Delgado y otros— indica que las "controlan"[59] diferentes regiones neurales del cerebro. Se ha demostrado, por ejemplo, que la reacción afectiva de rabia y su correspondiente pauta de comportamiento agresiva pueden *activarse* por estimulación eléctrica directa de diversas regiones, como las amígdalas, la parte lateral del hipotálamo, algunas partes del mesoencéfalo y la materia gris central; y puede inhibirse estimulando otras estructuras, como el tabique, la circunvolución del cíngulo y el núcleo caudal[60]. Con gran ingeniosidad quirúrgica, algunos investigadores[61] lograron implantar electrodos en ciertas regiones determinadas del cerebro y establecer una conexión de dos sentidos para la observación. Con una estimulación de voltaje bajo en una región pudieron estudiar los cambios de comportamiento en los animales, y después en el hombre. Consiguieron demostrar, por ejemplo, la provocación del comportamiento intensamente agresivo por la estimulación eléctrica directa de ciertas partes y la inhibición de la agresión al estimular otras. Por otra parte, pudieron medir la actividad eléctrica de esas diversas partes del cerebro cuando los estímulos ambientales suscitaban emociones como la rabia, el miedo, el placer, etc. También pudieron observar los efectos permanentes producidos por la destrucción de ciertas partes del cerebro.

Es ciertamente muy impresionante presenciar cómo un aumento relativamente pequeño en la carga eléctrica de un electrodo implantado en uno de los subestratos neurales de la agresión puede producir un súbito acceso de rabia incontrolada y asesina y cómo la reducción de la estimulación eléctrica o la estimulación de un

---

[58] En esta discusión sólo presentaré los hechos más importantes y aceptados en general. La labor realizada en este campo en los últimos veinte años es tan enorme que sería superior a mi competencia entrar en los cientos de problemas específicos que se presentan, ni sería útil citar la amplia literatura al respecto, que puede hallarse en las obras mencionadas en el texto.

[59] Según algunos de los autores arriba citados, es impropio decir "controlan", porque ven en ellas la reacción a procesos que se producen en otras partes del cerebro, en acción recíproca con la región específica estimulada.

[60] El neocórtex ejerce un efecto predominantemente excitador en el comportamiento de rabia. Cf. los experimentos de K. Ackert con la ablación del neocórtex del polo temporal. (R. Ackert, 1967.)

[61] Cf. W. R. Hess (1954), J. Olds y P. Milner (1954), R. G. Heath, ed. (1962), J. M. R. Delgado (1967, 1969, con amplia bibliografía). Cf. además el volumen recientemente publicado por V. H. Mark y F. R. Ervin (1970), que contiene una exposición clara y concisa, fácil de entender incluso para el lego en esta materia, de los datos esenciales de neurofisiología referentes al comportamiento violento.

centro inhibidor de la agresión puede detener esa agresión de un modo no menos subitáneo. El espectacular experimento de Delgado, quien detuvo un toro que embestía estimulando en él (a control remoto) una región inhibitoria ha despertado considerable interés popular en ese procedimiento. (J. M. R. Delgado, 1969.)

No es únicamente característico de la agresión el que una reacción sea activada en algunas partes del cerebro e inhibida en otras: la misma dualidad se advierte en relación con otros impulsos. De hecho, el cerebro está organizado en forma de *sistema dual. Si* no hay estímulos específicos (externos o internos), la agresión se halla en un estado de equilibrio fluido, porque las regiones activadores e inhibidoras se mantienen mutuamente en un equilibrio relativamente estable. Esto puede echarse de ver con particular claridad cuando se destruye una región activante o inhibidora. Partiendo del experimento clásico de Heinrich Klüver y P. C. Bucy (1934) se ha demostrado, por ejemplo, que la destrucción de la amígdala transformaba los animales (mono macaco de la India, glotón americano, gato montés, rata y otros) a tal punto que perdían —por lo menos temporalmente— su capacidad de reaccionar de modo agresivo y violento, aun fuertemente provocados[62]. Por otra parte, la destrucción de regiones inhibidoras de la agresión, como por ejemplo pequeñas porciones del núcleo ventromedial del hipotálamo, produce gatos y ratas permanentemente agresivos.

Dada la organización dual del cerebro, surge la cuestión crucial: ¿cuáles son los factores que trastornan el equilibrio y producen rabia manifiesta y el comportamiento violento correspondiente?

Ya hemos visto cómo uno de los medios de lograr ese trastorno del equilibrio puede ser la estimulación eléctrica o la destrucción de algunas de las regiones inhibitorias (aparte de los cambios hormonales o metabólicos). Mark y Ervin ponen de relieve que ese trastorno del equilibrio puede también producirse a consecuencia de diversas enfermedades del cerebro que alteren su circuitería normal.

Pero ¿cuáles son las condiciones que modifican el equilibrio y movilizan la agresión, aparte de esos dos casos, uno de ellos introducido experimentalmente y el otro patológico? ¿Cuáles son las causas de la agresión "innata" en los animales y los humanos?

LA FUNCIÓN DEFENSIVA DE LA AGRESIÓN

Al examinar la literatura, tanto de neurofisiología como de psicología, sobre la agresión animal y humana, parece inevitable la conclusión de que el comportamiento agresivo de los animales es una reacción *a todo género de amenaza a la supervivencia o,* como yo prefiero decir generalmente, a *los intereses vitales del animal* —como individuo o como miembro de su especie. Esta definición general abarca muchas situaciones diferentes. La más comprensible, claro está, es la amenaza directa a la vida del individuo o la amenaza a sus necesidades de actividad sexual y de alimentación; una forma más compleja es la del "hacinamiento", que es una amenaza a la necesidad de espacio material y/o a la estructura social del grupo. Pero lo que es común a todas las condiciones para provocar el comportamiento agresivo es que constituyan una amenaza a intereses vitales. La movilización de la agresión en las regiones cerebrales correspondientes se produce al servicio de la vida, en respuesta a amenazas a la supervivencia del individuo o de la especie; es decir: la

[62] Cf. V. H. Mark y F. R. Ervin (1970).

agresión programada filogenéticamente, tal y como existe en el animal y en el hombre, es una reacción defensiva biológicamente adaptativa. El que así haya de ser no debe sorprendernos si recordamos el principio darwiniano referente a la evolución del cerebro. Siendo la función del cerebro cuidar de la supervivencia, proveería reacciones inmediatas ante cualquier amenaza a esa supervivencia.

No es ciertamente la agresión la única forma de reacción a las amenazas. El animal reacciona a las amenazas a su existencia con rabia y ataque o con miedo y huida. La huida parece ser de hecho la forma más frecuente de reacción, salvo cuando el animal no tiene escapatoria, y entonces pelea . . . como *ultima ratio.*

Fue Hess el primero en descubrir que por estimulación eléctrica de ciertas regiones del hipotálamo, un gato podía reaccionar atacando o huyendo. Por consiguiente, hizo entrar estos dos tipos de comportamiento en la categoría de *reacción de defensa,* "que indica que ambas reacciones son en defensa de la vida del animal".

Las regiones neuronales que constituyen el subestrato para el ataque y la huida están muy juntas, pero son distintas. Se ha realizado mucho trabajo después de los estudios pioneriles de W. R. Hess, II. W. Magoun y otros, en especial con Hunsperger y su grupo del laboratorio de Hess y con Romaniuk, Levinson y Flynn[63]. A pesar de ciertas diferencias en los resultados a que estos diversos investigadores han llegado, confirman los básicos descubrimientos de Hess.

Mark y Ervin resumen el estado actual de nuestros conocimientos en el siguiente párrafo:

Todo animal, cualquiera que sea su especie, reacciona a un ataque amenazador para su vida, con una de dos pautas de comportamiento: o la huida o la agresión y violencia, o sea el combate. El cerebro siempre actúa como una unidad en la dirección de cualquier comportamiento; por consiguiente, los mecanismos cerebrales que ponen en marcha y limitan esas dos pautas disímiles de conservación de sí mismo están estrechamente ligados uno al otro, así como a todas las demás partes del cerebro, y su debido funcionamiento depende de la sincronización de muchos subsistemas complejos, delicadamente equilibrados. (V. H. Mark y F. R. Ervin, 1970.)

El instinto de "fuga"

Los datos sobre combate y fuga como reacciones de defensa hacen ver con un aspecto muy peculiar la teoría instintivista de la agresión. El impulso de huir desempeña —neurofisiológica y conductualmente— un papel igual o tal vez mayor en el comportamiento animal que el impulso de combatir. Neurofisiológicamente, los dos impulsos están integrados del mismo modo; no hay base para decir que la agresión es más "natural" que la fuga. ¿Por qué entonces los instintivistas hablan de la intensidad de los instintos innatos de agresión y no del instinto innato de fuga?

Si hubiéramos de aplicar el modo de razonar de los instintivistas acerca del impulso de combate al de fuga llegaríamos a un enunciado de este tipo: "Mueve al hombre el impulso innato de huir; a veces trata de dominar este impulso por su razón, pero su dominio será relativamente ineficaz, aunque pueda hallarse algún medio de refrenar el poder del 'instinto de fuga'."

Considerando el énfasis que se ha dado a la agresión humana innata como uno de los problemas más graves de la vida social, desde las posiciones religiosas hasta la obra

[63] Cf. el detallado examen que de estos estudios hace B. Kaada (1967).

científica de Lorenz, una teoría que gire en torno al "incontrolable instinto de fuga" puede parecer extraña, pero neurofisiológicamente es tan buena como la de la "agresión incontrolable". De hecho, desde un punto de vista biológico parecería que la fuga es más eficaz que la pelea para la conservación del individuo. A los jefes políticos o militares seguramente no les parecerá nada extraña, sino harto familiar. Saben por experiencia que la naturaleza del hombre no parece inclinarle al heroísmo y que es necesario tomar muchas medidas para hacer que pelee y evitar que corra por salvar su vida.

El que estudia la historia podría suscitar la cuestión de si el instinto de fuga no ha sido un factor por lo menos tan poderoso como el de combate, y llegar a la conclusión de que no es tanto la agresión instintiva como los intentos de suprimir el "instinto de fuga" del hombre lo que ha movido la historia. Podría especular que una buena parte de los convenios sociales y los esfuerzos ideológicos del hombre se han consagrado a este fin. Se ha amenazado al hombre con la muerte para insuflarle un sentimiento de pavor ante la sabiduría superior de sus dirigentes, para hacerle creer en el valor del "honor". Se le intenta aterrorizar con el temor de que lo llamen cobarde o traidor, o simplemente se le embriaga con licor o con la esperanza del botín y las mujeres. El análisis histórico podría demostrar que la represión del instinto de fuga y la aparente dominancia del de lucha se deben en gran parte a factores culturales, más que a factores biológicos.

Estas especulaciones sólo tienen por objeto señalar la propensión tendenciosa de la etología en favor del *Horno aggressivus;* queda el hecho fundamental de que el cerebro de los humanos y los animales tiene integrados mecanismos neuronales que movilizan el comportamiento agresivo (o fugitivo) en reacción a amenazas a la supervivencia del individuo o de la especie, y que este tipo de agresión es biológicamente adaptativo y sirve para la vida.

DEPREDACIÓN Y AGRESIÓN

Hay otro tipo de agresión que ha ocasionado mucha confusión, y es el de los animales *depredadores* o rapaces terrestres. Zoológicamente están bien definidos, y comprenden las familias de los felinos, hienas, lobos y osos[64].

Se están acumulando rápidamente pruebas experimentales que señalan cómo la base neurológica de la agresión rapaz es distinta de la de la agresión defensiva[65]. Lorenz ha observado lo mismo desde el punto de vista etológico:

> Pero los motivos que en su interior determinan el comportamiento de un cazador son fundamentalmente diferentes de los del combatiente. El búfalo que el león derriba no ha hecho nada para provocar la agresión de éste, como tampoco ha hecho nada para provocar la mía la hermosa oca que vi gustoso en la despensa. En los mismos movimientos de intención puede verse claramente la diferencia de las motivaciones internas. El perro que se echa lleno de pasión cinegética contra la liebre tiene la misma expresión alegre y atenta que cuando saluda a su amo o espera algo agradable. En la cara del león puede verse, como lo muestran muchas y excelentes fotografías, que en el momento del salto no está enojado. En el acto de cazar solamente gruñen o agachan las orejas, o hacen otros movimientos

[64] Los osos son difíciles de catalogar: algunos son omnívoros; matan animales menores o heridos y devoran su carne, pero no los cazan al acecho, como hacen por ejemplo los leones. Por otra parte, el oso polar, que vive en condiciones climáticas rigurosas, acecha focas para matarlas y devorarlas y así puede considerársele animal de rapiña.

[65] Mark *y* Ervin han puesto de relieve este punto (1970) *y* Egger y Flynn lo han demostrado con sus estudios, estimulando la zona específica de la parte lateral del hipotálamo y logrado un comportamiento que recordaba a los observadores el de un animal al acecho o dando caza a su presa. (M. D. Egger y J. P. Flynn, 1963.)

> expresivos que se les conocen en el comportamiento agonístico, los animales carniceros ante una presa que les infunde bastante temor por su capacidad de defenderse ... y aun entonces se conforman con esbozar esos movimientos. (K. Lorenz, 1966.)

K. E. Moyer, manejando los datos existentes relativos a las bases fisiológicas de diversos tipos de agresión, distinguió la depredadora de otros tipos de agresión y llega a la conclusión de que "rápidamente se están acumulando pruebas experimentales que indican que la base neurológica
para esta agresión (rapaz) es distinta de las de otros tipos". (K. E. Moyer, 1968.)

No sólo tiene el comportamiento depredador su propio subestrato neurofisiológico, distinto del de la agresión defensiva, sino que el comportamiento en sí es diferente. No denota rabia ni es intercambiable con el comportamiento combativo, sino que es determinado por su objetivo, perfectamente dirigido, y la tensión termina al lograrse el objetivo: la obtención del alimento. El instinto depredador no es de defensa, común a todos los animales, sino de búsqueda del alimento, común a ciertas especies morfológicamente equipadas para esa tarea. Naturalmente, el comportamiento depredador es agresivo[66], pero debe añadirse que esa agresión es diferente de la agresión rabiosa provocada por una amenaza. Es afín a la que a veces se denomina agresión "instrumental", o sea agresión al servicio de la consecución de un objetivo deseado. Los animales no depredadores no tienen ese tipo de agresión.

La diferencia entre la agresión depredadora y la defensiva es de importancia para el problema de la agresión humana, porque el hombre es filogenéticamente un animal no depredador, y de ahí que su agresión, en lo relacionado con sus raíces neurofisiológicas, no sea de tipo rapaz. Debe recordarse que la dentición humana "está poco adaptada a los hábitos carnívoros del hombre, quien todavía conserva la forma dental de sus ancestros comedores de frutas y vegetales. Es interesante observar también que el sistema digestivo del hombre tiene todos los caracteres fisiológicos de un vegetariano, no de un carnívoro". (J. Napier, 1970.) La dieta incluso de los cazadores y recolectores primitivos era aproximadamente 75% vegetariana y 25% o menos, carnívora[67]. Según I. DeVore, "todos los primates del antiguo continente tienen una dieta esencialmente vegetal. Otro tanto sucede con los hombres que quedan de la organización económica humana más primitiva, los cazadores recolectores que quedan en el mundo, salvo los esquimales del Ártico . . . Aunque los arqueólogos futuros que estudien los bosquimanos contemporáneos pudieren sacar la conclusión de que las piedras de cascar o hachas de mano halladas con puntas de flecha bosquimanas se empleaban para partir huesos y sacarles la médula, en realidad las empleaban las mujeres para cascar nueces o frutos parecidos, que da la casualidad de que constituyen el 80% de la economía bosquimana." (I. DeVore, 1970.)

De todos modos, quizá nada haya contribuido tanto a crear la idea dela intensidad de la agresividad innata de los animales, e indirectamente del hombre, como la imagen del animal depredador. No es necesario ir muy lejos para averiguar las razones de esta tendencia.

---

[66] Un hecho importante es que muchos animales rapaces —los lobos, por ejemplo— no son agresivos respecto de su propia especie. No sólo en el sentido de que no se matan entre sí —que puede explicarse suficientemente, como hace Lorenz, por la necesidad de restringir el uso de sus feroces armas a la causa de la supervivencia de la especie— sino también en el sentido de que son muy amistosos y afables en sus contactos sociales.

[67] Toda la cuestión de las supuestas características depredadoras del hombre se verá en el capítulo 7.

El hombre se ha rodeado durante muchos miles de años de animales domésticos —como el perro y el gato— que son rapaces. De hecho, ésa es una de las razones de que el hombre los domesticara, porque emplea el perro para cazar otros animales y atacar a los humanos amenazantes, y el gato para cazar ratones y ratas. Por otra parte, al hombre le impresionaba la agresividad del lobo, principal enemigo de sus rebaños de ovejas, o la del zorro, que devoraba sus pollos[68]. Los animales, pues, que el hombre ha escogido para tenerlos cerca de su campo de visión han sido depredadores, y difícilmente hubiera podido distinguir entre agresividad rapaz y defensiva, ya que sus efectos son siempre iguales: matar. Tampoco podía observar esos animales en su propio hábitat ni apreciar las actitudes sociales y
amistosas que tenían entre ellos.

. La conclusión a que hemos llegado examinando las pruebas neurofisiológicas es esencialmente la misma que aquella indicada por dos de los más destacados investigadores de la agresión, J. P. Scott y Leonard Berkowitz, aunque sus respectivos puntos de vista teóricos difieran de los míos. Dice Scott: "La persona que tiene la suerte de vivir en un medio sin estimulación para el combate no sufrirá daños fisiológicos o nerviosos, porque nunca pelea. Es una situación muy diferente de la fisiología de comer, donde los procesos internos del metabolismo producen cambios fisiológicos definidos que acaban por dar hambre y estimulan a comer, sin ningún cambio en el medio ambiente." (J. P. Scott, 1958). Berkowitz habla de un "esquema de conexiones eléctricas", de un *"estar siempre preparado"* para reaccionar agresivamente a ciertos estímulos, y no de "energía agresiva" que pueda trasmitirse genéticamente. (L. Berkowitz, 1967.)

Los datos de las neurociencias que he examinado contribuyen a asentar el concepto de un tipo de agresión: conservadora de la vida, biológicamente adaptativa, defensiva. Nos han sido útiles para el fin de demostrar que el hombre está dotado de una agresión potencial que se moviliza ante las amenazas a sus intereses vitales. Pero ninguno de estos datos neurofisiológicos está relacionado con aquella forma de agresión que caracteriza al hombre y que no comparte con otros mamíferos: su propensión a matar y torturar sin ninguna "razón", como un fin en sí, un objetivo que se persigue no para defender la vida sino deseable y placentero en sí.

La neurociencia no ha emprendido el estudio de estas pasiones (a excepción de las que ocasiona alguna lesión cerebral), pero sin temor puede asegurarse que la interpretación instintivista hidráulica de Lorenz no concuerda con el modelo cerebral que funciona como lo ven muchos neurocientíficos, y no hay pruebas neurofisiológicas que la apoyen.

6

EL COMPORTAMIENTO ANIMAL

El segundo campo crítico en que los datos empíricos contribuyen a determinar la validez de la teoría instintivista de la agresión es el del *comportamiento animal.* La agresión animal debe separarse en tres clases: 1] la agresión rapaz o depredadora, 2] la agresión

[68] Tal vez no sea casual el que Hobbes, que representó al hombre como un "lobo" para sus congéneres, viviera en una región dedicada a la cría de ovejas. Sería interesante estudiar el origen y la popularidad de los cuentos de hadas en que interviene el peligroso lobo, como *Caperucita roja,* de acuerdo con este modo de ver.

intraespecífica (contra animales de la misma especie) y 3] la agresión interespecífica (contra animales de otras especies).

Como ya indicamos, entre los estudiosos del comportamiento animal (incluso Lorenz) hay acuerdo en que las pautas de comportamiento y los procesos neurológicos de la agresión *depredadora* no son análogos a los otros tipos de agresión animal y por ello deben ser tratadas separadamente.

En lo tocante a la agresión interespecífica, la mayoría de los observadores concuerdan en que los animales raramente matan a los miembros de otras especies, salvo para defenderse, o sea cuando están en peligro y no pueden huir. Esto limita el fenómeno de la agresión animal en forma principal a la agresión intraespecífica, o sea la agresión entre animales de la misma especie, el fenómeno que Lorenz trata exclusivamente.

La agresión *intraespecífica* presenta las siguientes características: *a]* En la mayoría de los mamíferos no es "sangrienta", no apunta a matar, dañar o torturar sino que es esencialmente una postura de amenaza que hace de advertencia. En general vemos a los mamíferos disputar, reñir o amenazar mucho, pero muy pocos combates sangrientos y muy poco destrozo como lo que vemos en el comportamiento humano. b] Sólo en ciertos insectos, peces, aves, y entre los mamíferos en las ratas, es sólito el comportamiento destructivo. c] El comportamiento de amenaza es una reacción ante lo que el animal parece poner en peligro sus intereses vitales, y es por ende defensivo, en el sentido del concepto neurofisiológico de "agresión defensiva". *d]* No hay pruebas de que haya en la mayoría de los mamíferos un impulso agresivo espontáneo contenido y represado hasta que haya una oportunidad más o menos adecuada de descargarlo. En tanto es defensiva la agresión animal, se basa en ciertas estructuras neuronales normadas filogenéticamente, y no habría querella con la posición de Lorenz si no fuera por su modelo hidráulico y su explicación de que la perniciosidad y crueldad humanas son innatas y radican en la agresión defensiva.

El hombre es el único mamífero sádico y que mata en gran escala. El objeto de los capítulos siguientes es responder a la cuestión del porqué. En esta discusión sobre el comportamiento animal quiero demostrar pormenorizadamente que muchos animales combaten a los de su propia especie, pero que lo hacen de un modo "no perturbador" ni aniquilador, y que los hechos conocidos de la vida de los mamíferos en general y de los primates prehumanos en particular no indican la presencia de tina "destructividad" innata que el hombre habría heredado de ellos. Por cierto que si la especie humana tuviera aproximadamente el mismo grado de agresividad "innata" que los chimpancés que viven en su hábitat natural, viviríamos en un mundo bastante pacífico.

LA AGRESIÓN EN CAUTIVIDAD

Al estudiar la agresión entre los animales, y sobre todo entre los primates, es importante empezar distinguiendo entre su comportamiento cuando viven en su hábitat propio y su comportamiento en cautividad, que es esencialmente en los zoológicos. Las observaciones muestran que los primates en libertad dan señales de poca agresividad, mientras que los de los zoológicos pueden resultar excesivamente destructivos.

Esta distinción es de fundamental importancia para el conocimiento de la agresión humana, porque hasta ahora en toda su historia el hombre raramente ha vivido en su "hábitat natural", a excepción de los cazadores y recolectores y los primeros agricultores hasta el quinto milenio a.C. El hombre "civilizado" ha vivido

siempre "en zoológico" —quiere decir, en diversos grados de cautividad y de ausencia de libertad— y todavía es así, aun en las sociedades más avanzadas.

Empezaré con unos cuantos ejemplos de primates en zoológico, que he estudiado bien. Los más conocidos son quizá los cinocéfalos *hamadryas,* que estudió Solly Zuckerman en el zoológico londinense de Regents Park ("Monkey hill" o Colina de los monos) en 1929-30. Su terreno, 30 X 18 m, era grande para lo acostumbrado en los zoológicos, pero muy pequeño para las extensiones naturales de su hábitat. Zuckerman observó mucha tensión y agresión entre estos animales. Los más fuertes oprimían brutal y despiadadamente a los más débiles, y las mismas madres eran capaces de quitar el alimento de la boca a sus pequeñuelos. Las víctimas principales eran las hembras y los animales jóvenes, que a veces padecían lesiones o morían accidentalmente durante los encuentros. Zuckerman vio a un macho fanfarrón atacar deliberadamente dos veces a un monito, que en la noche apareció muerto. De 61 machos, 8 murieron de muerte violenta, y otros muchos de enfermedad. (S. Zuckerman, 1932.)

En Zurich realizó también observaciones en zoológicos Hans Kummer (1951)[69] y en Whipsnade Park, Inglaterra, Vernon Reynolds (1961)[70].

Kummer tuvo a los cinocéfalos en un recinto de 15 X 27 m. Las mordeduras graves, que ocasionaban feas heridas, eran allí cosa corriente. Kummer hizo una comparación detallada de la agresión entre los animales del zoológico zuriqués y entre los que viven en el campo libre, que había estudiado en Etiopía, y descubrió que la incidencia de actos agresivos en el zoológico era nueve veces más frecuente en las hembras y diecisiete veces y media en los machos adultos que en los tropeles salvajes. Vernon Reynolds estudió veinticuatro macacos de la India en un recinto octogonal, cada lado de 10 m nada más. Aunque el espacio en que estaban confinados los animales era menor que en Monkey hill, el grado de agresividad no era tan grande. De todos modos, había más violencia que en la selva; muchos animales recibían heridas, y una hembra estaba tan lastimada que fue necesario matarla.

Presentan particular interés para la influencia de las condiciones ecológicas en la agresión diversos estudios realizados con macacos *(Macaca mulata),* en especial los de C. H. Southwick (1964), y también C. H. Southwick con M. Beg y M. Siddiqi (1965). Descubrió Southwick que las condiciones del medio y sociales invariablemente ejercen una gran influencia en la forma y la frecuencia del comportamiento "agonístico" (o sea el comportamiento en reacción al conflicto) en los macacos cautivos. Su estudio permite distinguir entre los cambios ambientales, o sea el número de animales en determinado espacio, y los cambios sociales, o sea la introducción de otros animales en un grupo ya existente. Llega a la conclusión de que al reducirse el espacio aumenta la agresión pero que los cambios en la estructura social por la introducción de nuevos animales "producían incrementos mucho más impresionantes en la interacción agresiva que los cambios ambientales". (C. H. Southwick, 1964.)

La mayor agresión al reducirse el espacio ha tenido por consecuencia el comportamiento más agresivo en otras muchas especies de mamíferos. L. H. Matthews, basándose en el estudio de la literatura y en sus propias observaciones en el zoológico de Londres, dice que no pudo hallar casos de lucha a muerte entre mamíferos sino en condiciones de hacinamiento. (L. H. Matthews, 1963.) Un

[69] Citado por C. y W. M. S. Russell (1968).
[70] Ibid.

excelente investigador del comportamiento animal, Paul Leyhausen, ha puesto de relieve el papel que ejerce el trastorno de la jerarquía relativa entre los felinos cuando están enjaulados en un espacio pequeño. "Cuanto mayor es el hacinamiento en las jaulas, menor es la jerarquía relativa. Finalmente surge un déspota, aparecen los 'parias', y los continuos y brutales ataques de todos los demás los ponen frenéticos y provocan en ellos toda suerte de comportamientos antinaturales. La comunidad se vuelve una turbamulta malévola. Raramente descansan, nunca parecen estar a gusto y continuamente están bufando, gruñendo y hasta peleando." (P. Leyhausen, 1956.)[71]

Incluso el hacinamiento transitorio en estaciones de alimentación fijas produjo un incremento de agresión. En el invierno de 1952, tres científicos norteamericanos, C. Cabot, N. Collias y R. C. Guttinger (citados por C. y W. M. S. Russell, 1968), observaron unos venados cerca de Flag River, Wisconsin y averiguaron que la cantidad de peleas dependía del número de venados que había en el terreno fijo de la estación, o sea de su densidad. Cuando sólo había cinco o siete venados, sólo se veía una pelea por venado y por hora. Cuando hubo de veintitrés a treinta venados, la tasa era de 4.4 peleas por venado y por hora. Observaciones semejantes hizo con las ratas salvajes el biólogo norteamericano J. B. Calhoun (1948).

Conviene tomar nota de que las pruebas existentes demuestran cómo la presencia de una abundante *provisión de alimento* no impide que aumente la agresión en condiciones de hacinamiento. Los animales del zoológico londinense estaban bien alimentados, pero el hacinamiento condujo a un incremento de la agresividad. Es también interesante el que entre los macacos hasta un 25% de reducción en la comida no produjo modificaciones en las interacciones agonísticas, según las observaciones de Southwick, y que sólo una reducción de 50% condujo a un importante decrecimiento del comportamiento agonístico[72].

De los estudios realizados sobre la agresividad incrementada en los primates en cautividad —y los estudios de otros mamíferos han arrojado los mismos resultados— parece deducirse que el hacinamiento o densidad de población excesiva es la principal condición para el aumento de la violencia. Pero el "hacinamiento" es sólo una etiqueta, harto engañosa, porque no nos dice cuáles son los factores del hacinamiento responsables de la mayor agresión.

¿Hay una necesidad "natural" de un mínimo de espacio privado?[73] ¿Impide el hacinamiento que el animal ejerza su necesidad innata de explorar y moverse libremente? ¿Hace que lo sienta como una amenaza a su organismo y que por eso reaccione agresivamente?

Sólo pueden resolverse estas cuestiones con base en estudios ulteriores, pero los descubrimientos de Southwick indican que hay en el hacinamiento por lo menos dos o tres elementos diferentes que debemos separar. Uno es la *reducción de espacio;* otro, la *descomposición* de la estructura social. La importancia del segundo factor se confirma claramente por la observación de Southwick, antes mencionada, de que la introducción de un animal extraño suele originar aún más agresión que el hacinamiento. Naturalmente, es frecuente que estén presentes ambos factores, y entonces resulta difícil determinar cuál de los dos es el causante del comportamiento agresivo.

---

[71] Cf. también el estudio que hace Leyhausen del hacinamiento (1965), y en particular de la influencia que ejerce en el hombre.

[72] Fenómenos parecidos pueden advertirse entre los humanos, donde las condiciones de hambre hacen disminuir en lugar de aumentar la agresividad.

[73] Cf. los interesantes estudios de T. E. Hall sobre las necesidades de espacio de los humanos (1963; 1966.)

Cualesquiera que sean las proporciones en que estén mezclados esos factores en el hacinamiento animal, cada uno de ellos puede ser causa de agresión. La reducción del espacio priva al animal de importantes funciones vitales de movimiento, juego y el ejercicio de sus facultades, que sólo pueden desarrollarse cuando busca su alimento. De ahí que el animal "privado de espacio" se sienta amenazado ante esta reducción de sus funciones vitales y reaccione agresivamente. El desplome de la estructura social de un grupo animal es, según Southwick, una amenaza peor. Toda especie animal vive dentro de una estructura social característica de esa especie. Sea jerárquico o no, ése es el marco estructural a que se adapta el comportamiento del animal. Un equilibrio social regular es condición necesaria de su existencia. Si el hacinamiento lo trastorna se constituye en amenaza tremenda a la existencia del animal, y la consecuencia lógica es una agresión intensa, dado el papel defensivo de la agresión, sobre todo si el animal no puede huir.

El hacinamiento puede darse en las condiciones de existencia de un zoológico, como vimos con los cinocéfalos de Zuckerman. Pero lo más frecuente es que los animales de un zoológico no estén hacinados, aunque padezcan de reducción de espacio. Los animales cautivos, aunque estén bien alimentados y protegidos, no tienen "nada que hacer". Si uno cree que la satisfacción de todas las necesidades fisiológicas es suficiente para dar una sensación de bienestar al animal (y al hombre), su existencia en zoológico debería tenerlos muy contentos. Pero esa existencia de parásitos los priva de los estímulos que les permitirían expresar activamente sus facultades físicas y mentales; de ahí que con frecuencia estén fastidiados, lánguidos y apáticos. Comunica A. Kortlandt que "a diferencia de los chimpancés *de zoológico,* que suelen ir haciéndose con los años cada vez más pesados y estúpidos, los chimpancés más viejos de los que viven en libertad parecían más vivos, más interesados en todo y más humanos". (A. Kortlandt, 1962.)[74] S. E. Glickman y R. W. Sroges (1966) señalan algo semejante cuando hablan del "entorpecido mundo de los estímulos" que procuran las jaulas de los zoológicos, y el consiguiente "hastío".

La agresión humana y el hacinamiento

Siendo el hacinamiento condición importante de la agresión en los animales, se ofrece la cuestión de que tal vez sea también causa importante de agresión en los humanos. Muchos tienen esta idea, y la ha expresado P. Leyhausen, quien arguye que no hay otro remedio a la "rebelión", la "violencia" y las "neurosis" que "equilibrar el número de los miembros de las sociedades humanas y hallar rápidamente medios eficaces de mantenerlo en el nivel óptimo". (P. Leyhausen, 1965.)[75]

Esta identificación corriente del "hacinamiento" con la *densidad **de** población* ha sido causa de mucha confusión. Leyhausen, en su enfoque conservador y archisimplificador, descuida el hecho de que el problema del hacinamiento contemporáneo tiene dos aspectos: la destrucción de una estructura social viable (sobre todo en las regiones industrializadas del mundo) y la desproporción entre la cuantía de la población y la base económica y social de su existencia, sobre todo en las partes no industrializadas del mundo.

[74] Un ejemplo es un chimpancé de pelo argénteo que siguió siendo el jefe del grupo aunque era físicamente inferior a los monos más jóvenes; al parecer, la vida en libertad, con todas sus muchas estimulaciones, le había proporcionado una sabiduría que le facultaba para la jefatura.

[75] La misma tesis han expuesto C. y W. M. S. Russell (1968, 1968a).

El hombre necesita un sistema social en que tenga su lugar y en que sus relaciones con los demás sean relativamente estables y se sustenten en valores e ideas de aceptación general. Lo que ha sucedido en la sociedad industrial moderna es que las tradiciones, los valores comunes y los lazos sociales personales genuinos con los demás han desaparecido en gran parte. El hombre masa contemporáneo está aislado y solo, aunque forme parte de una muchedumbre; no tiene convicciones que compartir con los demás: sólo consignas e ideologías, que le proporcionan los medios de comunicación masiva. Se ha convertido en un á-tomo (el equivalente griego de "in-dividuo" = indivisible), que se mantiene unido sólo por intereses comunes, que al mismo tiempo suelen ser antagónicos, y por el nexo del dinero. Emile Durkheim (1897) denominaba este fenómeno *anomia y* descubrió que era la principal causa de suicidio, que ha estado aumentando al desarrollarse la industrialización. Calificaba de anomia el quebrantamiento de todos los vínculos sociales tradicionales por el hecho de que toda organización verdaderamente colectiva se ha hecho secundaria respecto del Estado y que toda vida social genuina ha quedado aniquilada. Creía que las personas que viven en el estado político contemporáneo son "una polvareda desorganizada de individuos"[76]. Otro gran sociólogo, F. Tónnies (1926) emprendió un análisis semejante de las sociedades modernas y distinguió entre la "comunidad" o colectividad tradicional *(Gemeinschaft)* y la sociedad moderna *(Gesellschaft),* de que han desaparecido todos los lazos sociales genuinos.

Puede mostrarse con muchos ejemplos que no es la densidad de población en sí, sino la falta de estructura social, de vínculos comunes genuinos y de interés por la vida lo que causa la agresión humana. Un caso sumamente notorio es el de los kibbutzim de Israel, donde es poco el espacio para el individuo y poca la oportunidad de retiro privado (sobre todo era así hace unos años, cuando los kibbutzim estaban pobres). Pero entre sus miembros se observaba una extraordinaria ausencia de agresión. Otro tanto sucede con otras "comunidades intencionales", hechas con un fin determinado, del mundo. Otro ejemplo lo constituyen países como Bélgica y Holanda, dos de las comarcas más densamente pobladas del mundo, cuya población no se caracteriza sin embargo por una agresividad especial. Sería difícil hallar más hacinamiento que en Woodstock o la isla de Wight durante los festivales juveniles, pero en ambos brilló notoriamente por su ausencia la agresividad. Tomemos otro ejemplo: la isla de Manhattan era uno de los lugares más densamente poblados del mundo hace treinta anos, pero no se caracterizaba, como hoy, por una violencia excesiva.

Cualquiera que haya vivido en un edificio de departamentos donde moran varios cientos de familias sabe que hay pocos lugares donde una persona pueda retirarse y donde no invada su privado la presencia de los vecinos de al lado como en uno de esos grandes edificios densamente poblados. En comparación, es mucho mayor la vida privada en un pueblecito, donde las casas están mucho más separadas y la densidad de población es mucho menor. En el multifamiliar, las personas tienen mayor conciencia unas de otras, se vigilan y murmuran de sus vidas privadas, y constantemente están en el campo visual de los demás. Otro tanto sucede, aunque no a tal grado, en la sociedad suburbana.

Estos ejemplos tienden a mostrar que no es el hacinamiento en sí, sino las condiciones sociales, psicológicas, culturales y económicas en que se presenta, lo que causa la agresión. Es evidente que el exceso de población, o sea la gran

[76] Opinión semejante ha expresado E. Mayo (1933).

densidad de población *en condiciones* de pobreza, ocasiona estrés y agresión; las grandes ciudades de la India y los cinturones de miseria de las ciudades norteamericanas son un ejemplo. El exceso de población y la consiguiente gran densidad demográfica son malignos cuando por falta de alojamiento decente las personas no tienen las condiciones más elementales para protegerse de la intrusión constante y directa de los demás. El exceso de población significa que el número de miembros de una sociedad dada sobrepasa la base económica para proveerlos de alimentación, y vivienda adecuadas y de un tiempo de ocio que signifique algo. Sin duda, el exceso de población tiene malas consecuencias, y el número de personas debe reducirse a un nivel apropiado a la base económica. Pero en una sociedad que tiene una base económica suficiente para mantener a una población densa, la densidad misma no priva al ciudadano de su capacidad de retirarse a un privado y no le expone a la constante intrusión de los demás.

Pero el nivel suficiente de vida sólo atiende a la necesidad de retiro privado y de no estar expuesto constantemente a la invasión de los demás. No resuelve el problema de la *anomia,* de la falta de *Gemeinschaft,* de la necesidad que el individuo tiene de vivir en un mundo de proporciones humanas, cuyos miembros se conozcan unos a otros en tanto que personas.

La *anomia* de la sociedad industrial sólo puede hacerse desaparecer cambiando radicalmente toda la estructura social y espiritual: que el individuo no sólo esté debidamente alimentado y alojado, sino que sus intereses sean los mismos que los de la sociedad; que el principio rector de la vida social e individual sea la relación entre nuestro semejante y la manifestación de nuestras facultades, y no el consumo de cosas y el antagonismo con nuestro semejante. Esto es posible en la situación de fuerte densidad demográfica, pero requiere una revisión radical de todas nuestras premisas y un cambio radical de la sociedad.

De estas consideraciones se deduce que todas las analogías entre el hacinamiento animal y el humano tienen un valor limitado. El animal posee un "conocimiento" instintivo del espacio y la organización social que necesita. Reacciona instintivamente por la agresión para remediar cualquier trastorno de su estructura espacial y social. No tiene otro modo de responder a las amenazas contra sus intereses vitales en estos respectos. Pero el hombre sí tiene otros modos. Puede cambiar la estructura social, puede crear lazos de solidaridad y de valores comunes por encima de lo que le es dado instintualmente. La solución del animal al hacinamiento es biológica e instintiva; la del hombre es social y política.

LA AGRESIÓN EN LA SELVA

Por fortuna, hay estudios recientes de animales en libertad que muestran claramente cómo la agresividad que se observa en condiciones de cautividad no se presenta cuando los mismos animales viven en su hábitat natural[77].

[77] Los primeros estudios sobre el terreno de primates no humanos los hicieron H. W. Nissen (1931) con el chimpancé, H. C. Bingham (1932) con el gorila y C. R. Carpenter (1934) con el mono aullador. Durante casi veinte años después de estos estudios, todo el asunto de los estudios de campo de los primates quedó parado. Aunque en los años que mediaron se hizo cierto número de breves estudios sobre el terreno, no empezó una nueva serie de observaciones cuidadosas por largo plazo sino mediados los cincuentas, con la fundación del Japan Monkey Center de la Universidad de Kyoto y el estudio que hizo S. A. Altman de la colonia de macacos de la India en Cayo Santiago. Actualmente hay bastante más de cincuenta personas dedicadas a estos estudios. La mejor colección de trabajos sobre el comportamiento de los primates se halla en DeVore, ed. (1965), con una bibliografía muy amplia. Entre los trabajos de este volumen quiero mencionar aquí el de K. R. L. Hall y DeVore (1965), el de C. H. Southwick, M. Beg y M. R. Siddiqi (1965) sobre los macacos del norte de la India *(Rhesus monkeys in north India);* el de G. B. Schaller (1965)

Entre los simios, los cinocéfalos tienen la fama de ser algo violentos, y los han estudiado atentamente S. L. Washburn e I. DeVore (1971). Por razones de espacio sólo mencionaré la conclusión a que llegan Washburn y DeVore, o sea que si no se trastorna la estructura social general, son poco agresivos; como quiera que sea, el comportamiento agresivo se compone esencialmente de ademanes o posturas de amenaza. Es digno de nota, considerando lo antes dicho sobre el hacinamiento, que no comunican haber observado combates entre las tropillas de cinocéfalos que se reunían en el aguadero. Una vez contaron más de cuatrocientos en torno a un bebedero y no observaron ningún comportamiento agresivo entre ellos. También observaron que los cinocéfalos no eran nada agresivos con los animales de otras especies. Confirma y completa este cuadro el estudio realizado con el cinocéfalo de Chacma *(Papio ursinus)* por K. R. L. Hall (1960).

El estudio del comportamiento agresivo entre los *chimpancés,* los primates más parecidos al hombre, ofrece particular interés. Hasta hace unos años era casi nada lo que se sabía de su modo de vida en el África ecuatorial. Pero últimamente se han llevado a cabo por separado tres estudios de observación de los chimpancés en su hábitat natural que presentan material muy interesante en relación con el comportamiento agresivo.

V. y F. Reynolds, que estudiaron los chimpancés de la selva de Bodongo, comunican una incidencia de agresión sumamente baja. "Durante 300 horas de observación vimos 17 conflictos con combate real o actitudes de amenaza o enojo, y nunca con duración superior a unos cuantos segundos." (V. y F. Reynolds, 1965.) En cuatro sólo de estos diecisiete conflictos entraron dos machos adultos. Las observaciones con chimpancés de la reserva del río Gombe por Jane Goodall son esencialmente iguales: "Se advirtió comportamiento amenazador sólo en cuatro ocasiones en que un macho subordinado trató de comer antes que el dominante ... Raramente observamos casos de ataque y sólo en una ocasión vimos pelear a machos maduros." (J. Goodall, 1965.) Por otra parte, hay "cierto número de actividades y gestos como el comportamiento de cuidados sociales de la piel y el de cortejo", cuya función principal parece ser establecer y mantener buenas relaciones entre los miembros de la comunidad chimpancé. Sus formaciones son en gran parte temporales, y no pudieron descubrirse otras relaciones estables que las de madre-hijo. (J. Goodall, 1965.) No se observó una jerarquía de dominancia propiamente dicha entre estos chimpancés, aunque se observaron setenta y dos interacciones de dominancia claramente caracterizada.

A. Kortlandt menciona una observación relativa a la incertidumbre de

los chimpancés que, como después veremos, es muy importante para comprender la evolución de la "segunda naturaleza" del hombre: el carácter. Y dice:

Todos los chimpancés que observé eran seres cautelosos y vacilantes. Esta es una de las principales impresiones que uno saca al estudiar de cerca los chimpancés en libertad. Detrás de sus ojos vivos y escrutadores se adivina una personalidad dubitativa y contempladora, siempre tratando de entender el mundo, tan sorprendente. Es como si a la seguridad del instinto hubiera remplazado en los chimpancés la inseguridad del intelecto .. . pero sin la resolución y decisión que caracterizan al hombre. (A. Kortlandt, 1962.)

---

sobre el comportamiento del gorila montañés *(The behavior of the mountain gorilla) ;* el de V. y F. Reynolds (1965) sobre los chimpancés de la selva de Bodongo y el de Jane Goodall sobre *Chimpanzees of the Gombe stream reserve*. Goodall prosiguió con la misma investigación hasta 1965 y publicó sus ulteriores descubrimientos junto con los anteriores con su nombre de casada, Jane van Lawick-Goodall (1968). En lo que sigue me han servido también A. Kortlandt (1962) y K. R. L. Hall (1964).

Apunta Kortlandt que las pautas de comportamiento de los chimpancés, como han mostrado los experimentos con animales cautivos, son mucho menos innatas que las de los monos inferiores[78].

De entre las observaciones de van Lawick-Goodall quisiera citar aquí una concretamente porque presenta un buen ejemplo de la importancia de lo que dice Kortlandt acerca de la vacilación y la falta de decisión observadas por él en el comportamiento del chimpancé. Hela aquí:

Un día, Goliat apareció a cierta distancia en lo alto de la pendiente con una hembra desconocida sonrosada (en celo) inmediatamente detrás de él. Hugo y yo pusimos al punto un montón de plátanos donde los dos chimpancés pudieran verlos y nos ocultamos en la carpa para observarlos. Cuando la hembra vio nuestro campamento trepó a un árbol y miró atentamente hacia abajo. Al instante, Goliat se detuvo también y alzó la vista hacia ella. Después miró los plátanos. Avanzó un poco ladera abajo, se detuvo, y volvió a mirar a su hembra. Esta no se había movido. Lentamente siguió bajando Goliat, y esta vez la hembra bajó calladamente del árbol y se perdió entre la maleza. Cuando Goliat miró en torno suyo y vio que no estaba, se puso a correr, sencillamente. Un momento después, la hembra volvió a trepar a un árbol, seguida por Goliat, con todos los pelos erizados. La peinó un momento, pero sin dejar de echar sus miradas al campamento. Aunque ya no podía ver los plátanos, sabía que estaban allí, y como llevaba unos diez días ausente, es probable que la boca se le estuviera haciendo agua.

Acabó por bajar y otra vez avanzó hacia nosotros, deteniéndose a cada pocos pasos para quedarse mirando fijamente a la hembra que estaba atrás, inmóvil; pero Hugo y yo tuvimos la neta impresión de que quería abandonar la compañía de Goliat. Cuando éste estuvo un poco más lejos ladera abajo, era evidente que la vegetación no le permitía ver a la hembra, porque miró hacia atrás y rápidamente volvió a subir al árbol. Ella seguía allí. Volvió a bajar, caminó unos metros y corrió otra vez a lo alto de un árbol. Todavía estaba ella allí. Pasaron otros cinco minutos en que Goliat siguió avanzando hacia los plátanos.

Cuando llegó al claro del campamento, Goliat se encontró con otro problema: ya no había árboles adonde subirse y desde el suelo no podía ver a la hembra. Tres veces dio unos pasos hacia el terreno descubierto, se volvió y corrió a lo alto del último árbol. La hembra no se movía. Súbitamente, Goliat pareció decidirse y a un buen trotecillo, casi al galope, corrió hacia los plátanos. Agarró uno solo y se volvió para trepar otra vez a su árbol. La hembra seguía sentada en la misma rama. Goliat acabó su plátano y como un poco más tranquilizado, volvió aprisa al montón de fruta, cogió una brazada y se apresuró a volver al árbol. Esta vez, la hembra se había ido; mientras Goliat cogía los plátanos había bajado de su rama, echando miradas hacia él por encima del hombro, y se había esfumado en silencio.

Era divertido ver la consternación de Goliat. Dejando caer los plátanos volvió a subir rápidamente al árbol donde la había dejado, oteó los alrededores y después se hundió también en la espesura. Estuvo unos veinte minutos buscando a la hembra. Cada pocos minutos lo veíamos subir a otro árbol y mirar fijamente en todas direcciones, pero no la halló, y al final renunció a la búsqueda, volvió al campamento, visiblemente exhausto, y se puso a comer plátanos poco a poco. Pero sin dejar de volver la cabeza y mirar ladera arriba. (J. van Lawick-Goodall, 1971.)

[78] K. J. y C. Hayes, de los laboratorios Yerkes de biología de los primates en Orange Park, Florida, que criaron un chimpancé en su hogar y lo sometieron sistemáticamente a una educación humanizadora "forzosa", calcularon su cociente de inteligencia en 125 a la edad de dos años y ocho meses. (C. Hayes, 1951, y K. J. Hayes y C. Hayes, 1951.1

La incapacidad de tomar una decisión el macho acerca de si comería primero plátanos o montaría a la hembra es verdaderamente digna de nota. Si hubiéramos observado este mismo comportamiento en un hombre, diríamos que padecía de duda obsesiva, porque el individuo humano normal no tendría dificultad en obrar de acuerdo con el impulso dominante en su estructura de carácter; el carácter receptivo oral primero se comería el plátano y pospondría la satisfacción de su impulso sexual; el "carácter genital" hubiera dejado esperar la comida hasta quedar sexualmente satisfecho. En uno u otro caso hubiera obrado sin vacilaciones. Como es difícil suponer que el macho de este ejemplo padezca de neurosis obsesiva, seguramente la explicación del por qué se conduce de ese modo se halla en lo que dice Kortlandt, que desgraciadamente no menciona Jane van
Lawick-Goodall.

Kortlandt describe la notable tolerancia del chimpancé para con los animales jóvenes así como su deferencia respecto de los viejos, aunque ya hayan perdido mucho antes sus facultades físicas. Van Lawick-Goodall insiste en la misma característica:

Los chimpancés suelen ser bastante tolerantes en su comportamiento entre ellos. Sobre todo es así en los machos, y no tanto en las hembras. Un caso típico de tolerancia de un dominante para con un subordinado se produjo en ocasión en que un macho adolescente estaba comiendo del único racimo maduro de una palmera. Un macho mayor subió pero no trató de obligar al otro a irse sino que se puso junto al joven y ambos comieron mano a mano. En condiciones semejantes, un chimpancé subordinado llegaría hasta el dominante, pero antes de ponerse a comer lo tocaría en los labios, los muslos o la región genital. La tolerancia entre los machos es particularmente advertible en la estación del apareamiento, como por ejemplo, en la ocasión arriba descrita, en que se observó la copulación de siete machos con una hembra sin que hubiera entre ellos señales de agresión; uno de aquellos machos era adolescente. (J. van Lawick-Goodall, 1971.)

En *gorilas* observados en libertad, G. B. Schaller comunica que en general era pacífica la "interacción" entre grupos. Hubo cargas de alarde agresivas por parte de un macho, como ya se dijo, y "una vez observé una agresividad débil en forma de cargas incipientes contra intrusos de otro grupo por parte de una hembra, un animal joven y un pequeñuelo. La mayor parte de la agresividad intergrupal se limitó a miradas fijas y bocados al aire". Schaller no presenció ataques agresivos serios entre gorilas. Esto es tanto más digno de atención por cuanto los territorios domésticos de los grupos de gorilas no sólo se traslapaban, sino que parece frecuente que los compartiera la población gorila, cosa que hubiera propiciado de sobra las fricciones. (G. B. Schaller, 1963, 1965.)

Debemos conceder atención especial a lo que comunica Lawick-Goodall acerca del comportamiento de alimentación, porque sus observaciones han sido utilizadas por algunos autores como argumento en favor del carácter carnívoro o "depredador" de los chimpancés. Dice que "los chimpancés de la reserva del río Gombe (y probablemente de la mayoría de los lugares por donde está extendida toda esta especie) son omnívoros . . . El chimpancé es primordialmente vegetariano; quiero decir que la mayor parte, con mucho. de los alimentos que constituyen su régimen en general son vegetales". (J. van Lawick-Goodall, 1968.) Había algunas excepciones a esta regla. En el curso de su primer estudio, ella o su ayudante vieron chimpancés comer la carne de otros mamíferos en veintiocho casos. Además, examinando muestras ocasionales de heces fecales en los dos primeros años y medio y otras regulares en los dos y medio últimos, descubrió en total en el estiércol restos

de treinta y seis tipos de mamíferos, además de los que vieron devorar a los chimpancés. Informa por otra parte de cuatro casos en aquellos años, tres de un chimpancé macho que agarraba y mataba a un pequeñuelo de cinocéfalo y otro en que fue muerto un mono rojo colobus, probablemente hembra, amén de sesenta y ocho mamíferos (en su mayoría primates) devorados en cuarenta y cinco meses, aproximadamente uno y medio por mes, por un grupo de cincuenta chimpancés. Estas cifras confirman la declaración anterior del autor de que "el régimen de los chimpancés es en general vegetal" y por ello es excepcional el que coman carne. Pero en su conocida obra *In the shadow of man* dice la autora llanamente que ella y su marido vieron "chimpancés que comían carne con bastante frecuencia" (J. van Lawick-Goodall, 1971), mas sin mencionar los datos atenuantes de su obra anterior, que señalan la relativa infrecuencia de la dieta cárnea. Insisto en esto porque en publicaciones realizadas de acuerdo con este estudio se comenta el énfasis en el carácter "depredador" de los chimpancés, con base en la versión de los datos de van Lawick-Goodall de 1971. Pero los chimpancés son omnívoros, como han declarado muchos autores, y su régimen es principalmente vegetariano. Comen carne de vez en cuando (en realidad raramente), y ese hecho no los hace carnívoros y menos animales depredadores. Pero el empleo de las palabras "depredador" y "carnívoro" insinúa que el hombre nace con una destructividad innata.

TERRITORIALISMO Y DOMINANCIA

En el cuadro popular de la agresividad animal ha influido mucho el concepto de *territorialismo.* La obra de Robert Ardrey *The territorial imperative* (1967) dejó en el público general la impresión de que en el hombre domina el instinto de defender su territorio, instinto heredado de sus antepasados animales. Este instinto sería una de las principales causas de la agresividad animal y humana. Es fácil sacar analogías, y a muchos les seduce la idea tan a la mano de que la fuerza de ese mismo instinto es la que ocasiona las guerras.

Pero esta idea es totalmente errada, por muchas razones. En primer lugar, hay muchas especies animales a las que no se aplica el concepto de territorialidad. "La territorialidad se encuentra sólo en los animales superiores, como los vertebrados y los artrópodos, y aun en éstos en forma muy irregular." (J. P. Scott, 1968a.) Otros estudiosos del comportamiento, como Zing Yang Kuo, se sienten "más bien inclinados a pensar que la llamada ‘defensa territorial’ no es en definitiva sino un nombre imaginado para designar las pautas de reacción a los extraños, con sabor de antropomorfismo y darwinismo decimonónico. Son necesarias otras exploraciones experimentales más sistemáticas para decidir el caso." (Zing Yang Kuo, 1960.)
N. Tinbergen distingue entre el territorialismo de las especies y el del individuo: "Parece seguro que los territorios se escogen ante todo con base en propiedades a que los animales reaccionan de modo innato. Esto hace que todos los animales de la misma especie, o por lo menos de la misma población, escojan el mismo tipo general de hábitat. Pero la vinculación personal de un macho a su territorio —representación particular del hábitat o criadero de la especie— es consecuencia de un proceso de aprendizaje." (N. Tinbergen, 1953.)

En la descripción de los primates hemos visto cuán frecuente es que los territorios se corten o traslapen. Si la observación de los monos nos enseña algo es que los diversos grupos de primates son muy tolerantes y flexibles en relación con su territorio y sencillamente no presentan un cuadro que autorice la analogía con una

sociedad que guarda celosamente sus fronteras e impide por medio de la fuerza la entrada a cualquier "extranjero".

Es además erróneo por otra razón suponer que el territorialismo sea la base de la agresión humana. La defensa del territorio cumple la misión de *evitar* la grave lucha que sería necesaria si invadieran el territorio a tal grado que llegara a faltar el espacio. La pauta de amenaza en que se manifiesta la agresión territorial es el modo instintivamente configurado de mantener el equilibrio espacial y la paz. El bagaje instintivo del animal tiene la misma función que la organización jurídica en el hombre. De ahí que el instinto caduque cuando hay otros medios simbólicos de demarcar un territorio y advertir: "prohibido el paso". Vale también la pena recordar que, como después veremos, muchas guerras se desencadenan para conseguir ventajas de distintos tipos y no en defensa contra ninguna amenaza al territorio. Los únicos que no lo piensan así son los fautores de guerra.

Abundan también las impresiones erróneas acerca del concepto de *dominancia*. En muchas especies, pero no en todas, vemos que el grupo está organizado jerárquicamente. El macho más fuerte tiene preeminencia en la comida, el sexo y los cuidados sociales de la piel sobre los otros machos que le son inferiores en jerarquía[79]. Pero la dominancia, como el territorialismo, no existe de ninguna manera en todos los animales y tampoco se halla regularmente en los vertebrados y mamíferos.

En lo referente a la dominancia entre los primates no humanos advertimos una gran diferencia entre algunas especies de simios como los cinocéfalos y macacos, en que hallamos sistemas jerárquicos estrictos y bastante bien desarrollados, y los antropoides, que tienen normas de dominancia mucho menos fuertes. Dice Schaller a propósito de los gorilas montañeses:

Se observaron 110 veces interacciones definidas de dominancia. Lo más frecuente es que ésta se afirmara a lo largo de angostas sendas cuando un animal pretendía tener el derecho de paso o en la elección de asiento, en que el animal dominante suplantaba al subordinado. Los gorilas manifestaban su dominancia con un mínimo de acciones. Por lo general un animal de categoría inferior sencillamente se quitaba del lugar en cuanto se acercaba uno superior o lo miraba fijamente por un momento. El ademán más frecuentemente observado de contacto físico era un golpecito que el dominante aplicaba al cuerpo del subordinado con el dorso de la mano. (G. B. Schaller, 1965.)

En su comunicación relativa a los chimpancés de la selva de Bodongo dicen V. y F. Reynolds:

Aunque había algunas señales de diferencias de categoría entre individuos, las interacciones de dominancia formaban una fracción mínima del comportamiento observado en los chimpancés. No se hallaron pruebas de una jerarquía lineal de dominancia entre machos ni hembras; no se observaron derechos exclusivos a las hembras receptivas, y no había jefes de grupo permanentes. (V. y F. Reynolds, 1965.)

En su estudio de los cinocéfalos se pronuncia T. E. Rowell contra todo el concepto de dominancia y dice que "las pruebas circunstanciales indican que el comportamiento jerárquico parece ir de la mano con el estrés ambiental de diversos tipos, y con la fatiga por él producida, es el animal de rango inferior el que primero acusa síntomas fisiológicos (menor resistencia a las enfermedades, por ejemplo). Si es el comportamiento subordinado el que determina la posición (y no el comportamiento dominante, como suele suponerse), el factor estrés puede verse afectar directamente a

[79] Es más raro que se trace un paralelo entre esta jerarquía y las raíces "instintivas" de la dictadura que entre el territorialismo y el patriotismo, aunque no sería menos lógico. La razón de este diferente modo de razonar está probablemente en que es menos popular la idea de una base instintiva para la dictadura que para el "patriotismo".

todos los animales en grado diferente según su estructura y producir al mismo tiempo cambios fisiológicos y conductuales (comportamiento sumiso), que a su vez conducen a una organización social de tipo jerárquico". (T. E. Rowell, 1966.) Llega a la conclusión de "que la jerarquía resulta basada principalmente en las pautas de comportamiento de los subordinados y en los animales inferiores, no en los de alta jerarquía". (T. E. Rowell, 1966.)

W. A. Mason manifiesta también mucha reserva, basado en sus estudios de chimpancés:

Opinamos que "dominancia" y "subordinación" son simples designaciones convencionales del hecho de que los chimpancés suelen tener entre ellos la relación de intimidante e intimidado. Naturalmente, sería de suponer que los animales más grandes, fuertes, turbulentos y agresivos de cualquier grupo (que intimidan a casi todos los demás), ostentan un status de dominancia generalizada. Posiblemente esto explica el hecho de que en libertad los machos mayores dominan por lo general a las hembras adultas y éstas a su vez dominan a los adolescentes y menores. Pero aparte de esta observación, no hay indicaciones de que los grupos de chimpancés en su conjunto estén organizados de modo jerárquico; tampoco hay pruebas convincentes de una tendencia autónoma a la supremacía social. Los chimpancés son voluntariosos, impulsivos y codiciosos, lo que es ciertamente base suficiente para la aparición de la dominancia y la subordinación, sin que intervengan motivos y necesidades sociales especiales.

La dominancia y la subordinación pueden considerarse, pues, el subproducto natural del trato social y sólo una faceta de las relaciones entre individuos . . . (W. A. Mason, 1970.)

El mismo comentario que hice a propósito del territorialismo se aplica a la dominancia, en tanto la haya. Su funcionamiento proporciona paz y coherencia al grupo e impide las fricciones que podrían degenerar en serios combates. En lugar de eso, el hombre tiene los acuerdos, la etiqueta y las leyes, que remplazan al instinto ausente.

La dominancia animal se ha sólido interpretar como feroz "mandonismo" del jefe, que goza mandando al resto del grupo. Es cierto que entre los monos la autoridad del jefe suele basarse en el temor que causa a los demás. Pero entre los antropoides, como por ejemplo el chimpancé, con frecuencia no es el temor a la capacidad de ejercer represalias que tiene el animal más fuerte sino su competencia en el mando del grupo lo que decide su autoridad. A manera de ejemplo ya mencionado, comunica Kortlandt (1962) el caso de un chimpancé viejo que conservó su jefatura por su experiencia y sabiduría, a pesar de estar ya físicamente débil.

Cualquiera que sea el papel de la dominancia en los animales, parece bastante averiguado que el animal dominante debe merecer continuamente su papel, es decir: demostrar su gran fuerza física, prudencia, energía o lo que le confiera el derecho de ser dirigente. J. M. R. Delgado (1967) comunica un experimento muy ingenioso con monos que parece indicar que si el animal dominante pierde sus cualidades especiales, siquiera momentáneamente, pierde su calidad de jefe. En la historia de la humanidad, donde la dominancia se institucionaliza y deja de ser función de competencia personal, como es todavía el caso en las sociedades primitivas, ya no es necesario que el dirigente esté en constante posesión de sus facultades sobresalientes, y en realidad ni siquiera es necesario que las tenga. El sistema social condiciona a la gente para que vean en el título, el uniforme o lo que sea la prueba de que el jefe es competente, y mientras estén presentes esos símbolos, respaldados por todo el

sistema, el hombre común y corriente no se atreve siquiera a preguntarse si el rey está verdaderamente vestido.

agresivo que correspondería a la realidad si la teoría hidráulica de Lorenz fuera acertada.

Aun entre los mamíferos más agresivos, las ratas, la intensidad de la agresividad no es tan grande como señalan los ejemplos de Lorenz. Sally Carrighar ha hecho advertir la diferencia entre un experimento con ratas que cita Lorenz en favor de su hipótesis y otro experimento que señala claramente que el punto crítico no era una agresividad innata de las ratas sino ciertas condiciones que eran causa de la agresividad mayor o menor:

Según Lorenz, Steiniger puso ratas pardas (turones) de diferentes localidades en un gran cercado que les proporcionaba condiciones de vida enteramente naturales. Al principio, los diferentes animales parecían temerse mutuamente; no estaban de humor agresivo, pero se mordían si se topaban por casualidad frente a frente, y sobre todo, cuando dos de ellas corrían hostigadas a lo largo de la barda y chocaban a bastante velocidad[80].

Las ratas de Steiniger pronto empezaron a atacarse unas a otras y a reñir, hasta que murieron todas menos una pareja. Las descendientes de esta pareja formaron un clan, que después acabó con cualquier rata que se introdujera en el hábitat.

En los mismos años en que se realizaba este estudio, John B. Calhoun estaba investigando también el comportamiento de las ratas en Baltimore. En la primera población de Steiniger había 15 ratas; en la de Calhoun, 14 ... extrañas también las unas respecto de las otras. Pero el cercado de Calhoun era 16 veces más grande que el de Steiniger y más favorable en otros aspectos: se habían dispuesto "refugios" para las ratas perseguidas por asociados hostiles (en el campo probablemente habría cobijos así) y se identificó a todas las ratas de Calhoun por medio de marcas.

Durante 27 meses, desde una torre situada en el centro de aquel vasto espacio, se tomó nota de todos los movimientos de las distintas ratas. Después de unas cuantas peleas mientras se conocían, formaron dos clanes, ninguno de los cuales trató de eliminar al otro.

Había muchas idas y venidas de acá para allá sin oposición . . . tan frecuentes que algunos individuos recibieron el mote de mensajeros. (S. Carrighar, 1968.)[81]

En contraste con los vertebrados y los invertebrados inferiores, como ha señalado J. P. Scott, uno de los más destacados conocedores de la agresión animal, ésta es muy común entre los artrópodos, como se ve en los terribles combates de la langosta americana, y entre insectos sociales

LA AGRESIVIDAD ENTRE LOS DEMÁS MAMÍFEROS

No sólo dan muestras los primates de poca destructividad sino que todos los demás mamíferos, rapaces o no, no ostentan el comportamiento como las avispas y algunas arañas, en que la hembra ataca al macho y lo devora. También puede hallarse mucha agresividad entre peces y reptiles. Y dice:

La fisiología comparada del comportamiento combativo en los animales conduce a la conclusión, extremadamente importante, de que la estimulación primaria en el

[80] Entre paréntesis: la mayoría de los psicólogos del animal no calificarían de “enteramente naturales” las condiciones proporcionadas por ningún cercado, y sobre todo siendo éste tan pequeño que los individuos chocaran corriendo a lo largo de la barda.

[81] Cf. S. A. Barnett y M. M. Spencer (1951) y S. A. Barnett (1958, 1958a).

comportamiento combativo es externa; o sea que no hay estimulación espontánea interna que obligue a un individuo a pelear independientemente de lo que le rodee. Los factores fisiológicos y emocionales que intervienen en el sistema del comportamiento agonístico son, pues, muy diferentes de los que entran en el comportamiento sexual y en el ingestivo.

Y más adelante declara:

> En condiciones naturales, la hostilidad y la agresión en el sentido de comportamiento agonístico *destructivo y mal adaptativo* (subrayado mío) son difíciles de hallar en las sociedades animales.

Refiriéndose al problema específico de la estimulación espontánea interna que postula Lorenz, Scott dice:

Todos los datos que tenemos actualmente indican que el comportamiento combativo entre los mamíferos superiores, entre ellos el hombre, se debe a estimulación interna y no hay pruebas de que haya estimulación interna espontánea. Los procesos emocionales y fisiológicos prolongan y agrandan los efectos de la estimulación, pero no le dan origen. (J. P. Scott, 1968a.)[82]

¿Tiene el hombre una inhibición contra el acto de matar?

Uno de los puntos más importantes en la cadena de explicaciones a la agresión humana que expone Lorenz es la hipótesis de que en el hombre, a diferencia de los animales depredadores, no se han formado inhibiciones instintivas que impidan matar a sus conespecíficos, y lo explica suponiendo que el hombre, como todos los animales no rapaces, no tiene armas naturales tan peligrosas como las garras y otras y que por ello no necesita de tales inhibiciones. Sólo hace tan peligrosa esta falta de inhibiciones instintivas el hecho de poseer armas.

Mas ¿es verdaderamente cierto que el hombre no tenga inhibiciones contra el acto de matar?

El historial del hombre se caracteriza tan frecuentemente por ese acto que a primera vista parecería improbable que tuviera alguna inhibición de ese tipo. Pero si reformulamos la cuestión de otro modo (atiene el hombre inhibiciones que le impidan matar a seres humanos o animales con quienes se identifique en grado mayor o menor, o sea que no resulten completamente "extraños" para él y a los que esté unido por lazos afectivos?), la respuesta no parece convincente.

Hay algunas pruebas en el sentido de que tales inhibiciones podrían existir y que al acto de matar puede seguir un sentimiento de culpa.

En las reacciones de la vida cotidiana es fácil descubrir que el elemento de familiaridad y endopatía desempeña un papel en la generación de inhibiciones contra la muerte de animales. Muchas personas muestran una decidida aversión a matar y comer un animal con el que estén familiarizados o que tengan como favorito en la casa, como un conejo o un cabrito. Muchas son las personas que no matarían semejante animal y a las que repugna patentemente la idea de comérselo. Esas mismas personas por lo general no vacilan en comer de otro animal semejante cuando falta este elemento de endopatía. Pero no sólo hay una inhibición contra la

[82] Zing Yang Kuo, en sus estudios experimentales de combate contra animales en los mamíferos ha llegado a conclusiones análogas (1960).

muerte de los animales conocidos individualmente, sino también en cuanto se tiene un sentido de identidad con el animal como ser vivo. Todos estos hechos parecen indicar que podría haber un sentimiento de culpa consciente o inconsciente en relación con el aniquilamiento de los seres vivos, sobre todo cuando hay cierta endopatía. Este sentido de afinidad con el animal y de necesidad de reconciliarse con su destrucción está manifestado en forma por demás impresionante en los rituales del culto al oso de los cazadores paleolíticos. (J. Mahringer, 1952.)[83]

El sentido de identidad con todos los seres vivos que comparten con el hombre el atributo de la *vida* se ha hecho explícito en calidad de importante principio moral en el pensamiento de la India, y ha conducido en el hinduismo a la prohibición de matar ningún animal.

No es improbable que también haya inhibiciones en relación con el matar a otros seres humanos, con tal de que esté presente un sentido de identidad y endopatía. Tenemos que partir de la consideración de que para el hombre primitivo al `"extraño" o alienígeno, al que no pertenece al grupo, no suele considerársele un semejante sino "algo" con que uno no se identifica. Hay en general gran renuencia a matar a un miembro del grupo, y en la sociedad primitiva el castigo más severo para las fechorías era el ostracismo, no la muerte. (Esto está todavía manifiesto en la Biblia, en el castigo de Caín.) Pero no tenemos sólo estos casos de las sociedades

primitivas. Incluso en una cultura tan alta como la de los griegos, se sentía como que los esclavos no eran del todo humanos.

Hallamos el mismo fenómeno en la sociedad moderna. Todos los gobiernos intentan en caso de guerra despertar en sus connacionales el sentimiento de que el enemigo no es humano. No se le llama por su propio nombre, sino por otro, como en la primera guerra mundial se denominó a los alemanes "hunos" (por los ingleses) y "boches" (por los franceses). Esta destrucción de la calidad de humano del enemigo llega a su colmo cuando los contrincantes son de otro color. En la guerra de Vietnam hubo bastantes ejemplos que indicaban cómo muchos soldados norteamericanos tenían escaso sentido de endopatía respecto de los vietnamitas, a los que llamaban *gooks* (chales). Se elimina incluso la palabra "matar" y se dice eliminar o "desechar" *(wasting).* El teniente Calley, acusado y convicto de asesinar a muchos civiles vietnamitas, hombres, mujeres y niños, en My Lai, empleó como argumento para su defensa la consideración de que no le habían enseñado a ver en los del FNL *(Vietcongs) a* seres humanos sino sólo "el enemigo". No se trata aquí de saber si eso es buena o mala defensa. Con seguridad es un argumento potísimo, porque es cierto y expresa con palabras la actitud subyacente respecto de los campesinos vietnamitas. Hitler hizo otro tanto llamando a los "enemigos políticos" que quería aniquilar *Untermenschen* (infrahumanos). Casi parece una regla que cuando uno desea hacer más fácil para su bando la eliminación de seres humanos del otro inculque en sus propios soldados la idea de que los que se trata de suprimir no son personas humanas[84].

---

[83] Creo que podría subyacer una razón semejante en el ritual judío de no comer carne con leche. La leche y sus productos son símbolos de vida; simbolizan el animal vivo. La prohibición de comer juntos productos lácteos y cárneos parece indicar la misma tendencia a distinguir claramente entre el animal vivo y el que se emplea como alimento.

[84] Reflexionando acerca de la matanza en gran escala de rehenes y reclusos por las fuerzas que tomaron al asalto la prisión de Attica, Nueva York, Tom Wicker escribió al respecto un artículo muy considerado. Menciona una declaración publicada por el gobernador del estado de Nueva York, Nelson A. Rockefeller, después de la masacre de Attica, que empieza diciendo: "Nuestros corazones están con las familias de los rehenes que murieron en Attica", y añade Wicker:

Un modo de despojar al otro de su calidad de persona es también cortar todos los lazos afectivos con él. Esto se halla en forma de estado espiritual permanente en ciertos casos patológicos graves, pero puede darse asimismo transitoriamente en uno que no sea enfermo. No importa que el objeto de la agresión sea un extraño o un pariente cercano o un amigo, lo que ocurre es que el agresor "corta" emocionalmente al otro y no lo toma en cuenta para nada. El otro deja de ser para el agresor un ser humano y se convierte en "cosa que está por ahí". En estas circunstancias no hay inhibiciones ni siquiera contra las formas más graves de destructividad. Esta es una buena prueba de evidencia clínica en favor de la hipótesis de que la destrucción agresiva se produce, al menos en buena parte, en conjunción con una retracción emocional momentánea o crónica.

Cuando no se tiene conciencia de que otro ser es humano, el acto de crueldad y destructividad adquiere una calidad diferente. Un ejemplo sencillo nos lo mostrará, Si un hindú o un budista, por ejemplo, con un sentimiento genuino y hondo de endopatía por todos los seres vivos, viera a una persona contemporánea común y corriente matar una mosca sin la menor vacilación, calificaría su acción de considerablemente dura y destructiva; pero se equivocaría en su juicio El caso está en que muchas personas no tienen conciencia de que la mosca sea un ser que siente y por eso la tratan como harían con un "objeto" molesto. No es que esas personas sean especialmente crueles, pero su experiencia de los "seres vivos" es limitada.

7

LA PALEONTOLOGÍA

¿ES EL HOMBRE UNA ESPECIE?

Debemos recordar que Lorenz emplea datos sobre animales referentes a la agresión intraespecífica y no a la agresión entre especies diferentes. La cuestión que se presenta ahora es saber si podemos estar realmente seguros de que los humanos en sus relaciones con otros seres humanos los sienten conespecíficos y reaccionan por ello con pautas de comportamiento preparadas genéticamente para los conespecíficos. Por el contrario, ¿no vemos que en muchos pueblos primitivos se considera totalmente extraño y aun no humano al individuo de otra tribu o que vive en un poblado vecino a unos cuantos kilómetros, y por lo tanto no hay endopatía para él? Solamente con el proceso de la

---

`Buena parte de lo que andaba mal en Attica –y en otras muchas prisiones y `correccionales' norteamericanas– puede descubrirse en el simple hecho de que ni en esa frase ni en ninguna otra, ni el gobernador ni ningún otro funcionario manifestaron con una sola palabra su simpatía a las familias de los presos muertos.

"Verdad es que entonces se creyó que la muerte de los rehenes había sido ocasionada por los presos y no –como se sabe ahora– que se debiera a las balas y perdigonadas mandadas disparar por las autoridades del estado por encima de los muros. Mas aunque hubieran sido los prisioneros y no la policía los que mataran a los rehenes, no por eso hubieran dejado de ser seres humanos, y con seguridad lo hubieran seguido siendo sus madres, esposas e hijos. Pero el corazón oficial del estado de Nueva York y sus funcionarios no estaban con ninguno de ellos.

"Ahí está la clave de la cuestión: los presos, y sobre todo los presos negros, en muchos, demasiados casos no son considerados ni tratados como seres humanos. Y por ende, tampoco sus familias."

Continúa Wicker: "De vez en cuando, los miembros del grupo especial de observadores que trataron de negociar una solución en Attica oyeron a los presos aducir que ellos también eran seres humanos y que por encima de todo querían que los trataran como a tales. Una vez, en una sesión de negociación a través de un portón con barras de acero que separaba el territorio ocupado por los presos del ocupado por las fuerzas del estado, el Assistant Corrections Commissioner Walter Dunbar dijo al jefe de los presos, Richard Clark: 'En 30 años, nunca mentí a un recluso'."

"'¿Y a un hombre?' preguntó tranquilamente Clark." *(The New York Times,* 18 de septiembre de 1971.)

evolución social y cultural ha ido aumentando el número de las personas que se aceptan como a seres humanos. Parece haber buenas razones para suponer que el hombre no tiene conciencia de que su semejante sea miembro de la misma especie, porque no facilitan ese reconocimiento aquellas reacciones instintivas o semejantes a reflejos por las cuales el olor, la forma, algunos colores, etc., anuncian al animal de inmediato la identidad de su especie. De hecho, en muchos experimentos con animales se ha demostrado que aun el animal puede ser engañado y puede hacérsele vacilar acerca de cuáles son sus congéneres.

Precisamente por tener el hombre un bagaje instintivo mucho menor que cualquier otro animal no reconoce ni identifica tan fácilmente como los animales a sus conespecíficos. Para él determinan quién es conespecífico y quién no el lenguaje diferente, las costumbres, la vestimenta y otros criterios que percibe la mente, no los instintos, y todo grupo que resulta ligeramente diferente se entiende que no participa de su misma humanidad. De ahí la paradoja de que el hombre, precisamente por no tener el bagaje instintivo, tampoco tiene la conciencia de la identidad de su especie y para él el extranjero o extraño es como si perteneciera a otra especie. En una palabra: *es la índole de humanidad del hombre la que lo hace tan inhumano.*

Si estas consideraciones son atinadas, la causa de Lorenz se hunde, porque todos sus ingeniosos razonamientos y las conclusiones a que llega se basan en la agresión entre miembros de la misma especie. En este caso se plantearía un problema enteramente diferente, a saber, el de la agresividad innata de los animales contra los miembros de *otras* especies. En lo que concierne a esta agresión interespecífica, los datos de animales muestran si acaso menos evidencia de que tal agresión interespecífica esté programada genéticamente salvo en los casos en que el animal es amenazado por o se halla entre rapaces. ¿Podría defenderse la hipótesis de que el hombre desciende de un animal depredador? ¿Podría suponerse que el hombre, si no lobo del hombre, es cordero del hombre?

¿ES EL HOMBRE UN ANIMAL DEPREDADOR?

¿Hay alguna prueba que indique que los ancestros del hombre fueron animales depredadores?

El homínido más antiguo que pudiera haber sido uno de los antepasados del hombre es el *Ramapithecus,* que vivió en la India hará unos catorce millones de años[85]. La forma de su arcada dental era semejante a la de otros homínidos y mucho más parecida a la del hombre que las de los antropoides actuales; aunque haya podido comer carne además de su dieta principalmente vegetariana, sería absurdo pensar que fuera un animal depredador.

Los fósiles de homínido más antiguos que conocemos después del *Ramapithecus* son los del *Australopithecus robustus* y el más avanzado *Australopithecus africanus,* hallado

[85] Todavía se discute si el *Ramapithecus* fue o no un homínido *y* un antepasado directo del hombre. (Véase la presentación pormenorizada de la cuestión en D. Pilbeam, 1970.) Casi todos los datos paleontológicos se basan en buena dosis de especulación y por lo tanto son muy controvertibles. Siguiendo a un autor se puede llegar a un cuadro muy distinto que siguiendo a otro. Pero para nuestro objeto no son esenciales los muchos y controvertidos detalles de la evolución humana, y en cuanto a los puntos principales del desarrollo, he tratado de presentar lo que parece ser el consenso de la mayoría de quienes estudian este campo de conocimiento. Mas incluso en relación con las fases principales de la evolución humana omito del contexto algunos puntos de controversia por no recargarlo. Para el análisis siguiente he utilizado ante todo estas obras: D. Pilbeam (1970), J. Napier (1970), J. Young (1971), I. Schwidetzki (1971), S. Tax, ed. (1960), B. Rensch, ed. (1965), A. Roe y G. G. Simpson (1958, 1967), A. Portmann (1965), S. L. Washburn y P. Jay, eds. (1968), B. G. Campbell (1966) y cierto número de trabajos menores, algunos de ellos indicados en el texto.

por Raymond Dart en Sudáfrica en 1924 y que se cree date de casi dos millones de anos. El australopiteco ha sido objeto de mucha controversia. La inmensa mayoría de los paleoantropólogos acepta actualmente la tesis de que los australopitecinos eran homínidos, mientras que algunos investigadores, como D. R. Pilbeam y E. L. Simons (1965), suponen que debe considerarse el *A. africanus* la primera aparición de *Horno.*

En la discusión de los australopitecinos se ha examinado mucho su empleo de instrumentos para demostrar que fueron humanos o por lo menos antepasados del hombre. Pero Lewis Mumford ha señalado en forma convincente que la importancia de la fabricación de útiles como identificación del hombre induce a error y radica en la deformación tendenciosa del concepto actual de técnica. (L. Mumford, *1967.)* Desde 1924 han aparecido nuevos fósiles, pero su clasificación es controvertida, así como la cuestión de si el australopiteco era en grado considerable carnívoro, cazador o fabricante de instrumentos[86]. De todos modos, muchos investigadores están de acuerdo en que el *A. africanus* era omnívoro y se caracterizaba por la variedad de su dieta. B. G. Campbell (1966) llega a la conclusión de que los australopitecos comían reptiles pequeños, aves, mamíferos pequeños como los roedores, raíces y fruta; o sea los animales que podían capturar sin armas ni trampas. En cambio la caza presupone la cooperación y una técnica adecuada que apareció mucho después y coincide con el surgimiento del hombre en el Asia, unos 500 000 anos a. C.

Fuera o no cazador el australopiteco, no cabe duda de que los homínidos, como sus antepasados los antropoides póngidos *o mpungu* no fueron animales depredadores con la dotación instintual y morfológica que caracteriza a los depredadores carnívoros como el león y el lobo.

A pesar de esta prueba inequívoca, no sólo el teatral Ardrey sino incluso un científico serio como D. Freeman trató de identificar al australopiteco como un "adán" paleontológico que llevaría el pecado original de la destructividad a la raza humana. Freeman habla de los australopitecinos como de una "adaptación carnívora" con "predilecciones rapaces, asesinas y caníbales. La paleoantropología ha revelado así en el último decenio una base filogenética para las conclusiones acerca de la agresión humana a que ha llegado la investigación psicoanalítica de la índole humana". Y resume: "Puede decirse entonces en una ancha perspectiva antropológica que la manera de ser del hombre y sus destrezas, en definitiva la civilización, deben su existencia al tipo de adaptación depredadora que se produjo en los *Australopithecinae* carnívoros de los herbazales del África meridional en el pleistoceno inferior." (D. Freeman, 1964.)

En la discusión que siguió a la presentación de su trabajo, Freeman no parece tan convencido: "Y así, a la luz de los recientes descubrimientos de la paleoantropología se ha presentado la hipótesis de que ciertos aspectos de la naturaleza humana (incluso *tal vez* la agresividad y la crueldad) pudieran estar relacionados con las adaptaciones especiales depredadoras y carnívoras tan fundamentales en la evolución de los homínidos durante el pleistoceno. A mi modo de ver, es ésta *una hipótesis que merece investigación* científica y desapasionada, porque concierne cuestiones que hasta ahora ignoramos bastante." (D. Freeman, 1964. Subrayado mío.) Lo que en el

[86] S. L. Washburn y F. C. Howell (1960) dicen que es muy poco probable que los más antiguos australopitecos, de escasa estatura, que aumentaban su dieta fundamentalmente vegetal con carne, mataran mucho, "mientras que los tipos posteriores, más grandes, que los remplazaron probablemente podrían habérselas con animales pequeños o los no llegados a madurez, o unos y otros. No hay pruebas que indiquen que aquellos seres fueran capaces de apresar los grandes mamíferos herbívoros tan característicos del pleistoceno africano". La misma opinión expone Washburn en un trabajo anterior (1957), donde dice que "es probable que los australopitecinos fueran la presa y no los cazadores". Pero posteriormente se ha sugerido que los homínidos, y con ellos los australopitecinos, "pudieron" haber sido cazadores. (S. L. Washburn y C. S. Lancaster, 1968.)

trabajo presentado era el *hecho* de que la paleoantropología había revelado conclusiones acerca de la naturaleza humana en la discusión se convertía en *hipótesis* "que merece investigación".

Oscurece esa investigación una confusión que se halla en Freeman —así como en las obras de algunos otros autores— entre "depredador", "carnívoro" y "cazador". Zoológicamente, los animales depredadores o rapaces están claramente definidos. Son las familias de los felinos, las hienas, los perros y los osos, que se describen con la característica de tener garras en los dedos y caninos o colmillos agudos. El animal depredador encuentra su alimento atacando y matando a otros animales. Este comportamiento está programado genéticamente, con un elemento marginal tan sólo de aprendizaje y además, como queda mencionado, tiene una base neurológicamente diferente de la agresión en tanto que reacción defensiva. Ni siquiera se puede decir que el animal depredador sea un animal particularmente agresivo, porque en sus relaciones con sus conespecíficos es sociable y aun amable, como hemos visto por ejemplo en el comportamiento de los lobos. Los animales depredadores (a excepción de los osos, que son principalmente vegetarianos y nada aptos para la caza) son exclusivamente carnívoros. Pero no todos los animales carnívoros son depredadores. Los animales omnívoros que comen vegetales y carne por esta razón no pertenecen al orden de los *Carnivora.* Freeman sabe que "el término `carnívoro', cuando se aplica al comportamiento de los *Hominidae,* adquiere un sentido *bien distinto* del que tiene al usarse a propósito de especies de otros grupos del orden *Carnivora".* (J. D. Carthy, F. *J.* Ebling, 1964. Subrayado mío). Pero entonces, ¿por qué llamar carnívoros a los homínidos en lugar de omnívoros? La confusión consiguiente sólo contribuye a implantar en el cerebro del lector la siguiente ecuación: el que come carne = carnívoro = depredador, luego el homínido antepasado del hombre fue un animal depredador provisto del instinto de atacar a los demás animales, entre ellos los demás hombres; luego la destructividad del hombre es innata, y Freud tenía razón. *Que era lo que se trataba de demostrar.*

Todo cuanto podemos decir en conclusión del *A. africanus* es que era un animal omnívoro en cuyo régimen alimenticio desempeñaba un papel más o menos importante la carne y que mataba animales, para procurarse alimento, cuando eran suficientemente pequeños. El régimen cárneo no hace del homínido un depredador. Además, actualmente es un hecho bastante aceptado, expresado por sir Julian Huxley y otros, que el régimen alimenticio —vegetariano o cárneo— no tiene nada que ver con la producción de agresividad.

Nada hay que justifique la suposición de que el australopiteco tuviera los instintos de un animal rapaz que, en el caso de que fuera *él* el antepasado del hombre, pudiera ser el causante de que el hombre tenga genes de "depredador".

8

ANTROPOLOGÍA

En este capítulo presentaré datos bastante pormenorizados acerca de los cazadores y recolectores primitivos, los agricultores del neolítico y las sociedades urbanas nuevas. De este modo, el lector podrá juzgar por sí mismo si esos datos sustentan o no la tesis convencional de que cuanto más primitivo, más agresivo es el hombre. En

muchos casos, son descubrimientos realizados en los diez últimos años por una generación reciente de antropólogos, y las opiniones contrarias más antiguas todavía no han sido corregidas en la mente de muchos no especialistas.

"EL HOMBRE CAZADOR": ¿EL ADÁN ANTROPOLÓGICO?

Si no puede achacarse al carácter *depredador* de los homínidos antepasados del hombre la agresividad innata de éste, ¿podría haber un ancestro humano, un *Adán prehistórico,* responsable de su "caída"? Esto es lo que creen S. L. Washburn, una de las máximas autoridades en la materia, y sus coautores, e identifican a este "Adán" con el hombre *cazador.*

Parte Washburn de esta premisa: dado el hecho de que el hombre vivió 99% de su historia cazando, debemos nuestra biología, nuestra psicología y nuestras costumbres a los cazadores de otrora:

En un sentido muy real nuestro intelecto, nuestros intereses, emociones y vida social básica son productos evolutivos del triunfo de la adaptación cinegética. Cuando los antropólogos hablan de la unidad del género humano, están diciendo que las presiones selectivas de la vida de los cazadores y recolectores eran tan semejantes y el resultado tan afortunado que las poblaciones de *Horno sapiens* son todavía fundamentalmente las mismas en todas partes. (S. L. Washburn y C. S. Lancaster, 1968.)[87]

La cuestión capital es entonces saber lo que significa "psicología del cazador".

Según Washburn, es una "psicología de carnívoro", formada ya cabalmente para el pleistoceno medio, hará unos 500 000 años o tal vez más:

La cosmovisión de los primeros carnívoros humanos debe haber sido muy diferente de la de sus primos vegetarianos. Los intereses de éstos hallaban satisfacción dentro de un espacio reducido, y los demás animales importaban poco, salvo algunos que amenazaban atacar. Pero el deseo de obtener carne lleva a los animales a conocer extensiones más vastas y a aprender las costumbres de muchos animales. Los hábitos territoriales y la psicología de los humanos son fundamentalmente diferentes de los de simios y antropoides. Durante 300 000 años por lo menos (quizá el doble) se suman a la inclinación a averiguar y el afán de dominio del mono la curiosidad y agresión de los carnívoros. Esta psicología de carnívoro estaba ya perfectamente formada mediado el pleistoceno y tal vez tuviera su origen en las depredaciones de los australopitecinos. (S. L. Washburn y V. Avis, 1958.)

Identifica Washburn la "psicología de carnívoro" con el impulso y el placer de matar. Dice: "El hombre siente placer al dar caza a otros animales. Si el adiestramiento cuidadoso no oculta los impulsos naturales, el hombre goza cazando y matando. En muchas civilizaciones, *la tortura v el sufrimiento* se *hacen espectáculo público* para que gocen todos." (S. L. Washhurn y V. Avis, 1958. Subrayado mío.)

Y vuelve a la carga Washburn: "El hombre tiene una psicología de carnívoro. Es fácil enseñar a la gente a matar, y es difícil crear costumbres que eviten el dar muerte. Muchos seres humanos gozan viendo padecer a otros seres humanos o con la muerte

[87] Washburn y Lancaster (1968) contiene material abundante acerca de todos los aspectos de la vida del cazador. Cf. también S. L. Washburn y V. Avis (1958).

de los animales ... las palizas y torturas en público son comunes en muchas culturas." (S. L. Washburn, 1959.) En estas dos últimas frases da a entender Washburn que no sólo el matar sino también la crueldad forman parte de la psicología del cazador.

¿Cuáles son los argumentos de Washburn en favor de esta supuesta alegría innata que producen la muerte y la crueldad?

Un argumento es "matar por deporte" (se refiere al deporte de "matar" y no al de "cazar", que sería lo más exacto). Dice: "Tal vez se eche de ver esto más fácilmente en los esfuerzos dedicados a mantener el matar por deporte. En tiempos antiguos, la realeza y la nobleza tenían grandes parques donde podían gozar del deporte de matar, y actualmente el gobierno de los Estados Unidos gasta muchos millones de dólares en proporcionar animales a los cazadores." (S. L. Washburn y C. S. Lancaster, 1968.) Un ejemplo análogo: "las personas que utilizan los avíos de pescar más ligeros para prolongar la fútil porfía del pez con el fin de realzar al máximo su sensación personal de dominio y destreza". (S. L. Washburn y C. S. Lancaster, 1968.) Menciona Washburn la popularidad de la guerra:

Y hasta poco ha, la guerra se veía en forma muy parecida a la caza. Los otros seres humanos eran sencillamente la presa más peligrosa. La guerra ha sido demasiado importante en la historia de la humanidad para que no sea placentera para los varones que en ella intervienen. Sólo últimamente, al cambiar del todo la índole y las condiciones de la guerra, se ha combatido esa institución y puesto en tela de juicio su prudencia como parte normal de la política nacional o vía aprobada de acceso a la gloria social del individuo. (S. L. Washburn y C. S. Lancaster, 1968.)

Y dice en relación con esto:

El grado en que han entrado a formar parte de la psicología humana las bases biológicas del acto de matar puede medirse por la facilidad con que se logra interesar a los chiquillos en la caza, la pesca, la lucha y los juegos bélicos. No es que ese comportamiento sea inevitable sino fácil de aprender, satisfactorio y en la mayoría de las civilizaciones ha sido recompensado socialmente. El talento para matar y el placer que procura su ejercicio se desarrollan normalmente en el juego, y las normas del juego preparan a los niños para su papel de adultos. (S. L. Washburn y C. S. Lancaster, 1968.)

Dice Washburn que mucha gente goza matando y obrando cruelmente, y así parece ser, pero eso significa tan sólo que hay individuos sádicos y culturas sádicas; pero hay otros que no lo son. Podemos descubrir, por ejemplo, que el sadismo es mucho más frecuente en los individuos frustrados y las clases sociales que se sienten impotentes y tienen poco placer en la vida, por ejemplo la clase baja de Roma, a la que se compensaba su pobreza material e impotencia social mediante espectáculos sádicos, o la clase media inferior de Alemania, en cuyas filas reclutó Hitler sus más fanáticos adeptos; también se puede hallar en las clases gobernantes que se sienten amenazadas en su posición de dominio y su propiedad[88], o en grupos reprimidos con sed de venganza.

La idea de que la caza produce el placer de la tortura es una afirmación no justificada y poco plausible. Los cazadores en general no gozan con el sufrimiento del animal y la verdad es que un sádico que gozara con la tortura sería un mal cazador; y los pescadores tampoco emplean por lo general el procedimiento mencionado por

[88] La matanza de los *comntunards* franceses en 1871 por el ejército vencedor de Thiers es un ejemplo señalado.

Washburn. Ni hay pruebas que justifiquen la suposición de que movían a los cazadores primitivos impulsos sádicos o destructores. Al contrario, hay algunas pruebas de que tenían un sentimiento de afecto por los animales muertos y tal vez de culpa por matarlos. Entre los cazadores del paleolítico con frecuencia se dirigían al oso llamándolo "abuelo" o lo consideraban el ancestro mítico del hombre. Cuando mataban al oso, se excusaban; antes de comérselo celebraban una comida sagrada con el oso de "invitado de honor", ante el cual se ponían los platillos mejores; finalmente, lo enterraban con toda ceremonia. (J. Mahringer, 1952.)[89]

La psicología de la caza, incluso la del cazador contemporáneo, requiere un estudio extensivo, pero en este contexto podemos de todos modos hacer algunas observaciones. Ante todo, debemos distinguir entre la caza deporte de las élites en el poder (por ejemplo, la nobleza en el sistema feudal) y todas las demás formas de caza, como la de los cazadores granjeros primitivos, que protegían sus cultivos o sus aves de corral, y los individuos que tienen aficiones venatorias. La "cinegética de la élite" parece satisfacer el deseo de poder y dominación, incluso con cierta cantidad de sadismo, que caracteriza a las minorías que detentan el poder, y nos dice mucho más de la psicología feudal que de la venatoria.

Entre las motivaciones del profesional primitivo y del cazador aficionado contemporáneo hay que distinguir por lo menos dos tipos. El primero tiene su origen en lo hondo de la experiencia humana. En la acción de cazar el hombre vuelve, siquiera brevemente, a ser parte de la naturaleza, al estado natural; se hace uno con el animal y se libra del fardo de la escisión de la existencia: ser parte de la naturaleza y trascenderla por virtud de su conciencia. Cuando persigue el hombre al animal, uno y otro devienen iguales, aunque al final el hombre demuestra su superioridad con el manejo de sus armas. En el hombre primitivo esta experiencia es plenamente consciente. Disfrazándose de animal y considerando un animal a su ancestro, hace explícita la identificación. Para el hombre contemporáneo, con su orientación cerebral,, esta experiencia de ser uno con la naturaleza es difícil de verbalizar y de sentir, pero aún se mantiene viva en muchos seres humanos.

Por lo menos igual importancia tiene para el cazador una motivación enteramente diferente: la del placer de su destreza. Sorprende ver hasta qué punto descuidan muchos autores contemporáneos este elemento de la caza y enfocan su atención en el acto de matar. Es notorio que la caza es una combinación de muchas destrezas y conocimientos, aparte del manejo de un arma.

Este punto lo ha examinado en detalle William S. Laughlin, quien también parte de la tesis de que "la caza es la pauta maestra de comportamiento de la especie humana". (W, S. Laughlin, 1968.) Pero Laughlin no menciona el placer de matar o la crueldad como parte de la pauta del comportamiento cazador, sino que lo describe en estos términos generales: "La caza galardona la inventiva, la solución de problemas y castiga efectivamente el fracaso en la solución del problema. Por eso ha contribuido tanto al progreso de la especie humana como a mantenerla unida dentro de los confines de una sola especie variable." (W. S. Laughlin, 1968.)

Laughlin señala un punto que es importantísimo tener presente en vista del énfasis que suele ponerse en los instrumentos y las armas:

La caza es evidentemente un sistema instrumental en el sentido real de que se hace algo, de que se ejecutan varios actos ordenados con un resultado de importancia capital. Los aspectos tecnológicos, los dardos, las mazas, las hachas de mano y todos

[89] Cl. los autores citados por Mahringer. Una actitud semejante puede hallarse en los rituales cinegéticos de los indios navajos; cf. R. Underhill (1953).

los demás objetos propios de la exhibición en los museos no son esencialmente significativos fuera del contexto en que se usen. No representan un punto apropiado para empezar el análisis porque su posición en la secuencia está muy lejos de los diversos complejos precedentes. (W. S. Laughlin, 1968.)[90]

La eficiencia de la caza ha de entenderse no sólo sobre la base del adelanto de sus fundamentos técnicos sino por la creciente destreza del cazador:

Hay amplia documentación, aunque son sorprendentemente pocos los estudios sistemáticos, para el postulado de que el hombre primitivo es un excelente conocedor del mundo natural. Su conocimiento abarca todo el macroscópico mundo zoológico de mamíferos, marsupiales, reptiles, aves, peces, insectos y las plantas. También conoce bastante las mareas, los fenómenos meteorológicos en general, la astronomía y otros aspectos del mundo natural, con algunas diferencias según los grupos en lo referente a la complejidad y amplitud de ese conocimiento, y a los campos a que se consagren . . . Sólo citaré aquí la importancia que tienen esos conocimientos para el sistema conductual de la caza y su importancia en la evolución del hombre; ese cazador que es el hombre estaba aprendiendo el comportamiento y la anatomía del animal, incluso de él mismo. Primero se domesticó a sí mismo y después se dedicó a los otros animales y las plantas. En este sentido, la caza fue la escuela que hizo autodidacta a la especie humana. (W. S. Laughlin, 1968.)

En resumidas cuentas, la motivación del cazador primitivo no fue el placer de matar sino el aprendizaje y el ejercicio óptimo de diversas destrezas, o sea la evolución del hombre mismo[91].

La argumentación de Washburn acerca de la facilidad con que puede interesarse a los niños en la caza, la pesca y los juegos bélicos descuida el hecho de que a los chiquillos puede inducírseles a cualquier clase de pauta de comportamiento culturalmente aceptada. Concluir que este interés de los muchachos en las pautas de comportamiento de aceptación general prueba el carácter innato del placer de matar da fe de una actitud notablemente ingenua en cuestiones de comportamiento social. Además debe observarse que en muchos deportes —desde la esgrima *zen* hasta la nuestra, el judo, el karate— es patente que la fascinación que ejercen no está en el placer de matar sino en la destreza de que permiten hacer gala.

Es asimismo insostenible la declaración de Washburn y Lancaster de que "casi todas las sociedades humanas han considerado deseable matar a los miembros de algunas otras sociedades humanas". (Washburn y Lancaster, 1968.) Esto es repetir un cliché popular y la única fuente que presentan es el trabajo de D. Freeman (1964), arriba examinado, cuya óptica está deformada por el modo de ver freudiano. Los hechos dicen que, como veremos más adelante, las guerras entre los cazadores primitivos eran característicamente incruentas, y por lo general no tenían por objetivo matar. Decir que la institución de la guerra sólo últimamente ha sido puesta

[90] Las observaciones de Laughlin apoyan plenamente una de las tesis principales de Lewis Mumford relativa al papel de los instrumentos en la evolución de la humanidad.

[91] Hoy que casi todo lo hacen las máquinas notamos poco placer en la destreza, salvo quizá el placer que la gente siente con aficiones como la carpintería fina o la fascinación de las personas corrientes cuando tienen ocasión de ver trabajar a un orfebre o un tejedor; tal vez la fascinación que ejerce el violinista ejecutante no se deba sólo a la belleza de la música que genera sino también al despliegue de su habilidad. En las culturas donde la mayor parte de la producción se hace a mano y se basa en la destreza, es evidente que el trabajo causa satisfacción debido a la destreza que entraña y al grado en que interviene. La interpretación de que el placer de la caza es el placer de matar y no el de la destreza denota la persona de nuestra época, para quien lo único que cuenta es el *resultado* de un esfuerzo, en este caso la muerte, y no el proceso en sí.

en tela de juicio es, claro está, olvidar la historia de toda una serie de doctrinas filosóficas y religiosas, y sobre todo las ideas de los profetas hebreos.

Si no seguimos el razonamiento de Washburn queda en pie la cuestión de si el comportamiento cazador ha engendrado otras pautas. Ciertamente, parece haber dos pautas de comportamiento programadas genéticamente por intervención del comportamiento venatorio: la cooperación y la participación. La cooperación entre los miembros de una misma banda era una necesidad práctica para la mayoría de las sociedades cazadoras; y también el reparto de la comida. Como la carne se descompone en la mayoría de los climas, salvo en el Ártico, no podía conservarse. No todos los cazadores tenían la misma suerte en la caza; de ahí la consecuencia práctica de que quien hoy había tenido suerte compartiera su comida con los que la tendrían mañana. Suponiendo que el comportamiento venatorio condujera a cambios genéticos, la conclusión que se impone es que el hombre moderno tiene un impulso innato de cooperación y reparto, no de muerte y crueldad.

Desafortunadamente, el historial humano de cooperación y reparto es harto desigual, como nos muestra la historia de la civilización. Podría explicarse esto por el hecho de que la vida del cazador no produjo cambios genéticos, o que los impulsos de reparto y cooperación fueron hondamente reprimidos en aquellas culturas cuya organización no alentaba esas virtudes y sí el egoísmo despiadado. De todos modos, podría especularse todavía acerca de si la tendencia a cooperar y compartir que hallamos hoy en muchas sociedades fuera del mundo industrializado contemporáneo no señalaría el carácter innato de esos impulsos. En realidad, incluso en la guerra moderna, en que el soldado de una manera general no siente mucho
odio contra el enemigo, y sólo excepcionalmente comete crueldades[92], advertimos un grado notable de cooperación y repartimiento. Mientras en la vida civil la mayoría de las personas no arriesgan su vida por salvar la de un semejante ni comparten su comida con los demás, en la guerra ocurre diariamente,. Quizá pudiera irse aún más lejos y sugerir que uno de los factores que hacen atractiva la guerra es precisamente la posibilidad de practicar impulsos muy hondos que nuestra sociedad considera en tiempo de paz —por cierto que con muy poco idealismo— tonterías.

Las ideas de Washburn sobre la psicología del cazador son sólo un ejemplo de su predisposición en favor de la teoría de que la destructividad y la crueldad son innatas en el hombre. En todo el campo de las ciencias sociales se puede observar un alto grado de partidarismo cuando se llega a cuestiones directamente relacionadas con los actuales problemas emocionales y políticos. Cuando se trata de las ideas y los intereses de una sociedad, la objetividad suele ceder a la tendencia. La sociedad contemporánea, con su disposición casi ilimitada a suprimir vidas humanas por razones políticas o económicas puede defenderse mejor contra la cuestión elemental humana de su derecho a hacerlo así entendiendo que la destructividad y crueldad no son engendradas por nuestro sistema social sino que son cualidades innatas en el hombre.

La agresión y los cazadores primitivos

Por fortuna, nuestro conocimiento del comportamiento venatorio no se limita a especulaciones; hay un cuerpo considerable de información acerca de los cazadores

[92] Esto es diferente hasta cierto punto en guerras como la de Vietnam, donde el enemigo "indígena" no se siente como ser humano. Cf. pp. 131-132.

y recolectores primitivos todavía existentes, que demuestra que la caza no conduce a la destructividad y la crueldad y que los cazadores primitivos son relativamente poco agresivos si se les compara con sus hermanos civilizados.

Se plantea la cuestión de si podemos aplicar nuestro conocimiento de estos cazadores primitivos a los cazadores prehistóricos, por lo menos a los que vivieron hasta el surgimiento del hombre moderno, *"Horno sapiens sapiens",* hará unos cuarenta o cincuenta mil años.

La verdad es que se conoce poquísimo del hombre desde su aparición, y no mucho tampoco del *H. sapiens sapiens* en su etapa de cazador y recolector. Algunos autores han advertido que no se deben sacar conclusiones acerca de los primitivos prehistóricos basándose en los contemporáneos. (J. Deetz, 1968)[93] No obstante, como dice G. P. Murdock, presentan interés los cazadores contemporáneos "por la luz que pueden arrojar sobre el comportamiento del hombre pleistocénico"; y muchos de los otros participantes en el simposio sobre *Man the hunter (R.* B. Lee y DeVore, eds., 1968) parecen estar de acuerdo con esta formulación. Aunque no es probable que los cazadores recolectores prehistóricos fueran iguales que los cazadores recolectores contemporáneos más primitivos, debe tomarse en consideración que (1) el *H. sapiens sapiens* no era anatómica y neurofisiológicamente diferente del hombre actual y (2) el conocimiento de los cazadores primitivos todavía existentes ha de contribuir a la dilucidación de por lo menos un problema de primordial importancia en relación con los cazadores prehistóricos: la influencia del comportamiento venatorio en la personalidad y en la organización social. Aparte de esto, los datos sobre cazadores primitivos demuestran que las cualidades que suelen atribuirse a la naturaleza humana (destructividad, crueldad, asociabilidad) o sea las del "hombre natural" de Hobbes ¡están notablemente ausentes en los hombres menos "civilizados"!

Antes de pasar a tratar de los cazadores primitivos todavía existentes es necesario hacer algunas observaciones acerca del cazador paleolítico. Escribe M. D. Sahlins:

En la adaptación selectiva a los peligros de la Edad de Piedra, la sociedad humana superó o subordinó ciertas propensiones de los primates como el egoísmo, la sexualidad indiscriminada, la dominancia y la competición brutal. Al conflicto remplazó, por el parentesco y la cooperación, puso la solidaridad por encima del sexo y la moral sobre la fuerza. En sus primeros días llevó a cabo la reforma más grande de la historia, el vencimiento de la naturaleza primate en el hombre, y con ello se aseguró el futuro evolutivo de la especie. (M. D. Sahlins, 1960.)

Hay ciertos datos directos sobre la vida del cazador prehistórico que se pueden hallar en los cultos de animales y señalan el hecho de que le faltaba la supuesta destructividad innata. Como hace notar Mumford, las pinturas rupestres relativas a la vida de los cazadores prehistóricos no presentan ningún combate entre hombres[94].

A pesar de la cautela que requiere el establecimiento de analogías, los datos más impresionantes son de todos modos los relativos a los cazadores recolectores todavía vivos. Colin Turnbull, especialista de este estudio, comunica:

En los dos grupos que conozco, hay una ausencia casi total de agresión, emocional o física, y esto se sustenta en la ausencia de guerras, querellas, brujerías y magias.

[93] Cf. también G. P. Murdock (1968).

[94] La misma opinión manifiesta el paleoantropólogo Helmuth de Terra (comunicación personal).

Tampoco estoy convencido de que la caza sea en sí una actividad agresiva. Esto hay que verlo para comprenderlo; la acción de cazar no se ejecuta con ningún temple agresivo. Debido a la conciencia de que se agotan los recursos naturales, ahora se lamenta la muerte de un ser vivo. En algunos casos puede haber en el acto de matar incluso un elemento de compasión. Mi experiencia de los cazadores me ha hecho ver que son gente muy amable y si bien es cierto que llevan una vida durísima, no lo es que sean agresivos. (C. M. Turnbull, 1965.)[95]

Ninguno de los demás participantes en la discusión contradijo a Turnbull.

La descripción más amplia de los descubrimientos antropológicos en materia de cazadores y recolectores primitivos es la que presenta E. R. Service en *The hunters*. (E. R. Service, 1966.) Esta monografía abarca todas las sociedades de ese tipo, a excepción de los grupos sedentarios de la costa noroeste de América del Norte, que viven en un medio particularmente feraz, y aquellas otras sociedades de cazadores recolectores que se extinguieron apenas entraron en contacto con la civilización, por lo que nuestro conocimiento de ellas es demasiado fragmentario[96].

La característica más notoria y probablemente la más importante de las sociedades de cazadores recolectores es su nomadismo, necesario en su existencia de forrajeadores, que conduce a la integración poco estricta de las familias en una sociedad de tipo "banda" u horda. En cuanto a sus necesidades —a diferencia del hombre contemporáneo, que necesita una casa, un automóvil, prendas de vestir, electricidad, etc.— para el cazador primitivo "el alimento y los pocos artefactos que emplea para procurárselo son el centro de la vida económica . . . en un sentido más fundamental que en las economías más complicadas". (E. R. Service, 1966.)

No hay más especialización de tiempo completo en el trabajo que las distinciones por edades y sexos que se advierten en cualquier familia. El alimento se compone en una pequeña parte de carne (quizá 25%, más o menos), mientras que la dieta principal, proporcionada por el trabajo de las mujeres, se debe a la recolección de semillas, raíces, frutas, nueces y bayas. Como dice M. J. Meggitt: "el predominio vegetariano parece ser uno de los principales caracteres de las economías de caza y pesca y de recolección. (M. J. Meggitt, 1964.) Sólo los esquimales viven exclusivamente de la caza y la pesca, y la mayor parte de la pesca la hacen las mujeres.

En la caza hay gran cooperación de los varones, concomitante normal del bajo nivel de desarrollo tecnológico en la sociedad de bandas. "Por diversas razones relacionadas con la misma simplicidad de la tecnología y la falta de dominio del medio, muchos pueblos cazadores recolectores son en un sentido perfectamente literal los pueblos más ociosos del mundo." (E. R. Service, 1966.)

Las relaciones económicas son especialmente instructivas. Dice Service:

Debido a la índole de nuestra economía estamos acostumbrados a creer que los seres humanos tienen "una tendencia natural al trueque y el cambalache" y que las relaciones económicas entre individuos o grupos se caracterizan por el "economizar", el "aprovechar al máximo" el resultado de nuestro esfuerzo, el "vender caro y comprar barato". Los pueblos primitivos empero no hacen nada de esto, y de hecho, muchas veces parece que hicieran lo contrario. "Tiran cosas", admiran la generosidad, cuentan con la hospitalidad y castigan la tacañería por egoísta.

---

[95] Cf., para una animada presentación de esta afirmación general, el modo que tiene Turnbull de presentar la vida social de una sociedad primitiva africana de cazadores: los pigmeos mbutu (C. M. Turnbull, 1965).

[96] Las sociedades de que trata Service son las siguientes: los esquimales, los cazadores algonquinos y atabascos del Canadá, los shoshones de la Gran Cuenca, los indios de la Tierra del Fuego, los australianos, los semangs de la península malaya y los isleños de Andamán.

Y lo más extraño de todo es que cuanto peores son las circunstancias y más escasos (o valiosos) los bienes, menos "económicamente" se conducen y más generosos parecen. Estamos considerando, naturalmente, la forma de intercambio entre las personas *de* una sociedad, y en la sociedad de bandas esas personas son todos los miembros de la parentela en cualquier grado. Hay en una banda muchos más deudos que personas en nuestra sociedad que mantengan relaciones sociales estrechas; pero puede trazarse una analogía con la economía de una familia moderna, porque también ella contrasta directamente con los principios adscritos a la economía formal. ¿No "damos" alimento a nuestros hijos? "Ayudamos" a nuestros hermanos y "proveemos para" nuestros padres ancianos. Otros hacen, hicieron o harán lo mismo que nosotros.

En el polo generalizado, por reinar relaciones sociales más estrechas, las emociones del amor, la etiqueta de la vida familiar, la moral de la generosidad condicionan juntas el modo de tratar los bienes, y de tal manera que la actitud económica respecto de los bienes es poco importante. Los antropólogos han querido a veces denominar las transacciones que realizan con palabras como "regalo puro" o "regalo libre" para hacer ver el hecho de que no es un trato sino un trueque, y que el sentimiento que entra en la transacción no es el de un intercambio equilibrado. Pero estas palabras no dan idea cabal de la verdadera índole del acto e inducen algo a error.

Una vez entregó a Peter Freuchen un poco de carne un cazador esquimal y él respondió agradeciéndoselo sentidamente. El cazador se manifestó deprimido, y un viejo corrigió pronto a Freuchen: "No tienes que darle las gracias por tu carne; es derecho tuyo recibir una parte. En este país, nadie desea depender de los demás. Por eso, nadie da ni recibe regalos, porque con eso se hace uno dependiente. Con los regalos se hacen esclavos del mismo modo que con los fuetes perros."[97]

La palabra "regalo" tiene un matiz de caridad, no de reciprocidad. En ninguna sociedad de cazadores recolectores se manifiesta gratitud y de hecho sería un error ensalzar por "generoso" a alguien que comparte su caza con sus compañeros de campamento. En otra ocasión podría decirse que es generoso, pero no en relación con un incidente particular de la compartición, porque decirlo equivaldría a manifestar gratitud: se daría a entender que la parte era inesperada, que el donador no era simplemente generoso como cosa natural. Sería justo alabar a un hombre por sus proezas cinegéticas, pero no por su generosidad. (E. R. Service, 1966.)

De particular importancia tanto económica como psicológicamente es la cuestión de la propiedad. Uno de los lugares comunes más difundidos actualmente es que el amor por la propiedad es un rasgo innato del hombre. Suele confundirse la propiedad de los instrumentos que uno necesita para su trabajo y ciertos artículos privados como ornamentos, etc., con la propiedad en el sentido de poseer los medios de producción, o sea las cosas cuya posesión exclusiva hace que los demás trabajen para uno. Esos medios de producción en la sociedad industrial son esencialmente máquinas o capital a invertir en la producción de ellas. En la sociedad primitiva, los medios de producción son la tierra y las zonas de caza.

En ninguna banda primitiva se niega a nadie el acceso a los recursos de la naturaleza, y ningún individuo los posee .. .

Los recursos naturales de que viven las bandas son propiedad colectiva o comunal, en el sentido de que la banda entera podría defender el territorio frente a

[97] Peter Freuchen (1961).

una invasión o intrusión de extraños. Dentro de la banda, todas las familias tienen derechos iguales a la adquisición de esos recursos. Además, se permite a los parientes de bandas vecinas cazar y recolectar a voluntad, por lo menos si lo piden. El caso más común de restricción visible en el derecho a los recursos se produce en relación con los árboles que dan frutos, nueces, etc. En algunos casos se adjudica un árbol determinado o un grupo de árboles a cada familia de la banda. Pero esta práctica es más bien una división del trabajo que de la propiedad, porque su objeto parece ser impedir la pérdida de tiempo y esfuerzos que significaría el que varias familias dispersas se dirigieran a un mismo rumbo. Es sencillamente convencionalizar el uso adjudicado de los diversos bosquecillos, ya que los árboles están ubicados de forma mucho más permanente que la caza e incluso los vegetales y plantas. En todo caso, aunque una familia obtuviera mucha fruta y otra no, las reglas del reparto tendrían aplicación y nadie pasaría hambre.

Las cosas que más parecen una manera de propiedad privada son las que hacen y emplean los distintos individuos. Armas, cuchillos y raspadores, prendas de vestir, adornos, amuletos y cosas semejantes suelen considerarse propiedad privada entre cazadores y recolectores ... Pero podría aducirse que en la sociedad primitiva ni siquiera estos objetos personales son propiedad privada en sentido estricto. Siendo la posesión de esas cosas dictada por su uso, son funciones de la división del trabajo más que propiedad de los "medios de producción". La propiedad privada de

esas cosas sólo tiene sentido si unas personas las poseen y otras no . . cuando por decirlo así resulta posible una situación de explotación. Pero es difícil imaginar (e imposible de hallar en informes etnográficos) un caso de una o varias personas que por algún accidente no tuvieran armas ni vestidos y no pudieran tomarlos prestados o recibirlos de parientes más venturosos. (R. E. Service, 1966.)

Las relaciones sociales entre los miembros de la sociedad de cazadores y recolectores se caracterizan por la ausencia de lo que en los animales se llama "dominancia". Dice Service:

Las bandas de cazadores recolectores difieren más de los monos en esta cuestión de la dominancia que cualquier otro tipo de sociedad humana. No hay orden de picoteo basado en la dominancia física ni ningún orden de superior a inferior basado en otras fuentes de poder como la riqueza, la clase hereditaria, el puesto militar o político. La única supremacía constante de algún género es la de una persona de edad y sabiduría superiores que pudiera encabezar una ceremonia.

Aun cuando algunos individuos posean mayor categoría o prestigio que otros, la manifestación de su elevado status y sus prerrogativas es lo contrario de la dominancia simia. En la sociedad primitiva se requiere para el acceso a la categoría superior ser generoso y modesto, y la recompensa es meramente el cariño o la atención de los demás. Un hombre, por ejemplo, podría ser más fuerte, más vivo, más valiente e inteligente que todos los demás miembros de la banda. ¿Tendrá una condición superior? No necesariamente. El prestigio sólo se le concederá si esas cualidades están al servicio del grupo —en la caza, por ejemplo— y si por ello consigue más presas que entregar y lo hace debida, modestamente. Simplificando un poco diremos que en la sociedad de los monos, la mayor fuerza produce mayor dominancia, lo que redunda en más comida y más hembras, y otras muchas cosas que desee el dominante. En la sociedad humana primitiva, la mayor fuerza tiene que ponerse al servicio de la colectividad y la persona, para conquistar prestigio, tiene

que sacrificarse, al pie de la letra, y trabajar más por menos comida. En cuanto a las hembras de ordinario tiene una sola, como los demás.

Parece que las sociedades humanas más primitivas son al mismo tiempo las más igualitarias. Esto debe relacionarse con el hecho de que dada la rudimentaria tecnología, este tipo de sociedad depende más plena y continuamente que cualquier otro de la cooperación. Los monos no suelen cooperar ni compartir; los seres humanos sí: ésta es la diferencia esencial. (E. R. Service, 1966.)

Service presenta un cuadro de la clase de autoridad que se observa en los pueblos cazadores recolectores. En estas sociedades, naturalmente, hay necesidad de administrar la acción del grupo:

La administración es el papel que asume la autoridad en relación con los problemas de acción colectiva concertada. Es lo que de ordinario se entiende por la palabra "dirección" o "jefatura". Las necesidades de administración de la acción colectiva y la coordinación íntima son muchas y variadas en las sociedades cazadoras recolectoras. Comprenden cosas sólitas, como los movimientos del campamento, el impulso cooperante en la caza y sobre todo, cualquier tipo de escaramuza con los enemigos. Pero a pesar de la evidente importancia que tiene la jefatura en tales actividades, una sociedad cazadora recolectora es, como en otras cosas, diferente al no tener una directiva formal del tipo que vemos en fases posteriores del desarrollo cultural. No hay puesto permanente de jefe; la dirección pasa de una persona a otra según el tipo de actividad planeado. Por ejemplo, un hombre muy anciano podría ser el preferido para preparar una ceremonia, debido a su gran conocimiento del ritual, pero otra persona más joven y diestra en la caza podría ser el dirigente normal de una cuadrilla de monteros. Sobre todo, no hay dirigente ni jefe en el sentido de *principal o* adalid[98]. (E. R. Service, 1966.)

Esta ausencia de jerarquía y de jefes es tanto más digna de nota porque es un cliché generalmente aceptado que esas instituciones de mando que se hallan virtualmente en todas las sociedades civilizadas se basan en una herencia genética del reino animal. Hemos visto que entre los chimpancés, las relaciones de dominancia son bastante suaves, pero de todos modos existen. Las relaciones sociales de los primitivos demuestran que el hombre no está preparado genéticamente para esa psicología de dominancia y sumisión. Un análisis de la sociedad histórica, con cinco o seis mil años de explotación de la mayoría por una minoría gobernante revela con toda claridad que la psicología de dominancia y sumisión es una adaptación al orden social, y no su causa. Para los apologistas de un orden social basado en el poder ejercido por una élite es, claro está, muy cómodo creer que la estructura social sea resultado de una necesidad innata del hombre y por. ende natural e inevitable. La sociedad igualitaria de los primitivos demuestra que no es así.

Debe plantearse la cuestión de cómo se protege el primitivo de los miembros asociales y peligrosos, no habiendo un régimen autoritario ni burocrático. Hay varias respuestas a esta cuestión. Ante todo, buena parte del control de la conducta se realiza sencillamente en función de la usanza y la etiqueta. Pero suponiendo que éstas no impidieran al individuo el comportamiento asocial, ¿cuáles son las sanciones que se le pueden aplicar? La punición más corriente es que todo el mundo se aparte del culpable y que sean menos corteses con él; lo critican y ridiculizan, y en casos extremos lo condenan al ostracismo. Si una persona no deja de

[98] M. 1. Meggitt (1960), citado por E. R. Service (1966), ha llegado a conclusiones casi idénticas en relación con los ancianos australianos. Cf. también la diferencia establecida en E. Fromm (1941) entre autoridad racional e irracional.

conducirse mal y su comportamiento perjudica a otros grupos aparte del suyo, éste mismo puede incluso decidir matarlo. Pero casos de este tipo son muy raros, y la mayoría de los problemas los resuelve la autoridad de los individuos más ancianos y sabios del grupo.

Estos datos contradicen patentemente el cuadro hobbesiano de la agresión innata del hombre, que conduciría a la guerra de todos contra todos si el Estado no monopolizara la violencia y el castigo, satisfaciendo así indirectamente la sed de venganza contra los facinerosos. Como señala Service,

lo que importa es el hecho de que las sociedades de bandas no se hacen pedazos aunque no tienen cuerpos adjudicativos formales para mantenerlas unidas .. .

Pero si bien las querellas y las guerras son relativamente raras en las sociedades de bandas, constantemente *amenazan,* y tiene que haber algún modo de impedir su aparición. A menudo empiezan en forma de meros problemas entre individuos, y por esa razón importa detenerlas pronto. Dentro de una comunidad dada, la adjudicación de una querella entre dos personas la realizará un anciano que sea pariente de ambas. Lo ideal es que lo sea en igual grado de los dos querellantes, porque entonces resulta evidente la improbabilidad de que sea parcial. Pero claro está que no siempre puede ser así, ni tampoco es siempre posible que la persona con tal grado de parentesco quiera hacer de adjudicador. A veces es bien patente el derecho que asiste a una persona y la sinrazón de la otra, o una persona es muy querida y la otra no, y el pueblo se convierte en juez, con lo que queda resuelto el caso en cuanto es conocida la opinión del común.

Cuando las querellas no se resuelven del modo dicho, se celebra algún certamen, de preferencia deportivo, que hace el papel de combate declarado. Son formas típicas de este cuasi duelo la lucha o los topes con la cabeza en la sociedad esquimal. Se realiza esto en público, y los espectadores consideran que el triunfador ha ganado el pleito. Es particularmente famoso el duelo cantado esquimal, donde las armas son las palabras, "pequeñas, filosas palabras, como las astillas de madera que saco con mi hacha".

Los duelos cantados se emplean para dirimir resentimientos y disputas de todo tipo menos el asesinato. Pero un groenlandés oriental puede buscar la satisfacción por el asesinato de un pariente mediante un certamen cantado si es físicamente demasiado débil para triunfar o si tiene tanto talento de cantante que se sienta seguro de ganar. Esto se comprende, ya que los groenlandeses orientales se interesan a tal punto en el aspecto artístico del canto que olvidan la causa de su resentimiento. El talento vocal entre los esquimales equivale o supera a las proezas meramente físicas.

El estilo del canto está muy convencionalizado. El cantante aplica las normas tradicionales de composición, y trata de lograrlo con tanta finura que deleite al público y le haga prorrumpir en aplausos entusiastas. El más aplaudido "gana". El triunfo en una de estas competencias no acarrea ninguna restitución. La única ventaja es de prestigio. (E. A. Hoebel, 1954.)

Una de las ventajas del duelo cantado prolongado es que da tiempo al público para hacerse una idea de quién tiene razón o quién debe reconocer su culpa en la disputa. Por lo general, la gente ya tiene una noción de con quién está, pero como en las comunidades más primitivas se siente que la unanimidad total es muy deseable, pasa cierto tiempo hasta que se logra saber con quién está la mayoría. Poco a poco van siendo más los que se ríen con los versos de uno de los duelistas que con los del otro,

hasta que se patentiza dónde van las simpatías de la colectividad, y entonces la opinión pronto se hace unánime y el perdedor se retira abochornado. (E. R. Service, 1966.)

En otras sociedades de cazadores, las querellas privadas no se resuelven de un modo tan encantador, sino mediante la jabalina:

Cuando la disputa es entre un acusador y un acusado, que es el caso más frecuente, el acusador lanza ritualmente las jabalinas desde una distancia prescrita y el acusado las esquiva. El público puede aplaudir la rapidez, la fuerza y la puntería del acusador en su lanzamiento o la maña con que rehuye el cuerpo el acusado. Al cabo de cierto tiempo se hace la unanimidad, a medida que va predominando la aprobación al uno o al otro. Cuando el acusado comprende que la comunidad finalmente lo está considerando culpable, se entiende que no debe ser muy diestro en evitar un golpe y se tiene que dejar herir en alguna parte carnosa de su humanidad. Y a la inversa, el acusador sencillamente deja de lanzar jabalinas si comprende que la opinión pública se está volviendo contra él. (C. W. M. Hart y A. R. Piling, 1960.)

LOS CAZADORES PRIMITIVOS, ¿SOCIEDAD DE AFLUENCIA?

Un punto muy importante —y aun interesante para el análisis de la sociedad industrial contemporánea— es lo que señala M. D. Sahlins a propósito de la cuestión de la insuficiencia económica entre los cazadores primitivos y la actitud contemporánea respecto del problema de qué es lo que constituye la pobreza. Arguye contra la premisa que condujo a la idea de la agresividad de los cazadores primitivos, a saber que la vida en el paleolítico era de pobreza extremada y de constante enfrentamiento con el hambre. Subraya Sahlins en cambio que la sociedad de los cazadores primitivos fue "la primera sociedad de afluencia".

Por común acuerdo se entiende que una sociedad de afluencia es aquella en que se satisfacen fácilmente todos los deseos o necesidades de la gente; y si bien nos place considerar que tan feliz estado es únicamente la conquista de la civilización industrial, más propio sería atribuírselo a los cazadores y recolectores, incluso muchos de los marginales olvidados por la etnografía. Porque éstos "satisfacen fácilmente" sus necesidades, sea produciendo mucho, sea deseando poco, y según eso hay dos caminos posibles a la afluencia ... Adoptando una estrategia zen, un pueblo puede gozar de una abundancia material sin paralelos, aunque quizá solamente de un nivel bajo de vida. Yo creo que con esto describimos a los cazadores. (M. D. Sahlins, 1968.)[99]

Sahlins prosigue con pertinentísimas observaciones:

La escasez es la obsesión peculiar de la economía mercantil, la condición calculable de todos cuantos participan en ella. El mercado presenta disponibles una deslumbrante colección de productos. Todas estas "cosas buenas" están al alcance de una persona, pero nunca son alcanzadas, porque uno nunca tiene bastante para comprarlo todo. Vivir en una economía de mercado es vivir una tragedia doble, que

[99] *R.* B. Lee *(What hunters do for a living: or how to make out on scarce resources)* también pone en duda el supuesto de que una vida de cazador recolector es generalmente precaria, de lucha por la existencia: *"Los* datos recientes que tenemos de los cazadores recolectores presentan una imagen radicalmente diferente." *(R.* B. Lee e I. DeVore, 1968.)

empieza en la insuficiencia y termina en la privación . . . Estamos condenados a trabajos forzados para toda la vida. Desde este punto de observación contemplamos retrospectivamente la vida del cazador. Pero si el hombre contemporáneo, con todas sus ventajas técnicas, todavía no ha logrado el *cumquibus* necesario, ¿cómo lo iba a lograr aquel salvaje desnudo con su triste arco y sus flechas? Equipado así el cazador con impulsos burgueses e instrumentos paleolíticos, juzgamos su situación perdida de antemano[100].

La pobreza no es propiedad intrínseca de los medios técnicos. Es una relación entre los medios y los fines. Podríamos tomar en consideración la posibilidad empírica de que los cazadores se dedican a eso por razones de salud, objetivo finito, y que el arco y las flechas son adecuados para su objetivo. Podría defenderse muy bien la idea de que los cazadores suelen trabajar mucho menos que nosotros, y más que un trabajo rudo, la búsqueda del sustento es intermitente, el ocio abundante, y duermen mucho más per capita durante el día que en cualquiera otra condición de sociedad . . . En lugar de ansiedad, parece que los cazadores deberían tener la tranquilidad que procura la afluencia, el estado en que todos los deseos de la gente (tales y como son) resultan en general fáciles de satisfacer. Esta seguridad no los abandona en las más duras pruebas. [Tal actitud se expresa bien en la filosofía de los penan de Borneo: "Si hoy no hay comida, la habrá mañana."] (M. D. Sahlins, 1968.)

Las observaciones de Sahlins son de importancia porque es uno de los pocos antropólogos que no aceptan las opiniones y los juicios de valores de la sociedad actual como necesariamente válidos. Hace ver hasta qué punto los científicos sociales deforman la visión de las sociedades que observan juzgándolas por lo que parece ser la "naturaleza" de la economía, del mismo modo que llegan a conclusiones acerca de la naturaleza del hombre partiendo de los datos y hechos, si no del hombre contemporáneo, por lo menos del hombre que conocemos por .la mayor parte de su historia civilizada.

LA GUERRA PRIMITIVA

Aunque no suelan ser su causa la agresión defensiva, la destructividad y la crueldad se manifiestan en la guerra,, Por eso contribuirán a completar el cuadro de la agresión primitiva algunos datos sobre el modo primitivo de hacer la guerra.

Meggitt da un resumen de la índole de la guerra entre los walbiris de Australia que, según Service, puede aceptarse como una buena descripción del modo de guerrear en las sociedades de cazadores recolectores en general.

La sociedad walbiri no es militarista: no había en ella clase de guerreros permanentes o profesionales, no tenían jerarquía de mando militar, y los grupos raramente emprendían guerras de conquista. Todo hombre era (y es todavía) un guerrero en potencia, siempre armado y dispuesto a defender sus derechos; pero también un individualista con preferencia por el combate independiente. En algunos litigios, los lazos de parentesco ponían a los hombres en campos distintos, y a veces un grupo de ésos abarcaba a todos los varones de una comunidad. Pero no había jefes militares,

[100] Algo semejante dice S. Piggott: "Arqueólogos de fama a veces no logran apreciar la falacia inherente en el apreciar las comunidades prehistóricas de acuerdo con los restos de su cultura material. Emplean palabras como 'degenerado' para señalar un lugar supuesto en una serie tipológica de cacharros, por ejemplo, y de ahí las toman para aplicárselas con un tinte emotivo y aun moral a los alfareros; los que tenían una alfarería pobre y rara reciben el estigma de 'indigentes'; pero tal vez su pobreza se deba a que no proporcionaron al arqueólogo su producto favorito." (S. Piggott, 1960.)

nombrados ni hereditarios, que planearan la táctica e hicieran a los demás aceptar sus planes. Aunque algunos eran respetados en calidad de luchadores capaces y valientes y su consejo era apreciado, los demás no los seguían necesariamente. Además, la gama de circunstancias en que se producían combates era efectivamente tan limitada que los hombres conocían y podían aplicar los procedimientos más eficaces sin vacilación. Esto es cierto todavía incluso de los jóvenes solteros.

En todo caso, apenas había razón para una guerra total entre dos colectividades. No se conocía la esclavitud, los bienes muebles eran pocos, y el territorio conquistado en un combate resultaba virtualmente embarazoso para los vencedores, cuyos lazos espirituales estaban con otras localidades. De vez en cuando había guerras de conquista en pequeña escala contra otras tribus, pero estoy seguro de que sólo en grado diferían de las peleas intratribales y aun intracomunales. Y así en el ataque contra los waringaris que condujo a la ocupación de los aguaderos en la comarca de Tanami sólo intervinieron guerreros waneigas, unas cuantas decenas cuando mucho; y no tengo datos de que las comunidades entraran alguna vez en alianzas militares, ni para oponerse a otras comunidades walbiris o a otras tribus. (M. J. Meggitt, 1960.)

Técnicamente, este tipo de conflicto entre cazadores primitivos puede calificarse de guerra; en este sentido podría deducirse que la "guerra" siempre ha existido en la especie humana y por ende, que es manifestación de una tendencia innata a matar. Pero con este modo de razonar se olvidan las profundas diferencias que hay entre la guerra de las culturas primitivas inferiores y superiores[101], así como con la guerra de las culturas civilizadas. El modo de guerrear de los primitivos, sobre todo los inferiores, no estaba organizado centralmente ni dirigido por caudillos permanentes; era relativamente poco frecuente: no tenía por fin la conquista ni la muerte del mayor número posible de enemigos. En cambio la guerra civilizada por lo general está institucionalizada, organizada por jefes permanentes, y apunta a conquistar territorios y/o adquirir esclavos y/o botín.

Además, y tal vez sea lo más importante de todo, está el hecho con frecuencia olvidado de que entre los cazadores recolectores no hay estímulo económico importante que los mueva a una guerra de gran envergadura.

La proporción entre nacimientos y muertes en las sociedades de cazadores recolectores es tal que sería raro que la presión demográfica obligara a una parte de la población a luchar contra otra por una adquisición territorial. Aunque se diera esa circunstancia, no llevaría a muchos combates. Los grupos más fuertes y numerosos sencillamente prevalecerían, tal vez incluso sin combatir, si reclamaban derechos de caza o de tener algún punto donde congregarse. En segundo lugar, no hay mucho que ganar saqueando una sociedad de cazadores recolectores. Todas las bandas son pobres en bienes materiales y no hay objetos estándar de intercambio que pudieran hacer de capital o valores. Finalmente, en el nivel de la caza y la recolección, la adquisición de cautivos que se podrían esclavizar para la explotación económica —causa común de guerra en tiempos más modernos— sería inútil, dada la escasa productividad de la economía. A los cautivos y esclavos les costaría mucho llegar a producir más que lo necesario para su propio sustento. (E. R. Service, 1966.)

El cuadro general de la guerra entre los cazadores recolectores primitivos que presenta Service es corroborado y complementado por otros investigadores, algunos de ellos citados en los párrafos siguientes[102]. D. Pilbeam pone de relieve la ausencia

[101] CEO. Wright (1965).

[102] No veremos aquí algunos autores más antiguos como W. J. Perry (1917, 1923, 1923a) y G. L. Smith (1924, 1924a) porque en general los investigadores actuales los han descartado, y ocuparía mucho espacio defender el valor de sus contribuciones.

de guerra, en contraste con peleas ocasionales, junto con el papel del ejemplo más que del poder en los jefes de una sociedad cazadora, el principio de reciprocidad y generosidad y el papel central de la cooperación. (D. Pilbeam, 1970.)

U. H. Stewart llega a la siguiente conclusión a propósito de la territorialidad y la guerra:

Se ha disputado mucho en torno a la cuestión de si las bandas primitivas poseen territorios o recursos y luchan para defenderlos. Aunque no puedo asegurar que haya sucedido nunca así, lo más probable es que sea muy poco frecuente. En primer lugar, los grupos primarios que comprenden las bandas máximas mayores se casan entre sí, se amalgaman cuando son demasiado pequeños o se dividen si son muy grandes. En segundo lugar, en los casos aquí comunicados no se advierte más que una tendencia de los grupos primarios a utilizar regiones especiales. En tercer lugar, buena parte de la llamada "guerra" entre tales sociedades no es más que el desquite por alguna supuesta brujería o querellas prolongadas entre familias. En cuarto lugar, en la mayoría de las comarcas es el principal recurso la recolección, pero no conozco ningún caso comunicado de defensa de las regiones productoras de semillas. Las bandas primarias no peleaban entre sí y es difícil de imaginar que una banda máxima pudiera juntar sus hombres para defender el territorio frente a otra banda, ni por qué había de hacerlo. Es verdad que a veces se reclamaban derechos individuales a los árboles durian, los nidos de águila y unos cuantos recursos específicos más, pero no se ha aclarado cómo podía defenderlos una persona que estaba a algunos kilómetros de allí. (U. H. Stewart, 1968.)

H. H. Turney-High (1971) Llega a conclusiones semejantes. Hacía ver que si bien el miedo, la rabia y la frustración son universales, el arte de la guerra aparece tardíamente en la evolución humana. Muchas sociedades primitivas eran incapaces de guerrear porque la guerra requiere un nivel harto adelantado de conceptualización, y en general no podían imaginar que fuera necesaria una organización para vencer o rechazar a un vecino. La mayoría de las guerras primitivas no fueron sino reyertas armadas, pero no guerras propiamente dichas. Según Rapaport, la obra de Turney-High no halló una acogida muy amistosa entre los antropólogos porque decía que los relatos secundarios de batallas escritos por antropólogos profesionales eran decididamente impropios y a veces de plano inducían a error; él

creía que las fuentes primarias eran más seguras, aun cuando se debieran a etnólogos aficionados de hacía algunas generaciones[103].

La monumental obra de Quincy Wright (1637 páginas, con una extensa bibliografía) presenta un análisis a fondo de la guerra entre los pueblos primitivos, basado en la comparación estadística de los datos principales que se pudieron hallar entre seiscientos cincuenta y tres pueblos primitivos. Este análisis tiene el defecto de ser más descriptivo que analítico en la clasificación de las sociedades primitivas así como de los diferentes tipos de guerra. Sus conclusiones presentan no obstante considerable interés porque muestran una tendencia estadística que corresponde a los resultados de otros muchos autores: "Los recolectores, cazadores inferiores y agricultores inferiores son los menos guerreros. Los cazadores superiores y agricultores superiores son los más belicosos, y

[103] D. C. Rapaport, en su prefacio al libro de Turney-High (H. H. Turney-High, 1971), cita al eminentísimo historiador de la guerra Hans Delbrück, para quien "el único detalle acertado de Herodoto en su reconstitución de la batalla de Maratón fue la identidad de vencidos y vencedores".

los agricultores más importantes y los pastores superan a todos en belicosidad." (Q. Wright, 1965.) Esta declaración confirma la idea de que la belicosidad no es una función de pulsiones naturales del hombre que se manifiesten aun en la forma más primitiva de sociedad, sino que se desarrolla con la civilización. Los datos de Wright muestran que cuanto mayor es la división del trabajo en una sociedad, tanto más belicosa es ésta, y que las sociedades con sistema' de clases son las más guerreras de todas. En definitiva, esos datos señalan que cuanto mayor es el equilibrio entre grupos y entre el grupo y su medio físico, menor es la belicosidad, mientras que los trastornos frecuentes del equilibrio tienen por consecuencia el aumento del espíritu guerrero.

Distingue Wright cuatro clases de guerra: defensiva, social, económica y política. Por guerra defensiva entiende la práctica de la gente que no tiene costumbre de guerrear y que sólo lo hace si de verdad la atacan, "en cuyo caso emplean espontáneamente los instrumentos o útiles de que dispongan y las armas de caza para defenderse, pero considerando esta necesidad una desgracia". Por guerra social entiende las gentes para quienes la guerra "no suele extinguir muchas vidas". (Este tipo de guerra corresponde a la descripción que hace Service de la guerra entre cazadores.) Las guerras económicas y políticas son las de quienes guerrean para adquirir mujeres, esclavos, materias primas y tierras, y/o además para mantener en el poder a una dinastía o una clase.

Casi todo el mundo piensa que si el hombre civilizado es tan guerrero, mucho más debieron haberlo sido los primitivos[104]. Pero los resultados de Wright confirman la tesis de que los hombres más primitivos son los menos guerreros, y que la belicosidad aumenta a medida que aumenta la civilización. Si la destructividad fuera innata en el hombre, la tendencia hubiera sido a la inversa.

Una opinión parecida a la de Wright es la que expone M. Ginsberg:

Parece como que en este sentido la guerra aumenta con la consolidación de los grupos y el desarrollo económico. Entre los pueblos más sencillos oímos hablar más bien de pleitos o pendencias, que sin duda tienen por causa el rapto de mujeres o el resentimiento por alguna defunción o alguna lesión personal. Justo es reconocer que tales sociedades son pacíficas en comparación con los más adelantados de los pueblos primitivos. Pero hay violencia y miedo a la violencia, y peleas, aunque es evidente y lógico que en pequeña escala. No se conocen suficientemente los hechos, y si no apoyan la opinión de una idílica paz primitiva, quizá sean compatibles con el modo de ver de quienes creen que la agresividad primaria o no provocada no es un elemento inherente de la naturaleza humana. (E. Glover y M. Ginsberg, 1934.)

Ruth Benedict (1959) establece la distinción entre guerras "socialmente dañinas" y "no dañinas". En las segundas, el objetivo no es subyugar a otras tribus e imponerles a los vencedores en calidad de amos y explotadores. Aunque había muchas guerras entre los indios de América del Norte, la idea de conquista nunca surgió entre los aborígenes

---

[104] Cf. también S. Andreski (1964), quien toma una posición semejante ala de este libro y de los demás escritores mencionados en el texto. Cita un texto muY interesante de un filósofo chino, Han Fei-tzu, de aproximadamente el siglo V a.C.:

"Los hombres antiguos no labraban la tierra y les bastaban para su alimentación las plantas y las frutas. Tampoco tejían las mujeres, porque las pieles de aves y otros animales les bastaban para vestirse. Sin trabajar había suficiente para vivir, eran pocas las personas y muchas las provisiones, y por eso la gente no se peleaba. No había grandes recompensas ni graves castigos y la gente se gobernaba sola. Pero ahora no se considera grande una familia de cinco hijos, y teniendo a su vez cinco hijos cada uno de ellos, antes que muera el abuelo puede tener veinticinco nietos. La consecuencia de esto es que ahora hay mucha gente y pocas provisiones, y uno tiene que trabajar mucho por un magro sustento. Por eso la gente e pelea y aunque se doblen las recompensas y se acumulen los castigos, no hay manera de salir del trastorno." (Tomado de J. J. L. Duyvendak, 1928.)

americanos del norte, y esto hacía posible que casi todas aquellas tribus indias lograran algo grande: separar la guerra y el Estado. Este estaba personificado en el Jefe de la Paz, que era un dirigente de la opinión pública en todo lo relacionado con el grupo y su consejo. El Jefe de la Paz era permanente, y si bien no autocrático, solía ser un personaje importante. Pero no tenía nada que ver con la guerra. Ni siquiera nombraba los jefes de guerra ni se ocupaba en mandar las partidas de guerreros. Cualquiera que pudiera reunir quien lo siguiera dirigía una partida cuando y donde quería, y en algunas tribus tenía el mando total mientras duraba la expedición. Pero esto duraba sólo hasta que volvía la partida. El Estado, según esta interpretación de la guerra, no tenía ningún interés imaginable en aquellas empresas, que eran sólo manifestaciones muy deseables de recio individualismo, orientadas contra un grupo ajeno, donde aquellas demostraciones no perjudicaban a la política. (R. Benedict, 1959.)

Es importante lo que dice Benedict porque se refiere a la relación entre Estado, guerra y propiedad privada. La guerra socialmente no dañina es en gran medida una manifestación de aventurerismo y del deseo de ganar trofeos y admiración; pero no era el móvil conquistar territorios ni gentes, subyugar a seres humanos ni acabar con las bases de su vida. Benedict llega a la conclusión de que "la eliminación de la guerra no es tan insólita como podría uno pensar basándose en las obras de los teorizantes políticos acerca de la prehistoria de la guerra . . . Es un error de cuerpo entero atribuir ese desastre [la guerra] a una necesidad biológica que el hombre tendría de guerrear. Ese desastre es obra del hombre". (R. Benedict, 1959.) Otro destacado antropólogo, E. A. Hoebel (1958), describe la guerra entre los primeros indios de América del Norte en estos términos: "Están más cerca de los equivalentes morales de la guerra, que dijera William James. Dan suelta a las agresiones sin perjudicar; proporcionan ejercicio, deporte y4iversión sin destruir, y apenas hay una leve imposición de los deseos de una partida a la otra." (E. A. Hoebel, 1958.) Y llega a la conclusión general de que la propensión del hombre a la guerra no es de toda evidencia un instinto sino un complejo cultural harto enredado. Aduce en calidad de ejemplo a los pacíficos shoshones y los violentos comanches, que en 1600 eran todavía cultural y racialmente unos.

LA REVOLUCIÓN DEL NEOLITICO[105]

La descripción pormenorizada de la vida de los cazadores y recolectores primitivos ha hecho ver cómo el hombre —al menos desde su cabal aparición, hará unos cincuenta mil años— seguramente no era el ser brutal, destructivo y cruel, ni por lo tanto el prototipo del "hombre asesino", que hallamos en fases más adelantadas de su evolución. Pero no podemos detenernos aquí. Con el fin de entender la formación gradual del hombre explotador y destructor es necesario que examinemos la evolución del hombre durante el período de la agricultura primitiva y al fin, su transformación en constructor de ciudades, guerrero y mercader.

Desde la aparición del hombre, hace aproximadamente medio millón de años, hasta más o menos el 9000 a.C. el hombre no cambió en esto: vivía de lo que recolectaba o cazaba, pero no produjo nada nuevo. Dependía totalmente de la naturaleza y no influía en ella ni la transformaba. Esta relación con la naturaleza

[105] En el análisis siguiente tomaré ante todo de V. G. Childe (1936), G. Clarke (1969), S. Cole (1967), J. Mellaart (1967) y el estudio que hace G. Smolla (1967) del punto de vista de Childe. C. O. Sauer (1952) propone una hipótesis diferente. También he aprovechado mucho lo que dice del tema Mumford (1961, 1967).

cambió radicalmente al descubrirse la agricultura (y la ganadería), cosa que sucedió más o menos al iniciarse el neolítico, exactamente en el "protoneolítico", como dicen hoy los arqueólogos —entre 9000 y 7000 a.C.— en una zona que se extendía por más de 1 500 Km., desde el Irán occidental hasta Grecia, y abarcaba partes del Iraq, de Siria, el Líbano, Jordania, Israel y la meseta anatólica en Turquía. (Empezó después en el centro y el norte de Europa.) Por primera vez el hombre se independizaba, dentro de ciertos límites, de la naturaleza, empleando su propia inventiva y su destreza en producir algo más de lo que la naturaleza le había dado hasta entonces. Ahora era posible sembrar más simiente, labrar más tierras y criar más animales a medida que aumentaba la población. El alimento excedente podía irse acumulando poco a poco para sustentar a los artífices que dedicaban la mayor parte del tiempo a fabricar útiles, alfarería o prendas de vestir.

El primer descubrimiento de importancia hecho en este período fue el cultivo del trigo y la cebada, que hasta entonces crecían silvestres por aquellas tierras. Se observó que poniendo semillas de esas plantas dentro de la tierra salían otras plantas, que se podía escoger la mejor simiente para la siembra y por fin que las variedades se cruzaban accidentalmente, con lo que se producían granos mucho mayores que los de las plantas silvestres. El proceso de la evolución de las plantas silvestres al trigo actual de gran rendimiento no se conoce aún del todo. Intervinieron en él mutaciones de genes, hibridizaciones y duplicación de cromosomas, y fueron necesarios miles de años para que el hombre elevara la selección artificial al nivel de la agricultura de nuestros días. Al hombre de la era industrial, acostumbrado a mirar con desdén la agricultura no industrial y a considerarla una forma de producción primitiva y bastante grosera, los descubrimientos del neolítico no le parecerán comparables con los grandes descubrimientos técnicos de nuestra época, de que está tan orgulloso. Pero el hecho de que la esperanza de que la semilla creciera resultara confirmada por los resultados dio origen a un concepto enteramente nuevo: el hombre comprendió que podía emplear su voluntad e intención para *hacer que* sucediera aquello, en lugar de que las cosas "sucedieran" por sí solas. No sería exagerado decir que el descubrimiento de la agricultura fue la base de todo el pensamiento científico y del desarrollo tecnológico ulterior.

El segundo descubrimiento fue el de la cría de animales, que se realizó por el mismo tiempo. Las ovejas estaban ya domesticadas en el noveno milenio en el Iraq septentrional, y el ganado vacuno y el porcino lo fueron más o menos en el 6000 a.C. La cría de ovejas y vacas produjo un incremento de las provisiones alimenticias: leche y mayor abundancia de carne. El mayor y más estable abasto permitió una forma de vida sedentaria en lugar de la nómada y condujo a la construcción de poblados permanentes y poblaciones grandes[106].

En el protoneolítico, las tribus de cazadores inventaron y desarrollaron una nueva economía fija, basada en la domesticación de plantas y animales. Aunque los primeros restos de plantas cultivadas no son muy anteriores al 7000 a. C., "el nivel alcanzado en el cultivo y la variedad de plantas cultivadas presupone una larga prehistoria de la agricultura, que tal vez alcanzara hasta el protoneolítico, allá por el 9000 a. de C." (J. Mellaart, 1967)[107]

---

[106] Esto no implica que *todos los* cazadores fueran nómadas ni *todos los* agricultores sedentarios. Childe menciona cierto número de excepciones a la regla.

[107] Se ha criticado a Childe por no haber hecho justicia a la complejidad del desarrollo neolítico al hablar de "la revolución neolítica". Tiene su mérito esta crítica, pero por otra parte no debe olvidarse que el cambio en el modo de producción del hombre es tan fundamental que parece indicada la palabra "revolución". Cf. también las observaciones de Mumford, en que señala que la fechación del gran adelanto agrícola entre el 9000 y el 7000 a. C. no cuadra con el hecho de que se trata de un proceso gradual, que se desarrolló en un período mucho más largo, en cuatro o

Pasaron dos o tres mil años antes de que se hiciera un nuevo descubrimiento, impuesto por la necesidad de guardar los alimentos: el arte de la alfarería (la cestería fue anterior). Con la alfarería se había realizado la primera invención técnica, que condujo a penetrar en los procesos químicos. Ciertamente, "la creación de una olla fue un acto supremo de inventiva del hombre". (V. G. Childe, 1936)[108]. Puede así distinguirse dentro del neolítico una fase "acerámica", en que todavía no se inventaba la alfarería, y una fase cerámica. Algunas aldeas muy antiguas de Anatolia, como los niveles más antiguos de Hacilar, fueron acerámicas, mientras que Çatal Hüyük fue una población con abundante alfarería.

Fue Çatal Hüyük una de las ciudades neolíticas más avanzadas de Anatolia. Aunque desde 1961 sólo se ha excavado una parte relativamente pequeña, ya ha rendido los datos más importantes para el conocimiento de la sociedad neolítica en sus aspectos económicos, sociales y religiosos[109].

Desde que comenzaron las excavaciones se han descubierto diez niveles, el más viejo de c. 6500 a. C.

Después de 5 600 fue abandonado el antiguo terraplén de Çatal Hüyük, se ignora por qué razones, y al otro lado del río se fundó un nuevo lugar: Çatal Hüyük occidental. Esta población parece haber estado ocupada lo menos durante otros 700 anos, hasta ser también abandonada, sin que se apreciaran señales manifiestas de haber sido objeto de violencia o de destrucción deliberada. (J. Mellaart, 1967.)

Uno de los rasgos más sorprendentes de Çatal Hüyük es el alto grado de civilización que alcanzara:
Çatal Hüyük se permitía lujos como espejos de obsidiana, dagas ceremoniales y dijes de metal que no estaban al alcance de la mayoría de sus contemporáneos conocidos. Fundían el cobre y el plomo y con ellos hacían bolitas, tubos y quizá pequeñas herramientas, lo que hace remontar los comienzos de la metalurgia hasta el séptimo milenio. Su industria lítica con obsidiana local y pedernal importado es la más elegante del período, sus embarcaciones de madera eran variadas y refinadas y sus tejidos de lana denotan una industria muy adelantada. (J. Mellaart, 1967.)
En los enterramientos se hallaron útiles de tocador y muy bonitos brazaletes para hombres y mujeres. Conocían el arte de fundir el cobre y el plomo. El empleo de gran variedad de piedras y minerales demuestra según Mellaart que la exploración y el comercio formaban un renglón sumamente importante de la economía de aquella ciudad.
A pesar de esta adelantada civilización, la estructura social acusa según parece, la ausencia de ciertos elementos que caracterizan fases muy posteriores de evolución. Debía haber poca distinción clasista entre ricos y pobres. Según Mellaart, las proporciones de los edificios, los avíos y las ofrendas de los enterramientos señalan las

quizá cinco fases. (L. Mumford, 1967.) Cita en especial a O. Ames (1939) y E. Anderson (1952). Recomiendo a todo aquel que se interese en un conocimiento más detallado y muy penetrante el análisis que hace Mumford de la cultura neolítica.

[108] Trata el tema Childe con una interesante anotación: "La masa de arcilla era perfectamente plástica; el hombre podía modelarla como quisiera. Al hacer un instrumento de piedra o hueso siempre tenía la limitación de la figura y el tamaño del material que tomaba, y lo único que podía hacer era quitarle trocitos. La actividad del alfarero no tiene esas limitaciones. Puede dar a su masa la forma que quiera; puede añadirle sin temor a que las uniones no queden fuertes. Cuando se piensa en `creación' no deja de presentarse a la mente la libre actividad del alfarero *que hace forma donde no había forma;* los símiles de la Biblia tomados del oficio del alfarero ilustran este punto." (V. G. Childe, 1936.)

[109] El cuadro más detallado de Çatal Hüyük lo da el arqueólogo que dirigiera las excavaciones. J. Mellaart (1967).

desigualdades sociales, pero éstas "nunca son muy patentes". Contemplando los planos de la parte excavada de la ciudad se advierte que la diferencia de tamaño de los edificios es muy pequeña ciertamente, y desdeñable si se compara con la que se manifiesta en sociedades urbanas posteriores. Señala Childe que no hay evidencia definitiva de jefatura en los primeros poblados neolíticos, y Mellaart no menciona ninguna prueba de que la hallara en Çatal Hüyük. Parece haber habido muchas sacerdotisas (quizá también sacerdotes), pero no hay señales de una organización jerárquica. Mientras en Çatal Hüyük los excedentes producidos por los métodos nuevos de la agricultura deben haber sido suficientemente abundantes como para sustentar la manufactura de artículos de lujo y el comercio, los poblados más antiguos y menos adelantados del neolítico sólo producían, según Childe, un pequeño sobrante, y de ahí que hubiera un grado aún mayor de igualdad económica

en ellos que en Çatal Hüyük. Dice que los oficios del neolítico debieron asemejarse a industrias caseras y que las tradiciones gremiales no son individuales sino colectivas. La experiencia y prudencia de todos los miembros de la colectividad constantemente se ponían en común; la ocupación es pública y sus reglas, el resultado de la experiencia comunal, Los cacharros de un poblado neolítico dado llevan el sello de una fuerte tradición colectiva, más que de individualidad. Además, todavía no había escasez de tierras; cuando la población aumentaba, los jóvenes podían alejarse y hacer su propia aldea. En estas circunstancias económicas no se daban las condiciones para la diferenciación de la sociedad en clases ni para la formación de una jefatura permanente cuya función hubiera sido organizar toda la economía y que hubiera cobrado caro ese servicio. Eso sólo pudo suceder después, cuando ya había muchos más descubrimientos e invenciones, cuando los excedentes eran mucho mayores y podían transformarse en "capital" y los que lo poseían podían obtener ganancias haciendo que los demás trabajaran para ellos.

Dos observaciones tienen importancia especial en lo tocante a la agresión: que no hay pruebas de que hubiera saqueo o matanza alguna en los ochocientos años de existencia de fatal Hüyük, según las exploraciones que se llevan hechas; y, prueba aún más impresionante de la ausencia de violencia, que entre los muchos centenares de esqueletos desenterrados, ni uno sólo presentaba señales de muerte violenta. (J. Mellaart, 1967.)

Uno de los rasgos más característicos de los poblados neolíticos, y con ellos de Çatal Hüyük, es *el papel central de la madre* en su estructura social y su religión. Siguiendo la antigua división del trabajo, en que los hombres cazaban y las mujeres recogían raíces y frutos, la agricultura fue casi seguramente descubrimiento femenino, mientras que la cría de ganado lo sería masculino. (Considerando el papel fundamental de la agricultura en el desarrollo de la civilización, tal vez no sea exagerado decir que la civilización moderna la fundaron las mujeres,) La capacidad de dar nacimiento que poseen la tierra y la mujer —capacidad que no tienen los hombres— dio de un modo perfectamente natural a la madre un lugar supremo en el mundo de los primeros agricultores. (Sólo cuando los hombres pudieron crear cosas materiales por el intelecto, o sea mágica y técnicamente, pudieron pretender la superioridad.) La madre, como diosa (a menudo identificada con la madre tierra), fue la divinidad suprema del mundo religioso, mientras que la tierra madre se convertía en centro de la familia y de la vida social.

La prueba directa más impresionante del papel central de la madre en fatal Hüyük radica en el hecho de que siempre se enterraba a los niños con su madre, y nunca con el padre. Los esqueletos se enterraban debajo del diván (suerte de plataforma de la pieza principal) materno, que era mayor que el del padre y siempre tenía la misma ubicación en

la casa. El enterramiento de los niños exclusivamente con su madre es un rasgo matriarcal característico: la relación esencial de los hijos se entendía que era con la madre y no con el padre, como fue el caso en las sociedades patriarcales.

Aunque este sistema de enterramiento es un dato de importancia en favor de la idea de que la sociedad neolítica tenía estructura matriarcal, esta tesis halla su cabal confirmación en los datos que tenemos de la religión de Çatal Hüyük y otros poblados neolíticos excavados en Anatolia[110].

Estas excavaciones han revolucionado nuestras ideas acerca de las primeras manifestaciones religiosas. Destaca sobre todo el hecho de que esa religión giraba en torno a la figura de la diosa madre. Mellaart concluye que "fatal Hüyük y Hacilar han establecido un vínculo ... [con el cual] puede demostrarse la continuidad de la religión desde fatal Hüyük hasta Hacilar y así sucesivamente hasta las grandes "diosas madres" de los tiempos clásicos y arcaicos y las figuras indefinidas de Cibeles, Artemisa y Afrodita". (J. Mellaart, 1967.)

El papel central de la diosa madre puede verse claramente en las figuras, las pinturas murales y los relieves de los muchos santuarios excavados. AI contrario de los hallazgos en otros sitios neolíticos, los de fatal Hüyük no se componen enteramente de diosas madres sino que también muestran una divinidad masculina simbolizada por un toro o, con más frecuencia, por una cabeza o unos cuernos de toro. Pero este hecho no altera de modo substancial el predominio de la "gran madre" como divinidad central. Entre cuarenta y una esculturas excavadas, treinta y tres eran exclusivamente de diosas. Las ocho esculturas en que está simbolizada una divinidad viril deben entenderse virtualmente en relación con la diosa, en parte como hijos de ella y en parte como consortes. (En uno de los niveles más antiguos se hallaron exclusivamente figurinas de la diosa.) El papel central de la diosa madre está puesto de manifiesto además por el hecho de que aparece sola, con un varón, encinta, parturienta, pero jamás subordinada a una divinidad masculina. Hay algunos santuarios en que la diosa da a luz una cabeza de toro o de carnero. (Compárese esto con el relato típicamente patriarcal de la hembra que hace nacer el dios varón, como Eva o Atena.)

La diosa madre suele hallarse acompañada por un leopardo, revestida de su piel, o representada simbólicamente por leopardos, que eran entonces los animales más feroces y peligrosos de la región. Esto haría de ella la señora de los animales silvestres y señala además su doble papel de diosa de la vida y de la muerte, como tantas diosas. La "madre tierra" que da a luz a sus hijos y los vuelve a recibir después de terminado el ciclo de su vida individual no es necesariamente una madre destructora. Sin embargo, a veces lo es (como la diosa hindú Kali); el averiguar las razones que darían origen a esta manifestación requeriría una larga especulación a la que habré de renunciar.

La diosa madre de la religión neolítica no es sólo la señora de los animales silvestres. Es también la patrona de la caza, de la agricultura y de la vida vegetal. Mellaart resume así el papel de las mujeres en la sociedad neolítica, incluso Çatal Hüyük:

Lo que es particularmente digno de nota en la religión neolítica de Anatolia, y esto se aplica a Çatal Hüyük tanto como a Hacilar, es la ausencia total de sexo en todas las figurillas, estatuillas, relieves y pinturas murales. Los órganos de la reproducción nunca se muestran, las representaciones del falo o la vulva son desconocidas, y esto es tanto más notable por cuanto, en el paleolítico superior como en las culturas del

[110] En adelante emplearé a veces la palabra "matricéntrico" en lugar de matriarcal, porque ésta implica que las mujeres gobernaban a los hombres, que en algunos casos parece haber sido cierto —par ejemplo, según Mellaart, en Hacilar— pero probablemente no lo fue en Çatal Hüyük, donde la mujer (madre) desempeñaba visiblemente un papel preponderante, pero no de dominación.

neolítico y el posneolítico de fuera de Anatolia, suelen estar muy representados[111]. Parece haber una solución muy sencilla a esta cuestión aparentemente compleja, ya que la acentuación de lo sexual en el arte va invariablemente unida al impulso y el deseo viriles. Si fue la mujer neolítica quien hizo la religión, su ausencia es fácil de explicar, y se creó un simbolismo diferente en que los pechos, el vientre y la preñez representaban el principio femenino, mientras que los cuernos y las cabezas de animales con cuernos representaban el masculino. En una sociedad neolítica temprana como la de Çatal Hüyük podría esperarse biológicamente una proporción mayor de mujeres que de hombres y eso se refleja por cierto en los enterramientos. Además, en la nueva economía las mujeres se encargaban de muchas tareas, cosa que no ha cambiado en las aldeas de Anatolia hasta nuestros días, y esto explica probablemente su preeminencia social. Única fuente de vida, se asocia a los procesos de la agricultura, la doma y la alimentación de los animales domésticos, las ideas de incremento, abundancia y fertilidad. De ahí que una religión que aspiraba exactamente a la misma conservación de la vida en todas sus manifestaciones, su propagación y los misterios de sus ritos relacionados con la vida y la muerte, el nacimiento y la resurrección, fueran evidentemente parte de su esfera y no de la del hombre. Parece muy probable que el culto de la diosa estuviera principalmente a cargo de mujeres, aunque esto no excluye la presencia de sacerdotes varones . . . (J. Mellaart, 1967.)[112]

Los datos que hablan en favor de la opinión de que la sociedad neolítica era relativamente igualitaria, sin jerarquía, explotación ni agresión marcada, son sugestivos. Pero el hecho de que los poblados neolíticos de Anatolia tuvieran una estructura matriarcal (matricéntrica) añade mucho más valor a la hipótesis de que la sociedad neolítica, al menos en Anatolia, era esencialmente una sociedad pacífica y nada agresiva. La razón de ello está en el espíritu de afirmación de la vida y la ausencia de destructividad, que J. J. Bachofen consideraba rasgo esencial de todas las sociedades matriarcales.

Los hallazgos sacados a la luz por la excavación de los poblados neolíticos en Anatolia ofrecen las pruebas materiales más completas de la existencia de culturas y religiones matriarcales, postulada por J. J. Bachofen en su obra *Das Mutterrecht,* publicada en 1861 por primera vez. Analizando los mitos griegos y romanos, los rituales, símbolos y sueños, logró algo que sólo es dado a un genio: con su penetrante poder analítico reconstruyó una fase de organización social y religión de la que apenas tenía pruebas materiales. (Un etnólogo norteamericano, L. H. Morgan [1870, 1877], llegó por su parte a conclusiones muy semejantes basadas en su estudio de los indios del norte de América.) Casi todos los antropólogos —con unas pocas notables excepciones— declararon que los resultados de Bachofen no tenían mérito científico alguno; y sólo fue en 1967 cuando se publicó una traducción al inglés de obras selectas de Bachofen. (J. J. Bachofen, 1967.)

---

[111] Cf. L. Mumford (1967) cuando subraya la importancia del elemento sexual en muchas figurillas femeninas, en lo que seguramente tiene razón. Parece que fue sólo en la cultura neolítica anatoliana donde estuvo ausente ese elemento sexual. Está todavía por investigar si esta acentuación de lo sexual en otras culturas neolíticas haría necesario modificar la idea de que todas las culturas neolíticas fueron matriarcales.

[112] Los estudiosos soviéticos han investigado más que sus colegas occidentales las sociedades matriarcales. Debemos suponer que esto se debe al hecho de que impresionaran mucho a Engels (1891) los descubrimientos de Bachofen (publicado en 1861) y Morgan (1870). Cf. Z. A. Abramova (1967), que trata de la diosa madre en su doble aspecto de señora del hogar y de la casa y de soberana de los animales, sobre todo de la salvajina. Véase también A. P. Okladnikov (1972), el antropólogo soviético que señala la relación entre el matriarcado y el culto de la muerte. Cf. además el interesante estudio que hace A. Marshack (1972) de las diosas del paleolítico, a las que relaciona con la luna y el calendario lunar.

Es probable que la teoría de Bachofen fuera rechazada por dos razones: la primera, que era casi imposible para los antropólogos que vivían en una sociedad patriarcal trascender su estructura mental y social y llegar a imaginar que el dominio del macho no era "natural". (Por la misma razón, Freud llegó a su modo de ver las mujeres como hombres castrados.) En segundo lugar, los antropólogos estaban tan acostumbrados a creer sólo en las pruebas materiales, como los esqueletos, los instrumentos, las armas y demás, que se les hacía difícil creer que los mitos o las representaciones no son menos reales que los artefactos; esta actitud general hacía también que no se apreciara la potencia y la sutilidad del pensamiento teórico que cala hondo.

Los siguientes párrafos del *Mutterrecht,* de Bachofen, nos dan una idea de su concepción del espíritu matriarcal:

La relación que se halla en el origen de toda cultura, de toda virtud, de todo aspecto noble de la existencia, es la existente entre madre e hijo; opera en un mundo de violencia como el principio divino del amor, la unión, la paz. Criando a su hijito, la mujer aprende antes que el hombre a extender su cuidado amoroso más allá de los límites de su propia persona hasta otro ser y a enderezar la capacidad de invención que pueda tener hacia la conservación y el mejoramiento de la existencia del otro. La mujer en esta fase es el repositorio de toda cultura, de toda benevolencia, de toda devoción, de todo cuidado por los vivos y duelo por los muertos. Pero el amor que nace de la maternidad no sólo es más intenso sino también más universal . . . Mientras el principio paternal es intrínsecamente restrictivo, el materno es universal; el principio paternal implica limitación a grupos definidos pero el maternal, como la vida de la naturaleza, no tiene barreras. La idea de fraternidad produce un sentido entre todos los hombres de lo universalmente maternal, que se extingue al aparecer la paternidad. La familia basada en el derecho paterno es un organismo individual cerrado, mientras que la familia matriarcal lleva el sello típicamente universal de lo que está en el origen de todo desarrollo y distingue la vida material de la espiritual, más alta. El seno de toda mujer, imagen mortal de la diosa madre Demeter, dará hermanos y hermanas a los hijos de cualquier otra mujer; la tierra natal sólo tendrá hermanos y hermanas hasta el día en que aparezca el sistema paternal, que disuelve la unidad de la masa indiferenciada e introduce un principio de articulación.

Las culturas matriarcales presentan muchas manifestaciones y aun formulaciones jurídicas de este aspecto del principio maternal. Es la base de la libertad e igualdad universales, tan frecuente en los pueblos matriarcales, de su hospitalidad y de su aversión a las restricciones de todo tipo ... Y está arraigado en el admirable sentido de afinidad y el sentimiento de confraternidad que no conoce barreras ni líneas divisorias y abarca por igual a todos los miembros de una nación. Los estados matriarcales eran particularmente famosos por la ausencia en ellos de querellas intestinas y conflictos . . . Los pueblos matriarcales —y esto no es menos característico— asignaban culpabilidad especial al daño físico infligido a nuestros prójimos y aun a los animales ... Un talante de tierna humanidad, discernible incluso en la expresión facial de la estatuaria egipcia, impregna la cultura del mundo matriarcal. (J. J. Bachofen, 1967)[113]

LAS SOCIEDADES PREHISTÓRICAS Y LA "NATURALEZA HUMANA"

[113] Cf. también E. Fromm (1934, 1970e).

El cuadro del modo de producción y de la organización social de los cazadores y de los agricultores del neolítico es muy sugestivo en lo tocante a ciertos rasgos psíquicos que en general se suponen parte intrínseca de la naturaleza humana. Los cazadores y agricultores prehistóricos no tuvieron oportunidad de formarse un ansia apasionada de poseer ni envidia de los que tenían algo, porque no había propiedad privada a que aferrarse ni diferencias económicas importantes que fueran causa de envidia. Por el contrario, su modo de vida conducía al desarrollo de la cooperación y a la vida pacífica. No había base para la aparición del deseo de explotar a otros seres humanos. La idea de explotar la energía física o psíquica de otra persona para nuestros propios fines es absurda en una sociedad donde no hay base económica ni social para la explotación.

El impulso de mandar a los demás tampoco tenía muchas probabilidades de desarrollarse. La sociedad primitiva de bandas y probablemente los cazadores prehistóricos desde hará unos cincuenta mil años eran fundamentalmente diferentes de la sociedad civilizada, precisamente porque las relaciones humanas no se regían por los principios del mando y el poder, y su funcionamiento dependía de la mutualidad. Un individuo que tuviera la pasión de mandar hubiera sido un fracaso social y no hubiera tenido influencia. Finalmente había pocos incentivos para que se desarrollara la codicia, ya que la producción y el consumo estaban estabilizados en determinado nivel[114].

¿Indican los datos que poseemos acerca de los cazadores recolectores y los primeros agricultores que la pasión de poseer, la explotación, la codicia y la envidia todavía no existieran y que sean producto exclusivo de la civilización? No creo que deba hacerse una afirmación tan rotunda. No tenemos datos suficientes para sustanciarla ni es probable que fuera acertada por razones teóricas, ya que los factores individuales engendrarán esos vicios en algunos individuos aun en las circunstancias sociales más favorables. Pero hay una gran diferencia entre las culturas que fomentan y alientan la codicia, la envidia y la explotación con su estructura social y aquellas otras que hacen lo contrario. En las primeras, esos vicios formaran parte del "carácter social", o sea el síndrome que se halla en la mayoría de las personas. En las segundas, serán aberraciones individuales apartadas de la norma que tendrán poca oportunidad de influir en el conjunto de la sociedad. Esta hipótesis se corrobora todavía si consideramos la siguiente etapa histórica, el desarrollo urbano, que parece haber introducido no sólo nuevos tipos de civilización sino además aquellas pasiones que suelen atribuirse a la dotación natural del hombre.

LA REVOLUCIÓN URBANA[115]

En los milenios cuarto y tercero a.C. se forma un nuevo tipo de sociedad que podemos describir perfectamente con la excelente formulación de Mumford:

---

[114] Debe observarse de pasada que en muchas sociedades desarrolladas, tales como la sociedad feudal de la Edad Media, los miembros de un grupo ocupacional —tal como los gremios— no se esforzaban por obtener un provecho material creciente, sino el suficiente para satisfacer su modo de vida tradicional. Incluso saber que los miembros de las clases sociales por encima de la propia tuvieran más lujos no generaba en ellos el anhelo de consumir tales excedentes. El proceso de la vida era satisfactorio y, por lo tanto, no parecía deseable un consumo mayor. Lo mismo puede decirse de los campesinos. Sus rebeliones en el siglo XVI no provenían del deseo de consumir tanto como las clases superiores, sino que ambicionaban la base para una existencia humana digna y el cumplimiento de las obligaciones tradicionales que los propietarios de la tierra tenían para con ellos.

[115] Esta denominación es de Childe (1936) y Mumford ha criticado su empleo (1967).

Del complejo neolítico primitivo nace un tipo diferente de organización social, ya no dispersa en pequeños grupos sino unificada en una gran entidad, ya no "democrática", o sea basada en la intimidad vecinal, las costumbres y el consentimiento y acuerdo sino autoritaria, dirigida centralmente, dominada por una minoría imperiosa, ya no confinada a un territorio pequeño sino deliberadamente "desbordante", que sale de sus límites para apoderarse de las materias primas y esclavizar a hombres inermes, para ejercer el mando, para imponer tributos. Esta nueva cultura estaba dedicada no solamente a incrementar la vida sino además a expandir el poder colectivo. Perfeccionando nuevos instrumentos de coerción, los gobernantes de esta sociedad habían organizado para el tercer milenio a. C. un poderío militar e industrial en una escala que nunca sería superada hasta nuestros días. (L. Mumford, 1967.)

¿Cómo había sucedido esto?

Dentro de un breve período, hablando históricamente, el hombre aprendió a servirse de la energía física de los bueyes y del viento. Inventó el arado, el carro de ruedas, el barco de vela y descubrió los procesos químicos que intervienen en la fundición del material de cobre (conocido anteriormente en cierto grado) y las propiedades físicas de los metales, y empezó a elaborar un calendario solar. A consecuencia de esto quedó preparado el camino para el arte de la escritura, las normas y las medidas. "En ningún período de la historia hasta la época de Galileo —dice Childe fue tan rápido el avance del conocimiento ni resultaron tan frecuentes los descubrimientos de vasto alcance." (V. G. Childe, 1936.)

Pero los cambios sociales no fueron menos revolucionarios. Los pequeños poblados de cultivadores autosuficientes se transformaron en ciudades populosas alimentadas por industrias auxiliares y por el comercio exterior, y esas nuevas ciudades se organizaban en forma de ciudades estados. El hombre creaba tierra nueva, al pie de la letra. Las grandes ciudades de Babilonia se alzaron sobre una especie de plataforma de cañas entrecruzadas sobre el lodo aluvial. Excavaron canales para regar los campos y avenaron los pantanos, edificaron diques y terraplenes para proteger a personas y ganado de las aguas y mantenerlos más altos que la avenida. Esta creación de tierra laborable requería mucho trabajo y este "capital en forma de trabajo humano se iba metiendo en la tierra". (V. G. Childe, 1936.)

Otra consecuencia de este proceso fue que hubo de emplearse mano de obra especializada para este tipo de trabajo y para cultivar la tierra a fin de producir alimentos para los que se especializaban en los oficios, los trabajos públicos y el comercio. Tenía que organizarlos la comunidad y dirigirlos una élite que planeaba, protegía, y dirigía. Esto entraña una acumulación de excedentes mucho mayor que la necesaria en los antiguos poblados neolíticos, y que ese excedente no se emplearía sólo a manera de reserva para períodos de escasez o para una mayor población sino como capital a emplear en la expansión de la producción. Childe ha señalado otro factor propio de estas condiciones de la vida en los valles fluviales: la fuerza excepcional que tenía la sociedad para obligar a sus miembros. La comunidad podía negar al miembro recalcitrante el acceso al agua cerrando los canales que iban a su tierra. Esta posibilidad de coerción fue una de las bases en que se asentaron el poderío de reyes y sacerdotes y la élite dominante una vez hubieron logrado remplazar, o hablando ideológicamente "representar", a la voluntad popular.

Con las formas nuevas de producción se había realizado uno de los cambios más decisivos en toda la historia de la humanidad. Su producción ya no se limitaba a lo que podía hacer con su propio trabajo, como en el caso de las sociedades cazadoras y de la agricultura primitiva. Verdad es que al iniciarse la agricultura neolítica el hombre pudo

ya producir un pequeño excedente, pero este excedente sólo ayudaba a estabilizar su vida. Mas cuando aumentó, podía aplicársele a un fin enteramente nuevo; entonces era posible alimentar a personas que no producían alimentos directamente sino saneaban los pantanos, edificaban casas, ciudades o pirámides o servían de soldados. Naturalmente, tal aplicación sólo era hacedera habiendo llegado la técnica y la división del trabajo a tal grado que hacía posible ese modo de emplear el trabajo humano. En ese punto, los excedentes aumentaron enormemente. Cuantos más campos se labraban y más pantanos se avenaban, más excedentes se producían. Esta nueva posibilidad provocó uno de los cambios más señalados en la historia de la humanidad. *Se descubrió que se podía emplear el hombre como instrumento económico, que se le podía explotar y que se le podía esclavizar.*

Sigamos el proceso más de cerca en sus consecuencias económicas, sociales, religiosas y psicológicas. Los hechos económicos básicos de la nueva sociedad eran, como ya vimos, la mayor especialización del trabajo, la transformación de los excedentes en capital y la necesidad de un modo de producción centralizado. La primera consecuencia que tuvo esto fue el surgimiento de las diferentes clases. La clase privilegiada dirigía y organizaba, reclamaba y obtenía para sí una parte desproporcionadamente grande del producto, o sea un nivel de vida que la mayoría de la población no podía alcanzar. Debajo de ella estaban las clases inferiores de los campesinos y artesanos. Debajo estaban los esclavos, prisioneros tomados en las guerras. La clase privilegiada organizó su jerarquía, encabezada al principio por jefes permanentes —al final por reyes, representantes de los dioses—, que eran la cabeza nominal de todo el sistema.

Otra consecuencia del nuevo modo de producción debió haber sido la *conquista,* requisito esencial de la acumulación de capital comunal necesario para la realización de la revolución urbana. Pero hubo aún una razón más fundamental para que se inventara la institución de la guerra: la contradicción entre un sistema económico que necesitaba ser unificado para su eficacia óptima y una separación política y dinástica que entraba en conflicto con esa necesidad económica. La guerra en tanto que institución era una cosa nueva, que como la realeza o la burocracia, se plasmó allá por el 3000 a. C. Entonces igual que ahora, no se debió a factores psicológicos como la agresión humana sino, aparte de la ambición de poder y gloria de los reyes y su burocracia, fue consecuencia de condiciones objetivas que hacían la guerra útil y que por lo tanto tendían a engendrar e incrementar la destructividad y crueldad humanas[116].

Acompañó a estos cambios políticos y sociales un profundo cambio en el papel desempeñado por la mujer en la sociedad y la figura de la madre en la religión. Ya no era la fuente de toda vida y creatividad, la fertilidad de la tierra, sino el intelecto, que producía nuevas invenciones y técnicas, pensamientos abstractos y estados con leyes. Ya no era el útero sino el cerebro la fuerza creadora, y al mismo tiempo, ya no fueron las mujeres sino los hombres quienes dominaron en la sociedad.

Este cambio está evocado poéticamente en el himno babilónico de la creación, *Enuma Elish,* que nos cuenta la victoriosa rebelión de los dioses viriles contra Tiamat, la "Gran Madre", que gobernaba el universo. Forman una alianza contra ella

[116] Sugiere Childe que cuando surgió la necesidad de más tierras, los antiguos ocupantes hubieron de ser desplazados, remplazados o dominados por un grupo de conquistadores, de donde se deduce que fue necesario que hubiera algún tipo de guerra antes de que se consumara la revolución urbana. Pero reconoce que esto no puede demostrarse con pruebas arqueológicas. Por eso opina que en el preludio a la revolución urbana, después del 9000 a. C., "hubo de aceptarse la guerra, siquiera en pequeña escala y de tipo irregular". (V. G, Childe, 1936,) Sea como quiera, las sangrientas guer[r]as de conquista no se convirtieron en institución permanente antes de que se desarrollaran las ciudades estados con sus reyes y su jerarquía.

y nombran jefe a Marduk. Tras empeñada guerra matan a Tiamat, con su cuerpo se forman el cielo y la tierra, y Marduk manda en calidad de dios supremo.

Pero antes de que lo nombren jefe debe Marduk pasar una prueba, que podrá parecer insignificante —o sorprendente— para el hombre contemporáneo, pero que es la clave para entender el mito:

Entonces pusieron un traje en el medio;
a Marduk, su primogénito, dijeron:

—Ciertamente, ¡Oh, señor! , tu destino es supremo entre los dioses,
manda "aniquilar y crear" (y) será hecho.

La palabra de tu boca aniquile el vestido;
¡manda otra vez, y el traje será entero!
El mandó con su boca y el traje fue destruido.
Y mandó nuevamente, y el traje estaba entero.
Cuando los dioses, sus padres, vieron la eficiencia de su verbo
se alegraron y rindieron homenaje (diciendo): "¡Marduk es rey! "

A. HEIDEL, 1942

La intención de la prueba es mostrar cómo el hombre ha vencido su incapacidad para la creación natural —propiedad que sólo tenían la tierra y la hembra— mediante una nueva forma de creación: la palabra (el pensamiento). Marduk, que puede crear de este modo, ha superado a la superioridad natural de la madre y por ende puede remplazarla. El relato bíblico empieza donde acaba el mito babilónico: el dios varón crea el
mundo por la *palabra.* (E. Fromm, 1951.)

Uno de los rasgos más significativos de la nueva sociedad urbana fue que se basaba en el principio de la potestad patriarcal, en que es inherente el principio de poder: sobre la naturaleza, sobre los esclavos, las mujeres y los niños. El nuevo hombre patriarcal "hace" literalmente la tierra. Su procedimiento no es sencillamente una modificación de los procesos naturales, sino su dominio y control por el hombre, con el resultado de productos nuevos que no se hallan en la naturaleza. Los hombres mismos pasan a ser dominados por quienes organizan el trabajo de la comunidad, y de ahí que los dirigentes tengan poder sobre los dirigidos.

Con el fin de lograr los objetivos de esta nueva sociedad, todo, naturaleza y hombre, tiene que estar controlado y todo tiene que ejercer el poder, o temerlo. Para que fueran controlables, los hombres tenían que aprender a obedecer y someterse, y para someterse tenían que creer en el poder superior —material y/o mágico— de sus gobernantes. Mientras en la aldea neolítica, así corno entre los cazadores primitivos, los dirigentes guiaban y aconsejaban al pueblo y no lo explotaban, y su directiva era aceptada voluntariamente o, para decirlo de otro modo, la autoridad prehistórica era una autoridad "racional" que radicaba en la competencia, mientras que la autoridad del nuevo sistema patriarcal se basaba en la fuerza y el poder, era explotadora, por mediación del mecanismo psíquico del miedo, el "respeto pavoroso" y la sumisión. Era una "autoridad irracional".

Lewis Mumford ha expresado de un modo muy sucinto el nuevo principio que regía la vida de la ciudad: "La esencia de la civilización era ejercer poder en todas sus formas; la ciudad halló muchos modos de expresar la lucha, la agresión, la dominación, la

conquista . . . y la servidumbre." Señala que los nuevos métodos de las ciudades eran "rigurosos, eficaces, a menudo ásperos, y aun sádicos", y que los monarcas egipcios y sus equivalentes mesopotámicos "se jactaban en sus monumentos y tablillas de sus hazañas personales mutilando, torturando y matando con sus propias manos a sus cautivos principales". (L. Mumford, 1961.)

A consecuencia de mi experiencia clínica en la terapia psicoanalítica hacía tiempo que yo había llegado a la convicción (E. Fromm, 1941) de que la esencia del sadismo es la pasión por el poder sin límites, cuasi divino, sobre los hombres y las cosas[117]. La opinión que tiene Mumford del carácter sádico de esas sociedades es una importante confirmación de la mía[118].

Además del sadismo, parece desarrollarse en la nueva civilización urbana la pasión de aniquilar la vida y la atracción por todo lo que sea muerte (necrofilia). Mumford habla también del mito destructivo, orientado hacia la muere, que se advierte en el nuevo orden social y cita el dicho de Patrick Geddes de que cada civilización histórica empieza con un núcleo vivo urbano, la *polis,* y acaba en un cementerio común de polvo y huesos, una *necrópolis, o* ciudad de los muertos: ruinas abrasadas, edificios derruidos, talleres vacíos, montones de desperdicios sin significado, y poblaciones pasadas a degüello o esclavizadas. (L. Mumford, 1961.) Que lea uno el relato de la conquista de Canaán por los hebreos o la historia de las guerras de Babilonia, se patentiza el mismo espíritu de destructividad ilimitada e inhumana. Un buen ejemplo es la inscripción en piedra de Sennaquerib acerca de la destrucción total de Babilonia:

La ciudad y (sus) casas desde los cimientos hasta el techo destruí, arrasé, quemé con el fuego. El muro y la muralla exterior, los templos y los dioses, las torres de ladrillo y adobe de los templos, tantas como eran, las derribé y las eché al canal de Arajtu. Por el medio de la ciudad excavé canales e inundé el lugar con las aguas, y acabé hasta con los cimientos mismos. Hice su destrucción más total que con una avenida. (Citado por L. Mumford, 1961.)

La historia de la civilización, desde la destrucción de Cartago y Jerusalén hasta la de Dresde, Hiroshima y los habitantes, la tierra y la vegetación de Vietnam, es una trágica relación de sadismo y destructividad.

LA AGRESIVIDAD EN LAS CULTURAS PRIMITIVAS

Hasta ahora hemos tratado solamente de la agresión que se puede hallar en las sociedades prehistóricas y entre los cazadores recolectores primitivos todavía existentes. ¿Qué podemos descubrir en otras culturas más adelantadas, aunque todavía primitivas?

Sería fácil examinar esta cuestión consultando una obra dedicada a la agresión sobre la base de la ingente cantidad de datos antropológicos reunidos. Pero es sorprendente —y aun algo enojoso— el hecho de que no existe tal obra; es evidente que los antropólogos no han considerado hasta ahora el fenómeno de la agresión de importancia suficiente para que les llevara a resumir e interpretar sus datos desde este punto de vista. Sólo tenemos el breve trabajo de Derek Freeman, en que intenta un resumen de los datos antropológicos sobre la agresión con el fin de apoyar la tesis

[117] Esta opinión se examinará detenidamente en el capítulo II.

[118] No es una mera coincidencia, y se deduce de nuestra posición común fundamental, que señala de preferencia la esencial distinción entre lo que favorece la vida y lo que la estrangula.

freudiana. (D. Freeman, 1964.) Igualmente breve es un trabajo de resumen de otro antropólogo, H. Helmuth (1967), quien presenta datos antropológicos y hace resaltar el punto de vista opuesto: la ausencia relativa de agresión en las sociedades primitivas.

En las páginas que siguen presentaré otros cuantos estudios sobre la agresión en las sociedades primitivas, empezando por el análisis que emprendí de los datos de las publicaciones antropológicas más accesibles. Como los estudios de estas publicaciones no se hicieron con tendencia selectiva en favor o en contra de la agresión, puede considerarse que son una manera de muestreo "al azar" en un sentido muy lato. De todos modos, no quiero decir que los resultados de este análisis sean en alguna manera estadísticamente válidos en cuanto a la distribución de la agresión entre las culturas primitivas en general. Mi objeto principal no es ciertamente estadístico, sino demostrar que las sociedades no agresivas no son tan raras o "lamentables" como indican Freeman y otros exponentes de la teoría freudiana. Quería también demostrar que la agresividad no es solamente un *rasgo,* sino parte de *un síndrome,* que hallamos regularmente la agresión junto con otros rasgos del sistema, como la jerarquía estricta, la dominancia, la división en clases, etc. En una palabra: que la agresión debe considerarse parte del *carácter social y* no un rasgo conductual aislado[119].

ANÁLISIS DE TREINTA TRIBUS PRIMITIVAS

Analicé treinta tribus primitivas desde el punto de vista de agresividad o apacibilidad. Tres de ellas fueron descritas por Ruth Benedict (1934)[120], trece por Margaret Mead (1961)[121], quince por G. P. Murdock (1934)[122], y una por C. M. Turnbull (1965)[123] El análisis de estas treinta sociedades nos permite distinguir tres sistemas diferentes, claramente delineados (A, B y C). Estas sociedades no se diferencian sencillamente por la "mayor o menor" agresión o no agresión, sino también en función de los diferentes sistemas de carácter advertidos por cierto número de rasgos que forman el sistema, algunos de los cuales no tienen ninguna relación patente con la agresión[124].

Sistema A. sociedades afirmadoras de la vida

[119] Quiero expresar aquí lo que debo al finado Ralph Linton (con quien di un seminario en la Universidad de Yale en 1948 y 1949 sobre la estructura del carácter en las sociedades primitivas), por lo que de él aprendí en aquellos seminarios y en muchas conversaciones privadas. Quiero expresar también mi agradecimiento por el estímulo que recibí de George P. Murdock, quien participó en dichos seminarios, aunque nuestras opiniones siguieran muy diferentes.

[120] Los zuñis, dobuanos y kwakiutles.

[121] Los arapeshes, esquimales de Groenlandia, bachigas, ifugaos, kwakiutles, manus, iroqueses, ojibwas, samoanos, zuñis, bathongas, dakotas y maoríes.

[122] Los tasmanianos, arandas, samoanos, semangs, todas, kazacos, ainus, esquimales del Polo, haidas, crows, iroqueses, hopis, aztecas, incas, witotos, hotentotes namas y gandas. (Pero no he considerado en este contexto su descripción de los aztecas y los incas porque estaban muy adelantados y formaban sociedades complejas, y por ende no eran apropiados para este breve análisis.)

[123] Los mbutus.

[124] Los zuñis y los kwakiutles fueron descritos por R. Benedict y M. Mead, los iroqueses y samoanos por M. Mead y G. P. Murdock; naturalmente, los analizamos sólo una vez. Entre los cazadores primitivos descritos por E. R. Service (1966), los semangs, los esquimales y los australianos están en la muestra. Los semangs y los esquimales entran en el sistema A, los australianos en el sistema B. No he clasificado a los hopis porque la estructura de su sociedad parece demasiado contradictoria para autorizarme a ello. Presentan muchos rasgos que los colocarían en el sistema A, pero su agresividad suscita alguna duda acerca de si no pertenecen al sistema B. (Cf. D. Eggan, 1943.)

En este sistema, los ideales, las costumbres y las instituciones tienen una tónica general de conservación y fomento de la vida en todas sus manifestaciones. Hay un mínimo de hostilidad, violencia o crueldad entre las personas, castigos no ásperos, casi no hay crímenes, y la institución de la guerra está ausente o desempeña un papel muy poco importante. Tratan a los niños con amabilidad, no hay graves castigos corporales; en general las mujeres están consideradas las iguales de los hombres, o al menos no las explotan ni humillan; y la actitud respecto del sexo es en general de favorable tolerancia. Escasean la envidia, la codicia, el avorazamiento y la explotación. Tampoco hay mucha competición ni individualismo, y abunda la cooperación; la propiedad personal sólo es de los objetos que se usan. Reina en general una actitud de confianza, no sólo en los demás sino particularmente en la naturaleza; en general prevalece el buen humor y son relativamente raros los talantes depresivos.

Entre las sociedades que entran en esta categoría afirmadora de la vida he colocado a los indios pueblos zuñis, los arapeshes de la montaña y los bathongas, los arandas, los semangs, los todas, los esquimales del Polo y los mbutus.

En el sistema A del grupo hallamos tanto cazadores (por ejemplo, los mbutus) como agricultores dueños de ovejas (los zuñis). Contiene sociedades con abundancia relativa de alimento y otras caracterizadas por una escasez bastante grande. Esto no quiere decir que las diferencias caracterológicas no dependan de las diferencias de estructura socioeconómica de esas sociedades, que en gran medida influyen en ellas. Sólo indica que los factores económicos más notorios, como la pobreza o la riqueza, la caza o la agricultura, etc., no son los únicos factores críticos para la formación del carácter. Con el fin de entender la relación entre economía y carácter social habremos de estudiar la estructura socioeconómica total de cada una de estas sociedades.

Sistema B: sociedades agresivas no destructivas

Este sistema comparte con el primero el elemento fundamental de no ser destructivo, pero difiere de él en la agresividad y la guerra, que si no son sucesos de principal importancia sí son normales, y en que se advierten la competición, la jerarquía y el individualismo. Estas sociedades no están impregnadas de destructividad y crueldad, ni de una suspicacia exagerada, pero tampoco gozan de la afabilidad y confianza características de las sociedades del sistema A. Tal vez podría decirse que el sistema B se caracteriza por estar imbuido del espíritu de agresividad viril, el individualismo, el deseo de obtener cosas y de hacer tareas. En mi análisis entran en esta categoría las catorce tribus siguientes: los esquimales de Groenlandia, los bachigas, los ojibwas, los ifugaos, los manus, los samoanos, los dakotas, los maoríes, los tasmanianos, los kazacos, los ainus, los crows, los incas y los hotentotes.

Sistema C: sociedades destructivas

La estructura de las sociedades del sistema C es muy diferente. Se caracteriza por mucha violencia interpersonal, destructividad, agresión y crueldad tanto dentro de la tribu como contra las demás, el placer de guerrear, la malicia y la traición. La atmósfera general de la vida es de hostilidad, tensión y miedo. Por lo general abunda la competición, se pone mucho empeño en la propiedad privada (en los símbolos si no en las cosas materiales), las jerarquías estrictas y son muchas las guerras. Ejemplos de este sistema son los dobuanos y kwakiutles, los haidas, los aztecas, los witotos y los gandas.

No pretendo que mi clasificación de cada una de estas sociedades sea incontrovertible. Pero el que uno esté o no de acuerdo en la ubicación de esta o aquella sociedad no importa mucho, porque mi modo de ver no es estadístico sino cualitativo. El contraste principal está entre los sistemas A y B por una parte, ambos afirmadores de la vida, y el sistema C por la otra, que es fundamentalmente cruel o destructor, o sea sádico o necrófilo.

Ejemplos de los tres sistemas

Con el fin de ayudar al lector a hacerse una idea más exacta de la índole de los tres sistemas daré a continuación un ejemplo más detallado de una sociedad característica para cada sistema.

Los indios zuñis (sistema A). Los indios zuñis han sido objeto de cabal estudio por parte de Ruth Benedict (1934), Margaret Mead, Irving Goldman, Ruth Bunzel y otros. Viven de la agricultura y el pastoreo de ovejas en el suroeste de los Estados Unidos. Como otras sociedades de los indios pueblos, habitaban en muchas ciudades en los siglos XII y XIII, pero su historia data de mucho antes, y comienza con casas de piedra de una sola pieza, adjunta a la cual hay una cámara ceremonial subterránea. Económicamente, puede decirse que viven en un estado de abundancia, aunque no tienen en mucho los bienes materiales. En su actitud social hay poca competición, si bien la tierra irrigable es limitada. Están organizados con lineamientos matricéntricos, pero los sacerdotes y funcionarios civiles son varones. Consideran tipos aberrantes a los agresivos, competitivos y no cooperantes. El trabajo se hace esencialmente por cooperación, a excepción de la ovicultura, que es exclusivamente ocupación de los hombres. En las actividades económicas está excluida la rivalidad, también a excepción de la ovicultura, en que a veces se advierte alguna pendencia, pero no rivalidades hondas. En conjunto, se presta poca atención a los méritos personales, y siempre que hay alguna riña se debe a los celos sexuales, sin tener que ver con las actividades económicas o las pertenencias.

Es prácticamente desconocido el atesoramiento; aunque hay unos individuos más ricos y otros más pobres, la riqueza se halla en un estado de gran fluidez, y es característico de la actitud mental de los zuñis respecto de los bienes materiales el que cualquier hombre presta gustoso sus joyas no sólo a sus amigos sino a cualquier miembro de la sociedad que se las pida. A pesar de cierta dosis de celos, los matrimonios en general duran,
aunque es fácil divorciarse. Las mujeres, como es lógico en una sociedad matricéntrica, no están en nada subordinadas a los hombres. Se hacen muchos regalos, pero a diferencia de muchas sociedades competitivas, esto no sirve para hacer ostentación de la riqueza propia ni humillar a quien recibe el regalo, y no se hacen intentos de mantener la reciprocidad. La riqueza no dura mucho en una familia, puesto que se adquiere por el trabajo y la industriosidad individuales, y no se conoce la explotación de los semejantes. Aunque existe la propiedad privada de la tierra, los litigios son raros y se zanjan pronto.

El sistema zuñi sólo puede entenderse por el hecho de que las cosas materiales son relativamente poco apreciadas y de que el principal interés de la vida es de índole religiosa. Es decir: lo que más importa es la vida y vivirla, no las cosas ni su posesión. Los elementos primeros y principales de este sistema son los cantares, las oraciones, los rituales y las danzas. Los dirigen los sacerdotes, que son muy respetados, aunque no censuran ni tienen jurisdicción alguna. El valor de la vida

religiosa frente a la propiedad y el éxito económico se echa de ver en que los funcionarios que hacen de jueces en casos de litigio por algo material no son tenidos en mucho, muy al contrario de los sacerdotes.

La autoridad personal es quizá el rasgo más rigurosamente desprestigiado entre los zuñis. La definición de un hombre bueno es el que tiene "un modo de hablar agradable, una disposición condescendiente y un corazón generoso". Los varones nunca obran violentamente y no piensan en las soluciones violentas ni siquiera cuando su esposa les es infiel. Durante el período de iniciación se azota a los muchachos y se les espanta con *kachinas,* pero al contrario de otras muchas culturas, ni siquiera esta iniciación es en ningún caso un martirio. Apenas se producen asesinatos; como informa Benedict, de acuerdo con sus observaciones, nadie recuerda que se haya cometido ningún homicidio. El suicida está fuera de la ley. En sus mitos y relatos no hay temas de terror y peligro. No existe el sentido del pecado, sobre todo en relación con lo sexual, y por lo general la castidad sexual no era bien vista. Lo sexual se consideraba un incidente en una vida feliz, pero no, como en otras sociedades más bien agresivas, la única fuente de placer. De todos modos parece haber cierto miedo relacionado con el sexo, pero ese miedo se relaciona más con las mujeres y las relaciones sexuales con ellas. Goldman menciona la preponderancia del tema del miedo a la castración en la sociedad matriarcal. Esto indica el miedo del hombre a la mujer, más bien que, como en el concepto de Freud, el miedo a un padre punitivo.

Este cuadro de un sistema caracterizado por la no agresividad, y no violencia, la cooperación y el disfrute de la vida, ¿cambia acaso porque uno halle también celos y querellas? Ninguna sociedad podría calificarse de no violenta y pacífica si para ello tuviera que vivir de acuerdo con un ideal absoluto de total ausencia de hostilidad y peleas. Pero pretender eso sería muy ingenuo. Incluso las personas básicamente no agresivas y no violentas reaccionan alguna que otra vez con enojo en ciertas condiciones, sobre todo si son de temperamento colérico. Pero esto no significa que la estructura de su carácter sea agresiva, violenta o destructiva. Podríamos incluso ir más lejos y decir que en una cultura donde la manifestación del enojo es tabú como en la cultura zuñi, a veces se acumula una cantidad de enojo relativamente leve y halla su expresión en una riña; pero sólo si estamos dogmáticamente amarrados a la opinión de que la agresión es innata en el hombre interpretaremos esas querellas ocasionales como indicadores de la profundidad e intensidad de la agresión reprimida.

Semejante interpretación se basa en un abuso del descubrimiento freudiano de la motivación inconsciente. La lógica de este razonamiento es que si se manifiesta un rasgo sospechado, su existencia es evidente e innegable; pero si está completamente ausente, la misma ausencia prueba su existencia; ha de estar reprimido, y cuanto menos se manifieste, más intenso ha de ser, puesto que necesita tan cabal represión. Con este método se puede probar cuanto se quiera, y el descubrimiento de Freud se transforma así en vano dogmatismo. Todos los psicoanalistas convienen en principio en que la suposición de que cierta pulsión esté reprimida requiere que tengamos pruebas empíricas de la represión en sueños, fantaseos, comportamiento inintencional, etc. Pero este principio teórico suele olvidarse al analizar personas y culturas. Estamos tan convencidos de la validez de la premisa requerida por la teoría de que cierta pulsión existe, que no nos molestamos en descubrir su manifestación empírica. El analista que procede de este modo obra de buena fe porque no tiene conciencia del hecho de que espera hallar lo que dice la teoría . . . y nada más. Al sopesar las pruebas antropológicas hay que tener cuidado de evitar este error, sin

perder de vista el principio de la dialéctica psicoanalítica de que puede haber una tendencia sin que se perciba conscientemente. En el caso de los zuñis no hay pruebas de que la ausencia de hostilidad manifiesta se deba a una intensa represión de la agresión y por ende no hay razón válida para negar el cuadro de un sistema no agresivo, amante de la vida y cooperativo.

Otro modo de no hacer caso de los datos que presenta una sociedad no agresiva consiste en pasarlos por alto decididamente o sostener que no tienen importancia. Así Freud, por ejemplo, en su famosa carta a Einstein, trata el problema de las sociedades primitivas pacíficas del modo siguiente:

"Se nos dice que en ciertas felices regiones de la tierra donde la naturaleza provee con abundancia al hombre de cuanto necesita hay razas cuya vida transcurre tranquilamente e ignoran lo que es coerción ni agresión. Se me hace difícil creerlo y me gustaría saber más de esos afortunados seres." (S. Freud, 1933.) Yo no sé cuál hubiera sido la actitud de Freud si hubiera sabido más de esos "afortunados seres", pero parece que nunca hizo un serio intento para informarse acerca de ellos.

Los manus (sistema B). Los manus (M. Mead, 1961) son una ilustración del sistema que se distingue claramente del A por no ser el fin principal de la vida el vivirla y saborearla, el arte y el ritual, sino la consecución del triunfo personal por las actividades económicas. Por otra parte, el sistema de los manus es muy diferente del sistema C, cuyo ejemplo serán los dobuanos. Los manus no son esencialmente violentos, destructores ni sádicos, ni son maliciosos ni traidores.

Son los manus un pueblo pesquero del litoral, que viven en aldeas edificadas sobre pilotes en las albuferas de la costa sur de la gran isla del Almirantazgo. Truecan sus excedentes de pesca con los agricultores de las tierras vecinas, por artículos manufacturados procedentes de partes más distantes del archipiélago [de Bismarck]. Toda su energía se dedica por completo al éxito material y se esfuerzan tanto que muchos de ellos mueren apenas entran en la edad madura; de hecho es raro que uno de ellos viva hasta ver a su primer nieto. Esta obsesión por el trabajo incesante se sustenta no sólo en el hecho de que el éxito es el valor principal sino por la vergüenza que acompaña al fracaso. El no poder pagar sus deudas conduce a la humillación del individuo; el no tener éxito económico y cierto capital acumulado lo coloca en la condición de un hombre sin prestigio social. Pero cualquiera que sea el prestigio ganado trabajando rudamente, se pierde en cuanto uno deja de ser económicamente activo.

En la educación de los jóvenes se insiste ante todo en el respeto por la propiedad, la vergüenza y la eficiencia física. Refuerza el individualismo el hecho de que los parientes compiten entre sí por la adhesión del niño, y éste aprende a considerarse valioso. Su código del matrimonio es estricto y se asemeja a la moral decimonónica de la clase media. Los defectos principales son los delitos sexuales, el llevar y traer escándalos, la obscenidad, el no pagar las deudas, el no ayudar a los parientes y el no tener la casa debidamente reparada. El entrenamiento para el trabajo afanoso y la competición parece contradicho por una fase de la vida de los jóvenes antes de su casamiento. Los jóvenes solteros forman una suerte de colectividad que vive en una casa o casino común, comparten una querida común (por lo general prisionera de guerra) el tabaco y la nuez de betel. Llevan entonces una vida bastante alegre y bravera en los linderos de la sociedad. Acaso sea necesario este intervalo para que tengan un mínimo de placer y contentamiento en un tiempo de su vida de hombres. Pero el acto del matrimonio interrumpe definitivamente esta vida idílica. Para

casarse, el joven tiene que pedir dinero prestado, y en los primeros años de su matrimonio sólo tiene una meta: devolver el dinero a quien se lo prestó. Ni siquiera puede gozar de su mujer mientras deba una parte. Cumplida esta primera obligación, los que quieren evitar el fracaso dedican su vida a amasar una propiedad para sí, y así pueden ser acreedores de otros matrimonios; es ésta una de las condiciones para llegar a ser dirigentes de la comunidad. El mismo casamiento es en gran parte cosa económica, y el afecto personal y el interés sexual desempeñan en él un papel reducido. La relación entre el hombre y su esposa es, cosa nada sorprendente dadas estas circunstancias, de antagonismo, por lo menos en los quince primeros años de matrimonio. Sólo cuando empiezan a arreglar casamientos para sus hijos y quienes de ellos dependen adquiere la relación cierto carácter de cooperación. La energía está tan absolutamente consagrada al fin supremo del éxito que los motivos personales de afecto, lealtad, preferencia, aversión y odio quedan excluidos. Es de importancia capital para entender este sistema el que si bien hay poco amor y afecto, tampoco hay mucha destructividad ni crueldad. Aun dentro de la terrible competencia que domina todo el panorama, se pone empeño en no humillar a los demás sino sólo conservar uno su posición. La crueldad está relativamente ausente. De hecho, los que no triunfan en absoluto, los que son un fracaso, quedan solos, pero no son objeto de agresión. No está excluida la guerra, pero en general se desaprueba, salvo como medio de impedir que los jóvenes cometan bribonadas. A veces servía la guerra para capturar a mujeres que hicieran de prostitutas, pero en general se consideraba un trastorno para el comercio y no un modo de triunfar. El personaje ideal no era el héroe sino el hombre muy competitivo, industrioso, triunfador y desapasionado.

Sus ideas religiosas son fiel reflejo de este sistema. Su religión no se basa en el intento de alcanzar el éxtasis o la unión con la naturaleza sino que tiene fines puramente prácticos: aplacar a los fantasmas con ligeras ofrendas formales, instituir métodos para descubrir las causas de enfermedad y de mala suerte y ponerles remedio.

El centro de la vida en este sistema es la propiedad y el éxito; la obsesión principal, el trabajo y el miedo mayor, el de fracasar. Es casi inevitable que se cree mucha ansiedad en un sistema de este tipo. Pero es importante el que a pesar de esa ansiedad no forma parte de su carácter social un grado importante de destructividad ni hostilidad.

Hay cierto número de sociedades dentro del sistema B menos competitivas y posesivas que los manus, pero preferí este ejemplo porque permite delinear más claramente la diferencia entre la estructura de carácter individualista y agresivo y la cruel y sádica del sistema C.

Los dobuanos (sistema C). Los habitantes de la isla Dobu (R. Benedict, 1934) son un buen ejemplo del sistema C. Aunque están junto a los isleños trobriand, tan conocidos por los escritos de Malinowski, su medio ambiente y su carácter son enteramente diferentes. Los trobriand viven en islas fértiles que les proporcionan una vida de comodidad y abundancia, pero la isla de los dobuanos es de índole volcánica, con pequeñas bolsas de tierra y escasas oportunidades de pesca.

Pero los dobuanos no son conocidos entre sus vecinos por pobres sino por peligrosos. No tienen jefes, pero forman un grupo bien organizado ordenado en círculos concéntricos, en cada uno de los cuales se toleran formas de hostilidad específicas tradicionales. Aparte de un grupo matrilíneo, el *susu* (¨leche materna¨), donde se advierte cierto grado de cooperación y confianza, en las relaciones interpersonales de los dobuanos reina el principio de desconfiar de quienquiera

como de un enemigo posible. Ni siquiera el matrimonio disminuye la hostilidad entre las dos familias. Se establece cierto grado de paz por el hecho de que la pareja vive por anos alternos en el pueblo del esposo y en el de la esposa. La relación entre marido y mujer está llena de suspicacias y hostilidad. Nadie espera la fidelidad y ningún dobuano reconocerá que un hombre y una mujer puedan estar juntos, aun por brevísimo tiempo, si no es con fines sexuales.

Dos rasgos son característicos principalmente de este sistema: la importancia de la propiedad privada y la de la brujería maligna. La exclusividad de la propiedad entre ellos se caracteriza por su ferocidad e implacabilidad, de que Benedict cita muchos ejemplos. La propiedad de un jardín y su retiro se respetan a tal grado que es costumbre que el marido y la mujer practiquen el coito en él. Nadie debe saber la cuantía de las propiedades de otro. Es tan secreta como si se tratara de un robo. El mismo sentido de propiedad hay en relación con los conjuros y embrujos. Los dobuanos tienen "encantos de enfermedad", que causan y curan enfermedades, y cada enfermedad tiene su conjuro especial. Las enfermedades se explican exclusivamente como consecuencia del malévolo empleo de un conjuro. Algunos individuos tienen un encanto que rige de modo total la producción y la cura de determinada enfermedad. Este monopolio de una enfermedad y su curación, naturalmente, les confiere un poder considerable. Toda su vida está regida por la magia, puesto que en ninguna esfera es posible que se haga nada sin ella y las fórmulas mágicas, aparte de las relacionadas con las enfermedades, son de los renglones más importantes de propiedad privada.

Toda la existencia es una competición entre maleantes y toda ventaja se logra a expensas del rival derrotado. Pero la competencia no es como en otros sistemas, abierta y franca, sino secreta y traicionera. El ideal de hombre capaz y triunfante es el que ha conseguido con engaños el puesto de otro.

La virtud más admirada y el mayor triunfo es el *wabuwabu*, sistema de ásperas prácticas que refuerza las ganancias propias a costa de la pérdida de otro. El arte es cosechar ventaja personal en una situación donde los demás son víctimas. (Este sistema es muy diferente del de mercado, en que, por lo menos en principio, la base es un intercambio justo con ganancia para ambas partes.) Aún más característica de la mentalidad de este sistema es su índole traicionera. En las relaciones ordinarias, el dobuano es suave y untuosamente cortés. Como dice uno: "si queremos matar a un hombre nos acercamos a él, comemos, bebemos, dormimos, trabajamos y descansamos con él, tal vez varios meses. Esperamos el momento oportuno, y mientras tanto lo llamamos amigo". (R. Benedict, 1934.) La consecuencia es que en el caso nada raro de un asesinato, las sospechas recaen sobre quien trató de ganarse la amistad de la víctima.

Aparte de las posesiones materiales, los deseos más apasionados son los sexuales. El problema del sexo se complica si pensamos en su ausencia general de alegría. Sus convenciones excluyen la risa y hacen una virtud de la hosquedad. Dice uno de ellos: "en los jardines no jugamos, no cantamos, no echamos falsete ni contamos leyendas". (R. Benedict, 1934.) Benedict cuenta incluso de un hombre agazapado en las inmediaciones de una aldea de otra tribu que tenía baile y que rechazó indignado la indicación de que se uniera a ellos: "Mi esposa diría que he sido feliz." (R. Benedict, 1934.) La felicidad es para ellos un tabú principalísimo. No obstante, esta hosquedad y este tabú de la felicidad o las actividades agradables corren parejas con la promiscuidad y con la gran estima de la pasión y los procedimientos sexuales. De hecho, la enseñanza sexual básica con que se prepara a las muchachas para el matrimonio es la del modo de apretar al esposo y hacer que quede sexualmente exhausto.

En contraste con los zuñis, parece que la satisfacción sexual sea la única experiencia placentera y jocunda que se permiten los dobuanos. De todos modos, como es natural, su vida sexual lleva la marca de la estructura de su carácter y parece que su satisfacción sexual procura sólo una alegría reducida y de ningún modo es base de relaciones cordiales y amistosas entre hombre y mujer. Paradójicamente, son muy mojigatos y en esto, como menciona Benedict, tan extremosos como los puritanos. Parece como si precisamente por ser tabú la felicidad y el goce, lo sexual adquiera la calidad de algo malo pero muy deseable. Ciertamente, la pasión sexual puede servir de compensación a la falta de alegría tanto como puede ser manifestación jocunda. Y en los dobuanos, el caso parece ser lo primero[125].

Resumiendo, Benedict declara:

La vida en Dobu fomenta formas extremadas de animosidad y malignidad que la mayoría de las sociedades han reducido al mínimo por medio de sus instituciones. En cambio las instituciones dobuanos las exaltan en grado sumo. El dobuano vive sin represión las peores pesadillas de la mala voluntad universal y según su modo de ver la vida, la virtud está en escoger una víctima en que poder desfogar la malicia que atribuye a la sociedad humana y a las potencias de la naturaleza. Toda la existencia le parece una pelea entre malhechores, en que antagonismos mortales los lanzan uno contra otro en un certamen por cada uno de los bienes de la vida. La suspicacia y la crueldad son las armas en que confían para esa pelea, y no tienen misericordia ni la piden. (R. Benedict, 1934.)

LAS PRUEBAS EN FAVOR DE LA DESTRUCTIVIDAD Y LA CRUELDAD

Los datos antropológicos han demostrado que la interpretación instintivista de la destructividad humana es insostenible[126]. Mientras en todas las culturas hallamos que los hombres se defienden contra las amenazas a su vida peleando (o huyendo), la destructividad y la crueldad son mínimas en tantas sociedades que estas grandes diferencias no podrían explicarse si estuviéramos en presencia de una pasión "innata". Además, el hecho de que las sociedades menos civilizadas, como los cazadores recolectores y los primeros agricultores, den muestras de menos destructividad que los más adelantados habla contra la idea de que la destructividad es parte de la "naturaleza" humana. Finalmente, el hecho de que la destructividad no sea un factor aislado sino, como hemos visto, parte de un síndrome, se opone a la tesis instintivista.

Pero el que la destructividad y la crueldad no formen parte de la naturaleza humana no quiere decir que no sean difundidas e intensas, hecho que no necesita prueba.

---

[125] El hincapié obsesivo en lo sexual en gente por lo demás nada alegre puede observarse en la sociedad occidental actual entre los *swingers* o "fornicantes", que practican las actividades sexuales colectivas y son gente muy hastiada, infeliz y formalista, apegada a la satisfacción sexual como único alivio a su aburrimiento y soledad continuos. Tal vez no sea muy diferente de aquellos sectores de la sociedad de consumo, entre ellos muchos miembros también de la generación más joven, para quienes el consumo sexual ha quedado libre de restricciones y el sexo (como las drogas) es el único alivio en un estado mental por lo demás hastiado y deprimido.

[126] S. Palmer (1955) emprendió un estudio de la agresividad entre los pueblos primitivos por la tasa de homicidios y suicidios en cuarenta sociedades analfabetas. Juntaba los actos homicidas y suicidas como actos destructivos y comparaba su incidencia en las cuarenta sociedades. Obtuvo un grupo con un bajo índice de destructividad (0-5), y en este grupo hallamos ocho culturas. Otro grupo tenía un. grado mediano de destructividad (6-15), y en él hallamos catorce sociedades. Otro grupo, con grado muy elevado de destructividad (16-42), comprendía dieciocho culturas. Si combinamos la agresividad baja y la mediana, hallamos veintidós sociedades de agresividad baja y media contra dieciocho de agresividad elevada. Aunque éste es un porcentaje de sociedades muy agresivas superior al que yo hallé en mi análisis de las treinta culturas primitivas, de todos modos el análisis de Palmer no confirma la tesis de la agresividad extremada de los pueblos primitivos.

Muchos estudiosos de las sociedades primitivas[127] lo han demostrado, aunque conviene tener presente que esos datos se refieren a sociedades primitivas más adelantadas —o deterioradas— y no a las más primitivas de todas: las de los cazadores recolectores. Por desgracia, nosotros mismos hemos presenciado y seguimos presenciando actos tan extraordinarios de destrucción y crueldad que ni siquiera necesitamos examinar los anales de la historia.

En vista de ello no citaré el abundante material sobre destructividad humana, tan conocido; en cambio, los descubrimientos recientes sobre los cazadores recolectores y los agricultores del neolítico requieren amplias citas por ser relativamente poco conocidos, salvo de los especialistas.

Quiero advertir dos cosas al lector. Primeramente, que el empleo de la palabra "primitivo" para las culturas precivilizadas de muy diversos tipos es causa de confusión. Lo que tienen en común es la falta de lenguaje escrito, de técnica compleja, del dinero, pero en cuanto a su estructura económica, social y política, las sociedades primitivas difieren radicalmente unas de otras. La verdad es que no hay tales "sociedades primitivas" —sino solamente como abstracción— y sí solamente diversos tipos de sociedades primitivas. La falta de destructividad es característica de los cazadores recolectores y se encuentra en algunas sociedades primitivas más adelantadas, mientras que en otras muchas y en las sociedades civilizadas predomina la destructividad y no la apacibilidad.

Otro error contra el cual quiero prevenir es el de no tomar en cuenta el significado espiritual y religioso ni la motivación de los actos crueles y realmente destructivos. Veamos un ejemplo señalado: el sacrificio de los niños, practicado en Canaán en tiempos de la conquista por los hebreos y en Cartago hasta su destrucción por los romanos en el siglo III a.C. ¿Movía a aquellos padres la pasión destructiva y cruel de matar a sus hijos? No parece muy probable. El relato del intento de sacrificar Abrahán a su hijo Isaac, destinado a condenar el sacrificio de los hijos, subraya conmovedoramente el amor de Abrahán por Isaac. Pero sin embargo, no vacila en su decisión de matarlo. Es del todo evidente que nos hallamos aquí ante una motivación religiosa más fuerte incluso que el amor al hijo. El que vive en una cultura semejante es totalmente devoto de su sistema religioso, y si no es cruel, de todos modos lo parece para una persona situada fuera de ese sistema.

Podría ayudarnos a ver este punto el pensamiento de un fenómeno moderno que puede ser comparado con el sacrificio de los niños: la guerra. Tomemos la primera guerra mundial. Una mezcla de intereses económicos, ambición y vanidad por parte de los jefes y una buena cantidad de estupideces y errores por todas partes fueron su causa. Pero cuando hubo estallado (o incluso un poquito antes) se convirtió en fenómeno "religioso". El Estado, la nación, el honor nacional, se convirtieron en ídolos, y ambos bandos sacrificaron voluntariamente sus hijos a esos ídolos. Un gran porcentaje de jóvenes de la clase superior inglesa y la alemana, responsables de la guerra, fueron segados en los primeros días de combate. Con seguridad, sus padres los amaban. Pero, sobre todo para quienes más hondamente estaban imbuidos de los conceptos tradicionales, ese amor no los hizo vacilar en enviar sus hijos a la muerte, ni hizo vacilar tampoco a los jóvenes que iban a morir. El hecho de que en el caso del sacrificio infantil el padre mate directamente a su hijo mientras en el caso de la guerra haya un entendimiento entre ambos bandos para matar cada quien a los hijos del otro bando no es una diferencia muy grande. En el caso de la guerra,
los responsables saben lo que va a suceder, pero el poder de los ídolos es mayor que el del amor por los hijos.

[127] M. R. Davie (1929), por ejemplo, presenta abundante material relativo a la destructividad y la tortura en los pueblos primitivos. Cf. también Q. Wright (1965) para la guerra entre los civilizados.

Un fenómeno frecuentemente citado como prueba de la destructividad innata del hombre es el canibalismo. Los defensores de la tesis de la destructividad innata del hombre han mencionado mucho los descubrimientos que parecen indicar que incluso el tipo más primitivo de hombre, el Hombre de Pekín (500 000 a.C., aproximadamente), era caníbal.

¿Cuáles son los hechos?

Fueron descubiertos en Choukoutien los fragmentos de cuarenta cráneos, que se supone pertenecieron al *Horno* más primitivo conocido, el Hombre de Pekín. Apenas se hallaron otros huesos. Los cráneos estaban mutilados en la base, lo que parece indicar que se les había extraído el cerebro. La conclusión ulterior fue que el cerebro había sido devorado y por lo tanto, que los hallazgos de Choukoutien demuestran que el primer hombre conocido fue un caníbal.

Pero ninguna de estas conclusiones ha sido demostrada. Ni siquiera sabemos quién mató a los dueños de esos cráneos, con qué objeto, ni si eso fue una excepción o un caso típico. Mumford (1967) ha subrayado convincentemente, y K. J. Narr (1961) también, que estas conjeturas no son otra cosa que especulaciones. Cualquiera que haya sido el caso del Hombre de Pekín, el abundante canibalismo posterior, como señala L. Mumford, sobre todo en África y Nueva Guinea, no puede tomarse como prueba de que el hombre fuera caníbal en una fase inferior. (Es el mismo problema que hemos hallado en el fenómeno de que los hombres más primitivos son menos destructores que los más adelantados y, entre paréntesis, tienen también una forma de religión más avanzada que muchos primitivos más adelantados. [K. J. Narr, 1961.])

Entre las muchas especulaciones acerca del significado de la posible extracción del cerebro al Hombre de Pekín merece una especial atención, y es la suposición de que nos hallamos aquí ante un acto ritual en que se comía el cerebro no como alimento sino como pábulo sacro. A. C. Blanc, en su estudio de las ideologías de los primeros hombres, ha señalado, como los autores mencionados, que ignoramos casi todo del hombre de Pekín pero sería posible pensar en él como el primero en practicar el canibalismo ritual. (A. C. Blanc, 19610)[128] Apunta Blanc la posible relación entre los hallazgos de Choukoutien y los de Monte Circeo, con los cráneos de Neanderthal que tenían una mutilación en la base del cráneo para extraer el cerebro. Cree que hay pruebas suficientes ahora para autorizar la conclusión de que nos hallamos ante un acto ritual. Señala Blanc que esas mutilaciones son idénticas a las que practican los cazadores de cabezas en Borneo y Melanesia, donde la caza de cabezas tiene un significado claramente ritual. Es interesante que esas tribus, como dice Blanc, "no son particularmente sedientas de sangre ni agresivas y tienen una moral bastante elevada". (A. C. Blanc, 1961.)

Todos estos datos conducen a la conclusión de que nuestro conocimiento del canibalismo del hombre pequinés no pasa de ser una idea plausible y de ser cierta, nos hallaríamos con toda probabilidad ante un fenómeno ritual, totalmente diferente de la mayor parte de los casos de canibalismo destructivo y no ritual del África, la América del Sur y Nueva Guinea. (M. R. Davie, 1929.) La rareza del canibalismo *prehistórico* está indicada inconfundiblemente por el hecho de que E. Vollhard, en su monografía *Kannibalismus,* declara que no había pruebas válidas de la existencia del canibalismo primitivo hasta ahora, y que cambió de opinión solamente en 1942, cuando Blanc le mostró la prueba con el cráneo de Monte Circeo. (Comunicado por A. C. Blanc, 1961.)

---

[128] Alude Blanc a los misterios dionisiacos de la Grecia antigua y dice: "Finalmente, tal vez no deje de tener su importancia el que San Pablo, en su Carta a los Corintios, insista con fuerza particular en el motivo de la presencia real de la sangre y la carne de Cristo en el ritual eucarístico; eficaz modo de favorecer la penetración y la aceptación del cristianismo y su ritual más importante en Grecia, donde la tradición de la comida simbólica ritual dionisiaca era particularmente fuerte y hondamente sentida." (A. C. Blanc, 1961.)

En la caza de cabezas hallamos también motivos ritualistas, como los del canibalismo ritual. ¿Hasta qué punto pasa la caza de cabezas de un ritual religiosamente significativo al comportamiento engendrado por el sadismo y la destructividad? Es un problema que merece una atención mucho más detenida de la que ha recibido hasta ahora. La tortura es quizá mucho más raramente un fenómeno ritual que una manifestación de impulsos sádicos, ya sea que se dé en una tribu primitiva o en una turba linchadora de la actualidad.

Todos estos fenómenos de destructividad y crueldad requieren para su entendimiento una apreciación de los motivos religiosos que podrían estar presentes, en lugar de los destructivos y crueles. Pero esta distinción encuentra poca comprensión en una cultura donde es poca la conciencia de la intensidad de los afanes no prácticos, de los fines no materiales, y del poder de la motivación espiritual y moral.

De todos modos, aunque el mejor entendimiento de muchos casos de *comportamiento* destructivo y cruel redujera la incidencia de la destructividad y crueldad en tanto que motivaciones *psiquicas,* sigue en pie el hecho de que quedan bastantes casos para indicar cómo, a diferencia de casi todos los mamíferos, el hombre es el único primate capaz de sentir un placer intenso matando y torturando. Creo haber demostrado en este capítulo que esta destructividad no es ni innata ni parte de la "naturaleza humana" y que no es común a todos los hombres. En los capítulos siguientes examinaremos y espero que resolveremos al menos hasta cierto punto la cuestión de qué otras condiciones específicamente humanas son causantes de esta malignidad potencial del hombre.

TERCERA PARTE

Las variedades de agresión y destructividad y sus condiciones respectivas

9

LA AGRESIÓN BENIGNA

OBSERVACIONES PRELIMINARES

Las pruebas presentadas en el capítulo anterior nos han conducido a la conclusión de que la agresividad defensiva está "integrada" en el cerebro animal y el humano y tiene por misión la defensa frente a las amenazas a los intereses vitales.

Si la agresión humana estuviera más o menos en el mismo nivel que la de otros mamíferos —y en particular la de nuestro pariente más cercano, el chimpancé— la sociedad humana sería más bien pacífica y no violenta. Pero no es así. La historia del hombre es una crónica de destructividad y crueldad y según parece, la agresión humana supera con mucho la de los brutos antepasados de los humanos y al contrario de la mayoría de los animales, el hombre es verdaderamente "matador".

¿Cómo explicar esta "superagresión" del hombre? ¿Tiene el mismo origen que la agresión animal, o bien está dotado el hombre de algún otro potencial de destructividad específicamente humano?

Puede defenderse la primera explicación señalando que también los animales dan muestras de destructividad extremada y maligna cuando se trastorna el equilibrio ambiental y social, aunque eso sea sólo una excepción, por ejemplo, en condiciones de hacinamiento. Podría deducirse que el hombre es tanto más agresivo por cuanto ha creado condiciones como el hacinamiento u otras constelaciones engendradoras de agresión, que en su historia han sido más bien normales y no excepcionales. De ahí que la hiperagresión del hombre no se deba a un mayor *potencial* agresivo sino al hecho de que las *condiciones* creadoras de agresión sean mucho más frecuentes para los humanos que para los animales que viven en su hábitat natural[129].

Hasta ahí, este argumento es válido. Es también importante porque conduce a un análisis crítico de la condición del hombre en la historia. Señala que durante la mayor parte de su historia, el hombre ha vivido en un zoológico y no "en la naturaleza", o sea en el estado libre que conduce al desarrollo y el bienestar humanos. Ciertamente, la mayoría de los datos acerca de la "naturaleza" del hombre son fundamentalmente del mismo orden que los datos originales de Zuckerman sobre los cinocéfalos de Monkey Hill, en el zoológico de Londres. (S. Zuckerman, 1932.)

Pero queda el hecho de que el hombre suele obrar cruel y destructivamente aun en situaciones sin hacinamiento. La destructividad y crueldad pueden hacerle sentir inmensa satisfacción; masas enteras de personas pueden repentinamente ansiar sangre. Los individuos y los grupos a veces tienen una estructura de carácter que los hace esperar —o crear— ansiosamente situaciones que permitan la manifestación de la destructividad.

A los animales, por otra parte, no les gusta infligir dolor y sufrimientos a otros animales, ni matan "gratuitamente". A veces parece que un animal tiene un comportamiento sádico, como por ejemplo el gato que juega con el ratón; pero suponer que el gato goza con el sufrimiento del ratón es una interpretación antropomórfica, ya que cualquier cosa que se mueva aprisa, ratón o bola de lana, puede servirle al gato de juguete. O tornando un ejemplo de Lorenz, quien cuenta un incidente de dos palomas enjauladas juntas en un confinamiento demasiado estrecho: la más fuerte desplumó viva a la otra, pluma a pluma, hasta que llegó Lorenz a separarlas. Pero en este caso también, lo que podría parecer una manifestación de crueldad irrestricta es en realidad una reacción a la privación de espacio y entra en la categoría de agresión defensiva.

El deseo de destruir por el gusto de destruir es diferente. Sólo el hombre parece sentir gusto en aniquilar a un ser vivo sin más razón ni objeto que destruirlo. Para decirlo de un modo más general, sólo el hombre parece ser destructivo más allá del fin de defenderse o de obtener lo que necesita.

La tesis que expondremos en este capítulo es que la destructividad y crueldad del hombre no pueden explicarse en términos de herencia animal ni de instinto destructor sino que *han* de entenderse sobre la base de aquellos factores que hacen al hombre *diferente* de sus ancestros animales. El problema consiste en examinar *en qué modo y grado son las condiciones concretas de la existencia humana causantes de la calidad e intensidad del placer que el hombre siente matando y torturando*[130].

---

[129] Opinión expresada por C. y W. M. S. Russell (1968a). [191]

[130] L. von Bertalanffy ha tomado una posición semejante en principio a la que aquí presentamos: "No cabe duda de la presencia de tendencias agresivas y destructivas en la psique humana, de la índole de impulsos biológicos. Pero los fenómenos más perniciosos de agresión, trascendiendo la autoconservación y la autodestrucción, se basan en un rasgo característico del hombre, superior al nivel biológico, que es su capacidad de crear universos simbólicos en el pensamiento, el lenguaje y el comportamiento." (L.. von Bertalanffy, 1956.)

Aun en el grado en que la agresividad del hombre tiene el mismo carácter defensivo que la del animal, es mucho más frecuente, por razones propias de la condición humana. En este capítulo nos ocuparemos primeramente en la agresión defensiva humana y a continuación en la agresión propia exclusivamente del hombre.

Si convenimos en denominar "agresión" todos aquellos actos que causan, y tienen la intención de causar, daño a otra persona, otro animal u objeto inanimado, la distinción más elemental a efectuar entre todos los tipos de impulsos que abarca la categoría de agresión es entre *agresión biológicamente adaptativa, favorable a la vida y benigna, y agresión biológicamente no adaptativa y maligna.*

Ya se ha mencionado esta distinción al examinar los aspectos neurofisiológicos de la agresión. Resumiendo: la agresión biológicamente adaptativa es una respuesta a las amenazas a los intereses vitales, está programada filogenéticamente, es común a los animales y al hombre, no es espontánea ni autogeneradora sino reactiva y defensiva; se dirige a la remoción de la amenaza, ya sea destruyéndola o eliminando su fuente.

Biológicamente no adaptativa, la agresión maligna, o sea destructividad y crueldad, no es una defensa contra una amenaza, no está programada filogenéticamente, sólo es característica del hombre, es biológicamente dañina por socialmente perturbadora, y sus principales manifestaciones —el dar muerte y la crueldad— son placenteras sin necesidad de más finalidad; y es perjudicial no sólo para la persona atacada sino también para la atacante. La agresión maligna, aunque no es un instinto, sí es un potencial humano que tiene sus raíces en las condiciones mismas de la existencia humana.

La distinción entre agresión biológicamente adaptativa y agresión biológicamente no adaptativa debe ayudamos a aclarar una confusión en todo el asunto de la agresión humana. Los que explican la frecuencia e intensidad de la agresión humana como debidas a un rasgo innato de la naturaleza humana suelen obligar a sus contrarios, que se niegan a renunciar a la esperanza de un mundo pacífico, a minimizar el grado de destructividad y crueldad del hombre. Y así, los partidarios de la esperanza suelen verse empujados a una opinión defensora y superoptimista del hombre. La distinción entre agresión defensiva y agresión maligna hace innecesario esto. Implica sólo que la parte maligna de la agresión humana no es innata y por lo tanto no indesarraigable, pero reconoce que la agresión maligna es un potencial humano y algo más que una pauta de comportamiento aprendida que fácilmente desaparecería al introducirse nuevas pautas.

En la tercera parte examinaremos la índole y las condiciones de la agresión benigna como de la maligna, aunque ésta con mucho mayor amplitud. Antes de empezar recordaré al lector que al contrario de la teoría conductista, en el análisis siguiente de todos los tipos de agresión la materia de estudio son los *impulsos* agresivos, independientemente de que se manifiesten o no por el *comportamiento* agresivo.

LA SEUDOAGRESIÓN

Entiendo por seudoagresión los actos agresivos que pueden perjudicar pero no tienen la intención de hacerlo.

Agresión accidental

El ejemplo más claro de seudoagresión es la agresión accidental y no intencional, o sea un acto agresivo que lesiona a otra persona pero que no estaba destinado a hacer ningún daño. El ejemplo clásico de este tipo es el disparo de rifle que hiere o mata por accidente a un individuo circunstante. El psicoanálisis ha reducido algo la simplicidad de la definición jurídica relativa a los actos accidentales al introducir el concepto de motivación inconsciente, de modo que uno puede plantear la cuestión de si lo que aparece accidental no lo deseó inconscientemente el agresor. Esta consideración disminuiría el número de casos que entran en la categoría de agresión no intencional, pero sería una simplificación exagerada y puramente dogmática suponer que toda agresión accidental se debe a motivaciones inconscientes.

Agresión por juego

La agresión por juego tiene por objetivo ejercitar una destreza. No apunta a destruir ni dañar, y no la motiva el odio. La esgrima, el duelo a espada y la arquería nacieron de la necesidad de matar a un enemigo para defenderse o atacar, pero su función original casi ha desparecido por completo, y ahora son un arte. Este arte se practica por ejemplo en el duelo a espada del budismo zen, con gran destreza, un dominio de todo el cuerpo y una concentración total . . . cualidades que comparte con un arte en apariencia tan distinto como el de la ceremonia del té. El maestro de esgrima zen no abriga el deseo de matar ni acabar con nadie, ni siente ningún odio. Hace el movimiento debido, y si el antagonista muere, es porque "estaba mal colocado"[131]. Un psicoanalista clásico podría aducir que inconscientemente, el espadachín es motivado por el odio y el deseo de eliminar a su contrario: allá él, pero eso demostraría que no ha entendido gran cosa del espíritu del budismo zen.

El arco y la flecha fueron también otrora armas de ataque y defensa destinadas a matar, pero hoy el arte de la arquería o ballestería es un puro ejercicio de destreza, como lo muestra tan instructivamente el librito de E. Herrigel, *Zen in the art of archery* (1953). En la cultura occidental hallamos el mismo fenómeno: la esgrima con florete o con espada se ha convertido en deporte. Aunque tal vez no entrañen los aspectos espirituales del arte zen, representan también un tipo de pelea sin intención de herir. De modo semejante hallamos en las tribus primitivas combates que en gran parte parecen un despliegue de destreza y sólo en grado menor una manifestación de destructividad.

La agresión autoafirmadora

El caso más importante, con mucho, de seudoagresión es la que equivale más o menos a la autoafirmación. Es agresión en el sentido literal de su radical —*aggredi,* de *ad gradi (gradus* es "paso" *y ad,* "hacia"), que significa "avanzar (ir, dar un paso) hacia delante"— del mismo modo que *regredi* significa "retroceder". *Aggredi,* como la forma inglesa ya obsoleta "to aggress", es un verbo intransitivo. Uno puede "aggress", o sea avanzar, pero no puede "aggress" *a alguien,* en el sentido en que se

[131] Comunicación personal del finado doctor D. T. Suzuki.

puede *atacar a* alguien[132]. La palabra "agredir" debió adquirir pronto el sentido de atacar, puesto que en la guerra el avance solía ser el comienzo de un ataque.

Ser agresivo, de acuerdo con el sentido original, es pues *avanzar hacia un objetivo, sin vacilación indebida, duda ni temor*[133].

El concepto de agresión afirmativa parece tener alguna confirmación en observaciones acerca de la conexión entre la hormona masculina y la agresión. Algunos experimentos han demostrado que las hormonas masculinas tienden a engendrar un comportamiento agresivo. Para resolver la cuestión del porqué debemos considerar que una de las diferencias fundamentales entre el macho y la hembra es la diferencia de función en el acto sexual. Las condiciones anatómicas y fisiológicas del funcionamiento sexual masculino requieren que el hombre sea capaz de atravesar el himen de la virgen, que no se deje disuadir por temor ni vacilación, ni siquiera por la resistencia que ella podría oponerle: en los animales, el macho debe mantener a la hembra en posición mientras la monta. Como la capacidad masculina de funcionar sexualmente es una condición básica para la supervivencia de la especie, era de esperar que la naturaleza hubiera dotado al macho de un potencial agresivo especial. Cierto número de hechos advertidos parece sustentar esta esperanza.

Se han realizado muchos experimentos acerca de la relación entre la agresión y la castración del macho o los efectos de la inyección de hormonas en el macho castrado. Los estudios fundamentales en este campo se hicieron en los cuarentas[134]. Uno de los experimentos clásicos es el que describe Beeman. Demostró que los ratones machos adultos (de veinticinco días) castrados al cabo de cierto tiempo no podían pelear como antes de la operación sino que se conducían pacíficamente. Pero si a los mismos animales se les administraban hormonas masculinas, empezaban de nuevo a pelear, y volvían a detenerse cuando se suspendía la administración de hormonas masculinas. Pero también demostró Beeman que los ratones no cesaban de combatir si no se les dejaba descansar después de la operación sino se les condicionaba para una rutina diaria de pelea. (E. A. Beeman, 1947.) Esto indica que la hormona masculina era una *estimulación* para el comportamiento agonístico pero no una condición sin la cual no pudiera darse éste.

Experimentos semejantes han hecho también con chimpancés G. Clark y H. G. Bird (1946). La consecuencia fue que la hormona masculina elevaba el nivel de la agresividad (dominancia) y la hormona femenina lo bajaba. Experimentos posteriores —por ejemplo, los comunicados por E. B. Sigg confirman la antigua labor de Beeman y otros. Sigg llega a la conclusión de que "puede decirse que la precipitación del comportamiento agresivo en ratones aislados se basa probablemente en un desequilibrio multihormonal que baja el umbral al estímulo desencadenador de la agresión. Las hormonas gonádicas están envueltas críticamente en esta reacción, mientras otros cambios endocrinos (adrenocortical, adrenomedular y tiroideo) puede contribuir y ser de consecuencia". (S. Garattini y E. B. Sigg, ed., 1969.)

De los demás trabajos del mismo volumen que tratan de la relación entre hormonas sexuales y agresión deseo mencionar tan sólo otro estudio, el de K. M. J. Lagerspetz,

---

[132] En español sí se puede "agredir" a alguien. [T.]

[133] En español, agresivo es "propenso a faltar al respeto, a ofender a los demás", o bien "implica provocación o ataque", según el *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española,* de la Real Academia Española. Es sinónimo de agresivo "acometedor" (y por ende de agresividad, "acometividad"). *Acometedor* es a su vez sinónimo de emprendedor, dinámico, decidido, impetuoso, arremetedor, arrojado, entre otros, por lo que tal vez tradujera mejor el sentido general del inglés *aggressive,* y el que se da en esta definición. [T]

[134] Cf. F. A. Beach (1945).

quien comunica experimentos que tienden a demostrar que los ratones condicionados para ser altamente agresivos tanto en la monta como en la copulación estaban totalmente inhibidos mientras que en ratones condicionados para no ser agresivos el comportamiento
sexual no era inhibido. Concluye el autor que "esos resultados sugieren que esos dos tipos de comportamiento son alternativas que pueden inhibirse y reforzarse selectivamente [y que] no sustancian la creencia de que el comportamiento agresivo y el sexual se deban a una excitación común canalizada después por estímulos ambientales". (K. M. J. Lagerspetz, 1969.) Esta conclusión contradice el supuesto de que los impulsos agresivos contribuyen a los impulsos sexuales del macho. Está fuera de mi competencia el evaluar esta contradicción, pero un poco más adelante presentaré una hipótesis al respecto en este texto.

Otra base posible para suponer que haya una relación entre la virilidad y la agresión son los descubrimientos y especulaciones acerca de la naturaleza del cromosoma Y. La hembra lleva dos cromosomas sexuales (XX); la pareja de cromosomas sexuales masculinos se compone de uno X y uno Y (XY). Pero en el proceso de la división celular pueden producirse fenómenos anormales, y el más importante desde el punto de vista de la agresión es el de un macho que tiene un cromosoma X y dos Y (XYY). (Hay otras constelaciones con un cromosoma sexual extra que no nos interesan aquí.) Los individuos XYY parecen presentar ciertas anomalías físicas. Suelen estar por encima del promedio en talla, ser más bien torpes y con una incidencia relativamente elevada de estados epilépticos y epileptoformes. El rasgo que aquí nos interesa es que también pueden tener una extraordinaria cuantía de agresividad. Esta suposición se hizo primeramente sobre la base de un estudio de internados mentalmente anormales (violentos y peligrosos) de una institución especial de seguridad en Edimburgo (P. A. Jacobs *et al.,* 1965). Siete de los ciento noventa y siete individuos tenían constitución de XYY (3.5 por 1 000), que es probablemente un porcentaje bastante mayor que el hallado en la población general[135]. Después de publicada esta obra se han realizado una docena de otros estudios, cuyos resultados tienden a confirmar y aumentar los del primero[136]. Pero estos estudios no permiten conclusiones definitivas, y las suposiciones basadas en ellos deberán esperar su confirmación por estudios realizados con muestras mayores y métodos más perfeccionados[137].

En la literatura se ha sólido entender que la agresión viril no era diferente de lo que en general se denomina agresión, o sea el comportamiento arremetedor que apunta a hacer daño a otra persona. Pero si tal fuera la índole de la agresión viril, sería muy enigmática desde el punto de vista biológico. ¿Cuál podría ser la función biológica de una actitud hostil y dañina del varón para con la hembra? Quebrantaría el lazo elemental de la relación entre macho y hembra y, cosa todavía más importante desde un punto de vista biológico, tendería a perjudicar a la hembra, que es la encargada de traer al mundo

---

[135] Estas cifras son sin embargo debatibles, ya que los cálculos del porciento de XYY en la población general oscilan entre 0.5 y 3.5 por 1 000.

[136] Cf. M. F. A. Montagu (1968) y J. Nielsen (1968), en especial la literatura aquí citada.

[137] El último estudio al respecto llega a deducir que la relación entre agresión y cromosomas XYY no está probada todavía. Escribe su autor: "La opinión preponderante entre los participantes en la conferencia fue que las aberraciones conductuales implicadas o documentadas hasta ahora no indican una relación directa de causa a efecto con la constitución cromosómica de XYY. Por eso no seria posible actualmente decir que el complemento XYY esté definitiva o invariablemente asociado con las anomalías conductuales... Además, y a pesar de la gran publicidad, los individuos que tienen la anomalía XYY *no* han resultado más agresivos que los delincuentes semejantes de constitución cromosómica normal. En este respecto parece ser que especulaciones prematuras y descuidadas han podido conducir a estigmatizar indebidamente a las personas XYY, como si fueran insólitamente agresivas y violentas en comparación con otros delincuentes." (S. A. Shah, 1970.)

y criar los hijos[138]. Si bien es cierto que en ciertas constelaciones, en especial las de dominancia patriarcal y de explotación de las mujeres, aparece un hondo antagonismo entre los sexos, sería inexplicable el que ese antagonismo fuera deseable desde un punto de vista biológico y que se hubiera formado a consecuencia del proceso de la evolución. Por otra parte, como hice ver anteriormente, es biológicamente necesario que el macho tenga la facultad de avanzar y de sobreponerse a los obstáculos. Pero esto no es en sí un comportamiento hostil ni pugnaz; es la agresión que se afirma. El hecho de que la agresión viril sea básicamente diferente de la destructividad o crueldad se confirma por no haber ninguna prueba que pudiera llevarnos a suponer que las mujeres son menos destructivas o crueles que los hombres.

Este modo de ver parece explicar también algunas de las dificultades que implica el experimento citado de Lagerspetz, quien descubrió que los ratones con alto espíritu combativo no manifestaban interés por la cópula. (K. M. Lagerspetz, 1969.) Si la agresión en el sentido en que suele aplicarse fuera parte de la sexualidad masculina, o siquiera la estimulara, sería de esperar el resultado contrario. La contradicción patente entre los experimentos de Lagerspetz y los de otros autores parece tener una solución sencilla si distinguimos entre la agresión hostil y la agresión en el sentido de avance o acometimiento. Los ratones agonísticos seguramente estaban de un talante hostil, de ataque, que excluye la estimulación sexual. Por otra parte, la administración de hormonas masculinas en los otros experimentos no engendra hostilidad sino tendencia a avanzar y por lo tanto, a reducir las inhibiciones del comportamiento agonístico normal.

Sustenta la tesis de Lagerspetz la observación del comportamiento humano normal. Las personas que se hallan en un estado de cólera y hostilidad sienten poco apetito sexual y los estímulos sexuales no les afectan gran cosa. Estoy hablando de tendencias hostiles de enojo y ataque y no del sadismo, que sí es compatible con los impulsos sexuales y a veces va mezclado con ellos. En resumen, la *ira,* agresión básicamente negativa, debilita el interés sexual; y los impulsos *sádicos y masoquistas,* si bien no los crea el comportamiento sexual, son compatibles con él o lo estimulan.

La agresión autoafirmativa no se limita al comportamiento sexual. Es una cualidad básica que se requiere en muchas situaciones de la vida, como en el comportamiento de un cirujano y el de un alpinista, y en la mayoría de los deportes; también es una cualidad necesaria para el cazador. Un vendedor venturoso también necesita este tipo de agresión o acometividad, y así suele decirse que es un vendedor "agresivo", o sea dinámico, decidido, de empuje. En todas estas situaciones, sólo es posible el triunfo cuando la persona ejecutante está dotada de una autoafirmación sin impedimentos, o sea capaz de seguir hacia su objetivo con decisión y sin que los obstáculos lo desanimen. Naturalmente, esta cualidad es también necesaria en la persona que ataca a un enemigo. En este sentido, un general sin agresividad sería un milite vacilante y poco útil; el soldado atacante sin agresividad se batirá fácilmente en retirada. Pero debemos distinguir entre la agresión cuyo fin es hacer daño y la agresión autoafirmativa que tan sólo facilita el logro de un fin, sea éste perjudicar o crear.

En los experimentos con animales donde la inyección de hormonas masculinas renueva o aumenta la capacidad combativa del animal, hay que distinguir cuidadosamente entre dos interpretaciones posibles: 1] la de que las hormonas

[138] La copulación entre animales da a veces la impresión de una agresión terrible por parte del macho, pero las observaciones realizadas por observadores bien entrenados indican que la realidad no corresponde a las apariencias y que por lo menos entre los mamíferos, el macho no hace a la hembra ningún daño.

engendran furor y agresión, y 2] la de que incrementan la autoafirmación del animal en el seguimiento de sus fines hostiles ya existentes, integrados por otras fuentes. Al revisar los experimentos sobre la influencia de las hormonas masculinas en la agresión tengo la impresión de que ambas interpretaciones son posibles, pero por razones biológicas, la segunda parece más posible. Es probable que experimentos ulteriores enfocados sobre esta diferencia rindan pruebas convincentes en favor de una u otra de estas hipótesis.

La relación entre autoafirmación, agresión, hormonas masculinas y —posiblemente— cromosomas Y sugiere la posibilidad de que el hombre esté dotado de mayor agresión autoafirmativa que la mujer y por ello pueda ser mejor general, cirujano o cazador, mientras la mujer puede ser más protectora y cuidadora, y sirva mejor para maestra o doctora en medicina. Naturalmente, no puede sacarse ninguna conclusión del comportamiento de la mujer actual, ya que en gran parte se debe al orden patriarcal existente, Además, toda esta cuestión tendría un significado puramente estadístico y no individual. Muchos hombres hay que carecen de agresividad autoafirmativa y muchas mujeres realizan excelentemente tareas que requieren de ella. Es evidente que no hay una relación simple entre virilidad o masculinidad y agresividad autoafirmativa sino una muy compleja, de cuyos detalles ignoramos casi todo. Esto no es sorpresa para el genetista, que sabe que una disposición genética puede traducirse en cierto tipo de comportamiento, pero puede entenderse solamente en función de su interconexión con otras disposiciones genéticas y con el conjunto de la situación vital en que una persona nace y tiene que vivir. Hay que considerar además que la agresión autoafirmativa es una cualidad necesaria para la supervivencia y no sólo para la realización de las actividades particulares arriba mencionadas; de ahí que sea un supuesto biológicamente razonable el de que todos los seres humanos, no sólo los varones, la poseen. El que la agresión específica viril afecte solamente al comportamiento sexual o, por otra parte, el que el fenómeno de la bisexualidad inherente del hombre y la mujer explique debidamente la agresión afirmativa femenina será una vana especulación mientras no haya más datos empíricos sobre la influencia de las hormonas y los cromosomas masculinos.

Pero hay un hecho importante bastante bien establecido clínicamente, y es que la persona con agresión autoafirmativa exenta de trabas en general tiende a ser menos hostil en sentido defensivo que la persona cuya autoafirmación es defectiva. Esto es así tanto de la agresión defensiva como de la maligna, por ejemplo el sadismo. Las razones de esto son fáciles de ver. En la primera, la agresión defensiva es respuesta a una amenaza. La persona con agresión autoafirmativa libre de trabas se siente menos fácilmente amenazada y por eso es más difícil que tome una posición en que haya de reaccionar agresivamente. La persona sádica es sádica porque padece de una impotencia del corazón, por la incapacidad de conmover al otro, de hacerle reaccionar, de hacerse amar, y compensa esa impotencia con la pasión de tener poder *sobre los* demás. Como la agresión autoafirmativa refuerza la capacidad que tiene la persona de lograr sus fines, su posesión reduce mucho la necesidad de poder sádico[139].

A manera de observación final acerca de la agresión autoafirmativa querría señalar que el grado en que se da en determinada persona es de gran importancia para toda su estructura de carácter y para ciertas formas de síntomas neuróticos. La persona tímida o inhibida, así como la que tiene tendencias obsesivas compulsivas,

[139] Cf. la discusión sobre sadismo del capítulo 11.

padece de un impedimento de este tipo de agresión. La tarea terapéutica es primeramente ayudar a la persona a darse cuenta del impedimento y después a entender cómo se formó, qué otros factores de su sistema de carácter y de su medio lo sustentan y corroboran.

Tal vez el factor más importante que conduce a debilitar la agresión autoafirmativa es la atmósfera autoritaria en la familia y la sociedad, donde la afirmación de sí mismo equivale a desobediencia, ataque, pecado. Para todas las formas irracionales y explotadoras (abusivas) de autoridad la autoafirmación —la dedicación de uno a sus fines propios— es el mayor pecado, porque amenaza al poder de la autoridad; a la persona sujeta a ellas se le hace creer que los fines de la autoridad son realmente los suyos también, y que la obediencia es la mejor manera de realizarse uno.

LA AGRESIÓN DEFENSIVA

Diferencia entre los animales y el hombre

La agresión defensiva es biológicamente adaptativa, por razones ya mencionadas cuando vimos las bases neurofisiológicas de la agresión. Repitámoslas brevemente: el cerebro de los animales está programado filogenéticamente para movilizar impulsos de ataque o huida cuando están en peligro los intereses vitales del animal, como el alimento, el espacio, los hijos, el acceso a las hembras. El objetivo fundamental es quitar el peligro; esto puede hacerse, y se hace con bastante frecuencia, huyendo, si la huida es posible, y si no lo es, peleando o asumiendo posturas amenazadoras eficaces. El objetivo de la agresión defensiva no es el placer de destruir sino la conservación de la vida. Una vez alcanzado el objetivo, la agresión y sus equivalentes emocionales desaparecen.

El hombre también está programado filogenéticamente para reaccionar con el ataque o la huida cuando están en peligro sus intereses vitales. Aunque esta tendencia innata opera menos rígidamente en el hombre que en los mamíferos inferiores, no faltan pruebas de que el hombre tiende a ser motivado por su tendencia, preparada filogenéticamente, a la agresión defensiva cuando están en peligro su vida, su salud, su libertad o su propiedad (en las sociedades donde existe ésta y se tiene en mucho). Claro está que pueden sobreponerse a esta reacción las convicciones y la formación, morales o religiosas, pero es en la práctica la reacción de la mayoría de individuos y grupos. De hecho, la agresión defensiva es tal vez la causa de muchos impulsos agresivos del hombre.

Podría decirse que el equipo neural para la agresión defensiva es idéntico en los animales y el hombre; pero esto es cierto sólo en un sentido limitado, debido principalmente a que esas regiones integradoras de la agresión son *parte* del cerebro, y el cerebro humano, con su gran neocórtex y su número enormemente mayor de conexiones neurales, es diferente del cerebro animal.

Pero aunque la base neurofisiológica de la agresión defensiva no es idéntica a la del animal, es lo bastante parecida para permitirnos decir que *ese mismo equipo neurofisiológico conduce a una incidencia de la agresión defensiva mucho mayor en el hombre que en el animal.* La razón de este fenómeno está en las condiciones específicas de la existencia *humana y* son principalmente las siguientes:

1. El animal percibe sólo como amenaza "el peligro claro y presente". Con toda seguridad, su dotación instintiva y su memoria adquirida individualmente así como

la de herencia genética crean la conciencia de los peligros y amenazas a menudo con más precisión que los percibe el hombre.

Pero el hombre, dotado de la facultad de prever e imaginar, no sólo reacciona a los peligros y amenazas existentes o a los recuerdos de otros, sino también a los que imagine que podrían sucederle en lo futuro. Puede deducir, por ejemplo, que como su tribu es más rica que una tribu vecina diestra en la guerra, la vecina podría atacar a la suya en cualquier momento. O puede pensar que un vecino a quien perjudicó se vengará cuando la ocasión sea propicia. En la política es una de las principales preocupaciones de políticos y generales el cálculo de los peligros futuros. Cuando un individuo o un grupo se siente amenazado, el mecanismo de agresión defensiva se moviliza aun cuando la amenaza no sea inmediata; de ahí que la capacidad que tiene el hombre de prever los peligros futuros aumente la frecuencia de sus reacciones agresivas.

2. El hombre no sólo es capaz de prever los peligros *reales* del futuro; también se deja persuadir y lavar el cerebro por sus dirigentes cuando éstos quieren hacerle ver peligros que en realidad no existen. Muchas guerras

modernas, por ejemplo, se prepararon mediante propaganda sistemática de este tipo; los dirigentes habían convencido a la población de que corría el peligro de verse atacada y ser aniquilada y así se provocaron reacciones de odio contra las naciones peligrosas. Con frecuencia, el peligro era inexistente. Sobre todo después de la Revolución francesa, con la aparición de grandes ejércitos de ciudadanos en lugar de ejércitos relativamente pequeños compuestos por soldados de profesión, no es fácil que el jefe de una nación diga a la gente que mate y se haga matar porque la industria necesita materia prima más barata o mano de obra o mercados nuevos. Sólo una minoría estaría dispuesta a participar en la guerra si ésta se justificara declarando tales objetivos. Pero si un gobierno puede hacer creer a la población que está en peligro, la reacción biológica normal se moviliza contra la amenaza. Además, estas predicciones de amenaza exterior con frecuencia son autorrealizantes, porque el Estado agresor, al preparar la guerra, obliga al Estado que quisiera atacar a prepararse también, con lo que suministra la "prueba" de la supuesta amenaza.

La excitación de la agresión defensiva mediante el lavado de cerebro sólo puede ocurrir en los humanos. Para persuadir a la gente de que está amenazada se necesita ante todo el medio del lenguaje; sin él, casi ninguna sugestión sería posible. Se necesita además una estructura social que proporcione una base suficiente para el lavado de cerebros. Es difícil imaginar, por ejemplo, que ese tipo de sugestión triunfara entre los mbutus, esos cazadores pigmeos africanos que viven contentos en la selva y no tienen autoridades permanentes. En su sociedad, ningún hombre tiene poder suficiente para hacer creer lo increíble. Por otra parte, en una sociedad donde hay personajes que gozan de gran autoridad —como los brujos o los políticos y los jefes religiosos— hay base para esa sugestión. En general, la capacidad de sugestión que tiene un grupo gobernante está en proporción del poder que ese grupo tiene sobre los gobernados y/o la capacidad que tengan los gobernantes de emplear un sistema ideológico complicado que reduzca la facultad de pensar con independencia y espíritu crítico.

Una tercera condición de la existencia, específicamente humana, contribuye a otro incremento de la agresividad defensiva humana respecto de la agresividad animal. El hombre, como el animal, se defiende contra las amenazas a sus intereses vitales. *Pero la gama de los intereses vitales del hombre es mucho más amplia que la del*

animal. El hombre debe sobrevivir no sólo física, también psíquicamente. Necesita conservar cierto equilibrio psíquico para no perder la capacidad de funcionar; para él, todo cuanto requiere el mantenimiento de su equilibrio psíquico presenta el mismo interés vital que lo que contribuye a su equilibrio físico. Ante todo, el hombre tiene un interés vital en conservar su sistema de orientación. De él depende su capacidad de obrar y en definitiva, su sentido de identidad. Si otros lo amenazan con ideas opuestas a su propio sistema de orientación, reaccionará ante esas ideas como si se tratara de una amenaza a su vida.

Puede racionalizar esa reacción de muchos modos, decir que esas ideas nuevas son intrínsecamente "inmorales", "nada civilizadas", "locuras", o cualquier otra cosa que considere apropiada para expresar su repugnancia, pero el antagonismo se debe en realidad al hecho de que *se siente* amenazado.

El hombre necesita no sólo un sistema de orientación o enfoque sino también objetos de devoción, que se convierten en necesidad vital para su equilibrio emocional. Cualesquiera que sean —valores, ideales, ancestros, padre, madre, la tierra, la patria chica, la nación, la clase, la religión y centenares de otros fenómenos— le parecen sagrados. Las costumbres mismas pueden ser sagradas, porque simbolizan los valores establecidos[140]. El individuo —o el grupo— reacciona a un ataque contra lo que considera "sagrado" con la misma agresividad y rabia que si se tratara de un ataque contra su vida.

Lo dicho de las reacciones ante las amenazas a intereses vitales puede decirse de un modo diferente y más generalizado formulando que el miedo tiende a movilizar sea la agresión, sea la tendencia a la fuga. Esto último suele ser el caso cuando a una persona le queda todavía un modo de salir, conservando siquiera un poco de "prestigio", pero si se encuentra entre la espada y la pared y no le queda modo de escapar, lo más probable es que tenga una reacción agresiva. No debemos empero pasar por alto un hecho, y es que la reacción de huida depende de la acción recíproca de dos factores. El primero es la magnitud del peligro real; el segundo, el grado de fuerza física y psíquica y la confianza en sí misma de la persona amenazada. En un cabo del continuo estarán los hechos que espantarían virtualmente a cualquiera; en el otro, una sensación tal de impotencia y desvalimiento que casi cualquier cosa espantaría a la persona angustiada. Luego el temor es condicionado tanto por las amenazas reales como por un ambiente interior que lo engendra aun con poca estimulación del exterior.

El miedo, como el dolor, es un sentimiento muy inquietante, y el hombre es capaz de casi cualquier cosa para librarse de él. Hay muchos modos de desembarazarse del temor y la ansiedad, como por ejemplo el empleo de las drogas, la excitación sexual. el sueño y la compañía de los demás. Uno de los medios más eficaces de librarse de la ansiedad es ponerse agresivo. Cuando una persona logra salir del estado de temor pasivo y empieza a atacar, el carácter doloroso del miedo desaparece[141].

Agresión y libertad

Entre todas las amenazas a los intereses vitales del hombre, la amenaza a su libertad tiene una importancia extraordinaria, individual y socialmente. En contraste con la

[140] Es característico que la palabra griega *ethos* que significa exactamente conducta o comportamiento— haya adquirido el significado de los "ético" del mismo modo que *norma* (originalmente la escuadra o regla de carpintero) se empleaba con el doble sentido de lo "normal" y lo "normativo".

[141] Debo al doctor Juan de Dios Hernández estimulantes sugestiones sobre el nivel neurofisiológico, que omito aquí porque requerirían un largo examen técnico.

opinión, muy difundida, de que ese deseo de libertad es resultado de la cultura y más concretamente del condicionamiento por el aprendizaje, hay bastantes pruebas que indican que el deseo de libertad es una reacción biológica del organismo humano.

Sustenta esta opinión un fenómeno: que a todo lo largo de la historia, naciones y clases han combatido contra sus opresores si había alguna posibilidad de victoria, y muchas veces cuando no había ninguna. Ciertamente, la historia de la humanidad es la historia de las luchas por la libertad, la historia de las revoluciones, desde la guerra de liberación de los hebreos contra los egipcios hasta las revoluciones norteamericana, francesa, alemana, rusa, china, argelina y vietnamita, pasando por los alzamientos nacionales contra el Imperio romano y las rebeliones campesinas alemanas del siglo XVI[142]. Los dirigentes han empleado con demasiada frecuencia el eslogan de que estaban guiando a su pueblo en la lucha por la libertad, cuando en realidad su objetivo era esclavizarlo. Es prueba inconfundible del poder que tiene esa promesa para los corazones humanos, el que incluso los adalides que quieren suprimir la libertad consideran necesario prometerla.

Otra razón para suponer que el hombre tiene el impulso insito de luchar por la libertad está en el hecho de que la libertad es la condición del pleno desenvolvimiento de una persona, de su salud mental y su bienestar; su ausencia paraliza al hombre y es insana. Libertad no implica ausencia de restricción, ya que todo desarrollo se produce solamente dentro de una estructura, y toda estructura implica restricción. (H. von Foerster, 1970.) Lo que importa es saber si la restricción funciona primordialmente para otra persona o institución o si es autónoma, o sea si se debe a las necesidades del desarrollo inherentes a la estructura de la persona.

Siendo condición del desarrollo integral del organismo humano, la libertad es un interés biológico capital del hombre[143], y las amenazas a su libertad suscitan la agresión defensiva al igual que todas las demás amenazas a sus intereses vitales. ¿Es sorprendente entonces que la agresión y la violencia sigan produciéndose en un mundo donde la mayoría está privada de libertad, sobre todo en los países llamados subdesarrollados? Los que están en el poder —o sea los blancos— tal vez se mostraran menos sorprendidos e indignados si no estuvieran acostumbrados a considerar que los amarillos, los morenos y los negros no son personas y por lo tanto no deberían reaccionar como personas[144].

---

[142] Las revoluciones que se han producido en la historia no deben hacernos olvidar el hecho de que los niños y los más tiernos infantes también ejecutan las suyas, pero como no tienen poder, han de recurrir a métodos propios; he nombrado la guerrilla Luchan contra la supresión de su libertad con diversos métodos individuales, como el negativismo empecinado, el no querer comer, el no aprender las reglas de higiene del excusado, hacerse pipí en la cama y métodos más drásticos de retiro autístico y debilidad pseudomental Los adultos se conducen como una élite cuyo poder es impugnado. Recurren a la fuerza física, con frecuencia mezclada con dádivas, para proteger su posición. La consecuencia es que la mayoría de los niños se rinden y prefieren el sometimiento a un tormento constante. En esta guerra no hay merced hasta la victoria final, y sus víctimas llenan nuestros hospitales. Pero es un hecho notable que todos los seres humanos —los hijos de los poderosos como los de los no poderosos— tienen en común la experiencia de haberse sentido impotentes otrora y de haber luchado por su libertad. Por eso podemos suponer que todos los humanos, aparte de su dotación biológica, han adquirido en su infancia un potencial revolucionario que, si bien inactivo largo tiempo, puede movilizarse en circunstancias especiales.

[143] Y no sólo del hombre. Ya hemos mencionado el perjudicial efecto que causa en el animal la vida en zoológico, que parece vencer opiniones tan autorizadas como la de Hediger. (H. Hediger, 1942.)

[144] El color de la piel sólo produce este efecto en combinación con la pobreza. Los japoneses se han hecho personas desde que adquirieron poder al comenzar el siglo; nuestra imagen de los chinos cambió por la misma razón apenas hace unos años. La posesión de una tecnología avanzada se ha convertido en el criterio de ser humano.

Pero hay otra razón más para su ceguera. Los mismos blancos, a pesar de su poderío, han rendido su libertad porque su propio sistema les ha obligado a ello, aunque de un modo menos rotundo y franco. Tal vez odian tanto más a quienes hoy luchan por ella porque les recuerdan su propia capitulación.

El hecho de que la agresión revolucionaria genuina, como toda agresión engendrada por el impulso de defender la vida, la libertad o la dignidad propias, es biológicamente racional y parte del funcionamiento humano normal no debe hacernos olvidar que la destrucción de la vida no deja de ser destrucción, aun cuando esté justificada biológicamente; el que uno la crea humanamente justificada o no depende de sus principios religiosos, morales o políticos. Pero cualesquiera que sean sus principios al respecto, lo que importa es comprender cómo la agresión puramente defensiva se mezcla fácilmente con la destructividad (no defensiva) y con el deseo sádico de invertir la situación mandando a los demás en lugar de ser mandado por ellos. Siempre que esto sucede, la agresión revolucionaria se corrompe y propende a renovar las condiciones que trataba de abolir.

Agresión y narcisismo[145]

Aparte de los factores ya examinados, una de las causas más importantes de agresión defensiva es el *narcisismo* lastimado.

Freud formuló el concepto de narcisismo en función de su propia teoría de la libido. Como el paciente esquizofrénico no parece tener ninguna relación "libidinosa" con los objetos (en la realidad ni en la fantasía), Freud hubo de plantearse la cuestión de qué había sido de la libido retirada de los objetos externos en la esquizofrenia. Y su explicación fue que "la libido retirada del mundo externo se ha dirigido hacia el ego y da origen a una actitud que podríamos denominar narcisismo". Suponía además Freud que el estado original del hombre en la primera infancia era el narcisismo ("narcisismo primario"), en que todavía no había ninguna relación con el resto del mundo; en el curso del desarrollo normal, el niño iba aumentando la amplitud e intensidad de sus relaciones libidinales con el mundo exterior, pero en circunstancias especiales (la más radical de todas la insania) la libido se retira de los objetos y se dirige nuevamente al ego ("narcisismo secundario"); no obstante, aun en el caso de un desarrollo normal, un ser humano sigue siendo narcisista en cierto grado toda su vida. (S. Freud, 1914.) A pesar de este pronunciamiento, el concepto de narcisismo no ha
desempeñado en las investigaciones clínicas de los psicoanalistas el papel que merecía. Se ha aplicado principalmente a la primera infancia y las psicosis[146], pero su gran importancia está precisamente en su papel para la personalidad normal o la llamada neurótica. Este papel sólo puede entenderse cabalmente si se libera el narcisismo de la restrictiva armazón de la teoría de la libido. Entonces puede describirse el narcisismo como un estado de experiencia en que sólo la persona, su cuerpo, sus necesidades, sus sentimientos, *sus* pensamientos, *su* propiedad, todo cuanto y quienquiera *le* pertenezca son sentidos como plenamente reales, mientras que todas las cosas y personas que no forman parte de la persona o no son objeto de sus necesidades no son interesantes, no son plenamente reales, se perciben sólo por el reconocimiento intelectual, *y afectivamente* no tienen peso ni color. Una persona, en

[145] Para un estudio más detallado del narcisismo véase E. Fromm (1964).

[146] En años recientes, muchos analistas han puesto en duda el valor del concepto de narcisismo primario infantil y suponen la existencia de relaciones objetivas en un período mucho más temprano que Freud. La idea freudiana de la índole enteramente narcisista de las psicosis también ha sido abandonada por la mayoría de los psicoanalistas.

el grado en que es narcisista, tiene una doble norma de percepción. Sólo ella y lo que le pertenece tiene importancia y el resto del mundo está más o menos desprovisto de peso y color, y a causa de esta doble norma, la persona narcisista deja ver graves defectos de juicio y le falta capacidad para ser objetiva[147].

A menudo, la persona narcisista logra una sensación de seguridad en la convicción enteramente subjetiva de su perfección, su superioridad sobre los demás, sus extraordinarias cualidades, y no por su relación con los demás ni por sus trabajos o creaciones reales. Necesita aferrarse a su imagen narcisista de sí misma, ya que en ella se basan sus sentidos de valor y de identidad. Si este narcisismo se ve amenazado, la amenaza es contra una región de importancia vital. Cuando los demás lesionan ese narcisismo con el desdén, las críticas, la revelación de los errores cometidos de palabra, la victoria en el juego o de otros muchos modos, la persona narcisista suele reaccionar con ira o rabia intensas, sea que las manifieste o no, o tal vez ni siquiera se dé cuenta de ello. La intensidad de esta reacción agresiva puede verse con frecuencia en el hecho de que esa persona nunca perdonará a quien hirió su narcisismo y a menudo siente un deseo de venganza que sería menos intenso si hubieran sido su cuerpo o su propiedad los atacados.

Muchas personas no se dan cuenta de su narcisismo, y sólo de aquellas de sus manifestaciones que no lo revelan francamente. Así, por ejemplo, sentirán una excesiva admiración por sus padres o sus hijos y no tienen dificultad en manifestar esos sentimientos porque tal comportamiento suele juzgarse positivamente como piedad filial, afecto a los padres o fidelidad; pero si hubieran de expresar lo que sienten de su propia persona, como "yo soy la persona más maravillosa del mundo", "soy mejor que nadie" o cosas por el estilo, no sólo se sospecharía que son terriblemente vanos sino incluso tal vez que no están en su sano juicio. Por otra parte, si la persona ha logrado algo apreciado en el arte, la ciencia, el deporte, los negocios o la política, su actitud narcisista no sólo parece realista y razonable sino que continuamente la están alimentando los demás. En estos casos tal vez dé rienda suelta a su narcisismo por haber sido sancionado y confirmado socialmente[148]. En la actual sociedad de occidente hay una interconexión peculiar entre el narcisismo de la celebridad y las necesidades del público. este quiere estar en contacto con gente famosa porque la vida de la persona común y corriente es vacía y aburrida. Los medios de comunicación masiva viven de vender fama, y así todo el mundo queda satisfecho: el ejecutante narcisista, el público y los mercaderes de fama.

Entre los líderes políticos es muy frecuente un alto grado de narcisismo, que puede considerarse una especie de deformación (o ventaja) profesional sobre todo en quienes deben su poder a la influencia que ejercen en el gran público. Si el dirigente está convencido de sus extraordinarias dotes y su misión, será más fácil convencer a grandes multitudes, atraídas por personas que parecen tan categóricamente seguras. Pero el dirigente narcisista no se sirve de su carisma narcisista como de un instrumento de éxito político; necesita el triunfo y los aplausos para su propio equilibrio mental. La idea de su grandeza e infalibilidad se basa esencialmente en su ampulosidad narcisista, no en sus verdaderos hechos en tanto

[147] En adelante trataré sólo del narcisismo que se manifiesta en el sentido de grandiosidad. Hay otra forma de narcisismo que, si bien parece ser lo contrario, es sólo otra manifestación de lo mismo; me refiero al narcisismo negativo, en que una persona está constante y ansiosamente preocupada por su salud hasta la hipocondría. Esa manifestación no tiene importancia en nuestro contexto. Pero debería anotarse que las dos manifestaciones cuelen fundirse; recordemos tan sólo las hipocondríacas preocupaciones de Himmler por su salud.

[148] El problema de narcisismo y capacidad creadora es muy complejo y requeriría un examen mucho más amplio de lo que aquí es posible.

que ser humano[149]. Y no puede pasarse sin la hinchazón narcisista porque su núcleo humano —convicción, conciencia, amor y fe— no está muy desarrollado. Las personas extremadamente narcisistas casi se ven obligadas a hacerse famosas, porque de otro modo estarían deprimidas e insanas. Pero hace falta mucho talento —y oportunidades apropiadas— para influir en los demás a tal grado que su aplauso convalide esos sueños narcisistas. Aun cuando esas personas triunfen, se sienten impulsadas a buscar nuevos éxitos, porque para ellas el fracaso podría acarrear el desplome total. El éxito popular es efectivamente su autoterapia contra la depresión y la locura. Peleando por sus objetivos, pelean en realidad por su equilibrio mental.

Cuando, en el narcisismo colectivo, el objeto no es el individuo sino el grupo al que pertenece, el individuo puede comprenderlo perfectamente y manifestarlo sin restricciones. La afirmación de que "mi país" (mi nación, mi religión) es el más maravilloso, el más culto, el más poderoso, el más pacífico, etc. no parece nada extraña; por el contrario, da una nota de patriotismo, fe y lealtad. Parece también un juicio de valor realista y racional, pues lo comparten muchos miembros del mismo grupo. Este consenso logra transformar la fantasía en realidad, ya que para muchas personas, la realidad está constituida por el consenso general y no se basa en la razón ni en el examen crítico[150].

El narcisismo grupal tiene funciones importantes. En primer lugar, fomenta la solidaridad y cohesión del grupo y hace más fáciles las manipulaciones al apelar a los prejuicios narcisistas. En segundo lugar, es un elemento en extremo importante porque da satisfacción a los miembros del grupo, y en particular a quienes no tienen muchas razones de sentirse orgullosos ni valiosos. Aunque uno sea el último miembro de un grupo, el más lamentable, pobre y desdeñado, halla una compensación a su triste condición al poderse decir: "Soy parte del grupo más maravilloso del mundo. Yo, que en realidad sólo soy un gusano, me convierto en gigante al pertenecer al grupo." Por consiguiente, el grado de narcisismo grupal está en proporción de la falta de satisfacciones verdaderas en la vida. Las clases sociales que más gozan de la vida son menos fanáticas (el fanatismo es una cualidad característica del narcisismo de grupo) que otras, como la clase media, que padecen escaseces en todos los campos materiales y culturales y llevan una vida de hastío absoluto.

Al mismo tiempo, cuesta poco fomentar el narcisismo de grupo para el presupuesto social; en realidad puede decirse que prácticamente nada si se compara con lo que cuesta elevar el nivel de vida. La sociedad sólo tiene que pagar a los ideólogos que formulan las consignas engendradoras de narcisismo social; por cierto que muchos funcionarios sociales, como maestros de escuela, periodistas, ministros del culto y profesores, participan sin paga, por lo menos en dinero. Reciben su

[149] Esto no significa que sólo sea apariencia; suele ser genuino, pero no siempre. Woodrow Wilson, Franklin D. Roosevelt y Winston Churchill, por ejemplo, eran narcisistas, pero no por eso no tuvieron importantes aciertos políticos. De todos modos, éstos no fueron como para justificar su aplomo, y su incuestionable rectitud con frecuencia se manifestó en forma de arrogancia; por otra parte, su narcisismo era limitado en comparación del de un hombre como Hitler. Esto explica por qué Churchill no padeció graves consecuencias mentales cuando su derrota en las elecciones de 1948, y supongo que otro tanto hubiera sucedido con Roosevelt en un caso semejante, aunque no debe pasarse por alto que incluso derrotados políticamente hubieran tenido muchos partidarios. El caso de Wilson es quizá algo diferente; sería tema de estudio averiguar si su derrota política no le ocasionó serios problemas psíquicos que influyeron recíprocamente en su enfermedad física. Con Hitler y Stalin, el caso parece claro. Hitler prefirió morir a encarar la derrota. Stalin dio señales de una crisis psíquica en las primeras semanas después del ataque alemán en 1941, y parece probable que padeció de tendencias paranoides en los últimos años de su vida, tras haberse hecho tantos enemigos que quizá sintiera cómo ya no era el amadísimo padre de sus súbditos.

[150] A veces, el consenso de un grupo, siquiera pequeño, basta a crear la realidad: en los casos extremos incluso el consenso de dos *(folie á deux).*

recompensa al sentirse orgullosos y satisfechos de servir una causa tan noble ... ganando mayor prestigio y promoción.

Aquellos cuyo narcisismo está relacionado con su grupo y no consigo mismos en tanto que individuos son tan sensibles como el narcisista individual y reaccionan furiosamente a cualquier cosa que vulnere real o imaginariamente a su grupo. Si acaso, reaccionan con mayor intensidad, y ciertamente, de un modo más consciente. Un individuo, a menos de estar mentalmente muy enfermo, puede siquiera tener alguna duda acerca de su imagen narcisista personal. El miembro del grupo no tiene ninguna, ya que su narcisismo lo comparte la mayoría. En caso de conflicto entre grupos que atacan mutuamente sus narcisismos colectivos, la misma impugnación despierta intensa hostilidad en cada uno de ellos. La imagen narcisista del grupo propio se eleva a su punto más alto y la devaluación del grupo contrario baja hasta el fondo. El grupo propio se convierte en defensor de la dignidad humana, la decencia, la moralidad y el derecho. Al otro grupo se le atribuyen cualidades diabólicas; es traidor, despiadado, cruel y fundamentalmente inhumano. La violación de uno de los símbolos del narcisismo de grupo —como la bandera, o la persona del emperador, el presidente o un embajador— provoca una reacción de furia y agresión tan intensas que incluso la gente está dispuesta a seguir a sus dirigentes en una política guerrera.

El narcisismo colectivo es una de las fuentes más importantes de agresión humana y sin embargo, como todas las demás formas de agresión defensiva, es reacción a un ataque contra intereses vitales. Difiere de otras formas de agresión defensiva en que el narcisismo intenso en sí es un fenómeno semipatológico. Considerando las causas y la función de sangrientas y crueles matanzas en masa como las ocurridas entre hindúes y musulmanes en el momento de la partición de la India o recientemente entre los musulmanes bengalíes y sus gobernantes paquistaníes, vemos que el narcisismo colectivo desempeña ciertamente un papel considerable, cosa nada sorprendente si tomamos en cuenta que nos las habemos con las poblaciones virtualmente más pobres y miserables del mundo entero. Pero ciertamente, no es el narcisismo la única causa de estos fenómenos, cuyos otros aspectos veremos más adelante.

Agresión y resistencia

Otra fuente importante de agresión defensiva es la agresión en reacción a cualquier intento de llevar a la conciencia afanes y fantasías reprimidos. Este tipo de reacción es uno de los aspectos de lo que Freud denominó "resistencia" y ha sido explorado sistemáticamente por el método psicoanalítico. Descubrió Freud que si el analista tocaba material reprimido, el paciente se "resistía" a ese enfoque terapéutico. No se trata de oposición consciente por parte del paciente, de insinceridad ni de disimulo; es que se está defendiendo contra el descubrimiento del material inconsciente, sin tener conocimiento del material ni de su propia resistencia. Hay muchas razones para que una persona reprima ciertos anhelos, a menudo durante toda su vida. Tal vez tema el castigo, el desamor o la humillación, si conocen sus impulsos reprimidos los demás (o él mismo, en lo tocante al respeto de sí mismo y su amor propio).

La terapia psicoanalítica ha mostrado las muchas reacciones diferentes que la resistencia puede provocar. El paciente puede apartarse del tema doloroso y hablar de otra cosa; puede sentirse soñoliento y cansado; puede hallar una razón para no acudir a la cita . . . o enojarse mucho con el analista y hallar alguna razón para suspender el análisis. He aquí un breve ejemplo: un escritor que yo estaba analizando y que estaba orgulloso de

su ausencia de oportunismo me dijo en una sesión que había modificado un original porque había pensado que así presentaría mejor su mensaje. Creía haber tomado una decisión acertada y estaba sorprendido de haberse sentido después algo deprimido y haber tenido un dolor de cabeza. Yo insinué que probablemente el motivo verdadero era que esperaba que la nueva versión fuera más popular y le procurara más fama y dinero que la primera; además, que su humor deprimido y su dolor de cabeza probablemente tenían que ver algo con aquella traición a sí mismo. Apenas había acabado de decir esto cuando dio un brinco y me gritó con rabia intensa que yo era un sádico, que me gozaba en aguarle el placer que se prometía, un envidioso que le regateaba su éxito futuro, un ignorante que no sabía nada de literatura y muchas invectivas más. (Debe observarse que el paciente era normalmente un hombre muy cortés, que tanto antes como después de su estallido me trató con respeto.) Difícilmente hubiera podido hacer algo que confirmara más mi interpretación. La mención de su motivación inconsciente le pareció una amenaza a su imagen de sí mismo y a su sentido de identidad. Reaccionó ante esa amenaza con agresión intensa, cual si hubiera sido contra su organismo o su propiedad. En casos tales, la agresión apunta a un objetivo: aniquilar al testigo que tiene la prueba.

En terapia psicoanalítica puede observarse con gran regularidad que la resistencia se forma cuando se toca al material reprimido. Pero de ningún modo estamos limitados a la situación psicoanalítica para observar este fenómeno. Los ejemplos abundan en la vida diaria. ¿Quién no ha visto a la madre que reacciona con furia cuando alguien le dice que quiere tener sus hijos junto a ella porque desea poseerlos y controlarlos ... y no porque los quiera mucho? ¿O el padre a quien se le dice que su preocupación por la virginidad de su hija se debe a su propio interés sexual por ella? ¿O cierto tipo de patriota a quien se menciona el interés económico que ocultan sus convicciones políticas? ¿O cierto tipo de revolucionario a quien se recuerdan los impulsos destructores personales que ocultan sus ideas? De hecho, poner en duda los motivos de otro viola uno de los tabúes de cortesía más respetados . . . y muy necesario, por cuanto la cortesía tiene la función de minimizar el despertar de la agresión.

Históricamente sucede otro tanto. Quienes dijeron la verdad acerca de un régimen determinado fueron desterrados, encarcelados o muertos por quienes estaban en el poder y cuya furia habían excitado. Claro está que la explicación lógica es que eran peligrosos para sus respectivos *establishments, y* que su muerte parecía el mejor medio de mantener el *statu quo.* Esto es bien cierto, pero no explica el hecho de que los que dicen la verdad sean tan profundamente odiados aunque no representen una verdadera amenaza para el orden constituido. La razón está, según creo, en que al decir la verdad movilizan la resistencia de quienes la reprimen. Para éstos, la verdad es peligrosa no sólo porque puede poner en peligro su poder sino porque sacude todo su sistema consciente de orientación, los priva de sus racionalizaciones y aun podrían obligarlos a obrar de otro modo. Sólo quienes han experimentado el proceso de adquirir conocimiento de impulsos importantes que estaban reprimidos saben la sensación cataclísmica de azoramiento y confusión que es su consecuencia. No todas las personas están dispuestas a afrontar esta aventura, y menos aquellas que, al menos de momento, salen ganando con su ceguera.

La agresión conformista

La agresión conformista comprende diversos actos de agresión que se ejecutan no porque mueva al agresor el deseo de destruir sino porque se le dice que lo haga y considera obligación suya obedecer. En todas las sociedades estructuradas jerárquicamente, la obediencia es posiblemente el rasgo más arraigado. La obediencia se equipara a la virtud, y la desobediencia al pecado. Ser desobediente es el delito mayor, y de él

nacen todos los demás. Abrahán estaba dispuesto a matar a su hijo por obediencia. Creonte mata a Antígona por su desobediencia a las leyes del Estado. En los ejércitos sobre todo se cultiva la obediencia, ya que su esencia misma se basa en la aceptación absoluta de tipo reflejo a las órdenes, que excluye toda discusión. El soldado que mata y mutila, el piloto bombardero que aniquila miles de vidas en un momento, no son necesariamente movidos por un impulso destructor y cruel sino por el principio de obedecer sin discutir.

La agresión conformista está lo bastante difundida para merecer seria atención. Desde el comportamiento de los mozos en una pandilla hasta el de los soldados en un ejército, muchos actos destructivos se cometen para no parecer "gallina" y por obediencia a las órdenes. Es en estas motivaciones y no en la destructividad humana donde está la raíz de este tipo de comportamiento agresivo, que suele interpretarse erróneamente como indicador de la fuerza de los impulsos agresivos innatos. La agresión conformista podría también haberse clasificado como seudoagresión; si no se ha hecho así es porque la obediencia, consecuencia de la necesidad de manifestar conformidad, en muchos casos moviliza impulsos agresivos que de otro modo tal vez no se hubieran manifestado. Además, el impulso de desobedecer o de no conformarse constituye para muchos un peligro interno, del cual se defienden realizando el acto agresivo requerido.

La agresión instrumental

Otro tipo de agresión biológicamente adaptativa es la instrumental, que tiene por objeto lograr aquello que es *necesario o deseable.* El objetivo no es la *destrucción como tal,* que sirve sólo de instrumento para lograr el fin verdadero. En esto es semejante a la agresión defensiva, pero en otros aspectos importantes es diferente. No parece tener una base neuronal filogenéticamente programada como la que programa la agresión defensiva; entre los mamíferos, sólo los animales rapaces, cuya agresión es instrumental para obtener el alimento, están dotados de una norma neuronal innata que los impulsa a atacar a su presa. El comportamiento de cazador de los homínidos y el *Homo* se basa en el aprendizaje y la experiencia, y no parece programado filogenéticamente.

El problema con la agresión instrumental está en la ambigüedad de los términos "necesario" y "deseable".

Es fácil definir lo que es necesario en términos de una necesidad fisiológica inexcusable, como por ejemplo, impedir la muerte por hambre. Si un hombre roba porque él y su familia no tienen ni siquiera la cantidad mínima de alimento que necesitan, la agresión es un acto claramente motivado por la necesidad fisiológica. Otro tanto podría decirse de una tribu primitiva a punto de extinguirse de hambre y que atacara a otra tribu más acomodada. Pero estos rotundos ejemplos de necesidad son hoy relativamente raros. Hay otros casos, más complicados, que son mucho más frecuentes. Los dirigentes de una nación comprenden que su situación económica se hallará en grave peligro a la larga a menos que conquisten territorios donde haya las materias primas que necesitan, o que derroten a una nación competidora. Es frecuente que tales razones sean meras tapaderas ideológicas para el deseo de mayor poderío o la ambición personal de los dirigentes, pero hay guerras que responden a una necesidad histórica, por lo menos en un sentido lato y relativo.

Pero ¿qué es lo deseable? En el sentido estricto de la palabra, podríamos decir que *deseable es lo necesario.* En este caso, el "deseable" se basa en la situación

objetiva. Pero con más frecuencia se dice que deseable es *lo que se desea*[151]. Si empleamos la palabra en este sentido, el problema de la agresión instrumental presenta otro aspecto, y de hecho el más importante en la motivación de la agresión. La verdad es que la gente desea no sólo lo necesario para sobrevivir, no sólo lo que proporciona la base material para vivir bien; mucha gente de nuestra cultura —y en períodos semejantes de la historia— es *voraz,* ávida de más comida, más bebida, más mujeres, más posesiones, más poder, más fama. Su avidez puede ser más de una de estas cosas que de otra; lo que es común a todos es el ser insaciables y nunca quedar satisfechos. La voracidad es una de las pasiones no instintivas más fuertes del hombre, y es a todas Luces síntoma de mal funcionamiento psíquico, de vacío interior y de falta de interioridad. Es una manifestación patológica de la falta de desarrollo, así como uno de los pecados capitales de la ética budista, la judía y la cristiana.

Unos cuantos ejemplos ilustrarán el carácter patológico de la voracidad: es bien sabido que el exceso en el comer, o gula, que es una forma de la voracidad, frecuentemente se debe a estados depresivos; o que las adquisiciones compulsivas son un intento de escapar a un humor depresivo. El acto de comer o comprar es un acto simbólico de llenar un vacío interior para sobreponerse momentáneamente al sentimiento depresivo. La voracidad es una pasión, vale decir: está cargada de energía y empuja sin cesar a una persona hacia la consecución de sus fines.

En nuestra cultura, la voracidad se refuerza grandemente con todas aquellas medidas que tienden a transformar a todo el mundo en consumidor. Naturalmente, la persona voraz no tiene por qué ser agresiva con tal que tenga dinero suficiente para comprar lo que desea. Pero la persona voraz que no tiene los medios necesarios, atacará cuando quiera satisfacer sus deseos. El ejemplo más señalado es el del drogadicto presa de su avidez de droga (si bien en este caso reforzada por fuentes fisiológicas). Los muchos que no tienen dinero para comprar drogas roban, asaltan y aun matan para obtener los medios necesarios. Aunque su comportamiento es destructivo, su agresión es instrumental y no su fin. En escala histórica, la voracidad es una de las causas de agresión más frecuentes y es probablemente un motivo tan fuerte para la agresión instrumental como el deseo de lo objetivamente necesario.

Oscurece la comprensión de la voracidad su identificación con el egoísmo. Éste es una manifestación normal de una pulsión biológicamente dada, la de la conservación de sí mismo, cuyo fin es lograr lo necesario para la conservación de la vida o de una norma de vida acostumbrada, tradicional. Como han señalado Max Weber, Tawney, von Brentano, Sombart y otros, el hombre de la Edad Media estaba motivado por el deseo de conservar su nivel de vida tradicional, fuera éste de campesino o de artesano. Lo que reclamaban los campesinos revolucionarios en el siglo XVI no era tener lo que tenían los artesanos en las ciudades, como los artesanos no aspiraban a la riqueza de un barón feudal o un mercader rico. Todavía en el siglo XVIII encontramos leyes que prohíben a un comerciante tratar de quitar clientes a un competidor haciendo parecer su tienda más atractiva o alabando sus mercaderías en detrimento de las de otro. Solamente con el pleno desarrollo del capitalismo —como anteriormente, en sociedades comparables, como la del Imperio romano— se convierte la voracidad en motivo clave para un número siempre creciente de ciudadanos. Pero la voracidad, tal vez a causa de una tradición religiosa todavía rezagada, es un motivo que casi nadie se atreve a confesar. El dilema se resolvió racionalizando la voracidad y convirtiéndola en interés egoísta. Así se razonaba: el egoísmo es un afán biológicamente dado, anclado

[151] En español, deseable es "digno de ser deseado", según la Academia. Son sinónimos suyos "apetecible, codiciable, apetitoso. atrayente", etc. [T.]

en la naturaleza humana; egoísmo es igual a voracidad; luego la voracidad está anclada en la naturaleza humana ... y no es una pasión humana condicionada por el carácter. Que era lo que se trataba de demostrar.

De las causas de la guerra

El caso más importante de agresión instrumental es la *guerra. Se* ha puesto de moda considerar que la guerra se debe al poder del instinto destructor del hombre. Los instintivistas y los psicoanalistas[152] han dado esta explicación de la guerra. Así, por ejemplo, un importante representante de la ortodoxia psicoanalítica, E. Glover, aduce contra M. Ginsberg que "el quid de la guerra está ... en lo hondo del inconsciente", y compara la guerra con una "forma impropia de adaptación instintiva". (E. Glover y M. Ginsberg 1934)[153]

Freud mismo adoptó una opinión mucho más realista que sus partidarios. En su famosa carta a Alberto Einstein, *Why war?* (S. Freud 1933) no tomaba la posición de que fuera la *causa* de la guerra la destructividad humana sino los conflictos reales entre grupos, que siempre se resolvieron por la violencia, ya que no había una ley internacional que se pudiera aplicar —como en el derecho civil— para resolver los conflictos pacíficamente. Atribuía solamente un papel auxiliar al factor de la destructividad humana, que facilitaba la disposición de la gente a ir a la guerra cuando el gobierno había decidido hacerla.

La tesis de que la guerra se debe a la destructividad innata del hombre es claramente absurda para quienquiera que tenga el más pequeño conocimiento de la historia. Los babilonios, los griegos[154], y desde ellos hasta los estadistas de nuestros días, han planeado la guerra por razones que les parecieron muy realistas y sopesaron el pro y el contra con todo cuidado aunque, naturalmente, sus cálculos salieran fallidos muchas veces. Eran muchos sus motivos: tierras que cultivar, riquezas, esclavos, materias primas, mercados, expansión . . . y defensa. En circunstancias especiales, entre los factores motivantes estuvieron el deseo de desquitarse o la pasión destructora de alguna pequeña tribu, pero tales casos son atípicos. Esa opinión de que la guerra la causa la agresión humana no sólo no es realista, sino que además resulta perjudicial, porque distrae la atención de las causas verdaderas y debilita la oposición a ellas.

La tesis de la tendencia innata a la guerra no sólo es rechazada por los hechos históricos sino también, y muy seriamente, por la historia de la guerra primitiva. Hemos visto antes, en el contexto de la agresión entre los pueblos primitivos, que son éstos los menos guerreros —sobre todo los cazadores y recolectores— y que su

---

[152] Véase A. Strachey (1957); véase también E. F. M. Durbin y J. Bowiby (1939), quienes en cambio razonan con gran pericia que la cooperación pacífica es una tendencia tan natural y fundamental en las relaciones humanas como la lucha, pero consideran la guerra esencialmente un problema psicológico.

[153] En el momento de revisar esta parte del manuscrito, informes del 27 Congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional, celebrado en Viena en 1971, parecen indicar un cambio de actitud en relación con el problema de la guerra. El doctor A. Mitscherlich dijo que "todas nuestras teorías se las llevará la historia" a menos que el psicoanálisis se aplique a los problemas sociales, y además, "temo que nadie nos tome muy en serio si seguimos dando a entender que la guerra acaece porque los padres odian a sus hijos y quieren matarlos, que la guerra es filicida. En lugar de eso debemos buscar una teoría que descubra este modo de proceder en los conflictos de la sociedad que hacen actuar las pulsiones individuales". Estos intentos los han realizado algunos psicoanalistas desde el principio de la década de los treintas, pero condujeron a su expulsión de la Asociación Psicoanalítica Internacional con uno u otro pretexto. El permiso oficial para este nuevo "empeño" lo dio Ana Freud al final del congreso, y añadió cautamente: "Deberíamos esperar para formular una teoría de la agresión a que sepamos por nuestros estudios clínicos mucho más acerca de *lo* que en realidad constituye la agresividad." (Ambas citas son de la edición parisina del *Herald Tribune,* 29 y 31 de *julio* de 1971.)

[154] Para un ejemplo muy revelador, véase lo que dice Tucídides de la Guerra del Peloponeso.

modo de combatir se caracteriza por la ausencia relativa de destructividad y encarnizamiento. Hemos visto además que con el desarrollo de la civilización han aumentado la frecuencia y la ferocidad de las guerras. Si la guerra se debiera a impulsos destructivos innatos, hubiera sucedido lo contrario. Las tendencias humanitarias de los siglos XVIII, XIX y XX condujeron a la codificación de reducciones de la destructividad y la crueldad bélicas en diversos tratados internacionales, que fueron respetados incluso en la primera guerra mundial. Desde esta perspectiva progresista parecería que el hombre civilizado es menos agresivo que el primitivo, y el que todavía hubiera guerras se atribuía a la tenacidad de los instintos agresivos, que no quieren ceder a la influencia benéfica de la civilización. Pero la verdad es que la destructividad del hombre civilizado se proyectaba sobre la naturaleza humana, y así la historia se confundía con la biología.

Rebasaría con mucho el marco de este libro quien tratara de hacer aquí un análisis, siquiera breve, de las causas de la guerra, y he de limitarme a un solo ejemplo, el de la primera guerra mundial[155].

Motivaron la primera guerra mundial los intereses económicos y las ambiciones de los dirigentes políticos, militares e industriales de ambos bandos, no la necesidad que tuvieran las diversas naciones implicadas de desfogar su agresión acumulada. Estas motivaciones son bien conocidas y no es necesario describirlas aquí en detalle. De una manera general puede decirse que los objetivos alemanes en la guerra de 1914-18 fueron también sus motivaciones principales: hegemonía económica en Europa central y occidental y territorios en el este. (Tales fueron también en realidad los objetivos de Hitler, cuya política exterior era en lo esencial la continuación de la del gobierno imperial.) Los objetivos y motivaciones de los aliados occidentales eran semejantes. Francia quería la Alsacia y la Lorena, Rusia los Dardanelos, Inglaterra algunas de las colonias alemanas e Italia por lo menos una pequeña parte del botín. De no haber sido por estos objetivos, algunos de los cuales fueron estipulados en tratados secretos, la paz se hubiera firmado años antes, y se hubieran ahorrado las vidas de muchos millones de personas en uno y otro bando.

En aquella primera contienda mundial se recurrió por ambas partes al sentido de legítima defensa y de libertad. Los alemanes decían que estaban rodeados y amenazados y además, que luchaban por la libertad al combatir al zar; sus enemigos decían que los amenazaba el agresivo militarismo de los *Junker* alemanes, y que luchaban por la libertad al combatir al Kaiser. Es un error creer que aquella guerra tuvo su origen en el deseo de las poblaciones de Francia, Alemania, Inglaterra y Rusia de descargar su agresividad y eso sólo sirve para desviar la atención de las personas y las condiciones sociales culpables de una de las grandes carnicerías de la historia.

En cuanto al entusiasmo por aquella guerra, hay que discernir entre el entusiasmo inicial y las motivaciones de las distintas poblaciones para seguir peleando. Entre los alemanes, hay que distinguir dos grupos de la población. El pequeño grupo de los nacionalistas —una pequeña minoría dentro del conjunto de la población— clamoreaban ya por una guerra de conquista muchos anos antes de 1914. Se componía principalmente de maestros de secundaria, algunos profesores de universidad, periodistas, y políticos, apoyados por algunos jefes de la armada y

[155] La literatura sobre los aspectos militares, políticos y económicos de la guerra de 1914-18 es tan abundante que incluso una bibliografía abreviada llenaría muchas páginas. Las dos obras que me han parecido más profundas y esclarecedoras sobre las causas de esa guerra son de dos historiadores sobresalientes: G. W. F. Hallgarten (1963) y F. Fischer (1967).

algunos sectores de la industria pesada. Su motivación psíquica puede describirse como una mezcla de narcisismo colectivo, agresión instrumental y el deseo de hacer carrera y adquirir poder dentro de ese movimiento nacionalista y por él. La inmensa mayoría de la población mostró bastante entusiasmo solamente un poco antes y después del estallido del conflicto. Aquí también hallamos diferencias y reacciones significativas entre las diversas clases sociales; por ejemplo, los intelectuales y los estudiantes se condujeron con mayor entusiasmo que la clase obrera. (Un dato interesante que arroja alguna luz sobre esta cuestión es que el jefe del gobierno alemán, el canciller del Reich von Bethmann Hollweg, sabía perfectamente, como lo muestran documentos publicados por el ministerio de Relaciones alemán después de la contienda, que sería imposible obtener el consentimiento del Partido Socialdemócrata, el más fuerte del Reichstag, a menos de declarar primero la guerra a Rusia para hacer sentir a los obreros que luchaban contra la autocracia y en favor de la libertad.) La población entera estaba en los pocos días anteriores y posteriores al estallido bajo la sugestiva influencia sistemática del gobierno y de la prensa para convencerla de que Alemania iba a ser humillada y atacada, y así se movilizaron fuertes impulsos de agresión instrumental, o sea el deseo de conquistar territorio extraño. Confirma esto el hecho de que la propaganda oficial, al comenzar la guerra ni siquiera negaba objetivos de conquista y más adelante, cuando los generales dictaban la política exterior, se presentaban los fines de conquista como necesarios para la seguridad futura del Reich alemán; pero el entusiasmo del principio desapareció a los pocos meses para no volver.

Es sumamente notable que cuando Hitler lanzó su ataque contra Polonia y como consecuencia desencadenó la segunda guerra mundial, el entusiasmo popular en favor de la guerra era casi nulo. La población, a pesar de varios anos de intenso adoctrinamiento militarista, se mostraba claramente poco ansiosa de librar aquella contienda. (Hitler se vio obligado incluso a montar un ataque fingido a una estación radiofónica silesiana por

supuestos soldados polacos —en realidad nazis disfrazados— para despertar el sentido de defensa contra un ataque.)

Pero aunque la población alemana decididamente no deseaba aquella guerra (los generales tampoco estaban muy decididos), fue al combate sin resistencia y se batió bravamente hasta el fin.

El problema psicológico está aquí no en las *causas* de la guerra sino en la cuestión de qué factores psicológicos la hacen *posible* aunque no la ocasionen,

Hay cierto número de factores importantes a considerar para resolver esta cuestión. En la primera guerra mundial (y también, con algunas modificaciones, en la segunda), una vez empezó, los soldados alemanes (y los franceses, los rusos, los ingleses) siguieron combatiendo porque sentían que perder la guerra sería un desastre para su nación. Motivaba a cada soldado el sentimiento de pelear por su vida y de que se trataba de matar o ser muerto. Pero esos mismos sentimientos no hubieran bastado a sustentar la disposición a seguir adelante. Sabían también que les dispararían si huían, aunque ni siquiera esas motivaciones impidieron que se produjeran amotinamientos en gran escala en todos los ejércitos; en Rusia y Alemania condujeron al fin a las revoluciones de 1917 y 1918. En Francia casi no hubo cuerpo de ejército en 1917 donde los soldados no se amotinaran, y sólo la habilidad de los generales franceses para impedir que en una unidad militar se supiera lo que pasaba en otra se pudo suprimir aquellos amotinamientos, mediante una mezcla de ejecuciones

en gran escala y alguna mejora en las condiciones de la vida cotidiana del soldado.

Otro factor importante para la posibilidad de la guerra es el sentimiento hondamente arraigado de respeto y espanto ante la autoridad. Por tradición, el soldado se sentía obligado a obedecer a sus jefes; se le había hecho creer que era una obligación moral y religiosa, por cuyo cumplimiento debía estar dispuesto a dar la vida. Fueron necesarios tres o cuatro años del horror de la vida en las trincheras, y del creciente convencimiento del hecho ,de que sus jefes se estaban sirviendo de ellos para los fines de una guerra que no tenía nada de defensiva, para quebrantar esa actitud de obediencia, al menos en una parte considerable del ejército y en la población de la retaguardia.

Hay otras motivaciones emocionales más indefinibles que hacen posible la guerra y no tienen que ver con la agresión. La guerra es excitante, aunque entrañe el riesgo de la vida propia y muchos sufrimientos físicos. Considerando que la vida de la persona corriente es tediosa, rutinaria y sin aventuras, la disposición a ir a la guerra debe entenderse como el deseo de poner fin al aburrido hábito cotidiano . . . y de lanzarse a una aventura, la única aventura en verdad que puede esperar la persona media en su vida[156].

Hasta cierto punto, la guerra invierte todos los valores. Fomenta impulsos humanos profundamente arraigados, como el altruismo y la manifestación de la solidaridad — impulsos que no dejan medrar los principios de egoísmo y competencia que la vida del tiempo de paz engendra en el hombre contemporáneo. Las diferencias de clase, si no ausentes, desaparecen en buena parte. En la guerra, el hombre es nuevamente hombre, y tiene la oportunidad de distinguirse, independientemente de los privilegios que su condición social le confiere como ciudadano. Para decirlo de un modo muy hiperbolizado, la guerra es una rebelión indirecta contra la injusticia, la desigualdad y el aburrimiento que rigen la vida social en tiempos de paz, y no debe subestimarse el hecho de que mientras el soldado combate con el enemigo en defensa de su vida no tiene que combatir con los miembros de su propio grupo por el pan, los cuidados médicos, el techo, la vestimenta; todo eso se lo proporciona una suerte de sistema perversamente socializado. El hecho de que la guerra tenga esos aspectos positivos es una triste glosa de nuestra civilización. Si la vida civil proporcionara los elementos de aventura, solidaridad, igualdad e idealismo que pueden hallarse en la guerra sería muy difícil, deducimos, hacer que la gente peleara en la guerra. El problema para los gobiernos en guerra es aprovechar esta rebeldía para los fines bélicos; simultáneamente debe impedirse que se convierta en amenaza para el gobierno, imponiendo una disciplina estricta y el espíritu de obediencia a los jefes, que se presentan como hombres desinteresados, prudentes y bravos que protegen a su pueblo del aniquilamiento[157].

Para terminar, las guerras grandes de nuestros tiempos y la mayoría de las guerras entre los estados de la Antigüedad no se debieron a la agresión acumulada sino a la agresión instrumental de la élite militar y la política. Esto se ha visto en los datos acerca de la diferencia de incidencia bélica entre las culturas más primitivas y las más avanzadas. Cuanto más primitiva es una civilización, menos guerras hallamos en ella. (Q. Wright, 1965)[158] La misma tendencia se advierte en el hecho de que el

[156] Pero no conviene sobreestimar este factor. El ejemplo de países como Suiza, los países escandinavos, Bélgica y Holanda demuestra que el factor aventura no hace que una población desee la guerra si el país no es atacado y no hay razón para que el gobierno se lance a la contienda.

[157] Es característico de este dilema que en los tratados internacionales que rigen el trato a los prisioneros de guerra todas las potencias han convenido en prohibir a un gobierno hacer propaganda a "sus" prisioneros de guerra contra sus gobiernos respectivos. En resumidas cuentas, se ha convenido que uno tiene el derecho de matar a los soldados del enemigo pero no hacerlos desleales.

[158] Véase lo que decimos de la guerra primitiva en el capitulo 8.

número y la intensidad de las guerras han aumentado con el adelanto de la civilización técnica; son mayores entre los estados poderosos con un gobierno fuerte y menores entre los primitivos sin jefes permanentes. Como se ve en la siguiente tabla, el número de batallas libradas por las principales potencias europeas en los tiempos modernos acusa la misma tendencia. Esta tabla da el número de batallas en cada siglo desde 1480 (Q. Wright, 1965):

Años	*Número de batallas*
1480-1499	9
1500-1599	87
1600-1699	239
1700-1799	781
1800-1899	651
1900-1940	892

Lo que han hecho los autores que consideran la guerra consecuencia de la agresión innata del hombre es ver en la guerra un fenómeno normal. que suponen causado por la índole "destructora" del hombre. Flan tratado de hallar confirmación a su supuesto en los datos sobre los animales y sobre nuestros antepasados prehistóricos, que hubieron de ser deformados para. servir a su propósito. Esta posición provenía de la inconmovible convicción de la superioridad de la civilización actual sobre las culturas pretécnicas. Razonaban así: si el hombre civilizado se ve así plagado de guerras y destructividad, el hombre primitivo debió ser mucho peor, ya que está tan atrasado en la evolución hacia el "progreso". Como no puede achacarse la destructividad a nuestra civilización, debe explicarse como consecuencia de nuestros instintos. Pero los hechos dicen otra cosa.

Las condiciones para la reducción de la agresión defensiva

Corno la agresión. defensiva es una reacción preparada filogenéticamente contra las amenazas a los intereses vitales, no es posible cambiar su base biológica, pero puede controlarse y modificarse como los impulsos arraigados en otras disposiciones instintivas. La principal condición empero para la reducción de la agresión defensiva es la reducción de los factores realistas que la movilizan. Esbozar un programa de cambios sociales que lo llevara a cabo es a todas luces una tarea que no puede emprenderse dentro del marco de este libro[159], y me limitaré a unas cuantas observaciones.

La condición principal, naturalmente, es que ni los individuos ni los grupos se amenacen unos a otros. Esto depende de que haya bases materiales que provean una vida digna para todos y hagan la dominación de un grupo por otro imposible e ininteresante. Esta condición podría realizarse en un futuro previsible mediante un sistema diferente de producción, propiedad y consumo; pero decir que podría hacerse, naturalmente, no quiere decir que se hará ni que sea fácil. De hecho es una tarea tan enormemente difícil que por esa misma razón solamente muchas personas con buenas intenciones prefieren no hacer nada; esperan impedir una catástrofe cantando ritualmente las alabanzas del progreso.

[159] He tratado alguno de estos problemas en *The sane society* (1955) y *The revolution of hope* (1968a).

El establecimiento de un sistema que garantice el proveimiento de las necesidades básicas y sobre todo la desaparición de las clases dominantes. El hombre tendrá que dejar de vivir en condiciones de "zoológico", habrá que devolverle su plena libertad y todas las formas de poder explotador habrán de desaparecer. El que el hombre sea incapaz de arreglárselas sin jefes ni contralores es un mito que refutan todas aquellas sociedades que funcionan perfectamente sin jerarquías. Naturalmente, esa transformación acarrearía cambios radicales, políticos y sociales, que modificarían todas las relaciones humanas, la estructura familiar, la educacional, la religiosa y las relaciones entre individuos en el trabajo y el ocio.

En tanto la agresión defensiva es una reacción no a peligros reales sino a supuestas amenazas, debido a la sugestión de las masas y el lavado de cerebros, los mismos cambios sociales fundamentales abolirían la base para la aplicación de este género de fuerza psíquica. Basándose la sugestionabilidad en la impotencia del individuo y su pavor ante los jefes, los cambios políticos y sociales que acabamos de mencionar conducirían a su desaparición y correspondientemente, a la formación del pensamiento crítico independiente.

Finalmente, para reducir el narcisismo de grupo habría que eliminar la miseria, la monotonía, el embotamiento y la impotencia existentes en grandes sectores de la población. Esto no puede hacerse simplemente mejorando las condiciones materiales. No puede ser tan sólo el resultado de cambios drásticos en la organización social para hacerla pasar de la orientación hacia el poder, la propiedad y el mando a una orientación hacia la vida; de *tener y atesorar a ser y compartir*. Esto requerirá el más alto grado de participación activa y responsabilidad por parte de cada persona en su papel de trabajador o empleado en cualquier género de empresa, así como en su papel de ciudadano. Habrá que idear formas enteramente nuevas de descentralización, así como nuevas estructuras políticas y sociales que acaben con la sociedad de anomia, la sociedad de masas compuesta de millones de átomos.

Ninguna de estas condiciones es independiente de las demás. Son parte de un sistema, y de ahí que la agresión reactiva pueda reducirse al mínimo sólo si todo el sistema, tal y como lleva existiendo en los últimos seis mil años de historia, puede remplazarse por otro fundamentalmente diferente. Si esto ocurriere, las visiones que fueran utopía con Buda, los profetas, Jesús y los humanistas utopistas del Renacimiento, resultarían soluciones racionales y realistas, que servirían al programa biológico básico del hombre: la conservación y el desarrollo del individuo como de la especie humanos.

10

LA AGRESIÓN MALIGNA: PREMISAS

OBSERVACIONES PRELIMINARES

La agresión biológicamente adaptativa está al servicio de la vida. Esto se entiende en principio, biológica y neurofisiológicamente, aunque se necesite todavía mucha más información. Es un impulso que el hombre comparte con todos los animales, si bien con ciertas diferencias que ya vimo.

Lo que es propio del hombre es que puede sentir impulsos que lo muevan a matar y torturar, y que siente placer en ello; es el único animal capaz de matar y aniquilar a individuos de su misma especie sin ningún provecho racional biológico ni económico. El objeto de las páginas siguientes es explorar la índole de esta destructividad maligna, biológicamente no adaptiva.

Recordemos que la agresión maligna es específicamente humana y no derivada de los instintos animales. No sirve para la supervivencia fisiológica del hombre y sin embargo es una parte importante de su funcionamiento mental. Es una de las pasiones dominantes y poderosas en algunos individuos y culturas, pero no en otros. Intentaré demostrar que la destructividad es una de las respuestas posibles a necesidades psíquicas arraigadas en la existencia del hombre, y que, como ya mencionamos, nace *de la acción recíproca de diversas condiciones sociales y necesidades existenciales del hombre.* Esta hipótesis hace necesario edificar una base teórica sobre la cual podamos intentar el examen de las siguientes cuestiones: ¿cuáles son las condiciones específicas de la existencia humana? ¿cuál es la índole o la esencia del hombre?

Aunque el pensamiento actual, sobre todo en psicología, no es muy favorable para estas cuestiones, que suelen considerarse pertenecientes al campo de la filosofía y otras "especulaciones" puramente "subjetivas", espero demostrar en lo que sigue que hay ciertamente espacio para el examen empírico.

LA NATURALEZA DEL HOMBRE

Para la mayoría de los pensadores, desde los filósofos griegos, era patente que hay algo llamado naturaleza humana, algo que forma la esencia del hombre. Había diversas opiniones acerca de lo que la constituye, pero se estaba de acuerdo en que tal esencia existe; es decir, que hay algo en cuya virtud el hombre es hombre. Así se definía el hombre como un ser racional, un animal social, un animal capaz de hacer instrumentos *(Homo faber) o* un animal que hace símbolos.

En tiempos más recientes empezó a ponerse en duda esta opinión tradicional. Una razón del cambio fue el creciente interés en el enfoque histórico del hombre. El examen de la historia de la humanidad indicaba que el hombre de nuestra época es tan diferente del hombre de tiempos pretéritos que parecía poco realista suponer que en todas las épocas habían tenido los hombres en común algo llamado "naturaleza humana". El modo de ver histórico se corroboró, sobre todo en los Estados Unidos, con estudios en el campo de la antropología cultural. El estudio de los pueblos primitivos ha revelado tal diversidad de costumbres, valores, sentimientos y pensamientos que muchos antropólogos llegaron a la idea de que el hombre nació como una hoja de papel en blanco, donde cada cultura pone su texto. Otro factor que contribuye a la tendencia a negar el supuesto de una índole humana fija era el que se haya abusado tanto de esa idea a manera de escudo a cuyo amparo se cometían los actos más inhumanos. En nombre de la naturaleza humana, por ejemplo, Aristóteles y muchos pensadores hasta el siglo XVIII defendieron la esclavitud[160]. O bien, para demostrar que era racional y necesaria la forma capitalista de la sociedad, algunos estudiosos han tratado de defender la adquisitividad, la competitividad y el egoísmo como rasgos humanos innatos. Es corriente mencionar cínicamente la "naturaleza

[160] Excepciones entre los griegos serían los estoicos, defensores de la igualdad de todos los hombres, y en el Renacimiento humanistas como Erasmo, Tomás Moro y Juan Luis Vives.

humana" para aceptar que son inevitables algunos aspectos indeseables del comportamiento humano como la voracidad, el crimen, el engaño y la mentira.

Otra razón para el escepticismo en cuanto al concepto de naturaleza humana está probablemente en la influencia del pensamiento evolucionista. Una vez llegó a verse el hombre en desarrollo en el proceso de la evolución, la idea de una sustancia contenida en su esencia pareció indefendible. Pero creo que es precisamente del punto de vista evolucionista de donde podemos esperar nuevos conocimientos sobre el problema de la índole del hombre. En esta dirección han hecho importantes aportaciones autores como Marx, Bucke[161], Teilhard de Chardin, Dobzhansky; en este capítulo presentamos también un modo de ver semejante.

El argumento principal en favor de la suposición de que hay una naturaleza humana es que podemos definir la esencia del *Horno sapiens* en términos morfológicos, anatómicos, fisiológicos y neurológicos. De hecho presentamos una definición exacta y generalmente aceptada de la especie humana con datos relativos a la postura, la formación del cerebro, los dientes, el régimen alimenticio y otros muchos factores con los que lo diferenciamos claramente de los primates no humanos más adelantados. Seguramente debemos suponer, a menos que retrocedamos a un modo de ver que considera el cuerpo y la mente dominios separados, que la especie hombre debe ser definible mental como físicamente.

El mismo Darwin tenía perfecta conciencia del hecho de que el hombre *qua* hombre se caracterizaba no sólo por atributos específicos físicos sino también por otros específicos psíquicos. Los más importantes que menciona en *The descent of man* son los siguientes (abreviados y parafraseados por G. G. Simpson):

En proporción con su inteligencia superior, el comportamiento del hombre es más flexible, menos reflejo o instintivo.

El hombre comparte factores complejos como la curiosidad, la imitación, la atención, la memoria y la imaginación con otros animales relativamente adelantados, pero los tiene en grado superior y los aplica de modos más complicados.

Más que otros animales por lo menos, el hombre razona y mejora la índole adaptativa de su comportamiento por modos racionales.

Por lo regular, el hombre emplea y hace instrumentos muy variados.

El hombre tiene conciencia de sí mismo y reflexiona acerca de su pasado, su futuro, la vida, la muerte, y así sucesivamente.

El hombre hace abstracciones mentales y crea un simbolismo relacionado con ellas; el resultado más esencial, de complejo desarrollo, de estas capacidades es el lenguaje.

Algunos hombres tienen el sentido de lo bello.

Muchos hombres tienen un sentido religioso, tomando la palabra latamente para hacerla abarcar el espanto, la superstición, la creencia en lo anímico, lo sobrenatural o lo espiritual.

Los hombres normales tienen un sentido moral; dicho de otro modo, el hombre es ético.

El hombre es un animal cultural y social y ha creado culturas y sociedades únicas en su género y su complejidad. (G. G. Simpson, 1949.)

[161] Richard M. Bucke fue un psiquiatra canadiense, amigo de Emerson, cerebro audaz e imaginativo, y en su tiempo una de las primeras figuras en la psiquiatría de América del Norte. Aunque lo han olvidado por completo los psiquiatras, su libro *Cosmic consciousness* (ed. rev., 1946) fue leído durante casi un siglo por los no profesionales.

Si uno examina la lista de rasgos psíquicos de Darwin descuellan varios elementos. Menciona cierto número de detalles aislados desemejantes, algunos únicamente humanos como la conciencia de sí mismo, la creación de símbolos y culturas, el sentido moral y el religioso. Esta lista de características humanas específicas padece del hecho de ser puramente descriptiva y enumerativa, no es sistemática y no trata de analizar sus condiciones comunes.

No menciona en su lista las pasiones y emociones específicamente humanas como la ternura, el amor, el odio, la crueldad, el narcisismo, el sadismo, el masoquismo, etc. A las demás las trata como instintos. Para él, todos los hombres y animales, especialmente los primates, poseen algunos instintos en común. Todos tienen los mismos sentidos, intuiciones y sensaciones; pasiones, afecciones y emociones semejantes, aun las más complejas, como los celos, la suspicacia, la emulación, la gratitud y la magnanimidad; practican el engaño y son vengativos; a veces son susceptibles al ridículo, y aun tienen sentido del humor; sienten sorpresa y curiosidad; poseen las mismas facultades de imitación, la asociación de ideas, y razonan, aunque en grados muy diferentes. (C. Darwin, 1946.)

Es claro que nuestro intento de considerar las pasiones humanas más importantes como específicamente humanas y no heredadas de nuestros antepasados animales no puede hallar apoyo en el modo de ver darwiniano.

El adelanto del pensamiento entre los estudiosos de la evolución desde Darwin se manifiesta en las opiniones de uno de los más eminentes investigadores contemporáneos, G. G. Simpson, quien insiste en que el hombre tiene atributos esenciales diferentes de los animales. "Es importante comprender —dice— que el hombre es un animal pero aún es más importante ver que la esencia de su índole única está precisamente en las características que no comparte con ningún animal. Su lugar en la naturaleza y su importancia suprema no se definen por su animalidad sino por su humanidad." (G. G. Simpson, 1949.)

Propone Simpson como definición básica del *Horno sapiens los* factores interrelacionados de inteligencia, flexibilidad, individualización y socialización. Incluso si su respuesta no es enteramente satisfactoria, su intento de entender los rasgos esenciales del hombre como interrelacionados y radicados en un factor básico y su reconocimiento de la transformación del cambio cuantitativo en cualitativo constituyen un paso importante que deja atrás a Darwin. (G. G. Simpson, 1944, 1953.)

Por el lado de la psicología, uno de los intentos más conocidos de describir las necesidades específicas del hombre es el de Abraham Maslow, quien trazó una lista de las "necesidades básicas" del hombre: necesidades fisiológicas y estéticas, necesidades de seguridad, de formar parte de un grupo, de amor, de estimación, de comprenderse a sí mismo, de conocer y entender. (A. Maslow, 1954.) Esta lista presenta una enumeración no muy sistemática y es lamentable que Maslow no tratara de analizar el origen común de esas necesidades en la naturaleza del hombre.

El intento de definir la naturaleza del hombre en función de las condiciones específicas —biológicas y mentales— de la especie hombre nos lleva primeramente a algunas consideraciones relativas al nacimiento del individuo humano.

Parece sencillo saber cuándo llega a la vida un hombre, pero en realidad no es tan sencillo como parece. La respuesta podría ser: en el momento de la concepción, cuando el feto ha asumido forma humana definida, en el acto del nacimiento, al final del destete; o incluso podría decirse que muchos hombres todavía no habían nacido del todo cuando murieron. Valdría más no empeñarse en fijar un día o una hora para el "nacimiento" de un individuo y hablar más bien de un *proceso* en el curso del cual la persona llega a la existencia.

Si nos preguntamos cuándo nació la *especie* del hombre, la respuesta es mucho más difícil, porque sabemos mucho menos del proceso de la evolución. En este caso se trata de millones de años; nuestro conocimiento se basa en descubrimientos accidentales de esqueletos e instrumentos cuyo significado todavía se discute mucho.

Pero a pesar de la insuficiencia de nuestro conocimiento, hay unos pocos datos que, si bien necesitan modificaciones de detalle, nos dan un cuadro general del proceso que podemos llamar nacimiento del hombre. Podemos fechar la *concepción* del hombre en el comienzo de la vida monocelular, hará mil quinientos millones de años, o en el comienzo de la existencia de los primeros mamíferos, hará unos doscientos millones de años; podríamos decir que la evolución del hombre empieza con los homínidos ancestros del hombre, que tal vez vivieran hace catorce millones de años, o quizá más. Podríamos fechar su *nacimiento* en la aparición del primer hombre, *Horno erectus,* del que se han hallado varios especimenes en Asia que abarcan un período de hace un millón a hace quinientos mil años (Hombre de Pekín); o solamente de hace cuarenta mil años, en que aparece el hombre actual *(Horno sapiens sapiens)* idéntico en todos los aspectos biológicos esenciales al de nuestros días[162].

Ciertamente, si vemos la evolución del hombre en función del tiempo histórica, podríamos decir que el hombre nació hace apenas unos minutos. O podríamos pensar incluso que todavía está naciendo, que todavía no se ha cortado el cordón umbilical, y que se han presentado complicaciones que hacen parecer dudoso su nacimiento; o que tal vez nazca muerto.

Muchos estudiosos de la evolución humana hacen datar el nacimiento del hombre de un suceso determinado: *la fabricación de instrumentos,* según la definición de Benjamín Franklin, quien llama al hombre fabricante de instrumentos, *Horno faber.* Esta definición fue duramente criticada por Marx, quien la consideraba "característica del yanquismo"[163]. Entre los escritores contemporáneos, Mumford ha criticado en forma muy convincente esta orientación basada en la fabricación de instrumentos. (L. Mumford, 1967.)

Debemos buscar un concepto de la naturaleza humana en el proceso de la evolución, no en aspectos aislados como la fabricación de instrumentos, que lleva bien marcada la impronta de la obsesión contemporánea de producir. Tenemos que llegar *a entender la naturaleza del hombre basándonos en la mezcla de dos condiciones biológicas fundamentales que señalan la aparición del hombre.* Una fue *la determinación cada vez menor del comportamiento por los instintos.*[164] Aun tomando en cuenta las muchas opiniones contrapuestas acerca de la índole de los instintos, en general se acepta que cuanto más ha subido un animal en las fases de la evolución, menor es la importancia de las pautas de comportamiento estereotipadas estrictamente determinadas y programadas filogenéticamente en el cerebro.

El proceso de reducción creciente en la determinación del comportamiento por los instintos puede trazarse como un continuo, en cuyo extremo cero hallaremos las formas más bajas de la evolución animal y el grado más alto de determinación instintiva, que va decreciendo con la evolución y llega a cierto nivel en los mamíferos; sigue decreciendo con la evolución hasta los primates, e incluso aquí hallamos una gran diferencia entre los simios corrientes y los superiores, como han hecho ver Yerkes y Yerkes en su clásica

---

[162] Cf. la discusión en D. Pilbeam (1970); también M. F. A. Montagu (1967) y G. Smolla (1967).

[163] Cf. para entender el concepto marxiano de la naturaleza humana E. Fromm (1961. 1968).

[164] La palabra "instintos" se emplea aquí de un modo general para simplificar. No significa "instinto" en el sentido de exclusión del aprendizaje sino en el de "pulsiones orgánicas".

investigación. (R. M. y A. V. Yerkes, 1929.) En la especie *Horno* la determinación instintiva llega a su punto más bajo.

La otra tendencia de la evolución animal es *el desarrollo del cerebro, y en particular del neocórtex.* Aquí también podemos trazar la evolución como un continuo: en un extremo, los animales inferiores, con su estructura nerviosa más primitiva y un número relativamente pequeño de neuronas; en el otro, el hombre con una estructura cerebral mayor y más compleja, sobre todo un neocórtex tres veces mayor incluso que el de sus antepasados homínidos y un número verdaderamente fantástico de conexiones interneuronales[165].

Considerando estos datos puede decirse que el hombre es el primate que apareció en el punto de la evolución en que la determinación instintiva había Llegado al mínimo y el desarrollo del cerebro al máximo. Esta combinación de determinación instintiva mínima y desarrollo cerebral máximo nunca se había dado antes en la evolución animal y biológicamente hablando es un fenómeno nuevo del todo.

Cuando apareció el hombre, su comportamiento se guiaba poco por su dotación instintiva. Aparte de algunas reacciones elementales, por ejemplo al peligro o a los estímulos sexuales, no hay programa heredado que le diga lo que debe decidir en muchos casos en que su vida tal vez dependa de una decisión acertada. Parecería así que biológicamente, el hombre es el más desvalido y frágil de todos los animales.

¿Compensa el extraordinario desarrollo de su cerebro este déficit de sus instintos?

Hasta cierto punto sí. El intelecto guía al hombre hacia decisiones acertadas. Pero sabemos también cuán débil e inseguro es ese instrumento. Se deja influir fácilmente por los deseos y pasiones del hombre y se somete a su influencia. El cerebro del hombre es insuficiente no sólo como substituto de los instintos debilitados, sino que complica enormemente la tarea de vivir. Me refiero con esto a la *inteligencia instrumental,* al empleo del pensamiento como instrumento para la manipulación de objetos con el fin de satisfacer uno sus necesidades; en el fondo, el hombre tiene eso en común con los animales, sobre todo los primates. Me refiero al aspecto en que el pensamiento ha adquirido una particularidad enteramente nueva; la *conciencia de si mismo.* El hombre es el único animal que no sólo conoce los objetos sino que sabe que los conoce. Es el único animal que no sólo tiene inteligencia instrumental sino razón, capacidad de aplicar su pensamiento a la *comprensión* objetiva, o sea a conocer la naturaleza de las cosas tales y como son en sí y no sólo como medio para su satisfacción. Dotado de conciencia de sí y de razón, el hombre sabe que es un ser aparte de la naturaleza y de los demás; comprende su impotencia y su ignorancia, y tiene conciencia de que su fin será la muerte.

---

[165] C. Judson Herrick ha tratado de dar una idea aproximada de la potencia de los circuitos neuronales: "Cada neurona de la corteza cerebral está enredada en una maraña de finísimas fibras muy complejas, algunas de las cuales llegan de puntos muy remotos. Probablemente sea acertado decir que la mayoría de las neuronas corticales están conectadas directa o indirectamente con todo campo cortical. Tal es la base anatómica de los procesos de asociación corticales. Las interconexiones de esas fibras asociacionales forman un mecanismo anatómico que permite, durante una sucesión de asociaciones corticales, muchas combinaciones funcionales diferentes de neuronas corticales que sobrepasan con mucho todas las cifras propuestas por los astrónomos para la medición de distancias estelares . . . La capacidad de realizar esta suerte de combinación y recombinación de los elementos nerviosos es la que decide el valor práctico del sistema ... Si se conectara un millón de células nerviosas corticales una con otra en grupos de sólo dos neuronas cada uno de todas las formas posibles, el número de patrones diferentes de conexión interneurónica logrados se expresaría por $10^{2\,763\,000}$... Sobre la base de la estructura conocida del córtex . . . el número de conexiones intercelulares anatómicamente presentes y listas para emplearse en una breve serie de neuronas corticales del campo visual excitadas simultáneamente por alguna imagen retinal...excedería con mucho a $10^{2\,763\,000}$, ya mencionado como las combinaciones teóricamente posibles sólo en grupos de dos." (C. J. Herrick, 1928.) Para fines comparativos añade Livingston: "Recuérdese que el número de átomos que hay en el universo se calcula en 10^{66}."

La conciencia de sí mismo, la razón y la imaginación han trastornado la "armonía" que caracteriza la existencia del animal. Su aparición ha hecho del hombre una anomalía, un monstruo del universo. Forma parte de la naturaleza, está sometido a sus leyes físicas y no puede cambiarlas, pero trasciende la naturaleza. Siendo parte, está aparte; no tiene casa ni hogar y está encadenado a la morada que comparte con todas las creaturas. Lanzado al mundo en un momento y un punto accidentales, está obligado a salir accidentalmente de él, y contra su voluntad. Teniendo conciencia de sí, comprende su falta de poder y las limitaciones de su vivir. Nunca está libre de la dicotomía de su existencia: no puede librarse de su mente aunque quisiera, y no puede librarse de su cuerpo mientras viva . . . y su cuerpo le hace desear seguir en vida.

La vida del hombre no puede vivirse repitiendo la pauta de su especie; tiene que vivir *él.* El hombre es el único animal que no se siente en la naturaleza como en su casa, que puede sentirse expulsado del paraíso, el único animal para quien su propia existencia es un problema que tiene que resolver y que no puede soslayar. No puede volver al estado prehumano de armonía con la naturaleza y no sabe adónde llegará si sigue avanzando. La contradicción existencial del hombre produce un estado de desequilibrio constante. Este desequilibrio lo distingue del animal, que vive efectivamente en armonía con la naturaleza. Esto no significa, claro está, que el animal lleve necesariamente una vida pacífica y feliz pero sí que tiene su nicho ecológico específico, al que se han adaptado sus cualidades físicas y mentales por el proceso de la evolución. El desequilibrio existencial y por ende inevitable del hombre puede ser relativamente estable cuando, con el apoyo de su cultura, halla un modo más o menos adecuado de resolver sus problemas existenciales. Pero esta relativa estabilidad no entraña la desaparición de la dicotomía, que queda latente y se revela en cuanto cambian las condiciones de su estabilidad relativa.

Ciertamente, en el proceso de creación de sí mismo del hombre, esta estabilidad relativa se trastorna una y otra vez. En su historia, el hombre cambia de ambiente y en este proceso se cambia a sí mismo. Aumenta su conocimiento, pero también la conciencia que de su ignorancia tiene; se experimenta como individuo y no sólo como miembro de su tribu, y con esto aumenta su sentido de estar aparte y aislado. Crea unidades sociales más grandes y eficientes dirigidas por jefes poderosos . . . y se espanta y vuelve sumiso. Logra cierta cantidad de libertad . . . y se asusta de ella. Aumenta su capacidad de producción material, pero en el proceso se hace voraz y egoísta, y esclavo de las cosas que crea. Cada nuevo estado de desequilibrio obliga al hombre a buscar un equilibrio nuevo. Por cierto que lo que ha sólido considerarse afán innato de progreso en el hombre no es sino el intento de hallar un equilibrio nuevo y si es posible, mejor.

Las formas nuevas de equilibrio no trazan de ningún modo una línea recta en el mejoramiento humano. Con frecuencia, los nuevos logros han conducido en la historia a fenómenos regresivos. Muchas veces, obligado a buscar una solución nueva, el hombre corre hacia un callejón sin salida, de donde le cuesta volver atrás; y es en verdad notable que hasta ahora en la historia haya logrado salir con bien.

Estas consideraciones indican una hipótesis para definir la esencia de la naturaleza humana. Propongo que la índole del hombre no puede definirse en función de una cualidad específica, como el amor, el odio, la razón, el bien o el mal, sino sólo en función de las *contradicciones* fundamentales que caracterizan la existencia humana y radican en la dicotomía biológica entre los instintos faltantes y la conciencia de sí mismo. El conflicto existencial del hombre produce ciertas necesidades psíquicas comunes a todos los hombres. Se ve obligado a sobreponerse

al horror de su apartamiento, de su impotencia y de su desorientación y a hallar nuevas formas de relacionarse con el mundo que le permitan sentirse a gusto, en su casa. He calificado de existenciales esas necesidades psíquicas porque tienen sus raíces en la existencia misma del hombre. Todos los hombres las tienen, y su satisfacción es necesaria para que el hombre se mantenga sano, del mismo modo que es necesaria la satisfacción de las pulsiones orgánicas para que se mantenga vivo. Pero cada una de esas necesidades puede satisfacerse de distintos modos, que varían según las diferencias de condición social. Esos modos diferentes de satisfacer las necesidades existenciales se manifiestan en pasiones como el amor, la ternura, el afán de justicia, la independencia, la sinceridad, el odio, el sadismo, el masoquismo, la destructividad, el narcisismo. Las llamo pasiones arraigadas en el carácter —o simplemente pasiones humanas—porque están integradas en el *carácter* del hombre.

El concepto de carácter será examinado ampliamente más adelante; baste ahora decir que *carácter es el sistema relativamente permanente de todos los afanes no instintivos mediante los cuales el hombre se relaciona con el mundo humano y el natural.* Podemos entender el carácter como el sustituto humano de los instintos animales ausentes; es la *segunda naturaleza* del hombre. Lo que todos los hombres tienen en común son sus pulsiones orgánicas (aunque muy modificables por la experiencia) y sus necesidades existenciales. Lo que no tienen en común son los géneros de pasiones dominantes en sus caracteres respectivos: las pasiones radicadas en el carácter. La diferencia de carácter se debe en gran parte a la diferencia de condiciones sociales (si bien las disposiciones genéticamente dadas también influyen en la formación del carácter); por esa razón se pueden denominar las pasiones radicadas en el carácter categoría histórica y los instintos, categoría natural. Pero las primeras tampoco son una categoría puramente histórica desde el momento en que la influencia social sólo puede actuar a través de las condiciones biológicamente dadas de la existencia humana[166].

Estamos ahora listos para examinar las necesidades existenciales del hombre y las diversas pasiones radicadas en el carácter, que a su vez son diferentes respuestas a sus necesidades existenciales. Antes de iniciar este examen volvamos hacia atrás y planteemos una cuestión de método. He sugerido una "reconstitución" de la mente humana como debió haber sido al comenzar la prehistoria. La objeción que se impone a este método es que se trata de una reconstitución histórica para la cual no hay pruebas de ningún tipo . . . o así parece. Pero no hay ausencia total de pruebas para la formulación de algunas hipótesis provisionales que puedan confirmar o rebatir ulteriores descubrimientos.

Esas pruebas se basan esencialmente en los descubrimientos que indican que el hombre, hace ya posiblemente medio millón de años (Hombre de Pekín) tenía cultos y rituales que manifestaban cómo sus preocupaciones iban más allá de la satisfacción de sus necesidades materiales. La historia de la religión y el arte prehistóricos (no separables en aquellos tiempos) es la fuente principal para el estudio de la mente del hombre primitivo. Es evidente que no puedo avanzar por este vasto terreno, todavía sujeto a debate, dentro del contexto de este trabajo. Lo que quiero poner de relieve es que los datos con que contamos actualmente, así como los que se averigüen todavía en relación con religiones y rituales primitivos, no revelarán la índole de la mente del hombre prehistórico a menos

[166] Esta definición entre los dos tipos de impulsos corresponde en lo esencial a la que hace Marx, quien habla de dos tipos de impulsos y apetitos humanos: los *constantes o fijos —como* el hambre y el impulso sexual— que son parte integrante de la naturaleza humana y sólo puede modificarse en su forma y en la dirección que toman según las culturas, *y* los *apetitos relativos,* que "deben su origen a ciertas estructuras sociales y ciertas condiciones de producción y comunicación". (K. Marx y F. Engels, MEGA, t. 5. Traducción mía.) Y a estos apetitos los califica de "inhumanos", "depravados", "antinaturales" e "imaginarios".

que tengamos la clave para descifrarlos. Creo que esta clave es nuestra propia mente. No nuestros pensamientos conscientes sino aquellas categorías de pensamiento y sentimiento hundidas en el fondo de nuestro inconsciente y que son no obstante un núcleo experiencial presente en todos los hombres y todas las culturas; en resumen, es lo que me gustaría llamar "experiencia humana primaria" del hombre. Esta experiencia humana primaria está por sí radicada en la situación existencial del hombre. Por esta razón es común a todos los hombres y no necesita ser explicada como herencia racial.

La primera cuestión, naturalmente, es la de si se puede hallar tal clave; si podemos trascender el marco normal de nuestra mente y transportarnos a la mente del "hombre original". El teatro, la poesía, las artes plásticas, los mitos lo han realizado, pero no la psicología, a excepción del psicoanálisis. Las diversas escuelas psicoanalíticas lo han hecho de modos diferentes; el hombre original de Freud no fue una creación histórica del miembro de una banda masculina organizada patriarcalmente, gobernada y explotada por un padre tirano contra el cual se rebelan los hijos y cuya interiorización es la base para la formación del superego y una organización social nueva. El objetivo de Freud era ayudar al paciente contemporáneo a descubrir su propio inconsciente haciéndole compartir la experiencia de los que Freud creía haber sido sus primeros ancestros.

Aunque este modelo de hombre original era ficticio y el "complejo de Edipo" no era el nivel más profundo de la experiencia humana, la hipótesis de Freud abrió una posibilidad enteramente nueva: que todos los hombres de cada época y cultura habían compartido una experiencia fundamental con sus antepasados comunes. Así añadía Freud otro argumento histórico a la creencia humanista de que todos los hombres comparten el núcleo común de la humanidad,

C. J. Jung realizó el mismo intento de un modo diferente y en muchos respectos más complejo que el de Freud. Le interesaban particularmente la abundancia de mitos, rituales y religiones. Empleó de modo ingenioso y excelente el mito como clave para entender lo inconsciente y tender así un puente entre la mitología y la psicología más sistemática y ampliamente que ninguno de sus antecesores.

Lo que estoy aquí señalando es no sólo el empleo del pasado para comprender el presente de nuestro inconsciente sino también el empleo de nuestro inconsciente como clave para entender la prehistoria. Esto requiere la práctica del conocimiento de sí mismo en el sentido psicoanalítico: la supresión de una parte importante de nuestra resistencia al conocimiento de nuestro inconsciente para reducir la dificultad de pasar de nuestra mente consciente a las profundidades de nuestra esencia.

Si podemos lograrlo, entenderemos a los congéneres nuestros que viven en la misma cultura que nosotros, a los que viven en una cultura completamente diferente e incluso a los locos. Podemos también sentir como debió sentir el hombre original, las necesidades existenciales que tenía y de qué modo los hombres (entre ellos nosotros) pueden responder a esas necesidades.

Cuando vemos el arte primitivo, hasta las pinturas rupestres de hace treinta mil años, o el arte de culturas radicalmente diferentes como la africana, la griega o la de la Edad Media, nos parece natural entenderlo, a pesar de que esas culturas fueron radicalmente diferentes de la nuestra. Soñamos símbolos y mitos que son como los que los hombres de hace miles de años concebían despiertos. ¿No son acaso un lenguaje común de toda la humanidad, independientemente de grandes diferencias en la percepción consciente? (E. Fromm, 1951.)

Si consideramos el pensamiento contemporáneo en el campo de la evolución humana siguiendo los lineamientos del desarrollo orgánico del hombre y de su

cultura material, de que son testigos principales los esqueletos y los instrumentos, no es sorprendente que sean pocos los investigadores interesados en conocer la mente del primer hombre. Pero comparten la opinión que aquí he presentado bastantes estudiosos de nota, cuya perspectiva filosófica general difiere de la de la mayoría; me refiero en especial a las opiniones, particularmente afines a las mías, del paleontólogo F.M. Bergounioux y del zoólogo y genetista T. Dobzhansky.

Escribe Bergounioux:

Aunque sea legítimo considerarlo [al hombre] un primate, del que tiene todas las características anatómicas y fisiológicas, forma él solo un grupo biológico cuya originalidad nadie discutirá . . . El hombre se sentía brutalmente arrancado de su medio y aislado en un mundo cuya medida y cuyas leyes no conocía; por eso se sintió obligado a aprender, con esfuerzo empeñoso y constante y con sus errores, todo cuanto necesitaba para sobrevivir. Los animales que lo rodeaban iban y venían, repitiendo infatigablemente las mismas acciones: cazar, recolectar, buscar agua, juntarse dos o huir para defenderse de innumerables enemigos; para ellos, los períodos de descanso y actividad se suceden en un ritmo siempre igual, fijado por las necesidades de alimento o sueño, reproducción y protección. El hombre se aparta de lo que le rodea, se siente solo, abandonado, lo ignora todo salvo que no sabe nada . . . Su primer sentimiento fue pues la angustia existencial, que tal vez lo condujera a los límites de la desesperación. (F. M. Bergounioux, 1964.)

Dobzhansky manifiesta una opinión muy semejante:

La conciencia de sí y la previsión acarreaban empero los pavorosos dones de la libertad y la responsabilidad. El hombre se siente libre de ejecutar algunos de sus planes y dejar otros esperando. Siente la alegría de ser el dueño y no el esclavo del mundo y de si mismo. Pero atempera su alegría un sentimiento de responsabilidad. El hombre sabe que debe rendir cuentas de sus actos: ha adquirido el conocimiento del bien y el mal, y ésa es una carga muy pesada. Ningún otro animal tiene que soportar algo semejante. Hay una discordia trágica en el alma del hombre. Entre las flaquezas de la naturaleza humana, ésta es mucho más grave que los dolores del alumbramiento. (T. Dobzhansky, 1962.)

LAS NECESIDADES EXISTENCIALES DEL HOMBRE Y LAS DIVERSAS PASIONES RADICADAS EN EL CARÁCTER[167]

Un marco de orientación y devoción

La facultad que posee el hombre de tener conciencia de sí mismo, de razonar e imaginar —cualidades nuevas que superan a la capacidad de pensamiento instrumental, incluso de los animales más inteligentes requiere un cuadro del mundo y de su lugar en él que esté estructurado y tenga una cohesión interna. El hombre necesita un plano de su mundo natural y social, y sin él se confundiría y sería incapaz de obrar atinada y consecuentemente. No tendría modo de orientarse y de hallar un

[167] El material de las páginas siguientes es una ampliación del estudio hecho sobre el mismo tema (E. Fromm, 1947 y 1955); para evitar las repeticiones dentro de lo posible he dado sólo una versión abreviada del material antiguo.

punto fijo que le permitiera organizar todas las impresiones que le llegan. Sea que creyera en la brujería y la magia como explicaciones finales de todos los sucesos, o en que los espíritus de sus antepasados guiaban su vida y su destino, o en un dios omnipotente que premia o castiga, o en el poder de la ciencia para resolver los problemas humanos . . . desde el punto de vista de su necesidad de estructura u orientación es igual. Su mundo tiene sentido para él, y se siente seguro de sus ideas mediante el consenso de quienes lo rodean. Aunque el plano esté equivocado, cumple su misión psicológica. Pero nunca estuvo completamente equivocado ni tampoco completamente acertado. Siempre ha sido una aproximación suficiente a la explicación de los fenómenos que sirva para el fin de vivir. La imagen teórica corresponde a la verdad sólo en el grado en que la *práctica* de la vida está libre de sus contradicciones y de su irracionalidad.

Lo impresionante es el hecho de que no hallamos ninguna cultura desprovista de esa estructura u orientación. Ni ningún individuo tampoco. A veces un individuo negará tener semejante cuadro general y creerá responder a los diversos fenómenos e incidentes de la vida caso por caso, según le guíe su discernimiento. Pero es fácil demostrar que le parece natural su propia filosofía, porque para él es una cosa de sentido común, , no comprende que todos sus conceptos se basan en un conjunto de ideas generalmente aceptadas. Cuando esa persona se halla frente a una concepción de la vida por completo diferente, la juzga "locura", "irracional" o "infantil", y se considera a sí mismo perfectamente lógico. La necesidad de formación de un marco ideológico es particularmente clara en el caso de los niños. A cierta edad muestran una honda necesidad de un marco orientador y se lo fabrican de un modo ingenioso, utilizando los pocos datos con que cuentan.

La intensidad de esa necesidad de una estructura de orientación explica un hecho que ha maravillado a muchos estudiosos del hombre, a saber la facilidad con que la gente sucumbe al encanto de doctrinas irracionales, políticas o religiosas o de otro tipo, mientras el que no está bajo su influencia comprende perfectamente que son invenciones sin ningún valor. Parte de la explicación está en la influencia sugestiva de los dirigentes y en la sugestionabilidad del hombre. Pero no parece que esto sea todo. Probablemente el hombre no sería tan sugestivo si no fuera tan vital su necesidad de un sistema coherente de orientación. Cuanto más pretende una ideología solucionar todas las cuestiones, más atractiva es; tal vez esté aquí la razón de que sistemas irracionales y aun completamente locos capten tan fácilmente las mentes humanas.

Pero un plano no basta como guía para la acción; el hombre necesita también una meta, para saber adónde va. El animal no tiene esos problemas. Sus instintos le proporcionan tanto planos como metas. Pero el hombre, que no tiene determinación instintiva y posee un cerebro que le permite pensar las muchas direcciones en que podría ir, necesita un objeto de "devoción total", un objeto de devoción que sea el punto focal de sus afanes y la base de todos sus valores efectivos —no sólo proclamados. Necesita ese objeto de devoción por muchas razones. El objeto coordina sus energías en una dirección. Lo eleva por encima de su existencia aislada, con todas sus dudas y su inseguridad, y da sentido a su vida. En su devoción a un fin superior a su ego aislado, se trasciende a sí mismo y sale de la cárcel del egocentrismo absoluto[168].

[168] La palabra "transcendencia" suele emplearse tradicionalmente en cuestiones teológicas. El pensamiento cristiano da por supuesto que la trascendencia del hombre implica que trasciende de sí y pasa a Dios; de este modo, la teología trata de probar la necesidad de creer en Dios señalando la necesidad que tiene el hombre de trascenderse. Pero este modo de razonar es defectuoso a menos que el concepto de Dios se emplee en un sentido

Los objetos de la devoción del hombre varían. Puede ser devoto de un ídolo que le pida matar a sus hijos o de un ideal que le haga proteger a los niños; puede ser devoto del desarrollo de la vida o de su extinción. Puede consagrarse al fin de amasar una fortuna, de adquirir poder, de destruir o al de amar y ser productivo y valiente. Puede consagrarse a las metas e ídolos más diversos; pero si la diferencia en los objetos de devoción tiene inmensa importancia, la necesidad de devoción en sí es una necesidad primaria, existencial, que exige el cumplimiento sin que importe el *modo*.

Raigambre

Cuando nace el infante, deja la seguridad del seno materno, la situación en que era todavía parte de la naturaleza, donde vivía por el cuerpo de su madre. En el momento del nacimiento está todavía simbióticamente unido a la madre, y aun después del nacimiento sigue así por más tiempo que la mayoría de los animales. Pero aun cuando se corte el cordón umbilical queda un ansia profunda por anular la separación, por regresar al seno materno o de hallar una situación nueva de protección y seguridad absolutas[169].

Pero el camino al paraíso perdido está obstruido por la constitución biológica y en particular la neurofisiológica del hombre. Sólo tiene una alternativa: o persiste en su ansia de regreso y le cuesta depender simbólicamente de la madre (y de substitutos simbólicos, como la tierra, la naturaleza, dios, la nación, una burocracia) o progresar y hallar nuevas raíces en el mundo por su propio esfuerzo, experimentando la hermandad del hombre y liberándose del poder del pasado.

El hombre, consciente de estar aparte, necesita nuevos vínculos con el prójimo; su salud mental misma depende de ello. Sin fuertes lazos afectivos con el mundo padecerá un aislamiento extremado y una gran desorientación. Pero puede relacionarse con los demás de modos diferentes y averiguables. Puede amar a los demás, lo que requiere la presencia de la independencia y la productividad, o si su sentido de libertad no está desarrollado, puede relacionarse con ellos simbióticamente, o sea haciéndose parte de ellos o haciéndolos parte de sí. En esta relación simbiótica se esfuerza sea en dominar a los demás (sadismo), sea en ser dominado por ellos (masoquismo). Si no puede escoger el camino del amor ni el de la simbiosis, puede resolver el problema relacionándose exclusivamente consigo mismo (narcisismo); entonces él es el mundo, y ama al mundo "amándose" a sí mismo. Es ésta una forma frecuente de resolver la necesidad de relación (por lo

---

puramente simbólico, en lugar del "no individuo". Hay necesidad de trascender la propia posición centrada en sí mismo, narcisista y aislada por una de relación con los demás, de apertura al mundo, que escape del infierno del egocentrismo y por ende del aprisionamiento en sí mismo. Los sistemas religiosos como el budismo han postulado este tipo de trascendencia sin referencia a ningún dios ni a un poder suprahumano; otro tanto hizo Meister Eckhart en sus más audaces formulaciones.

[169] Es uno de los méritos de Freud haber descubierto la hondura de la fijación a la madre como problema central del desarrollo normal y patológico (el "complejo de Edipo"). Pero se vio obligado por sus propias premisas filosóficas a interpretar esta fijación como sexual, y así redujo la importancia de su descubrimiento. Sólo hacia el fin de su vida empezó a ver que había también un apego preedípico a la madre. Pero no pudo ir más allá de estas observaciones más marginales y no revisó el concepto antiguo de "incesto". Unos cuantos analistas, en especial S. Ferenczi y sus discípulos, y más recientemente J. Bowlby (1958 y 1969), han visto la verdadera índole de la fijación a la madre. Experimentos recientes con primates (H. R. Harlow, J. L. McGaugh y R. F. Thompson, 1971) y con infantes (R. Spitz y G. Cobliner, 1965) han demostrado claramente la suprema importancia del vínculo que une a la madre. Los datos analíticos descubiertos muestran el papel que los afanes incestuosos no sexuales desempeñan en la vida de la persona normal como de la neurótica. Como ya he insistido en esto en mi labor durante muchos años, sólo citaré aquí lo que digo al respecto en *The sane society* (1955) *y The heart of man* (1964). Cf. sobre la simbiosis E. Fromm (1941, 1955, 1964); también M. S. Mahler (1968), basado en sus trabajos anteriores a partir de 1951.

general mezclada con sadismo), pero es peligrosa, por ser una forma extremada que conduce a ciertas formas de locura. Una manera más, y maligna, de resolver el problema (por lo general mezclada con un narcisismo extremado) es el ansia de aniquilar a los demás. Si nadie existe fuera de mí, no tengo que temer a los demás ni que relacionarme con ellos. Destruyendo al mundo impido que me aplaste.

Unidad

La escisión existencial del hombre sería intolerable si no pudiera establecer dentro de sí un sentido de unidad y con el resto del mundo natural y humano. Pero hay muchos medios de restablecer la unidad.

El hombre puede anestesiar su conciencia provocando estados de trance o éxtasis mediante las drogas, las orgías sexuales, el ayuno, la danza y otros rituales que abundan en diversos cultos. Puede también tratar de identificarse con el animal para recobrar la armonía perdida; esta forma de buscar la unidad es la esencia de las muchas religiones primitivas en que el ancestro de la tribu es un animal totémico o en que el hombre se identifica con el animal haciendo como si lo fuera (por ejemplo los *berserker* teutónicos, que se identificaban con un oso) o poniéndose una máscara de animal. La unidad puede establecerse también subordinando todas las energías a una pasión que lo , consume todo, como la de aniquilar, la del poder. la fama o la propiedad.

"Olvidarse de sí" en el sentido de anestesiar su razón es el fin de todos estos intentos de restablecer la unidad dentro de uno mismo. Es un intento trágico en el sentido de que o bien sólo se consigue momentáneamente (como en estado de trance o de embriaguez) o si es permanente (como en la pasión del odio o el poder) paraliza al hombre, lo aleja de los demás, deforma su discernimiento y lo hace tan dependiente de su pasión como a otro de las drogas.

Hay sólo un camino a la unidad sin menoscabo del hombre. Se buscó en el primer milenio a.C. en todas las partes del mundo donde el hombre había creado una civilización: en la China, la India, Egipto, Palestina, Grecia. Las grandes religiones nacidas del humus de estas culturas enseñaban que el hombre puede lograr la unidad no por un esfuerzo trágico para anular el hecho de la escisión mediante la eliminación de la razón sino desarrollando plenamente la razón y el amor humanos. Por grandes que sean las diferencias entre el taoísmo, el budismo, el judaísmo de los profetas y el cristianismo de los Evangelios, estas religiones tienen un objetivo común: llegar a la experiencia de la unicidad no retrocediendo a la existencia animal sino haciéndose plenamente humano —unidad con el hombre, unidad entre el hombre y la naturaleza y unidad entre el hombre y los demás hombres. En el breve período histórico de 2500 años, el hombre no parece haber hecho muchos progresos hacia el objetivo postulado por estas religiones. La inevitable lentitud del desarrollo económico y social, más el hecho de que las religiones fueran cooptadas por aquellos cuya función social era mandar y manejar a los hombres parece explicarlo. Pero el nuevo concepto de unidad era un hecho tan revolucionario en la evolución psíquica del hombre como la invención de la agricultura y la industria para su evolución económica. Y no se perdió del todo la idea tampoco; nació a la vida en las sectas cristianas, entre los místicos de todas las religiones, en las ideas de Joaquín de Fiore, entre los humanistas del Renacimiento y en forma secular en la filosofía de Marx.

La alternativa entre modos regresivos y progresivos de lograr la salvación no es sólo sociohistórica. Cada individuo se encuentra ante el mismo dilema; su margen de libertad de no escoger la solución regresiva en una sociedad que ya la escogió es

ciertamente pequeño ... pero existe. Mas se requiere el esfuerzo grande, el pensamiento claro y la guía de las enseñanzas de los grandes humanistas. (El mejor modo de entender la neurosis es como la contienda entre estas dos tendencias dentro del individuo; el análisis a fondo de carácter conduce, cuando es venturoso, a la solución progresiva.)

Otra solución al problema de la escisión existencial del hombre es muy característica de la actual sociedad cibernética: identificarse uno con su papel social, sentir poco, perderse reduciéndose a una cosa; la escisión existencial se camufla porque el hombre se identifica con su organización social y olvida que es una persona; para emplear el vocablo heideggeriano, se convierte en "uno", una no persona. Podríamos decir que está en un "éxtasis negativo": se olvida a sí mismo dejando de ser "él", dejando de ser una persona y convirtiéndose en una cosa.

Efectividad

La conciencia que tiene el hombre de estar en un mundo extraño y anonadador y el consiguiente sentimiento de impotencia podrían abrumarlo fácilmente. Si él se sintiera totalmente pasivo, mero objeto, no tendría sentido de su propia voluntad, de su identidad. Para compensar esto debe
adquirir un sentido de ser capaz de hacer algo, de impulsar a alguien, de "hacer mella o efecto" o, para usar una expresión más inglesa, ser "efectivo". Actualmente se dice de un orador o un vendedor que es "efectivo" cuando logra resultados. Pero es un deterioro del sentido original de "efectuar" (del latín *exfacere,* hacer). Efectuar significa "poner por obra, ejecutar una cosa, cumplir"; la persona efectiva es la capaz de hacer efectivo, de efectuar, cumplir, poner por obra o hacer alguna cosa. Ser capaz de efectuar algo es afirmar que uno no es impotente, que uno está vivo y funcionando, que es un ser humano. Ser capaz de efectuar significa ser activo y no sólo *afectado:* ser activo, no pasivo solamente. En definitiva, es *la prueba de que uno es.* El principio puede formularse así: *efectúo, luego soy.*

Cierto número de investigaciones han puesto de relieve este punto. Al empezar el siglo, K. Groos, el clásico intérprete del juego, escribía que un motivo esencial en el juego infantil era la "alegría de ser causa de algo"; ésta era su explicación del placer que tiene el niño en matraquear, mover cosas, jugar en el lodo y actividades semejantes. Su conclusión era:

"Exigimos el conocimiento de los efectos y ser nosotros los productores de esos efectos." (K. Groos, 1901.) Una idea semejante expresó cincuenta anos después J. Piaget, quien observó el especial interés del niño en objetos que hace efectivos con sus propios movimientos. (J. Piaget, 1952.) R. W. White empleó un concepto semejante para describir una de las motivaciones fundamentales del hombre, la "motivación de competencia"; y proponía la palabra "efectuancia" para el aspecto motivacional de la competencia. (R. W. White, 1959.)

La misma necesidad se manifiesta en el hecho de que la primera frase propiamente dicha de algunos niños de quince a dieciocho meses es algo así como "yo hago-yo hago", repetido, y también que suelen emplear por primera vez "yo" en lugar de "mío". (D. E. Schecter, 1968.)[170] Debido a esta situación biológica, el niño se halla necesariamente en un estado de extraordinario desvalimiento hasta la edad de dieciocho meses, y aun después depende en gran parte de los favores y la buena

[170] También una comunicación personal de D. E. Schecler.

voluntad de los demás. El grado de impotencia natural del niño cambia cada día, mientras en general los adultos son mucho más lentos en cambiar de actitud para con el niño. Los berrinches de éste, sus lloros, su testarudez, los diferentes métodos que emplea para combatir a los adultos son de las manifestaciones más visibles de su intento de producir un efecto, de mover, cambiar, de manifestar su voluntad. Por lo general, el chiquillo es vencido por la fuerza superior del adulto; pero la derrota no deja de tener consecuencias; parece como si activara una tendencia a superar la derrota haciendo activamente lo que fue obligado a soportar pasivamente: a pegar cuando a él le pegaron, a mandar cuando tuvo que obedecer, en una palabra: *a hacer* lo que fue *obligado a aguantar, o* lo que le prohibieron. Los datos psicoanalíticos muestran ampliamente que las tendencias neuróticas y las peculiaridades sexuales, como el mironismo *o voyeurisme,* la masturbación compulsiva o la necesidad compulsiva de comercio sexual suelen ser la consecuencia de esas primeras prohibiciones. Casi parece como si esta transformación compulsiva del papel pasivo en activo fuera un intento, aunque fracasado, de curar heridas todavía abiertas. Quizá la atracción general del "pecado", de hacer lo prohibido, tenga también aquí su explicación[171]. No sólo atrae lo no permisible sino también lo imposible. Al parecer, el hombre se siente profundamente atraído hacia los bordes naturales, personales y sociales de su existencia, como si quisiera echar una mirada más allá del angosto marco dentro del cual se ve obligado a existir. Este impulso puede ser un factor importante conducente a los grandes descubrimientos, y también a los grandes crímenes.

El adulto también siente la necesidad de reasegurarse a sí mismo que *es capaz de efectuar y por ende, que es.* Los modos de lograr la sensación de efectuación son muy variados: provocando una expresión de satisfacción en el bebé que se está atendiendo, una sonrisa en la persona amada, respuesta sexual en la pareja o interés en la conversación del interlocutor; o por la obra material, intelectual o artística. Pero la misma necesidad puede satisfacerse también teniendo poder *sobre los* demás, sintiendo su miedo, contemplando (el asesino) la angustia en el rostro de la víctima, tomando una población, torturando gente o de plano destruyendo lo que había sido construido. La necesidad de "efectuar" se expresa en las relaciones interpersonales tanto como en la relación con los animales, con la naturaleza inanimada y con las ideas. En las relaciones con los demás, la alternativa fundamental es sentir sea la capacidad de provocar amor, sea la de causar dolor y sufrimiento. En la relación con las cosas, el dilema es construir o destruir. Aunque contrarias, se trata de reacciones a la misma necesidad existencial: la de efectuar.

Estudiando las depresiones y el aburrimiento podemos hallar un material abundante para hacer ver que la sensación de estar condenado a la inefectividad o ineficacia —es decir, a la impotencia vital completa (de la que la impotencia sexual es sólo una pequeña parte) es una de las sensaciones más dolorosas, casi intolerable, y el hombre hará casi cualquier cosa para sobreponerse a ella, desde la adicción a las drogas o el trabajo hasta la crueldad y el asesinato.

Excitación y estimulación

[171] Para evitar malos entendimientos quiero poner de relieve que uno no puede aislar un solo factor (una prohibición) de toda la situación interpersonal de que forma parte. Si la prohibición se presenta en una situación no opresiva, no tendrá las consecuencias que tiene en una constelación donde sirve para quebrantar la voluntad del niño.

El neurólogo ruso Iván Sechenov fue el primero en asentar, en *Reflejos del cerebro,* que el sistema nervioso tiene la necesidad de "ejercitarse", o sea de experimentar cierto mínimo de excitación. (I. Sechenov, 1863.)

R. B. Livingston expone el mismo principio:

El sistema nervioso es una fuente de actividad tanto como de integración. El cerebro no es meramente *reactivo* a los estímulos de fuera, es también espontáneamente activo . . . La actividad de las células cerebrales empieza en la vida del embrión y es probable que contribuya al desarrollo organizacional. El desarrollo del cerebro se da con mayor rapidez antes del alumbramiento y durante unos cuantos meses después. El índice de desarrollo decrece notablemente después de este período de crecimiento exuberante; pero aun en el adulto no hay un punto después del cual cese el desarrollo y donde desaparezca la capacidad de reorganización después de una enfermedad o de lesiones.

Y más adelante:

El cerebro consume oxígeno a un ritmo comparable al del músculo activo. Este sólo puede mantener ese índice de consumo de oxígeno por un breve período, pero el sistema nervioso mantiene ese ritmo elevado toda la vida, despierto o dormido, desde el nacimiento hasta la muerte. (R. B. Livingston, 1967.)

Incluso en cultivo tisular, las células nerviosas siguen biológica y eléctricamente activas.

El fenómeno de los sueños es un campo donde puede reconocerse la necesidad que de excitación constante tiene el cerebro. Está bien averiguado que una proporción considerable de nuestro tiempo de sueño (25% aproximadamente) transcurre con imágenes oníricas (la diferencia entre los individuos no es entre soñar o no soñar sino entre recordar o no recordar lo soñado) y que los individuos presentan reacciones semipatológicas si se les impide soñar. (W. Dement, 1960.) Es una cuestión pertinente la de por qué el cerebro, que sólo tiene 2% del peso total del cuerpo es el único órgano (aparte del corazón y los pulmones) que sigue en actividad mientras uno duerme, mientras el resto del organismo se halla en estado de descanso; o para decirlo en términos de neurofisiología, por qué emplea el cerebro 20% de la entrada total de oxígeno en el organismo día y noche. Parece como que esto significara que las neuronas "deben" hallarse en estado de mayor actividad que las células de otras partes del cuerpo. En cuanto al porqué, podríamos especular que el abastecimiento suficiente de oxígeno para el cerebro es de importancia vital tan grande que el cerebro está dotado de un margen extra de actividad y excitación.

Muchos investigadores han demostrado la necesidad de estimulación que tiene el infante, R. Spitz ha hecho ver los efectos patológicos de la falta de estimulación en los niños; los Harlows y otros han señalado que la privación temprana de contacto con la madre provoca grave daño psíquico en los monos[172]. El mismo problema ha estudiado D. E. Schechter trabajando en su tesis de que la estimulación social es una de las bases para el desarrollo del niño. Llega a la conclusión de que "sin estimulación social adecuada (incluso perceptual), como por ejemplo en los niños ciegos e internados en alguna institución, se producen déficit en las relaciones emocionales y sociales, en el lenguaje, el pensamiento abstracto y el control interno". (D. E. Schecter, 1973.)

[172] Debo al doctor R. G. Heath el haberme mostrado algunos de estos monos "catatónicos" en la sección de Psiquiatría de la Universidad Tulane, Nueva Orleáns, Luisiana.

Los estudios experimentales realizados han demostrado también la necesidad de estimulación y excitación. E. Tauber y F. Koffler (1966) demostraron la reacción nistágmica optocinética al movimiento en los recién nacidos. "Wolff y White (1965) observaron seguimiento visual de los objetos con movimientos oculares conjugados en niños de tres o cuatro días de edad; Fantz (1958) describió una fijación visual más prolongada o pautas visuales más complejas que las elementales en las primeras semanas de la infancia." (D. E. Schecter, 1973.)[173] Añade Schecter: ¨Naturalmente, no podemos saber la calidad de la experiencia perceptual subjetiva del infante sino sólo el hecho de una respuesta motora visual discriminante. Sólo de un modo muy general podemos decir que los infantes `prefieren' las pautas de estímulo complejas." (D. E. Schecter, 1973.) Los experimentos sobre privación sensorial en la Universidad McGill[174] han mostrado cómo la eliminación de muchos estímulos externos, incluso acompañada por la satisfacción de todas las necesidades fisiológicas (a excepción de la sexual) y con una paga mejor que la normal producía ciertos trastornos de la percepción; los sujetos daban muestras de irritabilidad, agitación e inestabilidad emocional a tal grado que cierto número de ellos dejaron de participar en el experimento al cabo de unas cuantas horas, a pesar de la pérdida económica[175].

Las observaciones de la vida diaria indican que el organismo humano y el animal necesitan un mínimo de excitación y estimulación, igual que un mínimo de descanso. Vemos que las personas responden con entusiasmo a la excitación y la buscan. La lista de los estímulos que engendran estimulación es interminable. La diferencia entre las personas —y las culturas— está sólo en la forma adoptada por los estímulos principales para la excitación. Los accidentes, un asesinato, un incendio, la guerra, el sexo son fuentes de excitación, y también el amor y la labor creadora; el teatro griego era ciertamente tan excitante para los espectadores como los espectáculos sádicos del Coliseo romano, pero excitante de otro modo. La diferencia es muy importante, pero se le ha concedido escasa atención. Aunque ello entrañe un breve rodeo, parece necesario examinar esta diferencia, siquiera rápidamente.

En la literatura psicológica y neurofisiológica, la palabra "estímulo" se ha empleado casi exclusivamente para denotar lo que yo denomino aquí estímulo ¨simple". Si un hombre ve en peligro su vida, su reacción es sencilla e inmediata, casi refleja, porque radica en su organización neurofisiológica. Lo mismo puede decirse de otras necesidades fisiológicas como el hambre y, hasta cierto punto, el sexo. La persona "reacciona" pero no obra —quiero decir que no integra activamente una respuesta más allá de la actividad mínima necesaria para huir, atacar o excitarse sexualmente. Podríamos, pues, decir que en este género de respuesta, el cerebro y todo el aparato fisiológico obran *por* el hombre.

Lo que suele olvidarse es el hecho de que hay un tipo diferente de estímulo, que *estimula a la persona para hacerla activa.* Este estímulo activante podría ser una novela, un poema, una idea, un paisaje, la música o una persona amada. Ninguno de estos estímulos produce una respuesta simple; le invitan a uno a responder relacionándose activa y simpáticamente con ellos; *a interesarse* activamente, a ver y descubrir aspectos siempre nuevos en "su" objeto (que deja de ser un mero "objeto"), y a estar cada vez más y más despierto. Uno no sigue siendo el objeto pasivo en que operan los estímulos, el son al que tiene que bailar nuestro organismo

[173] Debo al doctor D. E. Schecter el haberme permitido leer el original de su trabajo.

[174] Cf. la serie de trabajos de W. H. Bexton *et al.* (1954), W. Heron *et al.* (1956), T. H. Scott *et. al.* (1959) y B. K. Doane *et al.* (1959).

[175] A mi modo de ver, la idea de que mostraban reacciones casi psicóticas se basa en una interpretación errónea de los datos.

cuando se lo tocan, como sucede en realidad; uno se vuelve activo y productivo. El estímulo sencillo produce una *pulsión,* un impulso, es decir, algo que empuja a la persona; y el estímulo activante produce un *empeño* o afán, o sea que la persona se esfuerza activamente en lograr un fin.

La diferencia entre estos dos géneros de estímulos y respuestas tiene consecuencias muy importantes. Los estímulos del primer tipo, los simples, si se repiten más allá de cierto umbral ya no son registrados y pierden su efecto estimulante. (Débese esto a un principio neurofisiológico de economía que elimina la conciencia de los estímulos cuando indican por su carácter repetitivo que no son importantes.) La estimulación continuada requiere que el estímulo aumente de intensidad o cambie de contenido; es necesario cierto elemento de novedad.

Los estímulos activantes producen un efecto diferente. No siguen "igual"; a causa de la respuesta productiva a ellos siempre son nuevos, siempre están cambiando; la persona *estimulada* da vida a los estímulos y los modifica descubriendo siempre en ellos aspectos nuevos. Entre los estímulos y el "estimulado" hay una relación mutua, no las relaciones mecánicas en un solo sentido E →R.

Esta diferencia se confirma fácilmente por la experiencia de cada quien. Podemos leer una obra de teatro griega, un poema de Goethe, una novela de Kafka, un sermón de Meister Eckhart, un tratado de Paracelso, fragmentos de los filósofos presocráticos o las obras de Spinoza o Marx sin aburrimos nunca ... Claro está que estos ejemplos son personales, y cada quien puede poner en lugar de ellos los que más les gusten; estos estímulos siempre están vivos, despiertan al lector e incrementan su conciencia. Por otra parte, una novelucha cualquiera aburre a la segunda lectura y da sueño.

La importancia de los estímulos simples y activantes es muy grande para la cuestión del aprendizaje. Si aprender significa penetrar desde la superficie de los fenómenos hasta sus raíces —o sea sus causas, desde las ideas engañosas a los hechos escuetos, acercándose así a la verdad —, es un proceso activo y alentador y una condición del desarrollo humano. (No me refiero aquí solamente al aprendizaje en los libros sino a los descubrimientos que un niño o un miembro analfabeto de una tribu primitiva realizan de los sucesos naturales o personales.) Por otra parte, si el aprendizaje es meramente la adquisición de información por medio del condicionamiento, estamos tratando con un estímulo simple en que opera en la persona la estimulación de su necesidad de encomio, seguridad, éxito, etc.

La vida actual en las sociedades industriales opera casi enteramente con esos estímulos simples. Lo estimulado son impulsos como el deseo sexual, la voracidad, el sadismo, la destructividad, el narcisismo; estos estímulos se comunican por el cine, la televisión, el radio, los periódicos, las revistas y el mercado de artículos de comercio. En general, el anuncio se basa en la estimulación de deseos producidos socialmente. El mecanismo es siempre el mismo: estimulación simple → respuesta inmediata y pasiva. He aquí la razón de que los estímulos hayan de cambiar constantemente so pena de ser ineficaces. Un automóvil que es excitante hoy puede ser aburrido al año o los dos años . . . y hay que cambiarlo para buscar la excitación. Un lugar que conocemos bien se vuelve automáticamente aburrido, de modo que la excitación sólo puede lograrse visitando lugares diferentes, los más posibles en un viaje. Dentro de este marco, también es necesario cambiar de pareja sexual para que se produzca la excitación.

La descripción dada hasta ahora necesita completarse insistiendo en que no es sólo el estímulo lo que importa. El poema más estimulante, o la persona más

excitante fallarán del todo con alguien incapaz de responder por su propio temor, su inhibición, pereza o pasividad. El estímulo activante requiere un estimulado "afectable" para tener efecto . . . afectable no en el sentido de educado, sino en el de susceptible, emocionable, capaz de reaccionar humanamente. Por otra parte, la persona del todo vivaz no requiere necesariamente de ningún estímulo particular del exterior para ser activada; de hecho, ella misma crea sus propios estímulos. La diferencia puede advertirse claramente en los niños. Hasta cierta edad (aproximadamente los cinco años) son tan activos y productivos que "fabrican" sus propios estímulos. Crean todo un mundo con trozos de papel, madera, piedras, sillas, cualquier cosa que hallan a la mano. Pero después de los seis años, cuando se vuelven dóciles, pasivos y nada espontáneos, es necesario estimularlos de tal modo que a veces siguen pasivos y solamente "reaccionan". Quieren juguetes complicados que les aburren al cabo de un rato y en resumidas cuentas se conducen ya como los mayores con los coches, los vestidos, los lugares a visitar y los amantes.

Hay otra diferencia importante entre los estímulos simples y los activantes. La persona impulsada por el estímulo simple siente una mezcla de alivio, emoción y satisfacción; cuando está "satisfecha" (del latín *satis-facere,* "hacer bastante"), ya "tiene bastante". En cambio la estimulación activante no se sacia nunca, es decir: nunca hace sentir a la persona que ya "tiene bastante", salvo, naturalmente, cuando aparece el cansancio físico normal.

Creo que se puede formular una ley basada en los datos neurofisiológicos y psicológicos en relación con la diferencia entre los dos tipos de estímulo: cuanto más inerte es un estímulo, más frecuentemente debe cambiar de intensidad y/o género; cuanto más activante, más tiempo conserva su poder de estimular y menos necesario es el cambio de intensidad y contenido.

He tratado tan detenidamente la necesidad que el organismo tiene de estimulación y excitación porque es uno de los muchos factores que engendran destructividad y crueldad. Es bastante más fácil excitarse por enojo, rabia, crueldad o manía destructora que por amor e interés activo y productivo; el primer tipo de excitación no requiere ningún esfuerzo del individuo ... no es necesario tener paciencia y disciplina, aprender, concentrarse, aguantar las frustraciones, ejercer el pensamiento crítico, superar su propio narcisismo y su voracidad. Si la persona no ha crecido, los estímulos simples siempre están a la mano y pueden producirse fácilmente. Los estímulos como accidentes, incendios, crímenes o guerras pueden leerse en los periódicos, verse en la TV y en el cine. La gente puede también crearlos en su mente hallando razones para odiar, destruir y dominar a los demás. (Indican la fuerza de este anhelo los millones de dólares que gastan los medios de comunicación masiva para vender ese tipo de excitación.) De hecho, muchas parejas casadas siguen unidas por esa razón, porque el matrimonio les proporciona la ocasión de sentir odio, antipatía, sadismo y sumisión. Siguen juntas no *a pesar* de sus peleas sino *a causa* de ellas. El comportamiento masoquista, el placer de sufrir o someterse, tiene una de sus raíces en la necesidad de excitación. Las personas masoquistas padecen la dificultad de poder *iniciar* la excitación y reaccionar pronto a los estímulos normales; pero pueden reaccionar cuando el estímulo los avasalla, cuando logran abandonarse a la excitación que les imponen.

Depresión crónica de aburrimiento

El problema de la estimulación está estrechamente ligado a un fenómeno que no tiene pequeña parte en el engendramiento de la agresión y la destructividad: el *aburrimiento o* hastío. Desde un punto de vista lógico hubiera sido más propio estudiarlo en el capítulo

anterior, junto con otras causas de agresión, pero no hubiera sido práctico porque el estudio de la estimulación es una premisa necesaria para entender el aburrimiento.

En relación con la estimulación y el aburrimiento podemos distinguir tres tipos de personas: 1] La persona que es capaz de responder productivamente a los estímulos activantes no se aburre. 2] La que constantemente tiene necesidad de estímulos nuevos y "pobres" se aburre crónicamente, pero como compensa su hastío no lo siente. 3] La persona que no logra excitarse con ningún género de estimulación normal es un individuo muy enfermo; a veces tiene aguda conciencia de su estado de ánimo; otras, no comprende que sufre. Este tipo de hastío es fundamentalmente diferente del segundo tipo, en que se emplea el aburrimiento en sentido *conductual, o* sea que la persona se aburre cuando hay insuficiente estimulación pero es capaz de reaccionar cuando es compensado su hastío. En el tercer caso no puede haber compensación. Hablamos aquí de aburrimiento en un sentido dinámico, caracterológico, que podría calificarse de estado de depresión crónica. Pero la diferencia entre aburrimiento crónico compensado y no compensado es sólo cuantitativa. En ambos tipos de aburrimiento la persona no tiene productividad; en el primer tipo puede curarse el síntoma —más no la causa— mediante los estímulos apropiados; en el segundo, ni siquiera el síntoma es curable.

La diferencia es también visible en la palabra "aburrido". Si alguien dice "estoy deprimido" suele referirse a un estado de ánimo. Si dice "estoy aburrido" quiere decir algo referente a lo que le rodea, indica que no le proporciona estímulos interesantes ni divertidos. Pero cuando hablamos de "una persona aburrida" nos referimos a ella misma, a su carácter. No queremos decir que sea aburrida hoy porque no nos ha contado nada interesante sino que queremos decir que es aburrida siempre *en tanto que persona.* Que hay en ella algo muerto, apagado, no interesante. Muchas son las personas dispuestas a reconocer que *se aburren;* muy pocas las que reconocerían que *aburren, o* que son aburridas.

El aburrimiento crónico —compensado o no compensado— es uno de los principales fenómenos psicopatológicos de la actual sociedad tecnotrónica, aunque sólo últimamente ha hallado algún reconocimiento[176].

Antes de emprender el examen del aburrimiento depresivo (en sentido dinámico) parecen indicadas algunas observaciones acerca del aburrimiento en sentido conductual. Las personas capaces de reaccionar productivamente a los "estímulos activantes" virtualmente nunca se aburren ... pero éstas son la excepción en la sociedad cibernética. La inmensa mayoría, aunque no esté gravemente enferma, de todos modos puede considerarse afectada de una forma patológica leve: la insuficiente productividad interna. Se aburren a menos que puedan proveerse de estímulos sencillos —no activantes— siempre nuevos.

Hay varias razones probables para que el aburrimiento crónico compensado no se considere patológico. Tal vez sea la razón principal que en la sociedad industrial contemporánea la mayoría de las personas se aburren, y una patología compartida —la "patología de lo normal"— no es vivida como patología. Además, el aburrimiento "normal" no suele ser consciente. Muchas personas logran compensarlo participando en gran número de "actividades" que les impiden sentirse aburridas conscientemente. Ocho horas del día se ocupan en ganarse la vida; cuando el aburrimiento amenazaría con hacerse sentir, después de las horas de trabajo, evitan el peligro por muchos medios que impiden la manifestación del aburrimiento: la bebida, la televisión, una vuelta en automóvil, una fiesta, actividades sexuales y la

[176] Cf. A. Burton (1967), que llama a la depresión "la enfermedad de nuestra sociedad" y W. Heron (1957). Yo he señalado la importancia del aburrimiento que impregna nuestra sociedad *y* su función productora de agresión en *The revolution of hope* (1968a) así como en mis escritos anteriores.

más reciente moda, las drogas. Al final, la necesidad natural de dormir interviene y el día acaba venturosamente si en ningún momento se ha tenido conciencia del aburrimiento. Puede decirse que una de las metas principales del hombre en la actualidad es "escapar al aburrimiento". Sólo si uno aprecia la intensidad de las reacciones causadas por el aburrimiento no aliviado puede tenerse idea del poder de los impulsos engendrados por él.

En la clase obrera, el aburrimiento es mucho menos consciente que en la clase media y la alta, como se manifiesta ampliamente en las demandas de los trabajadores en sus negociaciones de contratos. Les falta la satisfacción genuina que sienten muchas personas en un nivel social superior, cuyo trabajo les permite, al menos hasta cierto punto, intervenir en el planeamiento creador, ejercer sus facultades de imaginación, intelectuales u organizacionales. Demuestra que es así el hecho, bien probado en años recientes, de que la queja cada vez más corriente entre los obreros es el doloroso aburrimiento que sienten en las horas de trabajo, junto a su queja tradicional por los salarios insuficientes. La industria trata de remediar esto en algunos casos mediante lo que suele llamarse "job enrichment", que consiste en hacer que el trabajador realice más de una operación, planee y disponga su trabajo como quiera y en general asuma más responsabilidad. Esto parece ser una buena idea, pero de alcance limitado, dado el espíritu general de nuestra cultura. También se suele apuntar que el problema no está en hacer el trabajo más interesante sino en reducirlo tanto que el hombre pueda desarrollar sus facultades y sus intereses en su tiempo libre. Pero los que proponen esta idea parecen olvidar que el ocio mismo está manipulado por la industria de consumo y es fundamentalmente tan aburrido como el trabajo, sólo que de un modo menos consciente. El trabajo, intercambio del hombre con la naturaleza, es una parte tan esencial de la existencia humana que sólo cuando deja de ser enajenado puede el tiempo de ocio ser productivo. Pero esto no es cuestión solamente de cambiar la naturaleza del trabajo sino de un cambio social y político total en el sentido de subordinar la economía a las necesidades verdaderas del hombre.

En el cuadro de los dos tipos de aburrimiento no depresivo dado hasta aquí parecería que la diferencia sólo es entre dos tipos diferentes de estímulos; activantes o no, ambos alivian el aburrimiento. Pero este cuadro es demasiado simplificado; la diferencia es mucho más honda y complica considerablemente lo que parecería ser una formulación impecable, El aburrimiento superado por los estímulos activantes ha terminado realmente, o mejor dicho nunca existió, porque la persona productiva, idealmente hablando, nunca está aburrida y no le cuesta hallar los estímulos debidos. Por otra parte, la persona no productiva, interiormente pasiva, sigue aburrida aun cuando su aburrimiento consciente y manifiesto sea aliviado por el momento.

¿Por qué ha de ser así? La razón parece ser que en el alivio superficial del aburrimiento, toda la persona, y en particular su sentimiento más hondo, su imaginación, su razón, en resumen, todas sus facultades esenciales y sus potencialidades psíquicas, siguen intactas; no han llegado a la vida; los medios compensadores del aburrimiento son como un alimento voluminoso sin valor nutritivo alguno. La persona sigue sintiéndose "vacía" e indiferente en un nivel más profundo. "Anestesia" esa desagradable sensación excitándose momentáneamente con algo "emocionante" o "divertido", el trato o el sexo . . . pero *inconscientemente* sigue aburrida.

Un abogado muy ocupado que solía trabajar doce horas o más al día y decía que su trabajo lo absorbía y nunca se sentía aburrido tuvo este sueño:

Me veo en Georgia, miembro de una cuerda de presos; me han llevado allí de mi ciudad natal del este por algún delito que desconozco. Con sorpresa mía puedo quitarme fácilmente las cadenas, pero tengo que seguir haciendo el trabajo prescrito, que consiste en llevar sacos de arena de un camión a otro que está a cierta distancia y volviendo a llevar después los mismos sacos al primero. Siento intenso dolor mental y depresión durante el sueño y me despierto espantado como de una pesadilla, aliviado porque todo fue un sueño.

En las primeras semanas de labor analítica había estado muy alegre, diciendo que se sentía muy satisfecho de la vida, pero este sueño le conmovió mucho y empezó a exponer muchas ideas diferentes en torno a su trabajo, Sin entrar en detalles, sólo quiero decir que empezó a hablar del hecho de que lo que estaba haciendo en realidad no tenía sentido alguno, que era esencialmente siempre lo mismo, y que no servía para nada salvo para ganar dinero, y le parecía que eso no bastaba en la vida. Decía que a pesar de ser bastante variados los problemas que tenía que resolver, en el fondo eran todos lo mismo o podían resolverse por unos cuantos métodos incesantemente repetidos.

Dos semanas después tuvo el siguiente sueño: "Me veía sentado ante mi mesa de despacho, en mi bufete, pero estaba hecho un zombie. Oigo lo que sucede y veo lo que hace la gente, pero me siento muerto y como que nada de eso tiene que ver conmigo.

Las asociaciones de este sueño sacaron más material acerca de una sensación de estar sin vida y deprimido. En un tercer sueño, el edificio en que estaba su bufete ardía, pero nadie sabía cómo había sucedido, y él no tenía fuerzas para ayudar. Apenas es necesario decir que este sueño reflejaba el odio profundo que le inspiraba la firma legal que él dirigía, no había tenido la menor noción del hecho porque "no tenía sentido"[177].

Otro ejemplo de aburrimiento inconsciente lo da H. D. Esler, quien comunica que un paciente, un estudiante bien presentado, con muchas amigas y que tenía mucho éxito en ese sector de la vida, aunque insistía en que la vida "es magnífica", a veces se sentía algo deprimido. Hipnotizado en el curso del tratamiento, vio "un lugar negro y yermo con muchas máscaras". Interrogado acerca de dónde estaba ese lugar, dijo que dentro de él. Que todo era triste, triste, triste, y las máscaras son los diferentes personajes que él representa para engañar a la gente y hacer creer que se siente a gusto. Empieza a manifestar sus opiniones acerca de la vida: "Es como si fuera la nada." Al preguntarle el terapeuta si lo sexual también le parecía insulso, dijo que sí, "pero no tanto como lo demás". Declaró que "sus tres hijos de un matrimonio anterior le aburrían, aunque se sentía más apegado a ellos que a mucha gente; en sus nueve anos de matrimonio hizo los gestos de la vida, y a veces se aliviaba tomando". Habló de su padre, "un hombre ambicioso, triste y retraído que jamás tuvo un amigo en su vida". El terapeuta le preguntó si él era retraído con su hijo, y respondió: "Hice cuanto pude por ser su amigo, pero nunca lo conseguí." Se le preguntó si quería morirse y dijo: "Si, ¿por qué no? , pero también dijo que sí cuando se le preguntó si quería vivir. Al final tuvo un sueño en que "hacía sol y calor y había yerba". Se le preguntó si había gente y dijo: "No, no había gente, pero había la posibilidad de que llegara." Al despertar del trance hipnótico se sorprendió de todas las cosas que había dicho[178].

Aunque la sensación de depresión y aburrimiento a veces era consciente, sólo se hacía plenamente consciente en el estado hipnótico. Con sus hazañas sexuales, activas y siempre renovadas, el paciente lograba compensar su estado de aburrimiento, del mismo

[177] Me comunicó este sueño y sus comentarios un estudiante cuyo trabajo supervisé hace algunos años.

[178] Dr. H. D. Esler, comunicación personal.

modo que el abogado con su trabajo, pero la compensación se daba principalmente en el estado de conciencia. Permitía al paciente reprimir su aburrimiento, y la represión podía durar mientras la compensación funcionaba debidamente. Pero la compensación no altera el hecho de que en un nivel más hondo, la realidad interna del aburrimiento no ha desaparecido, ni siquiera disminuido.

Parece que el consumo compensador del aburrimiento que ofrecen los canales normales de nuestra cultura no realiza su función debidamente; de ahí que se busquen otros medios de alivio al aburrimiento. El consumo de alcohol es uno de los medios que emplea el hombre para que le ayuden a olvidar su hastío. En los últimos años, un fenómeno nuevo ha venido a demostrar la intensidad del aburrimiento entre los miembros de la clase media. Me refiero a la práctica de las relaciones sexuales colectivas entre los *swingers.* Se calcula que en los Estados Unidos hay uno o dos millones de personas, principalmente de clase media y por lo general conservadores en sus opiniones políticas y religiosas, cuyo interés principal en la vida es la actividad sexual compartida entre varias parejas, con tal que no sean marido y mujer. La condición principal es que no se forme ningún lazo afectivo y que las parejas cambien constantemente. Según la descripción por investigadores que han estudiado a esta clase de gente (G. T. Bartell, 1971), explican que antes de empezar a practicar el fornicio colectivo estaban tan aburridos que ni siquiera les aliviaban muchas horas de televisión. La relación personal entre marido y mujer era de tal tipo que no quedaba ningún tema para la comunicación. Este aburrimiento se alivia cambiando constantemente de estímulos sexuales, e incluso sus matrimonios han "mejorado", como dicen ellos, porque ahora por lo menos tienen algo de que hablar: las experiencias sexuales de cada quien con otros hombres o mujeres. El *swinging* es una versión algo más compleja de lo que solía ser la simple promiscuidad conyugal, que no es ningún fenómeno nuevo; lo que tal vez sea nuevo es la exclusión sistemática de los afectos y esas relaciones sexuales colectivas se proponen ahora para "salvar a un matrimonio cansado".

Otro medio, más enérgico, de aliviar el aburrimiento es el empleo de las psicodrogas, que empieza entre los adolescentes y se comunica a otros grupos de más edad, sobre todo entre los que no están socialmente asentados y no tienen un trabajo interesante que realizar. Muchos de los que se drogan, sobre todo entre los jóvenes que ansían verdaderamente sentir más a fondo y con mayor autenticidad la vida —por cierto que muchos de ellos se distinguen precisamente por su afirmación de la vida, su sinceridad, osadía e independencia— dicen que el uso de las drogas los "conecta" y ensancha el horizonte de su experiencia. No discuto esa pretensión. Pero la ingestión de drogas no cambia su carácter y por ende, no elimina las raíces permanentes de su aburrimiento. No favorece un estado superior de desarrollo; eso sólo puede lograrse por el camino del trabajo paciente y esforzado consigo mismo, penetrando en sí mismo y aprendiendo a concentrarse y disciplinarse. Las drogas no conducen a la "iluminación instantánea".

La violencia y la destructividad son otra consecuencia no menos peligrosa del aburrimiento insuficientemente compensado. Con suma frecuencia toma la forma pasiva de atracción por los relatos de crímenes, accidentes fatales y otras escenas de sangre y crueldad que son el pan de cada día suministrado al público por la prensa, la radio y la televisión. La gente reacciona ansiosamente a esos relatos porque son el medio más rápido de producir excitación y aliviar así el aburrimiento sin actividad interna. Cuando se trata del efecto que produce la descripción de la violencia, suele pasarse por alto que siempre que esa descripción tenga un efecto, la condición necesaria es el aburrimiento. Pero sólo hay un breve paso del disfrute pasivo de la violencia y la crueldad a los muchos modos de producir activamente la excitación mediante el comportamiento sádico o destructor; la diferencia entre el placer "inocente" de

poner en un aprieto o "tomar el pelo" a alguien y la participación en un linchamiento es sólo cuantitativa. En uno u otro caso es la misma persona aburrida la que produce la fuente de excitación si no la encuentra ya hecha. La persona aburrida suele ser el organizador de un "Coliseo en pequeño", donde saca sus equivalentes en pequeña escala de la crueldad en gran escala que se escenificaba en el Coliseo romano. Esas personas no se interesan en nada ni tienen contacto con nadie, salvo del género más superficial. Todos y todo las dejan frías. Afectivamente son gélidas, no sienten alegrías . . . ni tampoco pesar ni dolor. No sienten nada. El mundo es gris, el cielo no es azul; la vida no les despierta ningún apetito y están más muertos que vivos. A veces sienten aguda y dolorosamente su estado mental, pero es más frecuente que no lo sientan.

Esta clase de patología presenta problemas de diagnóstico. Muchos psiquiatras podrían diagnosticar los casos más graves como depresión endógena psicótica. Pero este diagnóstico parece discutible porque faltan algunos rasgos característicos de la depresión endógena. Esas personas no tienden a acusarse a si mismas, a sentirse culpables, a preocuparse por sus fracasos, ni tienen la expresión facial característica de los pacientes melancólicos[179].

Aparte de este tipo más grave de aburrimiento-depresión hay un cuadro clínico mucho más frecuente para el que el diagnóstico más apropiado sería a todas luces el de "depresión neurótica" crónica (E. Bleuler, 1969). En el cuadro clínico tan frecuente en la actualidad no son sólo inconscientes las causas sino también el hecho de estar deprimido; a menudo esas personas no tienen conciencia de sentirse deprimidas, aunque es fácil demostrar que lo están. Las designaciones empleadas más recientemente, "depresión enmascarada" o "depresiones sonrientes", parecen caracterizar el cuadro a la perfección. El problema del diagnóstico se complica más aún por los aspectos del cuadro clínico que se prestan a diagnosticar un carácter "esquizoide".

No proseguiré con este problema del diagnóstico porque no parece contribuir gran cosa al mejor entendimiento de esas personas. Más adelante veremos las dificultades del diagnóstico acertado. En las personas que padecen de aburrimiento crónico no compensado tal vez tengamos una mezcla peculiar de elementos depresivos y esquizofrénicos en diversos grados de malignidad. Lo que importa para nuestro propósito no es la etiqueta del diagnóstico sino el hecho de que entre esas personas hallamos casos extremos de destructividad. Es frecuente que no parezcan nada deprimidas ni aburridas. Pueden adaptarse a su medio y con frecuencia parecer felices; algunas están en apariencia tan bien adaptadas que las ensalzan como modelos sus padres, maestros o ministros del culto. Otras suscitan la atención de las autoridades con diversos actos criminales y se las considera "asociales" o "criminales", pero no aburridas ni deprimidas. En general tienden a reprimir la conciencia de su aburrimiento; la mayoría quieren aparecer perfectamente normales a los ojos de todos. Cuando van a ver a un psicoterapeuta le cuentan que les resulta difícil escoger una carrera, o estudiar, pero en general tratan de presentar un cuadro lo más normal que les es posible. Para descubrir la enfermedad que oculta la superficie suave y cínica se necesita un observador diestro y atento.

Uno así es H. D. Esler y ha descubierto entre muchos adolescentes en una institución correccional para muchachos la condición de lo que denomina

[179] Debo al doctor R. G. Heath comunicaciones personales muy estimulantes acerca de pacientes afectados de formas extremadas de aburrimiento, así como la oportunidad de entrevistar a dos de ellos. Cf. también R. G. Heath (1964).

"depresión inconsciente"[180]. Daré a continuación algunos ejemplos que demuestran también cómo ese estado es una de las causas de actos de destructividad, que en muchos casos parecen ser la única forma de aliviarse.

Una muchacha, internada en un hospital para enfermos mentales, se había cortado las muñecas y explicaba su acción diciendo que quería ver si tenía sangre. Era una muchacha que no sentía como ser humano y no reaccionaba con nadie; no creía poder manifestar ni por lo tanto sentir ningún afecto. (Un examen clínico a fondo excluyó la esquizofrenia.) Su falta de interés por todo y su incapacidad de reaccionar a nada eran tan grandes que ver su propia sangre era el único modo para ella de convencerse de que estaba viva y era humana.

Uno de los muchachos de la correccional, por ejemplo, tiraba piedras al techo de su garaje para que rodaran hacia abajo y trataba de recibirlas en la cabeza. Explicaba que era el único modo que tenía de *sentir algo.* Intentó suicidarse cinco veces. Se cortaba en partes que debían ser dolorosas y siempre hacía saber a los guardianes lo que había hecho para que lo salvaran. Declaró que sintiendo el dolor podía al fin sentir algo.

Otro adolescente hablaba de caminar por las calles de la ciudad "con una navaja en la manga, para clavársela a la gente que pase". Sentía placer contemplando la agonía en el rostro de la víctima. También llevaba perros al callejón y los mataba con su navaja "no más por gusto". Una vez dijo con tono convencido: "Ahora creo que los perros sienten cuando les clavo la navaja." El mismo muchacho confesó que cuando estuvo haciendo leña en una salida que hicieron con un maestro y su esposa, vio a ésta en pie sola y sintió una apremiante necesidad de plantarle el hacha en la cabeza. Por fortuna ella reaccionó al ver su extraña expresión y le pidió el hacha. Este muchacho, de diecisiete anos de edad, tenía un rostro de niño; un médico interno que lo examinó para consultoría vocacional lo consideró encantador y no podía comprender por qué estaba en la institución. La verdad era que el encanto que desplegaba era fingido y muy somero.

Casos semejantes se hallan actualmente por todo el mundo occidental y a veces salen en los periódicos. El siguiente despacho de la UPI y la AP, de Bisbee, Arizona, en 1972, es un ejemplo típico:

Un muchacho de secundaria de 16 años, distinguido en los estudios y niño de coro fue entregado a una institución para delincuentes juveniles después de haber declarado a la policía, según parece, que había matado a tiros a sus padres porque quería ver lo que se sentía matando a alguien.

Los cadáveres de Joseph Roth, 60 años, y su esposa Gertrude, 57, fueron hallados en su casa, cerca de Douglas, el día de Acción de Gracias por agentes del sheriff. Las autoridades dijeron que habían recibido un tiro cada uno en el pecho, con un rifle de caza, el miércoles en la noche. Roth era instructor audiovisual de preparatoria y su señora era profesora de secundaria.

El abogado del condado de Cochise, Richard Riley, dijo que el muchacho, Bernard J. Roth —"el mozo más encantador que uno pueda imaginar"— se entregó en persona a la policía el jueves y mostró compostura y buena educación mientras lo interrogaban.

Riley dice que el muchacho declaró que sus padres se estaban haciendo viejos, que no estaba enojado con ellos y que no tenía hostilidad.

[180] Buena parte de lo que sigue se basa en comunicaciones personales del doctor H. D. Esler, que publicará su material en un libro futuro.

También dice que el muchacho declaró cómo hacía mucho tiempo pensaba en matar a sus padres, porque quería saber qué se siente cuando se mata a alguien[181].

El motivo de estas muertes no parece ser el odio sino como en los casos mencionados, una sensación insoportable de aburrimiento e impotencia y la necesidad de sentir que alguien puede reaccionar, alguien a quien se le puede hacer algo, alguna acción que ponga fin a la monotonía de la experiencia cotidiana. Matar es un modo de sentir que uno es y que uno puede causar un efecto en otro ser.

En este examen de la depresión-aburrimiento hemos tratado sólo los aspectos psicológicos del aburrimiento. Esto no implica que las anormalidades neurofisiológicas no puedan intervenir también, pero como subrayó ya Bleuler, sólo pueden desempeñar un papel secundario, mientras que las condiciones decisivas se hallan en la situación ambiental general. Creo muy probable que incluso los casos de depresión-aburrimiento grave serían menos frecuentes y menos intensos, aun dada la misma constelación familiar, en una sociedad donde predominara un ambiente de esperanza y amor a la vida. Pero en décadas recientes es cada vez más el caso lo contrario, y así se prepara un buen terreno para la aparición de los estados depresivos individuales.

Estructura del carácter

Hay otro tipo de necesidad, radicado exclusivamente en la situación humana: la necesidad de la formación de una *estructura caracterial.* Esta necesidad tiene relación con el fenómeno tratado antes, la importancia decreciente de la dotación instintiva en el hombre. El comportamiento efectivo presupone que uno puede obrar inmediatamente, o sea sin que lo retrasen muchas vacilaciones y de una manera relativamente integrada. Este es precisamente el dilema de que habla Kortlandt (véase capítulo 6) a propósito de los chimpancés, cuando menciona su falta de decisión y su comportamiento vacilante y algo inefectivo. (A. Kortlandt, 1962.)

Parece plausible especular que el hombre, menos determinado por instintos que el chimpancé, hubiera sido un fracaso biológico si no hubiera tenido un sustituto a los instintos que le faltaban. Este sustituto tenía también la *función* de los instintos: permitir al hombre obrar *como si lo* motivaran los instintos. Ese sustituto es el *carácter* humano. El carácter es la estructura específica en que se organiza la energía humana para la consecución de los fines del hombre; motiva el comportamiento según sus fines dominantes. Decimos que una persona obra "instintivamente" de acuerdo con su carácter. Para servirnos del dicho de Heráclito, el carácter es el destino del hombre. El tacaño no se pregunta si debe economizar o gastar; se siente impulsado a economizar y guardar; el carácter explotador sádico es impulsado por la pasión de explotar; el carácter sádico, por la pasión de mandar; el carácter amoroso y productivo no tiene más remedio que esforzarse en amar y compartir.

Estos impulsos y afanes condicionados por el carácter son tan fuertes e incuestionables para las personas respectivas que su reacción les parece sencillamente "natural" y les resulta difícil creer que hay verdaderamente otras personas de índole muy diferente. Cuando no tienen más remedio que advertirlo, prefieren pensar que esas otras personas padecen de algún género de deformación y

[181] Hay súbitos accesos de violencia que pueden deberse a una enfermedad cerebral como los tumores y en ese caso, naturalmente, no se trata de estados depresivos aburridos.

se desvían de la naturaleza humana. Cualquiera que tenga sensibilidad para juzgar a los demás (naturalmente, es mucho más difícil con uno mismo) nota si una persona tiene carácter sádico, destructor o amable; ve rasgos duraderos detrás del comportamiento declarado y será capaz de discernir la insinceridad de un carácter destructor que *se conduce* como si fuera una persona amable[182].

De lo que se trata es de saber por qué la especie humana, a diferencia del chimpancé, pudo formarse un carácter. La solución ha de hallarse probablemente en ciertas consideraciones biológicas.

Desde el principio, los grupos humanos vivieron en circunstancias ambientales muy diversas, tanto en lo relativo a las diferentes regiones del mundo como a los cambios fundamentales de clima y vegetación dentro de una misma región. Desde la aparición del *Homo* ha habido relativamente poca adaptación a las diferencias trasmitidas por el cambio genético, aunque sí alguna. Pero cuanto más se desarrollaba el *Horno* menos era la adaptación consecuencia de cambios genéticos, y en los últimos cuarenta mil años esos cambios son virtualmente cero. Aquellas situaciones ambientales diferentes empero hacían necesario que cada grupo adaptara su comportamiento a sus situaciones respectivas, no sólo por aprendizaje sino también formándose un "carácter social". El concepto de carácter social se basa en la consideración de que cada forma de sociedad (o clase social) necesita emplear la energía humana del modo específico necesario para el funcionamiento de esa sociedad. Sus miembros han de *desear* hacer lo que *tienen* que hacer para que la sociedad funcione debidamente. *Este proceso de transformación de la energía psíquica en energía psicosocial específica es trasmitido por el carácter social.* (E. Fromm, 1932, 1941, 1947, 1970.) Los medios por que se forma el carácter social son esencialmente culturales. Por mediación de los padres, la sociedad trasmite a los hijos sus valores, prescripciones, órdenes, etc. Pero como los chimpancés no tienen lenguaje no pueden trasmitir símbolos, valores ni ideas; es decir, no tienen las condiciones para la formación del carácter. En un sentido algo más que rudimentario, el *carácter* es *un fenómeno humano;* sólo el hombre fue capaz de crear un sustituto a su adaptación instintiva perdida.

La adquisición del carácter fue un elemento muy importante y necesario en el proceso de la supervivencia humana, pero también presentaba muchas desventajas y aun peligros. Estando el carácter formado por tradiciones y motivando al hombre sin apelar a su razón, con frecuencia no se adapta a las nuevas condiciones y a veces incluso está en contradicción directa con ellas. Por ejemplo, conceptos como la soberanía absoluta del Estado están radicados en un tipo más antiguo de carácter social y son peligrosos para la supervivencia del hombre en la era atómica.

El concepto de carácter es decisivo para comprender las manifestaciones de la agresión maligna, las pasiones destructivas y sádicas de una persona suelen estar organizadas en su sistema caracterial. En una persona sádica, por ejemplo, el impulso sádico es parte predominante de su estructura de carácter y la motiva para conducirse sádicamente, limitada tan sólo por el interés de su propia conservación. En una persona con carácter sádico, por ejemplo, el impulso sádico es constantemente activo, y sólo espera una situación apropiada y una racionalización conveniente para hacer su papel. Semejante persona corresponde casi en todo al

[182] No quiero dar a entender que los animales no tienen carácter. Sin duda poseen una individualidad, familiar para quienquiera conoce bien una especie de animales. Pero debe considerarse que esa individualidad es hasta cierto punto de temperamento, una disposición dada genéticamente, no un rasgo adquirido. Además, la cuestión de si los animales tienen carácter o no es tan poco fructífera como la antigua de si los animales tenían inteligencia o no. Ha de suponerse que cuanto más instintivamente es determinado un animal, menos se pueden hallar en él elementos de carácter, y viceversa.

modelo hidráulico de Lorenz (véase capítulo 1) en tanto el sadismo arraigado en el carácter es un impulso que mana espontáneamente en busca de ocasiones de manifestarse y creándolas cuando no las encuentra ya listas mediante el "comportamiento de apetencia". La diferencia decisiva es que la fuente de la pasión sádica está en el carácter y no en una región neural programada filogenéticamente; *de ahí que no sea común a todos los hombres sino sólo a los que tienen ese carácter.* Después veremos algunos ejemplos del carácter destructivo y el sádico y las condiciones necesarias para su formación.

CONDICIONES PARA EL DESARROLLO DE LAS PASIONES RADICADAS EN EL CARÁCTER

El examen de las necesidades existenciales del hombre ha demostrado que éstas pueden satisfacerse de diversos modos. A la necesidad de un objeto de devoción puede responderse por la devoción a Dios, al amor, y la verdad ... o por la idolatría de los ídolos destructivos. A la necesidad de relación puede responderse por el amor y la amabilidad ... o por la dependencia, el sadismo, el masoquismo y la destructividad. A la necesidad de unidad y arraigo puede responderse por las pasiones de solidaridad, hermandad, amor y experiencia mística ... o por la embriaguez, la drogadicción, la despersonalización. A la necesidad de efectividad puede responderse por el amor, el trabajo productivo ... o por el sadismo y la destructividad. A la necesidad de estimulación y excitación puede responderse por el interés productivo en el hombre, la naturaleza, el arte, las ideas ... o por una voraz búsqueda de placeres siempre distintos.

¿Cuáles son las *condiciones* para el desarrollo de las pasiones radicadas en el carácter?

Debemos considerar primeramente que esas pasiones no se presentan como unidades solas sino como *síndromes*. El amor, la solidaridad, la justicia, la razón están interrelacionados; todos son manifestaciones de la misma orientación productiva que llamaré "síndrome favorecedor de la vida". Por otra parte, el sadomasoquismo, la destructividad, la voracidad, el narcisismo, el carácter incestuoso también van juntos y están radicados en la misma orientación básica: "el síndrome contrario a la vida". Allí donde se halla uno de los elementos del síndrome están también los otros en diverso grado, pero esto no significa que uno sea gobernado por uno u otro síndrome. En realidad son raras las personas en que así sucede: la persona común y corriente es una mezcla de ambos síndromes; y lo que importa en el comportamiento de la persona y la posibilidad de que cambie es precisamente la fuerza respectiva de cada síndrome.

Condiciones neurofisiológicas

En lo tocante a las condiciones neurofisiológicas para el desarrollo de los dos respectivos géneros de pasiones tenemos que partir del hecho de que el hombre está inacabado, "incompleto". (L. Eiseley, 1971.) No solamente su cerebro no está bien desarrollado al nacer sino que el estado de no equilibrio en que se halla lo deja como un proceso de terminación no definida, que no tiene solución final.

Pero privado así de la ayuda de los instintos y provisto solamente de la "débil caña" de la razón con que tan fácilmente se engaña a sí mismo, ¿queda totalmente

sin ayuda de su dotación neurofisiológica? Parece que suponerlo así sería olvidar un punto importante. Su cerebro, tan superior al del primate no sólo en tamaño sino también en la calidad y estructura de sus neuronas, es capaz de reconocer que clase de metas conducen a la salud mental y al desarrollo del hombre, tanto física como psíquicamente. Puede poner metas que lleven a la comprensión de las necesidades reales, racionales del hombre, y éste puede organizar su sociedad de modo que conduzca a esa comprensión. El hombre no está sólo inacabado, incompleto y abrumado por contradicciones. Puede definírsele también como *un ser en búsqueda activa de su desarrollo óptimo,* aun cuando esta búsqueda haya de fallar muchas veces por ser las condiciones externas demasiado desfavorables.

La suposición de que el hombre es un ser activamente ocupado en buscar su desarrollo óptimo no deja de tener apoyo de datos neurofisiológicos. Un investigador de la talla de C. Herrick escribió:

La facultad que tiene el hombre de dirigir inteligentemente su propio desarrollo le otorga la capacidad de determinar la forma de su cultura y de hacer pasar así el curso de la evolución humana por los rumbos que él escoja. Esta capacidad, que no posee ningún otro animal, es la característica más distintiva del hombre y quizá el hecho más importante conocido por la ciencia. (C. J. Herrick, 1928.)

Livingston hace algunas observaciones muy pertinentes en relación con el mismo problema:

Queda ahora comprobado sin posibilidad de duda que diversos niveles de organización del sistema nervioso están interrelacionados entre sí interdependientemente. De alguna manera, *por medios todavía misteriosos, el comportamiento objetivo organizado en cada uno de esos diferentes niveles de función integradora se expresa por medio de una secuencia articulada de fines generales que representa algún tipo de cómputo juicioso final* entre las funciones contendientes. Los fines del organismo entero se manifiestan claramente y están servidos continuamente de acuerdo con algún punto de vista interno integrado. (R. B. Livingston, 1967a. Subrayado mío.)

Estudiando el problema de las necesidades que trascienden las fisiológicas primarias dice Livingston:

Algunos sistemas buscadores de fines en el nivel molecular pueden identificarse por procedimientos fisicoquímicos. Otros sistemas buscadores de fines en el nivel del circuito cerebral pueden identificarse por procedimientos neurofisiológicos. En cada nivel, algunas partes de estos sistemas se ocupan en los apetitos y satisfacciones que rigen el comportamiento. Todos estos sistemas buscadores de fines se originan en los materiales protoplásmicos y son intrínsecos de ellos. Muchos de tales sistemas tienen una especialización peculiar y están situados en determinados sistemas nerviosos y endocrinos. Los organismos evolutivamente complicados poseen apetitos y tienen satisfacciones no sólo para satisfacer las necesidades vegetativas; no sencillamente para las cooperaciones obligadas que requiere la unión sexual, la crianza de los hijos y la custodia del alimento, la familia y el territorio; no solamente en favor de los comportamientos adaptativos esenciales para afrontar venturosamente las vicisitudes del cambio ambiental; sino también para *energías extras,* para otros afanes y excesos: *las extravagancias que van más allá de la mera supervivencia.* (R. B. Livingston, 1967. Subrayado mío.)

Y prosigue diciendo:

El cerebro es producto de una evolución, del mismo modo que los dientes y las garras; pero podemos esperar mucho más del cerebro a causa de sus capacidades para la adaptación constructiva. Los neurocientíficos pueden tomar por objetivo de largo alcance el entendimiento de los potenciales más plenos del género humano para ayudar a la humanidad a tener mayor conciencia de sí misma y a iluminar las opciones más nobles del hombre. Por encima de todo, es el cerebro humano, con su capacidad de memoria, de aprendizaje, de comunicación, imaginación, creación y la facultad de tener conciencia de sí, lo que distingue a la humanidad. (R. B. Livingston, 1967.)

Sostiene Livingston que la cooperación, la fe, la confianza mutua y el altruismo están integrados en la trama del sistema nervioso y son propulsadas por satisfacciones internas inherentes a ellos[183]. Las satisfacciones internas no se limitan a los apetitos. Según Livingston:

También las delectaciones están relacionadas con satisfacciones positivas nacidas de una salud alegre, vigorosa y reposada; el deleite que acompaña a los valores conferidos genéticamente y los adquiridos socialmente; las alegrías, los sentimientos solitarios y compartidos de excitación agradable, engendrados por la revelación de la novedad y durante su búsqueda. Las delectaciones proceden de la satisfacción de la curiosidad y el placer de la averiguación, de la adquisición de grados cada vez mayores de libertad individual y colectiva. Los rasgos positivos de satisfacción permiten a los humanos aguantar privaciones increíbles y apegarse de todos modos a la vida y sobre todo, conceder importancia a las creencias que puedan superar los valores de la vida misma. (R. B. Livingston, 1967.)

El punto capital de Livingston, como de otros autores que citaremos después, es la oposición fundamental al antiguo pensamiento instintivista. No especulan acerca de qué región *especial* del cerebro "engendra" los empeños más altos, como los de la solidaridad, el altruismo, la confianza mutua y la verdad, sino que consideran *el sistema cerebral como un todo desde el punto de vista de su evolución al servicio de la supervivencia.*

Una sugerencia muy interesante es la que hace C. von Monakow, quien propone la existencia de una *conciencia biológica* (sineidesis) cuya función es garantizar la seguridad, la satisfacción, la adaptación y los afanes de perfección óptimos. Argumenta von Monakow que el funcionamiento del organismo en una dirección que sirve a su desarrollo proporciona *Klisis* (alegría, placer, felicidad), de donde el deseo de repetir esta clase de conducta; por otra parte, el comportamiento perjudicial al desarrollo óptimo del organismo produce *Ekklesis* (disgusto, una sensación desagradable) y hace que la persona evite el comportamiento que causa dolor. (C. von Monakow, 1950.)

H. von Foerster ha argumentado que la empatía y el amor son cualidades inherentes del sistema cerebral. Parte de la teoría del conocimiento y plantea la cuestión de cómo es posible que dos personas se comuniquen puesto que el lenguaje presupone una experiencia compartida. Como el medio ambiente no existe para el hombre por sí mismo sino en su relación con el observador humano, razona von

[183] Añade que los mamíferos y otros muchos seres no podrían sobrevivir una sola generación sin comportamiento cooperativo integrado, confirmando así las apreciaciones de P. Kropotkin en su famoso libro *Mutual aid* (1955).

Foerster, la comunicación presupone que hallemos "la representación semejante del ambiente en los dos elementos separados por sus pieles pero de estructuras iguales. Cuando comprenden y utilizan este conocimiento, A sabe lo que A* sabe porque A se identifica con A* y tenemos la igualdad Yo-Tu ... Es evidente que la identificación es la coalición más fuerte . . . y su manifestación más sutil es el amor". (H. von Foerster, 1961)[184]

Pero todas estas especulaciones parecen contradichas por el hecho incontrovertible de que el hombre, en los cuarenta mil años transcurridos desde su nacimiento definitivo, no ha desarrollado esos afanes "más altos" más cabalmente sino que parece haberse regido ante todo por su voracidad y destructividad. ¿Por qué no siguieron predominando, o no se hicieron predominantes, esas apetencias?

Antes de ponernos a examinar esta cuestión tratemos de delimitarla. Concediendo que no tenemos mucho conocimiento directo de la psique del hombre antes de empezar el neolítico, hay sin embargo buenas razones para suponer, como hemos visto, que los hombres más primitivos, desde los cazadores recolectores hasta los primeros agricultores, no se caracterizaban por destructividad ni sadismo, De hecho, las cualidades negativas que suelen atribuirse a la naturaleza humana se corroboraron y difundieron a medida que avanzaba la civilización. Debe además tenerse presente que la visión de los "objetivos superiores" se manifestó pronto en la historia por los grandes maestros que proclamaban los nuevos fines en protesta contra los principios de sus culturas respectivas; y esos objetivos, tanto en la forma secular como en la religiosa habían atraído una y otra vez los corazones de los hombres condicionados por su sociedad para creer lo contrario. Por cierto que el afán que el hombre tiene de alcanzar la libertad, la dignidad, la solidaridad y la verdad ha sido una de las motivaciones más fuertes para la producción de cambios históricos.

Pero aun teniendo en cuenta todo esto queda el hecho de que las tendencias superiores integradas hasta ahora han sido más bien derrotadas y las personas que viven en la actualidad lo sienten con angustia extraordinaria.

Condiciones sociales

¿Cuáles son las razones de esta derrota?

La única respuesta satisfactoria a esta pregunta parece estar en las circunstancias sociales en que vive el hombre. Durante casi toda su historia estas circunstancias, si bien favorecían el desenvolvimiento intelectual y técnico del hombre han sido contrarias al cabal desarrollo de esas potencialidades integradas a que se referían los autores antes citados.

Los casos más elementales en que se advierte la influencia de los factores del medio en la personalidad son los de influencia ambiental *directa* en el desarrollo del cerebro. Es actualmente un hecho bien establecido que la mala alimentación puede impedir el crecimiento normal del cerebro infantil. También los experimentos con animales han demostrado que no sólo la alimentación sino también otros factores como la libertad de movimientos y de juego pueden tener una influencia directa en el desarrollo del cerebro. Unos investigadores separaron dos grupos de ratas y pusieron el uno en un medio "favorecido" y el otro en uno "restringido". Las del primero

[184] La experiencia compartida es específicamente la base de todo el entendimiento psicológico; entender el inconsciente de otra persona presupone que entendemos al otro porque tenemos acceso a nuestro propio inconsciente y podemos así compartir su experiencia. Cf. F. Fromm, D. T. Suzuki y R. de Martino (1960).

estaban en una jaula grande donde podían moverse libremente, jugar con diversos objetos y unas con otras, mientras que los animales "restringidos" estaban aislados en jaulitas pequeñas. Es decir: los animales "favorecidos" tenían una oportunidad mucho mayor de estimulación y de ejercicio motor que los "restringidos". Los investigadores descubrieron que en el primer grupo la materia gris cortical era más gruesa que en el segundo (aunque el peso de su cuerpo era menor). (E. L. Bennett *et. al.*, 1964.)

En un estudio semejante, Altman "logró pruebas histológicas de un incremento en la región del córtex en los animales favorecidos, y pruebas autorradiográficas de una tasa mayor de proliferación celular en los animales favorecidos maduros". (J. Altman y G. D. Das, 1964.) Los resultados preliminares del laboratorio de Altman "indican que otras variables conductuales, como el tocar a las ratas de pequeñas, pueden alterar radicalmente el desarrollo del cerebro, en particular la proliferación celular en estructuras como el córtex cerebelar, las circunvoluciones dentadas del hipocampo y del neocórtex. (J. Altman, 1967a.)

La aplicación de estos resultados al hombre sugeriría que el crecimiento del cerebro depende no sólo de factores exteriores como la alimentación sino también del "cariño" con que se trata al bebé y se lo mueve, del grado de estimulación que recibe y del grado de libertad que se le deja de moverse, de jugar y de expresarse. Pero el desarrollo del cerebro no se detiene en la infancia, ni siquiera en la pubertad ni en la edad adulta. Como ha señalado R. B. Livingston, "no hay un punto a partir del cual cese el desarrollo y desaparezca la capacidad de reorganización después de las enfermedades o las lesiones". (R. B. Livingston, 1967.) Parece que durante toda la vida, los factores ambientales como la estimulación, el aliento y el afecto pueden seguir ejerciendo una sutil influencia en los procesos cerebrales.

Hasta ahora sabemos poco de la influencia directa que el medio ambiente ejerce sobre el desarrollo del cerebro. Por fortuna sabemos mucho más del papel que desempeñan los factores sociales en la formación del carácter (aunque todos los procesos afectivos, naturalmente, tienen un subestrato en los procesos cerebrales). Parece que en este punto nos hemos unido a la corriente principal del pensamiento en las ciencias sociales, la tesis de que el carácter del hombre lo forma la sociedad en que vive o en términos conductistas, el condicionamiento social a que es expuesto. Pero hay una diferencia fundamental entre este modo de ver y el que aquí proponemos. El ambientalista de las ciencias sociales es esencialmente relativista; según él, el hombre es una hoja de papel en blanco donde la cultura escribe el texto. Lo modela su sociedad, para bien o para mal, y este "bien" o "mal" se consideran juicios de valor desde un punto de vista ético o religioso[185]. La posición que aquí tomamos es que el hombre tiene un objetivo inmanente, que la constitución biológica del hombre es la fuente de las normas para la vida. Tiene la posibilidad de desarrollarse y desenvolverse a cabalidad, *con tal que las condiciones exteriores dadas sean conducentes a ese objetivo.*

Significa esto que hay condiciones ambientales específicas que conducen al desarrollo óptimo del hombre y si nuestros supuestos anteriores son acertados, al desarrollo del síndrome favorecedor de la vida. Por otra parte, en el grado en que

[185] Descollante excepción a la opinión ambientalista convencional es la de Marx, aunque el marxismo vulgar en su versión stalinista o reformista ha hecho cuanto ha podido por oscurecerla. Marx proponía un concepto de "naturaleza humana en general", diferente de "naturaleza humana modificada en cada época histórica", (K. Marx, 1906.) Para él ciertas condiciones sociales, como el capitalismo, producen un hombre "paralítico". El socialismo tal y como él lo concebía conduciría a la cabal realización del hombre por sí mismo.

esas condiciones falten, se convertirá en un hombre paralizado, disminuido, caracterizado por la presencia del síndrome enemigo de la vida.

Es verdaderamente asombroso que consideren esta opinión "idealista" o "anticientífica" muchos que no pensarían ni remotamente en cuestionar la relación entre constitución y normas en relación con el desarrollo y la salud físicos. No considero necesario insistir en este punto. Hay gran abundancia de datos, sobre todo en el campo de la nutrición, que demuestran cómo ciertos tipos de alimento conducen al desarrollo y la salud del cuerpo mientras otros son causa de mal funcionamiento orgánico, enfermedad y muerte prematura. También es bien sabido que no sólo el alimento puede tener esa influencia en la salud sino también otros factores, como el ejercicio o el estrés. En esto, el hombre no difiere de los demás organismos. Como sabe cualquier agricultor u horticultor, la semilla, para su debida germinación y para que crezca la planta, necesita cierto grado de humedad, calor y cierto tipo de tierra. Si no se dan estas condiciones, la semilla se pudrirá y morirá en la tierra; la planta nacerá muerta. Si las condiciones son óptimas, el árbol frutal crecerá hasta su posibilidad óptima y dará frutos tan perfectos como pueda producir esa clase de árbol. Si las condiciones son menos óptimas, el árbol y su fruto serán defectuosos o anormales.

La cuestión que se nos plantea entonces es ésta: ¿cuáles son las condiciones ambientales conducentes al desarrollo cabal de las potencialidades del hombre?

Se han escrito miles y miles de libros sobre el tema, y se han dado centenares de respuestas diferentes. Yo no voy a tratar de dar otra dentro del contexto de este libro[186]. Pero sí puedo hacer algunas declaraciones generales, siquiera brevemente:

Los datos históricos así como el estudio de los individuos indican que la presencia de la libertad, los estímulos activantes, la ausencia de dominio explotador y la presencia de modos de producción "centrados en el hombre" son favorables al desarrollo de éste; y que la presencia de las condiciones opuestas es desfavorable. Además, un creciente número de personas han comprendido el hecho de que no es la presencia de una o dos condiciones la que causa impacto, sino todo un sistema de factores. Esto significa que las condiciones generales conducentes al desarrollo total del hombre —y naturalmente cada fase del desarrollo individual tiene sus propias condiciones específicas— sólo pueden hallarse en un sistema social en que se combinan diversas condiciones favorables para asegurar el terreno apropiado.

Las razones de que los científicos sociales no hayan considerado cuestión de importancia primordial la de las condiciones sociales óptimas pueden discernirse fácilmente si uno reconoce el triste hecho de que, con unas cuantas excepciones sobresalientes, los sociólogos son esencialmente apologistas y no críticos del sistema social existente. Esto puede ser así porque, a diferencia de las ciencias naturales, sus resultados son de poco valor para el funcionamiento de la sociedad. Por el contrario, los resultados erróneos y el tratamiento superficial tienen la función útil de "cemento" ideológico, mientras que la verdad, como siempre, es una amenaza al *statu quo*[187]. Además, la tarea de estudiar el problema debidamente se ha hecho más difícil por la suposición de que "lo que la gente desea es bueno para ella". Se olvida el hecho de que muchas veces los deseos de la gente son perjudiciales para ella y que los deseos mismos pueden ser síntomas de mal funcionamiento, o de sugestión, o de ambas cosas. Todo el mundo sabe hoy, por ejemplo, que la drogadicción no es deseable, aunque muchas personas deseen tomar drogas. Como todo nuestro sistema

[186] Cf. E. Fromm (1955).

[187] Cf. la brillante crítica que de las ciencias sociales hace S. Andreski (1972).

económico se basa en crear deseos que los artículos pueden satisfacer con una ganancia, es difícil que un análisis crítico de lo irracionales que son los deseos sea popular.

Pero no podemos detenernos aquí. Debemos preguntarnos por qué la mayoría de las personas no emplean su razón en reconocer sus intereses reales de seres humanos. ¿Es sólo porque les han lavado el cerebro y obligado a obedecer? Además, ¿por qué no han tenido muchos dirigentes que reconocieran que sus verdaderos intereses de seres humanos no estaban servidos por el sistema que presidían? Explicarlo todo en función de su voracidad o su astucia, como tendían a hacer los filósofos de la Ilustración, no llega al fondo del problema.

Según demostró Marx en su teoría de la evolución histórica, en el intento de cambiar y mejorar las condiciones sociales el hombre está constantemente limitado por los factores materiales de su medio ambiente, como las condiciones ecológicas, el clima, la tecnología, la situación geográfica y las tradiciones culturales.

Como hemos visto, los cazadores recolectores primitivos y los primeros agricultores vivían en un medio relativamente bien equilibrado tendiente a engendrar pasiones constructivas y no destructivas. Pero en el proceso del desarrollo el hombre cambia y cambia su medio. Progresa intelectual y tecnológicamente; mas este progreso crea situaciones conducentes a la aparición del síndrome caracterial contrario a la vida. Hemos seguido esta evolución, siquiera esquemáticamente, en la descripción de la transformación que tiene la sociedad desde los primeros cazadores recolectores hasta la "revolución urbana". Con el fin de crear el ocio necesario para que los hombres pudieran convertirse en filósofos y eruditos, edificaran obras de arte como las pirámides de Egipto ... En fin, para crear cultura, el hombre tenía que tener esclavos, hacer guerras y conquistar territorios. El hombre hubo de crear circunstancias para su mismo desenvolvimiento en ciertos respectos, en particular en lo intelectual, lo artístico y lo científico, que lo menoscababan e impedían su evolución en otros respectos, sobre todo en lo afectivo. Fue así porque las fuerzas productoras no estaban suficientemente adelantadas para permitir la coexistencia del progreso técnico y cultural y la libertad, para permitir a todos el desarrollo sin menoscabo. Las condiciones materiales tienen sus leyes propias y el deseo de modificarlas no basta. Ciertamente, si la tierra hubiera sido creada como un paraíso donde el hombre no estuviera limitado por lo irreductible de la realidad material, su razón podría haber sido una condición suficiente para crear el medio adecuado a su desarrollo libre de trabas, con alimento suficiente para todos y, simultáneamente, la posibilidad de la libertad. Pero hablando en términos del mito bíblico, el hombre fue expulsado del Paraíso y no puede volver a él. Lleva encima la maldición del conflicto entre la naturaleza y él mismo. El mundo no fue hecho para el hombre. Al hombre lo lanzan al mundo, y sólo por su actividad y su razón puede crear un mundo conducente a su desarrollo cabal, que sea su morada humana. Sus mismos gobernantes fueron los ejecutores de la necesidad histórica, aun cuando fueran a menudo unos malvados que seguían sus caprichos y no cumplían su tarea histórica. La personal irracionalidad y la maldad fueron factores decisivos sólo en aquellos períodos en que las condiciones externas eran tales que hubieran permitido el progreso humano, y cuando impedían este progreso la deformación del carácter de los gobernantes . . . y los gobernados.

De todos modos, siempre ha habido visionarios que reconocieron claramente los objetivos de la evolución social e individual del hombre. Pero sus "utopías" no fueron "utópicas" en el sentido de que fueran sueños irrealizables. Tuvieron lugar en el "ninguna parte" (u-topía), pero ninguna parte no es "en ningún tiempo". Con esto

quiero decir que eran "utópicos" porque no existían en el momento en ningún lugar dado y quizá no pudieran existir; pero utópico no significa que no pudieran realizarse en el tiempo en *otro* tiempo. El concepto marxista del socialismo, hasta ahora no realizado en ninguna parte del mundo (sobre todo no realizado en los países socialistas), no era una utopía para él, puesto que creía que en aquel punto de la evolución histórica estaban ya dadas las condiciones materiales para su realización[188].

Sobre lo racional e irracional de los instintos y pasiones

Es una noción muy aceptada *que* los instintos son irracionales porque se oponen al pensamiento lógico. ¿Es esto cierto? Además, ¿pueden calificarse las pasiones radicadas en el carácter de racionales o irracionales?

Las palabras "razón" y "racional" se aplican convencionalmente sólo a los procesos mentales; se entiende que un pensamiento ¨racional" sigue las leyes de la lógica y no puede ser deformado por factores emocionales y con frecuencia patológicos. Pero "racional" e "irracional" se aplican también a veces a las acciones y los sentimientos. Así un economista dice que es irracional la introducción de maquinaria cara ahorradora de trabajo en un país donde faltan los obreros especializados y abunda la mano de obra no especializada. O que el gasto anual mundial de 180 mil millones de dólares en armamento (80% por parte de las superpotencias) es irracional porque sirve para producir cosas que no tienen valor en tiempo de paz. O un psiquiatra dice que un síntoma neurótico como la compulsión de lavarse o las angustias sin razón son irracionales por deberse a un mal funcionamiento de la mente y tender a trastornar más su funcionamiento debido.

Propongo llamar *racional a todo pensamiento, sentimiento o acto que favorece el funcionamiento y desarrollo adecuados del todo de que es parte e irracional al que tiende a debilitar o destruir ese todo.* Es evidente que sólo el análisis empírico de un sistema puede mostrar si ha de considerarse racional o irracional[189].

Aplicando este concepto de lo irracional a los instintos (pulsiones orgánicas), la conclusión inevitable es que son racionales. Desde un punto de vista darwiniano es precisamente la función de los instintos sustentar la vida adecuadamente, garantizar la supervivencia del individuo y de la especie. El animal se comporta racionalmente porque lo determina casi por entero el instinto y el hombre se conduciría racionalmente si lo determinara sobre todo el instinto. Su búsqueda del alimento, su agresividad (o huida) defensiva y sus deseos sexuales, hasta donde son estimulados

---

[188] Éste es el punto capital en que Sartre nunca ha entendido ni ha asimilado verdaderamente el pensamiento de Marx, tratando de combinar la doctrina esencialmente voluntarista con la teoría marxista de la historia. Cf. la excelente crítica que de Sartre ha hecho R. Dunayevskaya (próxima publicación).

[189] Aunque este empleo de racional no corresponde a la terminología filosófica acostumbrada actualmente, tiene su base en la tradición occidental. Para Heráclito el *logos* (cuya traducción es el latín *ratio)* es un principio organizacional sustentador del universo, relacionado con el significado, común en su tiempo, de logos en el sentido de ¨proporción". (W. K. Guthrie, 1962.) También en Heráclito. seguir el logos es "estar despierto". Aristóteles emplea el logos en el sentido de razón en un contexto ético *(Ethica nicomachea, V,* I I34a) y con frecuencia en la combinación de "razón recta". Tomás de Aquino habla de "apetito racional" *(appetitus rationalis)* y distingue entre razón relacionada con la acción y los hechos y razón relacionada exclusivamente con el conocimiento. Spinoza habla de afectos racionales e irracionales, y Pascal de razonamiento emocional Para Kant, la razón práctica *(Vernunft)* tiene la función de reconocer lo que *deberla hacerse,* mientras que la razón teórica nos hace reconocer *lo que es.* Véase también la aplicación que hace Hegel de lo racional en relación con las emociones. Finalmente, quiero mencionar en este breve examen la declaración de Whitehead de que "la función de la razón es fomentar el arte de vivir". (A. N. Whitehead, 1967.)

orgánicamente, no conducen al comportamiento irracional. La irracionalidad del hombre se debe al hecho de que no tiene instintos, no a la presencia de ellos.
En cuanto a lo racional de las pasiones radicadas en el carácter, habrá que separarlas según nuestro criterio de racionalidad. Las pasiones favorecedoras de la vida serán consideradas racionales porque fomentan el desarrollo y el bienestar o la bienandanza del organismo, y las pasiones que estrangulan la vida deben considerarse irracionales porque estorban ese desarrollo y bienestar. Pero es necesario precisar algo. La persona cruel o destructiva se ha hecho así porque le faltan las condiciones para su crecimiento ulterior. En las circunstancias dadas no puede, efectivamente, hacerlo mejor. Sus pasiones son irracionales para las posibilidades del hombre, pero son racionales en función de la situación social e individual particular en que vive una persona. Lo mismo puede decirse del proceso histórico. Las "megamáquinas" (L. Mumford, 1967) de la Antigüedad eran racionales en este sentido; aun el fascismo y el stalinismo podrían considerarse racionales si fueran el único paso históricamente posible, dadas las circunstancias. Claro está que esto lo dicen sus defensores. Pero tendrían que probar que no había otras opciones, históricamente más adecuadas además, que yo creo que sí las había[190].

Es menester repetir que las pasiones enemigas de la vida son tan respuesta a las necesidades existenciales del hombre como las favorables a la vida: unas y otras son profundamente humanas. Las primeras se desarrollan necesariamente cuando faltan las condiciones realistas necesarias para realizar las otras. Puede llamarse malo al hombre destructor porque la destructividad es mala; pero él es humano. No ha "regresado a la existencia animal" y no lo motivan los instintos animales; no puede cambiar la estructura de su cerebro. Podría considerársele un *fracaso existencial,* un hombre que no ha llegado a ser lo que podía según las posibilidades de su existencia. En todo caso, es una posibilidad tan real para un hombre el verse menoscabado en su desarrollo y volverse malo como la de desarrollarse a cabalidad y ser productivo; uno u otro resultado dependen ante todo de la presencia —o ausencia— de condiciones sociales conducentes al desarrollo.

Debo también añadir que cuando digo que las circunstancias sociales son causa del desarrollo del hombre no quiero dar a entender que éste es juguete de las circunstancias. Los factores ambientales favorecen u obstaculizan la aparición de ciertos rasgos y ponen límites a las acciones humanas. No obstante, la razón y la voluntad del hombre son factores poderosos en el proceso de su desarrollo, individual y social. No es la historia la que hace al hombre. Sólo el pensamiento dogmático, consecuencia de la pereza mental y afectiva, trata de montar esquemas simplistas del tipo de *esto o aquello,* que bloquean todo entendimiento verdadero[191].

---

[190] El esquema freudiano de Id-Ego-Superego ha oscurecido bastante este problema. Esa división obligó a la teoría psicoanalítica a considerar propio del ego todo cuanto no pertenece al id o al superego y este enfoque simplista (aunque con frecuencia muy alambicado) ha bloqueado el análisis del problema de lo racional.

[191] El hombre nunca es tan determinado que no sea posible un cambio fundamental, estimulado por cierto número de sucesos y experiencias posibles, en algún momento de *su* vida. Su potencial favorable a la afirmación de la vida nunca se extingue por completo, y nunca puede predecirse que no emergerá. Esta es la razón de que pueda producirse la conversión genuina (arrepentimiento). Para demostrar esta tesis haría falta otro libro. Sólo citaré aquí el abundante material que sobre cambios profundos puede hallarse en la terapia psicoanalítica y los muchos cambios que se producen "espontáneamente". la prueba más impresionante del hecho de que el medio inclina pero no determina la dan los acontecimientos históricos. Aun en las sociedades más depravadas hay siempre personalidades sobresalientes que encarnan la forma más alta de la existencia humana, Algunos de ellos han sido portavoces de la humanidad, "salvadores" sin los cuales el hombre podría haber perdido la visión de su meta; otros quedaron sepultados en el olvido. Fueron aquellos que la leyenda judía llama los treinta y seis justos de cada generación, cuya existencia garantiza la supervivencia de la humanidad.

Función psíquica de las pasiones

El hombre tiene que satisfacer las necesidades de su cuerpo para sobrevivir, y sus instintos lo mueven a obrar en favor de su supervivencia. Si sus instintos determinaran la mayor parte de su comportamiento, no tendría muchos problemas para vivir y sería una "vaca contenta", con tal que tuviera alimento suficiente[192]. Pero al hombre, la sola satisfacción de sus pulsiones orgánicas no le hace feliz, ni garantiza su salud. Tampoco es su problema el de satisfacer primero sus necesidades físicas y después, como un artículo de lujo, desarrollar sus pasiones radicadas en el carácter. Estas aparecen en el momento mismo de la existencia, y a menudo tienen más fuerza que las pulsiones orgánicas.

Cuando contemplamos el comportamiento del individuo y el de la masa vemos que el deseo de satisfacer el hambre y la sed es sólo una parte pequeña de la motivación humana. Las motivaciones principales del hombre son sus pasiones racionales e irracionales: su ansia de amor[193], de ternura, de solidaridad, de libertad y de verdad, así como el impulso de mandar, de someter, de aniquilar; el narcisismo, la voracidad, la envidia y la ambición. Estas pasiones lo mueven y excitan; son la materia de que están hechos no sólo nuestros sueños sino todas las religiones, los mitos, el teatro, las obras de arte . . . en resumen: todo lo que da sentido a la vida y la hace digna de ser vivida. Las personas motivadas por esas pasiones arriesgan su vida. Tal vez se suiciden si no logran alcanzar la meta de su pasión, pero no se suicidarán por la falta de satisfacción sexual, ni siquiera porque se estén muriendo de hambre. Pero ya sea que los impulse el odio o el amor, la pujanza de la pasión humana es la misma.

No cabe duda de que es así. En cuanto a por qué es así, la cosa resulta más difícil. Pero pueden proponerse algunas especulaciones hipotéticas.

La primera es una sugerencia que sólo podrían examinar los neurofisiólogos. Considerando que el cerebro tiene constante necesidad de excitación, hecho que ya vimos, podríamos imaginar que esa necesidad requiriera la existencia de anhelos apasionados porque sólo ellos pueden proporcionar excitación constante.

Otra hipótesis pertenece al campo ya examinado en esta obra: la unicidad de la experiencia humana. Como ya dijimos, el hecho de que el hombre tenga conciencia de sí, de su impotencia y aislamiento, parece hacerle intolerable la vida de mero objeto. Todo esto, naturalmente, lo supieron bien muchos pensadores, dramaturgos y novelistas de todos los tiempos. ¿Puede uno imaginarse realmente que el meollo del drama de Edipo esté en la frustración del deseo sexual que Edipo tiene de su madre? ¿O que Shakespeare pudo haber escrito el *Hamlet* girando en torno a la frustración sexual del principal personaje de la obra? Sin embargo, eso es lo que se imaginan los psicoanalistas clásicos, y con ellos, otros reduccionistas contemporáneos.

Las impulsiones instintuales del hombre son necesarias pero triviales; las pasiones del hombre que unifican su energía en la búsqueda de su meta pertenecen al dominio de lo devocional o sacro. El sistema de lo trivial es el de "ganarse la vida"; la esfera de lo "sacro" es la de la vida más allá de la sobrevivencia física. Es la esfera en que el

[192] Este cuadro requiere algunos retoques incluso en lo tocante a los animales que tienen necesidades aparte de su supervivencia fisiológica; la de jugar, por ejemplo.

[193] Naturalmente, los hijos de los animales necesitan "amor" también, y tal vez de una calidad no muy diferente del que necesitan los hijos de los humanos. Pero diferente del amor humano no narcisista a que aquí nos referimos.

hombre se juega su destino y a veces su vida, la esfera en que tienen sus raíces sus motivaciones más hondas: las de hacer una vida que valga la pena vivir[194].

En su intento de trascender la trivialidad de su vida el hombre se ve impulsado a buscar la aventura, a mirar más allá de la frontera que limita la existencia humana, y aun a traspasarla. Es esto la causa de que las grandes virtudes y los grandes vicios, de que la creación y la destrucción sean tan excitantes y atractivos. El héroe es el que tiene el valor de ir a la frontera sin sucumbir ante el miedo ni la duda. El hombre corriente es un héroe incluso en su intento fallido de ser héroe; lo motivan el deseo de hacer que su vida tenga algún sentido *y* la pasión de llegar hasta donde *pueda* en dirección de sus fronteras.

Hay que hacer un retoque importante al cuadro. Los individuos viven en una sociedad que les suministra formas ya listas que pretenden dar un significado a sus vidas. En nuestra sociedad, por ejemplo, se les dice que triunfar, "ganarse el pan", sacar adelante a tina familia, ser un buen ciudadano, consumir bienes y placeres da sentido a la vida. Pero mientras para la mayoría de las personas esta sugerencia opera en el nivel consciente, no adquieren un sentido genuino de plenitud de significado ni compensan la falta de interioridad central. Las pautas propuestas se desgastan y con frecuencia cada vez mayor fracasan. El que esto está sucediendo hoy en gran escala lo prueban el incremento de la drogadicción, la falta de interés verdadero por nada, la declinación de la inventiva intelectual y artística y el aumento de la violencia y la destructividad.

11

LA AGRESIÓN MALIGNA: CRUELDAD Y DESTRUCTIVIDAD

DESTRUCTIVIDAD APARENTE

Muy diferentes de la destructividad son ciertas experiencias arcaicas hondamente soterradas que suelen aparecer al observador contemporáneo como pruebas de la destructividad innata del hombre. Pero un análisis más detenido puede hacer ver que si bien sus consecuencias son actos destructivos, su motivación no es la pasión de destruir.

Un ejemplo de esto es la pasión de derramar sangre, que suele denominarse "sed de sangre". En general, derramar la sangre de una persona significa matarla, y así "matar" y "derramamiento de sangre" son sinónimos. Pero surge la cuestión de si no habrá un placer arcaico en el derramamiento de sangre diferente del placer de matar.

En un hondo, arcaico nivel de experiencia, la sangre es una substancia muy peculiar. De una manera muy común se la ha equiparado con la vida y la fuerza vital, y es una de las tres sustancias sagradas que emanan del cuerpo. Las otras dos son el semen y la leche. El semen representa la facultad viril de crear, mientras la leche representa la femenil y materna, y ambos fueron tenidos por sacros en muchos cultos y rituales. La sangre trasciende la diferencia entre varón y hembra. En las capas más

[194] Para apreciar debidamente esta diferencia debemos recordar que no necesariamente es sacro lo que una persona *llama* así. Hoy, por ejemplo, se tienen por sagrados los conceptos y símbolos del cristianismo, aunque ya no provocan un compromiso apasionado en la mayoría de los que van a misa; por otra parte, el anhelo de domeñar a la naturaleza, de conquistar la fama, el poder y el dinero, que son objetos de verdadera devoción, no se califican de sacros, porque no han sido integrados en un sistema religioso explícito. Sólo excepcionalmente, cuando uno ha hablado de "egoísmo sagrado" (en sentido nacional) o de "desquite sagrado", ha sido de otro modo en nuestros tiempos.

profundas de la experiencia, uno se apodera mágicamente de la fuerza vital misma derramando sangre.

Es bien conocido el empleo de la sangre con fines religiosos. Los sacerdotes del templo hebreo derramaban sangre de los animales sacrificados como parte del servicio; los sacerdotes aztecas ofrendaban a sus dioses los corazones todavía palpitantes de sus víctimas. En muchas costumbres rituales se confirmaba simbólicamente la hermandad mezclando la sangre de las personas.

Como la sangre es el "jugo de la vida", beber sangre es en muchos casos como reforzar la propia energía vital. En las orgías de Baco como en los rituales de Ceres, una parte del misterio consistía en comer cruda la carne del animal con la sangre. En las festividades dionisiacas de Creta solían desgarrar la carne del animal vivo con los dientes. Rituales semejantes se hallan también en relación con muchos dioses y diosas ctónicos. (J. Bryant, 1775.) J. G. Bourke menciona que los arios que invadieron la India despreciaban a los indígenas dasius hindostánicos porque comían carne humana y animal sin cocer, y manifestaban su disgusto natural llamándolos "comedores de crudo"[195]. Íntimamente relacionadas con este beber sangre y comer carne cruda están las costumbres que se nos comunican de tribus primitivas todavía existentes. En ciertas ceremonias religiosas es obligación de los indios hamatsas del Canadá noroccidental morder una parte del brazo, la pierna o el pecho de un hombre[196]. En tiempos modernos todavía puede verse que se considera sano beber sangre. Era una costumbre búlgara dar a un hombre que había pasado un susto mortal, el corazón tembloroso de una paloma sacrificada al instante, para ayudarle a reponerse de su espanto. (J. G. Bourke, 1913.) Incluso en una religión tan adelantada como la católica romana hallamos la práctica arcaica de beber vino después de consagrarlo como sangre de Cristo; y sería una deformación reduccionista suponer que este ritual es manifestación de impulsos destructivos y no afirmación de la vida y manifestación de comunidad.

Para el hombre moderno, el derramamiento de sangre no parece sino destructividad. Ciertamente, desde un punto de vista "realista", así es, pero si consideramos no sólo el acto en sí sino su significado en las capas más hondas y arcaicas de la experiencia, podemos llegar a una conclusión diferente. Derramando nuestra sangre o la de otro, nos ponemos en contacto con la fuerza vital; esto puede ser en sí una experiencia embriagante en el nivel arcaico, y cuando se ofrece a los dioses, quizá un acto de la más sagrada devoción; no es necesariamente el motivo el deseo de destruir.

Consideraciones semejantes se aplican también al fenómeno del canibalismo. Los que argumentan en favor de la destructividad innata del hombre se han sólido servir del canibalismo como de un argumento capital para probar su teoría. Señalan el hecho de que en las cuevas de Choukoutien se hallaron cráneos de donde se había sacado el cerebro por la base. Se especulaba que lo hacían para comerse los sesos, que según eso les gustarían a los matadores. Naturalmente, existe esa posibilidad, aunque tal vez corresponda más a la mentalidad del hombre consumidor moderno. Una explicación más probable es que se empleaba el cerebro con fines mágicos y ritualistas. Como ya señalamos, tal posición adoptó A. C. Blanc (1961), quien apreció fuerte semejanza entre los cráneos del hombre pequinés y los hallados en

[195] Puede verse hasta cuándo perduraría este ritual de comer la carne de un animal vivo por una tradición talmúdica que dice que entre las siete normas éticas aceptadas ya por Noé (y con él por toda la humanidad) estaba la prohibición de comer carne de un animal vivo.

[196] Comunicación sobre los indios del noroeste del Canadá, en actas de la British Association for the Advancement of Science, reunida en Newcastle-upon-Tyne, 1889 (citada por J. G. Bourke. 1913).

Monte Circeo, que datan de casi medio millón de años después. Si esta interpretación es acertada, lo mismo podría aplicarse al canibalismo ritual, a la manducación y sangría rituales.

Es seguro que el canibalismo no ritual fue práctica común entre los "primitivos" de los últimos siglos. Por todo lo que sabemos del carácter de los cazadores recolectores que todavía viven o lo que podemos presumir de los prehistóricos, no fueron asesinos, y es muy improbable que fueran caníbales. Como dice sucintamente Mumford, "así como el hombre primitivo era incapaz de nuestras exhibiciones masivas de crueldad, tortura y exterminio, es probable que lo fuera de asesinar a un semejante para comer". (L. Mumford, 1967.)

Las observaciones que anteceden son para advertir contra la interpretación apresurada de que todo comportamiento destructor es consecuencia de un instinto destructor sin reconocer la frecuencia de la motivación religiosa y no destructora que oculta ese comportamiento. No tienen la intención de minimizar los estallidos de crueldad y destructividad verdaderas de que ahora vamos a tratar.

FORMAS ESPONTÁNEAS

La destructividad[197] aparece en dos formas: espontánea y ligada a la estructura de carácter. Por la primera entiendo los estallidos de impulsos destructores inactivos (no necesariamente reprimidos) activados por circunstancias extraordinarias, a diferencia de la permanente, si bien no siempre manifiesta, presencia de rasgos destructivos en el carácter.

Los hechos históricos

La documentación más amplia —y horripilante— para las formas aparentemente espontáneas de la destructividad se halla en el historial de la civilización. La historia de la guerra es una crónica de asesinatos y torturas despiadados e indiscriminados cuyas víctimas fueron hombres, mujeres y niños. Muchos de esos sucesos dan la impresión de orgías de destrucción en que no produjeron efecto inhibitorio alguno los factores morales convencionales ni genuinos. La muerte era la forma más suave en que se manifestaba la destructividad. Pero las orgías no se detenían ahí: se castraba a los hombres, se desventraba a las mujeres, se crucificaba a los prisioneros o se les echaba a los leones. Apenas hay un acto destructivo que se le pudiera ocurrir a la imaginación humana que no haya sido ejecutado una y otra vez. Hemos presenciado la misma frenética mortandad mutua de cientos y miles de hindúes y musulmanes en la India durante la partición, y en Indonesia en la purga anticomunista de 1965, donde, según diversas fuentes, de cuatrocientos mil a un millón de comunistas verdaderos o supuestos fueron sacrificados, en unión de muchos chinos. (M. Caldwell, 1968.) No es necesario dar más detalles de las manifestaciones de destructividad humana, porque son bien conocidos y además, los mencionan a menudo quienes desean probar que la destructividad es innata, como por ejemplo D. Freeman (1964).

En cuanto a las causas de la destructividad, las veremos al estudiar el sadismo y la necrofilia. He mencionado estas erupciones aquí para dar ejemplos de destructividad no ligada a la estructura del carácter, como en el caso del carácter sádico y necrófilo. Pero

[197] Empleo aquí "destructividad" tanto para la destructividad propiamente dicha ("necrofilia") coma para el sadismo. Más adelante haremos la distinción entre las dos.

estas explosiones destructivas no son espontáneas en el sentido de que estallen sin razón alguna. En primer lugar siempre hay condiciones externas estimulantes, como las guerras, los conflictos religiosos o políticos, la pobreza, el aburrimiento extremo y la insignificancia del individuo. En segundo lugar, hay razones subjetivas: fuerte narcisismo colectivo, nacional o religioso, como en la India, cierta propensión a un estado de trance, como en algunas partes de Indonesia. No es la naturaleza humana que hace una súbita aparición sino que el potencial destructivo es favorecido por ciertas condiciones permanentes y movilizado por acontecimientos traumáticos súbitos. Sin estos factores provocadores, las energías destructivas de estas poblaciones parecen dormidas, y no son, como con el *carácter* destructivo, una fuente de energía constantemente manando.

Destructividad vengativa

La destructividad vengativa es una reacción espontánea al sufrimiento intenso e injustificado infligido a una persona o a los miembros de un grupo con quien ella se identifica. Difiere de la agresión defensiva normal de dos modos: 1] sucede *después* de haber sido hecho el daño, y por lo tanto no es defensa contra un peligro *que amenaza* y 2], es de intensidad mucho mayor, y con frecuencia cruel, viciosa e insaciable. El lenguaje mismo expresa esta índole particular de la venganza cuando dice "sed de venganza".

No es necesario insistir en cuán difundida se halla la agresión vengativa tanto entre individuos como entre grupos. La hallamos en la forma de venganza sangrienta instituida en casi todo el orbe: África oriental y nororiental, Congo superior, África occidental, muchas tribus fronterizas del norte de la India, Bengala, Nueva Guinea, Polinesia, Córcega (hasta hace poco) y estaba muy difundida entre los aborígenes norteamericanos. (M. R. Davie, 1929.) La venganza de la sangre es un deber sagrado que corresponde al miembro de una familia, un clan o una tribu, que debe matar a un miembro de la unidad correspondiente si uno de los suyos fue muerto. A diferencia del simple castigo, en que el crimen se expía castigando al criminal o a aquellos a quienes él pertenece, en el caso de la venganza de la sangre el castigo del agresor no pone fin a la serie. La muerte punitiva representa una nueva muerte que a su vez obliga a los miembros del grupo castigado a castigar al castigador, y así *ad infinitum.* Teóricamente, la venganza de la sangre es una cadena sin fin y de hecho a veces conduce a la extinción de familias enteras y aun grupos mayores. Se halla la venganza de la sangre —aunque en forma de excepción— incluso entre poblaciones muy pacíficas como los groenlandeses, que no conocen el significado de la guerra, si bien Davie escribe: "Pero esta práctica está poco desarrollada y la obligación no parece en general muy estricta para los supervivientes." (M. R. Davie, 1929.)

No sólo la venganza de la sangre sino todas las formas de castigo —desde las primitivas hasta las contemporáneas— son manifestación de venganza. (K. A. Menninger, 1968.) El ejemplo clásico es la ley del Talión del Antiguo Testamento. La amenaza de castigar una fechoría hasta la tercera y la cuarta generación debe considerarse manifestación de venganza de parte de un dios cuyos mandamientos fueron desoídos, aunque parece que se hizo el intento de atenuar el concepto tradicional añadiendo "que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado". La misma idea puede hallarse en muchas sociedades primitivas —por ejemplo en la ley de los yacutos, que dice : "La sangre del hombre, si es derramada, requiere expiación." Entre

los yacutos, los hijos del asesinado se vengaban de los hijos del matador hasta la novena generación. (M. R. Davie, 1929.)

No puede negarse que la venganza de la sangre y el derecho criminal, aunque malos, tienen también una función, que es conservar la estabilidad social. En los casos en que falta esta función puede verse toda la fuerza del ansia de venganza. Así, un gran número de alemanes ardían en deseos de vengarse por la derrota de 1914-18, o más concretamente por la injusticia del tratado de Versalles en sus condiciones materiales y sobre todo en su exigencia de que el gobierno alemán aceptara toda la responsabilidad por el desencadenamiento de la guerra. Es bien sabido que las atrocidades reales o supuestas pueden ser el botafuego del furor y la vindicta más intensos. Hitler centró su propaganda en los supuestos malos tratos a las minorías alemanas en Checoslovaquia antes de atacar a este país; la masacre al por mayor en Indonesia en 1965 tuvo por inflamador inicial el relato de la mutilación de algunos generales opuestos a Sukarno. Un ejemplo de sed de venganza que ha durado casi dos mil años es la reacción a la ejecución de Jesús, atribuida a los judíos; la acusación de que "mataron a Jesucristo" ha sido tradicionalmente una de las fuentes principales de violento antisemitismo.

¿Por qué es la pasión de la venganza tan intensa y honda? Sólo puedo proponer algunas especulaciones. Veamos primero la idea de que la venganza es en cierto sentido un acto mágico: al aniquilar a quien cometió la

atrocidad se deshace mágicamente su acción. Esto se expresa hoy todavía diciendo que con su castigo "el criminal ha pagado su deuda"; al menos en teoría es como alguien que nunca cometió un crimen. Puede decirse que la venganza es una reparación mágica; pero suponiendo que así sea, ¿por qué es tan intenso ese deseo de reparación? Tal vez el hombre esté dotado de un sentido elemental de justicia, y quizá se deba a un sentido profundo de "igualdad existencial": todos somos nacidos de madre, fuimos una vez niños indefensos y tendremos que morir un día[198]. Aunque el hombre no siempre se puede defender del daño que le infligen, en su deseo de desquite trata de borrar la página y de negar mágicamente que se infligiera el daño alguna vez. (Parece que la envidia tiene el mismo origen[199]. Caín no pudo aguantar que a él lo rechazaran y a su hermano lo aceptaran. El rechazo era arbitrario y no estaba en su poder cambiarlo; esta injusticia fundamental suscitó tal envidia que ni siquiera la muerte de Abel bastó para su compensación.) Pero debe haber todavía otra causa. El hombre trata de tomarse la justicia por su mano cuando le fallan Dios o las autoridades seculares. Es como si en su pasión vindicativa se elevara al papel de Dios y de ángel de la venganza. Precisamente a causa de esta elevación, el acto de la venganza puede ser su hora más sublime.

Todavía podemos especular más. Las crueldades como las mutilaciones físicas, la castración y la tortura violan las exigencias mínimas de la conciencia común a todos los hombres. En la pasión de venganza contra quienes cometen actos tan inhumanos ¿hay movilización por esa conciencia elemental? O tal vez haya además una defensa contra la conciencia de nuestra propia destructividad mediante el artificio proyectivo "son ellos —yo no— los destructores y crueles".

La respuesta a estas cuestiones requeriría más estudio del fenómeno de la venganza.

Pero las consideraciones presentadas parecen apoyar la opinión de que la pasión de la venganza está tan hondamente arraigada que es menester pensar que tal vez la tengan todos los hombres.

---

[198] En *El mercader de Venecia,* acto 3, escena 1, Shylock expresa bella *y* conmovedoramente este sentido elemental de igualdad.

[199] Cf. G. M. Foster (1972).

Sin embargo, tal suposición no concuerda con los hechos. Ciertamente, está muy difundida, pero con grandes diferencias de grado, hasta el punto de que ciertas culturas[200] e individuos parecen conservar sólo mínimos vestigios de ella. Debe haber factores que expliquen la diferencia. Uno de ellos es el hecho de la escasez o la abundancia. La persona —o grupo— que tiene confianza en la vida y disfruta de ella, cuyos recursos materiales quizá no sean muy grandes pero basten para no provocar mezquindad, tendrán menos ansia de reparar el daño que las personas preocupadas y cicateras que temen no poder compensar nunca sus pérdidas.

Puede afirmarse con bastante probabilidad de acertar que la sed de venganza se representaría con una línea en uno de cuyos extremos estarían las personas en quienes nada despertaría el deseo de vengarse, personas que han llegado al grado de perfección que en términos budistas o cristianos se considera el ideal para todos. En el otro extremo estarían las que tienen un carácter inquieto, atesorador o muy narcisista, para quienes el más pequeño detrimento despertará un intenso anhelo de desquite. Ejemplo de este tipo sería quien habiéndole sido robados unos cuantos dólares quiere que el ladrón sea gravemente castigado; o el profesor menospreciado por un estudiante y que escribe sobre él un informe negativo cuando le piden lo recomiende para un buen empleo, o un cliente "indebidamente" tratado por un agente vendedor y que se queja a la dirección pidiendo que lo despidan. En estos casos nos las habemos con caracteres donde la venganza es un rasgo constantemente presente.

Destructividad de éxtasis

Sufriendo por el convencimiento de su impotencia y apartamiento, el hombre puede tratar de sobreponerse a la carga de su existencia logrando un éxtasis como de trance ("estar uno fuera de sí") para recobrar la unidad dentro de sí mismo y con la naturaleza. Hay muchos modos de realizarlo. Uno muy transitorio lo proporciona la naturaleza con el acto sexual. Puede decirse que esta experiencia es el prototipo natural de la concentración total y el éxtasis momentáneo; puede abarcar también a la otra parte, pero con demasiada frecuencia es una experiencia narcisista para cada uno de los dos participantes, quizá con gratitud mutua por el placer que se proporcionan uno al otro (y que suele conocerse por amor).

Ya nos hemos referido a otros modos simbióticos, más duraderos e intensos, de llegar al éxtasis. Los hallamos en los cultos religiosos, como las danzas extáticas, el empleo de las drogas, las orgías sexuales frenéticas o los estados de trance autoprovocados. Un ejemplo notorio de estado autoprovocado son las ceremonias productoras de trance de Bali. Son particularmente interesantes en relación con el fenómeno de la agresión porque en una de las danzas ceremoniales[201], los participantes tienen un *kris* (especie de daga), con que se hieren a sí mismos (y a veces mutuamente) en el colmo del rapto. (J. Below, 1960 y V. Monteil, 1970.)

Hay otras formas de éxtasis en que el meollo de la experiencia es el odio y la destructividad. Un ejemplo es el "ponerse berserk", que solía hallarse en las tribus teutónicas *(berserk* significa "camisa de oso"). Era un rito de iniciación en que se provocaba en el adolescente un estado de identificación con un oso. El iniciado atacaba a la gente, trataba de morder y sin hablar sino emitiendo solamente sonidos parecidos a los de un oso. El hallarse en ese estado de trance era la culminación del ritual, y haber participado en él era el inicio de la virilidad independiente. La expresión *furor teutonicus*

[200] Por ejemplo, el contraste entre las culturas de sistema A y sistema C, como vimos en el capítulo 8.

[201] Estas danzas son de gran valor artístico y su función va más allá de lo que aquí pongo de relieve.

da a entender la índole sacra de aquel estado de furia. Hay en este ritual varios aspectos dignos de mención. El primero de todos era la furia por la furia, no dirigida contra un enemigo ni provocada por ningún daño ni insulto. Aspiraba a un estado de trance organizado en torno al sentimiento totalmente avasallador de rabia, tal vez provocado con ayuda de drogas. (H. D. Fabing, 1956.) Se requería la fuerza unificadora de la furia absoluta para llegar a la experiencia del éxtasis. En segundo lugar, era un estado colectivo basado en la tradición, la guía de los shamanes y el efecto de la participación grupal. En tercer lugar era un intento de regresar a la existencia animal, en este caso la del oso; y los iniciados se comportaban como un animal rapaz. Finalmente, era un estado de furia transitoria y no crónica.

Otro ejemplo de ritual que ha sobrevivido hasta nuestros días y que muestra el estado de trance organizado en torno al furor y la destructividad puede verse en una pequeña población española. Todos los años en determinada fecha se juntan los varones en la plaza principal, cada uno de ellos con un tambor, pequeño o grande. A las doce del día en punto empiezan a tañer los tambores y no se detienen hasta el día siguiente a la misma hora. Al cabo de un rato se ponen frenéticos, y en el proceso del incesante batir de los tambores el frenesí se vuelve trance. A las veinticuatro horas exactamente termina el ritual. La piel de muchos tambores está rota y las manos de los tañedores hinchadas y muchas veces ensangrentadas. El aspecto más notable de este proceso lo presentan los rostros de los participantes: son rostros de hombres en trance y su expresión es de furia frenética[202]. Es evidente que el batir de los tambores da expresión a potentes impulsos destructivos. Es probable que el ritmo del comienzo contribuya a estimular el estado de trance, pero al cabo de un rato cada tañedor de tambor está completamente poseído por la pasión de tañer. Esta pasión se apodera cabalmente de los participantes y sólo la fuerza de su intensidad puede lograr que sigan redoblando durante veinticuatro horas a pesar del dolor de las manos y de los cuerpos cada vez más exhaustos.

El culto a la destructividad

Semejante en muchos modos a la destructividad de éxtasis es la dedicación crónica de toda una vida al odio y la destructividad. No es un estado momentáneo como el de éxtasis, pero tiene la función de apoderarse de toda la persona, de unificarla en el culto de un fin; destruir. Este estado es una idolatría permanente del dios de la destrucción; sus devotos le consagran su vida efectivamente.

Kern, von Salomon: caso clínico de idolatría de la destrucción

Un ejemplo excelente de este fenómeno se halla en la novela autobiográfica de E. von Salomon (1930), uno de los cómplices del asesinato, en 1922, de W. Rathenau, el capaz ministro liberal de Negocios Extranjeros alemán.

Nació von Salomon en 1902. Hijo de un oficial de policía, era cadete al estallar la revolución alemana, en 1918. Estaba lleno de un odio ardiente contra los revolucionarios, pero igualmente contra la clase media burguesa; le parecía que satisfecha con las comodidades de la existencia material, había perdido el espíritu de sacrificio y devoción a la nación. (A veces sentía simpatía por el ala más extremista de los revolucionarios de izquierda, que también querían acabar con el orden existente.) Von Salomon se hizo amigo de un grupo de ex oficiales fanáticos de ideas semejantes a las suyas, entre ellos

[202] El nombre de la población es Calanda. Vi una película del ritual y nunca he olvidado la extraordinaria impresión que me causó esa orgía de odio.

Kern, que después mató a Rathenau. Al final fue aprehendido y sentenciado a cinco anos de prisión[203]. Como su protagonista, Kern, von Salomon puede ser considerado prototipo de los nazis, pero al contrario que la mayoría de éstos, von Salomon y su grupo no eran oportunistas ni siquiera aspiraban a las comodidades de la vida.

En su novela autobiográfica dice de sí von Salomon: "Siempre tuve especial placer en destruir, y así puedo sentir en pleno dolor cotidiano un placer absorbente al ver cómo se ha reducido el bagaje de ideas y valores, cómo el arsenal del idealismo se ha ido poco a poco a tierra hasta quedar sólo un manojo de carne con nervios al desnudo; nervios que como cuerdas tensas devolvían cada son vibrantemente y duplicado en el aire enrarecido del aislamiento."

Von Salomon no siempre fue tan devoto de la destrucción como este párrafo parecería indicar. Alguno de sus amigos, sobre todo Kern, debió causarle enorme impresión; e influyeron en él con su actitud más fanática.

Una discusión muy interesante entre von Salomon y Kern revela la dedicación del segundo a la destructividad y el odio absolutos.

Empieza von Salomon la conversación diciendo: "Deseo poder. Quiero una meta que llene mi jornada, quiero la vida totalmente, con toda la dulzura de este mundo, quiero saber que los sacrificios valen la pena."

Kern le responde con fiereza: "Deja tus preguntas ¡maldita sea! Dime si sabes mayor felicidad, si es felicidad lo que codicias, que aquella que sólo sentimos por la violencia por la que morimos como perros."

Unas cuantas páginas después, Kern dice: "No podría soportar que la grandeza resurgiera de la basura de este tiempo. No peleamos por que la nación sea feliz sino por obligarla a su destino. Pero si ese hombre [Rathenau] da otra vez un rostro a la nación, si logra movilizarla otra vez y darle una voluntad y una forma que perecieron en la guerra, eso no podría soportarlo."

Respondiendo a la pregunta de cómo sobrevivió él, oficial del Imperio, a la jornada de la revolución, dice: "No sobreviví, me pegué un tiro en la cabeza, como mandaba el honor, el 19 de noviembre de 1918; estoy muerto, y lo que vive en mí no soy yo. Desde aquel día no he conocido un 'yo' ... Morí por la nación. Por eso todo vive en mí sólo por la nación. ¡Cómo podría soportarlo de otro modo! Hago lo que tengo que hacer porque muero todos los días. Como lo que hago es dado sólo a un poder, todo cuanto hago radica en ese poder. *Ese poder significa destrucción y yo destruyo* ... Sé que seré triturado y convertido en nada, que caeré cuando este poder me abandone." (Subrayado mío.)

En lo que dice Kern vemos el masoquismo intenso con que se hace sujeto voluntario de un poder superior, pero lo más interesante en este contexto es la fuerza unificadora del odio y el deseo de destruir que adora este hombre y por el cual está dispuesto a dar su vida sin vacilación.

Ya fuera la influencia del suicidio de Kern antes de que lo detuvieran o el fracaso político de sus ideas, parece que en von Salomon la esperanza del poder y sus halagos dejó paso al odio absoluto y la amargura. En la prisión se sentía tan sólo que no podía soportar que el director tratara de acercársele "con interés humano". No toleraba las preguntas de sus compañeros de prisión en el calor de los primeros días de la primavera. "Entraba paso a paso en mi celda, que me era hostil ... odiaba al guardián que me abría la puerta y al hombre que me llevaba la sopa y a los perros que jugaban frente a mi ventana. *Me asustaba la alegría."* (Subrayado mío.) Describe a continuación cuán triste lo puso el árbol del patio cuando empezó a florear.

[203] No sé si al final de su vida cambió, ni de qué modo. Mi análisis se limita estrictamente a lo que él dice de sí y sus amigos en el momento en que escribe, con tal que la novela sea autobiográfica.

Cuenta su reacción cuando en su tercera Navidad en la cárcel, el director quiso hacer agradable el día a los presos para ayudarlos a olvidar:

Pero yo no quiero olvidar. Maldito sea si olvido. Quiero representarme mentalmente cada día y cada hora del pasado. Eso crea un odio potente.

No quiero olvidar ninguna humillación, ningún menosprecio, ningún gesto arrogante. Quiero pensar en todas las bajezas que me hicieron, todas las palabras dolorosas, intencionalmente dolorosas, que me dijeron. Quiero recordar todos los rostros, todas las experiencias, todos los enemigos. *Quiero cargar mi vida entera con toda esa asquerosa basura, con toda esa masa acumulada de recuerdos asquerosos.* No quiero olvidar; *pero lo poco bueno que me sucedió, eso sí quiero olvidarlo.* (Subrayado mío.)

En cierto modo von Salomon, Kern y su pequeño círculo podrían considerarse revolucionarios, porque aspiraban a la destrucción total de la estructura social y política existente y a remplazarla por un orden nacionalista, militarista . . . del que apenas tenían una idea concreta. Pero un revolucionario en sentido caracterológico no sólo tiene el deseo de derribar el orden viejo; si no lo motivan el amor a la vida y la libertad, es un rebelde destructivo, (Esto es cierto también para quienes participan en un movimiento revolucionario genuino pero son motivados por la destructividad.) Si analizamos la realidad psíquica de esos hombres, descubrimos que eran destructores y no revolucionarios. Odiaban no sólo a sus enemigos sino a la vida misma. Esto se echa de ver con toda claridad en lo que dice Kern y en la descripción que hace von Salomon de su reacción ante los hombres de la cárcel, los árboles y los animales. Se sentía completamente ajeno e impasible a todos y a todo lo que tuviera vida.

Es particularmente interesante la particularidad de esta actitud si recordamos la de muchos revolucionarios genuinos en su vida privada, y sobre todo encarcelados. Pensamos en las famosas cartas que escribió Rosa Luxemburgo desde la cárcel, en que describe con ternura poética el ave que puede observar desde su celda; son cartas sin la menor huella de amargura. Pero no es necesario pensar en una persona extraordinaria como Rosa Luxemburgo. Hubo y hay miles y miles de revolucionarios encarcelados en todo el mundo cuyo amor por todo lo que tiene vida jamás disminuyó en sus años de prisión.

Para entender por qué personas como Kern y von Salomon buscan su realización en la destrucción y el odio tendríamos que conocer mejor la historia de su vida; no podemos tener ese conocimiento y hemos de contentarnos con saber *una* condición de su culto por el odio: Su mundo entero se había derrumbado, moral y socialmente. Sus valores de nacionalismo, sus conceptos feudales de honor y obediencia, todas esas cosas habían perdido su base con la derrota de la monarquía. (Aunque en el fondo no fuera la derrota militar a manos de los aliados sino la marcha victoriosa del capitalismo dentro de Alemania lo que destruyó su mundo semifeudal.) Lo que habían aprendido de oficiales ahora no servía, aunque catorce años después sus oportunidades profesionales hubieran sido magníficas. Su sed de venganza, la insignificancia de su existencia en aquel tiempo, su desarraigo social explican mucho su culto al odio. Pero no sabemos hasta qué punto era su destructividad manifestación de una estructura de carácter formada ya muchos años antes de la primera guerra mundial. Esto parece haber sido más probablemente el caso de Kern, mientras que yo supongo que la actitud de von Salomon era quizá más transitoria y provocada en gran parte por la impresionante personalidad de Kern. Éste parece cuadrar en el examen ulterior del carácter necrófilo. Lo he incluido aquí porque es un buen ejemplo del culto idólatra al odio.

Otra observación puede ser relevante tanto para éste como para otros muchos casos de destructividad, sobre todo entre grupos. Me refiero al efecto "desencadenante" del comportamiento destructivo. Una persona puede reaccionar primero con una agresión defensiva ante una amenaza; con este comportamiento se deshace de algunas de las inhibiciones convencionales al comportamiento agresivo. Esto facilita otros tipos de agresividad, como la soltura de la destrucción y la crueldad. Tal vez se produzca así una reacción en cadena donde la destructividad se haga tan intensa que al llegar a una "masa crítica", el resultado sea un estado de éxtasis en una persona y sobre todo en un grupo.

EL CARÁCTER DESTRUCTIVO: EL SADISMO

El fenómeno de los estallidos de destructividad espontáneos y transitorios tiene tantas facetas que es necesario mucho más estudio para llegar a una comprensión más definida que la presentada en los intentos de las páginas precedentes. Por otra parte, los datos sobre la destructividad en sus formas ligadas al carácter son más abundantes y definidos; esto no es sorprendente si consideramos que son producto de prolongadas observaciones psicoanalíticas y de la vida diaria y además, que las condiciones que engendran esas formas de carácter son relativamente estables y de larga duración.

Hay dos conceptos tradicionales acerca de la naturaleza del sadismo, empleados a veces solos, otras combinados.

Uno de ellos se expresa por la palabra de "algolagnia" *(algos,* "dolor"; *lagneia,* "placer"), creada por von Schrenk-Notzing al empezar el siglo.
Distinguía también él entre algolagnia activa (sadismo) y algolagnia pasiva (masoquismo). En este concepto la esencia del sadismo se ve en el deseo de infligir dolor, independientemente de cualquier implicación sexual[204].

El otro concepto ve el sadismo como un fenómeno sexual —según Freud, impulso parcial de la libido (en la primera fase de su pensamiento)—y explica los deseos sádicos que no tienen relación franca con los anhelos

sexuales como motivados inconscientemente por éstos. Se ha hecho gala de bastante ingenio psicoanalítico para demostrar que la libido es la fuerza motriz de la crueldad, aun cuando a simple vista no se descubran esas motivaciones sexuales.

Esto no significa negar que el sadismo sexual, junto con el masoquismo, es una de las perversiones sexuales más frecuentes y mejor conocidas. Para las personas afligidas por esta perversión, es una condición de la excitación y el alivio sexuales. Va desde el deseo de causar daño físico a una mujer —por ejemplo, pegándole— hasta el de humillarla, encadenarla u obligarla a la obediencia total de otros modos. A veces, el sádico necesita infligir dolor y sufrimiento intensos para excitarse sexualmente; a veces basta una dosis pequeña para obtener el efecto deseado. Muchas veces es suficiente un fantaseo sádico para provocar la excitación sexual, y no es pequeño el número de hombres que se copulan normalmente con sus esposas, pero, sin saberlo éstas, necesitan una fantasía sádica para excitarse sexualmente. En el masoquismo sexual el procedimiento es inverso: la excitación está en ser

[204] Cf. J. P. de River (1956). El libro contiene una colección de interesantes historias de causas criminales relacionadas con actos sádicos, pero padece del empleo indiscriminado del concepto de "sadismo" para abarcar impulsos diversos de dañar a lo» demás.

apaleado, insultado, lastimado. Tanto el sadismo como el masoquismo son perversiones sexuales frecuentes entre los hombres. Parecería que el sadismo sexual es más frecuente entre los hombres que entre las mujeres, al menos en nuestra cultura; el que el masoquismo sea más frecuente entre las mujeres es difícil de asegurar, debido a la falta de datos confiables al respecto.

Antes de empezar a examinar el sadismo parecen apropiados algunos comentarios acerca de si es perversión y si lo es, en qué sentido.

Se ha puesto de moda entre algunos pensadores políticamente radicales, como Herbert Marcuse, alabar el sadismo como una de las manifestaciones de libertad sexual de los humanos. Las obras del marqués de Sade se reimprimen en periódicos extremistas como manifestaciones de esa "libertad". Aceptan la argumentación de Sade de que el sadismo es un deseo humano y que la libertad requiere que los hombres tengan el derecho de satisfacer sus deseos sádicos y masoquistas, como todos los demás, si eso les procura placer.

El problema es muy complejo. Si uno define como perversión —como se ha hecho— cualquier práctica sexual que no conduce a la procreación de hijos, o sea que sólo sirve para el placer sexual, entonces naturalmente todos los que se oponían a esta actitud tradicional se alzarán —y con razón— para defender las "perversiones". Pero ésta no es, de ninguna manera, la única definición de perversión y de hecho, es una bastante anticuada.

El deseo sexual, cuando no hay amor, es una expresión de la vida y del mutuo dar y recibir placer. Pero los actos sexuales que se caracterizan por el hecho de que una persona es objeto del desprecio de la otra, de su deseo de lastimar, de mandar, son las únicas perversiones sexuales verdaderas; no porque no sirvan para la procreación sino porque pervierten un impulso favorable a la vida y lo convierten en contrario.

Si comparamos el sadismo con una forma de comportamiento sexual que se ha sólido calificar de perversión —es decir, todo género de contactos orales-genitales— la diferencia se revela cabalmente. Este comportamiento es tan poco perverso como el besar, porque no entraña dominio ni humillación de otra persona.

El argumento de que seguir los deseos de uno es un derecho natural del hombre y por ende respetable es muy comprensible desde un punto de vista racionalista, prefreudiano, que suponía que el hombre sólo desea lo que es bueno para él y que por eso el placer es una guía para la acción deseable. Pero después de Freud este argumento parece bastante rancio. Sabemos que muchos de los deseos del hombre son irracionales precisamente porque lo perjudican (cuando no a los demás) y se oponen a su perfeccionamiento. La persona motivada por el deseo de destruir y que siente placer en el acto de la destrucción difícilmente podría presentar la excusa de que tiene el derecho de comportarse destructivamente porque tal es su deseo y su fuente de placer. Los defensores de la perversión sádica pueden responder que no están argumentando en favor de la satisfacción de deseos destructores, asesinos; que el sadismo es tan sólo una de las manifestaciones de la sexualidad, "cuestión de gusto", y no peor que alguna otra forma de satisfacción sexual.

Este modo de argumentar olvida el punto más importante de la cuestión: que la persona que se excita sexualmente con las prácticas sádicas tiene un *carácter* sádico, que es una persona sádica, una persona con un intenso deseo de mandar, de herir, de humillar a otra persona. La intensidad de sus deseos sádicos afecta a sus impulsos sexuales; esto no es diferente del hecho de que otras motivaciones no sexuales, como la atracción del poder, la riqueza o el narcisismo puedan excitar el deseo sexual. De hecho, en ninguna esfera del comportamiento se manifiesta el carácter de una persona tan claramente como en el acto sexual . . . precisamente por ser la actividad menos

"aprendida" y pautada. El amor de una persona, su ternura, su sadismo o masoquismo, su voracidad, su narcisismo, sus ansiedades todos los rasgos de su carácter —se manifiestan en su comportamiento sexual.

A veces se presenta el argumento de que la perversión sádica es sana porque proporciona una efusión inocente a las tendencias sádicas propias de todas las personas. Según la lógica de este argumento, los guardianes de los campos de concentración hitlerianos hubieran sido amables con los presos si hubieran podido satisfacer sus tendencias sádicas en sus relaciones sexuales.

EJEMPLOS DE SADISMO Y MASOQUISMO SEXUALES

Los siguientes ejemplos de sadismo y masoquismo sexuales son de *The story of O,* de Pauline Réage (1965), libro algo menos leído que las obras clásicas de Sade.

Ella tocó el timbre. Pierre le encadenó las manos por encima de la cabeza, a la cadena del lecho. Cuando la tuvo así sujeta, su amante la besó otra vez, de pie junto a ella en la cama. Nuevamente le dijo que la amaba, después salió de la cama e hizo una señal a Pierre. Contempló su lucha, tan infructuosa; escuchó cómo los gemidos de ella se henchían y convertían en gritos. Cuando manaron las lágrimas de ella, él despidió a Pierre. Todavía tuvo ella la fuerza de decirle nuevamente que lo amaba. Después él besó su rostro mojado, su boca jadeante, deshizo sus vínculos, la acostó y salió. (P. Réage, 1965.)

O no debía tener voluntad propia; el amante y sus amigos debían dominarla por completo; ella halla su felicidad en la esclavitud y ellos en el papel de dueños absolutos. El extracto siguiente da una idea de este aspecto de la actividad sadomasoquista. (Debe explicarse que una de las condiciones del dominio de su amante es que ella debe someterse a los amigos de él tan obedientemente como a él mismo. Uno de esos amigos es sir Stephen.)

Finalmente, ella se enderezó, como si fuera a decir lo que la ahogaba, soltó los ganchos de arriba de su túnica hasta que apareció la raja de los pechos. Después se puso en pie, con las manos y las rodillas temblorosas.

"Soy tuya —dijo lentamente a René—. Haré cuanto quieras."

"No —interrumpió él—, nuestra. Repite conmigo: Soy de los dos. Seré lo que los dos quieran que sea."

Los penetrantes ojos de sir Stephen estaban firmemente fijos en ella, como los de René, y en ellos se perdía ella, repitiendo lentamente las frases que él le dictaba, como en una lección de gramática, transponiéndolas en la primera persona.

"A sir Stephen y a mí concedes el derecho ..." El derecho de hacer con su cuerpo lo que quisieran, en cualquier lugar o de cualquier modo que quisieran, el derecho de encadenarla, el derecho de azotarla como a una esclava o prisionera por la menor falta o infracción, o sencillamente por su gusto de ellos, el derecho de no hacer caso de sus ruegos ni sus gritos, si la hicieren gritar. (P. Réage, 1965.)

La perversión sexual del sadismo (y el masoquismo) sólo es una parte de la inmensa cantidad de sadismo en que no entra ningún comportamiento sexual. El comportamiento sádico no sexual que apunta a infligir un daño físico hasta el extremo de la muerte tiene por objeto un ser inerme, humano o animal. Prisioneros de guerra, esclavos, enemigos derrotados, niños, enfermos (en especial los mentales), presos, gente de color sin armas, perros ... todos ellos han sido objeto de sadismo físico, a veces con las más crueles torturas. Desde los crueles espectáculos romanos hasta las modernas unidades policíacas, la tortura se ha empleado so pretexto de fines religiosos o políticos, y a

veces de plano para divertir a las masas empobrecidas. El Coliseo de Roma es ciertamente uno de los mayores monumentos al sadismo humano.

Entre las manifestaciones más difundidas de sadismo no sexual está la de los malos tratos a los niños. Esta forma de sadismo se ha hecho más conocida solamente en los diez últimos años, gracias a cierto número de investigaciones a partir de la clásica obra de C. H. Kempe y sus colaboradores (1962). Después se han publicado otros trabajos[205], y nuevos estudios están en marcha en escala nacional. Muestran cómo los malos tratos a los niños abarcan desde la muerte infligida por graves palizas o hambre intencional hasta las tumefacciones y otras lesiones no mortales. Acerca de la incidencia real de estos actos es casi nada lo que se sabe en realidad, ya que los datos que tenemos son de fuentes públicas (la policía, por ejemplo, llamada por los vecinos, y los hospitales). pero se está de acuerdo en que el número de casos denunciados es sólo una fracción del total. Parece que los datos más exactos son los que comunica Gill sobre los resultados de una encuesta hecha a escala nacional. Sólo mencionaré aquí uno de esos datos: la edad a que son los niños objeto de malos tratos. Puede dividirse en varios períodos: 1] de uno a dos años; 2] la incidencia se duplica de los tres a los nueve; 3] de los nueve a los quince la incidencia vuelve a bajar hasta más o menos el primer nivel y va desapareciendo después de los dieciséis años. (D. G. Gill, 1970.) Esto significa que el sadismo es más intenso cuando el niño todavía es indefenso pero empieza a tener voluntad propia y a reaccionar contra el deseo del adulto de controlarlo en todo.

La crueldad mental, el deseo de humillar y herir a otra persona, está probablemente aún más difundida que el sadismo físico. Este tipo de agresión sádica es mucho más seguro para el sádico; después de todo, no ha habido empleo de la fuerza física, y "sólo" ha habido palabras. Por otra parte, el dolor psíquico puede ser tan intenso y aún más que el físico. No es necesario citar ejemplos de este sadismo mental. Los padres se lo infligen a sus hijos, los maestros a sus alumnos, los superiores a sus inferiores . . . en una palabra: se emplea en cualquier situación en que alguien no se puede defender del sádico. (Si el débil es el maestro, los estudiantes suelen volverse sádicos.) El sadismo mental puede disfrazarse de muchos modos en apariencia inofensivos: una pregunta, una sonrisa, una observación que azora. Todos conocemos a "artistas" en ese género de sadismo, que hallan la palabra o el gesto exacto para embarazar o humillar inocentemente. Claro está que ese tipo de sadismo es tanto más eficaz cuando la humillación se inflige en presencia de otros[206].

José Stalin: caso clínico de sádico no sexual

Uno de los ejemplos históricos destacados de sadismo mental y físico fue Stalin. Su conducta es una descripción de libro de texto del sadismo no sexual, así como las novelas de Sade lo son del sadismo sexual. Fue 61 el primero en ordenar desde el comienzo de la revolución, que se torturara a los prisioneros políticos, medida que hasta el momento de dar él la orden había sido evitada por los revolucionarios rusos. (R. A. Medvedev, 1971)[207] Con Stalin, los métodos de tortura empleados por la NKVD sobrepasaron en refinamiento y crueldad a todo cuanto hubiera podido

[205] Cf. I). G. Gill 11970); en R. Heffner y C. H. Kempe, eds. (1968), cf. S. X. Radhill, y también B. F. Steele y C. B. Pollock.

[206] El Talmud especifica que a quienquiera humille a alguien en presencia de otros debe considerársele su matador.

[207] Las citas que hacemos en esta parte son de la misma obra.

ocurrírsele a la policía zarista. A veces daba él personalmente órdenes acerca del género de tortura que debía aplicársele a un prisionero. Practicó principalmente el sadismo mental, de lo que quiero dar algunos ejemplos. Una forma particular gustaba a Stalin, y era asegurar a la gente que estaba a salvo para mandarla detener al día siguiente o a los dos días. Naturalmente, la detención afectaba a la víctima tanto más gravemente cuanto más especialmente segura se había sentido; aparte de esto, Stalin gozaba del sádico placer de conocer el verdadero destino del individuo al mismo tiempo que le daba seguridades de su favor. ¿Qué mayor superioridad y poder sobre otra persona puede caber?

He aquí algunos ejemplos concretos comunicados por Medvedev:

Inmediatamente antes de la detención del héroe de la guerra civil D. F. Serdich, Stalin brindó por él en una recepción, indicando que bebían a la "hermandad". Unos días antes del aniquilamiento de Blucher (Bliujer en ruso), Stalin habló calurosamente de él en una reunión. Una vez fue una delegación armenia a ver a Stalin y éste se informó acerca del poeta Charents y dijo cómo no había que tocarlo, pero unos meses después Charents fue arrestado y muerto. La esposa del segundo comisario de Ordzhonikidze, A. Serebrovskii, habló de una inesperada llamada telefónica de Stalin una noche en 1937. "He sabido que anda usted a pie —dijo Stalin—. Eso no está bien. La gente podría pensar cosas indebidas. Le enviaré un coche si el suyo está en reparación." Y a la mañana siguiente llegaba un coche del garaje del Kremlin para uso de la señora de Serebrovskii. Pero dos días después detenían a su marido en el mismo hospital donde estaba internado.

El famoso historiador y publicista I. Steklov, conturbado por tantas detenciones, telefoneó a Stalin para pedirle una cita. "Cómo no, venga por acá" —dijo Stalin. Y cuando se encontraron le dio seguridades: "¿Qué le pasa? El Partido conoce a usted y le tiene confianza; no tiene por qué preocuparse." Steklov volvió con sus amigos y su familia, y en la misma noche la NKDV fue por él. Naturalmente, lo primero que se les ocurrió a sus amigos y su familia fue apelar a Stalin, que parecía no saber lo que sucedía. Era mucho más natural creer en la ignorancia de Stalin que en una sutil perfidia. En 1938, I. A. Akulov, que fuera procurador de la URSS y después secretario del Comité Ejecutivo Central, se cayó patinando y sufrió una conmoción casi mortal. Por indicación de Stalin se llevaron del extranjero cirujanos descollantes para salvar su vida. Después de larga y difícil convalecencia volvió Akulov a su trabajo, y entonces fue arrestado y fusilado.

Una forma particularmente refinada de sadismo fue la costumbre que tenía Stalin de detener a las esposas —y a veces a los hijos— de algunos de los más altos funcionarios soviéticos o del Partido y retenerlos en un campo de trabajo, mientras los esposos tenían que hacer su trabajo y humillarse e inclinarse ante Stalin sin atreverse siquiera a pedir que los soltara. Así fueron detenidos, por ejemplo, la esposa de Kalinin, el presidente de la Unión Soviética, en 1937[208], la esposa de Molotov y la esposa y el hijo de Otto Kuusinen, uno de los principales funcionarios del Komintern, y todos estuvieron en campos de trabajo. Un testigo desconocido dice que en su presencia preguntó Stalin a Kuusinen por qué no trataba de lograr la libertad de su hijo. "Es evidente que hubo graves razones para arrestarlo" —dijo Kuusinen. "Stalin sonrió y mandó poner en libertad al hijo". Kuusinen enviaba paquetes a su

[208] Dice Medvedev que la torturaron unos pesquisidores hasta que firmó declaraciones en que comprometía a su marido: de momento Stalin no se sirvió de ellas: las quería como base para detener a Kalinin y a otros cuando se le antojara.

esposa al campo de trabajo, pero no directamente, sino por medio de su ama de llaves. Stalin tuvo detenida a la esposa de su secretario privado mientras éste seguía en su puesto.

No es necesaria mucha imaginación para comprender la humillación extremada de aquellos altos funcionarios que no podían abandonar su puesto, no podían pedir la libertad de su esposa o su hijo y tenían que aceptar con Stalin que el arresto estaba justificado. O esas personas no tenían corazón o estaban moralmente quebrantadas y habían perdido todo respeto de sí mismas y toda dignidad. Un ejemplo contundente es la reacción de uno de los personajes más poderosos de la Unión Soviética, Lazar Kaganovich, a la detención de su hermano, Mijail Moiseevich, ministro de la Industria Aeronáutica antes de la guerra:

Era un stalinista, responsable de la represión de mucha gente. Pero después de la guerra perdió el favor de Stalin. En consecuencia, algunos funcionarios detenidos, que se decía habían organizado un "centro fascista", dieron el nombre de Mijail Kaganovich como cómplice. Afirmaban, cosa a todas luces sugerida (y por demás absurda), que él (un judío) iba a ser el vicepresidente del gobierno fascista si los hitlerianos tomaban Moscú. Cuando Stalin tuvo conocimiento de estas deposiciones, que evidentemente esperaba, telefoneó a Lazar Kaganovich y le dijo que su hermano habría de ser arrestado por tener conexión con los fascistas. "Bueno, ¿y qué? —dijo Lazar—. Si es necesario, arréstelo. "En una discusión del Politburó sobre este asunto, Stalin ensalzó a Lazar Kaganovich por sus "principios": había aceptado la detención de su hermano. Pero dijo después Stalin que no había que apresurarse. Mijail Moiseevich llevaba en el Partido muchos años y habría que comprobar todas las deposiciones de nuevo. Así se dieron instrucciones a Mikoyán de disponer un careo entre M.M. y la persona que había declarado contra él. La confrontación se llevó a cabo en la oficina de Mikoyán. Se hizo entrar a un hombre que repitió su declaración en presencia de Kaganovich, y añadió que algunas fábricas de aviación se habían montado deliberadamente cerca de la frontera antes de la guerra para que los alemanes pudieran capturarlas más fácilmente. Cuando Mijail Kaganovich hubo oído la deposición, pidió permiso para ir a un pequeño WC que estaba junto a la oficina de Mikoyán. A los pocos segundos se oía un disparo.

Otra forma del sadismo de Stalin era que no podía predecirse su comportamiento. Hay casos de personas que él mandó arrestar pero que después de ser torturadas y de sufrir graves sentencias fueron libertadas a los pocos meses o años y nombradas para altos puestos, con frecuencia sin explicación. Un ejemplo revelador es el comportamiento de Stalin para con su antiguo camarada Serguei Ivanovich Kavtaradze, que una vez lo había ayudado a ocultarse de los detectives en San Petersburgo. En los veintes, Kavtaradze se unió a la oposición trotskista y solamente la dejó cuando el centro trotskista mandó decir a sus partidarios que cesaran la actividad oposicional. Después del asesinato de Kirov, Kavtaradze, desterrado a Kazán por ex trotskista, escribió a Stalin una carta diciéndole que no estaba trabajando contra el Partido. Inmediatamente, Stalin levantó el destierro a Kavtaradze. Pronto publicaron muchos periódicos centrales un artículo de Kavtaradze en que relataba un incidente de su labor clandestina con Stalin. A éste le gustó el artículo, pero Kavtaradze no volvió a escribir sobre el tema. Ni siquiera volvió al Partido, y vivió de una modesta labor editorial. A fines de 1936 fueron arrestados súbitamente él y su esposa, torturados y condenados al fusilamiento. Lo acusaban de planear, en unión de Budu Mdivani, el asesinato de Stalin. Poco después de la sentencia era fusilado Mdivani. Pero

Kavtaradze estuvo en capilla mucho tiempo. Y de repente lo llevaron a la oficina de Beria, donde se encontró con su esposa, que había envejecido hasta el punto de ser irreconocible. Ambos fueron liberados. Primero vivió en un hotel, después consiguió dos piezas en un departamento colectivo y se puso a trabajar. Stalin empezó a darle algunas muestras de favor, lo invitó a comer y una vez incluso le hizo una visita inopinada con Beria. (Esta visita causó gran conmoción en el colectivo. Una de las vecinas de Kavtaradze se desmayó, según dijo, al ver "la efigie del camarada Stalin" en el umbral.) Cuando tenía a Kavtaradze de invitado, Stalin en persona le servía la sopa, hacía bromas y mencionaba recuerdos. Pero en una de aquellas comidas Stalin se acercó súbitamente a su huésped y le dijo: "Y todavía querías matarme."[209]

El comportamiento de Stalin en este caso muestra con particular claridad uno de los elementos de su carácter: el deseo de hacer ver a la gente que tenía poder absoluto sobre ellos. Con una palabra podía matarlos, hacer que los torturaran, salvarlos de nuevo, premiarlos; tenía un poder divino de vida y muerte, el poder de la naturaleza que desarrolla y aniquila, da dolor y cura. La vida y la muerte dependían de su capricho. Esto podría explicar también por qué no acabó con algunas personas como Litvinov (después del fracaso de su política de entendimiento con Occidente) o Ehrenburg, que representaba todo cuanto odiaba Stalin, o Pasternak, que se desvió en dirección contraria a la de Ehrenburg. Propone Medvedev la explicación de que en algunos casos tenía que mantener en vida algunos bolcheviques viejos para sustentar su afirmación de que proseguía la labor de Lenin. Pero en el caso de Ehrenburg seguramente no hubiera podido decir eso. Yo supongo que aquí también el motivo era que Stalin gozaba con su sensación de mandar según su capricho y gana, sin la restricción de ningún principio, así fuera el peor.

La naturaleza del sadismo

He dado estos ejemplos del sadismo de Stalin porque vienen muy bien para introducir la cuestión principal: *la naturaleza del sadismo.* Hasta ahora hemos tratado descriptivamente varios tipos de comportamiento sádico: sexual, físico y mental. Estas diferentes formas de sadismo no son independientes unas de otras; el quid está en hallar su elemento común, la esencia del sadismo. El psicoanálisis ortodoxo pretende que es común a todas estas formas un aspecto particular de la sexualidad; en la segunda fase de la teoría de Freud se aseveraba que el sadismo era una mezcla de Eros (sexualidad) y el instinto de muerte, dirigido hacia fuera de uno mismo, mientras que el masoquismo es una mezcla de Eros y el instinto de muerte, dirigido hacia uno mismo,

Frente a esto propongo que el fondo del sadismo, común a todas sus manifestaciones, es *la pasión de tener poder absoluto e irrestricto sobre un ser vivo,* ya sea animal, niño, hombre o mujer. Obligar a alguien a aguantar dolor o humillación sin que se pueda defender es una de las manifestaciones del poderío absoluto, pero no la única. La persona que tiene un poder total sobre otro ser vivo hace de ese ser su cosa, su propiedad, mientras que ella se convierte en dios del otro ser. A veces incluso puede ser bueno el poderío, en cuyo caso podríamos hablar de sadismo benévolo, como el que se halla en los casos en que una persona manda a otra por su propio bien, y en realidad la favorece de muchos modos, salvo que la tiene en servidumbre. Pero en general, el sadismo es malévolo. El poder total sobre

[209] Naturalmente, dice Medvedev, Stalin sabía muy bien que Kavtaradze no había querido matarlo.

otro ser significa menoscabarlo, ahogarlo, malograrlo. Ese poder puede ser de todas las formas y en todos los grados.

La pieza teatral de Camus *Caligula* proporciona un ejemplo de poder sádico extremado que equivale a un deseo de omnipotencia. Vemos a Caligula, elevado por las circunstancias a una posición de poderío ilimitado, que cada vez se va hundiendo más y más en su ansia de poder. Se acuesta con las esposas de los senadores y goza con la humillación de ellos cuando tienen que obrar como amigos admiradores y serviles. Mata a algunos de ellos, y los que quedan han de sonreír y bromear todavía. Pero ni siquiera todo este poder le satisface; quiere el poder absoluto, quiere lo imposible. Como le hace decir Camus, "Quiero la luna".

Es harto fácil decir que Caligula está loco, pero su locura es un modo de vida; es una solución al problema de la existencia humana, porque favorece la ilusión de omnipotencia y trasciende las fronteras de la existencia humana. En el proceso de tratar de conquistar el poder absoluto, Caligula perdió todo contacto con los hombres. Se convirtió en excluido al excluirlos; tenía que volverse loco porque al fallar su aspiración de omnipotencia quedó nada más un individuo solitario e impotente.

El caso de Caligula es, naturalmente, excepcional. Pocas personas tuvieron jamás la oportunidad de lograr tanto poder como para hacerse la ilusión de que llegara a ser absoluto. Pero ha habido algunos casos en la historia hasta nuestra época. Si quedan victoriosos, son celebrados como grandes estadistas o generales. Si pierden, se les considera locos o criminales.

Esta solución extrema al problema de la existencia humana le está vedada a la persona común y corriente. Pero en muchos sistemas sociales, entre ellos el nuestro, incluso en los niveles sociales inferiores puede haber quien tenga mando sobre otros. Siempre hay hijos, esposas o perros a quien mandar; o bien gente indefensa, como los presos de las cárceles o los pacientes de los hospitales, si no son acomodados (sobre todo los enfermos mentales), los alumnos de las escuelas, los miembros de las burocracias civiles. Depende de la estructura social el grado en que el poder efectivo de los superiores sea en cada uno de esos casos controlado o restringido y por ende, la posibilidad que sus puestos les ofrezcan de satisfacción sádica. Aparte de todas estas situaciones, las minorías religiosas y raciales, en tanto inermes, ofrecen una ingente oportunidad de satisfacción sádica aun al miembro más pobre de la mayoría.

El sadismo es una de las soluciones al problema de haber nacido humano, cuando no son posibles otras mejores. La experiencia del poder absoluto sobre otro ser, la omnipotencia en lo relacionado con él, crea la ilusión de trascender los límites de la existencia humana, sobre todo en aquel para quien la vida real está exenta de productividad y alegría. El sadismo, por esencia, no tiene objetivo práctico; no es "trivial" sino "devocional". *Es la transformación de la impotencia en la experiencia de la omnipotencia;* es la religión de los lisiados psíquicos.

Pero no toda situación en que una persona o un grupo tiene poder incontrolado sobre otro engendra el sadismo. Muchos —quizá la mayoría—de los padres, guardianes de prisión, maestros de escuela y burócratas no son sádicos. Por cierto número de razones, la estructura de carácter de muchos individuos no conduce a la formación del sadismo aun en circunstancias que ofrecen una buena oportunidad para ello. Las personas que tienen un carácter predominantemente favorable a la vida no se dejan seducir fácilmente por el poder. Pero sería una simplificación exagerada y peligrosa clasificar a la gente en diablos sádicos y santos no sádicos. Lo que importa es la intensidad de la pasión sádica que hay en la estructura de carácter de una persona. En el carácter de muchas personas

pueden hallarse elementos sádicos, pero compensados por fuertes tendencias favorables a la vida, de modo que no es posible catalogarlas como sádicas. No es raro entonces el conflicto interno entre las dos tendencias, con el resultado de una mayor sensibilidad al sadismo y una formación de reacciones alérgicas contra todas sus manifestaciones. (En el comportamiento marginal leve puede haber todavía huellas de tendencias sádicas, bastante ligeras para pasar inadvertidas.) Hay otras con carácter sádico en que el sadismo al menos está contrapesado por otras fuerzas (no meramente reprimido), y si bien es cierto que pueden sentir cierto gusto en dominar a gente indefensa, no participarían en torturas verdaderas o atrocidades semejantes ni se deleitarían con ellas (salvo en circunstancias extraordinarias, como una locura colectiva). Esto puede verse en la actitud del régimen hitleriano respecto de las atrocidades sádicas que ordenaba. Tenía que guardar la exterminación de los judíos y de los civiles polacos y rusos en secreto total, conocido sólo de un pequeño grupo de la élite de los SS e ignorado de la inmensa mayoría de la población alemana. En muchas alocuciones, Himmler y otros ejecutores de atrocidades insistían en que las muertes debían efectuarse de un modo "humano", sin excesos sádicos, ya que de otro modo hubieran sido repugnantes incluso para las tropas de SS. En algunas circunstancias se dieron órdenes de que a los civiles rusos y polacos que debían ser ejecutados se les hiciera un juicio breve *pro forma,* para dar a sus ejecutores la impresión de que el fusilamiento era "legal". Todo esto parece absurdo en su hipocresía, pero es de todos modos la prueba de que los dirigentes nazis creían que los actos sádicos en gran escala serían sublevantes para muchos partidarios por lo demás leales del régimen. Desde 1945 ha salido a la luz mucho material, pero todavía no se ha investigado sistemáticamente hasta qué grado los alemanes se sentían atraídos por los actos sádicos, aunque evitaran saber de ellos.

Los rasgos de carácter sádicos no pueden entenderse si uno los aísla de toda la estructura del carácter. Son parte de un síndrome que ha de entenderse como un todo. Para el carácter sádico todo cuanto vive puede ser controlado. Los seres vivos se convierten en cosas. O, más exactamente aún, los seres vivos se transforman en objetos de control vivos, temblorosos, pulsátiles. El que los controla les impone las respuestas. El sádico quiere convertirse en amo de la vida y de ahí que en su víctima deba conservarse la propiedad de la vida. Esto es, en realidad, lo que lo distingue de la persona destructora. El destructor quiere acabar con la persona, eliminarla, extinguir la vida misma; el sádico necesita la sensación de dominar y sofocar la vida.

Otro rasgo propio del sádico es que sólo lo estimulan los inermes, nunca los fuertes. No ocasiona ningún placer sádico, por ejemplo, infligir una herida a un enemigo en una lucha entre iguales, porque en esa situación la herida infligida no es manifestación de control. Para el carácter sádico sólo hay una condición admirable, y es el poder. Admira, ama, se somete a quienes tienen poder, y desprecia y quiere dominar a los indefensos que no pueden hacerle frente.

El carácter sádico teme a todo lo incierto e impredecible, lo que presenta sorpresas que le obligarían a reaccionar en forma espontánea y original. Por esta razón teme la vida. Lo espanta ésta precisamente porque es, por su misma índole, insegura e impronosticable. Está estructurada, pero no ordenada; sólo hay una seguridad en la vida: que todos los hombres mueren. El amor es igualmente inseguro. Ser amado requiere una capacidad de amar uno mismo, de despertar amor, y siempre entraña el riesgo del rechazo y el fracaso. Por eso el carácter sádico sólo puede "amar" cuando manda, cuando tiene poder *sobre* el objeto de su amor. El carácter sádico suele ser xenófobo y neófobo: lo que es extraño constituye novedad, y lo que es nuevo despierta temor, suspicacia y disgusto, porque de otro modo habría que reaccionar espontáneamente, en forma vivaz, no rutinizada.

Otro elemento del síndrome es la sumisión y cobardía del sádico. Puede parecer una contradicción que el sádico sea sumiso, pero no lo es . . . dinámicamente hablando es necesario que así sea. Es sádico porque se siente impotente, sin vida ni poder. Compensa este defecto teniendo poder sobre otros, transformando en un dios el gusano que él siente ser. Pero incluso el sádico con poder padece de su impotencia humana. Podrá matar y torturar, pero no deja de ser por eso una persona sin amor, aislada y asustada, que necesita un poder superior al que someterse. Para los que estaban un escalón más abajo de Hitler, el poder máximo era el Führer; para el propio Hitler, era el Destino, las leyes de la Evolución.

La necesidad de someterse tiene sus raíces en el masoquismo. Sadismo y masoquismo, invariablemente ligados, son contrarios en términos conductistas pero en realidad son dos facetas de una situación fundamental: la sensación de impotencia vital. Tanto el sádico como el masoquista necesitan otro ser para que los "complete", por decirlo así. El sádico hace de otro ser la prolongación de sí mismo; el masoquista se hace la prolongación de otro ser. Ambos buscan una relación simbiótica porque ninguno de ellos tiene su centro dentro de sí. El sádico parece libre de su víctima, pero la necesita de un modo perverso.

A causa de la íntima relación entre sadismo y masoquismo es más correcto hablar de carácter sadomasoquista, aunque en una persona determinada predomine el uno o el otro aspecto. El carácter sadomasoquista ha sido denominado también "autoritario", traduciendo el aspecto psicológico de su estructura de carácter a términos de actitud política. Este concepto halla su justificación en el hecho de que las personas cuya actitud política suele calificarse de autoritaria (activa y pasiva) por lo general presentan (en nuestra sociedad) los rasgos del carácter sadomasoquista: dominio sobre los que están abajo y sumisión para con los de arriba[210].

El carácter sadomasoquista no puede entenderse plenamente sin referencia al concepto freudiano del "carácter anal", ampliado por sus discípulos, en especial K. Abraham y Ernest Jones.

Freud (1908) creía que el carácter anal se manifestaba en un síndrome de rasgos caracteriales: tenacidad, orden y parsimonia, a los que después añadió puntualidad y limpieza. Suponía él que el síndrome radicaba en la "libido anal", cuya fuente es la zona erógena anal. Los rasgos de carácter del síndrome se explicaban como formaciones de reacción o sublimaciones de las metas de esa libido anal.

Al tratar de poner en lugar de la teoría de la libido el *modo de relación* llegué a la hipótesis de que los diversos rasgos del síndrome son manifestaciones del modo de relación conservador de la distancia, dominante, de rechazo y atesoramiento ("carácter acumulativo"). (E. Fromm, 1947.) Esto no implica que las observaciones clínicas de Freud en relación con el papel particular de todo lo relacionado con las heces fecales y el movimiento intestinal no fuera acertado. Por el contrario, en la observación psicoanalítica de individuos he hallado plenamente confirmadas las observaciones de Freud. Pero la diferencia está en la respuesta a esta cuestión: ¿Es la libido anal la *fuente* de la preocupación por las heces, e indirectamente del síndrome de carácter anal, o es el

[210] El carácter autoritario fue analizado por primera vez en el estudio alemán mencionado en la nota 8, capítulo 2. El análisis de los datos demostró que 78% de los que respondieron no tenían carácter autoritario ni antiautoritario y por lo tanto no hubieran sido, en el caso de la victoria de Hitler, nazis ardientes ni antinazis apasionados. Aproximadamente 12% tenían un carácter antiautoritario y seguirían siendo enemigos convencidos del nazismo, mientras que 10% aproximadamente tenían un carácter autoritario y hubieran sido nazis ardientes. Estos resultados correspondían de un modo muy aproximado a lo que en realidad sucedió después de 1933. (E. Fromm *et al.,* 1936.) Posteriormente estudió el carácter autoritario T. Adorno. Pero en su estudio, el carácter autoritario está visto de modo conductista, no psicoanalíticamente en función del carácter sadomasoquista. (T. Adorno, *et al.,* 1950.)

síndrome la *manifestación* de un modo especial de relación? En este último caso es necesario entender el interés anal como otra expresión, pero *simbólica,* del carácter anal y no como su causa. Las heces son ciertamente un símbolo muy apropiado: representan lo que eliminado del proceso de la vida humana ya no sirve para ella[211].

El carácter acumulativo es ordenado con cosas, pensamientos y sentimientos, pero su orden es estéril y rígido. No puede soportar que los objetos estén fuera de su lugar, y tiene que ponerlos en orden; de este modo manda en el espacio; por la puntualidad irracional, manda en el tiempo; por la limpieza compulsiva rompe el contacto que tenía con el mundo, considerado sucio y hostil. (Pero a veces, cuando no ha habido formación de reacción ni sublimación, no es exageradamente limpio sino propende a la suciedad.) El carácter acumulativo se siente a sí mismo como una fortaleza asediada: tiene que impedir que salga nada y economizar cuanto está dentro. Su tenacidad y obstinación constituyen una defensa casi automática contra la intrusión.

El acumulativo propende a sentir que posee sólo una cantidad fija de fuerza, energía o capacidad mental y que esa reserva disminuye o se agota con el uso y nunca puede reponerse. No puede entender la función de autorreposición o autorrenovación de toda sustancia viva, y que la actividad y el uso de nuestros poderes aumenta nuestra fuerza, mientras el estancamiento la debilita; para él, la muerte y la destrucción tienen más realidad que la vida y el desarrollo. El acto de creación es un milagro de que oye hablar pero en el que no cree. Sus valores supremos son el orden y la seguridad; su divisa, "nada nuevo bajo el sol". En su relación con los demás, la intimidad es una amenaza; la distancia o la posesión de una persona significa seguridad. El acumulativo tiende a ser suspicaz y a un sentido especial de justicia que en esencia es: "Lo mío es mío y lo tuyo, tuyo."

El carácter anal-acumulativo sólo tiene un modo de sentirse seguro en su relación con el mundo: poseerlo y dominarlo, ya que es incapaz de relacionarse por el amor y la productividad.

Los datos clínicos sustentan ampliamente la íntima relación del carácter anal-acumulativo con el sadismo descrita por los psicoanalistas clásicos, y no importa gran cosa que se interprete esta relación en función de la teoría de la libido o de la relación del hombre con el mundo. También lo prueba el hecho de que los grupos sociales con carácter anal-acumulativo tienden a dar muestras de un alto grado de sadismo[212].

Más o menos equivalente del carácter sadomasoquista, en un sentido social más que político, es el carácter burocrático[213]. En el sistema burocrático cada persona

---

[211] Los que deseen especular podrían considerar que la fascinación por las heces y los olores constituye el tipo de regresión neurofisiológica a un estado de la evolución en que el animal se orientaba más por el olor que por la vista.

[212] Cf. E. Fromm (1941), donde señalé esta conexión en la clase media inferior alemana.

[213] Al hablar aquí de los burócratas me refiero a los burócratas a la antigua, fríos y autoritarios, como se hallan todavía en muchas escuelas, hospitales, prisiones, ferrocarriles y oficinas de correos de tipo antiguo. La gran industria, que es también una organización altamente burocrática, se ha formado un tipo de carácter enteramente diferente: el burócrata amistoso, sonriente, "comprensivo", que tal vez haya seguido un curso de "relaciones humanas". Las razones de este cambio están en la índole de la industria moderna, en su necesidad de trabajar en equipo, de evitar las fricciones, de mejorar las relaciones laborales y otros muchos factores. No es que los nuevos burócratas amistosos sean insinceros, que sean en realidad sádicos que sonríen en lugar de mostrar su verdadera faz; de hecho, el sádico de estilo antiguo no era muy apropiado para burócrata moderno, por las razones que acabamos de mencionar. El burócrata contemporáneo no es un sádico vuelto amistoso sino que es un objeto para sí mismo, del mismo modo que los demás son objetos para él. No siente gran cosa, por ellos ni por sí, y su trato amistoso, aunque no sea falso, es tan superficial y artificial que resulta falso. Pero ni siquiera esto es totalmente justo, ya que nadie espera otra cosa que superficialidad y artificio, salvo quizá en el fugaz momento en que ambos sonríen y se hacen la ilusión de que aquello es contacto humano. Dos estudios amplios y a fondo del carácter del gerente contemporáneo confirmarán o corregirán esas impresiones. (M. Maccoby; I. Millán, ambos a publicarse en 1974.)

domina a la que está situada debajo y es dominada por la que está situada arriba. Tanto los impulsos sádicos como los masoquistas pueden realizarse en ese sistema. A los de abajo, el carácter burocrático los menosprecia; a los de arriba, los admira y teme. Basta ver la expresión del rostro y oír la voz de cierto tipo de burócrata criticando a su subordinado o mirándolo ceñudo cuando llega un minuto tarde, o bien insistiendo en el comportamiento que indica, por lo menos simbólicamente, que en las horas de oficina el otro "pertenece" a su superior. O podríamos pensar en el burócrata que está tras la ventanilla de correos y observar su ligera sonrisita apenas perceptible cuando la cierra a las 5:30 p.m. en punto mientras las dos personas que quedaban y llevaban media hora esperando se retiran y tendrán que volver mañana. Lo importante no es que deje de vender timbres a las 5:30 en punto; lo que importa en su comportamiento es el hecho de que goza frustrando a la gente, mostrándoles que es *él* quien manda, y esa satisfacción se refleja en su rostro[214].

Innecesario es decir que no todos los burócratas a la antigua son sádicos. Sólo un estudio psicológico profundo podría mostrar cuál es la incidencia de sadismo en este grupo en comparación con los no burócratas o los burócratas contemporáneos. Para mencionar sólo algunos ejemplos

descollantes, el general Marshall y el general Eisenhower, ambos miembros de suprema categoría de la burocracia militar durante la segunda guerra mundial, eran conocidos por su falta de sadismo y su verdadera preocupación por la vida de sus hombres. Por otra parte, cierto número de generales alemanes y franceses de la primera guerra mundial fueron notorios por la dureza y brutalidad con que sacrificaron la vida de sus soldados para fines tácticos desproporcionados.

En muchos casos, el sadismo se disfraza de amabilidad y parece benevolencia respecto de ciertas personas en algunas circunstancias. Pero sería erróneo pensar que la amabilidad sencillamente lleva la intención de engañar o que sólo es una actitud sin base en un sentimiento genuino. Para comprender mejor este fenómeno es necesario considerar que muchas personas sanas desean conservar una imagen de sí mismas que las haga humanas por lo menos en algunos respectos. Ser completamente inhumano significa estar totalmente aislado, perder toda sensación de formar parte del género humano. Por eso no es sorprendente que haya muchos datos que nos hacen suponer que la ausencia total de generosidad, amistad o ternura para con ningún ser humano a la larga origina una angustia intolerable. Hay informes[215] de casos de insania y trastornos psíquicos, por ejemplo, entre hombres que estaban en las formaciones especiales nazis y que hubieron de matar a millares de personas. Con el régimen nazi, cierto número de funcionarios que debían cumplir las órdenes de matanzas en masa sufrieron colapsos nerviosos llamados *Funktionärskrankheit* ("enfermedad de los funcionarios")[216].

He empleado las palabras "control", "dominio", "mando", "poder", etc. en relación con el sadismo, pero debemos tener clara conciencia de su ambigüedad. Poder significa poder *sobre* la gente, o bien sobre las cosas. A lo que el sádico aspira es al poder *sobre* la gente, precisamente porque no tiene poder *para ser.* Por

[214] Este es un ejemplo de los muchos datos conductuales que eluden las gruesas mallas de muchos experimentos y tests psicológicos.

[215] Reconocidos indirectamente por Himmler en un discurso pronunciado el 6 de octubre de 1943 en Coblenza; archivo nazi, NS 19, H. R. 10.

[216] H. Brandt, comunicación personal.

desgracia, muchos escritores emplean ambiguamente estas palabras con el fin de que con el "poder sobre" se introduzca de contrabando el "poder para" o "poder de". Además, la falta de control no significa ausencia de todo tipo de organización sino sólo de esos tipos en que el control o mando es explotador y los controlados no pueden controlar a los controladores. Hay muchos ejemplos de sociedades primitivas y comunidades especiales contemporáneas en que existe una autoridad racional basada en el consentimiento verdadero —no manipulado— de todos, y donde no aparecen relaciones de "poder sobre".

Claro está que quien no tiene poder para defenderse padece también caracterológicamente, Puede hacerse sumiso y masoquista en lugar de sádico. Pero su efectiva falta de poder podría también conducir en él a la aparición de virtudes como la solidaridad y la compasión, así como a la creatividad. Carente de poder y por ende esclavizable, o provisto de poder y por ende deshumanizable: son dos males. Lo que ha de obviarse sobre todo es la cuestión de convicción religiosa, moral o política. El budismo, la tradición judía que arranca de los profetas y los envagelios cristianos toman una decisión clara, contraria al pensamiento contemporáneo. Es perfectamente legítimo establecer diferencias entre poder y no poder, pero hay que evitar un peligro: el empleo ambiguo de ciertas palabras que recomienden servir a Dios y al César simultáneamente, o, todavía peor, que los designen.

Condiciones que engendran el sadismo

El problema de los factores que conducen a la aparición del sadismo es demasiado complicado para que halle una respuesta adecuada en este libro. Pero hay que tener presente una cosa desde el principio: que no existe relación simple entre medio y carácter. Débese esto a que el carácter del individuo lo determinan factores individuales como las disposiciones dadas por el nacimiento, las idiosincrasias de la vida familiar, los sucesos excepcionales de la vida de la persona. No sólo desempeñan un papel estos factores individuales sino que los factores del medio son también mucho más complejos de lo que suele suponerse. Como subrayábamos antes, una sociedad no es *una* sociedad. Una sociedad es un sistema muy complejo; hay que tomar en cuenta la clase media inferior antigua y la nueva, la clase media nueva, la clase superior, las elites en decadencia, los grupos con o sin tradiciones religiosas o filosófico-morales, la pequeña población y las grandes urbes, entre otros factores; y ningún factor aislado puede bastar para el entendimiento de la estructura del carácter como la estructura de la sociedad. Por eso, si uno desea correlacionar la estructura social y el sadismo es menester llevar a cabo un análisis empírico completo de todos los factores. Pero al mismo tiempo debemos añadir que el poder mediante el cual un grupo explota y domina a otro tiende a engendrar el sadismo en el grupo dominante, aunque haya muchas excepciones individuales. Por eso el sadismo desaparecerá (salvo en calidad de enfermedad individual) sólo cuando desaparezca el dominio explotador de una clase, un sexo o un grupo minoritario cualesquiera. A excepción de unas pocas sociedades minúsculas, esto todavía no ha sucedido en ninguna parte de la historia. De todos modos ha sido un paso en esa dirección el establecimiento de un orden basado en la ley y contrario al empleo sumamente arbitrario del poder, aunque esta evolución ha sido atajada últimamente en muchas partes del mundo donde existía y en los mismos Estados Unidos está amenazada en nombre del *law and order*.

Una sociedad basada en el poder abusivo muestra también otros rasgos predecibles. Tiende a debilitar la independencia, la integridad, la facultad de crítica y la fecundidad de quienes le están sometidos. Esto no significa que no los llene de todo tipo de diversiones y estimulaciones, pero sólo de las que restringen el desarrollo de la personalidad, no las que lo favorecen. Los cesares romanos ofrecían al público espectáculos, sobre todo de índole sádica. La sociedad contemporánea ofrece otros semejantes en forma de informes de prensa y TV acerca de crímenes, guerras y atrocidades; cuando el contenido no es horripilante, es de todos modos tan poco nutritivo como esos cereales para el desayuno que promueven los mismos medios de comunicación masiva en detrimento de la salud infantil. Este pábulo cultural no ofrece estímulos activantes y favorece la pasividad y la pereza. En el mejor de los casos proporciona diversión y emociones, pero apenas alegría; porque la alegría requiere libertad, aflojamiento de las tensas riendas del control, cosa precisamente muy difícil para el tipo anal-sádico.

En cuanto al sadismo en el individuo, corresponde a la media social, con desviaciones individuales hacia arriba y hacia abajo. Los factores individuales que refuerzan el sadismo son todas aquellas condiciones que tienden a hacer que el niño o el mayor se sientan vacíos e impotentes (un niño no sádico puede volverse sádico de adolescente o adulto si se producen circunstancias nuevas). Entre tales condiciones están las que causan miedo, como el castigo terrorista. Entiendo por esto ese tipo de castigo que no es de intensidad estrictamente limitada, en relación con el comportamiento concreto y establecido, sino arbitrario, alimentado por el sadismo del que lo aplica y de intensidad aterradora. Según el temperamento del niño, el temor a tal castigo puede convertirse en motivación dominante en su vida, su sentido de la integridad puede irse desintegrando, su respeto propio reducirse y finalmente haberse traicionado tanto a sí mismo que ya no tenga sentido de identidad, que ya no sea "él".

La otra condición para la formación de ineptitud vital es una situación de pobreza psíquica. Si no hay estimulación, nada que despierte las facultades del chiquillo, la atmósfera es de torpor y tristeza y el niño se embota; nada puede afectarlo, nadie le responde ni lo escucha siquiera, y se siente impotente y desvalido. Esa ineptitud no conduce necesariamente a la formación del carácter sádico, y el que lo produzca o no depende de otros muchos factores. Pero es una de las causas principales que contribuyen a la aparición del sadismo, tanto individual como socialmente.

Cuando el carácter individual difiere del carácter social, el grupo tiende a reforzar todos los elementos de carácter que corresponden al suyo y a dejar latentes los contrarios. Si, por ejemplo, una persona sádica vive dentro de una colectividad donde la mayoría no son sádicos y donde el comportamiento sádico parece indeseable y desagradable, el individuo sádico no por ello cambiará de carácter, pero no obrará de acuerdo con su carácter; su sadismo no desaparecerá pero como quien dice se "secará" por falta de alimento. La vida en los *kibbutzim y* otras colectividades de fin altruista ofrece muchos ejemplos de esto, y también hay casos en que la nueva atmósfera produce un verdadero cambio de carácter[217].

La persona de carácter sádico será esencialmente inocua en una sociedad antisádica: se la considerará simplemente enferma. Nunca será popular y tendrá poco o ningún acceso a los puestos en que podría ejercer una influencia social. Si se plantea la cuestión de qué es lo que hace tan intenso el sadismo de una persona, no hay que pensar tan sólo en los factores biológicos y constitucionales (S. Freud, 1937), sino también en la atmósfera

[217] Doctor Moshe Budmore, comunicación personal.

psíquica que en gran parte es causa del sadismo social así como de las vicisitudes del sadismo idiosincrásico engendrado individualmente. Por esta razón, la evolución de un individuo nunca puede entenderse a cabalidad basándose tan sólo en su constitución y sus antecedentes familiares. Si no conocemos la ubicación de la persona y de su familia dentro del sistema social, y el espíritu de ese sistema, no podremos comprender por qué algunos rasgos son tan persistentes y tan profundamente arraigados.

Heinrich Himmler: caso clínico de sadismo anal-acumulativo

Heinrich Himmler es un ejemplo excelente de carácter sádico y malvado que ilustra lo que queda dicho acerca de la relación entre el sadismo y las formas extremas del carácter autoritario y burocrático anal-acumulativo.

El "sabueso de Europa", como lo llamaban muchos, fue junto con Hitler responsable de la matanza de quince o veinte millones de rusos, polacos y judíos inermes e impotentes.

¿Qué clase de hombre era?[218]

Podemos empezar por unas cuantas descripciones que del carácter de Himmler hacen varios observadores. Tal vez la más penetrante y exacta sea la de K. J. Burckhardt, cuando era representante de la Sociedad de Naciones en Dantzig. Dice Burckhardt: "Himmler daba la impresión de un subalterno *(Subalternität)* inquietante, de una conciencia estrecha, de un calculador inhumanamente metódico, mezclado con algo de autómata." (K. J. Burckhardt, 1960.) Esta descripción contiene la mayoría de los elementos esenciales del carácter sádico autoritario arriba descrito. Subraya la actitud sumisa y subalterna de Himmler, su concienzudo y metódico, inhumano burocratismo. No se trata de un individuo lleno de odio ni de un monstruo, como suele concebírsele, sino de un burócrata extremadamente deshumanizado.

Otros observadores han añadido algunos elementos de su estructura de carácter. Un importante nazi, el doctor Albert Krebs, excluido del Partido en 1932, pasó seis horas de conversación con Himmler en un tren en 1929 —o sea cuando Himmler tenía poco poder— y observó su notoria inseguridad y su torpeza. Lo que hizo casi insufrible aquel viaje para Krebs fue "el parloteo estúpido y fundamentalmente horro de sentido con que me interrumpía todo el tiempo". Su conversación era una mezcolanza especial de fanfarronería marcial, charla de café pequeño burguesa *(Stammtischgeschwütz)* y celosa profetización de predicador sectario. (Citado por J. Ackermann, 1970.) El husmeo impertinente con que obliga Himmler a otra persona a escuchar su interminable parloteo para tratar de dominarla es propio del carácter sádico.

Es interesante también la descripción que hace de Himmler uno de los generales alemanes más capaces, Heinz Guderian:

El más opaco de todos los secuaces de Hitler era Heinrich Himmler. Este individuo insignificante, con todas las señales de inferioridad racial, se conducía de un modo sencillo. Trataba de ser cortés. Su modo de vivir, a diferencia del de Goering, era de una

[218] En este análisis de Himmler seguimos principalmente los datos que proporciona B. F. Smith (1971) en su excelente biografía, para la que utilizó todos los documentos existentes sobre Himmler: sus seis diarios (hallados en 1957), que abarcan los anos de 1910 a 1922, así como unas cuantas páginas sueltas del diario de 1924; su lista de la correspondencia que recibió y envió entre 1918 y 1926; su larga lista, con anotaciones, de sus lecturas, que ascienden a unos doscientos setenta títulos; muchos papeles de familia y la propia colección de documentos oficiales y mementos que contiene gran número de extractos de los diarios de1 Himmler Ackermann (1970), y de S. T. Angress y B. F. Smith (1959).

sencillez casi espartana. Pero tanto más ilimitados *[ausschweifender]* eran sus fantaseos . . . Después del 20 de julio, Himmler se vio aquejado de ambición militar. Esto le llevó a hacerse nombrar general en jefe del ejército de reserva y aun de una unidad militar. Fue en el plano militar donde Himmler falló primera y totalmente. El juicio que se hacía de nuestros enemigos debe calificarse sencillamente de infantil. Tuve ocasión varias veces de presenciar su falta de confianza en sí mismo y de valor en presencia de Hitler. (H. Guderian, 1951.)

Otro observador, representante de la élite bancaria alemana, Emil Helfferich, escribió que Himmler era "el tipo de pedagogo cruel a la antigua, estricto para consigo mismo pero mucho más para con los otros .. . Las manifestaciones de simpatía y el tono especialmente amistoso de sus cartas de agradecimiento eran una patraña, como suele hallarse en las naturalezas francamente frías". (E. Helfferich, 1970.)

Un cuadro menos negativo da el edecán de Himmler, K. Wolff, quien menciona solamente su fanatismo y su falta de voluntad, no su sadismo: "Podía ser un tierno padre de familia, un superior correcto y un buen camarada. Al mismo tiempo era un fanático obseso, un soñador disparatado y . . . un instrumento sin voluntad en las manos de Hitler, a quien estaba ligado por un amor/odio cada vez mayor." (K. Wolff, 1961.) Describe Wolff dos personalidades opuestas —al parecer igual de fuertes—, amable la una y fanática la otra, y no duda de que la primera fuera genuina. El hermano mayor de Himmler, Gebhard, presenta a Heinrich solamente en términos positivos, aunque su hermano le hubiera herido y humillado mucho tiempo antes de tener poder político. Gebhard alaba incluso su "paternal generosidad y el interés que se tomaba por las necesidades y los cuidados de sus subordinados"[219].

Estas descripciones abarcan los rasgos más importantes del carácter de Himmler. Su abatimiento, su trivialidad, su deseo de dominar, su insignificancia, su sumisión a Hitler, su fanatismo. La amistosa preocupación por los demás, mencionada por Wolff y su hermano mayor, era ciertamente un rasgo de conducta, pero es difícil asegurar hasta qué punto sería un rasgo de carácter, o sea genuino; considerando el conjunto de la personalidad de Himmler, el elemento genuino de su amabilidad no ha de haber sido muy grande.

En cuanto la estructura total del carácter de Himmler se va aclarando, descubrimos que es una ilustración de libro de texto para el carácter anal (atesorador) sadomasoquista, en que ya hemos anotado como rasgos sobresalientes el *orden exagerado y* la *pedantería* marcada. Desde los quince anos llevó Himmler un registro de su correspondencia donde anotaba todas las cartas que escribía y recibía.

[Su] entusiasmo por estas operaciones y la pedantería y la tendencia a llevar un registro exacto de que hace gala en ellas revelaban un aspecto importante de su personalidad. Su mentalidad de tenedor de libros se echa de ver con suma claridad en su modo de manejar la correspondencia que recibía de Lu y Kaethe [amigas íntimas]. (Las cartas que recibió de su familia no se han conservado.) En cada pieza inscribía no sólo la fecha de recibo sino incluso la hora y el minuto exactos en que la misiva llegaba a su poder. Como muchas de aquellas piezas eran felicitaciones de cumpleaños y cosas semejantes, la pedantería rayaba en lo absurdo. (B. F. Smith, 1971.)

Posteriormente, cuando fue jefe de las SS, Himmler llevaba un fichero para registrar todo objeto que hubiera dado alguna vez a una persona. (B. F. Smith, 1971.) Por

[219] Gebhard Himmler, en un esbozo inédito de la personalidad de Heinrich Himmler.

sugerencia de su padre llevó también un diario desde los catorce hasta los veinticuatro años. Casi cada día halla uno consignaciones sin sentido, raramente acompañadas de un pensamiento algo más profundo.

Anotaba Himmler cuánto tiempo había dormido, cuándo había ido a comer, dónde tomó el té o si había fumado, a quién había visto en el día, cuánto tiempo había estudiado, a qué iglesia había ido y cuándo había vuelto a casa en la noche. Anotaba además a quién había visitado, si lo habían recibido amablemente, a qué hora había tomado el tren para volver a casa de sus padres, si el tren llegó a la hora o con retraso. (B. F. Smith, 1971.)

He aquí un ejemplo de sus anotaciones diarias en las semanas del 1 al 16 de agosto de 1915 (B. F. Smith, 1971):

1 de Agto. de 1915	Domingo ... me bañé [en un lago o en el mar] por tercera vez . . . Papá, Ernsti y yo nos bañamos después de remar por cuarta vez. Gebhard también tenía calor .. .
2	Lunes ... En la noche me bañé por quinta vez.
3	Martes . . . me bañé por sexta vez.
6	Viernes . .. me bañé por séptima vez . . . Me bañé por octava vez.
7	Sábado. En la mañana me bañé por novena vez ...
8	. . . me bañé por décima vez ...
9	En la mañana me bañé por undécima vez ... Después por duodécima vez .. .
12	Jugué, después me bañé por decimotercera vez .. .
13	Jugué, después me bañé por decimocuarta vez .. .
16	... Después me bañé por decimoquinta y última vez...

Otro ejemplo es el siguiente. El 23 de agosto del mismo año, Himmler anotaba que habían sido hechos prisioneros en Gumbinnen ocho mil rusos; el 28 de agosto había ya treinta mil rusos prisioneros en Prusia Oriental, y el 29 de agosto, que el número de prisioneros no era de treinta mil sino de sesenta mil, y tras de un cómputo todavía más preciso, setenta mil. El 4 de octubre apuntaba que el número de prisioneros rusos no había sido de setenta mil sino de noventa mil. Y añadía: "Se multiplican como piojos." (B. F. Smith, 1971.) El 26 de agosto de 1914 hacía la siguiente anotación:

26 de agosto. Jugué en el jardín con Falk. Mil rusos capturados por nuestras tropas al este del Vístula. Avance de los austriacos. En la tarde trabajé en el jardín. Toqué el piano. Después del café visitamos a los Kissenbarths. Nos permiten coger ciruelas del árbol que tienen allí. Han caído a montones. Ahora tenemos cañones de 42 cm. (J. Ackermann, 1970.)

Comenta Ackermann que no se comprende bien si lo que le interesaba a Himmler era el número de ciruelas comibles o el de enemigos muertos.

Tal vez algo de la pedantería de Himmler le viniera de su padre, hombre en extremo pedante, profesor de secundaria, después director, cuya fuerza principal parece haber sido el orden. Era un conservador, un hombre fundamentalmente débil y un padre y maestro autoritario chapado a la antigua.

Otro rasgo importante en la estructura del carácter de Himmler es su *sumisión, su Subalternität,* como la llamó Burckhardt. Aunque no parece haber sido excesivamente

temeroso de su padre, era muy obediente. Pertenecía a esa clase de gente que se somete no porque la autoridad sea espantable sino porque *ellos* están espantados — no de la autoridad sino de la vida—, y por eso buscan una autoridad y desean someterse a ella. La sumisión tiene ciertamente algo de oportunismo, y en el caso de Himmler era muy visible. Se sirvió de su padre, de sus maestros, después de sus superiores en el ejército y en el Partido, desde Gregor Strasser hasta Hitler, para ascender y derrotar a sus competidores. Hasta que halló en Strasser y los dirigentes nazis figuras paternas nuevas y más poderosas, nunca se había rebelado. Escribió su diario, como le había dicho su padre que lo hiciera, y se sentía culpable cuando un día no hacía sus anotaciones. Él *y* sus padres eran católicos romanos, asistían regularmente a misa, tres o cuatro veces a la semana durante la guerra, y él daba seguridades a su padre de que no debía preocuparse, que no leía obras inmorales como las de Zola. Pero no hay señales de fervor religioso en la historia del joven Himmler; la actitud suya y de su familia era puramente convencional, como era característico de su clase.

El cambio de la obediencia del padre a Strasser y Hitler, del cristianismo al paganismo ario, no fue una rebelión. Fue suave y cauteloso. No dio ningún paso antes de estar seguro de que podía darlo. Y al final, cuando su ídolo, Hitler, ya no servía, quiso engañarlo intentando trabajar para otros amos, los aliados, archienemigos de ayer y vencedores de hoy. En esto está tal vez la diferencia de carácter más profunda entre Himmler y Hitler; éste era un rebelde (aunque no un revolucionario) y al primero le faltaba por completo el elemento rebelde. Por esta razón no hay base para especular que la transformación de Himmler en nazi fue un acto de rebeldía contra su padre. La verdadera motivación del cambio parece haber sido diferente. Himmler necesitaba una persona guía poderosa, que compensara su debilidad. Su padre era un hombre débil, que después de la derrota del poder imperial y sus valores había perdido mucha de su anterior prestigio social y su orgullo. El joven movimiento nazi, si bien todavía no era fuerte cuando Himmler se unió a él, sí lo era ya en la vehemencia de sus críticas, no sólo contra la izquierda sino también contra el sistema burgués, al que pertenecía su padre. Aquellos jóvenes hacían figura de héroes dueños del futuro y Himmler, el débil y sumiso adolescente, halló para rendirle pleitesía una imagen mucho más apropiada que su padre. Al mismo tiempo pudo mirar a éste con cierta condescendencia, cuando no oculto menosprecio, y hasta ahí llegó su rebelión.

El ejemplo más extremado de su sumisión fue con Hitler, aunque debemos sospechar que su oportunismo tal vez lo indujera a cierto grado de adulación, no enteramente genuino. Hitler era para 61 el hombre dios, comparable con el Cristo de la religión cristiana y el Krishna en el Bhagavad-Gita. Escribe de él: "Está destinado por el karma de lo germánico universal *[Germanentum]* a dirigir. la lucha contra el Este y salvar a la Germania del mundo; una de las figuras de luz verdaderamente grandes se ha encarnado en él." (J. Ackermann, 1970.) Se sometía al nuevo Hitler-Cristo-Krishna como se había sometido al antiguo Dios/Cristo, sólo que con fervor mucho mayor. Debe no obstante observarse que dadas las circunstancias, los nuevos dioses ofrecían mayores probabilidades de fama y poder.

La sumisión de Himmler a una figura paterna fuerte iba acompañada de una honda e intensa *dependencia respecto de su madre,* que lo amaba hasta la chifladura. Ciertamente, Himmler no padeció de falta de amor materno . . . cliché que se halla en cierto número de libros y artículos escritos sobre él. Pero sí podríamos decir que el amor de ella era primitivo; le faltaba conocimiento y visión de lo que necesitaba el niño en desarrollo; era el amor de una madre por su tierno infante, y no cambió a

medida que crecía el niño. De este modo, el amor de ella lo malcrió y bloqueó su desarrollo, y le hizo depender de ella. Antes de describir esta dependencia quiero señalar que en Himmler, como en tantos otros, la necesidad de un padre fuerte se debe a la debilidad de la persona, que a su vez se debe a haber seguido siendo un niño que ansía el amor de su madre (o de una figura materna), que lo proteja, lo conforte y no le exija nada. Así no se siente hombre sino niño: débil, desvalido, sin voluntad ni iniciativa. De ahí que muchas veces busquen un jefe fuerte al que puedan someterse, que les dé una sensación de firmeza y que, en una relación de imitación, sea reemplazo de las cualidades que les faltan.

Había en Himmler una flaccidez física y mental que es frecuente en esos "niños mimados" y que trataba de superar "practicando su voluntad de poder" . . . pero sobre todo por la aspereza y la inhumanidad. Para él, el dominio y la crueldad fueron los sustitutos de la fuerza; pero su intento tenía que fracasar porque ningún débil se hace fuerte siendo cruel, únicamente esconde de momento su debilidad a los demás y a sí mismo, mientras tiene poder para dominar. Hay pruebas abundantes de que Himmler fue un "niño mimado" típico. A los diecisiete años, cuando estaba haciendo su instrucción militar lejos de sus padres, escribía en el primer mes veintitrés cartas a su casa, y aunque recibió diez o doce en respuesta, continuamente se quejaba de que su familia no le escribía bastante. Es típica la primera fase de su carta del 24 de enero: "Querida mami, muchas gracias por tu querida carta. Ya era hora de que supiera de ti." Dos días después, habiendo recibido otra nota de casa, empieza por el estilo y añade: "la espera fue larga y dolorosa". Y dos cartas en tres días no le impidieron lamentarse el 29, "hoy tampoco recibí nada tuyo".

En sus primeras cartas se combinaba la petición de que le escribieran con las quejas por sus condiciones de vida: su pieza era desierta y fría, y padecía las atenciones de las chinches; la comida le parecía escasa y poco atractiva y solicitaba paquetes de comida y dinero suficiente para comer en la cantina o en los restoranes cervecerías de la ciudad. Sucesos triviales, como el equivocarse de ropa en el baño, adquirían las dimensiones de pequeñas tragedias, y se las comunicaba con todo detalle a la familia. En parte esas quejas y lamentos eran peticiones de ayuda a frau Himmler. En respuesta ella le enviaba giro tras giro y paquete tras paquete con alimentos, ropa de cama, insecticidas y mudas de ropa interior. Según parece, las provisiones que llegaban de Landshut iban acompañadas de muchos consejos y manifestaciones de cuidado. Ante el impacto de esos mensajes Heinrich, convencido de que debía mantener su posición de bravo soldado, a veces trataba de retractarse de la queja que había puesto en movimiento toda la operación. Pero siempre esperaba la llegada del paquete antes de cambiar de tono, y su reserva nunca duraba mucho. En materia de comida era totalmente desvergonzado y sus cartas siempre iban llenas de observaciones de encomio para las artes culinarias de su madre *("el Apfelstrudel,* que me comí después de la sesión de adiestramiento, estaba de maravilla") y de pedidos de golosinas como manzanas o galletitas. (B. F. Smith, 1971.)

Con el tiempo, sus cartas a la casa se hicieron algo menos frecuentes —aunque nunca fueron menos de tres a la semana—, pero sus peticiones de correo eran tan insistentes como de costumbre. A veces se ponía muy desagradable cuando su madre no le escribía tanto como 61 deseaba. Así empezaba una carta del 23 de marzo de 1917: "Querida madre, muchas gracias por tu amable carta (que no recibí). Verdaderamente, eso no significa que no hayas escrito."

La necesidad de compartirlo todo con sus padres, sobre todo con su madre, siguió igual cuando trabajó de *Praktikant* (estudiante de agricultura que hacía trabajo práctico en una granja). De diecinueve años entonces, envió a su casa al menos ocho tarjetas y cartas en las tres y media primeras semanas, aunque siempre apuntaba que estaba demasiado ocupado para escribir. Cuando cayó enfermo de paratifoidea, su madre casi se volvió loca, y ya convaleciente él, pasó mucho tiempo contándole por menudo todo lo relativo a su estado de salud, su temperatura, la marcha de su vientre, sus dolores, etc. Al mismo tiempo tenía la malicia suficiente para no dar la impresión de que era un niño llorón, diseminaba en sus relatos seguridades de que estaba muy bien y hacía bromas a su madre por preocuparse. Incluso empezaba sus cartas con dos o tres cosas de interés general y después añadía: "En cuanto a mi salud, querida mamá, te veo llena de impaciencia." (B. F. Smith, 1971.) Tal vez fuera cierto, pero la frase es una muestra del método que empleó Himmler en toda su vida: proyectar sus deseos y temores sobre los demás.

Hasta aquí hemos conocido a un joven narcisista, oportunista e hipocondríaco excesivamente ordenado que sentía como un bebé y añoraba la protección materna al mismo tiempo que trataba de seguir e imitar una imagen paterna.

Sin duda, la actitud dependiente de Himmler, engendrada en parte por la actitud demasiado indulgente de su madre, aumentó por ciertas debilidades reales, físicas y mentales. Físicamente, Himmler no era un niño muy fuerte y tuvo mala salud desde los tres anos. Contrajo entonces una grave infección del aparato respiratorio que parece haberle atacado los pulmones y de la cual murieron algunos niños. Sus padres estaban desesperados y llevaron al médico que había atendido al niño desde Munich hasta Passau para que lo atendiera. Para prodigar al niño los mejores cuidados, frau Himmler fue con él a un lugar de clima mejor, y el padre iba a visitarlos cuando se lo permitía su trabajo. En 1904, la familia entera volvió a Munich por la salud del niño. Conviene notar que el padre aprobaba todas estas medidas, costosas e incómodas para él, al parecer sin protesta[220].

A la edad de quince años empezó a padecer del estómago, y este padecimiento le duró el resto de su vida. El cuadro completo de su enfermedad hace suponer que tenía un fuerte factor psicógeno. Si su enfermedad estomacal le parecía síntoma de debilidad, por otra parte le daba motivos para estarse ocupando constantemente en sí mismo y para tener gente que escuchara sus quejas y se agitara en torno suyo[221].

Otro padecimiento de Himmler era una supuesta enfermedad cardiaca, que habría contraído a consecuencia de su trabajo en la granja en 1919. El mismo médico de Munich que lo había atendido de su paratifoidea diagnosticó ahora hipertrofia cardiaca debida al exceso de ejercicio durante el servicio militar. Comenta B. F. Smith que en aquellos años se diagnosticaba mucho la hipertrofia del corazón y se atribuía al ejercicio de la guerra, y que actualmente la mayoría de los médicos se burlan de esos diagnósticos. La opinión médica actual es que Himmler no tenía nada en el corazón y que aparte de los problemas de insuficiente alimentación y las secuelas de la paratifoidea, "es probable que gozara de una salud bastante buena". (B. F. Smith, 1971.)

Sea como quiera, el diagnóstico debe haber reforzado las tendencias hipocondríacas de Himmler y su vinculación a los padres, que siguieron preocupándose por él.

---

[220] Este es otro factor que me hace presumir que el padre no era un sujeto tan riguroso, áspero y espantable como a veces lo pintan.

[221] Cuando estuvo en el poder tuvo alguien así en el doctor Kersten, quien parece haber ejercido alguna influencia en él, cosa nada sorprendente, puesto que ejercía la función de una figura materna.

Pero la debilidad física de Himmler iba más allá de estos tres grupos patológicos (pulmones, estómago y corazón). Tenía un aspecto suave y fláccido y físicamente era torpe y desmañado. Por ejemplo, cuando recibió una bicicleta y pudo acompañar a su hermano Gebhard en sus salidas, "Heinrich solía caerse de la máquina, desgarrarse las ropas y sufrir otras desgracias". (B. F. Smith, 1971.) La misma torpeza física dejó ver en la escuela, donde es probable que resultara aún más humillante.

Tenemos un buen informe sobre los anos escolares de Himmler por su compañero G. W. F. Hallgarten, quien después fue un historiador destacado[222]. En su autobiografía dice Hallgarten que cuando supo del acceso de Himmler al poder apenas podía imaginar que fuera aquél el mismo que había sido su compañero de clase.

Describe Hallgarten a Himmler como un niño regordete y extraordinariamente pálido, que siempre llevaba gafas y con frecuencia mostraba "una sonrisa medio embarazada y medio malvada". Era muy querido de todos los maestros y fue un alumno ejemplar en todos sus anos de escuela, con las mejores calificaciones en todas las materias esenciales. En clase se le consideraba un *Streber* (muy ambicioso). Había una sola materia en que Himmler era deficiente, y era la gimnasia. Hallgarten da detalles de cuán humillado se sentía Himmler cuando no podía hacer ejercicios relativamente simples y se veía puesto en ridículo no sólo por el maestro sino también por sus compañeros, encantados de ver a aquel ambicioso en mala postura. (G. W. F. Hallgarten, 1969.)

Pese a ser tan ordenado, Himmler no era disciplinado y carecía de iniciativa. Era un hablador, y lo sabía, y trataba de dominarse. Sobre todo, casi no tenía voluntad; por eso no es de sorprender que alabara como virtudes ideales la voluntad robusta y la firmeza, que nunca adquirió. Compensaba su falta de voluntad mediante su poder de coerción sobre los demás.

En su diario, en una entrada del 27 de diciembre de 1919, hay un ejemplo de la conciencia que él mismo tenía de su carácter sumiso y su falta de voluntad: "Dios llevará todo a buen fin, pero no debo someterme sin voluntad al destino sino gobernarme lo mejor que pueda." (J. Ackermann, 1970.) Esta frase es más bien tortuosa y contradictoria. Empieza reconociendo la voluntad de Dios (entonces era todavía católico practicante); después afirma que no se someterá, pero modifica su afirmación añadiendo "sin voluntad", y así resuelve el conflicto entre su sumisión real y su ideal de tener una voluntad fuerte mediante la componenda de someterse, pero con su voluntad; y después se promete dirigir su destino pero atenúa esta declaración de independencia con la torpe adición de "lo mejor que pueda". En cabal contraste con Hitler, Himmler siempre fue un débil y siguió siéndolo, y él lo sabía. Su vida fue una lucha contra este conocimiento, un intento de hacerse fuerte. Era muy parecido a un adolescente que quisiera, pero no puede, cesar de masturbarse, que se siente culpable y débil, se reprocha su debilidad y siempre está tratando de cambiar, pero nunca lo consigue. Mas las circunstancias y su inteligencia le permitieron ocupar una posición de tal dominio sobre los demás que pudo vivir con la ilusión de haberse hecho "fuerte".

No sólo era débil y torpe Himmler físicamente sino que padecía además de un sentimiento de inferioridad social. Los profesores de secundaria estaban en el nivel más bajo del sistema monárquico y temían a todos los escalones que estaban por encima de ellos. Esto era tanto más marcado en la familia de Himmler porque su padre había sido por un tiempo preceptor privado del príncipe Heinrich de Baviera y había conservado bastante trato personal con él, a tal punto que pudo pedir al príncipe que apadrinara a su segundo hijo, quien entonces recibió el nombre de Heinrich. Con la concesión de este favor principesco, la familia de Himmler había llegado al colmo de sus ambiciones

[222] Cf. G. W. F. Hallgarten (1963).

alcanzables; aquel conocimiento hubiera tenido probablemente consecuencias más favorables si el príncipe no hubiera muerto en combate en la primera guerra mundial (fue el único príncipe alemán que tuvo ese destino). Para el joven Himmler, suponemos, tan ansioso de ocultar su sensación de indignidad, la nobleza debe haber sido como un cielo social que le estaba vedado por siempre.

Pero la ambición de Himmler logró lo imposible. De tímido adolescente socialmente inferior que admiraba y envidiaba a los miembros de la nobleza se convirtió en jefe de los SS, que debían ser la nueva nobleza alemana. Ya no estaba por encima de él el príncipe Heinrich, ni los condes ni barones, ni los *von.* El, el *Reichsführer SS,* con sus subordinados, era el nuevo noble; *era* el Príncipe; por lo menos tal se imaginaría. Los recuerdos escolares de Hallgarten señalan esta relación entre la antigua nobleza y los SS. Había en Munich un grupo de hijos de familias nobles que vivían en una casa propia pero recibían su instrucción en el mismo *Gymnasium.* Recuerda Hallgarten que llevaban un uniforme parecido al que después llevaron los SS, salvo que el color era azul oscuro en lugar de negro. Su idea de que aquel uniforme sirvió de modelo para el de los SS parece muy plausible.

Himmler constantemente predicaba el valor y el sacrificio del individuo en pro de la comunidad. El que esto era una afectación se echa de ver perfectamente en la historia algo enredada de su deseo de alistarse en el ejército y marchar al frente en 1917. Como su hermano mayor —y otros muchos jóvenes relacionados con tos peldaños más altos del *establishment* — Heinrich trató de entrar en un regimiento para formación de oficiales con el fin de hacerse cadete *o Fähnrich,* aspirante a oficial comisionado. Esta formación tenía dos ventajas: la natural de hacerse oficial con la esperanza de seguir la carrera, y la menos visible de que el adiestramiento duraba más tiempo que el de los jóvenes reclutas o los soldados voluntarios. Era de suponer que pasarían ocho o diez meses antes de que los pudieran enviar al frente, mientras que a los soldados los enviaban mucho antes en aquel período de guerra.

El hermano mayor de Himmler, Gebhard, ya había empezado a recibir adiestramiento de oficial en 1916 y al fin fue enviado al frente. La alharaca que hizo la familia con el hermano mayor y la salida de más y más jóvenes en dirección del frente hizo a Heinrich Himmler rogar a sus padres que le permitieran dejar la escuela y entrar también en la de oficiales. El padre hizo cuanto pudo por realizar los deseos de su hijo, recurriendo a sus relaciones, pero a pesar de la calurosa recomendación de la viuda del príncipe Heinrich, el regimiento para el que lo recomendaban tenía ya candidatos suficientes para la formación de oficiales y lo rechazó. El padre, metódicamente como de costumbre, hizo la solicitud a veintitrés regimientos, después de apuntar el nombre de los jefes más importantes de cada uno y los de personas influyentes que podían tener relación con ellos. Pero todo fue en vano. De todos modos, el profesor Himmler no estaba dispuesto a darse por vencido. Cinco días después enviaba la solicitud número veinticuatro al 11 regimiento de infantería, con el que todavía no había intentado nada. Mientras su padre seguía batallando con las solicitudes, Heinrich se desanimó temporalmente y parece haber creído que lo tomarían de simple soldado. Utilizando las relaciones de su padre solicitó servir a la ciudad de Landshut en el *Hilfsdienst,* suerte de servicio bélico para quienes no habían sido llamados a filas. Dejó la escuela y entró en ese servicio, según parece con la esperanza de retrasar algo su ingreso en el ejército; pero cuando el Ministerio de Educación de Baviera publicó una orden especial por la que se veía cómo no había peligro de conscripción, Heinrich volvió a la escuela. Poco después, con gran sorpresa suya y de su padre, su solicitud número veinticuatro produjo efecto y le mandaron presentarse dentro de unos días al 11 regimiento de infantería en Regensburg.

Al final de la primera semana oyó rumores de que no seguirían adiestrándolo para oficial sino que lo iban a mandar al frente inmediatamente. "Este chisme lo hundió en un abismo de tristeza e hizo desaparecer su ardor por el combate." (B. F. Smith, 1971.) Explicando a sus padres que lo desesperaba solamente el que no llegaría a oficial, les pidió que intervinieran con un primo segundo que era oficial del regimiento para que ayudara en esa cuestión. Los padres, sobre todo la madre, estaban casi tan espantados como el mozo mismo, y un mes después el teniente Zahle, el primo, estaba todavía dando seguridades a Heinrich de que no lo iban a enviar al frente, instándolo a que se calmara y siguiera adelante con el programa.

En cuanto desapareció el temor de que lo enviaran al frente, Heinrich asumió una actitud de confianza en sí mismo. Se atrevía a fumar (aunque tenía que pedirle a su padre el tabaco) y juzgaba la situación política, comentando que "no le gustaba" una errónea noticia de que Ludendorff había dimitido. Desde que empezó 1918 hasta los primeros días de octubre estuvo entrenándose y esperando órdenes de ir al frente. Ahora parecía muy ansioso de que lo enviaran y trató incluso de obtener por favor
especial de los jefes que dieran preferencia a su nombramiento y no al de su amigo Kistler, quien también ansiaba ir allá, en caso de que sólo uno de los dos fuera llamado. Pero esos esfuerzos no tuvieron resultado, así que reanudó sus visitas de sociedad y su asistencia al teatro.

La cuestión lógica que se plantea aquí es por qué ahora estaba ansioso de ir al frente cuando unos meses antes se había espantado tanto. Hay varias respuestas posibles a esta' contradicción aparente. Su hermano Gebhard había sido ascendido a cadete completo en el combate, y eso debió dar envidia a Heinrich y ganas de demostrar que él también era un héroe. Es posible también que la competencia con Kistler apenas fuera un estímulo para hacerle olvidar sus preocupaciones con la idea de querer ganar a Kistler en aquel jueguito. Pero me parece más probable que la verdadera razón fuera otra. Precisamente cuando estaba haciendo aquellos esfuerzos para que lo enviaran al frente escribía: "Veo la situación política muy negra, totalmente negra ... Nunca perderé mi resolución aunque haya una revolución, cosa posible." (B. F. Smith, 1971.) Himmler era suficientemente vivo para ver, como casi todo el mundo lo veía en Alemania en octubre de 1918, que la guerra se había acabado y perdido. Era bastante seguro querer que lo enviaran al frente entonces, cuando la oleada revolucionaria ya se hacía sentir en Alemania y tres semanas después la revolución estallaría con todo su poder. En realidad, la creciente oposición y el ambiente revolucionario hacían que las autoridades militares decididamente no quisieran enviar a aquellos jóvenes al frente.

Otra ilustración de la falta de voluntad de Himmler y su indecisión está en su vida profesional. Su decisión de estudiar la agricultura fue una sorpresa completa, y sus motivos todavía no aparecen claros. Dada la educación clásica que había recibido, su familia debió haber esperado que tomara una profesión como la de su padre. La explicación más plausible parece ser que dudaba de su capacidad para estudiar en un campo intelectual más exigente y que el estudio de la agricultura le parecía un medio de lograr alguna categoría académica. No debemos olvidar que escogió la agricultura al no haber podido lograr su primer objetivo, el de oficial profesional del ejército. Interrumpió su carrera agrícola la enfermedad, real o supuesta, del corazón, pero no impidió que siguiera adelante con su intención. Una cosa que hizo fue aprender el ruso, porque planeaba emigrar al Este y hacerse cultivador. También parece haber pensado que el *Freikorps* acabaría por conquistar algún territorio en el Este, y allí habría lugar para él. Escribía: "De momento, no sé por qué estoy trabajando. Trabajo porque es mi obligación, porque hallo paz en el trabajo y por la alemana compañera de mi vida con quien viviré un día en el Este y pelearé toda la vida como alemán, lejos de mi querida Alemania." (B. F.

Smith, 1971.) Y un mes después: "Hoy he roto con todos dentro de mí y ahora sólo de mí dependo. Si no encuentro una muchacha cuyo carácter me acomode y que me ame, iré a Rusia solo." (B. F. Smith, 1971.)

Estas declaraciones son muy reveladoras. Himmler trata de negar sus temores y su aislamiento y dependencia afirmando su fuerte voluntad. Con o sin mujer vivirá lejos de Alemania, por su cuenta, y con esto trata de convencerse de que ya no es el "niño mimado". Pero en realidad se conduce como un niño de seis anos que decide escaparse de la madre para ocultarse una esquina más allá, en espera de que vaya a buscarlo. Considerando que entonces era un joven de veinte años, todo aquel plan, dadas las circunstancias, era una de esas fantasías irreales, románticas a que propendía Himmler cuando no estaba ocupado en la persecución inmediata de sus intereses.

Cuando estuvo claro que no había probabilidades de establecerse en Rusia, empezó a aprender el español con la idea de fundar una granja en América del Sur[223]. En diferentes ocasiones pensó en lugares como el Perú, Georgia (Rusia) y Turquía, pero todas estas ideas no eran más que soñar despierto. En este punto de su vida, Himmler no tiene adonde ir. No podía hacerse oficial. No tenía siquiera el dinero para dedicarse a la agricultura en Alemania ... mucho menos en América del Sur. Y le faltaba no sólo el dinero sino también la imaginación, el aguante y la independencia que eso hubiera requerido. Estaba en la misma posición que otros muchos que se hicieron nazis porque no tenían adonde ir, social ni profesionalmente, pero eran al mismo tiempo ambiciosos y sentían el ardiente deseo de subir.

La falta de esperanza en relación con el logro de una meta y probablemente el deseo de ir lejos, donde nadie lo conociera, deben haber aumentado mucho con la experiencia que tuvo de estudiante en Munich. Se hizo miembro de una fraternidad e hizo cuanto pudo por destacar. Visitaba a los miembros enfermos de la fraternidad y dondequiera que iba buscaba a miembros y alumnos. Pero le preocupaba el no ser muy querido entre sus compañeros, algunos de los cuales declaraban paladinamente su falta de confianza en él. Sus ideas fijas y su continuo organizar y chismear aumentaron su impopularidad, y cuando quiso ocupar un puesto en la fraternidad fue rechazado. En sus relaciones con las muchachas nunca depuso su actitud cauta y rígida, y ponía "tanta distancia entre sí y el otro sexo que había poco peligro de que su castidad se viera amenazada". (B. F. Smith, 1971.)

Cuanto más desesperadas parecían sus probabilidades profesionales, más atraído se sentía por las ideas de extrema derecha. Leía literatura antisemita y cuando asesinaron al ministro de Relaciones alemán Rathenau, en 1922, se alegró y lo calificó de "granuja". Se hizo miembro de una organización de extrema derecha algo misteriosa llamada *der Freiweg y* trabó conocimiento con Ernst Röhm, activista del movimiento hitleriano. A pesar de todas estas nuevas simpatías y conexiones con la extrema derecha, todavía se andaba con mucho tiento y no se entregaba por completo, siguió en Munich y prosiguió su vida acostumbrada. "Porque a pesar de su politiqueo y de su preocupación por sí mismo y su futuro continuaba con muchos de sus hábitos y sus costumbres antiguas, como la asistencia a la iglesia, obligaciones sociales, bailes de fraternidad y envío de ropa sucia a Ingolstadt [a su madre]." (B. F. Smith, 1971.) Lo salvó de su mala situación la oferta de empleo que le hizo el hermano de un profesor suyo: de ayudante técnico en una compañía de fertilizantes nitrogenados, donde le pusieron a laborar en la investigación que la compañía estaba realizando sobre el estiércol. Cosa harto extraña,

[223] Su método también es característico de su orientación metodológica y pedantesca. Aprende un idioma antes de tener la menor idea de las posibilidades prácticas de lograr el objetivo para el cual lo aprende. Pero aprender un idioma no es perjudicial; no requiere tomar una decisión; está seguro de tener un gran plan, pero en realidad no hace otra cosa que dejarse llevar por la corriente. Esta es precisamente su situación en los primeros veintes.

fue precisamente este trabajo el que le llevó de plano al campo de la política activa. La fábrica donde trabajaba estaba en Schleissheim, al norte de Munich, y sucedió que allí tenía su cuartel general una de las nuevas unidades paramilitares, el *Bund Blücher.* Era difícil evitar que lo atrajera aquel centro de actividad, y tras de bastantes vacilaciones acabó por adherirse al NSDAP de Hitler[224], uno de los más activos de los grupos de extrema derecha que se hacían la competencia. Ocuparía mucho espacio el relatar los sucesos de Alemania y Baviera en aquel tiempo. Digamos brevemente que el gobierno bávaro jugueteaba con la idea de enfrentarse al gobierno del Reich en Berlín con ayuda de los grupos de extrema derecha, pero al final no obró. A todo esto, Himmler dejó su empleo de Schleissheim y se unió a una unidad militar, compañía de reemplazo para un regimiento de la Reichswehr. Pero ésta disolvió su compañía porque había muchos en ella que deseaban participar en una acción contra Berlín, y de este modo al cabo de sólo siete semanas terminaba la nueva carrera militar de Himmler. Mientras tanto se había relacionado íntimamente con Röhm, y el día del *putsch* de Munich fue Himmler quien llevaba la antigua bandera imperial y marchaba junto a Röhm a la cabeza de la columna que trató de tomar el ministerio de la Guerra. Röhm y sus hombres rodearon el ministerio, pero a ellos los rodeó la policía bávara. El intento de Hitler de socorrer a Röhm había terminado en su fallida marcha contra los soldados del ejército en la *Feldherrnhalle.* Los jefes del grupo de Röhm *(Reichskriegsflagge)* fueron detenidos, y Himmler y los demás hombres rindieron las armas, se identificaron a la policía y marcharon a sus casas.

Himmler, impresionado todavía por haber llevado la bandera, temía ser arrestado, mas también que el gobierno no lo tomara en cuenta. No se atrevía a hacer nada que pudiera conducir a su detención, como trabajar en las organizaciones prohibidas. (Debe comprenderse que un arresto no hubiera tenido consecuencias terribles. Lo más probable era que lo dejaran libre o lo exoneraran, o que lo condenaran por breve tiempo a una *Festung,* como a Hitler —un lugar cómodo donde había de todo, menos el derecho de irse.) En lugar de eso se contentaba con racionalizaciones: "Como amigo y especialmente como soldado y miembro devoto del movimiento *völkisch,* nunca huiré del peligro, pero tenemos la obligación entre nosotros y para con el movimiento de estar siempre listos para el combate." (B. F. Smith, 1971.) De acuerdo con eso, trabajaba en el movimiento *völkisch,* que no estaba prohibido, seguía buscando un empleo *y* jugueteaba con la idea de encontrar un puesto interesante en Turquía. Escribió incluso a la embajada soviética para preguntar si habría probabilidades de ir a Ucrania, extraño paso para aquel fanático anticomunista. En este período también se hizo más maligno su antisemitismo, incluso con un tinte sexual, debido sin duda a su constante preocupación por el sexo. Especulaba acerca de la moral de las muchachas que conocía y echaba mano de toda la literatura erótica que podía. Visitando a unos viejos amigos en 1924 halló en su biblioteca *Ein Sadist im Priesterrock* [Un sádico ensotanado], de C. F. Schlichtegroll, prohibido en Alemania en 1904. Lo devoró en un día. En general, presentaba el cuadro que era de esperar en un joven inhibido y asustado que padecía de incapacidad de relacionarse con las mujeres.

Al fin se resolvió el problema de su futuro. Gregor Strasser, dirigente del *Nationalsozialistische Freiheitsbewegung y su Gauleiter* para Baviera, le ofreció un empleo de secretario y ayudante general suyo. Aceptó inmediatamente, fue a Landshut y subió con Strasser en el Partido. Strasser representaba ideas muy diferentes de las de Hitler. Ponía de relieve los rasgos sociales revolucionarios del programa nazi y era jefe del ala más radical, en unión de su hermano Otto y de Joseph Goebbels. Querían apartar a

[224] *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei* (Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán).

Hitler de su orientación hacia la clase superior y creían que el Partido debía "proclamar un mensaje de revolución social con sólo un poco de antisemitismo". (B. F. Smith, 1971.) Pero Hitler no cambió de rumbo. Goebbels, sabedor qué lado era el más fuerte, abandonó sus ideas y siguió a Hitler. Strasser dejó el Partido y Röhm, jefe de las SA que representaba también ideas revolucionarias más radicales, fue asesinado por orden de Hitler y de hecho a manos de los SS de Himmler. La muerte de Röhm y otros jefes de las SA fue el comienzo y la condición del ascenso de Himmler al poder.

Pero en 1925-6, el NSDAP era un partido pequeño, la república de Weimar parecía haberse hecho más estable y Himmler debe haber tenido algunas dudas. Había perdido algunos amigos e "incluso sus padres le hicieron saber que no sólo desaprobaban su labor de partido sino que lo consideraban el proverbial hijo descarriado". (B. F. Smith, 1971.) Su sueldo era pequeño, y con frecuencia tenía que pedir prestado. Por eso no es de sorprender que volviera a su antiguo deseo de obtener una posición sólida de administrador de alguna granja, y una vez más volvió a juguetear con la idea de emigrar a Turquía. Pero siguió en su puesto del Partido porque todos sus intentos de hallar un empleo fueron completamente vanos, y no porque su lealtad a las ideas del Partido fuera tan fuerte y firme. Poco después, las cosas parecieron ir mejor. Gregor Strasser se convirtió en jefe de Propaganda del Reich para el Partido en 1926, y Himmler fue su segundo.

Sólo tres años después mandaba Himmler a trescientos hombres de las *Schutzstaffeln,* que para 1933 se habían convertido en un ejército de cincuenta mil.

En su biografía de Himmler comenta Smith: "Lo que nos inquieta tan profundamente no es la organización de los SS ni la posición final de jefe de policía del Reich que ocupa Himmler sino la tortura de millones de seres humanos y el exterminio de otros millones. En la infancia y la juventud de Himmler no se halla respuesta directa a estas cuestiones." (B. F. Smith, 1971.) Yo no creo que tenga razón, e intentaré demostrar que el sadismo de Himmler tenía raíces profundas en su estructura de carácter mucho antes de que tuviera ocasión de practicarlo en la escala que hizo entrar su nombre en la historia en calidad de monstruo sangriento.

Debemos tener presente la definición general de sadismo: pasión del poder absoluto e irrestricto sobre otro ser humano. La inflicción de dolor físico es sólo una de las manifestaciones de su deseo de omnipotencia. Tampoco debemos olvidar que la sumisión masoquista no es lo contrario del sadismo sino parte del sistema simbiótico en que el dominio completo y la sumisión total son manifestaciones de la misma impotencia vital básica.

Uno de los primeros indicios del placer que sentía Himmler en las denuncias malévolas de otras personas podría ser un incidente ocurrido durante la guerra, cuando Himmler tenia dieciséis años. Algunos sajones acomodados habían estado de vacaciones en Baviera; allí habían acaparado alimentos y los habían enviado a su tierra, donde aquellos artículos eran mucho más difíciles de obtener. Fueron denunciados en el periódico, y cree Smith que la abundante información que Himmler tenía de los artículos que habían comprado "indica ciertamente que él tuvo parte en la revelación" (B. F. Smith, 1971.) Un poemita que escribió Himmler en 1919 expresa también su veta cruel (en B. F. Smith, 1971):

Franzosen, Franzosen, O gebt nur recht acht
für euch wird kein Pardon gemacht.
Uns're Kugeln pfeifen und sausen
und verbreiten euch Schrecken und Grauen

wenn wir da so unheimlich hausen.[*]

A partir de los veintiún años, en que se sintió algo más independiente porque había empezado a hallar otros amigos y figuras paternas, empezó a ser ligeramente condescendiente con su padre, aunque siempre daba a su regaño una forma apropiada, cosa que no hacía con su hermano mayor Gebhard, a quien atacaba cada vez con más crueldad.

Es necesario, para descubrir la evolución del sadismo de Himmler, entender el significado de sus relaciones con Gebhard[225]. Este era exactamente lo contrario de Heinrich: sereno, querido, valiente y atractivo para las muchachas. Cuando ambos eran más jóvenes, Heinrich parece haber admirado a Gebhard, pero cuando éste triunfó en varias cosas en que él fracasara su admiración se mudó en amarga envidia. Había ido a la guerra; ascendido en el campo de batalla, recibió la Cruz de Hierro de primera clase. Se enamoró de una encantadora muchacha y se hizo su novio mientras el hermano menor, sin amor, sin gloria, era torpe, débil y poco querido. Heinrich mudó su cariño de Gebhard a su primo segundo Ludwig, que tenía razones de sentirse celoso de Gebhard. Al principio sólo criticaba a su hermano cáusticamente por su falta de disciplina y de objetivos, por insuficientemente heroico y por descuidado, criticando como de costumbre en los demás las faltas que él tenía. Pero el ministro de policía futuro aparece ya a la perfección en sus relaciones con Gebhard después de haber éste cortejado con ventura a una prima lejana, y al parecer atractiva, llamada Paula. Esta muchacha no encajaba con la idea que se hacía Himmler de una novia tímida, recatada y casta y por desgracia hubo problemas entre Paula y Gebhard a causa de una supuesta "imprudencia" anterior por parte de ella. Gebhard escribió a Heinrich implorándole que fuera a casa de Paula y le ayudara a resolver la cuestión. Esta insólita petición demuestra hasta qué punto había ya logrado Heinrich subyugar a su hermano mayor, probablemente intrigando con sus padres. Heinrich fue a ver a Paula, pero no se sabe lo que pasó. La carta que le envió a ella, unas semanas después de haberle hecho ella según parece cuatro juramentos de fidelidad, muestra empero algo de su carácter coercitivo:

Creo gustoso que cumplirás esas cuatro cosas, sobre todo mientras Gebhard opere directamente en ti con su presencia personal. Pero eso no basta. Un hombre debe tener confianza en su novia, aunque esté anos fuera y no la vea, y no sepan el uno del otro durante mucho tiempo (cosa harto posible en los terribles años venideros de la guerra), debe tener seguridad de que no le será infiel con palabras, miradas, besos, ademanes ni pensamientos... Tienes ahí una prueba que podrías y *deberías* [subrayado en el original] resistir y que vergonzosamente no has resistido . . . Si esa unión ha de ser feliz para los dos y para la salud de *das Volk* —que debe edificarse sobre familias sanas y morales— tienes que controlarte con energía *bárbara* [subrayado en el original]. Ya que tú no sabes manejarte con energía y firmeza y apenas te controlas un poquito, y que tu futuro esposo, como ya dije, es demasiado bueno para ti y conoce poco a la gente y no puede aprender porque en esta edad es difícil, alguien tiene que hacerlo. Ya que ambos me han hablado de este asunto y me han hecho intervenir, me siento obligado a obrar así.

En los siete meses siguientes, Heinrich no intervino francamente, hasta que en febrero de 1924 recibió algún informe que le convenció, con razón o sin ella, de que Paula había

[*] Franceses, franceses, escuchen muy bien/ porque para ustedes no habrá perdón./ Nuestras balas silbarán y atronarán/ difundiendo el espanto y el horror entre ustedes/ si hacemos el terrible desastre que deseamos.

[225] Tomo para lo que sigue de las relaciones entre Heinrich y Gebhard la descripción de B. F. Smith (1971).

vuelto a cometer una "imprudencia". Esta vez ni siquiera habló a su hermano sino que contó la cosa directamente a sus padres y quiso convencerlos de que el honor de la familia exigía poner fin al compromiso. Su madre capituló y asintió llorosa y al fin persuadió Heinrich también a su padre; sólo entonces se enfrentó directamente con Gebhard. "Cuando Gebhard aceptó y dejó que se pusiera fin al compromiso, Heinrich triunfaba, y al mismo tiempo despreciaba la falta de resistencia de su hermano. Dijo que era *como si* [Gebhard] *no tuviera alma en absoluto."* Aquel mozo de veinticuatro años había logrado sobreponerse a su padre, su madre y su hermano mayor y se había hecho virtualmente el dictador de la familia.

El acabamiento del compromiso fue especialmente desagradable para los Himmlers, sobre todo dado que la familia de Paula estaba lejanamente emparentada con ellos. "Pero siempre que sus padres o Gebhard se manifestaban reacios a la ruptura, Heinrich estaba listo para aplicar más presión. Visitó a amigos mutuos y les expuso por qué debía romperse el compromiso, y para ello hizo pedazos la reputación de la muchacha. Llegó una carta de Paula y su respuesta fue insistir en la necesidad de `mantenerse firmes y no dejarse detener por dudas'." En este punto, su deseo de dominar a sus padres y su hermano asumió rasgos de maldad verdaderamente sádica. Quería acabar con la reputación de la muchacha y para humillar a los padres, Gebhard y la familia de la muchacha más todavía, se empeñó en que todos los regalos hasta allí cambiados debían devolverse. El padre deseaba que pusieran fin los novios al compromiso de mutuo acuerdo, pero Heinrich se opuso, hizo triunfar su línea dura y al final se rechazó cualquier componenda. Himmler había triunfado en toda la línea y había hecho perfectamente desdichados a todos.

En muchos casos, la historia hubiera terminado aquí, pero no para Heinrich Himmler. Contrató a un detective privado para observar la conducta de Paula y le pidió reunir relatos "que haya usted oído y pueda demostrar". El detective privado le envió una colección de relatos que podían haber sido comprometedores. Himmler aprovechó la ocasión para humillar a la familia de Paula todavía más devolviendo otros regalos recibidos de la familia, que decía haber olvidado devolver antes, y nada más añadía su tarjeta de visita. "Su embestida final fue dos meses después, en una carta enviada a unos amigos mutuos. Les pide en ella digan a Paula que cese de hablar mal de ellos y añade la advertencia de que, si bien él es buen muchacho, *seré completamente diferente si se me obliga a ello. Entonces no me detendrá ningún falso sentido de piedad hasta que el contrario quede social y moralmente expulsado de la sociedad."* [Subrayado mío.]

Este era el colmo del dominio malévolo que podía ejercer Himmler en aquellas circunstancias. Cuando gracias a su artería pudo aprovechar las circunstancias políticas nuevas para sus fines propios, tuvo la oportunidad de poner por obra su sadismo en escala histórica. Sin embargo, el *Reichsführer SS* hablaba en términos no esencialmente diferentes de los que empleaba el joven Himmler en su amenaza a Paula. Ilustra esto el discurso de Himmler unos veinte anos después (1943) acerca de la ética de la orden negra:

Un principio debe tener validez absoluta para el SS, y es ser honesto, decente, leal, un buen camarada para los miembros de nuestra misma sangre y para nadie más. Lo que suceda a los rusos o los checos me es completamente indiferente. La buena sangre que otros pueblos tengan se la tomaremos quitándoles los hijos, si es necesario, y criándolos entre nosotros. El que otras naciones vivan en prosperidad o perezcan de hambre sólo me interesa en tanto necesitamos esclavos para nuestra cultura; de otro modo no me interesa. El que en la construcción de trincheras para las Panzers caigan o no 10 000 mujeres rusas sólo me interesa en tanto la trinchera esté lista para Alemania. *Nunca seremos crueles ni despiadados donde sea innecesario.* (J. Ackermann, 1970. Subrayado mío.)

En esta declaración, el sádico está en libertad de expresarse cabalmente. Se llevará los hijos de otras gentes si su sangre es buena. Tomará a los mayores de "esclavos para nuestra cultura", y el que mueran o vivan no le importa. La conclusión del discurso es típica de las ampulosas ambigüedades de Himmler y de los nazis. Protesta de su benevolencia moral asegurando a su público y a sí mismo que sólo es cruel y despiadado cuando es necesario. Es la misma racionalización que empleaba ya en su amenaza contra Paula: seré despiadado "si se me obliga a ello".

Himmler era un hombre temeroso y siempre necesitaba racionalizaciones para embellecer su sadismo. También pudo haberlas necesitado para protegerse de la confrontación con la prueba de su crueldad. Karl Wolff comunica que Himmler presenció una ejecución en masa en Minsk al finalizar el verano de 1941 y flaqueó bastante. Pero dijo: "No obstante, creo que está bien que hayamos contemplado esto. El que ha de decidir de la vida y la muerte debe saber lo que es morir y lo que pide que hagan a los jefes de los ejecutores." (K. Wolff, 1961.) Muchos de sus SS se sintieron mal después de aquellas ejecuciones en masa; algunos se suicidaron, se volvieron psicóticos o padecieron graves trastornos mentales[226].

No se puede hablar del carácter sádico de Himmler sin examinar lo que ha sólido denominarse su generosidad. Ya he dicho cómo trataba de hacerse popular visitando a los miembros enfermos de la fraternidad, pero hizo cosas semejantes también en otras ocasiones. Dio a una anciana pasteles y panecillos y puso en su diario: "Si siquiera pudiera hacer más, pero nosotros mismos somos unos pobres diablos" (cosa que no era verdad, porque su familia era una familia acomodada de la clase media y estaban lejos de ser unos pobres diablos.) Organizó un beneficio con sus amigos y dio las ganancias a los niños de Viena y se condujo de un modo "paternal" con sus SS, según han comentado muchos. Pero del conjunto del cuadro del carácter himmleriano saco la conclusión de que la mayoría de esos actos no eran expresiones de amigabilidad genuina. Necesitaba compensar su propia falta de sentimiento y su fría indiferencia y convencerse a sí y a los demás de que él no era como era o, para decirlo de otro modo, de que sentía lo que no sentía. Tenía que negar su crueldad y frialdad haciendo gala de generosidad e interés por los demás. Su misma aversión a cazar animales, que él llamaba cobardía, no pudo haber sido muy seria, ya que en una de sus cartas proponía que se facilitara la caza mayor en recompensa a los SS que se hubieran distinguido por su buena conducta. Era amigo de los animales y las cosas, pero aquí también se permite el escepticismo, puesto que casi nada de lo que hizo este hombre estaba exento del fin de favorecer su propia carrera. Naturalmente, aun un sádico como Himmler puede tener algunos rasgos humanos positivos, como la amabilidad con algunas personas en ocasiones; es de suponer que tendría rasgos de esos. Lo que hace tan difícil creer en ellos en el caso de Himmler es su frialdad total y la exclusiva persecución de sus fines egoístas.

Hay también un tipo de sadismo benévolo en que el dominio sobre otra persona no lleva el fin de perjudicarla sino que está destinado a obrar por su propio bien[227]. Es posible que Himmler tuviera algo de este sadismo benévolo, que con frecuencia da la impresión de generosidad. (En las cartas a sus padres, su predicación condescendiente tiene quizá un aspecto benévolo, como sus relaciones con los SS.) Un ejemplo es la carta que envía el 16 de septiembre de 1938 a un alto jefe de los SS, el conde Kottulinsky: "Querido Kottulinsky, estuvo usted muy enfermo y tuvo muchos problemas con su corazón. Por el bien de su salud le prohíbo que fume en dos años. Después me enviará usted un informe

[226] Cf. R. Höss, comandante de Ausschwitz (citado por J. Ackermann, 1970). Véase también el discurso de Himmler en octubre de 1943 a los jefes supremos de los SS acerca de los "colapsos nerviosos", una consecuencia posible de su campaña de exterminio. (Coblenza: Archivo Nazi, NS 19, H. R. 10.)

[227] Cf. el estudio del sadismo "benévolo" en E. Fromm (1941).

médico acerca de su salud, y entonces yo decidiré si sigue la prohibición de fumar o se levanta.

Heil Hitler." (Citado por H. Heiber, 1958.) Hallamos el mismo tono de maestro de escuela en una carta (30 de septiembre de 1942) al médico jefe de los SS, Grawitz, que le había escrito un informe insatisfactorio sobre experimentos médicos en los internados de los campos de concentración.

Esta carta no es para que usted se pase las horas preguntándose si lo voy a despedir del puesto de jefe médico; se trata únicamente de hacerle abandonar al cabo de tantos años su defecto principal, que es su vanidad, y que enfoque usted todas sus tareas, incluso las más desagradables, con valor y acabe por renunciar a la opinión y tendencia de creer que las cosas se arreglan hablando por los codos. Si consigue usted aprender eso y obra en sí mismo, todo estará bien y volveré a estar satisfecho de usted y su trabajo. (Citado por H. Heiber, 1958.)

La carta de Himmler a Grawitz es interesante no sólo por su tono de maestro de escuela sino también porque amonesta al doctor para que renuncie a los mismos defectos que eran tan suyos: vanidad, falta de valor y verborrea. La colección está llena de cartas semejantes en que desempeña el papel de un padre estricto y avisado. Muchos de los oficiales a quienes las escribió eran miembros de la clase feudal y no será divagar mucho suponer que a Himmler le agradaba sobremanera mostrarles su superioridad y tratarlos como a chicos de la escuela. (Y esto ya no es benevolencia.)

El fin de Himmler estuvo mucho más que su vida de acuerdo con su carácter. Cuando se vio claramente que Alemania había perdido la guerra, estaba preparando, por intermediarios suecos, negociaciones con las potencias occidentales, que le dejaran un papel rector, y ofrecía concesiones en relación con el destino de los judíos. En esas negociaciones fue rindiendo uno tras otro los dogmas políticos a que tan tenazmente se había aferrado. Naturalmente, por el solo hecho de iniciarlas, el fiel Heinrich *(der treue Heinrich),* como le llamaban, cometió el último acto de traición a su ídolo, Hitler. El que creyera que los aliados lo aceptarían como el nuevo "Führer" alemán demuestra su mediocre inteligencia y su falta de juicio político, así como su engreimiento narcisista, que le hacía creer que él sería el hombre más importante aun en una Alemania derrotada. Declinó la sugerencia del general Ohlendorf de que se rindiera a los aliados y aceptara la responsabilidad de los SS. El que había predicado la lealtad y la responsabilidad mostraba ahora, de acuerdo con su carácter, deslealtad e irresponsabilidad' completas. Huyó con un parche negro en un ojo y sin bigote, con papeles falsos y en uniforme de cabo. Cuando lo detuvieron y llevaron a un campo de prisioneros, su narcisismo según parece le hizo intolerable que lo trataran como a miles de soldados desconocidos. Pidió ver al jefe del campo y le dijo: "Yo soy Heinrich Himmler." Cierto tiempo después mordió la cápsula de cianuro que llevaba en el hueco de una muela. Apenas unos cuantos años antes, en 1938, había dicho en un discurso a sus oficiales: "Yo no entiendo a la persona que se quita la vida como una camisa sucia por creer que de ese modo se evita dificultades. Esa persona debería ser enterrada como un animal." (J. Ackermann, 1970.)

Así se cerraba el ciclo de su vida. Tenía que llegar al poder supremo para sobreponerse a su propia experiencia de debilidad e impotencia vital. Después de logrado esto, quiso aferrarse a ese poder traicionando a su ídolo. Cuando estuvo en un campo preso como un soldado raso, uno entre cientos de miles, no pudo soportar esa reducción a la impotencia total. Prefirió morir antes que verse rechazado al papel de hombre sin poder, que para él era el papel de un débil.

Resumiendo. Himmler es un ejemplo de carácter autoritario sádico anal-acumulativo típico. Era (y no sólo se *sentía)* débil; halló cierta sensación de seguridad en su orden y su pedantería, sometiéndose a fuertes imágenes paternales, y al final apareció en él la pasión de dominar sin trabas a los demás para superar su sentimiento de impotencia vital, su timidez y su inquietud. Envidiaba enormemente a quienes la vida había dotado de más energía y amor propio. Su impotencia vital y la envidia consiguiente provocaron el malicioso deseo de humillarlos y destrozarlos, ya fueran la novia de su hermano Gebhard o los judíos. Era extremadamente frío y despiadado, y eso le hacía sentirse más aislado y temeroso.

Himmler era también un oportunista rematado. Su pasión sádica siempre se rigió por lo que él creía ventajoso para sí; era desleal y un mentiroso inveterado ... y no sólo mentía a los demás, sino también a sí mismo. El concibió la divisa de los SS: "La lealtad es nuestro honor", y traicionó a Hitler. Predicó la fuerza, la firmeza y el valor, pero él era débil, vacilante y cobarde. El *treue Heinrich* era una mentira viviente. Tal vez lo único de cierto que jamás dijera de sí fuera aquella frase que escribió a su padre cuando estaba haciendo su instrucción militar: "No te preocupes por mí, que soy más astuto que una zorra." (B. F. Smith, 1971.)[228]

Un conductista podría todavía preguntarse si Himmler no fue un hombre normal mientras las circunstancias no hicieron ventajoso para él obrar sádicamente.

Creo que nuestro análisis ha respondido ya a esta cuestión. Hemos visto que en sus primeras manifestaciones estaban ya todas las condiciones para una evolución sádica. Hemos seguido el desarrollo de su temprana inseguridad, su poca hombría, su cobardía, su sentimiento de impotencia, y estos atributos por sí solos indicarían la probabilidad de compensaciones sádicas. Hemos visto además la formación de su carácter autoritario exageradamente ordenado y pedante, típicamente anal-acumulativo. Finalmente hemos visto su franco y pernicioso sadismo en relación con la novia de su hermano, mucho antes de que tuviera poder. Tenemos que llegar a la conclusión de que el *Reichsführer SS* era sádico antes de ser *Reichsführer;* su posición le dio el poder de poner por obra su sadismo en el escenario histórico, pero ese sadismo ya existía antes.

Esta cuestión conduce a otra que se ha planteado con frecuencia: ¿qué hubiera sido de Himmler si no hubiera nacido en el tiempo del poderío nazi pero hubiera tenido el mismo carácter que tenía cuando intervino en el noviazgo de su hermano?

[228] Himmler es un buen ejemplo de la contradicción entre imagen y realidad que se advierte en muchos dirigentes políticos: es el sádico despiadado y el cobarde que crea la imagen de un hombre generoso, leal y valiente. Hitler, el "salvador" de Alemania, que "amaba" a su país más que nada en el mundo, fue el destructor implacable no sólo de sus enemigos sino de la misma Alemania. Stalin, "el amable padre de este país", casi lo aniquiló y moralmente lo envenenó. Otro ejemplo sobresaliente de farsante fue Mussolini, que hacía el papel de varón acometedor y valiente, cuya divisa era "vivir peligrosamente" y que era de excepcional cobardía personal. Angelika Balabanoff, codirectora de *Avanti* en Milán cuando Mussolini era todavía socialista, me dijo que el médico que le extrajo sangre para un análisis decía que raramente había visto comportarse con tanta cobardía en semejante situación como a Mussolini. Además, éste la esperaba todas las tardes a la salida de la oficina para poder caminar a casa con ella. Le decía: "Me asustan todas las sombras y todos los árboles." (Y en aquel tiempo su seguridad no corría ningún peligro.) Hay otros muchos ejemplos de su cobardía; uno, de sus últimos anos, es cuando su yerno, el conde Ciano fue condenado a muerte y no se pudo dar con él, Mussolini —el único que podía haber conmutado la sentencia—, en las veinticuatro horas en que podía haberse ordenado se suspendiera la ejecución.

La respuesta no es muy difícil. Como era de una inteligencia mediana y muy ordenado, probablemente hubiera encajado en un sistema burocrático, digamos como maestro de escuela, empleado de correos o en una gran empresa industrial. Dado que buscaba inquebrantablemente su propia ventaja, adulando con destreza a sus superiores e intrigando contra sus colegas, hubiera podido subir a un puesto bastante alto; probablemente no a la cumbre, porque no tenía imaginación constructiva ni buen criterio. Hubiera sido cordialmente odiado por sus colegas y quizá hubiera llegado a favorito de un superior poderoso. Hubiera sido un buen agente para Henry Ford en los días antisindicalistas de éste, pero difícilmente un buen jefe de personal en una corporación contemporánea, porque su frialdad lo hubiera hecho demasiado antipático. En su funeral, el patrón y el sacerdote lo hubieran elogiado como buen padre, esposo y ciudadano responsable, cuyos desinteresados servicios de conserje de iglesia siempre serían ejemplo e inspiración.

Entre nosotros viven Himmlers a millares. Hablando socialmente, sólo hacen un daño limitado en la vida normal, aunque no debemos subestimar el número de personas a quienes perjudican y que hacen decididamente infelices. Pero cuando las fuerzas de la destrucción y el odio amenazan anegar todo el cuerpo político, esa gente se vuelve enormemente peligrosa; son los que ansían servir al gobierno y ser sus agentes para aterrorizar, torturar y matar. Mucha gente comete el grave error de creer que se puede reconocer fácilmente a un Himmler en potencia desde lejos. Uno de los fines de los estudios caracterológicos es hacer ver que los Himmlers potenciales se parecen a cualquiera, salvo para quienes han aprendido a leer el carácter verdadero de las personas y no necesitan esperar a que las circunstancias permitan al "monstruo" revelar su verdadera faz.

¿Cuáles son los factores que hacen de Himmler un sádico despiadado? Podría hallarse una respuesta sencilla refiriéndose a nuestra anterior discusión de los factores que tienden a producir el carácter acumulativo. Pero no sería una respuesta satisfactoria, porque el carácter de Himmler presentaba una forma extrema y muy maligna del carácter acumulativo, mucho menos frecuente que el acumulativo sólo ligeramente sádico. Si tratamos de hallar los factores responsables de la evolución caracterial del "sabueso de Europa" nos encontraremos primero la relación con sus padres. Estaba vinculado a su madre, que alentaba su dependencia, y tenía un padre autoritario, más bien débil, pero ¿no hay acaso millones de personas con esos mismos antecedentes y que no por eso se convierten en Himmlers? Ciertamente, uno o dos factores aislados nunca podrán revelar el carácter específico de una persona; sólo un sistema completo de factores interrelacionados puede explicar más o menos cabalmente la formación del carácter. En Himmler hemos visto algunos otros factores: su debilidad y torpeza físicas, debidas acaso a cierto número de enfermedades físicas y a una constitución menoscabada; su sensación de inferioridad social basada en una posición casi marginal, incrementada por la actitud sumisa y adorante de su padre respecto de la aristocracia; su timidez para con las mujeres, cuya causa pudo ser su fijación a la madre, que le hacía sentir desvalido y poco viril; su narcisismo extremado y su envidia del hermano mayor, que tenía todas las cualidades que a él le faltaban. Hay otros muchos factores que no hemos tocado, en parte por falta de información, que nos darían un cuadro más completo. Debemos también considerar que puede haber factores determinados genéticamente que si no son origen del sadismo, sí determinan una predisposición en ese sentido. Pero tal vez más que en ningún otro factor debemos pensar en la influencia patógena de la atmósfera seca, trivial, pedante, falsa y sin vida que reinaba en la familia de Himmler. No había allí valores que no fueran la insincera

profesión de patriotismo y honestidad, no había más esperanza que la de lograr mantenerse en aquella precaria posición en la escala social. No había aire puro, espiritual ni mental, que hubiera podido favorecer el desarrollo y la diversificación del débil chiquillo. Y no era sólo esta familia. Los Himmlers eran parte de una clase social, situada en el borde inferior del sistema imperial, que padecía de resentimiento, impotencia y falta de alegría. Tal fue el terreno donde se desarrolló Himmler . . . quien fue haciéndose cada vez peor cuando la revolución venció su status social y sus valores y se vio claramente que en términos profesionales, el joven no tenía porvenir.

12

LA AGRESIÓN MALIGNA: NECROFILIA EL CONCEPTO TRADICIONAL

El vocablo "necrofilia", amor por lo muerto[229], se ha aplicado generalmente tan sólo a dos tipos de fenómenos: 1] la necrofilia sexual, o sea el deseo de un hombre de tener coito o cualquier otro tipo de contacto sexual con un cadáver de mujer, y 2] la necrofilia no sexual, el deseo de manejar, de estar cerca o de contemplar los muertos y en particular el deseo de desmembrarlos. Pero no se ha aplicado esta palabra a una *pasión radicada en el carácter,* que es el terreno donde se desarrollan sus más francas y brutales manifestaciones. Una ojeada a algunos ejemplos de necrofilia en el sentido tradicional facilitará la identificación del *carácter necrófilo,* menos evidente.

Pueden hallarse informes sobre casos de necrofilia en cierto número de obras, en especial de perversiones sexuales y criminología. La selección más completa la da H. von Hentig, uno de los principales criminólogos alemanes, en una obra consagrada exclusivamente a esta cuestión. (En el derecho criminal de Alemania como de otros países, la necrofilia configura un delito.) Cita como ejemplos de necrofilia: (1) los actos de contacto sexual con un cadáver femenino (coito, manipulación de órganos sexuales), (2) la excitación sexual producida por la visión de un cadáver femenino, (3) la atracción hacia los cadáveres y las tumbas, así como los objetos relacionados con los cadáveres, como flores o pinturas[230], (4) los actos de desmembramiento de un cadáver y (5) el ansia de tocar o aspirar el olor de los cadáveres o de algo putrefacto. (H. von Hentig 1964.)

Comparte von Hentig la opinión de otros autores —como T. Spoerri (1959), al que cita— de que la necrofilia es mucho más frecuente de lo que suele suponerse. Pero por razones prácticas, esta perversión tiene muy pocas posibilidades de satisfacerse. Las únicas personas que tienen acceso fácil a los cadáveres y la oportunidad de poner por obra esa perversión son los sepultureros y los empleados de la morgue o depósito de cadáveres. Por eso no es sorprendente que la mayoría de los ejemplos dados sea de este grupo de personas. Naturalmente, también es posible que esas ocupaciones por sí tiendan a atraer a las personas necrófilas. Los asesinos claro está, también tienen la

---

[229] El griego *nekros* significa "cadáver", los muertos, los habitantes del Tártaro. En latín, *nex, nees* significa muerte violenta, asesinato. *Es* evidente que *nekros* no se refiere a la muerte sino al muerto, el cadáver, el asesinado (cuya muerte se distinguía al parecer de la muerte natural). "Morir" y "muerte" tienen un significado diferente; no se refieren al cadáver sino al acto de morir. En griego esto es *thanatos,* en latín, *mors, morí. Las* palabras inglesas "die" y "death" proceden de la raíz indogermánica *dheu, dhou.* (Debo al doctor Iván Illich amplio material sobre la etimología de estos conceptos, de que he tomado tan *sólo* los datos más importantes.)

[230] En algunos países es costumbre exponer en la tumba un retrato del difunto.

oportunidad de practicar la necrofilia, pero teniendo en cuenta que ese tipo de crimen es relativamente raro no podemos esperar que se hallen muchos casos de esta categoría, salvo en algunos de los casos calificados de "asesinato salaz". Pero von Hentig cita cierto número de ejemplos en que son gente de fuera los que han desenterrado cadáveres y se los han llevado para satisfacer en ellos sexualmente su anhelo necrófilo. Es inevitable la conclusión de que siendo la necrofilia relativamente frecuente entre quienes tienen oportunidad de ejercerla, también debe hallarse presente, por lo menos en fantaseos o puesta por obra de otros modos menos claros en muchas personas que no tienen esa oportunidad.

Ésta es la historia clínica de un empleado de la morgue, de veintiún años de edad, comunicada por J. P. de River. A la edad de dieciocho años el joven se enamoró de una muchacha con quien copuló solamente una vez, porque ella estaba enferma (de tuberculosis pulmonar). Dice el mozo: "Nunca me "e sobrepuesto a la muerte de mi amada, y siempre que cometo el acto de masturbación lo visualizo como un coito con mi querida muerta." El informe de De River sigue así:

Cuando murió su amada estaba emocionalmente tan trastornado al verla envuelta en un sudario blanco que se echó a llorar y sólo con mucha dificultad se dejó apartar de su lado. En aquel momento sintió el impulso de ponerse él también en el féretro, y quiso efectivamente que lo enterraran vivo con su amada. Fue toda una escena la que ocasionó en el entierro, y en aquel tiempo todos, incluso su familia, creyeron que aquello era la consecuencia de su gran duelo al verla desaparecer; pero ahora comprende que fue una crisis de pasión y que se sintió inflamado de fuerte deseo sexual al ver á la muerta. Acababa entonces de terminar su último año de secundaria y trataba de influir en su madre para que le permitiera entrar en una escuela de medicina, pero por falta de fondos no pudo conseguirlo. De todos modos, por sugerencia suya, la madre le permitió entrar en una escuela de funeraria y embalsamamiento, cuyos estudios eran menos caros y más breves.

D. W. estudió intensamente en esa escuela y al fin comprendió que había hallado la profesión en que sería más feliz. Siempre se interesaba intensamente en los cadáveres femeninos que había en la sala de embalsamamiento y en muchas ocasiones sintió gran deseo de copular con uno de aquellos cadáveres. Comprendía que aquello no estaba bien y luchó contra el deseo en muchas ocasiones, hasta que un día, próximo al acabamiento de sus estudios y estando solo en la sala con el cadáver de una muchacha, el apremio de cometer un acto de comercio sexual con aquel cadáver fue tan grande y las circunstancias tan ideales que se abandonó a su deseo. Aprovechando la ocasión sacó sus órganos sexuales y tocó con el pene el muslo de la difunta, contacto que le excitó grandemente. Perdido el dominio de sí mismo subió sobre el cuerpo y unió su boca a las partes pudendas del mismo. Dice que esto le causó tal estimulación sexual que tuvo una emisión seminal. Entonces sintió gran remordimiento y temor: temor de que sus compañeros de estudios lo descubrieran y averiguaran. Poco después de cometido este acto se graduó y obtuvo un empleo en el depósito de cadáveres de una ciudad del centro oeste. Como era el miembro más joven del personal, con frecuencia le hacían quedarse solo en la morgue de noche. Y dice: "Me alegraba la oportunidad de quedar solo, ya que había comprendido cómo era diferente de los demás, puesto que ansiaba quedarme con los muertos, y eso me dio la oportunidad de intentar el coito con un cadáver . . . emoción que vine a comprender que existía desde la muerte de mi amada."

Violó muchos cadáveres femeninos en los dos anos que permaneció en la morgue, y practicó diversas perversiones en ellos, desde niñas hasta ancianas. Solía empezar mamándoles los pechos y uniendo su boca a las partes pudendas; después

de esos actos se excitaba tanto que subía encima de los cadáveres y con un esfuerzo sobrehumano realizaba el acto del coito. Hacía cosas de este tipo hasta cuatro y cinco veces a la semana, según el número de cadáveres femeninos que había en la morgue.

... En una ocasión le impresionó tanto el cadáver de una muchacha de quince anos que cuando estuvo solo con ella la primera noche después de su muerte, tomó algo de su sangre. Esto le excitó tanto sexualmente que le puso un tubo de caucho en la uretra y con la boca absorbió la orina que tenia en la vejiga. En esta ocasión sintió más y más el apremio de otras cosas y supo que si lograba devorarla —comérsela— o incluso mascar alguna parte de su cuerpo le procuraría gran satisfacción. No pudiendo resistir este deseo puso el cuerpo boca abajo y le mordió la carne de las nalgas cerca del recto. Después se montó sobre el cadáver y realizó en él un acto de sodomía. (J. P. de River, 1956.)

Esta historia clínica es particularmente interesante por dos razones. La primera y más lógica es que en ella se combinan la necrofilia, la necrofagia y el erotismo anal. La otra, menos obvia, está en el comienzo de la perversión. Si supiéramos el relato sólo hasta la muerte de su amada, propenderíamos a interpretar su comportamiento como manifestación de su intenso amor. Pero el resto del relato arroja sobre el principio una luz muy diferente; difícil nos sería explicar sus deseos necrófilos y necrófagos indiscriminados atribuyéndolos a ese amor. Nos vemos obligados a suponer que su comportamiento "de duelo" no era expresión de amor sino el primer síntoma de sus deseos necrófilos. Resultaría entonces también que el hecho de que sólo habla copulado una vez con su amada se justifica malamente por la enfermedad de ella. Es más probable que las tendencias necrófilas le inspiraran poco deseo de ayuntarse sexualmente con una mujer viva.

De River nos da otro relato clínico, menos complejo, de un empleado necrófilo en una morgue. El sujeto es un hombre soltero, de treinta y cuatro anos, que declara:

A los once años era sepulturero en Milán, Italia. Empecé a masturbarme, y cuando estaba solo lo hacía al mismo tiempo que tocaba los cuerpos muertos de mujeres jóvenes y guapas. Después empecé a insertar el pene en las muchachas difuntas. Vine a Estados Unidos, dejé la costa oriental después de breve estancia y llegué a la costa occidental, donde conseguí empleo para lavar cadáveres en un depósito. Allí volví a la práctica del coito con las muchachas muertas, a veces en los féretros o en las mesas donde se lavaban los cadáveres.

Sigue el informe:

Confieso que aplicaba la boca a las partes pudendas y que mamaba los pechos de los cadáveres de jovencitas. Cuando le preguntaron cuántas mujeres habría poseído contestó: "Tal vez cientos, porque lo he estado haciendo desde que tenía once anos." (J. P. de River, 1956.)

La literatura citada por von Hentig comunica muchos casos semejantes.

Se halla una forma muy atenuada de necrofilia en individuos que se excitan sexualmente a la vista de los cadáveres y a veces se masturban delante de ellos. El número de tales personas es muy difícil de estimar, ya que raramente son descubiertas.

La segunda forma de necrofilia aparece sin relación con el sexo, en actos de la pura pasión de destruir. Es frecuente que esta manía destructora se manifieste en la infancia; a veces sólo aparece en edad posterior. Von Hentig escribe muy atinadamente que el objetivo de la destructividad necrófila es la pasión "de destrozar las estructuras vivas" *(lebendige Zusammenhänge).* El deseo de despedazar lo viviente halla su expresión más clara en el ansia de desmembrar cadáveres. Un caso típico comunicado por Spoerri es el de un hombre que iba de noche al cementerio con todos los instrumentos necesarios, desenterraba el féretro, lo abría y se llevaba el cadáver a un lugar donde pudiera ocultarlo; entonces le cortaba las piernas y la cabeza y le abría el estómago. (T. Spoerri, 1959.) A veces el objeto del desmembramiento no es un ser humano sino animal. Von Hentig cuenta de un hombre que mató a puñaladas a treinta y seis vacas y yeguas y después les cortó diversas partes del cuerpo. Pero realmente no hay necesidad de literatura; en los periódicos hallamos bastantes relatos de asesinatos en que la víctima fue desmembrada o mutilada. Estos casos suelen entrar en la clasificación de asesinatos, pero quienes los cometen son asesinos necrófilos, diferentes de la mayoría de los asesinos, cuyo motivo es la ganancia, los celos o el desquite. El objetivo real de los asesinos necrófilos no es la muerte de la víctima —que es, claro está, condición necesaria— sino el acto del desmembramiento. En mi propia experiencia clínica he tenido pruebas suficientes de que el deseo del desmembramiento es altamente característico del carácter necrófilo. He visto por ejemplo (directamente o a través de la supervisión) personas que manifiestan el deseo de desmembramiento en forma muy atenuada; trazaban la figura de una mujer desnuda, después le cortaban los brazos, las piernas, la cabeza, etc. y jugaban con esas partes del dibujo desmembrado. Ese "juego" era de hecho, sin embargo, la satisfacción de un intenso anhelo de desmembramiento, puesto por obra de un modo seguro e inocente.

En otras muchas personas necrófilas he observado que tenían bastantes sueños en que veían partes de cuerpos desmembrados flotando o yacentes acá y acullá, a veces ensangrentadas, a menudo en agua sucia y heces fecales. El deseo de desmembrar cuerpos, si aparece con frecuencia en fantaseos y sueños, es uno de los factores más seguros para diagnosticar el carácter necrófilo.

Hay otras formas menos graves de necrofilia declarada. Una de ellas es el ansia de estar cerca de los cadáveres, los cementerios o cualquier objeto de descomposición. H. J. Rauch cuenta de una muchacha que padecía el apremio de estar cerca de los cadáveres, en cuya presencia se ponía rígida e incapaz de apartarse. (H. J. Rauch, 1947.)[231] Steckel dice de una mujer que declaraba: "Pienso con frecuencia en los cementerios y en cómo se pudren los cuerpos en la tumba." (Citado por H. von Hentig, 1964.)

Este interés por lo putrefacto se manifiesta con frecuencia en el afán de aspirar el olor de algo en putrefacción. Es patente en el siguiente caso, de un hombre culto, de treinta y dos anos de edad, casi totalmente ciego. Le espantaba el ruido, "pero gustaba de oír los gritos de dolor de las mujeres y de aspirar el olor de la carne corrompida. Tenía ansia de los cadáveres de mujeres grandes y gordas y quería introducirse en ellas". Preguntó a su abuela si le podría dejar su cadáver cuando muriera. "Le hubiera gustado anegarse en la pudrición de sus restos." (T. Spoerri, 1959.) Von Hentig habla de "olfateadores" *(Schnüffler),* para quienes es excitante el hedor del excremento humano o de cualquier cosa pútrida, y considera este rasgo una manifestación de necrofilia. Con la adición de casos de fetichismo necrófilo —cuyos objetos (hierba,

[231] Un relato no comprobado acerca de Hitler describe una escena semejante en que el Führer no podía apartarse del cadáver putrefacto de un soldado.

flores, retratos) están relacionados con las tumbas— podemos dar por terminado este breve examen de las prácticas necrófilas comunicadas en la literatura.

EL CARÁCTER NECRÓFILO[232]

La palabra "necrófilo" para designar un rasgo de carácter y no un acto perverso en el sentido tradicional la empleó el filósofo español Miguel de Unamuno en 1936[233] con ocasión de un discurso pronunciado por el general nacionalista Millán Astray en la Universidad de Salamanca, de que era rector Unamuno al empezar la guerra civil española. La divisa favorita del general era *¡Viva la muerte! , y* uno de sus partidarios la voceó desde el fondo del salón. Cuando el general hubo terminado su discurso, Unamuno se levantó y dijo:
Acabo de oír el necrófilo e insensato grito: " ¡Viva la muerte! " Y yo, que he pasado mi vida componiendo paradojas que excitaban la ira de algunos que no las comprendían, he de deciros, como experto en la materia, que esta ridícula paradoja me parece repelente. El general Millán Astray es un inválido. No es preciso que digamos esto con un tono más bajo. Es un inválido de guerra. También lo fue Cervantes. Pero desgraciadamente en España hay actualmente demasiados mutilados. Y, si Dios no nos ayuda, pronto habrá muchísimos más. Me atormenta el pensar que el general Millán Astray pudiera dictar las normas de la psicología de la masa. Un mutilado que carezca de la grandeza espiritual de Cervantes, es de esperar que encuentre un terrible alivio viendo cómo se multiplican los mutilados a su alrededor. (M. de Unamuno, 1936.)

A esto Millán Astray, incapaz de reprimirse más tiempo, gritó " *¡Abajo la inteligencia!* ¡Viva la muerte! " Los falangistas aclamaron esta réplica.
Pero Unamuno prosiguió:

Este es el templo de la inteligencia. Y yo soy su sumo sacerdote. Estáis profanando su sagrado recinto. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta. Pero no convenceréis. Para convencer hay que persuadir. Y para persuadir necesitaríais algo que os falta: razón y derecho en la lucha. Me parece inútil el pediros que penséis en España. He dicho. (M. de Unamuno, I936.)[234]

Adopté el empleo de esta palabra por Unamuno y he estado estudiando el fenómeno de la necrofilia radicada en el carácter desde 1961, aproximadamente[235]. Formé mis conceptos teóricos basándome sobre todo en la observación de personas por el psicoanálisis[236]. El estudio de ciertos personajes históricos —Hitler, por ejemplo— y las observaciones de individuos y del carácter y comportamiento de las clases sociales ofrecían otros datos para el análisis del carácter necrófilo. Pero hasta donde

---

[232] Con el fin de evitar malos entendimientos quiero subrayar al iniciar esta disquisición que la descripción que aquí hago del "carácter necrófilo" plenamente desarrollado no implica que la gente sea necrófila ... o no lo sea. El carácter necrófilo es una forma extrema donde la necrofilia es el rasgo dominante. En realidad, la mayoría de las personas son una mezcla de tendencias necrófilas y biófilas, y el conflicto entre unas y otras suele ser causa de desarrollo productivo.

[233] Según R. *A.* Medvedev *(Let history judge,* Knopf, Nueva York, 1971), Lenin parece haber sido el primero en emplear la palabra necrofilia" *(trupolozkestvo)* con este sentido psicológico. (V. I. Lenin, *Sochineniya.)*

[234] Unamuno quedó en arresto domiciliario hasta su muerte, que sobrevino unos meses después. (H. Thomas, 1961.)

[235] Informe preliminar de mis observaciones en E. Fromm (1964).

[236] Sobre la base de revisar antiguos casos clínicos de personas analizadas por mí y otros casos.

mis observaciones clínicas influyeron en mí creo que el impulso decisivo procede de la teoría freudiana de los instintos de vida y de muerte. Me había impresionado hondamente su concepto de que el anhelo de vida y el anhelo de destrucción eran las dos fuerzas más importantes que llevaba dentro el hombre; pero no podía conciliar mi propia persona con la explicación teórica de Freud. Sin embargo, la idea freudiana me guió e hizo ver los datos clínicos de otro modo y reformular —y con ello preservar— el concepto freudiano sobre una base teórica diferente y apoyándome en datos clínicos que, como después veremos, enlazan con los primeros descubrimientos de Freud acerca del carácter anal.

La necrofilia en sentido caracterológico puede describirse como *la atracción apasionada por todo lo muerto, corrompido, pútrido y enfermizo; es la pasión de transformar lo viviente en algo no vivo, de destruir por destruir, y el interés exclusivo por todo lo puramente mecánico. Es la pasión de destrozar las estructuras vivas.*

Sueños necrófilos

La atracción por lo muerto y pútrido puede observarse con suma claridad en los sueños de las personas necrófilas.

Sueño 1. "Estoy en la taza del WC, tengo diarrea y defeco con una fuerza explosiva que retumba como si hubiera estallado una bomba y la casa fuera a desplomarse. Quiero bañarme, pero cuando voy a abrir la llave del agua veo que la tina está llena ya de agua sucia, donde flotan entre heces fecales un brazo y una pierna cortados."

El soñante era una persona intensamente necrófila que había tenido bastantes sueños semejantes. Cuando el analista le preguntó qué sentía cuando estaba soñando dijo que la situación no le parecía espantable, pero que le resultaba embarazoso contar el sueño al analista, presentados por psicoanalistas jóvenes en seminarios o por aquellos cuya labor he supervisado.

Este sueño muestra varios elementos característicos de la necrofilia, entre ellos el tema de los miembros cortados del cuerpo es el más corriente. Además, tenemos la relación estrecha entre necrofilia y analidad (que más adelante examinaremos) y el tema de la destrucción; si traducimos del lenguaje simbólico a un lenguaje claro, el soñante siente el deseo de tirar todo el edificio por la fuerza de su eliminación.

Sueño 2. "Voy a visitar a un amigo, camino en dirección de su casa, que conozco muy bien. De repente cambia la escena. Todavía parece que estoy buscando la casa de mi amigo, pero la única casa que veo es un edificio peculiar, sin ventanas. Entro por una puertecita; al acercarme oigo un ruido específico, el de una puerta que cierran con llave. Pruebo con la perilla de la puerta pero no puedo abrir. Muy angustiado recorro un pasillo largo y angosto —tan bajo de techo que casi debo gatear— y me hallo en una habitación grande, ovalada y en tinieblas. Parece como una gran bóveda. Cuando me acostumbro a la oscuridad veo esqueletos por el suelo y comprendo que aquello es mi tumba. Me despierto lleno de pánico."

Este sueño casi no requiere de explicación. La "bóveda" es una tumba y simultáneamente simboliza el útero. La "casa del amigo" es un símbolo de la vida. En lugar de caminar hacia la vida, a visitar al amigo, el soñante camina hacia un lugar de muerte. El ambiente desierto y la tumba son símbolos de la muerte. En sí, este sueño no es necesariamente indicador de necrofilia; podría no ser sino la expresión simbólica del miedo de morir. Pero es diferente si, como era el caso con el soñante, tiene muchos sueños en que ve tumbas, momias, esqueletos, o sea

cuando la imaginación de su vida onírica está ocupada principalmente en visiones del mundo de los muertos.

Sueño 3. Éste es un sueño breve de una mujer víctima de grave depresión: "Estoy defecando; hago y hago, y el excremento rebosa de la tasa, empieza a llenar el baño, va subiendo y subiendo —me ahogo en él[237]— y en ese momento me despierto con un horror indecible." Para esta persona, la vida entera se ha transformado en porquería, sólo porquería puede producir, su mundo se vuelve deyecciones, y su muerte es su unión final con ellas. Hallamos el mismo tema en el mito de Midas: todo lo que toca se transforma en oro, que simbólicamente, como demostró Freud, es el excremento, la inmundicia[238].

Sueño 4. El siguiente es un sueño de Alberto Speer (12 de septiembre de 1962), del tiempo en que estuvo en la prisión de Spandau.

"Va a venir Hitler en visita de inspección. Yo, que todavía soy ministro de Estado, tomo, una escoba en mis manos para ayudar a barrer la suciedad acumulada en la fábrica. Después de la inspección me hallo en su coche, tratando en vano de meter el brazo en la manga de mi casaca, que me había quitado para barrer. Mi mano va a parar una y otra vez al bolsillo. Nuestro viaje termina en una gran plaza rodeada de edificios oficiales. En un lado está un monumento a los héroes de la guerra. Hitler se acerca y deposita una corona. Entramos en el vestíbulo marmóreo de uno de los edificios oficiales. Hitler dice a su ayudante: "¿Dónde están las coronas? " El ayudante dice a un oficial: "Como usted sabe, ahora pone coronas en todas partes." El oficial lleva un uniforme claro, casi blanco, de una especie de gamuza; sobre la casaca lleva, como si fuera un monaguillo, una prenda suelta adornada con bordados y puntillas. Llega la corona. Hitler avanza hacia la derecha del vestíbulo, donde hay otro monumento con muchas coronas ya al pie. Se arrodilla y empieza a entonar una melodía plañidera semejante al canto gregoriano, en que se repite una y otra vez un prolongado "Jesús María". Hay muchas placas conmemorativas cubriendo las paredes de aquella inmensa sala de mármol, larga, de alto techo. Hitler, en una secuencia aún más rápida, pone corona tras corona, que le van entregando sus activos ayudantes. Su tono plañidero se va haciendo cada vez más monótono, y la fila de placas conmemorativas parece no acabar nunca."[239]

Este sueño es interesante por muchas razones. Es uno de aquellos en que el soñante manifiesta su conocimiento intuitivo de otra persona y no sus propios sentimientos y deseos[240]. Este tipo de percepción es muchas veces más preciso que la impresión consciente que el soñante tiene del otro. En este caso, Speer expresa en estilo claramente chaplinesco su modo de ver el carácter necrófilo de Hitler. Le parece un hombre que dedica todo su tiempo a rendir homenaje a la muerte, pero de manera muy peculiar, sus acciones son enteramente mecánicas y no dejan espacio a los sentimientos. La deposición de coronas se ha convertido en un organizado ritual que raya en lo absurdo. En yuxtaposición, el mismo Hitler, de vuelta a la fe religiosa de su infancia, está totalmente embebido en la entonación de sus cantos plañideros. El sueño concluye subrayando la monotonía y el aspecto mecánico de este grave ritual.

Al empezar el sueño, el soñante da vida a una situación de la realidad, del tiempo en que era todavía ministro de Estado y un hombre muy activo, que echaba

---

[237] Véase el ejemplo anterior de un hombre que deseaba conscientemente hundirse en la pudrición de su abuela.

[238] Cf. el abundante material sobre inmundicia y heces fecales en J. G. Bourke (1913).

[239] Albert Speer, comunicación personal.

[240] He citado estos sueños en *The forgotten language* (1951).

personalmente la mano a las cosas. Tal vez la basura que barre sea una expresión simbólica de la porquería del régimen nazi y su incapacidad de meter la mano en la manga es con toda seguridad una expresión simbólica de su sensación de no poder seguir participando en ese sistema; esto forma la transición a la parte principal del sueño, en que reconoce que todo cuanto queda son los muertos y el aburrido Hitler, necrófilo y mecánico.

Sueño 5. "He hecho un gran invento, el 'superdestructor'. Es una máquina que, pulsando un botón secreto que sólo yo conozco, puede destruir a todos los seres vivos de América del Norte en una hora, y a la hora siguiente los de todo el planeta. Yo solo me puedo proteger, porque conozco la fórmula de esa sustancia química. (Escena siguiente.) He oprimido el botón; no observo nada de `vida, estoy solo, y me siento feliz."

Este sueño es la manifestación de destructividad pura en una persona extremadamente narcisista, sin relaciones con los demás y sin necesidad de nadie. Era un sueño recurrente en esta persona, junto con otros sueños necrófilos. Padecía una grave enfermedad mental.

Sueño 6. "Estoy invitado a una fiesta con muchos jóvenes de ambos sexos. Todos bailamos. Pero algo extraño está ocurriendo; el ritmo se va haciendo cada vez más lento, y parece como que dentro de poco nadie podrá moverse. En ese momento entra en el salón una pareja de talla sobrenatural; parecen llevar mucha impedimenta en dos enormes cajas de cartón. Se acercan a la primera pareja de bailarines; el hombre toma un gran cuchillo y hiere al mozo por la espalda; es extraño que no sale sangre, y el muchacho no parece sentir ningún dolor; el hombrón toma entonces algo que no alcanzo a ver, algo muy pequeño, semejante a una cajita, y se lo mete en la espalda al muchacho. Después mete una como llavecita, o quizá un pulsador, en la cajita (pero de modo que el muchacho no pueda tocarlo) y hace un movimiento como de dar cuerda a un reloj. Mientras el hombrón hace eso al muchacho, su pareja ejecuta la misma operación con la muchacha. Cuando han acabado, la pareja de jóvenes sigue bailando, pero rápidamente y con energía. La talluda pareja va haciendo lo mismo con las otras nueve parejas; se va después y deja a todos al parecer excitados y de excelente humor."

El significado del sueño es bastante claro si lo traducimos del lenguaje simbólico al corriente. El soñante siente cómo la vida va menguando, cómo se consume la energía. Pero un artificio puede ser un substituto. A las personas, como a los relojes, puede dárseles cuerda, y entonces parecen intensamente "vivas", aunque en realidad se han convertido en autómatas.

El soñante es un joven de diecinueve años, que estudia ingeniería y está consagrado profundamente a todo lo que es técnica. Si sólo hubiera tenido este sueño, hubiera podido ser manifestación de sus intereses tecnológicos. Pero tenía muchos sueños en que estaban presentes los demás aspectos de la necrofilia. El sueño no era esencialmente reflejo de sus intereses profesionales; éstos son, antes bien, reflejo de su orientación necrófila.

Sueño 7. Este sueño, de un profesional triunfante, es interesante en particular porque ilustra un punto relativo al carácter necrófilo de la técnica contemporánea que ya hemos visto.

"Me acerco despacio a la entrada de una caverna y alcanzo a ver en ella algo que me impresiona grandemente; dentro hay dos puercos humanizados que manipulan una vagoneta vieja, de las que se usan en las minas; la ponen en los carriles que van al interior de la caverna. Dentro de la vagoneta alcanzo a ver seres humanos normales; parecen muertos pero sé que están dormidos.

"No sé si éste es otro sueño o la continuación del anterior . . . creo que me desperté, pero no estoy seguro. El comienzo es el mismo, otra vez me estoy acercando a la boca de la caverna. Dejo atrás el sol y el cielo azul. Me adentro y veo en el fondo un resplandor muy intenso; cuando llego allí me maravillo al ver una ciudad extraordinariamente moderna; todo está lleno de luz que sé es artificial: eléctrica. Es una ciudad totalmente de acero y vidrio: el futuro. Sigo caminando y de pronto comprendo que no he visto ni un solo animal ni una sola persona. Ahora me hallo ante una gran máquina, una suerte de enorme transformador eléctrico, muy moderno, conectado con muchos y gruesos cables, como cables de alta tensión. Parecen mangueras negras. Se me ocurre pensar que esos cables están conduciendo sangre: me siento muy excitado y hallo en el bolsillo del pantalón un objeto que reconozco inmediatamente: es una navajita que me regaló mi padre cuando yo tenía unos doce años. Me acerco a la máquina y corto uno de los cables con mi navajita; súbitamente salta algo y me empapa. Es sangre. Me despierto muy angustiado y bañado en sudor."

Después de relatar este sueño, el soñante añadió: "No entiendo muy bien la máquina y la sangre, pero la sangre remplaza aquí a la electricidad. ambas energía. No sé por qué se me ocurre pensar así; quizá crea que la máquina saca la sangre a los hombres."

Como en el caso del sueño de Speer, éste no es el sueño de un necrófilo sino de una persona biófila que reconoce el carácter necrófilo del mundo contemporáneo. La caverna, como en muchos casos símbolo de la muerte, como una tumba, es una mina y los que trabajan en ella son cerdos o muertos. (El "conocimiento" de que no están verdaderamente muertos es una corrección por conciencia de la realidad, que a veces penetra en las imágenes de los sueños.) El significado es que se trata de un lugar de personas degradadas y semejantes a cadáveres. Esta escena del primer acto del sueño sucede en un ambiente del desarrollo industrial antiguo. El segundo acto se desarrolla en la edad cibernética plenamente desarrollada del futuro. La hermosa ciudad moderna está muerta, no hay en ella animales ni personas. Una tecnología potente aspira la vida (sangre) del hombre y la transforma en electricidad. Cuando el soñante quiere cortar los cables eléctricos (quizá destruirlos), le empapa la sangre que salta ... como si estuviera cometiendo un crimen. En su sueño, el soñante tiene la visión del estado de muerte de la sociedad totalmente tecnificada con una claridad y un sentido artístico que podríamos hallar en Blake o en una pintura surrealista. Pero despierto sabe poco de lo que "sabe" cuando no oye el ruido de nuestro insensato sentido común.

Acciones necrófilas "no intencionales"

Los sueños son una de las expresiones más explícitas de los anhelos necrófilos, pero de. ninguna manera la única. A veces las tendencias necrófilas pueden expresarse en acciones marginales, no intencionales, "insignificantes", la "psicopatología de la vida, cotidiana", que Freud interpreta como manifestación de anhelos reprimidos. He aquí un ejemplo tomado de una personalidad muy compleja, la de Winston Churchill. El incidente fue como sigue: el mariscal de campo sir Alan F. Brooke, jefe del EM imperial, y Churchill estaban comiendo juntos en África del Norte durante la segunda guerra mundial; hacía calor y había muchas moscas. Churchill mataba cuantas podía, como hubiera hecho cualquiera probablemente. Pero también hizo algo extraño. (Sir Alan recuerda que le desagradó.) Hacia el final de la comida había recogido todas las moscas y las había puesto en fila en el mantel, como un cazador aristócrata manda poner

en fila todos los animales cobrados, por darse el gusto de verlos. (Vizconde Alanbrooke, 1957.)[241]

Si hubiéramos de "explicar" el comportamiento de Churchill como un "hábito" y nada más, quedaría de todos modos por explicar lo que *significaba* ese hábito, harto insólito. Aunque parece expresar una tendencia necrófila, eso no implica necesariamente que Churchill tuviera un carácter necrófilo, pero bien pudo haber tenido una fuerte veta necrófila. (El carácter de Churchill es demasiado complejo para que lo estudiemos en unas cuantas páginas.)

He mencionado este comportamiento de Churchill porque está bien documentado y porque su personalidad es muy conocida. En muchas personas pueden observarse detalles de comportamiento marginal semejantes. Uno de los más frecuentes es la costumbre que tienen algunas personas de romper o mutilar objetos pequeños como los cerillos o las flores; algunos se lastiman hurgando en las heridas. La tendencia se manifiesta con mayor energía cuando la gente daña algo bello, como un edificio, un mueble . . . y en los casos extremos tasajea un cuadro de museo o se hiere a sí mismo.

Otra ilustración de comportamiento necrófilo puede hallarse en las personas —sobre todo estudiantes de medicina y médicos— que se sienten especialmente atraídas por los esqueletos. Esta atracción suele explicarse por el interés profesional, pero el siguiente informe de datos psicoanalíticos muestra que no siempre es así. Un estudiante de medicina que tenía un esqueleto en su dormitorio dijo al analista después de cierto tiempo y con gran confusión que con frecuencia llevaba el esqueleto a la cama, lo abrazaba y hasta lo besaba. Esa misma persona tenía más rasgos necrófilos.

Otra manifestación del carácter necrófilo es la convicción de que el único modo de resolver un problema o un conflicto es la fuerza y la violencia. De lo que se trata no es de saber si debe recurrirse a la fuerza en algunas circunstancias; lo que caracteriza al necrófilo es que la fuerza —"el poder de transformar a una persona en cadáver" como decía Simone Weil—es la primera y última solución para todo; siempre hay que cortar el nudo gordiano y nunca tratar de deshacerlo pacientemente. En lo fundamental, estas personas reaccionan a los problemas de la vida por la destrucción, nunca por el esfuerzo comprensivo o constructivo o mediante el ejemplo. Su solución es la respuesta de la reina en *Alicia en el país de las maravillas: "* ¡Que les corten el cuello!" Motivadas por este impulso no ven muchas veces otras opciones que no requieren de la destrucción, ni reconocen cuán fútil suele resultar la fuerza a la larga. Hallamos la expresión clásica de esta actitud en el juicio de Salomón en el caso de las dos mujeres que reclamaban por suyo el mismo hijo. Cuando el rey propone partir en dos el niño, la verdadera madre prefiere dejárselo a la otra, que aceptaba esa solución. La elección de la segunda es la decisión típica de una persona necrófila, con obsesión de poseer.

Una manifestación algo menos drástica de necrofilia es el interés marcado por todas las formas de enfermedad, así como por la muerte. Por ejemplo, la madre siempre preocupada por las enfermedades del niño y sus fracasos, siempre haciendo pronósticos siniestros para el futuro; al mismo tiempo no le impresionan los cambios favorables, no responde a la alegría o el entusiasmo del pequeño y nunca verá nada nuevo en 61. No perjudica al niño en forma notoria, pero tal vez sofoque lentamente su alegría de vivir, su fe en el desarrollo y al fin acabe por inocularle su propia orientación necrófila.

Todo el que haya tenido ocasión de escuchar las conversaciones de gente de todas las capas sociales de mediana edad en adelante habrá quedado impresionado por la

[241] El hecho de que el médico de Churchill, lord Moran, mencione el mismo incidente en sus diarios (Lord Moran. 1966) hace suponer que Churchill hacía esto con bastante frecuencia.

abundancia de charla en torno a las enfermedades y la muerte de otras personas. Ciertamente, esto se debe a cierto número de factores. Para muchas personas, sobre todo las que no tienen intereses extraños, la enfermedad y la muerte sólo son elementos dramáticos de sus vidas; es éste uno de los pocos temas de que pueden hablar, aparte de los acontecimientos de la familia. Pero concedido todo esto, hay muchas personas para quienes no bastan todas estas explicaciones. Por lo general se les reconoce en la animación y excitación que se apoderan de ellas cuando se habla de enfermedades o de otros sucesos tristes, como la muerte, los aprietos económicos, etc, El interés particular de las personas necrófilas por la muerte suele mostrarse no sólo en su conversación sino también en su modo de leer el periódico. Lo que más les interesa —y que por eso leen *primero*— son las noticias de muertes y los obituarios; también les gusta hablar de la muerte en sus diferentes aspectos: de qué murió aquél, en qué condiciones, quién murió últimamente, quién es probable que muera, y así sucesivamente. Les gusta asistir a las salas de velación y los cementerios y por lo general no dejan pasar una ocasión de hacerlo cuando es socialmente oportuno. Fácil es ver que esa afinidad por los entierros y los cementerios es sólo una forma algo atenuada del interés manifiesto más visible que acabamos de observar por las tumbas y los depósitos de cadáveres.

Un rasgo algo menos identificable de la persona necrófila es el tipo particular de ausencia de la vida que se observa en su conversación. No se trata del tema de la conversación. Una persona necrófila inteligente y erudita puede hablar de cosas que serían muy interesantes si no fuera por el modo como las presenta. Se mantiene rígida, fría, al margen; su presentación del tema es pedante e inerte. Por otra parte, el tipo de carácter opuesto, la persona que ama la vida, puede hablar de una experiencia que en sí no es particularmente interesante, pero la presenta de una forma animada, y es estimulante; por eso la escucha uno con interés y placer. La persona necrófila es una aguafiestas, aburre más que anima, lo apaga todo y cansa a la gente, mientras que la persona biófila hace a los demás sentirse más vivos.

Otra dimensión de las reacciones necrófilas es la actitud respecto del pasado y la propiedad. Para el carácter necrófilo sólo el pasado es una experiencia muy real, no el presente ni el futuro. Lo que fue, o sea lo que está muerto, rige su vida: instituciones, leyes, propiedad, tradiciones y posesiones. Para acabar: *las cosas gobiernan al hombre; el tener* gobierna *al ser; los muertos* mandan *a los vivos*. En el pensamiento del necrófilo —personal, filosófico, y político— el pasado es sagrado, nada nuevo vale y el cambio radical es un delito contra el orden "natural"[242].

Otro aspecto de la necrofilia es su relación con el color. La persona necrófila en general siente predilección por los colores oscuros, que absorben la luz, como el negro o el pardo, y le disgustan los colores radiantes y vivos[243]. Podemos observar esta preferencia en su vestido o en los colores que escogen para pintar. Naturalmente, en los casos en que los colores oscuros se llevan por tradición, el color no tiene significado en relación con el carácter.

Como hemos visto en el material clínico presentado *supra,* la persona necrófila se caracteriza por una afinidad especial por los malos olores —originalmente el olor de la carne corrompida o podrida. Tal es ciertamente el caso con muchas de esas personas, y se

[242] Para Marx, el capital y el trabajo no eran tan sólo dos categorías económicas. El capital ara para él la manifestación del pasado, del trabajo transformado y amasado en cosas; el trabajo era la manifestación de la *vida,* de la energía humana aplicada a la naturaleza en el proceso de transformarla. La elección entre capitalismo y socialismo (tal y como él la entendía) equivalía a esto: ¿Quién (qué) debía gobernar a qué (quién)? ¿Está lo muerto por encima de lo vivo o es lo vivo lo que está por encima de lo muerto? (Cf. E. Fromm, 1961, 1968.)

[243] Esta preferencia en el color es semejante a la que suele hallarse en las personas deprimidas.

manifiesta en dos formas: 1] el goce franco con los malos olores; a esas personas les atrae el olor de las materias fecales, de la orina o de las materias corrompidas y tienen tendencia a frecuentar los WC malolientes; 2] —la forma más frecuente— la represión del deseo de aspirar los malos olores; esta forma conduce a la formación reactiva que quiere librarse de un mal olor en realidad inexistente. (Es semejante a la limpieza exagerada del carácter anal.) En la una o la otra forma, la persona necrófila se interesa en los malos olores. Como vimos antes, su fascinación por tales olores frecuentemente da a estas personas la apariencia de "olfateadores". (H. von Hentig, 1964.) Es harto frecuente incluso que su tendencia olfateadora se refleje en la expresión de su rostro. Muchos individuos necrófilos dan la impresión de estar constantemente aspirando hedores. Cualquiera que estudie las muchas fotografías que hay de Hitler, por ejemplo, puede descubrir esta expresión olfateadora en su rostro. Esta expresión no siempre se halla en los necrófilos, pero cuando está presente, es uno de los criterios más seguros de dicha pasión. Otro elemento característico en la expresión facial es la incapacidad de reír que tiene el necrófilo. Su risa es en realidad una especie de mueca, es inanimada y carece del factor liberador y alegre de la risa normal. De hecho, no sólo la ausencia de capacidad de reír "libremente" es característica del necrófilo sino también la inmovilidad general y la ausencia de expresión de la cara. Viendo la televisión observamos a veces algún locutor cuya faz está completamente inmóvil mientras habla; hace una mueca solamente al principio o al fin del discurso, cuando según la costumbre norteamericana se entiende que debe sonreír. Esas personas no saben hablar y sonreír al mismo tiempo, porque sólo pueden dedicar su atención a la una o la otra de esas actividades; su sonrisa no es espontánea sino planificada, como los ademanes nada espontáneos de un mal actor. La piel suele delatar a los necrófilos: da la impresión de ser inerte, "seca", Lívida; cuando sentimos que una persona tiene una cara "cochina" no queremos decir que no se la haya lavado sino que estamos reaccionando a un aspecto particular de la expresión necrófila.

El lenguaje necrófilo

El lenguaje de la persona necrófila se caracteriza por el empleo predominarite de palabras relacionadas con la destrucción, las materias fecales y el WC. Si bien la palabra "mierda" es hoy muy empleada, de todos modos no es difícil discernir aquellas personas para quienes es favorita, mucho más que en su empleo normal. Un ejemplo es el joven de veintidós años de edad para quien todo era "una mierda": la vida, la gente, las ideas y la naturaleza.

El mismo joven decía orgullosamente de sí: "Yo soy un artista de la destrucción." Hallamos muchos ejemplos de lenguaje necrófilo analizando las respuestas al cuestionario, dirigido a los obreros y empleados alemanes, mencionado más arriba (capítulo 2, nota 8, y capítulo 8, nota 16). Las contestaciones a una pregunta, ",,Qué piensa usted de que las mujeres se pinten los labios y se maquillen? "[244], nos proporcionan una ilustración al respecto. Muchos respondieron que era una costumbre "burguesa", "antinatural" o "antihigiénica". Contestaban sencillamente de acuerdo con las ideas reinantes. Pero hubo una minoría que la declaró "venenosa", o que "hace parecer putas a las mujeres". El empleo de estas palabras que la realidad no justifica indicaba bastante su estructura de carácter. Casi invariablemente, los que se servían de ellas mostraban una tendencia destructiva en casi todas sus respuestas.

[244] En los primeros treintas éste fue un punto de controversia en este sector de la población, puesto que eran muchos los que consideraban un hábito burgués y antinatural el empleo del maquillaje.

Con el fin de someter a prueba la validez de la hipótesis acerca de la necrofilia, Michael Maccoby y yo ideamos un cuestionario interpretativo que seguía básicamente los lineamientos del empleado en el estudio de Frankfurt, pero con cuestiones fijas, no de extremos libres, doce en total; algunas estaban relacionadas con las actitudes típicas del carácter anal y acumulativo y otras, con las características necrófilas que llevo descritas. Maccoby aplicó el cuestionario a muestras de personas en seis poblaciones muy diferentes (en cuanto a clase, raza y educación). El espacio no permite entrar en detalles acerca del método o los resultados obtenidos. Baste decir que el análisis estableció (1) la presencia de un síndrome necrófilo que confirmaba el modelo teórico; (2) que las tendencias favorables a la vida o las necrófilas podían medirse; (3) que esas tendencias estaban de hecho significativamente correlacionadas con las ideas sociopolíticas. Basándose en el análisis interpretativo de los cuestionarios, pensamos que cosa de 10 o 15% de las muestras entrevistadas serían predominantemente necrófilos . . . Los entrevistadores observaron esterilidad en esas personas y sus casas. Viven en una atmósfera mortecina y exenta de alegría . . . (M. Maccoby, 1972.)

En el estudio se planteaba a los respondientes cierto número de preguntas que permitían correlacionar sus opiniones políticas con su carácter. El lector puede consultar la gran abundancia de datos que contiene el trabajo de Maccoby; solamente mencionaré aquí lo siguiente: "En todas las muestras hallamos que las tendencias contrarias a la vida estaban significativamente correlacionadas con posiciones políticas que apoyaban un mayor poderío militar y eran partidarias de la represión contra los inconformes. Los que tenían tendencias predominantes contra la vida consideraban más importantes las siguientes prioridades: mayor restricción de los agitadores, reforzamiento de la legislación contra las drogas, ganar la guerra de Vietnam, dominar a los grupos subversivos, vigorizar la policía y luchar contra el comunismo en todo el mundo. (M. Maccoby, 1972.)

Relación entre necrofilia y culto a la técnica

Lewis Mumford ha hecho ver la relación entre destructividad y "megamáquinas" centradas en el poder, como las que hubo en Mesopotamia y Egipto hará unos cinco mil años, sociedades que tienen mucho en común, como ha señalado, con las megamáquinas actuales de Europa y los Estados Unidos. Dice así:

Conceptualmente, los instrumentos de mecanización de hace cinco mil anos estaban ya separados de los fines y funciones humanos que no fueran el incremento constante del orden, el poder, lo exactamente calculable o previsible y por encima de todo, el control o dominio. Acompañaba a esta ideología protocientífica una regimentación correspondiente y una degradación de las actividades humanas otrora autónomas: aparecen por primera vez la "cultura de las masas" y el "control de las masas". Con acre simbolismo, los productos finales de la megamáquina de Egipto fueron tumbas colosales, morada de cadáveres momificados; después, en Asiria, y de nuevo en todos los demás imperios en expansión, el testimonio principal de la eficiencia técnica fue un desierto de ciudades y pueblos en ruinas y tierras envenenadas, prototipo de las atrocidades "civilizadas" de nuestros días. (L. Mumford, 1967.)

Empecemos por considerar las características más simples y notorias del hombre industrial contemporáneo: supresión de su interés focal por la gente, la naturaleza y las estructuras vivas y creciente atracción hacia los artefactos mecánicos y sin vida. Los ejemplos abundan. Por todo el mundo industrializado hay hombres que sienten más tiernamente y se interesan más en sus automóviles que en sus esposas. Están orgullosos de

su "carro"; lo adoran; lo lavan (incluso muchos que podrían pagar por que se los hicieran) yen algunos países mucha gente les da un sobrenombre de cariño; lo observan y se preocupan al menor síntoma de mal funcionamiento. Claro está que un coche no es un objeto sexual . . . pero sí un objeto de amor; la vida sin automóvil parece a algunos más insoportable que la vida sin mujer. ¿No es este apego a los automóviles algo peculiar y aun perverso?

Otro ejemplo es la toma de fotografías. Quienquiera haya tenido ocasión de observar a los turistas —o tal vez a sí mismo— puede descubrir que el tomar fotografías ha llegado a remplazar el ver. Naturalmente, hay que
mirar para dirigir el objetivo al objeto deseado; entonces se aprieta el botón, se impresiona la película y se lleva a casa. Pero no es lo mismo *mirar* que *ver.* Ver es una función humana, uno de los mayores dones que tiene el hombre; requiere actividad, receptividad interior, interés, paciencia, concentración. La toma de una instantánea (en ingles *snapshot,* literalmente disparo rápido, sin apuntar, y este matiz agresivo es importante) significa esencialmente transformar el acto de ver en un objeto: la fotografía, que después enseñará uno a los amigos como prueba de que "estuvo allí". Otro tanto sucede con los melómanos, para quienes escuchar la música es sólo el pretexto para experimentar las propiedades técnicas de su tocadiscos o altas fidelidades y las mejoras técnicas especiales que tienen. Escuchar la música se ha transformado para ellos en estudiar el producto de la suprema eficiencia técnica.

Otro ejemplo es el que no sabe pasarse sin mecanismos y artilugios para cualquier cosa, el que se aplica a remplazar toda aplicación de esfuerzo humano por un artefacto "manual", "cómodo", "para economizar trabajo". Entre esas personas podemos contar el personal de ventas que hace a máquina la suma más sencilla y las personas que se niegan a caminar ni siquiera una cuadra, sino que deben tomar el coche para todo. Y muchos conocemos sin duda esos individuos mañosos que tienen su tallercito en casa e idean artificios mecánicos que se ponen en movimiento apretando un botón y ponen en movimiento una fuente, abren una puerta o hacen funcionar cachivaches aún menos prácticos, con frecuencia absurdos, de tipo Rube Goldberg.

Quiero dejar bien sentado que al hablar de este tipo de comportamiento no quiero dar a entender que el empleo del automóvil, la práctica de la fotografía o el servirse de adminículos mecánicos sean en sí manifestación de tendencias necrófilas. Pero sí lo es cuando se convierten en sustituto del interés por la vida y del ejercicio de las variadas funciones de que es capaz el ser humano. Tampoco quiero decir que el ingeniero que se consagra apasionadamente a la construcción de máquinas de todo tipo tenga por esta razón una tendencia necrófila. Tal vez sea una persona muy productiva, con un gran amor por la vida, que manifieste en su actitud respecto de las personas, de la naturaleza, el arte, y en sus ideas técnicas constructivas. Me refiero a aquellos individuos en que el *interés* por los artefactos ha *remplazado* el interés por lo vivo y que tratan las cuestiones técnicas de modo pedante e inanimado.

La índole necrófila de estos fenómenos se hace más claramente visible si examinamos las pruebas más directas de la fusión de técnica y destructividad de que nuestra época ofrece tantos ejemplos. La relación franca entre destrucción y culto a la técnica halla su primera expresión explícita y elocuente en F. T. Marinetti, el fundador y jefe del futurismo italiano y fascista de toda la vida. Su primer *Manifiesto futurista* (1909) proclama los ideales que tendrían plena realización en el nacionalsocialismo y en los métodos empleados en la guerra a partir de la segunda contienda mundial[245]. Su notable sensibilidad de artista le permitió dar expresión a una fuerte tendencia entonces apenas visible:

[245] R. W. Flint (1971), que presenta las obras de Marinetti, trata de quitar importancia a la fe fascista de éste, pero opino que sus argumentos no son convincentes.

1. Queremos cantar el amor al peligro, el hábito de la energía y la intrepidez.
2. El valor, la audacia y la rebeldía serán elementos esenciales de nuestra poesía.
3. Hasta ahora, la literatura ha exaltado una inmovilidad pensativa, el éxtasis y el sueño. Nosotros exaltaremos la acción acometedora, el insomnio febril, el tranco del corredor, el salto mortal, el puñetazo y la bofetada.
4. Decimos que la magnificencia del mundo se ha enriquecido con una nueva belleza: la belleza de la velocidad. *Un coche de carreras con la capota adornada por grandes tubos, como serpientes de aliento explosivo —un coche atronador que parece rodar por sobre metralla— es más bello que la Victoria de Samotracia.*
5. Cantaremos un himno al hombre que va al volante, que arroja la lanza de su espíritu a través de la tierra, por la circunferencia de su órbita.
6. El poeta debe gastarse con ardor, esplendor y generosidad, henchir el hervor entusiasta de los elementos primordiales.
7. *Ya no hay belleza sino en la lucha. No puede haber obra maestra sin carácter agresivo. Debe concebirse la poesía como un ataque violento contra fuerzas desconocidas, para reducirlas y prostrarlas ante el hombre.*
8. ¡Nos hallamos en el último promontorio de los siglos! ¿Por qué habríamos de mirar atrás, cuando lo que queremos es derribar las puertas misteriosas de lo Imposible? El Tiempo y el Espacio murieron ayer. Vivimos ya en lo absoluto, porque hemos creado la velocidad eterna, ubicua.
9. *Glorificaremos la guerra —la única higiene del mundo—, el militarismo, el patriotismo, el gesto destructor de los portadores de libertad, las bellas ideas que merecen morir por ellas, y el desprecio de la mujer.*
10. *Destruiremos los museos, las bibliotecas, las academias de todo género, lucharemos contra el moralismo, el feminismo y todo tipo de cobardía oportunista o utilitaria,*
11. Cantaremos las grandes muchedumbres excitadas por el trabajo, el placer y el tumulto; cantaremos la marea polifónica y multicolor de la revolución en las capitales modernas; cantaremos el vibrante fervor nocturno de los arsenales y astilleros donde resplandecen violentas lunas eléctricas; las voraces estaciones de ferrocarril que devoran serpientes emplumadas de humo; las fábricas colgadas de las nubes por las líneas quebradas de su humo; los puentes que brincan ríos cual gimnastas gigantes, destellando al sol con brillo de navajas; los vapores aventureros que husmean el horizonte; las locomotoras de ancho pecho cuyas ruedas pisan las vías como cascos de enormes caballos de acero con riendas de tubos; y el vuelo limpio de los aviones cuyas hélices chacharean al viento como banderolas y parecen aclamar como una multitud entusiasta. (R. W. Flint, 1971. Subrayado mío.)

Vemos aquí los elementos esenciales de la necrofilia: la adoración de la velocidad y la máquina, la poesía como medio de ataque, la glorificación de la guerra, el aniquilamiento de la cultura, el odio contra las mujeres, las locomotoras y los aviones fuerzas vivientes.

El segundo *Manifiesto futurista* (1916) desarrolla la idea de la nueva religión de la velocidad:

La *velocidad,* teniendo por esencia la síntesis intuitiva de toda fuerza en movimiento, es *pura* por naturaleza. La lentitud, que tiene por esencia el análisis

racional de todo vaciamiento en reposo, es esencialmente *inmunda,* Después de destruido el dios antiguo y el mal antiguo, creamos un dios nuevo, la velocidad, y un nuevo mal, la lentitud,

Velocidad = síntesis de toda valentía en acción. *Agresiva y belicosa.*

Lentitud = análisis de toda prudencia estancada. Pasiva y pacifista .. .

Si orar significa comunicarse con la divinidad, *correr a toda velocidad es una oración. Divinidad de las ruedas y los rieles. Hay que arrodillarse en las vías para orar a la divina velocidad. Hay que arrodillarse ante la velocidad vertiginosa de un compás giroscópico:* 20000 revoluciones por minuto, la más alta velocidad mecánica alcanzada por el hombre.

La embriaguez de las grandes velocidades en automóvil no es sino la alegría de sentirse fundido con la única divinidad. Los deportistas son los primeros catecúmenos de esta religión. *Que venga la destrucción de casas y ciudades para hacer lugar a los grandes centros de reunión de automóviles y aviones.* (R. W. Flint, 1971. Subrayado mío.)

Se ha dicho que Marinetti era un revolucionario, que rompió con el pasado, que abrió las puertas a la visión de un mundo nuevo de superhombres nietzscheanos, que junto con Picasso y Apollinaire fue una de las fuerzas más importantes del arte moderno. Permítaseme responder que sus ideas revolucionarias lo acercan a Mussolini, y más aún a Hitler. Es precisamente esta mezcla de profesiones retóricas de espíritu revolucionario, culto a la técnica y fines de destrucción la que caracteriza el nazismo. Mussolini y Hitler fueron quizá rebeldes (Hitler más que Mussolini), pero no fueron revolucionarios. No tenían ideas verdaderamente creadoras, ni realizaron cambios importantes en beneficio del hombre. Les faltaba el criterio esencial *del* espíritu revolucionario: el amor por la vida, el deseo de servir a su desenvolvimiento y desarrollo, y la pasión de la independencia[246].

La fusión de técnica y destructividad no era todavía visible en la primera guerra mundial. Los aviones no destruían mucho, y el tanque fue sólo una evolución de las armas tradicionales. La segunda guerra mundial acarreó un cambio decisivo: el empleo del avión para matanzas masivas[247]. Los que lanzaban las bombas apenas tenían conciencia de que estaban matando o abrasando vivos a millares de seres humanos en unos cuantos minutos. Las tripulaciones aéreas formaban un equipo: uno piloteaba, otro gobernaba la nave, otro soltaba las bombas. No les preocupaba el matar y apenas sabían que había un enemigo. Su empeño era manejar debidamente su complicada máquina a lo largo de líneas trazadas en planes meticulosamente organizados. El que a consecuencia de sus actos murieran, fueran quemados o mutilados muchos miles, a veces más de cien mil personas, lo sabían, claro está, cerebralmente, pero apenas lo comprendían afectivamente; era, por paradójico que parezca, una cosa que no les incumbía. Es probablemente por ello por lo que —al menos la mayoría de ellos— no se sentían culpables de actos que son de lo más horrible que puede cometer un ser humano.

---

[246] No es éste el lugar para analizar ciertos fenómenos del arte y la literatura contemporáneos con el fin de determinar si se advierten en ellos elementos necrófilos. En la esfera de la pintura, es cosa que no me compete: en cuanto a la literatura, es algo muy complejo para tratarlo brevemente, y pienso dedicarle otro libro.

[247] La Batalla de Inglaterra, al comienzo de la guerra, se libró todavía a la antigua; los pilotos de caza británicos acometían a sus adversarios alemanes; su avión era su vehículo individual; los motivaba la pasión de salvar a su país de la invasión alemana. Eran su destreza personal, su valor y su determinación lo que decidía el resultado. En principio, su combate no era diferente del de los héroes de la guerra de Troya.

La guerra aérea contemporánea de destrucción sigue el principio de la producción técnica moderna[248], en que tanto el trabajador como el ingeniero están completamente enajenados respecto del resultado de su trabajo. Realizan tareas técnicas de acuerdo con el plan general de gestión, pero a menudo ni ven siquiera el producto acabado; y aunque lo vean, no es cosa que les concierna ni va en ello su responsabilidad. No tienen por qué preguntarse si ese resultado es útil o dañino, porque eso lo decide la administración. Para ésta, "útil" significa "remunerativo" y no tiene nada que ver con el verdadero empleo del producto. En la guerra es "remunerativo" todo cuanto sirve para vencer al enemigo, y con frecuencia la decisión acerca de lo que es remunerativo en ese sentido se basa en datos tan vagos como los que condujeron a la construcción del Edsel de Ford. Para el ingeniero como para el piloto, basta saber cuál es la decisión de la administración, y no hay nada que discutir en ella, ni él tiene interés en hacerlo. Ya se trate de matar a cien mil personas en Dresde o Hiroshima o de devastar tierra y población en Vietnam, no debe preocuparle la justificación militar o moral de las órdenes; su única misión es servir su máquina debidamente.

Se podría objetar a esta interpretación subrayando el hecho de que lo soldados siempre han debido obediencia ciega a las órdenes. Es bien cierto pero con esa objeción no se toma en cuenta la gran diferencia que hay entre los soldados de tierra y el piloto bombardero. El primero está muy cerca de la destrucción que ocasionan sus armas y no causa la destrucción por un solo acto de grandes masas de seres humanos que jamás vio. Lo más que podría decirse es que la disciplina tradicional castrense y los sentimientos de deber patrio intensificarán también en el caso de los pilotos la disposición a ejecutar las órdenes sin discutir; pero no parece ser éste e punto principal, como sin duda lo es para el soldado raso que combate en tierra. Esos pilotos son gente muy bien preparada, de mente técnica, que no necesita esa motivación adicional para hacer su trabajo como es debido y sin vacilar.

Incluso el asesinato en masa de los judíos por los nazis fue organizado a la manera de un proceso de producción, aunque la muerte masiva en la cámaras de gas no requiriera un alto grado de conocimientos técnicos. En un extremo del proceso se seleccionaban las víctimas según el criterio de su capacidad para realizar un trabajo útil. Los que no entraban en esa categoría eran llevados a las cámaras y se les decía que con un fin higiénico; se soltaba el gas; se quitaba a los cadáveres la ropa y otros objetos útiles come el pelo, los dientes de oro, se clasificaban y "reciclaban" y se quemaban lo: restos. Las víctimas eran "procesadas" metódicamente, eficientemente; lo; ejecutores no tenían por qué presenciar la agonía; participaban en el programa económico político del Führer pero estaban apartados un grado de acto de matar directa e inmediatamente con sus propias manos[249]. Sir duda, para endurecer el corazón contra el destino de seres humanos que uno ha visto y designado y Que serán asesinados tan sólo unos cuanto; metros más allá dentro de una hora se necesita mucho mayor esfuerzo que en el caso de las tripulaciones aéreas que dejan caer bombas. Pero a despecho de esta diferencia, el caso es que ambas situaciones tienen en común un elemento muy importante: la tecnificación de la destrucción, y con elle la supresión del cabal conocimiento afectivo de lo que se está haciendo. Una vez bien asentado el proceso no hay límites a la destructividad, por que *nadie* destruye: uno

[248] Lewis Mumford ha señalado los dos polos de la civilización: "el trabajo organizado mecánicamente y la destrucción mecánicamente organizada". *(L.* Mumford, 1967.)

[249] Me gustaría recordar a quienes podrían decir que ese "grado" era demasiado pequeño para importar, que hay millones de personas por lo demás decentes que no se conmueven cuando las crueldades se hacen a cierta distancia de su estado o su partido. ¿A qué distancia se hallaban quienes se beneficiaban de las atrocidades cometidas contra los negros en África por la administración belga al empezar el siglo? Un grado es sin duda menos que cinco, pero eso es sólo una diferencia cuantitativa.

sólo sirve a la máquina para fines programados .. . y por ende aparentemente racionales.

Si estas consideraciones acerca de la naturaleza tecnicoburocrática de la destructividad contemporánea en gran escala son acertadas, ¿no conducen acaso al repudio de mi hipótesis principal acerca de la índole necrófila del espíritu de la técnica total? ¿No hemos de reconocer que el hombre técnico contemporáneo no está motivado por la pasión de la destrucción, y no sería más justo describirlo como un hombre totalmente enajenado, cuya orientación predominante es cerebral, que siente poco amor pero también poco deseo de destruir, y que se ha convertido, en sentido caracterológico, en un autómata y no en un destructor?

No es fácil responder. Sin duda en Marinetti, en Hitler, en miles de miembros de la policía secreta nazi o stalinista, guardianes de campos de concentración y miembros de los comandos de ejecución, la pasión de aniquilar es la motivación dominante. Pero ¿no serían tal vez tipos "anacrónicos"? ¿Es justo que interpretemos el espíritu de la sociedad "tecnotrónica" como necrófilo?

Para responder a estas cuestiones es necesario aclarar otros problemas que hasta ahora he dejado al margen. El primero de ellos es la relación entre el carácter anal-acumulativo y la necrofilia.

Los datos clínicos y los ejemplos de los sueños de necrófilos han ilustrado la presencia notoria de rasgos del carácter anal. La preocupación por el proceso de eliminación y las heces fecales es, como vemos, la manifestación simbólica del interés por todo cuanto está podrido o corrompido, lo que no está vivo. Pero si el carácter anal-acumulativo "normal" no tiene animación, tampoco es necrófilo. Freud y sus colaboradores fueron un paso más allá y descubrieron que el sadismo solía ser consecuencia secundaria del carácter anal. Tal no es siempre el caso, pero se presenta en las personas que son más hostiles y más narcisistas que el carácter acumulativo corriente. Pero aun los sádicos están todavía *con los* demás; quieren mandar, mas no exterminar. Aquellos en quienes falta incluso este modo perverso de relación, que son aún más narcisistas y más hostiles, son los necrófilos. Su meta es transformar todo cuanto vive en materia inerte; quieren destruir todo y a todos, con frecuencia incluso a sí mismos; su enemigo es la vida misma.

Esta hipótesis sugiere que la evolución: carácter anal normal - carácter sádico - carácter necrófilo es determinada por el aumento del narcisismo, de la ausencia de relación y de la destructividad (en este continuo hay innumerables matices y gradaciones entre los dos polos) y que la necrofilia puede describirse como *la forma maligna del carácter anal.*

Si esta noción de la relación estrecha entre carácter anal y necrofilia fuera tan sencilla como la he descrito en esta presentación esquemática, resultaría bastante clara para ser teóricamente satisfactoria. Pero las relaciones no son tan claras ni mucho menos. El carácter anal típico de la clase media decimonónica se ha ido haciendo menos y menos frecuente en el sector de población integrado del todo en las formas de producción económicamente más avanzadas[250]. Mientras hablando estadísticamente el fenómeno de la enajenación total es probable que aún no exista en la mayoría de la población norteamericana, es característico del sector más indicativo de la dirección en que se mueve la sociedad entera. De hecho, el carácter del nuevo

[250] Los estudios emprendidos por M. Maccoby sobre el carácter de los gerentes en los Estados Unidos (en el Harvard Project sobre tecnología, trabajo y carácter, que aparecerá próximamente) y por I. Millán sobre los gerentes mexicanos *(Carácter social y desarrollo,* Universidad Nacional Autónoma de México, próxima aparición) contribuirán sin duda grandemente a confirmar o desautorizar mis hipótesis.

tipo de hombre no parece encajar en ninguna de las categorías antiguas, como los caracteres oral, anal o genital. Yo he tratado de entender este tipo nuevo como un "carácter mercantil". (E. Fromm, 1947.)

Para el carácter mercantil todo se transforma en artículo de comercio —no sólo las cosas sino la persona misma, su energía física, sus destrezas, conocimientos, opiniones, sentimientos y aun sus sonrisas. Este tipo caracterológico es un fenómeno históricamente nuevo, ya que es el producto de un capitalismo plenamente desarrollado que gira en torno al mercado —el mercado de artículos de comercio, el mercado del trabajo y el mercado de personalidades— y cuyo principio es lograr un beneficio mediante un intercambio favorable?[251]

El carácter anal, como el oral o el genital, pertenece a un período anterior al desarrollo pleno de la enajenación total. Estos tipos caracterológicos son posibles mientras hay una experiencia sensual del propio cuerpo, sus funciones y sus productos. El hombre cibernético está tan enajenado que siente su cuerpo sólo como *instrumento* del éxito. Su cuerpo debe parecer joven y sano, y lo experimenta narcisistamente como un haber preciosísimo en el mercado de las personalidades.

Volvamos ahora a la cuestión que ocasionó este rodeo. ¿Es la necrofilia verdaderamente característica del hombre en la segunda mitad del siglo XX en los Estados Unidos y en otras sociedades capitalistas o estatales asimismo altamente desarrolladas?

Este nuevo tipo de hombre no se interesa, después de todo, en las heces fecales ni en los cadáveres; en realidad tiene tal fobia de los cadáveres que los hace parecer más vivos que cuando la persona estaba en vida. (No parece esto una formación reactiva sino más bien parte de toda la orientación que niega la realidad natural, no hecha por el hombre.) Pero hace algo mucho más fuerte. Desvía su interés de la vida, las personas, la naturaleza, las ideas ... en una palabra, de todo cuanto es vivo; transforma toda la vida en cosas, incluso él mismo y las manifestaciones de sus facultades humanas de razonar, ver, oír, gustar, amar. La sexualidad se convierte en destreza técnica (la "máquina de amar"); los sentimientos se achatan y a veces se remplazan por el sentimentalismo; la alegría, expresión de animación intensa, se remplaza por la "diversión" o la excitación; y el amor o la ternura que tenga el hombre se dirige hacia las máquinas y los accesorios. El mundo se convierte en una suma de artefactos sin vida; del alimento sintético a los órganos sintéticos, el hombre entero se convierte en parte del mecanismo total que él controla y que simultáneamente lo controla a él. No tiene plan ni fin en la vida sino hacer lo que la lógica de la técnica le impone hacer. Aspira a fabricar robots, que serán una de las mayores hazañas de su mente técnica, y algunos especialistas nos afirman que el robot apenas se distinguirá de los hombres vivientes. Esto no será una hazaña tan asombrosa, ahora que el hombre es difícil de distinguir de un robot.

El mundo de la vida se ha convertido en mundo de "no vida"; las personas son ya "no personas", un mundo de muerte. La muerte ya no se expresa simbólicamente por heces ni cadáveres malolientes. Sus símbolos son ahora máquinas limpias y brillantes; no atraen a los hombres las deposiciones olorosas sino las estructuras de aluminio y vidrio[252]. Pero la realidad que oculta esta fachada antiséptica se hace cada vez más visible. El hombre, en nombre del progreso, está transformando el mundo en un lugar pestilente y envenenado (y esto *no* es simbólico). Corrompe el aire, el agua, la tierra,

---

[251] Este mercado no es por completo libre en el capitalismo contemporáneo. El mercado del trabajo lo determinan en gran parte factores sociales y políticos, y el mercado de los artículos de comercio está enormemente manipulado,

[252] Cf. el "sueño 7" más arriba en este capítulo.

los animales . . . y a sí mismo. Está haciendo esto en un grado tal que parece dudoso que la tierra sea todavía habitable dentro de cien años. Conoce los hechos, pero a pesar de los muchos que protestan, los que llevan las riendas siguen adelante con el "progreso" técnico y están dispuestos a sacrificar todo lo que es vida por el culto a su ídolo. En tiempos anteriores, los hombres sacrificaban también sus hijos o los prisioneros de guerra, pero jamás estuvo el hombre en la historia dispuesto a sacrificar toda la vida a Moloc: la suya y la de toda su descendencia. Da igual que lo haga intencionalmente o no, Si no tuviera conocimiento del peligro posible, podría descargársele de esa responsabilidad. Pero es el elemento necrófilo de su carácter el que le impide aprovechar el conocimiento que posee.

Otro tanto puede decirse de la preparación de la guerra nuclear. Las dos superpotencias están aumentando sin cesar su capacidad de aniquilarse mutuamente, y por lo menos grandes porciones del género humano al mismo tiempo. Pero no han hecho nada serio para eliminar el peligro . . y lo único serio sería destruir todas las armas nucleares. De hecho, los que ocupaban el poder estuvieron ya varias veces a punto de emplear esas armas ... y jugaron con el peligro. El razonamiento estratégico —por ejemplo *On thermonuclear war* [Sobre la guerra termonuclear] (1960), de Herman Kahn— plantea tranquilamente la cuestión de si cincuenta millones de muertos serían todavía "aceptables". Difícil sería negar que éste es el espíritu de la necrofilia.

Los fenómenos que despiertan tanta indignación —drogadicción, crimen, decadencia cultural y espiritual, desprecio de los valores éticos genuinos— están relacionados todos con la creciente atracción de la muerte y la suciedad. ¿Cómo puede uno esperar que los jóvenes, los pobres y los que no tienen esperanza no se sientan atraídos por la decadencia cuando la promueven los que dirigen el curso de la sociedad contemporánea?

Debemos concluir que el mundo sin vida de la tecnificación total es otra forma del mundo de la muerte y la podredumbre. Este hecho no es consciente para la mayoría, pero empleando una expresión de Freud, lo reprimido suele retornar, y la fascinación por la muerte y la podredumbre se hace tan visible como en el carácter anal maligno.

Hasta ahora hemos considerado la relación entre lo mecánico, lo desprovisto de vida y lo anal. Pero hay otra relación que no tiene más remedio que surgir cuando consideramos el carácter del hombre cibernético, totalmente enajenado: sus aspectos *esquizoides o esquizofrénicos.* Tal vez sea el rasgo más notorio en él la escisión entre pensamiento, afecto y voluntad. (Fue esta división la que hizo a Bleuler escoger el nombre de "esquizofrenia" —del griego *schizo,* dividir *y phren,* psique— para este tipo de enfermedad.) En la descripción del hombre cibernético hemos visto ya algún ejemplo de esta división, por ejemplo en la ausencia de afecto del piloto bombardero, combinada con el claro conocimiento de que mata a cien mil personas apretando un botón. Pero no es menester llegar a extremos tales para observar este fenómeno. Lo hemos descrito ya en sus manifestaciones más generales. El hombre cibernético es de orientación casi exclusivamente cerebral: es un *hombre monocerebral.* Su modo de ver el mundo entero en torno suyo —y de verse a sí mismo— es intelectual; quiere saber lo que son las cosas, cómo funcionan y cómo pueden construirse o manipularse. Este modo de ver lo fomentó la ciencia y ha ido predominando desde el final de la Edad Media. Es la esencia misma del progreso moderno, la base de la dominación técnica del mundo y del consumo masivo.

¿Hay algo de ominoso en esta orientación'? Ciertamente, podría parecer que este aspecto del "progreso" no es ominoso, si no fuera por algunos hechos inquietantes. En primer lugar, esta orientación "monocerebral" no se halla solamente, ni mucho menos, en

los que se dedican a las labores científicas; es común a una vasta parte de la población: trabajadores de oficina, agentes vendedores, ingenieros, médicos, gerentes y en especial muchos intelectuales y artistas[253];de hecho se puede presumir que la mayoría de la población urbana. Todos ellos ven el mundo como un conglomerado de cosas a entender para poder usarlas eficazmente. En segundo lugar, y esto no es menos importante, este enfoque cerebral e intelectual va parejo con la ausencia de una reacción afectiva. Podríamos decir que los sentimientos se han marchitado, no que estén reprimidos; en tanto están vivos, no son cultivados y son relativamente rudimentarios; adoptan la forma de pasiones, como la pasión de ganar, de demostrar superioridad respecto de los demás, de destruir o de excitación en el sexo, la velocidad, el ruido,. Otro factor hay que añadir. El hombre monocerebral se caracteriza por otro rasgo muy significativo: un género especial de narcisismo que tiene a sí mismo por objeto —su cuerpo y su destreza— en resumen, su propia persona como instrumento para el éxito. El hombre monocerebral es a tal punto parte de la maquinaria que ha montado que sus máquinas son tanto como él mismo el objeto de su narcisismo; de hecho, entre ambos hay una suerte de relación simbiótica: "la unión de un ser individual con otro ser (o cualquier otro poder fuera del propio ser) de modo tal que cada uno pierde la integridad de su ser y se hacen mutuamente dependientes". (E. Fromm, 1941.)[254] En sentido simbólico no es ya la naturaleza la madre del hombre sino la "segunda naturaleza" que 61 ha hecho, las máquinas que lo nutren y protegen.

Otro rasgo del hombre cibernético —su tendencia a comportarse de una manera rutinaria, estereotipada y nada espontánea— se encontrará en una forma más drástica en muchos estereotipos esquizofrénicos obsesivos. Las semejanzas entre los pacientes esquizofrénicos y el hombre monocerebral son notables; tal vez aún más notable sea el cuadro que presenta otra categoría no idéntica a la esquizofrenia, pero relacionada con ella, la de los "niños autistas" descritos por L. Kanner (1944) y después, más elaboradamente, por M. S. Mahler (1968). (Véase también el estudio que hace L. Bender de los niños esquizofrénicos [1942].) Según la descripción que hace Mahler del síndrome autístico, los rasgos más importantes son: (1) "una pérdida de esa diferenciación primordial entre materia viva e inerte, que von Monakov llamaba *protodiakrisis*" (M. *S.* Mahler, 1968); (2) un apego a los objetos sin vida, como una silla o un juguete, combinado con la incapacidad de relacionarse con una persona viva, en particular la madre, que suele declarar que "no puede llegar hasta su hijo"; (3) un impulso obsesivo de observar la semejanza, descrito por Kanner como rasgo clásico de autismo infantil; (4) el deseo intenso de estar solo ("El rasgo más notorio del niño autístico es su espectacular lucha contra toda exigencia de contacto humano o social." [M. S. Mahler, 1968]); (5) el empleo del lenguaje (si hablan) para fines manipulativos pero no como medio de comunicación interpersonal ("estos niños autísticos, con señales y gestos, mandan al adulto que sirva de prolongación ejecutiva de tipo semianimado o inanimado, como un contacto o una manivela de una máquina". [M. S. Mahler, 1968]); (6) Mahler menciona otro rasgo que es de especial interés en vista de mis comentarios precedentes acerca de la menor importancia del complejo "anal" en el hombre

[253] Es un hecho notable que los científicos contemporáneos más creadores, hombres como Einstein, Born, Heisenberg y Schrödinger, han sido de los individuos menos enajenados y monocerebrales. Su interés científico no tuvo nada del aspecto esquizoide de la mayoría Es característico de ellos que sus intereses filosóficos, morales y espirituales impregnaron toda su personalidad. Demostraron que el modo de ver científico en sí no tiene por qué conducir a la enajenación; es más bien el clima social el que deforma el enfoque científico y lo hace esquizoide.

[254] Margaret S. Mahler ha aplicado la denominación de "simbiosis" en su sobresaliente estudio de la relación simbiótica entre madre e hijo. (M. S. Mahler, 1968.)

monocerebral: "muchos niños autistas tienen una catexia relativamente baja de su superficie corporal, lo que explica su sensibilidad al dolor, a todas luces deficiente. Junto con esta deficiencia catéctica del sensorium hay una falta de estratificación jerárquica, de libidinización y secuencia zonal". (M. S. Mahler, 1968)[255]

Innecesario es decir que esos rasgos corresponden perfectamente a los que caracterizan al hombre cibernético: me refiero especialmente a la falta de diferenciación entre materia viva e inerte, ausencia de relación con los demás, empleo del lenguaje para manipular y no para comunicarse, e interés preponderante en lo mecánico y no en lo viviente. Aunque estas semejanzas son notorias, sólo estudios más amplios podrían determinar si hay en los adultos una forma de patología mental correspondiente a la del niño autista.

Tal vez sea menos especulativo pensar en una relación del funcionamiento del hombre cibernético con los procesos esquizofrénicos. Pero esto es un problema muy difícil, por varias razones:

1. Las definiciones de la esquizofrenia difieren enormemente según las escuelas psiquiátricas, y van de la definición tradicional de la esquizofrenia como enfermedad de origen orgánico a las diversas definiciones comunes hasta cierto punto en la escuela de Adolf Meyer (Sullivan, Lidz), a Fromm-Reichmann y a la escuela más radical de Laing, que no define la esquizofrenia como enfermedad sino como proceso psicológico a entender en función de reacción a las sutiles y complejas relaciones interpersonales que operan desde la primera infancia. En cuanto a los cambios somáticos que pueden descubrirse, Laing los explicaría como consecuencia, no causa, de los procesos interpersonales.
2. La esquizofrenia no es un fenómeno, y la palabra abarca cierto número de diferentes formas de trastornos, de modo que desde E. Bleuler se habla de esquizofrenias, y no de esquizofrenia como una entidad patológica
3. La investigación dinámica de la esquizofrenia es de fecha relativamente reciente y mientras no se haya realizado mayor labor de investigación, nuestro conocimiento de la esquizofrenia seguirá siendo muy insuficiente.

Un aspecto del problema que creo necesita en particular más elucidación es la relación entre la esquizofrenia y otros tipos de procesos psicóticos, especialmente los que suelen llamarse depresiones endógenas. Claro está que incluso un investigador tan ilustrado y avanzado como Eugen Bleuler distinguía claramente entre depresión psicótica y esquizofrenia, y parece innegable que los dos procesos se manifiestan en general de dos formas diferentes (aunque la necesidad de muchas etiquetas mixtas —combinando rasgos esquizofrénicos, depresivos y paranoides— parece hacer la distinción discutible). Se plantea la cuestión de si las dos enfermedades mentales no serán formas diferentes del mismo proceso fundamental y por otra parte, si las diferencias entre los diversos tipos de esquizofrenia no son a veces mayores que la diferencia entre ciertas manifestaciones de los procesos depresivos y los esquizofrénicos, respectivamente. Si así fuera, no tendríamos que preocuparnos demasiado por una contradicción patente entre el supuesto de que haya elementos esquizofrénicos en el hombre contemporáneo y el diagnóstico de depresión crónica hecho anteriormente en relación con el análisis del aburrimiento. Podríamos emitir la

[255] Entre otros estoy particularmente obligado a David S. Schecter y Gertrud Hunziker-Fromm por su comunicación de experiencias clínicas y opiniones acerca de los niños autistas, especialmente valiosa para mí, puesto que no he trabajado con niños autistas.

hipótesis de que ninguna designación es del todo adecuada . . . o sencillamente de que nos olvidemos de las etiquetas[256].

Sería ciertamente sorprendente que el hombre cibernético monocerebral *no* presentara un cuadro de proceso esquizofrénico crónico poco marcado, para emplear la expresión por mor de la simplicidad. Vive en una atmósfera sólo cuantitativamente menos vacía que la señalada por Laing y otros en su presentación de las familias esquizogénicas (que generan esquizofrenia).

Creo legítimo hablar de "sociedad insana" y del problema de lo que ocurre al hombre sano de espíritu en semejante sociedad. (E. Fromm, 1955.) Si una sociedad produjera una mayoría de miembros que padecieran de esquizofrenia grave, eso minaría su propia existencia. La persona esquizofrénica total se caracteriza por el hecho de haber cortado las relaciones con el mundo que la rodea; se ha retirado a su mundo privado, y la razón principal de que se la considere gravemente enferma es de índole social, porque no funciona socialmente, no puede cuidarse debidamente y de un modo u otro necesita la ayuda de los demás. (No es enteramente cierto esto tampoco, como la experiencia ha demostrado en todos los lugares donde los esquizofrénicos crónicos trabajaban o se cuidaban, si bien con ayuda de ciertas personas que disponían condiciones favorables y al menos lograban alguna contribución material del Estado.) Una sociedad, sin hablar de una grande y compleja, no podría ser dirigida por esquizofrénicos. Pero muy bien podrían dirigirla personas que padecieran de esquizofrenia poco marcada, que son perfectamente capaces de manejar las cosas que deben manejarse para que una sociedad funcione. Esas' personas no han perdido la facultad de mirar el mundo de un modo "realista", con tal que por ello entendamos concebir las cosas intelectualmente como es menester concebirlas para manejarlas con eficacia. Pueden haber perdido por completo la capacidad de percibir las cosas personalmente, o sea de modo subjetivo y con el corazón. La persona plenamente desarrollada puede, por ejemplo, mirar una rosa y ver en ella algo cálido y aun ardiente (si pone esta experiencia en palabras la llamamos poeta), pero sabe también que la rosa —en la esfera de la realidad física— no calienta como el fuego. El hombre contemporáneo experimenta el mundo *tan sólo* en función de fines prácticos. Pero este defecto no es menor que el de la persona llamada enferma que no *puede* percibir el mundo "objetivamente" pero ha conservado la otra facultad humana de la experiencia personal, subjetiva y simbólica.

Spinoza fue en su *Ética,* según creo, el primero en expresar el concepto de insania "normal":

Muchas personas son embargadas por un mismo afecto con gran constancia. Un objeto afecta a todos sus sentidos tan fuertemente que creen que ese objeto está presente aunque no lo esté. Si esto sucede estando la persona despierta, se cree que está loca ... Pero si la persona *codiciosa* piensa sólo en dinero y posesiones, la *ambiciosa* sólo en la fama, uno no cree que están locas y sólo que son enojosas; en general se las desprecia. Mas la codicia, la ambición y demás son *de hecho* formas

[256] Basándose en estas consideraciones, los psiquiatras meyerianos y Laing declinan servirse en absoluto de esas etiquetas nosológicas. Este cambio es en gran parte debido al nuevo enfoque sobre los enfermos mentales. Mientras uno no pudo acercarse al paciente psicoterapéuticamente, el principal punto de interés era la denominación del diagnóstico, útil para decidir si debía o no enviársele a una institución para enfermos mentales. En cuanto se empezó a ayudar al paciente con una terapia de orientación psicoanalítica, las etiquetas perdieron su importancia, porque el interés del psiquiatra se enfocaba en entender los procesos que se desarrollaban dentro del paciente, experimentándolo como un ser humano no diferente en lo fundamental del "observador participante". Esta nueva actitud para con el paciente psicótico puede considerarse expresión de un humanismo radical que se está formando en nuestra época a pesar del proceso de deshumanización predominante.

de insania, aunque no se suele pensar que se trate de "enfermedad". (B. de Spinoza, 1927.)

El cambio del siglo XVII a nuestra época se patentiza en el hecho de que una actitud que, según Spinoza, se desprecia "en general", hoy no se considera despreciable sino laudable.

Tenemos que dar otro paso más. La "patología de lo normal" (E. Fromm, 1955) raramente se deteriora hasta llegar a formas más graves de enfermedad mental, porque la sociedad produce el antídoto contra ese deterioro. Cuando los procesos patológicos son configurados socialmente, pierden su carácter individual. Por el contrario, los individuos enfermos se hallan a gusto con otros individuos enfermos de modo semejante. Toda la cultura está orientada hacia este tipo de patología y dispone los medios para dar satisfacciones de acuerdo con esa patología. El resultado es que el individuo común y corriente no percibe el aislamiento y apartamiento que siente la persona plenamente esquizofrénica. Se siente a gusto entre quienes padecen la misma deformación; de hecho, es la persona en sus cabales la que se siente aislada en la sociedad insana ... y puede llegar a padecer tanto por la incapacidad de comunicarse que es ella la que podría tomarse psicótica.

En el contexto de este estudio, la cuestión crucial es saber si la hipótesis de un trastorno casi autístico o medianamente esquizofrénico nos ayudaría a explicar algo de la violencia que se está difundiendo actualmente. Nos hallamos aquí en el punto de la especulación casi pura, y son necesarias nuevas investigaciones y más datos. Claro está que en el autismo puede hallarse bastante destructividad, pero no sabemos todavía donde se ha de aplicar esta categoría aquí. En lo tocante a los procesos esquizofrénicos, hace cincuenta anos la respuesta hubiera parecido clara. En general se suponía que los pacientes esquizofrénicos son violentos y que por esa razón era necesario ponerlos en instituciones de donde no pudieran escapar. Las experiencias con esquizofrénicos crónicos que trabajaban en granjas o dirigidos por ellos mismos (como consiguió hacerlo Laing en Londres) han demostrado que la persona esquizofrénica raramente es violenta si la dejan en paz[257].

Pero a la persona "normal" de esquizofrenia poco marcada *no* la dejan sola. La importunan y atropellan, lastiman su delicada sensibilidad muchas veces al día, de modo que ciertamente podríamos entender que esta patología de lo normal engendraría destructividad en muchos individuos. Menos, naturalmente, entre los mejor adaptados al sistema social y más en aquellos que ni tienen compensaciones sociales ni ocupan en la estructura un lugar de importancia para ellos: los pobres, los negros, los jóvenes, los desempleados.

Todas estas especulaciones acerca de la relación entre los procesos autísticos y esquizofrénicos poco marcados y la destructividad deben dejarse aquí insolutos. Al final, la discusión nos llevará a plantear si hay una relación entre ciertos tipos de procesos esquizofrénicos y la necrofilia.

---

[257] El cuadro de los niños autistas es algo diferente. En ellos parece más frecuente la destructividad intensa. Para explicar la diferencia podría ser útil considerar que el paciente esquizofrénico ha cortado sus lazos con la realidad social, y por ello no se siente amenazado ni consiguientemente propenso a la violencia, si se le deja solo. Por otra parte, al niño autista no lo dejan solo. Los padres tratan de hacerle seguir el juego de la vida normal y se introducen en su mundo privado. Además, por el factor edad, el niño se ve obligado a conservar sus vínculos con la familia y todavía no puede permitirse, como quien dice, el apartamiento total. Esta situación puede ocasionar un odio y una destructividad intensos y explicar la frecuencia relativamente mayor de tendencias violentas entre los niños autistas que entre los individuos esquizofrénicos adultos dejados solos. Estas especulaciones son, naturalmente, muy hipotéticas y necesitan confirmación o rechazo por los especialistas de este campo.

Pero basándome en mi conocimiento y experiencia no puedo ir más allá de plantear la cuestión, con la esperanza de que podría estimular a otros a adelantar los estudios. Debemos contentamos con declarar que la atmósfera de la vida familiar que ha resultado esquizógena se parece mucho a la atmósfera social que engendra la necrofilia. Mas debemos añadir una cosa: una orientación monocerebral es incapaz de visualizar los objetivos que fomentan el desarrollo de los miembros de una sociedad y su propia supervivencia. Para formular esos objetivos se necesita la *razón, y* ésta es más que la mera inteligencia; sólo se forma cuando se unen el cerebro y el corazón, cuando sentimiento y pensamiento se integran y cuando ambos son racionales (en el sentido propuesto más arriba). La pérdida de la facultad de pensar en función de visiones constructivas es en sí una grave amenaza para la supervivencia.

Si nos detuviéramos aquí, el cuadro sería incompleto y antidialéctico. Simultáneamente con el creciente desarrollo necrófilo, la tendencia opuesta, la del amor a la vida, se desarrolla también. Se manifiesta en muchas formas: en la protesta contra el amortecimiento de la vida, una protesta de gente de todas las capas sociales y todos los grupos de edades, pero sobre todo de los jóvenes. Hay esperanza en la creciente protesta contra la polución y la guerra; en la mayor preocupación por el *género* de vida; en la actitud de muchos profesionales jóvenes, que prefieren el trabajo interesante y que vale la pena al de prestigio y grandes ingresos; en la búsqueda general de valores espirituales, aunque muchas veces ingenua y mal orientada. Esta protesta ha de entenderse también en la atracción por las drogas entre los jóvenes, a pesar de su erróneo intento de lograr mayor animación recurriendo a los métodos de la sociedad de consumo. Las tendencias antinecrófilas se han manifestado también en las muchas conversiones político-humanas que se han producido a propósito de la guerra de Vietnam. Tales casos muestran que si bien el amor por la vida puede ser hondamente reprimido, lo *reprimido* no está *muerto.* El amor por la vida es a tal punto una propiedad biológicamente dada en el hombre que uno debería asumir que, aparte de una pequeña minoría, siempre puede salir al primer plano, aunque por lo general sólo en circunstancias personales e históricas especiales. (Puede suceder también en el proceso psicoanalítico.) Por cierto que la presencia y aun el aumento de las tendencias antinecrófilas es la esperanza que tenemos de que el gran experimento *Horno sapiens* no fracase. No creo que haya país donde las probabilidades de esa reafirmación de la vida sean mayores que en el más adelantado técnicamente, los Estados Unidos, donde la esperanza de que el mayor "progreso" traiga la felicidad ha resultado una ilusión para la mayoría de quienes ya tuvieron ocasión de probar el nuevo "paraíso". Nadie sabe si se producirá un cambio fundamental. Las fuerzas que laboran en su contra son formidables, y no hay razón para ser optimistas. Pero creo que sí para tener esperanza.

HIPÓTESIS SOBRE EL INCESTO Y EL COMPLEJO DE EDIPO

En cuanto a las condiciones que contribuyen a la aparición de la necrofilia, nuestro conocimiento es todavía muy limitado y sólo investigaciones ulteriores arrojarán más luz sobre el problema. Podemos suponer que el ambiente familiar muy mortecino y necrófilo suele ser un factor que contribuye a la formación de la necrofilia. La ausencia de estimulación vivificadora, la ausencia de esperanza y el espíritu destructivo de la sociedad en su conjunto tienen ciertamente bastante importancia en el fomento de la necrofilia. Los factores genéticos desempeñan probablemente un papel en la formación de la necrofilia, según creo.

A continuación, quiero presentar una hipótesis acerca de lo que creo puedan ser las raíces más tempranas de la necrofilia, hipótesis especulativa, aunque basada en la observación de cierto número de casos y apoyada por abundante material en los campos del mito y la religión. Le concedo importancia suficiente como para merecer su presentación, con tal de que no se olvide su carácter de tanteo.

Esta hipótesis nos conduce a un fenómeno que parece, a primera vista por lo menos, tener poco que ver con la necrofilia: el fenómeno del *incesto,* conocido por el concepto freudiano del complejo de Edipo. Primeramente debemos examinar brevemente este concepto para poner las bases de lo que sigue.

Según el concepto clásico, un niño de cinco o seis años escoge su madre por primer objeto de sus deseos sexuales fálicos ("fase fálica"). Dada la situación familiar, esto hace de su padre un rival odiado. (Los psicoanalistas ortodoxos han exagerado mucho el odio del niño por su padre. Dichos como el de "cuando muera mi padre yo me casaré con mi mamá", atribuidos a niños pequeños y citados a menudo como prueba de sus deseos de muerte, no deben ser tomados al pie de la letra, porque a esa edad la muerte no se siente todavía como realidad sino más bien como equivalente de "estar lejos". Además, aunque siempre haya cierta rivalidad con el padre, la fuente principal del antagonismo profundo está en la rebelión del niño contra la opresora autoridad patriarcal. [E. Fromm, 1951.] La contribución del "odio edípico" a la destructividad es para mí relativamente pequeña.) Como no puede deshacerse del padre, lo teme —concretamente teme que el padre lo castre a él, su pequeño rival. Este "miedo a la castración" hace que el niño abandone sus deseos sexuales hacia la madre.

En la evolución normal, el hijo es capaz de trasladar su interés a otras mujeres, sobre todo después de llegar al cabal desarrollo sexual y genital, aproximadamente en la pubertad. Supera su rivalidad con el padre identificándose con él y en particular con sus órdenes y prohibiciones. Hace suyas las normas del padre y las convierte en superego. En casos de evolución patológica, el conflicto no se resuelve de ese modo. El hijo no renuncia a su apego sexual por la madre y en su vida, más adelante, lo atraerán las mujeres que cumplan la función de la madre. La consecuencia es que no puede enamorarse de una mujer de su edad y sigue temiendo al padre amenazador o a sus sustitutos. Por lo general, espera que las sustitutas de la madre tengan las mismas cualidades que advertía en ella: amor incondicional, protección, admiración y seguridad.

Este tipo de hombres fijados a la madre es muy conocido; suelen ser muy afectuosos y en un sentido especial, "amantes", pero son también muy narcisistas. La idea de que son más importantes para la madre que para el padre los hace sentir excepcionales, y como ya son "el padre", ya se sienten grandes y no necesitan realmente hacer nada para justificar que lo son; son grandes porque la madre (o su sustituta) los ama —y mientras los ame— exclusiva e incondicionalmente. Por eso tienden a ser en extremo celosos —porque tienen que conservar su posición única— y al mismo tiempo inseguros y angustiados siempre que tienen que realizar una tarea real; tal vez no fracasarían, pero lo que hagan nunca será igual a su convicción narcisista de superioridad sobre cualquiera (y al mismo tiempo tienen un sentimiento inconsciente y corroedor de inferioridad respecto de todos). El tipo que acabo de describir es el caso más extremado. Hay muchos hombres fijados a la madre cuya vinculación con ésta es menos intensa y en quienes la ilusión narcisista de sus méritos se mezcla con sus acciones reales.

Suponía Freud que la esencia del vínculo con la madre era la atracción sexual que el pequeño sentía hacia ella, y que el odio al padre era su consecuencia lógica.

Mis observaciones a lo largo de muchos años han tendido a confirmar mi convicción de que el apego sexual a la madre no suele ser la causa de un vínculo afectivo intenso. La limitación del espacio no permite examinar aquí las razones de esta convicción, pero las siguientes observaciones ayudarán a aclarar por lo menos uno de sus aspectos.

Al nacer; y todavía durante algún tiempo después, el apego del infante a la madre se produce dentro de un marco estructural principalmente narcisista (aunque poco después del nacimiento el niño empieza ya a mostrar algún interés en los objetos ajenos a él y en reacción a ellos). Mientras fisiológicamente el niño tiene su propia existencia independiente, psicológicamente continúa en muchos respectos y hasta cierto punto una vida "intrauterina". Vive todavía por la madre; ella lo alimenta, lo cuida, lo estimula y le da el calor —físico y emocional— que necesita para su desarrollo sano. En el proceso de la evolución ulterior, el apego del niño a la madre se hace más cálido, más personal por decirlo así; ella pasa de morada casi intrauterina *a persona* por quien el niño siente cálido afecto, En este proceso, el niño rompe el cascarón narcisista; ama a la madre, aunque ese amor se caracteriza todavía por la falta de igualdad y reciprocidad y lo matiza la dependencia inherente. En un período en que el niño empieza a reaccionar sexualmente (en la "fase fálica" de Freud), el sentimiento de afecto por la madre se convierte también en deseo sexual y erótico de ella. Pero la atracción sexual hacia la madre no suele ser exclusiva. Según dice el mismo Freud, por ejemplo en el caso de Little Hans (S. Freud, 1909), la atracción sexual hacia la madre puede observarse en niños de más o menos cinco anos de edad, pero al mismo tiempo los atraen igualmente las niñas de su edad. Esto no es sorprendente; es un hecho bien averiguado que el impulso sexual como tal no está estrictamente ligado a un objeto sino que es bastante voluble; lo que puede hacer la relación con *una* persona tan intensa y duradera es su función afectiva. En los casos en que la fijación a la madre sigue fuerte después de la pubertad y durante toda la vida, la razón está en la fuerza del vínculo afectivo que lo une a ella.

Ciertamente, la fijación a la madre no es sólo un problema de la evolución del niño. Claro está que éste se ve obligado a una dependencia simbiótica intensa respecto de la madre por claras razones biológicas. Pero el adulto, si bien es físicamente capaz de cambiar por sí se halla también en una situación sin remedio ni poder que radica, como ya vimos, en las condiciones de la existencia humana. Sólo entendemos el poder de la pasión de apego a la madre si vemos sus raíces no únicamente en la dependencia infantil sino también en "la situación humana". El vínculo afectivo con la madre es tan intenso porque representa una de las soluciones fundamentales a la situación existencial del hombre: el deseo de volver al "paraíso" donde todavía no han aparecido las dicotomías existenciales . . . donde el hombre puede vivir sin conciencia de sí, sin trabajar, sin padecer, en armonía con la naturaleza, él y su pareja. Con la nueva dimensión de la conciencia (el árbol de la ciencia del bien y del mal), aparece el conflicto y el hombre —varón y hembra— es maldito. Lo expulsan del Paraíso y no le permiten retornar. ¿No es sorprendente que nunca pierda el deseo del retorno, aunque "sabe" que no puede hacerlo porque lleva la carga del hecho de ser hombre?

El aspecto sexual de la atracción hacia la madre es en sí un signo positivo. Demuestra que la madre se ha hecho persona, mujer, y que el niño es ya un hombrecito. La intensidad particular de la atracción sexual que se advierte en algunos casos puede considerarse defensa contra una dependencia pasiva más infantil. En aquellas situaciones en que el lazo incestuoso con la madre no se resuelve aproximadamente por la época de la pubertad[258] y

[258] Los ritos de iniciación tienen la función de quebrantar este lazo y señalar el paso a la vida adulta.

dura toda la vida nos hallamos ante un fenómeno neurótico; el varón seguirá dependiente de la madre o de sus sustitutas, temeroso de las mujeres y más niño de lo que es bueno para cualquier adulto. Con frecuencia causa este fenómeno la madre que por equis razones —como la falta de amor por su marido o el orgullo narcisista por su hijo o el ansia de poseerlo— se siente demasiado atraída hacia su hijito y lo seduce de mil modos (mimándolo, protegiéndolo o admirándolo exageradamente, etc.) para que se apegue excesivamente a ella[259].

Este vínculo ardiente, de tinte erótico y con frecuencia sexual, con la madre es lo que tenía presente Freud cuando describió el complejo de Edipo. Este tipo de fijación incestuosa es muy frecuente, pero hay otro, mucho menos frecuente, que tiene aspectos muy diferentes y podría llamarse maligno. En mi hipótesis, es este tipo de fijación incestuosa el que está relacionado con la necrofilia, y de hecho puede considerársele una de sus raíces más tempranas.

Estoy hablando de los niños en quienes no emergen lazos afectivos hacia la madre para romper la cáscara de Confianza autística desmedida en sí mismo. Conocemos las formas extremas de esta confianza exagerada en sí mismo en el caso de los niños autistas[260]. Estos niños nunca rompen el cascarón de su narcisismo; nunca perciben a la madre como un objeto de amor; nunca se apegan afectivamente a nadie sino que miran a los demás como a objetos inanimados y con frecuencia dan muestras de particular interés por las cosas mecánicas.

Los niños autistas parecen ser uno de los polos de un continuo —en cuyo otro polo podemos poner los niños cuyo efecto por la madre y por los demás está desarrollado al máximo. Parece legítimo suponer que en este continuo se hallen niños que no sean autistas pero les falte poco y que ostenten los rasgos de los niños autistas de un modo menos acusado. Surge entonces la cuestión de qué sucede con la fijación incestuosa a la madre en esos niños autistas o casi autistas.

Parece como que esos niños nunca tienen sentimientos cálidos, eróticos y posteriormente sexuales hacia la madre ni sienten jamás el deseo de estar cerca de ella. Tampoco se enamoran después de sustitutas de la madre. Para ellos, la madre es un símbolo, un fantasma y no una persona real. Es un símbolo de la tierra, del hogar, la patria, la sangre, la raza, la nación, de lo más profundo de donde nace la vida y adonde vuelve. Pero es también el símbolo del caos y la muerte, no es la madre que da vida sino la que da la muerte; su abrazo es la muerte, su matriz la tumba. La atracción hacia la madre-muerte podría no ser afecto ni amor; no es una atracción en el sentido psicológico corriente, que indica algo agradable y cálido, sino en el sentido en que hablaríamos de la atracción magnética o la de la gravedad. La persona ligada a la madre por vínculos incestuosos malignos sigue siendo narcisista, fría, refractaria; se siente atraída hacia la madre como el hierro hacia el imán, como si fuera el océano en que quiere anegarse[261], o la tierra en que desea ser enterrada. La razón de este fenómeno parece ser que el estado de soledad narcisista absoluta es intolerable; si no hay modo de relacionarse con la madre o su sustituta con lazos cálidos y placenteros, la relación con ella y con todo el mundo será la unión definitiva con la muerte.

---

[259] En su respeto por las convenciones de la vida burguesa, Freud exculpaba sistemáticamente a los padres de sus pacientes niños y negaba que hubieran hecho nada en detrimento del hijo. Todo, incluso los deseos incestuosos, se entendía que debía ser parte de la fantasía no provocada del niño. Cf. E. Fromm (1970b). Este trabajo se basa en una discusión celebrada en el Instituto Mexicano de Psicoanálisis por un grupo compuesto, además del autor, por los doctores F. Narváez Manzano, Víctor F. Saavedra Mancera, L. Santarelli Carmelo, J. Silva García y E. Zajur Dip.

[260] Cf. E. Bleuler (1951), H. S. Sullivan (1953), M. S. Mahler y B. J. Gosliner (1955), L. Bender (1927), M. R. Green y D. E. Schecter (1957).

[261] He visto algunos pacientes incestuosos *de* este tipo *que* ansiaban ahogarse en el océano, frecuente símbolo materno.

El doble papel de la madre, de diosa de la creación y de la destrucción, está bien documentado en muchos mitos y en las ideas religiosas. La misma tierra de que está hecho el hombre, la matriz donde nacen todos los árboles y hierbas, es el lugar al que vuelve el cuerpo; el seno de la madre tierra deviene la tumba. Un ejemplo clásico de la diosa madre de doble faz es la diosa indostánica Kali, dadora de la vida y aniquiladora. Hay también las diosas del neolítico con las dos fases. Se requeriría mucho espacio para citar otros muchos ejemplos del papel doble de las diosas madres. Pero es menester mencionar otro dato que presenta la doble función de la madre: el doble rostro de la imagen materna en los sueños. Con frecuencia aparece la madre en los sueños como la figura benévola y amantísima, pero en los sueños de muchas personas está simbolizada en la forma de una sierpe peligrosa, de un animal temible que hiere rápidamente, como el león, el tigre o la hiena. He hallado clínicamente que el miedo a la madre destructiva es mucho más intenso que el miedo al padre castigador o castrador. Parece que uno puede esquivar el peligro procedente del padre mediante la obediencia; pero no hay defensa contra la destructividad de la madre; no puede conquistarse su amor, puesto que es incondicional, ni puede evitarse su odio, puesto que tampoco tiene "razones". Su amor es gracia, su odio maldición y ninguno de los dos está sujeto a la influencia del que lo recibe.

En conclusión puede decirse que *el incesto benigno es en sí una fase normal y transitoria del desarrollo, mientras que el incesto maligno es un fenómeno patológico que se presenta cuando ciertas condiciones inhiben la formación de lazos incestuosos benignos.* Es la segunda la que considero hipotéticamente una de las raíces más tempranas, cuando no la *primera y* única, de la necrofilia.

Esta atracción incestuosa por la muerte, cuando existe, es una pasión en conflicto con todos los demás impulsos que combaten en favor de la conservación de la vida. De ahí que opere en las tinieblas y por lo general sea enteramente inconsciente. La persona que tiene esa tendencia incestuosa maligna intentará relacionarse con la gente mediante vínculos menos destructivos, como el dominio sádico sobre los demás o la satisfacción del narcisismo conquistando una admiración ilimitada. Si su vida le proporciona soluciones relativamente satisfactorias como el éxito en el trabajo, el prestigio, etc., la destructividad tal vez no se manifieste nunca francamente de ningún modo grave. Pero si tiene fracasos, las tendencias malignas pasarán al primer plano y la dirección suprema será para el ansia de destruir —a sí mismo y a los demás.

Sabemos mucho de los factores que son causa de incesto benigno, pero en cambio poco de las condiciones que determinan el autismo infantil y por ende, el incesto maligno. Sólo podemos especular en distintas direcciones. Es difícil obviar el supuesto de que intervengan los factores genéticos; naturalmente, no me refiero a que haya genes responsables de este tipo de incesto, sino a que la disposición genéticamente dada del niño a la frialdad sería a su vez la causa de que no llegara a tener un apego ardiente a la madre. Podríamos suponer que una segunda condición sea el carácter de la madre. Si ella misma es una persona necrófila, fría y esquiva, sería difícil que el hijo tuviera por ella una relación afectuosa y cálida. Pero debemos considerar que no se pueden verla madre y el hijo sino en el proceso de la interacción. Un niño con fuerte disposición cordial puede ya sea ocasionar un cambio de actitud de la madre, ya sea apegarse fuertemente a una sustituta o sustituto de ésta: una abuela o un abuelo, un pariente de edad o cualquiera otra persona asequible. Por otra parte, un hijo frío puede ser influenciado por la madre y

modificado hasta cierto punto con el afecto e interés más que medianos. A veces resulta también difícil discernir la frialdad fundamental de la madre para con el hijo cuando la cubren los rasgos convencionales de una madre dulce y amante.

Una tercera posibilidad es la de experiencias traumáticas en los primeros años de vida del infante, que hayan creado odio y resentimiento a tal grado que el niño se haga insensible y aparezca el incesto maligno. Siempre hay que estar ojo avizor a tales posibilidades. Pero en la búsqueda de experiencias traumáticas debe estar bien entendido que serán más bien excepcionales. En la literatura arriba citada se han presentado algunas hipótesis muy valiosas acerca de las causas de la formación del autismo y la esquizofrenia temprana en que se pone de relieve particularmente la función defensiva del autismo contra una madre intrusiva.

La hipótesis acerca del incesto maligno y de su papel de raíz primera de la necrofilia requiere más estudio[262]. En el capítulo siguiente, el análisis de Hitler ofrecerá un ejemplo de fijación incestuosa a la madre cuyas peculiaridades pueden explicarse mejor basándose en esa hipótesis.

LA RELACIÓN DE LOS INSTINTOS FREUDIANOS DE VIDA Y MUERTE CON LA BIOFILIA Y LA NECROFILIA

Para concluir esta discusión de la necrofilia y su opuesto la biofilia (amor a la vida) sería útil presentar una breve descripción de la relación entre este concepto y el freudiano del instinto de muerte y el de vida (Eros). Eros se esfuerza en combinar la sustancia orgánica en unidades cada vez mayores, mientras el instinto de muerte trata de separar y desintegrar la estructura viva. La relación del instinto de muerte con la necrofilia no necesita más explicación. Con el fin de elucidar la relación entre instinto de vida y biofilia es necesario no obstante explicar brevemente la última.

Es la biofilia el amor apasionado por la vida y todo lo vivo, el deseo de crecimiento o desarrollo en una persona, un vegetal, una idea o un grupo social. La persona biófila prefiere construir a conservar. Quiere ser más y no tener más. Es capaz de maravillarse y hacerse preguntas y prefiere ver algo nuevo a hallar confirmación de lo viejo. Ama la aventura del vivir más que la certidumbre. Ve el todo de preferencia a las partes, las estructuras más que las sumas. Quiere moldear e influir por el amor, la razón y el ejemplo, no por la fuerza, la separación de las cosas, por el modo burocrático de administrar a la gente como si fueran cosas. Como goza con la vida y todas sus manifestaciones, no es consumidor apasionado de "excitaciones" recién salidas al mercado.

La *ética biófila* tiene sus principios de bien y de mal. El bien es todo cuanto favorece a la vida y el mal es todo cuanto sirve para la muerte. El bien es reverencia por la vida[263], todo cuanto exalta la vida, el crecimiento, el desarrollo. Y el mal es todo cuanto ahoga la vida, la reduce, la despedaza.

La diferencia entre el concepto freudiano y el que aquí presentamos no radica en su sustancia sino en el hecho de que en el concepto freudiano las dos tendencias tienen igual categoría, como quien dice, por ser ambas biológicamente dadas. Por otra parte, la biofilia se entiende relacionada con un impulso biológico normal mientras que la necrofilia se entiende como un fenómeno psicopatológico. Éste aparece a consecuencia del crecimiento trunco, del "tullimiento" psíquico. Es el resultado de la vida no vivida, la

[262] Tengo la intención de publicar una versión más larga y documentada de lo que aquí queda tan sólo esbozado.

[263] Ésta es la tesis principal de Albert Schweitzer, uno de los grandes representantes del amor a la vida, tanto en sus escritos como en su persona.

consecuencia de no haber llegado a cierta etapa, más allá del narcisismo y la indiferencia. *La destructividad no es paralela a la biofilia sino su alternativa. El amor a la vida o el amor a la muerte son la alternativa fundamental que confronta todo ser humano. La necrofilia se incrementa en la medida en que se trunca el desarrollo de la biofilia El hombre está biológicamente dotado para la capacidad de la biofilia, pero psicológicamente tiene como solución alternativa el potencial para la necrofilia.*

La necesidad psíquica del desarrollo de la necrofilia a consecuencia del tullimiento debe entenderse en relación con la situación existencial del hombre, como ya dijimos. Si el hombre no puede crear nada ni mover a nadie, si no puede quebrantar la prisión de su narcisismo total y de su aislamiento, solamente puede librarse del sentimiento de impotencia vital y de la nada afirmándose a sí mismo en el acto de aniquilar la vida que es incapaz de crear. No se requiere gran esfuerzo, paciencia ni cuidado; para destruir todo cuanto se necesita son brazos fuertes, un cuchillo o una pistola[264].

MÉTODOS CLÍNICOS Y METODOLÓGICOS

Cerraré esta discusión sobre la necrofilia con algunas observaciones generales, clínicas y metodológicas.

1. La presencia de uno o dos rasgos es insuficiente para diagnosticar un carácter necrófilo. Esto es así por varias razones. A veces, un comportamiento particular que parecería indicar necrofilia puede no ser un rasgo de carácter sino deberse a una tradición cultural o factores semejantes.

2. Por otra parte no es necesario hallar todos los rasgos característicamente necrófilos juntos para hacer el diagnóstico. Hay muchos factores, personales y culturales, causantes de esa desigualdad; además, algunos rasgos necrófilos pueden estar sin descubrir en personas que los ocultan muy bien.

3. Es de particular importancia entender que sólo una minoría relativamente pequeña es *completamente* necrófila; podría considerárseles casos gravemente patológicos y buscar en su enfermedad una predisposición genética. Como es de esperar, por razones biológicas, la inmensa mayoría tiene alguna tendencia biófila, siquiera débil. Entre ellos hay cierto porcentaje de personas cuya necrofilia es tan predominante que nos asiste razón para calificarlas de personas necrófilas. Con mucho, es el número mayor el de aquellos en quienes las tendencias necrófilas se hallan juntas con tendencias biófilas tan fuertes que pueden ser causa de un conflicto interno, con frecuencia muy productivo. El resultado de este conflicto por la motivación de una persona depende de muchas variables. Ante todo, de la intensidad respectiva de cada tendencia; en segundo lugar, de la presencia de condiciones sociales que reforzarán una de las dos orientaciones; además, de los acontecimientos particulares de la vida de la persona, que pueden inclinarla en uno u otro sentido. Vienen después las personas tan

[264] Como se ve con mayor detalle en el apéndice, en el estudio que hago de la teoría freudiana de la agresión, en su cambio de los conceptos antiguos a la nueva polaridad Eros-instinto de muerte, Freud modificó de hecho todo su concepto del instinto. En la versión antigua, la sexualidad era un concepto fisiológico, mecanicista, provocado por la excitación de diversas zonas erógenas, y su satisfacción consistía en reducir la tensión debida a la excitación creciente. Los instintos de muerte y vida, por el contrario, no están adheridos a ninguna zona particular del organismo; les falta el carácter rítmico de tensión → distensión → tensión; están concebidos en términos biológicos, vitalistas. Freud nunca intentó salvar la brecha entre los dos conceptos; preservaba semánticamente su unidad la ecuación vida = Eros = sexualidad (libido). En la hipótesis que proponemos aquí, la fase más antigua y la posterior de la teoría freudiana se unirían mediante la suposición de que la necrofilia es la forma maligna del carácter anal y la biofilia la forma cabalmente desarrollada del carácter "genital". Naturalmente, es preciso no olvidar que en mi empleo de las expresiones carácter "anal" (ahorrador) y "genital" (productivo) he conservado la descripción clínica de Freud pero le he dado la noción de las raíces fisiológicas de esas pasiones.

predominantemente biófilas que sus impulsos necrófilos fácilmente son reprimidos o domados, o sirven para formar una sensibilidad especial *contra* las tendencias necrófilas de ellos o los demás. Finalmente está el grupo también pequeño— de los que no tienen el menor vestigio de necrofilia, biófilos puros motivados por el amor más intenso y perfecto por todo lo vivo. Albert Schweitzer, Albert Einstein y el Papa Juan XXIII son ejemplos recientes bien conocidos de esta minoría.

Por consiguiente, no hay frontera marcada entre la orientación necrófila y la biófila. Como con otros muchos rasgos de carácter, hay tantas combinaciones como individuos. Prácticamente, empero, es muy posible distinguir entre las personas predominantemente necrófilas y las predominantemente biófilas.

4, Como muchos de los métodos que pueden emplearse para descubrir el carácter necrófilo han sido ya mencionados, podemos ser muy breves para resumirlos. Son: (a) la observación atenta del comportamiento de una persona, sobre todo inintencional, incluyendo la expresión del rostro, la elección de las palabras, pero también su filosofía general y las decisiones más importantes que la persona ha tomado en su vida; (b) el estudio de los sueños, las bromas y los fantaseos; (c) la evaluación del trato que la persona aplica a las demás, el efecto que produce en ellas y qué tipo de gente le gusta o le disgusta; (d) el empleo de tests proyectivos como el de las manchas de tinta de Rorschach. (M. Maccoby ha utilizado esta prueba con resultados satisfactorios para diagnosticar la necrofilia.)

5. Apenas es necesario insistir en que las personas seriamente necrófilas son peligrosísimas. Son los que odian, los racistas, los partidarios de la guerra, del derramamiento de sangre y de la destrucción. Resultan peligrosos no sólo cuando son dirigentes políticos sino también como cohorte potencial de un dictador. Se hacen ejecutores, terroristas, torturadores; sin ellos no podría montarse un sistema de terror. Pero los necrófilos menos intensos también son políticamente importantes; tal vez no sean de sus primeros partidarios, pero son necesarios para la existencia de un régimen de terror porque forman una base sólida, aunque no necesariamente una mayoría, para que conquiste el poder y lo conserve.

6. En vista de estos hechos, ¿no tendría gran importancia social y política saber qué porcentaje de la población puede considerarse predominantemente necrófilo o predominantemente biófilo? ¿Saber no sólo la incidencia respectiva de cada grupo sino también qué relación tienen con la edad, el sexo, la educación, la clase social, el tipo de ocupación y la ubicación geográfica? Estudiamos las opiniones políticas, los juicios de valor, etc, y obtenemos resultados satisfactorios para toda la población norteamericana mediante la aplicación de procedimientos adecuados de muestreo. Pero los resultados nos dicen sólo qué *opiniones* tienen las personas, no cuál es su *carácter,* es decir, cuáles son las convicciones efectivas que los mueven. Si hubiéramos de estudiar una muestra igualmente adecuada pero con un método diferente, que nos permitiera reconocer las fuerzas impulsoras y en gran parte inconscientes que están detrás del comportamiento y las opiniones manifiestos, conoceríamos ciertamente mucho más de la intensidad y la dirección que tiene la energía humana en los Estados Unidos. Podríamos incluso protegernos de algunas de las sorpresas que una vez sucedidas declaramos inexplicables. acaso sólo nos interesa la energía necesaria para la producción material y no las formas de la energía humana, en sí factor decisivo del proceso social?

LA AGRESIÓN MALIGNA: ADOLF HITLER, CASO CLÍNICO DE NECROFILIA

OBSERVACIONES PRELIMINARES

Un estudio psicobiográfico analítico trata de responder a dos cuestiones: 1] ¿Cuáles son las fuerzas impulsoras que motivan a una persona, las pasiones que la mueven o inclinan a obrar como lo hace? 2] ¿Cuáles son las condiciones —internas y externas— que ocasionan el desarrollo de esas pasiones específicas (rasgos de carácter)? El siguiente análisis de Hitler tiene esos fines, pero difiere del método freudiano clásico en ciertos respectos significativos.

Una diferencia ya examinada y que por ello sólo requiere breve mención ahora radica en la noción de que esas pasiones no son sobre todo de índole instintiva o, más concretamente, sexual. Otra diferencia está en el supuesto de que aun cuando conozcamos la infancia de una persona, el análisis de los sueños, el comportamiento no intencional, los ademanes, el lenguaje y el comportamiento no del todo explicable racionalmente nos permiten formar un cuadro de las pasiones esenciales, por lo general inconscientes ("sistema rayos X"). La interpretación de esos datos requiere el adiestramiento especial y la destreza del psicoanálisis.

La diferencia más importante es la siguiente: los analistas clásicos dan por un hecho que el desarrollo del carácter acaba a los cinco o seis años y que después no se producen cambios esenciales sino por la intervención de la terapia. Mi experiencia me ha conducido a la convicción de que esa idea es indefendible; es mecanicista y no toma en cuenta todo el proceso de la vida y del carácter como sistema en evolución.

Al nacer un individuo no deja de tener su fisonomía. No sólo nace con disposiciones heredadas, temperamentales y otras, genéticamente determinadas que tienen mayor afinidad con unos rasgos de carácter que con otros, sino que los acontecimientos prenatales y el nacimiento mismo forman disposiciones adicionales. Todo esto compone como quien dice el rostro que tiene el individuo al nacer. Después entra en contacto con cierto tipo particular de medio ambiente —padres y otras personas importantes en torno suyo— al que reacciona y que tiende a influir en el desenvolvimiento ulterior de su carácter. A los dieciocho meses, el carácter del infante está mucho más formado y determinado que al nacer. Pero todavía no está completo, y su desarrollo podría evolucionar en diversas direcciones, según las influencias que operen en él. A eso de los seis años, el carácter está aún más firme y definido, aunque todavía puede cambiar si se presentan circunstancias importantes que lo provoquen. Hablando de un modo más general, la formación y fijeza del carácter han de entenderse en función de una escala móvil; el individuo empieza la vida con ciertas cualidades que le hacen ir en determinada dirección, pero su personalidad es todavía suficientemente maleable para dejar que el carácter se desarrolle en muchas direcciones diferentes dentro del marco dado. Cada paso que da en la vida reduce el número de posibles resultados futuros. Cuanto más fijado está el carácter, mayor debe ser el impacto de los factores nuevos para que se produzcan cambios fundamentales en la dirección o la evolución ulterior del sistema. Al final, la libertad de cambiar es tan ínfima que sólo un milagro parece sería capaz de efectuar un cambio.

Esto no quiere decir que las influencias de la primera infancia no sean en general más eficaces que los acontecimientos posteriores. Pero si bien *inclinan más,* no

determinan del todo. Para contrarrestar el mayor grado de impresionabilidad de la primera edad, los sucesos posteriores han de ser más intensos y dramáticos.

La impresión de que el carácter nunca cambia se basa en gran parte en el hecho de que la vida de muchas personas es tan prefabricada y tan poco espontánea que realmente no les sucede nada nuevo, y los sucedidos posteriores no hacen más que confirmar los primeros.

El número de posibilidades reales de que el carácter se oriente en diferentes direcciones está en proporción inversa de la fijeza del sistema de carácter asumido. Pero en principio, el sistema de carácter nunca está tan cabalmente fijado que no puedan suceder nuevos cambios a consecuencia de experiencias extraordinarias, aunque estadísticamente hablando esos sucesos no sean probables.

El aspecto práctico de estas consideraciones teóricas es que no se puede esperar, por ejemplo, que a los veinte años sea el carácter una repetición de lo que era a los cinco; más concretamente, tomando el caso de Hitler, no se puede esperar que se halle un sistema de carácter necrófilo plenamente desarrollado en su infancia, pero sí que se descubran ciertas raíces necrófilas conducentes a la formación de un carácter necrófilo bien configurado como una de varias posibilidades reales. Pero sólo después de haberse agregado buen número de acontecimientos internos y externos se habrá formado el carácter de tal modo que la necrofilia sea el resultado (casi) inmutable, y entonces lo podemos descubrir en diversas formas francas y veladas. Trataré de mostrar esas raíces primeras en el análisis del carácter de Hitler y cómo las condiciones para el desarrollo de la necrofilia aumentaron en diversas etapas de su evolución hasta que finalmente casi no quedaba otra posibilidad.

En el siguiente análisis del carácter de Hitler he enfocado principalmente su necrofilia y sólo he tocado de pasada otros aspectos como su carácter explotador y el de Alemania como representación simbólica de la figura materna.

LOS PADRES Y LOS PRIMEROS AÑOS DE HITLER[265]

Klara Hitler

La influencia más importante en un niño es, más que este o aquel acontecimiento, el carácter de sus padres. Para los que creen en la fórmula simplista de que la mala evolución de un niño es más o menos proporcional a la "maldad" de los padres, el estudio del carácter de los padres de Hitler, hasta donde lo muestran los datos, presenta una sorpresa: tanto el padre como la madre parecen haber sido gente estable, bien intencionada y no destructiva.

La madre de Hitler, Klara, parece haber sido una mujer equilibrada y simpática. Era una sencilla muchacha campesina sin instrucción que había trabajado de criada en la casa de Alois Hitler, tío de ella y su futuro marido. Klara se hizo querida de Alois y quedó encinta de él cuando murió su esposa. Se casó con el viudo el 7 de enero de 1885; tenia veinticuatro anos y él cuarenta y siete.

Trabajaba mucho y era responsable; a pesar de un matrimonio no muy feliz, nunca se quejó. Desempeñaba sus obligaciones humana y concienzudamente.

[265] Para la descripción de los padres y la infancia y juventud de Hitler sigo ante todo las dos obras más importantes que tratan de sus primeros años; se trata de las excelentes obras de B. F. Smith (1967) y W. Maser (1971). He utilizado también A. Kubizek (1954) y A. Hitler (1943). El libro de Hitler tiene en gran parte fines propagandísticos y contiene muchas falsedades; Kubizek, el amigo de la juventud de Hitler, que lo admiraba tanto entonces como cuando estuvo en el poder, debe utilizarse con cuidado. Maser, aunque historiador, suele ser poco de fiar en el empleo de sus fuentes. Smith es, con mucho, el más objetivo y seguro para la juventud de Hitler.

Su vida giraba en torno a las tareas del hogar y los cuidados a su esposo y los niños de la familia. Era modelo de ama de casa, mantenía el hogar impecable y realizaba sus obligaciones con precisión. Nada podía distraerla de las labores cotidianas, ni siquiera la perspectiva de un poco de chismorreo. Lo más importante para ella eran su hogar y el interés de la familia; administrando cuidadosamente logró aumentar, con gran alegría de su parte, las propiedades de la familia. Todo el que la conocía estaba de acuerdo en que la vida de Klara giraba en torno a su amor y devoción por los hijos. La única acusación grave que jamás se le lanzara es que debido a su amor y devoción era demasiado indulgente y fomentó en su hijo un sentimiento de singularidad ... acusación algo extraña contra una madre. Los hijos no compartían esta opinión. Sus hijastros y los propios hijos suyos que sobrevivieron a la infancia amaron y respetaron a su madre. (B. F. Smith, 1967.)

La acusación de demasiada indulgencia para con su hijo y de fomentar en él la idea de que era único (léase *narcisismo)* no es tan extraña como cree Smith ... y además seguramente era cierta. Pero este período de demasiada indulgencia duró sólo hasta el momento en que terminó la primera infancia de Hitler y entró en la escuela. Este cambio de actitud lo ocasionó probablemente, o al menos lo facilitó, el hecho de que tuvo otro hijo cuando Hitler contaba cinco años. Pero toda su actitud durante el resto de su vida demuestra que el nacimiento del nuevo hijo no fue un acontecimiento tan traumático como gustan de pensar algunos psicoanalistas; es probable que ya no mimara tanto a Adolf, pero no lo iba a olvidar de repente. Cada vez comprendía mejor la necesidad que él tenía de salir de la niñez, de ajustarse a la realidad y como veremos, hizo cuanto pudo por favorecer el proceso.

Este cuadro de una madre responsable y amantísima plantea graves cuestiones en vista de la hipótesis de la infancia casi autística de Hitler y de su "incestuosidad maligna". ¿Cómo podría explicarse la evolución temprana de Hitler en esas circunstancias? Podemos pensar en varias posibilidades: 1] que Hitler era *por naturaleza* tan frío y retraído que su orientación casi autística existía a pesar de tener una madre afectuosa y amante. 2] Es posible que el excesivo apego de la madre a este hijo, de que tenemos pruebas, pareciera a éste, ya tímido, una fuerte intrusión, a la que reaccionó con un retraimiento aún más marcado[266]. No conocemos suficientemente la personalidad de Klara para estar seguros de cuáles de estas condiciones prevalecían, pero son compatibles con el cuadro del comportamiento que nos permiten trazar de ella los datos que tenemos.

Otra posibilidad es que fuera una persona triste, motivada por un sentido del deber y que comunicaba a su hijo poco calor y alegría. En el fondo, la vida de ella no fue feliz. Como era sólito en la clase media austroalemana, se esperaba de ella que tuviera hijos, cuidara y administrara la casa y se sometiera a la voluntad del autoritario marido. Su edad, su falta de instrucción, su elevada posición social y su disposición egoísta —aunque no mala— tendían a intensificar esa posición tradicional. Es, pues, posible que se convirtiera en una mujer triste, decepcionada y deprimida, tal vez a consecuencia de las circunstancias y no por su propio carácter. Finalmente, es posible que su actitud solícita ocultara un modo de sentir esquizoide y retraído profundamente arraigado. Pero ésta es la menos probable de todas las posibilidades. En todo caso, no poseemos suficientes detalles concretos de su personalidad para decidir cuál de esas hipótesis podría ser la más acertada.

[266] Como ya indicamos, los que han estudiado el niño autista han descubierto que la intrusión es una condición del autismo.

Alois Hitler

Alois Hitler era una figura mucho menos simpática. De nacimiento ilegítimo, llevaba el apellido de la madre, Schicklgruber (que cambió mucho después por el de Hitler), empezó con escasos recursos económicos y realmente fue hijo de sus obras. Con rudo trabajo y disciplina logró ascender de oficial de baja graduación en la aduana austrohúngara a una posición relativamente elevada —"recaudador superior de aduanas" que le otorgaba notoriamente la categoría de miembro respetado de la clase media. Era económico y logró ahorrar suficiente dinero para poseer una casa, una granja y dejar a su familia una propiedad que junto con su pensión les proporcionaba una existencia económicamente confortable. Era sin ningún género de duda un hombre egoísta, que se interesaba poco en los sentimientos de su esposa, pero según parece no se diferenciaba mucho en eso del miembro común y corriente de su clase.

Era Alois Hitler un hombre que amaba la vida, sobre todo en la forma de mujeres y vino. No es que fuera un tenorio, pero no lo limitaban las restricciones morales de la clase media austriaca. Además saboreaba sus vasos de vino, que a veces eran demasiados, pero no por eso era un borrachín, como se señala en algunos artículos. La manifestación más descollante de su amor por la vida fue empero su profundo y duradero interés por las abejas y la apicultura. Pasaba gustoso la mayor parte de su tiempo libre entre sus colmenas, y ése era el único interés serio y activo que tenía aparte de su trabajo. El sueño de su vida fue tener una granja donde pudiera dedicarse a la apicultura en escala mayor. Al final realizó su sueño; aunque resultó que la granja que compró primero era demasiado grande, hacia el fin de su vida poseía exactamente la superficie que necesitaba, y disfrutaba inmensamente con ella.

A veces se ha descrito a Alois Hitler como un tirano brutal, pero yo supongo que eso se debe a que cuadraría con una explicación simplista del carácter de su hijo. No era un tirano sino un autoritario que creía en el deber y la responsabilidad y pensaba que tenía la obligación de decidir la vida de su hijo mientras éste no fuera mayor de edad. Según las pruebas que tenemos, jamás pegó a su hijo; lo regañaba, discutía con él, trataba de hacerle ver lo que le convenía, pero no era una figura espantosa que lo aterrorizara. Como veremos después, la creciente irresponsabilidad del hijo y su negación de la realidad hacían tanto más imperativo para el padre tratar de sermonearlo y corregirlo. Hay muchos datos que demuestran que Alois no era arrogante ni inconsiderado, nada fanático y en general, resultaba bastante tolerante. Su actitud política corresponde a esta descripción: era anticlerical y liberal y se interesaba mucho en la política. Sus últimas palabras, poco antes de morir de un ataque cardiaco, mientras leía el periódico, fueron una expresión enojada contra "los negros", como llamaban a los reaccionarios clericales.

¿Cómo podremos explicar que aquellas dos personas bienintencionadas, estables, muy normales y ciertamente nada destructivas trajeran al mundo al futuro "monstruo" Adolf Hitler?[267]

---

[267] Hay varios intentos psicoanalíticos de explicar la maldad de Hitler: 1] el análisis convencional y ortodoxo de W. C. Langer (1972), escrito primeramente como informe para la Oficina de Servicios Estratégicos y clasificado como "secreto"; 21 el estudio por J. Brosse (1972). El análisis de Langer, sobre todo en un tiempo en que eran escasos los datos sobre la vida de Hitler, tiene algunos puntos buenos, aunque lo afean sus ideas teóricas. Subraya Langer que el apego temprano de Hitler a su madre condujo a la formación de un complejo de Edipo particularmente intenso (es decir, al deseo de deshacerse del padre) y además, que Hitler debía haber visto a sus padres durante el coito y haberse indignado tanto contra el padre por su "brutalidad" como contra la madre por su "traición". Como se entiende que todos los niños tienen un complejo de Edipo y han presenciado el ayuntamiento de sus padres (sobre todo en las clases sociales que tienen menos espacio en sus viviendas que la clase media), es difícil ver cómo una condición prácticamente universal explicaría un carácter específico, no digamos ya una anormalidad tan grande como la de Hitler.
El estudio psicoanalítico que hace de Hitler J. Brosse contiene más material y es más sagaz; reconoce claramente el odio que sentía Hitler por la vida y en esto llega a conclusiones semejantes a las nuestras. El único elemento que desluce la

Desde la más tierna infancia hasta los 6 años (1889-1895)

Según parece, el niñito era el ojito derecho de su madre, que lo mimaba, jamás lo regañaba, y lo admiraba; para ella no podía hacer nada mal. Todo el interés y el afecto de ella se concentraban en él. Esta actitud configuró probablemente en él el narcisismo y la pasividad. Él era maravilloso sin necesidad de hacer ningún esfuerzo, ya que mamá lo admiraba de todos modos; no tenía por qué hacer ningún esfuerzo porque ella atendía a todos sus deseos. A su vez, él la dominaba, y hacía sus berrinches cuando se sentía frustrado. Pero, como ya dijimos, el excesivo apego de ella puede haberle parecido a él una intrusión que le hizo aumentar su retraimiento, poniendo así las bases de su actitud semiautística. Acentuó esta constelación el hecho de que su padre, debido a las particularidades de sus condiciones de trabajo, no pasaba mucho tiempo en el hogar. Cualquier bien que hubiera podido reportar la influencia contrarrestadora de una autoridad viril estaba ausente. La pasividad y dependencia del niño pueden haber aumentado por cierta tendencia enfermiza, que a su vez hacía que la madre le prestara más atención.

Esta fase terminó cuando Hitler tenía seis anos. Varios hechos señalaron su fin.

El más notable, sobre todo para el psicoanalista clásico, fue el nacimiento de un hermano cuando Adolf tenía cinco anos, lo que sacó a Adolf de su posición de principal objeto de devoción de la madre. De hecho, ese suceso suele tener una influencia salutífera y no traumática; tiende a disminuir las razones de depender de la madre y la pasividad consiguiente. Al contrario del cliché, las pruebas muestran que en lugar de sufrir ataques de celos el niño Hitler estuvo muy contento el año que siguió al nacimiento de su hermano[268]. Debióse esto en gran parte al hecho de que su padre ocupó un nuevo puesto en Linz mientras que la familia, temiendo al parecer el traslado con el bebé, se quedó en Passau todo un año.

Durante todo un ano, Adolf vivió en un paraíso para niños de cinco anos, jugando y armando peloteras con los niños del vecindario. Las guerras en miniatura y las peleas entre indios y cowboys parecen haber sido sus favoritas, e iban a seguir siendo su principal entretenimiento durante muchos años. Como Passau estaba en Alemania —en el lado alemán de la frontera austro-alemana, donde se realizaba la

---

obra de Brosse es su necesidad de expresar sus apreciaciones en función de la teoría de la libido. Va un paso más allá de la teoría clásica del complejo edípico y de la "escena primordial". La fuerza más profunda e inconsciente que movía a Hitler "consistía en el asesinato de la madre fálica", o sea no sólo del padre sino también de la madre – del padre y la madre unidos en el acto sexual . . . Lo que él quiere reducir a la nada no es tanto su nacimiento como su concepción, o sea la *"escena* primordial", la primera, la cópula de sus padres; y no la escena que el niño pudo haber presenciado sino la que se efectuó absolutamente antes de él ... en que estuvo presente sólo con la imaginación y retrospectivamente, en que en cierto grado siempre estaba potencialmente presente, ya que tenía que ver con su propio engendramiento . .. El odio contra la vida no es otra cosa: odio contra el acto mediante el cual los padres le han dado la vida ..." (J. Brosse, 1972. Esto así como otras citas de Brosse son traducción mía.) Como descripción simbólica y surrealista del odio total contra la vida, estas imágenes tienen su mérito. Pero como análisis objetivo de la causa del odio que sentía Hitler por la vida raya en el absurdo.

Yo he intentado un breve análisis de! carácter de Hitler basado en el concepto del carácter sadomasoquista sin tratar no obstante la historia de la infancia de Hitler. (E. Fromm, 1941.) Creo que todavía es válido lo que escribí entonces, pero que el sadismo de Hitler es secundario en comparación con su necrofilia, que examino en el análisis siguiente.

[268] Puede aducirse, naturalmente, que las pruebas de evidencia no nos muestran su decepción o resentimiento *inconscientes.* Pero como no podemos descubrir señales de ello, ese argumento está desprovisto de valor. Su única base es la suposición dogmática de que el nacimiento de un hermanito debe producir ese efecto. Esto conduce a un razonamiento vicioso en que uno toma por un hecho lo que la teoría exige y después afirma que la teoría está confirmada por los hechos.

inspección de la aduana austriaca— las guerras a que jugaban serían de franceses contra alemanes, de acuerdo con el espíritu de 1870, pero en la nacionalidad de las víctimas no había particular importancia. Europa estaba llena de heroicos muchachitos que masacraban imparcialmente a todos los grupos nacionales y étnicos. Este ano de combates infantiles fue importante en la vida de Hitler no porque lo pasara en tierra alemana y pusiera un acento bávaro en su habla sino porque transcurrió en libertad casi completa. En su casa empezó a afirmarse más y probablemente diera las primeras muestras de cólera terrible cuando no se salía con la suya. El juego al aire libre, sin límites para la acción ni la imaginación, campeaba. (B. F. Smith, 1967.)

Esta vida paradisíaca tuvo abrupto fin cuando el padre renunció al servicio aduanero y su familia se trasladó a Hafeld, cerca de Lambach; el hijo, de seis años, tuvo que entrar a la escuela. Adolf "vio súbitamente su vida encerrada en un reducido círculo de actividades que exigían responsabilidad y disciplina. Por primera vez lo obligaban firme y sistemáticamente a obedecer". (B. F. Smith, 1967.)

¿Qué podemos decir acerca de la evolución del carácter de este niño en el primer período de su vida?

Es el período en que según la teoría freudiana se desarrollan cabalmente los dos aspectos del complejo de Edipo: atracción sexual hacia la madre y hostilidad para con el padre. Los datos *parecen* confirmar el supuesto freudiano: Hitler de niño tuvo un hondo apego por su madre y antagonismo para su padre; pero no logró resolver el complejo de Edipo identificándose con el padre mediante la formación del superego y superando su apego a la madre; sintiéndose traicionado por ella al nacerle un rival, se apartó de ella.

Surgen empero serias cuestiones en relación con la interpretación freudiana. Si el nacimiento de su hermano cuando Adolf tenía cinco años fue tan traumático que quebrantó el vínculo con la madre y le hizo remplazar el "amor" por ella por resentimiento y odio, ¿por qué fue tan feliz el año que siguió a aquel acontecimiento . . . quizá el ano más feliz de su vida? ¿Podemos explicar realmente su odio por el padre como consecuencia de su rivalidad edípica si tenemos en cuenta el hecho de que la relación de su madre con el esposo parece haber sido poco intensa y cálida? ¿No debe entenderse más bien como el antagonismo con un padre que exigía disciplina y responsabilidad?

Estas cuestiones parecerían tener respuesta en la hipótesis de la incestuosidad maligna antes estudiada. Esa hipótesis nos llevaría a suponer que la fijación de Hitler a su madre no era cálida y afectuosa; que él siguió siendo frío y no rompió su costra narcisista; que no asumió para sí el papel de una persona real sino el de un símbolo del poder impersonal de la tierra, la sangre, el destino . . . y la muerte. Pero a pesar de su frialdad estaba simbióticamente apegado a la figura materna y sus simbolizaciones, cuyo último objetivo es la unión con la madre en la muerte. Si esto era así, podríamos entender por qué el nacimiento de su hermano no hubiera sido la causa de que se apartara de su madre. De hecho, ni siquiera podríamos decir apartarse si es cierto que afectivamente nunca se sintió muy cerca de ella. Y lo más importante es que podríamos entender que el inicio de la manifiesta evolución posterior de Hitler hacia la necrofilia ha de hallarse en la incestuosidad maligna que caracteriza su relación temprana con la madre. Esta hipótesis explicaría también por qué Hitler jamás se enamoró después de figuras maternales, por qué el vínculo con su madre verdadera en tanto que persona se expresaba por la relación con la sangre, la tierra, la raza y finalmente, el caos y la muerte. Alemania se hizo el símbolo central de la madre. Su fijación a la madre Alemania fue la base de su odio

contra el veneno (sífilis y judíos) de que tenía que salvarla pero, en un nivel más hondo, de su deseo largamente reprimido de destruir a la madre Alemania; su fin parece sustentar la hipótesis de la incestuosidad maligna.

La relación de Hitler con su madre y las figuras maternas fue muy diferente de lo que hallamos en la mayoría de los otros hombres "fijados a la madre". En estos hombres, el lazo que los une a la madre es mucho más cálido e intenso, podríamos decir más real; esas gentes tienen el fuerte deseo de estar cerca de la madre, de decirle todo; están realmente "enamorados" de ella (entendiendo el "amor" propio de su naturaleza infantil). Después en la vida tienden a enamorarse de figuras maternales, es decir, se sienten tan atraídos hacia ellas que desean tener relaciones amorosas o casarse con ellas. (El que la raíz de esta atracción sea sexual o que la atracción sexual sea una manifestación secundaria de su atracción afectiva primaria no importa aquí.) Pero Hitler jamás sintió por su madre este tipo de atracción, por lo menos después de los cinco anos, y es probable que antes tampoco; de niño le gustaba exclusivamente dejar la casa y jugar a los soldaditos o los indios con otros muchachos. Tenía poco interés en ella y no se preocupaba.

Su madre lo sabía. Dice Kubizek que ella le confió cómo su hijo era un irresponsable y estaba dilapidando su pequeña herencia; que ella tenía muchas responsabilidades para con su hijita, "pero Adolf no piensa en eso; 61 obra como si estuviera solo en el mundo". Esta falta de consideración e interés por su madre caracterizó también su reacción cuando ella estuvo enferma. A pesar del cáncer diagnosticado y operado en enero de 1907 y del que murió en diciembre del mismo ano, salió para Viena en septiembre. Su madre trató, preocupada por él, de no decir cuán mal se sentía, y él lo aceptó, y no intentó saber cómo estaba en realidad visitándola en Linz —viaje que no presentaba problema de tiempo ni dinero para él— y apenas le escribió de Viena para decirle cómo estaba él, ocasionándole una gran preocupación. Según Smith, llegó a su casa sólo después de recibir la noticia de su muerte. Según Kubizek, cuando la enfermedad la tenía postrada ella le pidió que fuera a atenderla porque no había nadie más con quien contar. El Llegó a fines de noviembre y la cuidó unas tres semanas hasta su muerte, y dice Kubizek cuánto le sorprendió el ver a su amigo limpiando el piso y cocinando para su madre. Hitler llegó incluso en su interés por la hermana, de once años de edad, a hacerle prometer a su
madre que trabajaría con diligencia en la escuela. Kubizek describe la actitud de Hitler para con su madre con palabras muy sentimentales, tratando de hacer ver cuán profundamente la amaba. Pero su testimonio en este respecto no es muy digno de crédito: Hitler, como siempre, ha de haber tratado de aprovechar la ocasión hasta donde podía para causar una buena impresión; era difícil que desatendiera el llamado de su madre, y tres semanas no era mucho para hacer el papel de hijo amante. La descripción que hace Kubizek de su generosidad y sus miramientos contrasta con toda la conducta que tuvo Hitler para su madre, de modo que no es muy convincentes[269].

[269] Dado que Kubizek admiraba a Hitler tanto de niño como después, cuando estuvo en el poder, es imposible decir si los hechos que menciona son ciertos, salvo cuando los corroboran otras fuentes; sus "impresiones" son muy tendenciosas en favor de Hitler. Maser da una descripción aún más férvida de la amorosa ternura que Hitler tenía para con su madre y de su desesperación cuando murió. La descripción de Maser se basa en un memorando que el médico judío doctor E. Bloch, que atendió a la madre de Hitler, escribió treinta y un años después, en 1938, para las autoridades nazis. Con todo el debido respeto para la memoria del doctor Bloch, una declaración escrita por un judío en Alemania en 1938 y para los nazis difícilmente podría considerarse justa, y más bien sería motivada por el intento de solicitar humildemente un trato de favor; es humano, pero eso quita al documento todo valor de fuente histórica. El que el historiador Maser ni siquiera se plantee la cuestión de la validez de esta declaración es un ejemplo de sus muchos y graves defectos en su empleo de las fuentes, algunos de los cuales tendré ocasión de mencionar más adelante.

Parece que la madre de Hitler nunca llegó a ser para él una persona a quien estuviera tierna o amorosamente apegado. Era el símbolo de una diosa protectora y admiradora, pero también de la diosa de la muerte y el caos. Al mismo tiempo, era objeto de su dominio sádico y despertaba en él hondo furor cuando no se le sometía totalmente.

La infancia entre los 6 y los 11 años (1895-1900)

La transición desde la primera infancia fue abrupta. Alois Hitler se había retirado del servicio aduanal y por eso tenía cuanto tiempo quería para dedicarse a su familia y sobre todo a la educación de su hijo. Compró una casa con tres hectáreas y media de terreno en Hafeld, cerca de Lambach. El niño Hitler tuvo que ingresar en la pequeña escuela campesina de Fischlam, cerca de Hafeld, donde aprovechó mucho. Obedecía a las exigencias de su padre, al menos exteriormente, pero como dice Smith, "con reservas. Todavía podía manejar a su madre hasta cierto punto y su cólera podía estallar en cualquier momento contra cualquiera". Este género de vida debe haber sido insatisfactorio para el niño, a pesar del hecho de que no tenía encuentros violentos con su padre. Pero Adolf halló una esfera de la vida donde podía olvidar toda reglamentación y lo que le parecía *falta de libertad.* Esta esfera era su constante interés por jugar a los indios y los soldados con otros chicos. Ya en aquella temprana edad, "libertad" significaba para Hitler irresponsabilidad, ausencia de coerción y lo más importante de todo, "independencia de la realidad"; también significaba mandar pandillas. Si examinamos el significado y la función de esos juegos para Hitler, descubrimos que fueron la primera manifestación de los rasgos que irían desarrollándose en él a medida que crecía: la necesidad de mandar y muy poco realismo. Al describirlos, estos juegos parecen perfectamente inocuos y normales en esa edad; después veremos que no lo eran, ya que siguió aficionado a ellos hasta una edad en que los muchachos normales han superado ese pasatiempo moceril.

En los anos siguientes se produjeron algunos cambios en la familia. El hijo mayor de Alois dejó el hogar a los catorce años, con gran disgusto de su padre, y Adolf hubo de tomar el puesto de hijo mayor. Alois vendió la granja y se trasladó a la población de Lambach. Adolf siguió estudiando en la escuela relativamente moderna de Lambach y allí también aprovechó mucho y evitó todo enfrentamiento serio con su padre, a menudo enojado y malhumorado.

En 1898, la familia volvió a trasladarse, esta vez a una casa de Leonding, en las inmediaciones de Linz, y Adolf entró en el tercer año de primaria en Linz. Alois Hitler parece haber estado más contento en aquel lugar que en ninguno de los anteriores. Podía atender a sus abejas en su área y pico de terreno y discutir de política en la taberna. Pero siguió siendo estrictamente autoritario y no cabía dudar de quién mandaba allí. Josef Mayerhofer, su mejor amigo de Leonding, dijo de él posteriormente:

"Era estricto con su familia, nada de guante blanco con ellos; su mujer no tenía nada de que sonreír." Mayerhofer insistía sin embargo en que aquel rudo exterior era parcialmente teatro y que no maltrataba de obra a los hijos. "Nunca lo tocó [a Adolf]. No creo que [le pegara], pero con frecuencia lo regañaba y le daba gritos. ` ¡Maldito bribonzuelo! —solía decir—. ¡Le voy a partir el alma! ' Si no mordía, ladraba ferozmente y tenía espantado al muchacho." (B. F. Smith, 1967.)

No es el retrato de un tirano brutal sino de un padre autoritario y poco accesible, de quien su hijo tenía miedo; este miedo puede haber sido una de las fuentes del carácter sumiso de Hitler, de que volveremos a saber más adelante. Pero no debemos tomar fuera de su contexto esta capacidad que de inspirar temor tenía el padre: un hijo que no hubiera insistido tanto en que lo dejaran solo y en ser irresponsable hubiera podido llegar a tener una relación más amistosa con ese tipo de padre que, en el fondo, tenía buena intención y no era de ningún modo un hombre destructivo. Muchas veces se exagera tanto con el cliché acerca del "odio contra el padre autoritario" como con el complejo de Edipo.

En conjunto, los cinco anos de primaria pasaron mucho mejor de lo que podía haberse esperado. Debióse esto a los factores ya mencionados y a las circunstancias realistas de la escuela. Es probable que su inteligencia fuera superior a la mediana de los demás chicos, los maestros lo trataban bien a causa de los antecedentes superiores de su familia y llegó a los grados superiores sin tener que hacer mucho esfuerzo. El trabajo escolar no fue, pues, nada grave y no trastornó mucho el sistema de componenda, delicadamente equilibrado, entre rebeldía y adaptación.

Al final de este período no es visible ningún deterioro respecto del principio, pero hubo aspectos alarmantes: no había logrado superar su narcisismo temprano; no se había acercado más a la realidad; no habían aparecido en él intereses activos y en lugar de eso se había creado un dominio mágico de libertad y poder. Los primeros años de escuela no le ayudaron a evolucionar más de lo que llevaba al empezar a estudiar. Pero todavía era poco el conflicto declarado y en la superficie parecía haberse adaptado bastante bien.

Preadolescencia y adolescencia: de los 11 a los 17 (1900-1906)

La entrada de Hitler en la secundaria *(Realschule) y* los años siguientes hasta la muerte de su padre provocaron un cambio decisivo, en peor, y reforzaron las condiciones de su evolución maligna.

Los acontecimientos decisivos en los tres años primeros, hasta la muerte de su padre en 1903 son: (1) su fracaso en la secundaria; (2) el conflicto con su padre, que insistía en que se hiciera empleado de la administración y (3) su abismarse cada vez más en el fantástico mundo de sus juegos.

El mismo Hitler, en su *Mein Kampf,* presenta un cuadro plausible y favorable a él de estos acontecimientos: él, ser libre e independiente, no podía ser un burócrata; quería ser artista; se rebelaba contra la escuela y trabajaba mal para que su padre le diera permiso de hacerse artista.

Si examinamos los datos conocidos cuidadosamente, el cuadro que resulta es lo contrario: 1] No adelantaba en la escuela por cierto número de razones que ahora veremos. 2] Su idea de hacerse artista era esencialmente una racionalización de su incapacidad de realizar cualquier tipo de trabajo y esfuerzo disciplinado. 3] Su conflicto con el padre no giraba sencillamente en torno a su negativa de hacerse burócrata sino a su rechazo de todas las exigencias de la realidad.

En cuanto al fracaso, no cabe duda de él, ya que fue bastante rotundo. En el primer año salió tan mal que hubo de repetirlo casi entero. En los años siguientes tuvo que presentar exámenes extraordinarios en algunas materias para que se le permitiera pasar al curso siguiente e incluso al final del tercer año pasó en Linz sólo con la condición de que dejaría la escuela. Por consiguiente tuvo que entrar en la secundaria de Steyr, pero al final del cuarto año en Steyr decidió que no seguiría

otro año hasta la graduación de la *Realschule.* Un incidente ocurrido al final de su último año escolar es bastante simbólico de sus estudios de secundaria. Después de recibir su certificado fue con sus compañeros de clase a tomar vino y cuando llegó a su casa descubrió que había perdido el certificado. Estaba todavía preguntándose qué excusa inventaría cuando lo mandó llamar el director de la escuela; habían hallado el certificado en la calle; ¡lo había utilizado como papel higiénico! Aun concediendo que estuviera más o menos borracho, este comportamiento expresa simbólicamente buena parte de su odio y desprecio por la escuela.

Algunas de las razones de su fracaso en la secundaria son más claras que otras. La más evidente es la de que en la primaria había estado en posición superior. Siendo de inteligencia y talento superiores al promedio de sus compañeros de clase y hablando bien, no tuvo que hacer grandes esfuerzos para destacar y obtener excelentes calificaciones. En la secundaria la situación era diferente. El promedio de inteligencia era allí más elevado que en la primaria. Sus maestros tenían una instrucción mucho mayor y eran más exigentes; y tampoco se dejaban impresionar por su posición social, ya que no era sobresaliente en la composición de los estudiantes de secundaria. En resumen: para triunfar en la secundaria había que trabajar en serio; el esfuerzo que se requería no era extraordinario, pero de todos modos resultaba bastante más de lo que estaba acostumbrado a hacer el joven Hitler, de lo que estaba dispuesto a hacer o incluso de lo que era capaz. Para aquel mozo en extremo narcisista que en la primaria había "triunfado sin esforzarse", la nueva situación debe haber resultado horrible. Era un desafío a su modo narcisista de conducirse y demostraba que la realidad no podría manejarse como antes.

Esta situación de fracaso en la secundaria después de años triunfales en la primaria no es rara; con frecuencia estimula a un muchacho a cambiar de conducta, a superar —por lo menos hasta cierto punto— su actitud infantil y a aprender a hacer un esfuerzo. En el caso de Hitler la situación no tuvo ese efecto. Al contrario, en lugar de dar un paso hacia la realidad se retiró aún más a su mundo de fantasía y se apartó del contacto estrecho con la gente.

Si su fracaso en la secundaria se hubiera debido a que la mayoría de las materias que se veían en clase no le interesaban, hubiera trabajado intensamente en las que le interesaran; pero prueba que no era así el hecho de que ni siquiera hizo un esfuerzo suficiente para sacar una calificación sobresaliente en historia de Alemania, tema que le entusiasmaba y excitaba mucho. (Las únicas calificaciones buenas que tuvo fueron en dibujo ... pero dado que tenía talento para el arte, no necesitaba hacer mucho esfuerzo para ello.) Confirma esta hipótesis con suma claridad el que posteriormente en su vida no fue capaz de realizar un esfuerzo prolongado ni siquiera en un campo que tal vez fuera el único que le interesara realmente: la arquitectura. El tema de la incapacidad de Hitler para un trabajo sistemático, como no fuera bajo la presión de necesidades sumamente urgentes o impulsado por sus pasiones, lo examinaremos más adelante. Sólo lo mencionamos aquí para poner de relieve que su fracaso en la secundaria no puede explicarse por sus aficiones "artísticas".

Durante aquellos años de secundaria Hitler se fue apartando más y más de la realidad, No sentía interés verdadero por nadie: madre, padre ni hermanos. Los trataba de acuerdo con su interés en estar solo, y afectivamente estaba muy lejos de ellos. Su único interés fuerte y apasionado era jugar a la guerra con otros rapaces, y él era el jefe y el organizador. Si aquellos juegos habían sido perfectamente propios de un niño de nueve, diez u once anos, eran harto peculiares para un muchacho de secundaria. Es característica una escena de su confirmación, a los quince anos. Un pariente había organizado amablemente una fiestecita en honor del confirmando,

pero Hitler estuvo refunfuñando y nada amistoso, y en cuanto pudo corrió a jugar a la guerra con otros mozalbetes.

Aquellos juegos tenían diversas funciones. Le procuraban la satisfacción de ser el jefe y confirmaban su convicción de que su capacidad de persuasión podría hacer que los demás lo siguieran; incrementaba su narcisismo y lo más importante de todo, centraba su vida en la fantasía, fomentando así el proceso de su apartamiento de la realidad, de las personas reales, de los hechos reales y el conocimiento real. Otra manifestación de su atracción por la fantasía era su ardiente interés en las novelas de Karl May. Era éste un escritor alemán que dejó muchos relatos fascinantes acerca de los pieles rojas de Estados Unidos, con tonos de realidad, aunque el autor jamás había visto un indio. Virtualmente, todos los muchachos de Alemania y Austria leían los relatos de May, tan populares allí como los de Fenimore Cooper en los Estados Unidos. El entusiasmo de Hitler por los escritos de May era perfectamente normal para quien estaba en los últimos años de la primaria, pero dice Smith:

En los últimos años adquirió matices más graves. Porque Hitler jamás abandonó a Karl May. Lo leyó en la adolescencia y de joven, a los veinte y tantos años. Incluso siendo canciller del Reich seguía fascinado por él y releyó toda la serie de sus novelas del oeste norteamericano. Además, nunca intentó disimular ni ocultar su disfrute y su admiración por los libros de Karl May. En las *Conversaciones de sobremesa* [H, Picker, 1963] encomia a May y describe cómo disfruta con su lectura. Hablaba de él casi con cualquiera: su jefe de prensa, su secretario, sus domésticos y sus viejos camaradas del Partido. (B. F. Smith, 1967.)

Pero mi interpretación de este hecho difiere de la de Smith. Para éste, la infatuación de Hitler de niño por las novelas de May fue una experiencia tan feliz que resultaba "satisfactorio y necesario prolongarla hasta un Período en que sus primeros ajustes no lograron resolver los problemas de la adolescencia". Esto puede ser verdad hasta cierto punto, pero creo que no acierta con lo principal. Las novelas de May deben relacionarse con los juegos bélicos de Hitler y son expresión de su vida de fantasía. Aunque harto propias a determinada edad, el que siguieran fascinándolo indica que representaban una fuga de la realidad, manifestación de una actitud narcisista que giraba en torno a un tema: Hitler dirigente, luchador, vencedor. Claro está que las pruebas con que contamos no son suficientes para convencer. Pero si relacionamos el comportamiento de Hitler en aquellos anos mozos con los datos de su vida posterior vemos una imagen: la de una persona muy narcisista y retraída, para quien la fantasía es más real que la realidad. Cuando vemos a Hitler a los dieciséis años tan entregado a la vida imaginaria surge esta pregunta: ¿Cómo pudo aquel soñador retraído hacerse el dueño de Europa . . . siquiera sólo por cierto tiempo? La respuesta habrá de esperar hasta que hayamos progresado más en el análisis de la evolución subsiguiente de Hitler.

Cualesquiera que fueran las razones de su fracaso en la *Realschule,* no cabe mucha duda acerca de sus efectos en el joven Hitler. Tenemos un muchacho, admirado por su madre, triunfador en la primaria, jefe de las pandillas juveniles, para quien todos esos éxitos inmerecidos habían sido la confirmación de su convicción narcisista de que tenía dotes excepcionales. Casi sin transición se halla en una situación de fracaso; sin modo de ocultarlo al padre o la madre; su narcisismo debe haber sido duramente lastimado, su orgullo herido. Si hubiera podido reconocer que el fracaso se debía a su incapacidad de trabajar intensamente,

podía haber superado sus consecuencias, puesto que sin ninguna duda estaba suficientemente capacitado para triunfar en los estudios de secundaria[270]. Pero su intocable narcisismo no le permitía verse así. Por consiguiente, no pudiendo cambiar la realidad, tenía que falsearla y rechazarla. La falseó acusando a sus maestros y a su padre de ser la causa de su fracaso y pretendiendo que ese fracaso era la prueba de su pasión por la libertad y la independencia. Y la rechazó creando el símbolo del "artista"; el sueño de llegar a ser un gran artista era para él la realidad, y el mismo hecho de que no se empeñó seriamente en lograr ese objetivo demostraba el carácter fantástico de esa idea. El fracaso en los estudios fue la primera derrota y la primera humillación de Hitler, seguida por cierto número de otras; podemos suponer con bastante certidumbre que debió reforzar mucho su desprecio y resentimiento contra cualquiera que fuera causa y testigo presencial de su derrota; y este resentimiento bien pudiera haber sido el principio de su necrofilia, si no tuviéramos razones de creer que sus raíces se hallaban ya en su incestuosidad maligna.

La muerte de su padre cuando él tenía catorce anos no produjo efecto apreciable en él. Si fuera cierto, como escribió el mismo Hitler, que su fracaso escolar originó el conflicto con su padre, una vez muerto el brutal tirano y rival hubiera debido sonar la hora de la liberación. Hubiera entonces debido sentirse desembarazado, trazar planes realistas para su futuro, trabajar intensamente para hacerlos realidad . . . o quizá hubiera vuelto nuevamente su afecto a la madre. Pero nada de esto sucedió. Siguió viviendo del mismo modo que antes; era, como dice Smith, "poco más que un compuesto de juegos agradables y sueños", y no hallaba modo de salir de este estado mental.

Podemos echar ahora otra mirada al conflicto de Adolf con su padre desde su entrada en la *Realschule.* Alois Hitler había decidido que su hijo iría a la secundaria, y aunque Hitler mostró poco interés por el plan, lo aceptó. El conflicto verdadero, según dice en *Mein Kampf* se planteó cuando su padre insistió en que se hiciera burócrata. Este deseo era en sí perfectamente natural, ya que el padre estaba imbuido de sus propios triunfos en ese campo y le parecía que sería también la mejor carrera para su hijo, Cuando Hitler presentó una contrapropuesta, la de que quería ser artista, pintor, el padre dijo, según Hitler: "No en mi vida." Entonces Hitler amenazó con dejar de estudiar de plano y como el padre no cediera, "calladamente transformé mi amenaza en realidad". (A. Hitler, 1943.) Ésta es la explicación que da Hitler de su fracaso en los estudios, pero es demasiado cómoda para ser cierta.

Coincide exactamente con el cuadro que traza de sí mismo Hitler: un hombre duro y decidido que había logrado llegar lejos para 1924 (cuando escribió *Mein Kampf) y* seguiría adelante hasta la victoria final. Al mismo tiempo, es la base del retrato del artista frustrado que se metió en la política con la resolución de salvar a Alemania. Lo más importante es que explica satisfactoriamente sus malas calificaciones en la *Realschule y su* lenta maduración, al mismo tiempo que hace parecer heroica su adolescencia: tarea difícil para un autobiógrafo con conciencia política. De hecho,

[270] Su maestro, E. Huemer, dijo de su ex alumno lo siguiente, cuando fue testigo de Hitler después del fallido putsch de Munich: "Decididamente, Hitler tenía talento, aunque sólo parcial, pero no sabía dominarse; podía considerársele también por lo menos testarudo, voluntarioso, discutidor y enojón, y le resultaba sin duda difícil adaptarse a la estructura de la organización escolar. Tampoco era muy empeñoso, porque de otro modo hubiera podido tener más éxitos, teniendo en cuenta sus innegables talentos." (W. Maser, 1971.)

el relato sirvió para los fines del futuro Führer tan perfectamente que podemos preguntarnos si no inventaría todo el episodio. (B. F. Smith, 1967.)

El que el padre deseara que su hijo fuera burócrata bien pudo ser cierto; por otra parte, no tomó medidas rigurosas para obligar a su hijo. Tampoco hizo Hitler lo que había hecho su hermano mayor a los catorce años: manifestar su independencia y desafiar a su padre dando el grave paso de irse de casa. Antes bien, se adaptó a la situación y únicamente se concentró más en sí mismo.
Para entender el conflicto es menester apreciar la posición del padre.
Debe haber observado, como la madre, que su hijo no tenía sentido de responsabilidad, que no quería trabajar y que nada le interesaba. Hombre inteligente y bien intencionado, debe haberse preocupado no tanto por que su hijo fuera burócrata como porque fuera *alguien.* Debe haber notado que el plan de hacerse artista era una excusa para seguir dejándose vivir y una falta de seriedad. Si su hijo hubiera propuesto otra cosa —por ejemplo; que le gustaría estudiar arquitectura— y demostrado su seriedad obteniendo buenas calificaciones en la escuela, la reacción de su padre podía haber sido muy diferente. Pero Hitler no propuso nada para demostrar al padre su seriedad. Ni siquiera pidió que le permitieran tomar lecciones de dibujo si adelantaba en la escuela. El que no fuera un desafío a su padre su mal comportamiento en la escuela lo prueba claramente su respuesta a la madre cuando ésta trataba de hacerle comprender la realidad. Después de muerto el padre y habiendo dejado la *Realschule,* decidió quedarse en casa "leyendo, dibujando y soñando. Cómodamente instalado en el piso de la Humboldtstrasse [a donde su madre se había trasladado], podía permitirse vivir a su gusto. Toleraba la presencia de la joven Paula [su hermana, a la que llevaba cinco años] y su madre en aquel santuario porque no podía apartarse de ellas sin tomar la asqueante decisión de dejar el hogar y ponerse a trabajar. De todos modos, no les permitía ninguna intervención, aunque su madre pagaba las cuentas y su hermana le limpiaba el cuarto." (B. F. Smith, 1967.)

Klara se preocupaba evidentemente por él y lo amonestaba para que fuera más serio. No insistía en la carrera de burócrata pero trataba de ayudarlo a interesarse seriamente en algo. Lo envió a una escuela de arte de Munich, Estuvo allá unos pocos meses, pero eso fue todo. A Hitler le gustaba vestir elegantemente, y su madre "pagaba las prendas que hacían de él un petimetre, quizá con la esperanza de que eso sirviera de puente para perspectivas sociales más amplias. Si tal era su plan, fracasó totalmente. Aquellas prendas servían tan sólo de símbolos de independencia y de aislamiento autosuficiente." (B. F. Smith, 1967.)

Klara hizo otro intento de reanimar el interés de Hitler. Le dio dinero para que visitara Viena por cuatro semanas. El le envió algunas tarjetas llenas de entusiasmo delirante acerca de la "soberana majestad", la "dignidad" y "grandeza" de los edificios. Pero su ortografía y puntuación eran muy inferiores a lo que podía esperarse de un joven de diecisiete años que había hecho cuatro de secundaria. Su madre le permitió tomar lecciones de música (su padre había indicado unos años antes que podía tomar lecciones de canto), cosa que hizo Hitler . . . durante unos cuatro meses, y les puso fin al empezar el año de 1907. Las dejó porque le disgustaba hacer escalas, si bien es posible que de todos modos hubiera sido necesario interrumpirlas, porque el inicio de la grave enfermedad de la madre obligó a la familia a reducir los gastos.

Su reacción a los intentos nada autoritarios —y casi psicoterapéuticos— de su madre por despertar en él interés por algo real muestra que su reacción negativa a su

padre no había sido sólo desafío ante la exigencia de que se hiciera burócrata sino la reacción de un muchacho retraído y vago contra un hombre que representaba la realidad y la responsabilidad. Tal era el meollo del conflicto, y no el mero disgusto por la burocracia y menos aún un renacer del sentimiento edípico._

La tendencia de Hitler a la vagancia y a la evitación del trabajo duro —y aun el menos duro— requiere una explicación. Es bueno tener presente la observación bien establecida de que este tipo de comportamiento se encuentra con frecuencia en niños ligados a su madre. Es su esperanza, a menudo inconsciente, que la madre lo hará todo por ellos, como cuando eran pequeñitos. Creen que no deben realizar un esfuerzo activo, que no tienen por qué ser ordenados: pueden dejar las cosas tiradas esperando que la madre las recoja. Viven en un a manera de "paraíso" donde no tienen nada que hacer y donde se atiende a todo. Creo que esta explicación se aplica también al caso de Hitler. Juzgo que esto no contradice la hipótesis relativa al carácter frío e impersonal de su vinculación a la madre. Esta desempeña esa función *qua* madre, aunque no se la cuide ni ame de modo personal.

La descripción de la pigricia hitleriana en la escuela, su incapacidad de trabajar seriamente y su negativa a continuar sus estudios sugerirán una cuestión a algunos lectores; ¿Qué tiene de extraño? Abundan hoy los fracasados en la secundaria, muchos de los cuales se quejan de la índole pedante y estéril del trabajo escolar y que tienen planes para una vida libre de trabas paternas o de otras autoridades. Pero no son individuos necrófilos; al contrario, muchos de ellos representan un tipo de personalidad verdaderamente enamorada de la vida, independiente y franca. Algunos de mis lectores tal vez lleguen a preguntarse si mi descripción del fracaso de Hitler no está hecha con una mentalidad muy conservadora.

A tales objeciones querría responder: 1] Naturalmente, hay muchos tipos de desechos o de fracasados *(dropouts)* y no puede hacerse una declaración general al respecto, sino que habría que tratar en términos específicos a cada tipo de *dropout.* 2] En contraste con la actualidad eran muy raros los *dropouts* de ese tipo cuando Hitler era adolescente; por lo tanto, no había modelo a seguir, que hubiera podido hacer fácil el que un individuo siguiera ese camino. 3] Mucho más decisiva que las razones antecedentes es la que se aplica concretamente a Hitler: no sólo no le interesaban las cosas de la escuela; no le interesaba *nada.* No trabajaba intensamente en nada, ni entonces ni después. (Veremos esto en su falta de esfuerzo en el estudio de la arquitectura.) El que fuera perezoso no se debía a que fuera una persona que se contentaba con gozar de la vida sin interesarse especialmente en lograr un objetivo. Por el contrario, estaba poseído de una ardiente ambición de poder; dotado de extraordinaria energía, era muy nervioso y casi incapaz de ningún goce tranquilo. Esto no coincide con el cuadro que presentan la mayoría de los *dropouts; y* los que cuadran con esta imagen de Hitler, si al mismo tiempo demuestran tener un ardiente deseo de poder y cabal ausencia de afecto por nadie, constituyen un problema muy serio . . . de hecho un grave peligro.

En cuanto a la posible objeción de que soy "conservador" en mis ideas cuando insisto en que la falta de capacidad para el trabajo y la falta de responsabilidad son cualidades negativas, esto nos lleva a considerar un punto de importancia crucial en el radicalismo juvenil actual. Una cosa es que una persona no tenga interés en ciertos temas o prefiera otros o que de plano rechace la escuela. Pero evitar la responsabilidad y el esfuerzo serio constituye un cierto fracaso en el proceso de crecimiento, un hecho que no cambia porque se acuse a la sociedad. Y quienquiera crea que holgazaneando se hace revolucionario está muy equivocado. El esfuerzo, la dedicación y la concentración son la esencia de una persona cabalmente

desarrollada, incluso los revolucionarios; los jóvenes que razonan de otro modo harían bien en pensar en personajes como Marx, Engels, Lenin, Rosa Luxemburgo y Mao Tse-tung, cada uno de los cuales comparte con los demás dos cualidades vitales: la capacidad de trabajar duro y el sentido de responsabilidad.

Viena (1907-1913)

Al empezar 1907, la madre de Hitler hizo económicamente posible que él se trasladara a Viena para estudiar pintura en la Academia de las Artes. Hitler quedaba así finalmente independiente; libre de la presión de su padre, ahora ya lo estaba también de las amables amonestaciones de su madre; podía planear y obrar como se le antojara. Ni siquiera tenía que ocuparse en los problemas económicos, ya que la herencia de su padre y la pensión que el Estado pagaba a los huérfanos de los funcionarios muertos le permitían vivir cómodamente por algún tiempo[271]. Vivió en Viena de 1907 a 1913, desde la última parte de la adolescencia hasta el inicio de su virilidad.

¿Qué hizo en aquel período decisivo?

Por principio de cuentas hizo más fácil la situación para él en Viena persuadiendo a su compañero de los últimos años en Linz, A. Kubizek, de que fuera con él. Kubizek ansiaba por su parte ir allá, pero para convencer a su padre, que estaba firmemente opuesto a los planes artísticos del hijo, fue necesario luchar mucho, y ésta fue una de las primeras demostraciones de la capacidad de persuadir que tenía Hitler. Era Kubizek como Hitler un ardiente admirador de la música de Wagner, y debido a ese entusiasmo común se habían conocido en la ópera de Linz y se habían convertido en amigos seguros. Kubizek trabajaba de aprendiz en el taller de tapicería de su padre, pero también tenía sueños de grandeza: también quería ser un artista, un músico. Era más responsable y aplicado que Hitler, pero una personalidad de menos peso. Por eso no tardó en sufrir la influencia dominante de Hitler, quien practicó en él la facultad que tenía de influir en la gente; recibía así la cabal admiración de su amigo y corroboraba constantemente su narcisismo. En muchos respectos, esta amistad proporcionó a Hitler un sustituto de la satisfacción que le habían procurado los juegos con las pandillas de muchachos: ser el jefe y ser admirado.

Poco después de su llegada a Viena fue Hitler a la Academia de las Artes y se inscribió para el examen anual. Al parecer no dudaba de que lo aceptarían. Pero fracasó y lo rechazaron en la segunda parte del examen después de haber pasado la primera. (W. Maser, 1971.) Como escribió Hitler en *Mein Kampf:* "Cuando recibí el reprobado me pareció que me había caído un rayo de lo alto." Comunicó que uno de los profesores de la academia le había dicho que parecía más dotado para la arquitectura que para la pintura. Pero aunque esto sea cierto, Hitler no hizo caso. Podía haber entrado en la escuela de arquitectura si hubiera asistido un año más a la *Realschule,* pero no hay pruebas de que lo pensara seriamente. Lo que dice en *Mein Kampf* no es sincero. Escribió que como no tenía el diploma de la secundaria resultaba "materialmente imposible" el cumplimiento de su deseo de hacerse arquitecto. A continuación presume: "Quería ser arquitecto, pero los obstáculos

[271] Las declaraciones de Hitler en su *Mein Kampf* acerca de su pobreza son esencialmente falsas.

están no para humillarse ante ellos sino para vencerlos. Yo estaba decidido a superarlos ..." Los hechos dicen exactamente lo contrario:

Su personalidad y su modo de vivir le impedían reconocer sus errores y aceptar su reprobado como señal de que necesitaba cambiar. Su escapismo se corroboraba con sus afectaciones sociales y su desprecio por el trabajo, que consideraba sucio, degradante o fatigoso. Era un joven confundido y snob que durante mucho tiempo se había concedido a sí mismo que no trabajaría en nada desagradable ni consideraría a nadie sino a sí mismo y el modo de vida de que disfrutaba. Su solución al rechazo de la academia fue regresar a la Stumpergasse e instalarse como si nada hubiera sucedido. En aquel santuario volvió a lo que él llamaba grandiosamente sus "estudios", a pasar el rato garrapateando y leyendo, haciendo excursiones en torno a la población o asistiendo a la ópera. (B, F. Smith, 1967.)
Contaba a todo el mundo que estaba inscrito como estudiante de arte en la academia, y en esto mintió incluso a Kubizek cuando éste llegó a Viena. Con el tiempo, Kubizek empezó a sospechar porque no entendía cómo su amigo podía dormir hasta muy avanzada la mañana y estar estudiando. Hitler le dijo la verdad en un violento estallido de rabia contra los profesores y la academia y prometió que él les iba a enseñar, y que estudiaría arquitectura por su cuenta. Su método de "estudiar" era callejear, mirar los edificios monumentales, volver a casa y hacer interminables esbozos de las fachadas. La creencia de que así se preparaba para ser arquitecto era un síntoma de su falta de realismo. Habló con Kubizek de sus planes para la reconstrucción de toda Viena o para escribir una ópera; asistió al Parlamento para escuchar los debates del Reichsrat; por segunda vez solicitó la aceptación de la Academia de las Artes, y esta vez ni siquiera lo admitieron a la primera prueba.

Había pasado más de un año en Viena, sin hacer ningún trabajo serio, fracasando dos veces en los exámenes pero afectando todavía que iba camino de ser un gran artista. A pesar de esa pretensión, debe haber sentido que aquel año había sido para él de derrota. Esta derrota fue mucho más grave que la de la secundaria, que él había podido explicar con la idea de que quería ser artista. Al fracasar como artista no era posible la explicación. Lo habían rechazado en el campo mismo en que estaba seguro de ser grande; no le quedaba otra solución que acusar a los profesores de arte, la sociedad, el mundo entero. Entonces ha de haber aumentado su resentimiento contra la vida. Su narcisismo —más aún que en el momento de su primer fracaso— debe haberle movido a mayor apartamiento de la realidad, para protegerlo del desastre[272].

En este punto empezó un proceso de alejamiento casi total respecto de la gente, que halló su principal manifestación en el hecho de romper rotundamente con la única relación íntima que tenía: la de Kubizek. Dejó la pieza que compartían, a la que se entiende que Kubizek había de volver después de una visita a su casa, sin dejar su nueva dirección. Kubizek perdió el contacto con él hasta que Hitler era ya canciller del Reich.

---

[272] En su afán de presentar lo mejor posible la seriedad de Hitler en su estudio del arte dice Maser que Hitler tomó lecciones de un escultor, el profesor de secundaria Panholzer. Pero la única prueba que presenta es una carta escrita por la madre de la casera de Hitler al profesor de escenografía, Roller, pidiéndole que viera a Hitler y lo aconsejara. Maser no cita pruebas de cuál fuera el resultado de esa visita, si es que acaso se realizó. Únicamente menciona que treinta años después Hitler citó a Panholzer (según la construcción gramatical de la frase de Maser hubiera debido decir a Roller) como maestro suyo. Es éste uno de los muchos casos en que Maser emplea una declaración de Hitler acerca de sí mismo como prueba suficiente. Pero es un misterio cómo pudo Maser saber que Hitler tuvo que trabajar "de modo disciplinado y ordenado" en el taller de Panholzer, así como el porqué el pintor y arquitecto en ciernes tenía que necesitar instrucciones de un escultor. (W. Maser, 1971.)

El agradable período de vagancia, parloteo, paseos y esbozos se iba acabando. Hitler tenía dinero para menos de un año, economizando. No teniendo con quien hablar, se puso a leer más. En aquel tiempo había en Austria muchas agrupaciones políticas e ideológicas centradas en torno al nacionalismo alemán, el racismo, el "socialismo nacional" (en Bohemia) y el antisemitismo. Cada uno de estos grupos editaba sus propias publicaciones, predicaba su propia, específica ideología y proponía *la* solución.

Hitler leía aquellos folletos con avidez y adquirió el material primario con que después constituiría su propia mezcla de racismo, antisemitismo y "socialismo". Así, en aquel período de Viena no se preparó para la carrera de artista pero en cambio puso las bases de lo que sería su verdadera profesión: dirigente político.

Para el otoño de 1909 había gastado su dinero y dejó el alojamiento sin pagar la renta que debía. El peor período empezó entonces. Dormía en bancos, a veces en posadas de mala muerte, y en diciembre de 1909 se unió a las filas de los verdaderos vagabundos, pasando las noches en un lugar para menesterosos sostenido por una sociedad filantrópica. El joven que había ido a Viena hacía dos años y medio con la convicción de que llegaría a ser un gran artista estaba reducido a la condición de vagabundo sin hogar, ansioso de obtener una escudilla de sopa caliente, sin perspectivas de ningún género y sin hacer ningún esfuerzo para mantenerse. Como dice Smith, su ingreso en el hogar para gente sin techo "era una declaración de derrota total". El derrotado no era sólo el artista Hitler, sino también el burgués Hitler, arrogante y bien vestido, que sólo sentía desprecio para las clases bajas. Ahora era él un vago, un paria, la hez de la sociedad. Esto hubiera sido una humillación intensa incluso para un miembro menos narcisista de la clase media. Como era suficientemente firme para no derrumbarse, esta situación debe haberlo robustecido. Había sucedido lo peor, y salía endurecido, con el narcisismo intacto; todo dependía ahora de borrar la humillación desquitándose de todos sus "enemigos" y dedicando su vida al objetivo de demostrar que su imagen narcisista de sí mismo no había sido una fantasía sino una realidad,

Este proceso puede entenderse mejor si recordamos las observaciones clínicas hechas anteriormente a propósito de las personas extremadamente narcisistas cuando son derrotadas. Por lo general no se reponen. Como su realidad interna, subjetiva y la externa, objetiva, quedan completamente separadas, pueden hacerse psicóticos o padecer otros graves trastornos mentales; si tienen la suerte de hallar algún rincón en la realidad, un trabajo menor, por ejemplo, eso les permite continuar con su fantasía narcisista mientras acusan al mundo y van saliendo del paso sin una catástrofe definitiva. Pero hay otra salida, exclusivamente para aquellos que tienen dotes especiales: pueden tratar de modificar la realidad de modo que sus grandiosas fantasías resulten reales. Esto requiere no sólo talento sino además circunstancias históricas que lo posibiliten. Con mayor frecuencia es posible esta solución para los dirigentes políticos en tiempos de crisis social; si tienen el talento de apelar a las grandes masas y la suficiente malicia para organizarlas, pueden lograr que la realidad se adapte a su sueño. Con frecuencia, el demagogo que está al borde de la psicosis salva su salud mental haciendo que las ideas que antes parecían "locas" ahora resulten "cuerdas". En su lucha política le mueve no sólo la pasión de poder sino también la necesidad de salvar su cordura.

Debemos volver ahora al punto en que dejamos a Hitler, el más desesperado y lastimoso de su vida. Este período no duró mucho —quizá dos meses— y en ningún momento hizo un trabajo manual, como afirma en *Mein Kampf. Sus* circunstancias

empezaron a mejorar a poco, cuando otro vagabundo, Hanisch, se hizo amigo suyo; era este Hanisch un personaje sórdido, con una visión política semejante a la de Hitler y un interés en la pintura[273]. Lo más importante era que tenía una idea práctica acerca de cómo podrían ambos evitar la indigencia: si Hitler pedía a su familia una pequeña cantidad para comprar material de pintura, podía pintar tarjetas postales, y Hanisch las vendería. Hitler siguió este consejo; con las cincuenta coronas que recibió compró el material y un abrigo que necesitaba mucho y se trasladó con Hanisch al Mannerheim, una hospedaría bien administrada donde podría utilizar la gran sala común para pintar. Todo fue bien. Pintó las tarjetas y Hanisch fue a venderlas de casa en casa, después fueron grandes acuarelas y óleos, que Hanisch vendió a las casas de marcos y a los tratantes en arte. Sólo había un problema: que Hitler no trabajaba muy diligentemente; en cuanto tenía un poco de dinero dejaba de trabajar y se ponía a perder el tiempo charlando de política con los otros huéspedes. De todos modos, tenía un ingreso seguro, aunque pequeño. Al fin se peleó con Hanisch, a quien acusaba de haber vendido un cuadro sin darle su parte (50 por ciento). Denunció a Hanisch a la policía por robo, y Hanisch fue detenido. Hitler siguió entonces el negocio por su cuenta, pintando y vendiendo su trabajo (sobre todo a los tratantes en arte judíos). Esta vez parece haber trabajado más sistemáticamente; se había convertido en un pequeño negociante; vivía económicamente y aun ahorraba algo de dinero. No podría decirse que se había hecho "pintor" ni "artista", ya que su trabajo era casi siempre copiar de fotografías y repetir los cuadros que habían hallado demanda en el mercado. Siguió en el Mannerheim; pero su posición en aquel "hogar" había cambiado. Ahora era un huésped *permanente*, y eso significaba que pertenecía a aquel pequeño grupo de "fijos" que consideraban inferiores a los "de paso" y que formaban una élite respetada dentro del sistema de la hospedería.

Había probablemente varias razones para que decidiera quedar en aquel lugar. La menos probable, como subraya Maser, es su baratura. Por las quince coronas al mes que pagaba en la hospedería podía haber hallado un cuarto privado bastante adecuado. Pero había cierto número de razones psicológicas. Hitler, como muchas personas sin relaciones, temía quedarse solo. Necesitaba compensar su soledad interior mediante el contacto superficial con otras personas. Además, necesitaba un público al que impresionar; esto se lo proporcionaba perfectamente el Mannerheim, la mayoría de cuyos inquilinos eran tipos marginales y soledosos que por alguna razón no habían podido tener una vida más normal. Hitler era patentemente superior a ellos en inteligencia y vitalidad. Tenían para él la misma función que habían tenido las pandillas de muchachos y Kubizek. Le permitían practicar su capacidad de impresionar a los demás e influir en ellos, y por ende confirmaban su propio sentimiento de poder. Mientras estaba sentado pintando solía interrumpirse y ponerse a hacer violentos discursos políticos, de estilo muy parecido a los que después le hicieron tan conocido. El Mannerheim fue para él una escuela práctica en su carrera de demagogo político.

Una cuestión de importancia crucial se suscita cuando consideramos la existencia de Hitler en esta época: ¿Había adquirido ya la capacidad de trabajar seguido y pasado de flojo vagabundo a ser un negociante en pequeño algo próspero? ¿No se había hallado ya a sí mismo y logrado un sano equilibrio mental?

En la superficie, puede parecer así. Tal vez fuera un caso de maduración tardía, pero ¿puede calificarse eso de normal? Si lo hubiera sido, el análisis detallado de su evolución emocional hubiera sido del todo innecesario. Hubiera bastado decir que después de ciertas dificultades caracterológicas en su juventud, Hitler se había convertido a la edad de veintitrés o veinticuatro años en un hombre bien adaptado y mentalmente sano.

[273] El texto que sigue se basa principalmente en B. F. Smith (1967).

Pero si examinamos la situación más a fondo, esta interpretación no es defendible.

Tenemos a un hombre de extraordinaria vitalidad, de ardiente pasión de grandeza y poder, con la firme creencia de que llegaría a ser un gran pintor o arquitecto. ¿Cuál era la realidad?

Había fallado por completo en ese objeto; se había hecho un pequeño negociante; su poder consistía en impresionar a un pequeño grupo de solitarios a quienes arengaba constantemente, sin siquiera hacer adeptos entre ellos. Tal vez si Hitler hubiera sido un hombre de menor talla, menor vitalidad y grandiosidad, esta solución le hubiera gustado, y se hubiera conformado con la existencia pequeño burguesa de un artista comercial. Pero sería casi absurdo imaginar eso de Hitler. Sólo había habido un cambio: los meses de intensa pobreza le habían enseñado a trabajar, por mediocre que fuera su trabajo. Pero aparte de eso su carácter no había cambiado, sino quizá en el sentido de haberse acentuado. Seguía siendo un hombre muy narcisista, sin interés por nada ni nadie, que vivía en una atmósfera de semifantasía y semiverdad, con un ardiente deseo de vencer, y Lleno de odio y resentimiento; seguía siendo un hombre sin ningún objetivo, plan ni concepto realistas acerca de cómo realizar sus ambiciones.

Munich

Esta falta de objetivo se hizo patente en la súbita decisión de romper con su existencia del Mannerheim y trasladarse a Munich para entrar en la Academia de las Artes. Casi no tenía conocimiento de la situación en Munich, y mucho menos se enteró de si había un mercado para sus pinturas como en Viena. Sencillamente se trasladó allá con algunos ahorros para poder vivir los primeros meses. Esta decisión resultó un error. Su sueño de entrar en la academia de arte de Munich no se hizo realidad. Había un mercado más pequeño para sus cuadros y según Smith se vio obligado a llevarlos de acá para allá por las cervecerías o venderlos de casa en casa. Según Maser, la declaración de los ingresos de Hitler a la hacienda muestra que estaba ganando unos cien marcos al mes, que hubieran sido comparables con sus ingresos de Viena. Pero queda el hecho de que en Munich seguía siendo un artista comercial, que sobre todo hacía copias. El sueño de Hitler de hacerse un gran pintor había fallado definitivamente, y con su pequeño talento pictórico y su falta de preparación no había relación entre las mejores perspectivas que podía ofrecerle su carrera de pintor y sus grandes esperanzas.

Es sorprendente que el estallido de la primera guerra mundial fuera una merced divina para él y que diera gracias al cielo por ese acontecimiento, que de golpe borraba la necesidad de decidir lo que quería hacer de su vida. La guerra estalló en el preciso momento en que debía comprender que había fracasado como artista y remplazó su sentimiento humillado con el orgullo de sentirse "héroe". Hitler fue un soldado concienzudo y aunque no lo ascendieron (sino en grado mínimo) lo condecoraron por su bravura y lo respetaron sus superiores. Ya no era un paria; era un héroe que luchaba por Alemania, por su existencia y su gloria y por los valores del nacionalismo. Podía entregarse a sus afanes de destrucción y victoria ... pero ahora la guerra era de verdad, y no era la fantasía de chicuelos; y tal vez en esos anos fuera él mismo más real que nunca. Era responsable, disciplinado y muy distinto del vagabundo que había sido en Viena. La guerra terminó con lo que parecía su propio fracaso último: la derrota y la revolución. La derrota todavía hubiera podido ser soportable, pero la revolución no. Los revolucionarios atacaban todo cuanto era sagrado para el nacionalismo reaccionario de Hitler, y triunfaban; eran los dueños del momento, sobre todo en Munich, donde crearon una efímera *Räterepublik.*

La victoria de los revolucionarios proporcionó a la destructividad de Hitler su forma final e inalterable. La revolución era un ataque contra él, contra sus valores, sus esperanzas, su grandiosidad, en que él y Alemania eran uno. Su humillación fue tanto mayor porque los dirigentes revolucionarios eran judíos, a quienes había considerado sus archienemigos durante muchos años y que hicieron de él el desventurado espectador de la destrucción de sus ideales nacionalistas y pequeño burgueses. Esta humillación final sólo podía borrarse destruyendo todo cuanto le parecía responsable de aquello. Su odio, su sed de desquite se dirigía, pues, también contra las potencias aliadas victoriosas que obligaron a Alemania a aceptar el Tratado de Versalles, pero en grado menor contra los revolucionarios, y en particular los judíos.

Los fracasos de Hitler habían aumentado por fases: como estudiante de secundaria, desecho de la clase media en Viena, rechazado por la academia de arte. Cada fracaso había infligido a su narcisismo una humillación más profunda que el anterior; y en el mismo grado que sus fracasos aumentaban también su complacencia en la fantasía, su resentimiento, su deseo de venganza y su necrofilia, que probablemente tuvo sus raíces primeras en la incestuosidad maligna. El comienzo de la guerra pareció poner punto final a sus fracasos, pero terminaba en una nueva humillación: la derrota de los ejércitos alemanes y la victoria de los revolucionarios. Esta vez tuvo Hitler la oportunidad de transformar su derrota personal y su humillación en una derrota y humillación nacionales y sociales, que le permitieron olvidar sus fracasos personales. Esta vez no era él el fracasado y humillado, sino Alemania; vengando y salvando a Alemania se vengaría él mismo, y borrando la vergüenza de Alemania borraría la propia. Su objetivo era ahora hacerse un gran demagogo no ya un gran artista; había hallado el campo para el cual estaba verdaderamente dotado y por ende, la verdadera oportunidad de triunfar.

No tenemos material suficientemente detallado hasta este período para demostrar la presencia de fuertes tendencias necrófilas manifiestas en su comportamiento. Solamente hemos visto el terreno caracterológico que *favoreció* el desarrollo de tales tendencias: su incestuosidad maligna, su narcisismo, su frialdad, su falta de interés por nada, su complacencia en sí mismo, su ausencia de realismo, que necesariamente producían fracasos y humillaciones. A partir de 1918, teniendo material abundante sobre la vida de Hitler, podemos reconocer las manifestaciones de su necrofilia cada vez más claramente.

UN COMENTARIO SOBRE METODOLOGÍA

Algunos lectores tal vez objeten y digan: ¿Tenemos necesidad de *demostrar* la necrofilia de Hitler? ¿No es su destructividad un hecho por encima de toda cuestión?

Claro está que no necesitamos demostrar la realidad de las *acciones,* extraordinariamente destructivas, de Hitler. Pero las acciones destructivas no son necesariamente manifestaciones de un carácter destructivo, necrófilo. ¿Fue Napoleón necrófilo porque nunca vacilara en sacrificar las vidas de sus soldados a su ambición personal y su vanidad? ¿Fueron todos necrófilos tantos jefes políticos y militares de la historia que ordenaron destrucciones en gran escala? Ciertamente, quienquiera que ordena o acepta alguna destrucción revela un corazón endurecido. Pero según las motivaciones y las circunstancias, un general o un jefe político no necrófilos también podrían ordenar algunas graves destrucciones. La cuestión suscitada en este libro no tiene que ver con el *comportamiento* sino con el *carácter*. Seamos más concretos: no se trata de saber si Hitler *se condujo* destructivamente sino si lo motivaba el ardiente deseo de destruir, si la pasión de la destrucción era parte de su carácter. Esto hay que demostrarlo, no darlo por supuesto. En un estudio psicológico debe hacerse toda

clase de esfuerzos en pro de la objetividad, sobre todo en el caso de una persona como Adolf Hitler. Aunque Hitler hubiera muerto en 1933, antes de cometer muchos actos de franca destrucción en gran escala, probablemente hubiera podido diagnosticarse que tenía un carácter necrófilo basándose en un análisis detallado de toda su personalidad. El crescendo de destrucciones que fue en aumento a partir de la conquista de Polonia, y hasta sus órdenes de destruir la mayor parte de Alemania y de su población, sería sólo la confirmación final del diagnóstico caracterológico temprano. Por otra parte, aun cuando no supiéramos nada de su pasado hasta 1933, muchos detalles de su comportamiento ulterior justifican el diagnóstico de necrofilia grave y no indican solamente que fuera, en términos conductistas, un hombre que causó mucha destrucción. Desde un punto de vista conductista, naturalmente, esta distinción entre comportamiento y fuerzas motivantes no tiene sentido; pero si queremos entender la dinámica de toda su persona y en particular su parte inconsciente, ello es esencial. En el caso de Hitler, el empleo del método psicoanalítico es tanto más importante porque reprimió en grado extraordinario y de muy distintos modos la conciencia de su pasión necrófila.

LA DESTRUCTIVIDAD DE HITLER[274]

Los objetos de destrucción de Hitler fueron las ciudades y la gente. El gran constructor, el entusiasta planificador de nuevas Vienas, Linz, Munichs y Berlines, era el mismo hombre que quiso destruir a París, arrasar a Leningrado y finalmente demoler a toda Alemania. Tales intenciones han sido bien confirmadas. Speer comunica que en la cúspide de sus triunfos, después de visitar el París recién ocupado, Hitler le dijo: " ¡Qué hermoso era París . . . Antes pensé muchas veces si no tendríamos que destruir a París. Pero cuando hayamos terminado en Berlín, París sólo será una sombra. Por lo tanto, ¿para qué destruirlo? " (A. Speer, 1970.) Al final, naturalmente, Hitler dio la orden de destruir a París, pero el comandante alemán de París no la ejecutó.

La manifestación más extremada de su manía de destruir edificios y ciudades fue su decreto de "tierra quemada" para Alemania en septiembre de 1944, en que ordenaba que antes que el enemigo ocupara el territorio alemán todo, sencillamente todo cuanto es esencial para la continuidad de la vida sería destruido: documentación de las tarjetas de racionamiento, registro de casamientos y de residencia, archivos de las cuentas bancarias. Además debían destruirse los abastos de víveres, quemarse las granjas y abatir el ganado. Ni siquiera debían preservarse las obras de arte respetadas por las bombas. También serían arrasados monumentos, palacios, castillos, iglesias, teatros y edificios de ópera. (A. Speer, 1970.)

Esto significaba también, naturalmente, que no habría agua, electricidad ni instalaciones sanitarias . o sea que habría epidemias, enfermedades y mortandad

[274] De la voluminosa literatura sobre Hitler y su período de 1914 a 1946 he tomado principalmente A. Speer (1970) y W. Maser (1971), si bien de éste con cierta precaución, como ya apuntamos a propósito de la juventud de Hitler. Debo también mucha información y buenas ideas a comunicaciones personales de Albert Speer. (Speer se ha arrepentido verdaderamente de su participación en el régimen nazi y creo lo que dice de que se ha convertido en un hombre del todo diferente.) Otras fuentes valiosas son: P. E. Schramm (1965) y H. Krausnick *et al.* (1968), que citan otras importantes fuentes y las *Conversaciones de sobremesa* de Hitler (H. Picker, 1965), con una introducción de Schramm, fuente excelente. He utilizado también, pero con gran cautela, a E. Hanfstaengl (1970). El *Mein Kampf* de Hitler sirve poco como fuente histórica. Consulté otros muchos libros, y de ellos cito algunos en el texto.

para millones de personas que no podían escapar. Para Speer, que no era un destructor necrófilo sino un constructor biófilo, esta orden abría un abismo entre él y Hitler. Buscando la cooperación de cierto número de generales y funcionarios del Partido que no fueran movidos por el placer de la destrucción como Hitler, Speer arriesgó su vida por sabotear las órdenes de Hitler. Gracias a sus esfuerzos y los de otras personas, así como a cierto número de circunstancias, la política de tierra quemada de Hitler nunca se llevó a cabo.

La pasión hitleriana de destruir edificios y ciudades merece atención particular debido a su relación con su pasión de construir. Podríamos incluso llegar hasta decir que sus planes para reconstruir ciudades eran una excusa para destruirlas primero. Pero creo que sería erróneo explicar su interés por la arquitectura como *un mero* pretexto para su deseo de destruir. Su interés en la arquitectura era probablemente sincero y como veremos más adelante, la única cosa de la vida —aparte del poder, la victoria y la destrucción— que en verdad le interesara.

La destructividad de Hitler también debe verse en sus planes para el futuro de los polacos una vez los hubiera vencido. Había que castrarlos culturalmente; la enseñanza se limitaría al conocimiento de las señales de tránsito, un poco de alemán y en cuanto a la geografía, al hecho de que Berlín es la capital de Alemania; la aritmética resultaba enteramente superflua. No habría atención médica, los niveles de vida serían bajos. Sólo serían buenos para mano de obra barata y esclavos obedientes. (H. Picker, 1965.)

Entre los primeros objetos *humanos* a aniquilar estaban las personas *defectuosas.* Hitler había escrito ya *en Mein Kampf:* "Tiene que impedirse que las personas defectuosas se propaguen y tengan una descendencia igualmente defectuosa . . . Porque si es necesario, los enfermos incurables habrán de ser segregados sin piedad . . . medida bárbara para el desdichado a quien afecta, pero muy benéfica para sus congéneres y para la posteridad." (A. Hitler, 1943.) Trasladó estas ideas a la realidad haciendo matar a las personas defectuosas en lugar de contentarse con aislarlas. Otra de las primeras manifestaciones de su destructividad es el traicionero asesinato de Ernst Röhm (con quien se le vio departiendo amigablemente sólo unos días antes de su muerte) y de otros dirigentes de las SA, tan sólo por razones de conveniencia política (para tranquilizar a los industriales y generales exterminando a los jefes del ala "anticapitalista" del movimiento).

Otra manifestación de la complacencia de Hitler en fantasías de destrucción ilimitada son sus observaciones acerca de las medidas que tomaría en caso de amotinamiento, como el de 1918. Mataría inmediatamente a todos los jefes de las corrientes políticas contrarias, incluso a los del catolicismo político, y a todos los internados en campos de concentración. Calculaba que de este modo acabaría con varios cientos de miles de personas. (H. Picker, 1965.)

Las principales víctimas de la eliminación física serían los judíos, polacos y rusos. Examinemos sólo la eliminación de los judíos; los hechos son demasiado bien conocidos para que aquí se requiera colaboración. Debe sin embargo observarse que su matanza sistemática empezó tan sólo con el estallido de la segunda guerra mundial. No hay pruebas convincentes de que Hitler pensara en aniquilarlos sino poco antes de este momento, aunque pudo haber mantenido ocultas sus ideas; hasta entonces su política había sido promover la emigración de todos los judíos de Alemania, y el gobierno nazi hizo incluso esfuerzos para favorecerla. Pero el 30 de enero de 1939 dijo al ministro de Relaciones checoslovaco Chvalkovsky con toda franqueza: "Vamos a acabar con los judíos. No quedará así lo del 9 de noviembre de 1918. El día

de ajustar las cuentas ha llegado." (H. Krausnick *et al.*, 1968.)[275] Hizo una declaración menos explícita el mismo día en el Reichstag: "Si los financieros de la internacional judía dentro y fuera de Europa logran implicar a las naciones en otra guerra, el resultado no será el bolchevismo mundial y por ende la victoria del judaísmo sino el fin de los judíos de Europa."[276]

La declaración a Chvalkovsky es particularmente interesante desde un punto de vista psicológico. Aquí no da Hitler ninguna explicación racionalizadora como la de que los judíos son un peligro para Alemania sino que revela uno de sus verdaderos motivos; vengar el "crimen" de ser revolucionarios cometido por un pequeño número de judíos veinte años antes. La índole sádica de su odio contra los judíos se revela en "ciertas observaciones que hizo acerca de los judíos a sus colegas más cercanos después de la gran concentración del Partido: *Hay que echarlos de todas las profesiones y meterlos en el ghetto; acorralarlos en cualquier lugar donde puedan perecer como se merecen, mientras el pueblo alemán los contempla como se contempla a las fieras."* *(H.* Krausnick *et al.*, 1968.)

Parecíale a Hitler que los judíos estaban contaminando la sangre y el alma de los arios. Para entender el modo como se relaciona este sentimiento con todo el complejo necrófilo debemos examinar otra preocupación de Hitler, en apariencia completamente diferente: la sífilis. En *Mein Kampf* habla de la sífilis como de una de "las más importantes cuestiones vitales de la nación". Dice:

Paralelamente a la contaminación política, ética y moral del pueblo se ha estado produciendo durante muchos años otro envenenamiento de la salud del cuerpo nacional. Sobre todo en las grandes urbes, la sífilis estaba empezando a difundirse más y más, mientras la tuberculosis recogía su cosecha de muerte casi en todo el país. (A. Hitler, 1943.)

No era cierto: ni la tuberculosis ni la sífilis eran un peligro de las proporciones que Hitler les atribuye. Pero se trata de una fantasía típica de necrófilo: el miedo a la suciedad y al veneno así como al peligro de ser contaminado por ellos. Es una manifestación de la actitud necrófila según la cual el mundo que lo rodea a uno es sucio y tóxico, y simultáneamente una defensa contra ella. Es sumamente probable que su odio contra los judíos tuviera sus raíces en este complejo: los judíos son extranjeros; los extranjeros son venenosos (como la sífilis); luego hay que exterminar a los judíos. El que los judíos estaban envenenando no sólo la sangre sino también el alma no es sino una prolongación de la noción original[277].

Cuanto más dudosa veía la victoria, más se revelaba el Hitler destructor: por cada paso hacia la derrota habían de producirse muchas hecatombes. Al final les llegó el turno a los mismos alemanes. Ya el 27 de enero de 1942, más de un año antes de Stalingrado, decía Hitler: "Si el pueblo alemán no está dispuesto a luchar por su supervivencia *(Selbstbehauptung),* tendrá que desaparecer *(dann soll es verschwinden)."* (H. Picker, 1965.) Cuando la derrota era inevitable, ordenó se pusiera

[275] Esta y otras citas de fuentes alemanas y francesas son traducción mía.

[276] Notas escritas de puño y letra del antiguo jefe de Hitler y después ayudante, cónsul general Fritz Wiedemann (retirado). Las declaraciones de Hitler fueron hechas casi el mismo día en que Goering ordenaba que una "Oficina Central del Reich" para la emigración de los judíos fuera dirigida por Eichmann. Este había ya anteriormente elaborado un método para la expulsión de los judíos. H. Krausnick *et al.* (1968) indican que tal vez a Hitler no le gustara mucho esta solución menos extremosa, pero la aceptó "porque de momento era el único método práctico".

[277] Cf. lo que decimos acerca de Alemania, símbolo materno, en la p. 374.

en marcha la destrucción de Alemania con que amenazaba: la tierra, los edificios, las fábricas, las obras de arte. Cuando los rusos estaban a punto de tomar el refugio *(bunker)* de Hitler, había llegado el momento del *desenlace grandioso,* del aniquilamiento. Su perro tuvo que morir con él, y su querida, Eva Braun, que había acudido al refugio contra sus órdenes para acompañarlo en la muerte, tuvo también que morir con él. Hitler, conmovido por el leal gesto de Eva Braun, la premió contrayendo con ella un matrimonio legal; al parecer, el estar dispuesta a morir por él era la única prueba de amor que una mujer podía darle. Goebbels también permaneció fiel al hombre a quien había vendido su alma, y mandó a su esposa y sus seis hijitos morir con él. Como cualquier madre normal, la esposa de Goebbels nunca hubiera matado a sus hijos, y menos por las endebles razones de propaganda que le daba su esposo, pero no tuvo otro remedio: cuando Speer la visitó por última vez, Goebbels no la dejó hablar sola con él ni un minuto. Todo cuanto pudo decir ella fue que se alegraba de que su hijo mayor (de un matrimonio anterior) no estuviera allí[278]. La derrota y muerte de Hitler tenían que ir acompañadas de la muerte de quienes le estaban más allegados, de la muerte de los alemanes, de la destrucción del mundo, si él hubiera podido salirse con la suya. El hundimiento total sería el telón de fondo de su propio hundimiento.

Volvamos a la cuestión de si se pueden explicar o justificar los actos de Hitler por tradicionales razones de Estado, y de si él era humanamente diferente de cualquier otro estadista o general que desencadena una guerra y da órdenes para que mueran millones de personas. En algunos respectos, Hitler era como muchos dirigentes "normales" de grandes potencias, y es bastante hipócrita decir que su política fue única en vista de lo que consta que han hecho los dirigentes de otras naciones poderosas. Lo especial en el caso de Hitler es la desproporción entre las destrucciones que ordenó y las razones realistas que había para ello. Sus acciones, desde el asesinato de muchos millones de judíos, rusos y polacos hasta la orden final para el aniquilamiento de todos los alemanes, no pueden explicarse por motivos estratégicos, sino que son producto de la pasión de un hombre hondamente necrófilo. Este hecho se confunde a veces al poner todo el énfasis en el exterminio por Hitler de los judíos y olvidar que los judíos fueron sólo unas de las víctimas que Hitler quería exterminar. Ciertamente, es justo decir que Hitler odiaba a los judíos, pero es igualmente justo decir que odiaba a los alemanes. Odiaba al género humano entero y a la vida misma. Esto se verá aún más claramente si examinamos a Hitler en relación con otras manifestaciones necrófilas vistas ya al tratar de la necrofilia en términos generales.

Veamos primero ciertas manifestaciones espontáneas de su orientación necrófila. Cuenta Speer la reacción de Hitler a la escena final de un noticiero fílmico acerca del bombardeo de Varsovia:

Nubes de humo oscurecían el firmamento; los aviones de bombardeo en picada se inclinaban y precipitaban hacia su objetivo; podíamos ver caer las bombas, zafarse de salida los aviones y expandirse como un gigante la nube causada por las explosiones. El funcionamiento en cámara lenta realzaba el efecto. Hitler estaba fascinado. La película terminó con un montaje en que se veía un bombardero de picada lanzándose hacia un esbozo de Inglaterra. Seguía un estallido de llamas y la isla volaba hecha pedazos. El entusiasmo de Hitler no tenía límites. " ¡Eso es lo que les sucederá! —gritó transportado—. ¡Así los aniquilaremos! " (A. Speer, 1970.)

[278] A. Speer, comunicación personal.

Comunica Hanfstaengl una conversación celebrada en plena década de los veintes, en que trató de persuadir a Hitler de que visitara Inglaterra: le decía a Hitler las interesantes vistas que allí había y mencionó a Enrique VIII. Hitler respondió: "Seis esposas —aja, seis esposas—; no está mal, y dos de ellas eliminadas en el patíbulo. Verdaderamente, deberíamos visitar Inglaterra e ir a La Torre de Londres, a ver el lugar donde las ejecutaron. Valdría la pena." (E. Hanfstaengl, 1970.) Ciertamente, aquel lugar de ejecución le interesaba más que el resto de Inglaterra.

Es característica también la reacción de Hitler al film *Fredericus Rex*[279] en 1923. En esta película, el padre de Federico quiere ejecutar a su hijo y su amiga por un intento de huir del país. En la sala y nuevamente camino de su casa, Hitler repetía: "A él también hay que matarlo [al hijo]. ¡Magnífico! Esto significa que hay que cortar la cabeza a quienquiera peca contra el Estado, aunque sea nuestro propio hijo." Prosiguió diciendo que ese método debía aplicarse también en el caso de los franceses (que entonces ocupaban la valiosa comarca del Ruhr), y concluyó: "¿Qué importa que una docena de nuestras ciudades del Rin y el Ruhr sean consumidas por el fuego y que pierdan la vida unos cuantos cientos de miles de personas? " (E. Hanfstaengl, 1970.)

Son características de su orientación necrófila ciertas *bromas* que acostumbraba. Hitler seguía un régimen vegetariano, pero a sus invitados se les servía una comida normal, "Si había caldo de carne —dice Speer— era seguro que hablaría de *té de cadáver;* a propósito de cangrejos de río sacaba a relucir su cuento de una abuela difunta cuyos familiares la habían echado al arroyuelo para atraer a los crustáceos; en cuanto a las anguilas, que como mejor las cebaban y cazaban era con gatos muertos." (A. Speer, 1970.)

El *rostro* de Hitler también delataba la expresión olfateadora mencionada al tratar de la necrofilia, como si constantemente estuviera aspirando un hedor; esto se patentiza en gran número de fotografías. Su risa jamás era franca sino una suerte de mueca afectada, como puede echarse de ver también en las fotografías. Este rasgo es notorio particularmente en la culminación de su carrera, después de rendirse Francia, en el vagón de ferrocarril en Compiègne. Según se veía en un noticiero, después de salir del vagón ejecutó una pequeña "danza", se golpeó los muslos y el vientre con las manos e hizo una fea mueca, como si acabara de tragarse a Francia[280].

Otro de los rasgos necrófilos de Hitler era su *aburrimiento.* Sus conversaciones de sobremesa eran la manifestación más rotunda de esa forma de carácter mortecino, falto de vida. En Obersalzberg, después de la comida de la tarde, él y la compañía iban caminando a una casa de té, donde les servían té y café con pastelillos y otras golosinas. "Era allí donde Hitler gustaba particularmente de abandonarse a interminables monólogos. Sus temas solían ser familiares para la compañía, que por eso escuchaba vagamente, aunque simulando atención. A veces, el mismo Hitler se adormecía con uno de sus monólogos. Entonces la compañía seguía charlando bajito, esperando que se despertara a tiempo para la cena." (A. Speer, 1970.) Entonces volvían todos a la casa y al cabo de dos horas se servía la cena. Después de ésta veían películas, y a continuación algunas veces charlaban trivialmente de ellas.

Pasada la una, algunos miembros de la compañía, a pesar de todos los esfuerzos que hacían por dominarse, no podían reprimir los bostezos. Pero la velada de sociedad se arrastraba monótona, fatigosa y fútil, durante otra hora o más, hasta que por fin Eva

---

[279] De Arsen von Oswald, con Otto Gebühr. [T.]

[280] Ésta es una manifestación reveladora de su carácter "oral sádico" y explotador.

Braun hablaba unas palabras con Hitler y le permitían subir a acostarse[281]. Hitler se levantaba aproximadamente un cuarto de hora más tarde para dar las buenas noches a la compañía. Los que quedaban, liberados, solían continuar aquellas horas de torpor con una alegre fiesta, con champaña y coñac. (A. Speer, 1970.)[282]

La destructividad de Hitler puede reconocerse en sus principales manifestaciones, algunas de las cuales he mencionado ya, pero no la advirtieron millones de alemanes ni los estadistas y políticos de todo el mundo. Por el contrario, se le consideraba un gran patriota, movido por el amor a su país; era el salvador que liberaría a Alemania del tratado de Versalles y del agudo desastre económico, el gran constructor que edificaría una Alemania nueva y próspera. ¿Cómo es que los alemanes y el mundo no vieron al gran destructor tras de la máscara del constructor?

Hay muchas razones para ello. Hitler era un mentiroso y un actor consumado. Proclamaba su deseo de paz e insistía después de cada nuevo triunfo en que aquella sería su última pretensión; lo comunicaba de forma convincente con sus palabras y con su voz, muy bien controlada. Pero sólo engañaba a sus futuros enemigos. Por ejemplo, en una de sus conversaciones con sus generales proclamaba: "El hombre tiene un sentido para descubrir la belleza. El inundo es magnífico para quien emplea este sentido .. . La belleza tiene que tener poder sobre los hombres . . . [Después de terminada la guerra] quiero dedicarme a mis pensamientos durante cinco o diez anos, y a ponerlos por escrito. Guerras van y guerras vienen. Lo que queda son sólo los valores de la cultura ..." Quiere crear una nueva era de tolerancia y acusa a los judíos de haber introducido la intolerancia con el cristianismo. (H. Picker, 1965.)

Represión de la destructividad

Es probable que Hitler ni siquiera mintiera conscientemente cuando hablaba así; sencillamente adoptaba el papel de "artista" y "escritor", ya que nunca reconoció su fracaso en estos dos campos. Pero las declaraciones de este género tenían una función mucho más importante, relacionada con el fondo de la estructura de carácter de Hitler: la represión de la conciencia de su destructividad. Primeramente, en *racionalizaciones:* cualquier destrucción que ordenara la justificaba con razonamientos, como si solamente tuviera por objeto la supervivencia, el engrandecimiento, el esplendor de la nación alemana; era en defensa contra los enemigos que querían destruir a Alemania (judíos, rusos, al final Inglaterra y los Estados Unidos); obraba en nombre de la ley biológica de la supervivencia ("Si he de creer en una ley divina, sólo será la de conservación de la especie." [H. Picker, 1965.]) Es decir: cuando Hitler daba sus órdenes de destrucción sólo tenía conciencia de su "deber" y de sus nobles intenciones, que requerían actos destructivos, pero reprimía la *conciencia* de su *afán* de destruir. Evitaba así enfrentarse a sus verdaderas motivaciones.

---

[281] Dice Speer que las conversaciones durante la comida en Berlín no eran menos triviales y aburridas y que Hitler "ni siquiera se molestaba en disimular las frecuentes repeticiones que tanto embarazaban a quienes lo escuchaban". (A. Speer, 1970.)

[282] En las *Conversaciones de sobremesa* con los generales en su cuartel general, en 1941-2, es evidente que Hitler hacía un esfuerzo mayor y trataba de impresionar a los invitados con su erudición y sus conocimientos. Aquellas charlas se componían de monólogos interminables que abarcaban todos los temas posibles. Era el mismo Hitler que diera sus conferencias a los solitarios del Männerheim. Pero ahora formaban su público los jefes del ejército alemán; su aplomo había aumentado mucho y la amplitud de sus conocimientos (no la profundidad) se había ensanchado con más años de lectura. Pero en definitiva, el cambio sólo es superficial.

Una forma todavía más eficaz de represión son las *formaciones reactivas.* Es ésta una forma clínicamente bien demostrada de tratar los deseos reprimidos; una persona niega su existencia adquiriendo rasgos exactamente opuestos. Un ejemplo de esas formaciones reactivas era su vegetarianismo. No es que el vegetarianismo tenga siempre esa función, pero la tenía en el caso de Hitler, como lo indica el hecho de que dejara de comer carne después del suicidio de su medio sobrina Geli Raubal, que había sido su amante. Todo su comportamiento de entonces muestra que se sentía intensamente culpable de aquel suicidio. Aunque descartemos, por no haber sido probada, la sospecha (hallada en la literatura) de que en realidad la mató él en un acceso de rabia al verla infatuada de un artista judío, podría echársele la culpa del suicidio. La tenía medio presa, era en extremo celoso y había iniciado un vivo coqueteo con Eva Braun. Después de la muerte de Geli cayó en un estado de depresión, y empezó una suerte de culto luctuoso (el cuarto de ella siguió intacto mientras él vivió en Munich, y lo visitaba todas las Navidades). Su abstinencia de carne era una expiación por su culpa y la prueba de su incapacidad de matar. Su antipatía por la caza probablemente tenía la misma función.

Las manifestaciones más claras de esta formación de reacción pueden verse en los siguientes hechos, citados por W. Maser (1971). Hitler no entró en ninguna pelea con contrarios políticos en los anos anteriores a su toma del poder. Sólo una vez tocó a un contrario político. Jamás estuvo presente en un asesinato ni una ejecución. (Cuando Röhm pidió antes de que lo mataran que viniera el Führer en persona a dispararle, sabía lo que decía.) Al ser muertos algunos de sus camaradas en la intentona de Munich (9 de noviembre de 1923), luchó con ideas de suicidio y empezó a padecer de contracciones en el brazo izquierdo, condición que volvió a presentarse después de la derrota de Stalingrado. Imposible que sus generales lo persuadieran de visitar el frente. "No pocos militares y otras personas estaban firmemente convencidos de que esquivaba esas visitas porque no era capaz de ver los soldados muertos y heridos." (W. Maser, 1971.)[283] La razón de esta conducta no era la ausencia de valor físico, ampliamente probado en la primera guerra mundial, ni sus compasivos sentimientos por los soldados alemanes, por quienes sentía tan poco como por cualquiera otra persona. (W. Maser, 1971.)[284] Yo opino que esta reacción fóbica a ver cadáveres es una reacción de defensa contra la conciencia de su propia destructividad. Mientras sólo daba y firmaba órdenes, no había hecho más que hablar y escribir. Es decir, "él" no había derramado sangre mientras evitara *ver* los cadáveres en la realidad y se protegiera de la conciencia afectiva de su pasión de destruir. Esta reacción fóbica de defensa es fundamentalmente el mismo mecanismo que hallamos en el fondo de la limpieza exagerada, algo compulsiva, de Hitler, mencionada por Speer[285]. Este síntoma en la forma aminorada que presentaba en Hitler, así como en la forma grave de una compulsión de lavarse bien caracterizada, suele tener una función: la de quitarse la suciedad, la sangre que se adhiere simbólicamente a las manos (o a todo el cuerpo); la conciencia de la sangre y la suciedad queda reprimida, y lo consciente es sólo la necesidad de estar "limpio". El negarse a ver cadáveres se asemeja a esta compulsión; ambas cosas sirven para negar la destructividad.

Hacia el fin de su vida, cuando sentía que se acercaba la derrota final, Hitler ya no pudo seguir reprimiendo su destructividad. Un ejemplo señalado es su reacción al

---

283 Esta afirmación de Maser la confirma Speer en una comunicación personal.

284 Lo que dice aquí Maser se basa en la autoridad del general W. Varlimont (1964).

285 A. Speer, comunicación personal.

ver los cadáveres de los jefes de la rebelión abortada de los generales en 1944. El hombre que no había sido capaz de contemplar cadáveres dio entonces órdenes de que le mostraran la película tomada de la tortura y ejecución de los generales y de los cadáveres con uniforme de prisión colgando de ganchos para carne. Tenía en su mesa una fotografía de esta escena[286]. Su amenaza anterior de destruir a Alemania en caso de derrota se haría ahora realidad. Y no fue gracias a Hitler el que Alemania se salvara.

OTROS ASPECTOS DE LA PERSONALIDAD DE HITLER

No podemos entender a Hitler ni a nadie viendo solamente una de sus pasiones, aunque sea la más importante. Para comprender cómo este hombre, impulsado por la destructividad, logró convertirse en el más poderoso de Europa, admirado por muchos alemanes (y no pocas gentes de otros países), debemos tratar de aprehender *toda* la estructura de su carácter, sus talentos y dotes especiales y la situación social dentro de la cual funcionaba.

Además de la necrofilia presenta también Hitler el cuadro del sadismo, aunque oscurecido por la intensidad de su ansia de destrucción lisa y llana. Como ya he analizado el carácter sadomasoquista y autoritario de Hitler en una obra anterior (E. Fromm, 1941), puedo ser aquí muy breve. Tanto en sus escritos como en sus discursos, Hitler manifestó su ansia de poder sobre los débiles. Explicaba de este modo la ventaja de celebrar las concentraciones de masas en la noche:

> Parece que en la mañana, y aun durante el día, la voluntad del hombre se rebela con máxima energía contra el intento de someterla a la voluntad y la opinión de otra persona. Pero en la noche sucumben más fácilmente a la fuerza dominadora de una voluntad más fuerte. Porque en verdad esas concentraciones son un verdadero forcejeo entre dos contrincantes. El talento oratorio superior de una naturaleza apostólica dominante triunfará y ganará más fácilmente para la nueva voluntad a las personas que a su vez han sentido debilitarse su fuerza de resistencia del modo más natural que a aquellas que todavía son plenamente dueñas de su energía, su mente y su voluntad. (A. Hitler, 1943.)

Al mismo tiempo su actitud de sumisión le hacía sentir que obraba en nombre de una potencia superior, "Providencia" o ley biológica. En una frase dio expresión Hitler tanto a sus aspectos sádicos *como* a los necrófilos: "Lo que quieren [las masas] es la victoria del más fuerte y el aniquilamiento o la entrega sin condiciones del débil." (A. Hitler, 1943.) El sádico hubiera pedido la *entrega sin condiciones;* sólo el necrófilo exige el *aniquilamiento.* La palabra "o" conecta el lado sádico con el necrófilo del carácter de Hitler; pero sabemos por los hechos que el deseo de aniquilar era en él más fuerte que el de obtener una mera rendición.

Otros tres rasgos de carácter estrechamente relacionados entre sí eran su narcisismo, su actitud retraída y su ausencia total de sentimientos de amor, cordialidad o compasión.

Su narcisismo[287] es el rasgo más fácil de reconocer en todo el cuadro. Presenta todos los síntomas típicos de una persona extremadamente narcisista: sólo se interesa en sí mismo, sus deseos, su pensamiento, sus anhelos; hablaba interminablemente de sus ideas,

---

[286] Iden.

[287] Cf. lo que decimos del narcisismo en el capítulo 9.

su pasado, sus planes; el mundo es real en tanto es el objeto de sus proyectos y deseos; los demás importan sólo en tanto le sirven o puede utilizarlos; él siempre lo sabe todo mejor que nadie. Esta seguridad en sus ideas y proyectos es característica típica de narcisismo intenso.

Hitler llegó a sus conclusiones sobre todo basándose en emociones, no en el resultado de examinar los hechos. Remplazaba el *conocimiento* político, económico y social por la *ideología* Una vez aceptadas por él unas ideas por ser agradables a sus emociones, le parecían ciertos los hechos que esas ideas proclamaban. Esto no significa que desdeñara los hechos por completo; hasta cierto punto era un agudo observador y sabía valorar ciertos hechos mejor que muchas personas menos narcisistas. Pero esta facultad, que después seguiremos examinando, no excluye su falta de realismo en cuestiones esenciales, en relación con las cuales sus creencias y decisiones tenían en gran parte una base narcisista.

Hanfstaengl comunica una ilustración reveladora de su narcisismo. Había Goebbels dado orden de que se grabara una cinta con algunos discursos de Hitler. Siempre que éste lo visitaba, Goebbels tocaba las tales grabaciones; Hitler "se echaba en un sillón bien relleno y disfrutaba de su voz en un estado como de arrobamiento *(in einer Art von Vollnarkose),* como aquel griego trágicamente enamorado de sí mismo que halló la muerte en el agua en cuya lisa superficie admiraba su imagen". (E. Hafnstaengl, 1970.) P. E. Schramm habla del "culto yoísta" de Hitler. "Según [el general] Alfred Jodl, lo dominaba la `convicción casi mística de su infalibilidad como jefe de la nación y de guerra'." (H. Picker, 1965.) Speer escribe de la "megalomanía" de Hitler, que se echaba de ver en sus planes de construcción. Su palacio de Berlín debía ser la residencia más grande jamás edificada, ciento cincuenta veces mayor que la residencia del canciller en tiempos de Bismarck. (A. Speer, 1970.)

Relacionada con su narcisismo está la *patente falta de interés* por nada ni nadie que no fuera para su servicio, y su frío alejamiento de todos. A su narcisismo absoluto correspondía una ausencia casi absoluta de amor, ternura o simpatía por nadie. En toda su historia no se puede hallar una sola persona que pudiera llamarse amiga suyo; Kubizek y Speer fueron los que más se aproximaron a eso, pero de todos modos no puede decirse que fueran "amigos" suyos. Kubizek, de su misma edad, le servía de público, de admirador y de compañero; pero Hitler jamás fue franco con él. La relación con Speer era diferente; Speer representaba probablemente para Hitler la imagen que él se hacía de sí mismo como arquitecto; él, Hitler, hubiera sido un gran constructor por mediación de Speer. Parece incluso haber sentido algún afecto genuino por Speer —el único caso en que hallamos esto, tal vez con la excepción de Kubizek— y supongo que la razón de este raro fenómeno tal vez fuera el ser la arquitectura el único campo en que tenía Hitler un interés real aparte de si mismo, lo único en que se animaba. De todos modos, Speer, como dijo sucintamente en el juicio de Nuremberg no era amigo suyo: "Si Hitler hubiera tenido amigos, yo hubiera sido su amigo." La verdad era que Hitler no tenía amigos; siempre fue un solitario reservado, de pintor de tarjetas postales en Viena como de Führer del Reich. Comenta Speer su "incapacidad de establecer contactos humanos" y cómo el mismo Hitler se daba cuenta de su total soledad. Una vez le dijo que después de su retiro no tardarían en olvidarlo:

La gente se volvería con rapidez hacia su sucesor cuando se viera claro que el poder estaba ahora en otras manos ... Todos lo abandonarían. Jugueteando con esta idea y compadeciéndose bastante de sí mismo, continuó: "Quizá alguno de mis primeros compañeros me visite alguna vez. Pero no cuento con ello. Aparte de la señorita Braun, no llevaré a nadie conmigo. La señorita Braun y mi perro. Estaré solo. ¿Por qué había

alguien de querer estar junto a mí mucho tiempo? Nadie se acordará ya de mí. Todos correrán tras de mi sucesor. Quizá una vez al año se presenten para mi cumpleaños." (A. Speer, 1970.)

En estos sentimientos, Hitler no sólo expresa la idea de que nadie sentía afecto por él sino también la convicción de que la única razón del apego a él era su poder; sus únicos amigos eran su perro y la mujer que no amaba ni respetaba, pero a la que dominaba completamente.

Hitler era frío y despiadado. Esto lo observó gente tan sensible como H. Rauschning (1940) y Speer. Éste da un ejemplo elocuente; él y Goebbels trataban de persuadir a Hitler, por razones de propaganda, de que visitara las ciudades bombardeadas. Pero Hitler rechazaba con regularidad tales sugestiones. En sus viajes de la estación de Stettin a la cancillería o a su departamento de la Prinzregentstrasse en Munich ordenaba ahora a su chofer que tomara el camino más corto, mientras que antes le gustaban los largos rodeos. Como yo lo acompañé varias veces en esos recorridos, vi con qué ausencia de emoción observaba los nuevos campos de cascajo por que iba a pasar su coche". (A. Speer, 1970.) El único ser vivo "que provocaba una chispa de sentimiento humano en Hitler" era su perro. (A. Speer, 1970.)

Otras muchas personas, menos perspicaces, se engañaron: lo que creían *ardor* era en realidad *excitación,* que asomaba cuando Hitler hablaba de sus temas favoritos o estaba de humor vengativo o destructivo. En toda la literatura acerca de Hitler me fue imposible hallar un caso en que diera muestras de compasión por alguien; naturalmente, no por sus enemigos, pero tampoco por los soldados combatientes, y después los civiles, alemanes. Sus decisiones tácticas en la guerra —sobre todo su insistencia en no retirarse (por ejemplo en la batalla de Stalingrado), nunca estuvieron bajo la influencia de la preocupación por el número de soldados a sacrificar; para él eran sólo otras tantas bocas de fuego.

Resumiendo, Speer dice: "Faltábanle a Hitler todas las virtudes más amables del hombre: la ternura, el amor, la poesía eran ajenas a su naturaleza. En la superficie hacía gala de cortesía, encanto, tranquilidad, corrección, amabilidad y dominio de sí mismo. Esta epidermis tenía a todas luces la misión de recubrir los rasgos dominantes con una capa general, pero delgada." (Advertencia final por A. Speer, en J. Brosse, 1972.)

Relaciones con las mujeres

Las relaciones de Hitler con las mujeres muestran la misma ausencia de amor y ternura o compasión que sus relaciones con los hombres. Esta afirmación parecería contradictoria con el hecho de que Hitler tuviera mucho apego a su madre; pero si aceptamos que la incestuosidad de Hitler era de tipo maligno, o sea que estaba vinculado a la madre pero por un vínculo frío e impersonal, estaremos preparados a descubrir que sus relaciones con las mujeres, ya de mayor, fueron también frías e impersonales.

Entre las mujeres en quienes se interesara Hitler podemos distinguir esencialmente dos categorías, caracterizadas sobre todo por sus respectivas posiciones sociales: 1] las mujeres "respetables", que se distinguían por su riqueza, su condición social o por ser actrices famosas, y 2] las mujeres situadas socialmente "por debajo" de él, como su medio sobrina, Geli Raubal, y su amante de tantos años, Eva Braun. Su

comportamiento y sentimientos para con el primer grupo eran muy diferentes de los que tenía para con el segundo.

Entre las mujeres del primer grupo había cierto número de damas de sociedad, ricas y de bastante edad, de Munich que tenían amistad con él y le hacían considerables regalos a 61 personalmente y al Partido. Lo más importante es que lo iniciaron en la vida y las maneras de la alta sociedad. Aceptaba sus regalos y su adoración cortésmente, pero nunca se enamoró de ninguna de esas figuras maternales ni sintió atracción erótica por ellas.

Con otras mujeres socialmente superiores era algo tímido y cauteloso. Su infatuación juvenil por Stephanie, muchacha joven y guapa de la alta sociedad de Linz, es un prototipo de esa actitud; estaba enamoradísimo de ella, y según Kubizek, le paseaba la calle y trataba de verla cuando salía, pero nunca se atrevía a dirigirse a ella ni intentó que los presentara un tercero. Al final le escribió una carta donde le exponía su deseo de casarse con ella más adelante, después de haber llegado a ser alguien, pero no la firmó. Todo este comportamiento, que lleva el sello de la falta de realismo, puede atribuirse a su juventud, pero según otros muchos datos, por ejemplo los que proporcionan Hanfstaengl y Speer, mostró la misma timidez para con las mujeres en anos posteriores. Parece ser que su actitud para con las mujeres deseables que admiraba siempre fue de adoración a distancia. En Munich le gustaba contemplar a las mujeres de buen ver; cuando llegó al poder se rodeaba de mujeres hermosas, sobre todo actrices de cine, pero no hay pruebas de que se enamorara de ninguna. Con aquellas mujeres "Hitler se comportaba más bien como el graduado de la clase de baile en el baile final. Se mostraba tímidamente ansioso de no hacer nada mal, de hacer el número suficiente de cumplidos y de darles la bienvenida y la despedida con el besamanos austriaco". (A. Speer, 1970.)

Había también las mujeres que Hitler no admiraba ni respetaba, como Geli Raubal y Eva Braun, pero que se sometían a él. Es con ese tipo de mujeres con el que parece haber tenido sobre todo relaciones sexuales.

La vida sexual de Hitler ha sido objeto de muchas especulaciones. Se ha sólido decir que era homosexual, pero no hay pruebas de ello, ni parece probable que lo fuera[288]. Por otra parte, no hay pruebas de que sus relaciones sexuales fueran normales ni siquiera de que fuera sexualmente potente. La mayor parte de los datos relativos a la vida sexual de Hitler proceden de Hanfstaengl, quien tuvo muchas ocasiones de observarlo en Munich y Berlín en los veintes y los primeros treintas[289].

Comunica Hanfstaengl lo que dijo Geli Raubal a una amiga: "Mi tío es un monstruo. Nadie puede imaginarse lo que exige de mí." Corrobora en cierto modo esta declaración otro relato hecho a Hanfstaengl por F. Schwartz, tesorero del Partido en los veintes. Según éste, había chantajeado a Hitler un hombre que tenía en su poder esbozos pornográficos de Geli hechos por aquél, mostrándola en posiciones "que ninguna modelo profesional querría tomar". Hitler dio órdenes de pagar al individuo para que lo dejara en paz, pero no permitió que se destruyeran los apuntes; tuvieron que conservarlos en su caja fuerte de la Casa Parda. Nadie sabe lo

---

[288] *Cf. W.* Maser (1971). J. Brosse (1972), aunque reconoce que no hay pruebas directas de ello, basa *su* afirmación de que Hitler tenía fuertes tendencias homosexuales latentes en el tortuoso argumento de que es probable, porque Hitler tenía tendencias paranoides, y este razonamiento se funda en el supuesto freudiano de la estrecha relación entre la paranoia y la homosexualidad inconsciente.

[289] Por desgracia, Hanfstaengl no es un testigo digno de confianza. *Su* autobiografía es en gran parte *pro domo sua;* en ella trata de presentarse como un hombre que trató de ejercer una buena influencia sobre Hitler y que después de la ruptura con éste se hizo "consejero" del presidente Roosevelt . . . pretensión harto exagerada. De todos modos, en la descripción de las relaciones de Hitler con las mujeres podemos concederle una credibilidad básica, ya que el tema no servía para realzar *su* propia estatura política.

que representaban aquellos apuntes, pero puede suponerse que no eran solamente desnudos de Geli, ya que en el Munich de los veintes difícilmente hubieran podido ser bastante comprometedores para chantajear a Hitler. Es probable que los esbozos representaran alguna posición perversa y que los deseos sexuales de Hitler fueran algo anormales; el que fuera o no totalmente incapaz de realizar el acto sexual normal, como afirma Hanfstaengl, es algo que está por encima de nuestros conocimientos. Pero es probable que los intereses sexuales de un individuo frío, tímido, sádico y destructor como Hitler fueran principalmente de índole perversa. Como no contamos con datos, sirve de poco tratar de construir un cuadro detallado de sus gustos sexuales. Lo más que podemos suponer, según creo, es que sus deseos sexuales fueran en gran parte de tipo mirón *o voyeur,* anal sádico con el tipo inferior de mujeres y masoquista con las mujeres admiradas.

No tenemos tampoco pruebas acerca de sus relaciones sexuales con Eva Braun, pero sabemos bastante de sus relaciones afectivas con ella. Es patente que la trataba con la mayor desconsideración. Los regalos de cumpleaños que le hacía son sólo un ejemplo: encargaba a un ayudante que le comprara cualquier baratija y las obligadas flores[290]. "En general, Hitler no mostraba gran consideración por lo que ella sintiera. En su presencia se explayaba opinando acerca de las mujeres como si ella no estuviera allí: `un hombre muy inteligente debería tomar una mujer primitiva y estúpida'." (A. Speer, 1970.)

Penetramos más en la actitud de Hitler para con Eva Braun con el diario de ésta. Su escritura es difícil de descifrar en parte, pero dice más o menos así:

11 de marzo de 1935. Sólo deseo una cosa: estar gravemente enferma y no saber nada de él por lo menos una semana. ¿Por qué no me pasa nada? ¿Por qué tengo que aguantar todo esto? Ojalá no lo hubiera conocido. Estoy desesperada. Ahora otra vez estoy comprando polvos para dormir, entonces me hallo en un estado como de sueño y ya no pienso tanto en ello.

¿Por qué no me lleva el diablo? Seguramente estaría mejor con él que aquí.

Estuve 3 horas esperando delante del Carlton y tuve que verlo comprando flores ... y llevándola a comer. [Observación añadida posteriormente, el 16 de marzo:] loca imaginación.

Sólo me quiere para ciertas cosas, no es posible de otro modo. [Añadido después:] ¡tontería!

Cuando dice que me quiere *[er hat mich lieb]* sólo en ese momento lo siente, igual que sus promesas, que nunca cumple.

1 de abril de 1935. La noche pasada nos invitó al Vier Jahreszeiten [restorán muniqués], tuve que estar 3 horas sentada junto a él sin poder decirle una sola palabra. Al separarnos me dio, como ya hizo otra vez, un sobre con dinero, ¡Qué agradable hubiera sido si me hubiera escrito al mismo tiempo una palabra amable o un saludo! ¡Me hubiera gustado tanto . . .! Pero él no piensa en esas cosas.

28 de mayo de 1935. Acabo de enviarle una carta que para mí es decisiva, si él ... [indescifrable].

Bueno, ya veremos. Si no tengo respuesta esta noche a las 10, sencillamente me tomaré mis 25 píldoras y tranquilamente a ... dormir.

¿Es eso el ... amor que tantas veces me ha asegurado, si no me ha dicho una palabra amable en 3 meses?

---

[290] A. Speer, comunicación personal.

Dios mío, temo que no me responda hoy. Si siquiera me ayudara alguien; todo es tan terrible y sin esperanzas. Tal vez le llegue mi carta en un momento inoportuno. Tal vez no hubiera debido escribirle. Como quiera que sea, la incertidumbre es más difícil de aguantar que un fin súbito.

Me he decidido por 35 [píldoras para dormir]; esta vez la cosa será "definitiva". Si siquiera hubiera encargado a alguien que me telefoneara . . . (Eva Braun, 1935)[291]

En el mismo diario se queja de que en ocasión de su cumpleaños no le dio él nada de lo que tanto ansiaba ella (un perrito y vestidos) y nada más hizo que alguien le llevara flores; ella se compró joyas por un valor equivalente a unos doce dólares, esperando que al menos a él le gustaría vérselas puestas.

Hay algunos datos acerca del comportamiento masoquista de Hitler para con las mujeres que admiraba. Hanfstaengl cuenta un incidente relacionado con la actitud de Hitler respecto de la esposa de aquél. En una visita al hogar de los Hanfstaengl, mientras el marido salió por unos minutos, Hitler se arrodilló delante de la señora, dijo que era su esclavo y deploró el destino que le había deparado demasiado tarde la experiencia, dulce y amarga al mismo tiempo, de conocerla. Corrobora el punto esencial de este dato (el comportamiento masoquista de Hitler) un documento que pudo procurarse W. C. Langer (1972). Renée Müller, actriz de cine, había confiado a su director, A. Ziessler, lo que sucedió en la velada que pasó en la cancillería:

Ella estaba segura de que iba a acostarse con él. Ambos se habían desvestido y al parecer se preparaban a ir a la cama cuando Hitler se tiró al suelo y le rogó que lo pateara. Ella vacilaba, pero él le suplicaba y se condenaba, decía que era indigno, acumulaba toda clase de acusaciones sobre su propia cabeza y se arrastraba como si estuviera agonizando. La escena se hizo intolerable para ella y al final accedió a sus deseos y le dio unos puntapiés. Esto lo excitó mucho, y le imploraba más y más, diciendo siempre que ni siquiera eso se merecía y que él no era digno de estar en el mismo cuarto que ella. Ella siguió pateándolo, y él cada vez se excitaba más. (A. Zeissler, 1943.)

Renée Müller se suicidó poco después.

Hubo cierto número de otras mujeres de la clase superior de quienes se dice que estuvieron enamoradas de Hitler, pero no hay pruebas suficientes de que tuvieran relaciones sexuales con él. Es digno de nota el que algunas mujeres que estuvieron relacionadas con él de bastante cerca se suicidaron o trataron de hacerlo: Geli Raubal, Eva Braun (dos veces), Renée Müller, Unity Mitford y algunos otros casos más dudosos que cita Maser. Es difícil no especular acerca de que la destructividad de Hitler no dejó de operar en ellas.

Cualquiera que fuera la índole de la perversión que tenía Hitler, los detalles importan poco, ni su vida sexual explica acerca de él algo más de lo que ya sabemos. De hecho, la credibilidad de los pocos datos que tenemos de su vida sexual se basa principalmente en nuestro conocimiento de su carácter.

Dotes y talentos

[291] Versión inglesa de E. Fromm.

El análisis caracterológico de Hitler nos ha revelado una persona retraída, muy narcisista, sin relaciones, indisciplinada, sadomasoquista y necrófila. Es seguro que estas propiedades no explicarían su éxito, a menos que fuera un hombre extraordinariamente dotado y talentoso.

¿Cuáles eran sus dotes y talentos?

El mayor talento de Hitler era su facultad de influir en los demás, de impresionar y persuadir. Hemos visto cómo tenía esta habilidad desde pequeño. La reconocía y practicaba en su papel de jefe de las pandillas juveniles que jugaban a la guerra; después en su relación con Kubizek, su primer partidario verdadero; luego con los huéspedes del Männerheim en Viena. Poco después de la revolución, en 1919, sus superiores militares le dieron la misión de convertir a los soldados a las ideas de derecha y de despertar en ellos odio contra los revolucionarios. Se entrevistó con el pequeño e insignificante grupo del Partido Obrero Socialista (cincuenta miembros) y en el año logró convertirse en el jefe indiscutido del Partido, al que rebautizó con el nombre de Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista, cuya constitución modificó, y fue reconocido como uno de los oradores más populares de Munich.

Las razones de su facultad de influir en los demás —naturalmente el talento esencial de los demagogos— son múltiples.

Debemos pensar ante todo en lo que ha sólido llamarse su *magnetismo,* que según la mayoría de los observadores estaba en sus ojos. (H. Picker, 1965; W. Maser, 1971; A. Speer, 1970.) Hay cierto número de noticias que muestran que incluso las personas predispuestas contra él se convertían súbitamente cuando él las miraba derecho a los ojos. El profesor A. von Müller, que daba un curso de historia a los soldados que se adiestraban para labor de inteligencia en Munich nos proporciona el siguiente cuadro de su primer encuentro con Hitler:

Al final de mi clase observé un grupito que me hizo detener. Estaban como hipnotizados por un hombre en el medio de ellos, que les hablaba con una extraña voz gutural, sin detenerse y cada vez más excitado. Tuve la peculiar sensación de que la excitación del grupo la causaba él con la suya y simultáneamente la de ellos imprimía energía a su voz. Vi un rostro pálido y delgado . . . con breve bigote recortado y ojos llamativamente grandes, de un azul pálido, fanáticamente fríos, brillantes. (W. Maser, 1971.)

Hay muchos documentos en que se mencionan las propiedades magnéticas de sus ojos. Como yo nunca lo vi sino en fotografía, que sólo da una idea muy vaga de esa propiedad especial, únicamente puedo especular acerca de cómo sería. Pero facilita la especulación una observación frecuentemente hecha con las personas muy narcisistas —sobre todo las fanáticas—, que con frecuencia tienen un brillo particular en los ojos, brillo que les da una apariencia de gran intensidad y gravedad, de algo extraterrenal. De hecho, muchas veces es difícil distinguir entre la expresión de los ojos de un hombre muy serio, casi santo y los de uno muy narcisista, incluso semiloco. La única cosa que los distingue es la presencia —o ausencia— de cordialidad, de calor, y todos los datos concuerdan en que Hitler tenía los ojos fríos, que toda la expresión de su rostro era fría, que había en él una ausencia total de calor o sentimiento. Este rasgo podría tener un efecto negativo —como lo tuvo en muchos—, pero a menudo refuerza el poder magnético. La crueldad fría y la falta de humanidad en un rostro produce temor; uno prefiere admirar a espantarse. La palabra que mejor puede describir esta mezcla de sentimientos es "pavor" o

"espanto" *(awe);* es algo terrible, temible, pero también imponente, que nos infunde un temor reverencial[292].

Otro factor en la capacidad de impresionar que tenía Hitler era su narcisismo y la inconmovible certeza, la *seguridad* que como tantos narcisistas tenía en sus ideas. Para entender este fenómeno debemos considerar que, hasta donde alcanza nuestro conocimiento, nada es cierto o seguro, menos la muerte. Pero si decimos que nada es cierto, damos a entender que todo es cuestión de conjeturar. De una suposición ilustrada a una hipótesis a una teoría hay una creciente aproximación a la certidumbre por medio de la razón, la observación realista, el pensamiento crítico y la imaginación. Para el que tiene estas facultades, la incertidumbre relativa es muy aceptable porque es la consecuencia del empleo activo de sus facultades, mientras que la certeza es aburrida por inerte. Mas para los que no tienen esas facultades, sobre todo en un tiempo de tanta incertidumbre social y política como el de la Alemania en los veintes, el fanático que pretende estar en lo cierto es una figura atractiva, algo semejante a un salvador.

Un factor análogo que facilitó la influencia de Hitler fue el don de la simplificación exagerada. En sus discursos no tenía la traba de escrúpulos intelectuales o morales. Escogía los hechos que convenían a su tesis, juntaba las partes y formaba una argumentación plausible, al menos para los cerebros poco dados a la crítica. Era también un actor consumado, con notable capacidad para la mímica y para imitar el habla y los ademanes de las personas más diversas[293]. Dominaba por completo su voz y la utilizaba como quería para lograr el efecto deseado. Cuando hablaba a los estudiantes era tranquilo y razonable. Sabía emplear el tono adecuado para hablar a sus rudos e incultos viejos camaradas de Munich o a un príncipe alemán o un general. Sabía hacer toda una escena airada para descorazonar a los ministros checoslovacos o polacos y hacerlos rendirse y era capaz de recibir como un anfitrión perfecto y amable a Neville Chamberlain.

No se puede hablar del talento que tenía para impresionar a los demás sin mencionar sus *ataques de ira* Aquellos estallidos ocasionales contribuyeron bastante a crear el cliché, difundido sobre todo fuera de Alemania, de que Hitler era un individuo gritón, constantemente enojado e incapaz de controlarse. Esa imagen no es nada cierta. En general, Hitler era cortés, cumplido y muy poco impulsivo; sus crisis de rabia, aunque no fueran raras, eran la excepción, si bien a veces alcanzaban gran intensidad. Aquellos estallidos sucedían en dos clases de ocasiones. Primeramente, en sus discursos, sobre todo hacia el final. Era una cólera perfectamente auténtica, porque se alimentaba de su muy genuina pasión de odio y destrucción, a la que daba rienda suelta en determinado punto de sus alocuciones. Era la autenticidad misma de su odio la que lo hacía tan impresionante y contagioso. Pero aunque aquellas expresiones oratorias de odio fueran genuinas, no eran arrebatadas. Hitler sabía muy bien cuando había llegado el momento de darse vuelo y excitar las emociones del auditorio, y sólo entonces abría las compuertas del odio.

Sus estallidos de cólera en las conversaciones parecen haber tenido otra índole, semejante a los que tenía de niño cuando se sentía frustrado[294]. Speer los ha comparado con los berrinches de un niño de seis años, que era en muchos aspectos la

---

[292] En hebreo la palabra *norah* tiene casi el mismo doble significado que el inglés *awe,* se emplea como uno de los atributos de Dios y representa una actitud arcaica en que Dios es simultáneamente horrible y sublime.

[293] A. Speer, comunicación personal.

[294] Debemos dejar sin resolver la cuestión de si las explosiones de ira de Hitler eran debidas a factores orgánicos neurofisiológicos o si tales factores por lo menos bajaban su umbral de cólera.

"edad emocional" de Hitler. Empleaba esos estallidos para intimidar a la gente, pero podía también dominarlos cuando le parecía oportuno.

Un buen ejemplo es la escena que describe uno de los más descollantes jefes militares alemanes, el general Heinz Guderian:

"Con el rostro enrojecido por el enojo, los puños en alto, tembloroso se hallaba [Hitler] ante mí, fuera de sí de rabia y habiendo perdido toda compostura *(fassungslos)* . . . Cada vez gritaba más alto, con el rostro distorsionado." Al ver que Guderian no se dejaba impresionar por aquel espectáculo e insistía en la opinión que tan furioso lo había puesto, Hitler cambió de repente, sonrió con mucha amabilidad y dijo a Guderian: "Por favor, siga adelante con su informe; el Estado Mayor ha ganado hoy una batalla." (A. Bullock, 1965.)

La apreciación que hace Speer de los estallidos de Hitler está corroborada por otros muchos datos de la literatura:

Después de negociaciones dramáticas, Hitler sabía ridiculizar a sus contrarios. Una vez describió la visita de Schuschnigg a Obersalzberg el 12 de febrero de 1939. Simulando un arrebato había hecho comprender al canciller austriaco la gravedad de la situación, dijo, y finalmente lo había obligado a ceder. Muchas de las escenas histéricas que han sido comunicadas fueron sin duda una perfecta actuación. En general, el dominio de sí mismo era una de las más notorias características de Hitler. En aquellos lejanos días sólo perdió el dominio de sí mismo muy pocas veces, al menos en mi presencia. (A. Speer, 1970.)

Otra de las notables cualidades de Hitler era su extraordinaria *memoria.* P. E. Schramm da una animada descripción:

Una cualidad que sorprendía siempre a la gente —incluso a quienes no se dejaban dominar por su maleficio—, era su estupenda memoria; una memoria capaz de recordar exactamente aun detalles sin importancia, como los personajes de las novelas de Karl May, los autores de los libros que había leído una vez y hasta la marca de la bicicleta que tenía en 1915. Recordaba exactamente las fechas de su carrera política, las posadas adonde había ido, las calles por donde había pasado en su vehículo. (H. Picker, 1965.)

Algunos informes señalan la facultad que tenía Hitler de recordar cifras y detalles técnicos: el calibre exacto y el alcance de cualquier tipo de arma de fuego, el número de submarinos que estaban en el mar y en los puertos nacionales y otros muchos detalles de importancia militar. No es maravilla que con frecuencia impresionara a sus generales la profundidad de su conocimiento, que en realidad era sobre todo cosa de memoria.

Esto nos conduce a una cuestión muy importante, la de la *erudición y* el *saber* de Hitler, cuestión de especial importancia en la actualidad, en que hay marcada tendencia a restablecer la imagen de Hitler, una admiración irrestricta por la grandeza de Hitler, como se expresa en muchos libros recientes de ex nazis[295].

Maser toma una posición algo contradictoria. Advierte al lector que muchas declaraciones del propio Hitler acerca de su erudición son de dudoso valor en ausencia de pruebas objetivas. (Por ejemplo, pretendía que se leía un libro serio cada noche y que desde los veintidós años había estudiado seriamente la historia

[295] Cf. H. S. Ziegler (1965); también H. S. Ziegler, ed. (1970). Según diversos informes, podemos esperar que en un futuro cercano se publiquen en Alemania, Inglaterra y Estados Unidos bastantes libros y artículos en que se trate de presentar una imagen retocada de Hitler, el gran dirigente.

universal, la del arte, la cultura, la arquitectura y la política.) A pesar de esta advertencia inicial, Maser afirma, sin citar fuentes, que según informes "debidamente autenticados" de testigos, Hitler había empezado en sus últimos años de escuela a estudiar obras avanzadas de ciencia y arte, pero donde más había profundizado era en aquellas ramas de la historia que él mismo decía dominar. Puede echarse de ver cuán poco crítica es esa valoración del saber de Hitler en un ejemplo contundente. Estribe Maser que las observaciones de Hitler en las *Zwiegespräche* sólo confirman "lo que Hitler había demostrado de modo convincente antes, en conversaciones públicas y privadas: su notable conocimiento de la Biblia y el Talmud". (W. Maser, 1971.) Es el Talmud una obra grande y difícil y sólo quien le ha dedicado años puede tener "notable conocimiento" de ella. Los hechos son sencillos: la literatura antisemítica con que Hitler estaba muy familiarizado cita cierto número de frases del Talmud, a veces deformadas o sacadas del contexto, para probar la siniestra índole de los judíos. Hitler recordaba esas frases y engañaba a su auditorio haciendo creer que dominaba toda una literatura. El que engañara a su auditorio es comprensible; el que todavía pueda engañar a un historiador treinta anos después es lamentable.

Sin duda, Hitler era capaz de hablar con volubilidad y pretender que sabía casi todo cuanto hay bajo el sol, como podrá ver fácilmente cualquiera que lea las *Conversaciones de sobremesa.* (H. Picker, 1965.) Peroraba de paleontología, antropología y todos los aspectos de la historia, la filosofía, la religión, la psicología femenina y la biología.

¿Qué revela un examen crítico de la erudición y los conocimientos de Hitler?

En la escuela nunca fue capaz de hacer un esfuerzo para realizar lecturas serias, ni siquiera de materias como la historia, que atraía su interés. En sus años de Viena pasaba la mayor parte del tiempo callejeando, contemplando los edificios, tomando apuntes y charlando. La capacidad de estudiar con constancia y de leer con seriedad y atención pudo haber aparecido después de la guerra, pero no hay otras pruebas que las afirmaciones del mismo Hitler. (Se ha dicho que durante la guerra llevaba consigo un volumen de Schopenhauer. No sabemos cuánto leería de él.) Por otra parte, un examen de las *Conversaciones de sobremesa,* de sus discursos y del *Mein Kampf* indica que debe haber sido ciertamente un lector ansioso, voraz, con una enorme capacidad de recoger y retener datos y de utilizarlos después siempre que le era posible para dar relieve a sus tendenciosas opiniones.

Leído con cierta objetividad, el *Mein Kampf* no es un libro que revele conocimientos sólidos sino más bien un panfleto propagandístico construido con malicia —y poca sinceridad. En cuanto a sus discursos, aunque terriblemente eficaces, eran de un demagogo agitador de chusmas, no de un hombre instruido (autodidacta o de otro tipo). Las *Conversaciones* nos lo muestran en su más alto nivel conversacional. Revelan también un hombre muy capaz, de instrucción mediana y sin ninguna base sólida, que mariposeaba de materia en materia, ayudado por una memoria prodigiosa, y que lograba combinar en un todo más o menos coherente cuantos retazos de información había recogido en sus lecturas, de tipo informativo. A veces cometía errores garrafales que mostraban su falta de conocimientos básicos, pero de una manera general parece que impresionaba a sus oyentes, aunque seguramente no a todos.

(Al tratar de determinar el efecto de las *Conversaciones* en los huéspedes de Hitler debemos recordar que si bien quienes lo escuchaban eran personas cultas e inteligentes, algunos quedaban fascinados por él y por consiguiente propendían a olvidar la falta de base de sus divagaciones. Es probable que los impresionara

también la vasta gama de materias de que hablaba Hitler con tanto aplomo; educados en la tradición de la honradez intelectual, les hubiera resultado difícil creer que aquel hombre estaba en gran parte haciendo teatro.)

Las pruebas que tenemos indican que con raras excepciones, Hitler no leía nada que pudiera contradecir sus fanáticas premisas tendenciosas o que exigiera un pensamiento crítico y objetivo. De acuerdo con su carácter, lo que le impulsaba a leer no era el afán de saber sino el de proveerse de municiones para su pasión de persuadir a los demás . . . y a sí mismo. Necesitaba que lo excitara cuanto leía; buscaba una satisfacción emocional inmediata por la confirmación de sus prejuicios. Del mismo modo que no le interesaba la música de Bach o Mozart sino sólo las óperas de Wagner, no

le interesaban los libros que requerían participación y paciencia y que tenían la belleza de la verdad. Devoraba páginas impresas, pero de un modo totalmente receptivo y voraz. Pocos libros serios de ningún campo de conocimiento pueden leerse de ese modo; el material indicado para ese tipo de lectura son los panfletos políticos y los libros seudocientíficos, como los de Gobineau o Chamberlain sobre las razas humanas, así como los libros de divulgación del darwinismo y otros no muy difíciles de entender, de donde podía Hitler extraer lo que le acomodara. Puede también haber leído libros sobre temas que le interesaran de verdad, como la arquitectura y la historia militar, pero no sabemos hasta dónde. En general es de suponer que Hitler leyó literatura popular (incluso panfletos), donde hallaría muchas citas de fuentes más serias, que retenía y a su vez citaba como si hubiera leído los originales. El verdadero problema no está en cuántos libros leyó Hitler sino en si había adquirido la cualidad fundamental del hombre culto: la capacidad de ser objetivo y razonable en la asimilación del conocimiento. Se ha sólido decir que Hitler era un autodidacta, pero esto induce a error. Hitler no era un *autodidacta* sino un *mesodidacta,* un hombre enseñado a medias, y la mitad que le faltaba era saber lo que es el conocimiento.

La fundamental falta de instrucción de Hitler se manifiesta también de otro modo. Tuvo, naturalmente, la posibilidad de invitar a los eruditos alemanes de cualquier campo para aprender de ellos e incrementar sus conocimientos. Pero según los informes de Schramm como de Speer, evitó casi totalmente hacer eso[296]. Se sentía incómodo con quienes eran sus iguales —o superiores— en algo, como suele suceder con los caracteres narcisistas y autoritarios. Tenía que estar en una posición donde pudiera hacer el papel de infalible; si eso no era posible, la discusión ponía en peligro el edificio entero de su finchado conocimiento, corno lo hubiera hecho un libro serio.

La única excepción en su evitación de los especialistas se halla en su relación con los arquitectos, en particular con el profesor P. L. Troost. Troost no se subordinaba a Hitler; por ejemplo, cuando Hitler llegaba al departamento de Troost, éste nunca se adelantaba a encontrarlo en las escaleras, ni lo acompañaba hasta abajo cuando se iba. De todos modos, la admiración de Hitler por Troost no tenía límites. Nunca se mostraba arrogante ni discutía con él, y se conducía como si fuera su discípulo. (A. Speer, 1970.) Incluso en una fotografía publicada en el libro de Speer se puede advertir la actitud casi tímida de Hitler respecto del profesor. Yo creo que Hitler se conducía así por su interés en la arquitectura, ya señalado.

El gusto de Hitler en música y pintura, como en historia y filosofía, lo determinaban casi exclusivamente sus pasiones. Todas las noches después de cenar en Obersalzberg

[296] En una ocasión explicó a Speer esa renuencia razonando que la mayoría de los eruditos alemanes sin duda no querrían verlo. Esto, lamentablemente tal vez, no era cierto, y Hitler hubiera debido saberlo. (A. Speer, 1970.)

veía dos películas; sus favoritas eran las operetas y las musicales y no le interesaban las de viajes, sobre la naturaleza o educativas. (A. Speer, 1970.) Ya he mencionado que le deleitaban las películas como *Fredericus Rex.* En música le interesaban casi exclusivamente las operetas y Wagner, cuyo patetismo era una suerte de tónico para M. Hanfstaengl solía tocarle durante unos cuantos minutos música de Wagner, sobre todo cuando lo veía deprimido o abatido, y Hitler reaccionaba como con una droga vigorizante.

No hay pruebas de que el otrora gran pintor se interesara seriamente en la pintura. Prefería mirar el exterior de un museo, su arquitectura, a entrar y contemplar las pinturas. Hanfstaengl da una descripción vívida de una visita al museo del emperador Federico, en Berlín, en los primeros veintes. El primer cuadro ante el que se detuvo Hitler fue el *Hombre del casco dorado,* de Rembrandt. "¿No es excepcional? —dijo al joven hijo de un miembro del Partido a quien había llevado a aquella visita—. Su heroica expresión militar. Un combatiente hasta el tuétano. Se echa de ver que Rembrandt no dejaba de ser ario y germánico, aunque a veces tomara sus modelos del barrio judío de Ámsterdam."

El "pintor" Hitler copiaba, sobre todo, tarjetas postales y aguafuertes antiguos; los temas eran en gran parte fachadas de edificios ("dibujo de arquitectura"), pero también paisajes y retratos, así como ilustraciones para anuncios. El principio que lo guiaba era exclusivamente el de su fácil venta y, como hemos visto, repetía algunos dibujos y acuarelas cuando tenían demanda. Sus dibujos y pinturas tienen la calidad que es de esperar de un pintor así. Son agradables, pero sin vida y sin carácter personal. Lo mejor de su obra parecen ser sus apuntes arquitectónicos. Pero incluso cuando no copiaba, como durante la guerra, tenía un estilo preciso, paciente y meticuloso. No se podía sentir en él un impulso personal, aunque las obras estuvieran "bien ejecutadas". (A. Speer, 1970.) El mismo Hitler reconoció después que lo que le movía a pintar era sencillamente la idea de ganarse la vida, y que 61 sólo era "un pequeño pintor" *(ein kleiner Maler).* Dijo a su admirador, el fotógrafo Hoffmann, en 1944: "Yo no quería ser pintor, pintaba sólo para poder ganarme la vida y estudiar." (W. Maser, 1971.) Podemos deducir que era un artista comercial, un copista con talento para el dibujo. Pero no tenía el talento suficiente para llegar a ser un gran pintor[297].

Esta impresión de falta de originalidad en las pinturas hitlerianas se corrobora al contemplar más de un centenar de apuntes que posee Speer. Aunque no sea competente en materia de arte, creo que ninguna persona psicológicamente sensible dejará de notar el carácter sobradamente formalista y sin vida de esos apuntes. Hay por ejemplo un detallito en uno de ellos que representa el interior de un teatro, repetido por Hitler muchas veces casi sin variación. Hay repeticiones semejantes de un apunte de obelisco. A veces puede verse la agresión en los intensos trazos del lápiz, mientras otras pinturas carecen de toda expresión personal. Es muy

[297] Para hacer valer al máximo el talento pictórico de Hitler, Maser explica así su modo de copiar: "Hitler copiaba no porque le faltara talento . . . sino porque era demasiado indolente para salir a pintar." (W. Maser, 1971.) Esta frase es un ejemplo de la tendencia de Maser a elevar la talla de Hitler, sobre todo cuando está tan claramente errado . . . por lo menos en una cosa: la única actividad que *le gustaba a* Hitler era *salir,* aunque fuera a recorrer las calles. Otro ejemplo del prejuicio de Maser en favor del talento pictórico de Hitler es su afirmación de que el doctor Bloch (el médico judío que trataba a la madre de Hitler), quien guardaba algunas acuarelas que Hitler le había dado, "ciertamente no las guardó hasta después de 1938, ya que Adolf y Klara Hitler habían sido sus pacientes hasta 1907". Maser da a entender así que el hecho de que el doctor guardara las pinturas indica que tenían valor artístico, pero ¿por qué no había de guardarlas el doctor por el mero hecho de que los Hitlers habían sido en otro tiempo sus pacientes? No hubiera sido el primer médico en conservar algo que le recordara la gratitud de sus pacientes . . . y después de 1933, cualquier recuerdo de Hitler era con toda seguridad un valor seguro para un hombre en la situación de Bloch.

interesante hallar mezclados con estos apuntes (realizados entre 1925 y 1940) dibujos nada artísticos de submarinos, tanques y otros pertrechos militares[298].

El hecho de que Hitler se interesara poco en la pintura no debe hacernos creer que su interés en la arquitectura no fuera genuino. Esto tiene gran importancia para entender la personalidad de Hitler, porque parece haber sido el único interés verdadero de su vida. Quiero decir que no fuera primordialmente narcisista, que no fuera manifestación de destructividad, que no fuera fingido. Naturalmente, no es fácil conocer hasta qué punto son auténticos los intereses de un hombre tan acostumbrado a mentir acerca de sí mismo. Creo sin embargo que hay datos suficientes para demostrar la sinceridad de sus intereses arquitectónicos. El hecho más importante al respecto es el inagotable entusiasmo de Hitler por la discusión de planes arquitectónicos, que tan a lo vivo cuenta Speer; podemos ver que lo motivaba aquí un interés verdadero en algo que no fuera él mismo. No daba conferencias sino que hacía preguntas y organizaba una discusión real. Creo que en su interés por la arquitectura, aquel destructor ansioso de poder y sin entrañas se animaba por una vez en la vida, aunque el impacto total de su carácter dejara cada vez agotado a Speer. No quiero decir que Hitler fuera otro hombre cuando hablaba de arquitectura, sino que en ese caso era cuando el "monstruo" se acercaba más al ser humano.

Estas consideraciones no implican que Hitler tuviera razón cuando pretendía que fueron las circunstancias externas las que lo obligaron a renunciar a su plan de hacerse arquitecto. Hemos visto cómo hubiera debido hacer relativamente poco esfuerzo para lograr ese objetivo, pero no hizo el esfuerzo porque su afán de omnipotencia y destrucción lo movía más que lo estimulaba su amor por la arquitectura. El suponer que era genuino su interés por ésta no anula la cualidad megalomaniaca de su interés ni su mal gusto. Como observa Speer, su preferencia iba al neobarroco de los ochentas y noventas y regresaba a sus formas decadentes, popularizadas por el Kaiser Guillermo II. El que su gusto fuera malo en arquitectura como en otros campos no es sorprendente. El gusto no puede separarse del carácter; una persona brutal, primitiva e insensible como Hitler, ciego a todo cuanto no pudiera servirle, es casi inevitable que tenga mal gusto. Creo sin embargo importante anotar que el interés de Hitler en la arquitectura era el único elemento constructivo de su carácter, y quizá fuera el puente que lo unía a la vida.

El exterior

Para entender la personalidad de Hitler es necesario reconocer que la capa exterior que recubría la vera esencia de aquel agitado era el aspecto de un hombre amable, cortés, circunspecto y casi tímido. Era especialmente fino con las mujeres y jamás olvidaba llevarles o mandarles flores cuando era la ocasión; les ofrecía pastitas y té; y nunca se sentaba sin que sus secretarias hubieran tomado una silla. En su introducción a las *Conversaciones de sobremesa* presenta Schramm un cuadro vivo del efecto que causaba Hitler en los que lo rodeaban: "El círculo de íntimos tenía la impresión de que el "jefe" se interesaba mucho en el bienestar de quienes lo rodeaban, y participaba en sus alegrías y penas. Así por ejemplo, se preguntaba antes de su cumpleaños qué regalo les daría más gusto . . ." El doctor H. Picker, el joven que antes de unirse al grupo que comía en su mesa sólo había visto a Hitler de lejos, en su calidad de "estadista", quedó fuertemente impresionado por la

[298] Estoy agradecido al señor Speer por haberme enseñado estos apuntes, que presentan la clave del carácter pedantesco y frío de Hitler.

humanidad que irradiaba de él dentro de aquel reducido círculo, la benevolencia de que hacía gala con los jóvenes, la facilidad con que reía . . Si, en su círculo Hitler, el hombre sin familia ni amigos, era un buen "camarada" ... que había aprendido lo que es la camaradería en la primera guerra mundial y había conservado ese conocimiento después. Las personas que rodeaban a Hitler sabían también cuán intensamente reaccionaba a las mujeres bellas y bien vestidas. Conocían cómo le gustaban los niños, observaban el apego que tenía a sus perros y cómo descansaba cuando podía estudiar el comportamiento de esos animales. (H. Picker, 1965.)
Hitler era capaz de desempeñar este papel de hombre amistoso, amable, generoso y considerado no sólo porque era un actor excelente sino también porque le gustaba el papel., Era inapreciable para él engañar a su círculo más íntimo y sobre todo, a sí mismo acerca de la hondura de su propia destructividad[299].

¿Quién podría saber si había algún elemento genuino de generosidad o benevolencia en el comportamiento de Hitler? Deberíamos suponer que lo habla, porque son pocas las personas en quienes falta por completo el menor vestigio de generosidad y afecto. Pero el resto de lo que hemos visto de su carácter nos hace presumir que la mayor parte de su generosidad era mera apariencia. La atención que dedicaba Hitler a los cumpleaños. por ejemplo, contrastaba con su conducta para con Eva Braun, con quien no tenía la intención de ser caballeroso. En cuanto a la risa de Hitler .. . parece que Picker no tenía suficiente sensibilidad para darse cuenta de su timbre peculiar. Acerca de la camaradería de Hitler en la guerra que registra Picker . . . Hanfstaengl cita un informe escrito por el jefe de Hitler en que declara que si bien Hitler era un soldado entusiasta y concienzudo, "ha sido excluido de ulterior ascenso a causa de su actitud arrogante para con sus camaradas y de su servilismo respecto de sus superiores." (E. Hanfstaengl, 1970.) Y de su amor por los niños —rasgo de que hacen gala muchos políticos—, Speer duda que fuera genuino[300]. En lo tocante a su afección por los perros, Schramm revela su índole: dice que Hitler había ordenado la construcción de una pista de obstáculos, semejante a las que se emplean para el entrenamiento de la infantería, en que los perros tenían que probar su valor y su inteligencia. El subalterno que cuidaba los perros mostró a Schramm con cuánta rapidez podían obedecer a las órdenes alternas de "arriba" y "abajo". Comenta Schramm: "Tuve la impresión de estar viendo una máquina y no un perro y me pregunté si al adiestrar aquellos animales no dominaba en Hitler la intención de extinguir la voluntad en ellos." (H. Picker, 1965.)

Dice Schramm que Hitler tenía dos caras: una amistosa y otra horripilante; y que ambas eran verdaderas. Con frecuencia expresa la gente la misma idea cuando habla de una personalidad de tipo Jekyll y Hyde, dando a entender que las dos son verdaderas. Pero este modo de ver es psicológicamente indefendible, sobre todo después de Freud. La verdadera división es entre el núcleo inconsciente de la estructura caracterológica y el papel que desempeña una persona, incluyendo racionalizaciones, compensaciones y otras defensas que encubren la realidad subyacente. Aun aparte de Freud, esta opinión suele ser peligrosamente ingenua. ¿Quién no ha conocido gente que no sólo engaña con sus palabras —cosa venial— sino con toda su conducta, sus modales, su tono de voz y sus ademanes?
Muchos individuos son suficientemente diestros para representar bastante bien un personaje; a veces equivocan incluso a personas psicológicamente nada ingenuas. Como no llevaba nada dentro, ni principios genuinos, ni valores ni convicciones,

[299] Apunta Schramm que Hitler no mencionaba para nada durante las conversaciones de sobremesa aquellas terribles órdenes que estaba dando precisamente en ese período.
[300] Speer, comunicación personal.

Hitler podía hacer el papel de caballero amable sin que se diera cuenta en el momento de estar actuando.

A Hitler le gustaba el papel no sólo por engañar; ese gusto se relacionaba con sus antecedentes sociales. No me refiero tanto a que su padre fuera hijo ilegítimo y su madre no tuviera instrucción sino a la peculiar situación social de su familia. En parte debido a su trabajo y en parte por razones personales, su padre vivió con su familia, en distintas ocasiones, en cinco poblaciones diferentes. Además, su papel de funcionario imperial de aduanas lo apartaba algo socialmente de la clase media local, aunque fuera igual suyo en ingresos y posición. De este modo, la familia de Hitler nunca se integró cabalmente en la clase media de los diversos lugares donde vivieron. Por otra parte, aunque acomodados, estaban culturalmente en el nivel inferior de la vida burguesa. El padre procedía de un medio social bajo, sólo se interesaba en la política y las abejas y pasaba buena parte de su tiempo libre en la taberna; su madre no tenía instrucción y su único interés era la vida familiar. Joven ambicioso y vano, Hitler debe haberse sentido socialmente inseguro y desearía figurar en los niveles más prósperos y opulentos de la clase media. Incluso en Linz había ansiado ropa elegante, y en sus paseos iba impecablemente vestido y llevaba bastón. Dice Maser que en Munich tenía Hitler un traje de etiqueta (con corbata) y que sus prendas siempre estaban impecables y sin raeduras. Después, el uniforme solucionó el problema de la ropa, pero sus modales pretendían ser los de un miembro de la burguesía bien educado. Las flores, su gusto en la decoración de la casa y su porte en general revelaban el intento, un tanto involuntario de hacer ver que había "llegado". Hitler era el verdadero *burgués gentilhombre,* el nuevo rico, ansioso de hacer ver que es un caballero[301]. Odiaba a la clase baja porque debía probar que no pertenecía a ella ... sobre todo después de los años de Viena, en que realmente le perteneció. Hitler era un desarraigado, no tanto por ser un austriaco que se hacía pasar por alemán como por no tener raíces en ninguna clase social. No pertenecía á la clase obrera, ni a la burguesía tampoco. No sólo psicológicamente, socialmente también era un solitario. Las únicas raíces que podía sentir eran las más arcaicas: la raza y la sangre.

La admiración de Hitler por la clase superior no era ningún fenómeno raro; hallamos la misma actitud —por lo general hondamente reprimida—entre dirigentes socialistas del mismo período, como por ejemplo Ramsay MacDonald. Aquellos hombres procedían de la clase media inferior y su profundo anhelo era ser "recibidos" por la clase alta, por los industriales y los generales. Hitler era menos humilde; él quería obligar a quienes tenían el poder real a compartirlo con él, y en un sentido más formal aún, que lo obedecieran. Hitler, el rebelde, el jefe de un partido *obrero,* estaba enamorado de los ricos y de su modo de vida, a pesar de sus muchas declaraciones contra ellos antes de llegar al poder. El Hitler generoso y considerado era un papel que él representaba; su deseo de "formar parte" y de ser un "caballero" era real. Hitler era en cierto modo un personaje grotesco: impulsado por la pasión de destruir, despiadado, volcán de pasiones arcaicas ... y quería parecer bien educado, considerado y aun un caballero inofensivo. No es extraño que pudiera engañar a muchos a quienes, por cierto número de razones, no les importaba que los engañaran.

Símbolo grotesco de esa mezcla de asesino y de burgués correcto fue su casamiento con Eva Braun en el refugio poco antes de morir ambos. El matrimonio formal era la máxima distinción que Hitler, el pequeño burgués, podía conceder a su querida y al más alto logro para ella, cuyos valores eran por entero las normas tradicionales burguesas. Todo fue muy correcto: había que hallar el funcionario debidamente autorizado para

[301] El Monsieur Verdoux de Chaplin, marido amable de la clase media que se gana la vida asesinando mujeres ricas, presenta *cierto* paralelo.

celebrar una ceremonia nupcial, cosa que costó muchas horas, porque era difícil localizar un juez de paz en aquella pequeña porción de Berlín todavía sin ocupar por las tropas soviéticas. Pero el Jefe Supremo no creía poder cambiar las reglas de su procedimiento burocrático nombrando juez de paz a alguien de entre los presentes. Fue necesario esperar horas enteras hasta que apareció el funcionario indicado. La ceremonia del casamiento se celebró debidamente y se sirvió champaña. El "caballero" Hitler había obrado correctamente . . . pero dejando bien claro que sólo la inminencia de la muerte pudo moverle a legitimar las relaciones con su amante. (Con un poquito de consideración, no hablemos de afecto, pudo haber tenido aquel gesto algunas semanas antes.) El asesino Hitler siguió funcionando como antes. Ni siquiera su matrimonio con Eva le impidió ejecutar a su hermano político por su supuesta deslealtad. Poco antes había hecho sentenciar a muerte a su médico, el doctor Karl Brandt, que le era fiel desde 1934, por un tribunal militar compuesto por Goebbels, el general SS Berger y el dirigente de la juventud Axmann, con Hitler en el papel de "fiscal" y autoridad suprema. La razón para la sentencia de muerte, en que insistió Hitler, era que Brandt había dejado a su familia en Turingia para que la "arrollaran los norteamericanos" en lugar de llevársela a Obersalzberg; y la sospecha de que Brandt estaba utilizando a su mujer de correo con los norteamericanos. (Salvó la vida a Brandt Himmler, que en aquel tiempo estaba tratando de congraciarse con los norteamericanos.)

Independientemente de las razones personales y sociales que tuviera Hitler para su aspecto exterior, éste era también una carta importante. Le ayudó a engañar a aquellos dirigentes políticos nacionalistas, industriales y militares de Alemania, así como a muchos políticos extranjeros a quienes hubiera podido resultar repelente su brutalidad y destructividad. Seguramente no faltaron quienes lo calaron a fondo, pero hubo otros muchos que no, y así se creó un ambiente favorable que permitió a Hitler seguir su senda de destrucción.

Falta de voluntad y realismo

Hitler consideraba que su mayor ventaja estaba en su inquebrantable voluntad. Para averiguar si tenía razón, hay que saber qué entendía 61 por "voluntad". Examinando su carrera, a primera vista parece que era ciertamente un hombre de extraordinaria fuerza de voluntad. Si su objetivo era ser grande, y a pesar de partir de cero, en veinte anos lo hizo realidad hasta mucho más allá de cuanto hubiera podido soñar, ¿no se necesitaba una voluntad extraordinaria para lograrlo?

Pero esta idea resulta dudosa si recordamos cuán poca voluntad demostró Hitler de niño y de joven. Lo hemos visto vagando, indisciplinado, reacio a todo esfuerzo. No es eso lo que esperaríamos de una persona provista de fuerte voluntad. El hecho es que lo que Hitler llamaba su "voluntad" eran sus pasiones, que lo empujaban hacia delante y sin cesar lo movían a buscar su realización. Su voluntad era tan ilimitada y brutal como la de un niño de seis anos, como decía Speer. De un niño de seis años que no transige y arma un berrinche cuando se ve frustrado, podría decirse que tiene una "voluntad" fuerte, pero es más acertado decir que lo mueven sus impulsos y que es incapaz de aceptar la frustración. Cuando Hitler vio que no había manera de lograr su propósito, sencillamente estuvo pasando el tiempo, vagando y haciendo lo estrictamente necesario para ganarse la vida. Hasta la primera guerra mundial no tuvo la menor idea ni un asomo de plan para lograr su objetivo. A no haber sido por la situación política que siguió a la guerra, es probable que hubiera seguido dejándose llevar, quizá haciendo pequeños trabajos, aunque eso hubiera sido muy difícil para él debido a su falta de disciplina. Su mejor probabilidad de empleo

podría haber sido de agente vendedor de algún artículo de valor dudoso, cuyo éxito dependiera sobre todo de la persuasión enérgica. Mas su espera se vio recompensada; sus deseos fantásticos y su gran talento persuasivo se articularon con la realidad social y política. Los oficiales reaccionarios del ejército lo contrataron no sólo para espiar a los demás soldados sino también para convertirlos a las ideas reaccionarias, militaristas. De aquellos modestos comienzos ascendió Hitler a supervendedor de un artículo de que había mucha demanda por parte de los hombres comunes y corrientes, decepcionados y frustrados, y en cuya venta se interesaban enormemente primero el ejército y después otros grupos poderosos: una ideología militarista, nacionalista y anticomunista. Cuando hubo triunfado en este trabajo fueron muchos los sectores de la banca y la industria alemanas que lo apoyaron económicamente, a tal punto que consiguió tomar el poder.

La flaqueza de su voluntad se muestra en sus vacilaciones y dudas cuando tenía que tomar una decisión, hecho que han comentado muchos observadores. Tenía la tendencia, que se advierte en las personas desprovistas de fuerte voluntad, a dejar que los acontecimientos llegaran a un punto en que le ahorraran la necesidad de tomar una decisión, porque ésta se imponía; pero no la imponía él. Hitler atizaba el fuego, cerraba más y más las avenidas de retirada, llevaba toda la situación a un punto de ebullición en que *tendría* que obrar como lo hacía. Con este procedimiento de autoengaño se evitaba la dificultad de tener que decidir. Su "decisión" era en realidad sometimiento a un *hecho consumado* ineludible, pero hecho por él. Para dar nada más un ejemplo: parece dudoso que quisiera al principio conquistar a Polonia, por cuyo reaccionario dirigente, el coronel Beck, sentía gran simpatía. Pero cuando Beck rechazó las exigencias relativamente lenes de Hitler, éste se enfureció y caldeó la situación con Polonia a tal punto que ya no quedó otra salida que la guerra.

Una vez que había decidido un camino, Hitler lo seguía con inquebrantable determinación y con lo que *podríamos* denominar una "voluntad férrea" de vencer. Con el fin de entender esta contradicción aparente debemos examinar, siquiera brevemente, el concepto de voluntad. En primer lugar, conviene distinguir entre "voluntad racional" y "voluntad irracional". Por voluntad racional entenderemos el enérgico esfuerzo que se hace para lograr un fin racionalmente deseable; esto requiere realismo, disciplina, paciencia y sobreponerse a la excesiva complacencia para consigo mismo. Por voluntad irracional entenderemos un afán apasionado, alimentado por la energía de pasiones irracionales, sin las cualidades necesarias para la voluntad racional[302]. La voluntad irracional es como un río que rompe un dique; es potente, pero el hombre no es dueño de esa voluntad; es ella quien lo mueve, lo obliga, lo esclaviza. La voluntad de Hitler era ciertamente fuerte si la entendemos como voluntad irracional. Pero su voluntad racional era débil.

Aparte de la flaqueza de su voluntad, otra cualidad tendía a deshacer lo que otras dotes de Hitler le habían ayudado a hacer: su defectuoso sentido de la realidad. El escaso contacto de Hitler con la realidad, como hemos visto, era ya evidente en su absorción en juegos bélicos infantiles hasta los dieciséis años. Este mundo de fantasía era mucho más real para él que el mundo de la realidad. Su plan de hacerse artista tenía poco que ver con la realidad —era más que nada soñar despierto — y su actividad de artista comercial no correspondía en nada a su visión. Las personas tampoco eran cabalmente reales para él; todas eran instrumentos; aunque solía ser un juez sagaz, permanecía sin contacto[303]. Pero

---

[302] Cf. lo que decimos de las pasiones racionales e irracionales en el capítulo 10.

[303] Speer formula la falta de contacto de Hitler con la realidad de modo ligeramente diferente y muy intuitivo: "Había ciertamente algo de irreal en éL Pero tal vez fuera esto una cualidad permanente suya. Retrospectivamente me pregunto a veces si aquella impalpabilidad, aquella inmaterialidad no lo caracterizó desde muy tiernos años hasta el momento de suicidarse. A veces me parece que sus arrebatos de violencia eran tanto más fuertes porque no había en él emociones

al mismo tiempo que no percibía cabalmente la realidad, tampoco vivía exclusivamente en un mundo de fantasía. Su mundo era una mezcla especial de realidad y fantasía en que nada era enteramente real ni enteramente irreal. En algunos casos, en particular en su calar las motivaciones de sus contrarios, apreciaba notablemente la realidad. No le impresionaba lo que la gente *decía* sino lo que reconocía por sus motivaciones reales — implícitas o ni siquiera plenamente conscientes. Un buen ejemplo de ello es su apreciación del comportamiento político anglofrancés. Puede decirse que en cierto sentido la victoria de Hitler empezó con la renuencia de Inglaterra a obedecer a la decisión de la Sociedad de Naciones acerca de un bloqueo efectivo de Italia después de haber iniciado Mussolini su ataque contra Etiopía en 1935-6. Con toda clase de subterfugios, Italia siguió recibiendo petróleo, vitalmente necesario para la guerra, mientras Etiopía tenía las mayores dificultades incluso para recibir armas del extranjero. Otro acontecimiento que envalentonó a Hitler fue la evolución de la guerra civil española de 1936-9. Gran Bretaña impidió entonces que el gobierno constitucional de España importara armas para su defensa, y el gobierno francés, presidido por el socialista Blum, no se atrevió a obrar sin la aprobación de la Gran Bretaña. Y por otra parte, la comisión de las potencias democráticas encargada de aplicar la *no intervención* en España no hizo nada por impedir que Hitler y Mussolini prosiguieran su intervención militar en favor de Franco[304]. El siguiente acontecimiento fue el no oponerse los ingleses y franceses a la ocupación por Hitler de la Renania, desmilitarizada, en 1936, en un momento en que el ejército alemán no estaba en absoluto preparado para la guerra. (En las *Conversaciones* [H. Picker, 1965] dice Hitler que si Francia hubiera tenido un estadista de talla en aquella ocasión, los franceses se hubieran opuesto a la ocupación de la Renania.) El último paso, la visita de Chamberlain a Hitler para impetrarle moderación, apenas era necesaria para confirmar a Hitler en su convicción de que Inglaterra y Francia no estaban dispuestas a cumplir sus compromisos. En este caso Hitler dio muestras de la visión realista del comportamiento humano que podría tener un astuto tratante en caballos, que sabe ver cuando el otro hace trampa. Lo que Hitler no vio fue la realidad económica *y política* más amplia. No apreció el interés tradicional de la Gran Bretaña en el equilibrio de poder del continente; no conoció que Chamberlain y su círculo no representaban los intereses políticos de todos los conservadores, y mucho menos la opinión pública de toda la población inglesa. Confió en la opinión de Joachim von Ribbentrop, hombre de inteligencia viva pero muy superficial, nada preparado para entender la maraña política, económica y social del sistema británico.

La misma falta de juicio realista se advierte en el total desconocimiento que tenía de los Estados Unidos y en el no haber tratado de informarse. Todas las noticias al respecto coinciden en que se conformaba con ideas superficiales, como la de que los norteamericanos eran demasiado blandos para ser buenos soldados, que eran los judíos quienes gobernaban a los Estados Unidos, que el gobierno norteamericano no osaría entrar en la guerra porque el país estaba tan lleno de conflictos que hubiera podido estallar una revolución.

La estrategia hitleriana acusa igual falta de apreciación cabal de la realidad y de objetividad. En su bien documentado y penetrante análisis señala P. E. Schramm (1965) este defecto en el método estratégico de Hitler. No trata Schramm de minimizar los méritos de estratega de Hitler y menciona tres casos (según el general A. Jodl) de planes

---

humanas que se les opusieran. Sencillamente no podía dejar que nadie se acercase a su interior porque estaba vacío, sin vida." (A. Speer, 1970.)

[304] Sir A. Cadogan, subsecretario permanente del Foreign Office, conservador, que contribuyó a configurar la política inglesa entonces, da un cuadro excelente y detallado de la conducta seguida durante la guerra civil española, motivado en gran parte por la simpatía que sentían los conservadores por Mussolini y Hitler, por su inclinación a permitir que Hitler atacara a la Unión Soviética y por su propia incapacidad de apreciar las intenciones de Hitler. (Sir A. Cadogan, 1972.)

audaces e ingeniosos. Pero a partir de 1942, el juicio de Hitler en materias militares fue muy defectuoso. Hizo lo mismo que con sus lecturas: escoger los datos de los informes militares que cuadraban con sus planes y no hacer caso de los que hubieran debido hacerle recapacitar. Sus órdenes de no retirarse, que ocasionaron la catástrofe de Stalingrado y graves pérdidas de soldados en otras muchas partes del frente, son según Schramm "cada vez menos sensatas". En sus planes para el último ataque ofensivo en las Ardenas olvidó tomar en cuenta importantes factores, dada la situación táctica. Apunta Schramm que la estrategia de Hitler era de "prestigio" y "propaganda". La falta de realismo le impidió reconocer debidamente que la guerra y la propaganda se rigen por leyes y principios diferentes. El alejamiento de Hitler de la realidad se puso grotescamente de manifiesto el 24 de abril de 1945, dos días antes de su suicidio, cuando después de haber planeado ya su fin publicó una orden de que "las decisiones fundamentales habrán de ponerse en conocimiento del Führer 36 horas antes [de su ejecución]". (P. E. Schramm, 1965.)

La mezcla de la defectuosa voluntad de Hitler con su defectuoso sentido de la realidad nos hace preguntarnos si realmente tenía la voluntad de vencer o si inconscientemente, y a pesar de todos sus esfuerzos aparentes en contra, su rumbo estaba ya puesto hacia la catástrofe. Varios observadores muy delicados han manifestado la fuerte sospecha de que esto último pudo haber sido el caso. C. Burckhardt, uno de los más agudos observadores de Hitler, escribe: "No sería ningún desatino pensar que el insaciable aborrecedor que operaba dentro de él [Hitler] estuviera conectado en partes inconscientes de su ser con la certidumbre, velada pero siempre presente, de que el final se señalaría por el más horrible fracaso y por su extinción personal, como sucedió en efecto en la cancillería del Reich el 30 de abril de 1945." (C. Burckhardt; 1965.) Speer comunica que en los anos anteriores a la guerra, cuando Hitler presentaba con tanto entusiasmo sus planes arquitectónicos, a él le parecía notar vagamente que Hitler no creía de verdad en su realización; no era una convicción definida sino una suerte de sentimiento intuitivo que él tenía[305]. J. Brosse expresa la misma idea y plantea la cuestión de si Hitler creyó alguna vez en la victoria final o incluso si en verdad la deseaba. (J. Brosse, 1972.,) Basándome en mi análisis de Hitler yo he llegado a una conclusión semejante. Yo dudo de que un hombre con una destructividad tan intensa y tan totalmente absorbente pudiera en lo más profundo de su ser desear la labor constructiva que hubiera entrañado la victoria. Naturalmente, Burckhardt, Speer, Brosse y yo no estamos describiendo la parte consciente del cerebro de Hitler. La suposición de que ni creía en sus sueños artísticos y políticos ni deseaba su realización se refiere a lo que tendríamos que considerar como enteramente inconsciente; sin el concepto de las motivaciones inconscientes, la afirmación de que tal vez Hitler no quisiera vencer parece absurda[306].

Hitler era un jugador; jugaba con las vidas de todos los alemanes como con la suya propia. Cuando acabó el juego y hubo perdido, ni siquiera tenía muchas razones para lamentarlo. Había obtenido lo que siempre quiso: poder y la satisfacción de su odio y su manía destructora. Su derrota no podía quitarle esa satisfacción. El megalómano y destructor no había perdido verdaderamente. Los que habían perdido eran los millones de seres humanos —alemanes, miembros de otras naciones y de las minorías raciales— para quienes la muerte en el campo de batalla fue la forma menos grave de sufrimiento, Como

[305] A. Speer, comunicación personal.

[306] Hay mucho material clínico que demuestra cómo la gente puede afanarse en su propio aniquilamiento, aunque su objetivo consciente sea exactamente lo contrario. No sólo el psicoanálisis, los grandes dramaturgos también presentan ese material.

Hitler no sentía compasión por nadie, su sufrimiento no le causó dolor ni remordimientos.

Analizando a Hitler hemos hallado cierto número de rasgos patológicos graves: hemos emitido la hipótesis de una veta semiautística en el niño; hallamos un narcisismo extremado, falta de contacto con los demás, fallas en su percepción de la realidad, necrofilia intensa. Podemos suponer legítimamente la presencia de una veta psicótica, quizá esquizofrénica, en él. Pero ¿significa esto que Hitler estuviera "loco", que padeciera de psicosis o paranoia, como se ha dicho algunas veces? Yo creo que no. A pesar de la vena de locura que había en él, estaba bastante sano de espíritu pala perseguir sus objetivos con determinación e intención y —por cierto tiempo— con éxito. Con todos los errores de juicio que cometió debido a su narcisismo y su destructividad, no puede negarse que fue un demagogo y un político de singular destreza que en ningún momento tuvo reacciones francamente psicóticas. Incluso en los últimos días, física y mentalmente quebrantado, seguía dueño de sí. En cuanto a sus tendencias paranoides, su suspicacia era bastante fundada, de un modo realista —como lo demostraron diversas conjuras contra él—, de modo que difícilmente podría hablarse de una manifestación de paranoia. Ciertamente, si Hitler hubiera sido acusado ante un tribunal de justicia, aun muy imparcial, el alegato de insania no hubiera tenido probabilidades de aceptación. Pero si bien en términos convencionales no era un hombre psicótico, en términos interpersonales sí era un hombre muy enfermo. La cuestión de si podría considerarse loco a Hitler está obstruida por la dificultad ya discutida del valor cuestionable de las etiquetas psiquiátricas; las declaraciones acerca de la diferencia entre una veta psicótica y una psicosis bien caracterizada puede tener su valor en un tribunal de justicia para decidir si una persona debe ser enviada a la cárcel o a un hospital para enfermos mentales, pero en definitiva estamos tratando de procesos interpersonales que desafían a esas etiquetas. Pero el análisis clínico no debe emplearse para oscurecer el problema *moral* del mal. Así como hay hombres "en su sano juicio" malvados y benignos, así hay locos malvados y locos benignos. La maldad debe verse como lo que es y el juicio moral no debe suspenderse por el diagnóstico clínico. Pero el hombre más malvado es humano y tiene derecho a nuestra compasión.

Para concluir el análisis del carácter de Hitler serán útiles unas cuantas palabras que indiquen el fin de incorporación de este abundante material, como el de Himmler, en este estudio. Aparte del objetivo claramente teórico de esclarecer el concepto de sadismo y el de necrofilia presentando ilustraciones clínicas, tuve otro: el de señalar la gran falacia que impide a la gente reconocer los Hitlers en potencia antes de que dejen ver su verdadero rostro. Esta falacia radica en la creencia de que un hombre cabalmente destructor y malo tiene que ser un demonio . . . y parecerlo, que no debe tener ninguna cualidad positiva; que debe llevar el signo de Caín tan visible que todo el mundo pueda reconocer su destructividad desde lejos. Existen esos demonios, pero son raros. Corno señalaba antes, es mucho más frecuente que la persona intensamente destructora muestre una fachada amable y cortés, con amor por la familia, los niños y los animales, que hable de sus ideales y sus buenas intenciones. Pero esto no es todo. Es raro el hombre totalmente desprovisto de generosidad y de toda buena intención. Si lo hubiera, rayaría en la locura, salvo los "idiotas morales" congénitos. *De ahí que mientras creamos que el hombre malo lleva cuernos corno el diablo1, no daremos con un solo hombre malo.*

La ingenua suposición de que el hombre malo es fácil de reconocer constituye un grave peligro, porque no se reconoce a los malos antes de que hayan empezado su labor destructora. Creo que la mayoría de las personas no tienen el carácter

intensamente destructor de Hitler. Pero aunque calculáramos en diez por ciento de nuestra población el número de tales personas, serían bastantes para constituir un grave peligro si lograban influencia y poder. Claro está que no todo destructor llega a ser un Hitler, porque le faltarían los talentos que tenía Hitler; sólo podría llegar a miembro eficiente de los SS. Pero por otra parte, Hitler no era ningún genio, y sus talentos no eran señeros. Lo que era único en él fue la situación sociopolítica en que pudo alzarse; hay probablemente cientos de Hitlers entre nosotros que se presentarían si llegaba su hora histórica.

Analizar una figura como la de Hitler con objetividad y sin pasión no sólo lo impone la conciencia científica, sino que también es la condición para sacar una lección importante para el presente y el futuro. Todo análisis que deforme el cuadro de Hitler privándolo de su humanidad no haría más que intensificar la tendencia a no ver los Hitlers potenciales a menos que lleven los cuernos diabólicos bien visibles.

EPÍLOGO

DE LA AMBIGÜEDAD DE LA ESPERANZA

En este estudio he tratado de demostrar que el hombre prehistórico, que vivía en bandas cazando y recolectando, se distinguía por un mínimo de destructividad y un máximo de cooperación y compartición, y que sólo al aumentar la productividad y la división del trabajo, formarse un gran excedente y grandes estados con jerarquías y élites, aparecen la destructividad y crueldad en gran escala y crecen en la medida en que crecen la civilización y el papel del poder.

¿Ha aportado este estudio argumentos válidos en favor de la tesis de que la agresión y la destructividad pueden volver a asumir un papel mínimo en el tejido de las motivaciones humanas? Así lo creo, y espero que lo crean también muchos lectores.

En tanto es la agresión *biológicamente* dada en los genes humanos, no es espontánea, sino una defensa contra los peligros que amenazan a los intereses vitales del hombre, los de su crecimiento y la supervivencia de la especie. Esta agresión defensiva era relativamente menor en cierta3 condiciones primitivas ... cuando ningún hombre representaba un gran peligro para ningún otro. Después, el hombre ha evolucionado extraordinariamente. Es legítimo imaginar que el hombre completará el ciclo y construirá una sociedad en que nadie esté amenazado; ni el niño por el padre, ni el padre por su superior, ni una clase social por otra, ni ninguna nación por una superpotencia. Lograr esto es enormemente difícil por razones económicas, políticas, culturales y psicológicas, más la dificultad adicional de que las naciones del mundo adoran ídolos —diferentes ídolos— y por eso no se entienden entre sí, aunque entiendan sus lenguas. Es locura olvidar esas dificultades, pero el estudio empírico de los datos demuestra que hay una posibilidad real de edificar ese mundo en un futuro previsible si se suprimen esos caballos de Frisa políticos y psicológicos.

Las formas *malignas* de agresión, por otra parte —sadismo y necrofilia— *no* son innatas; de ahí que puedan reducirse sustancialmente si se remplazan las condiciones socioeconómicas por otras favorables al cabal desenvolvimiento de las verdaderas necesidades y facultades del hombre, al desarrollo de la actividad original

humana y de la facultad creadora, objetivo propio del hombre. La explotación y la manipulación producen aburrimiento y trivialidad, mutilan al hombre, y todos los factores que hacen del hombre un lisiado psíquico lo vuelven también sádico o destructor.

Esta posición será calificada por algunos de "superoptimista", "utópica" o "nada realista". Con el fin de apreciar los méritos de estas críticas parece necesario estudiar la idea de que la esperanza es ambigua y la índole del optimismo y el pesimismo.

Supongamos que estoy planeando una salida al campo para el fin de semana y que es dudoso que el tiempo sea bueno. Puedo decir que "soy optimista" en lo tocante al tiempo. Pero si mi hijo está gravemente enfermo y su vida pende de un hilo, decir "soy optimista" parecería extraño a la gente sensible, porque en este contexto la expresión suena desapegada y distante. Sin embargo, no podría decir "estoy *convencido* de que mi hijo vivirá", porque en esas circunstancias no hay base realista para estar convencido.

¿Qué puedo decir entonces?

Las palabras más adecuadas serían tal vez "tengo fe en que se salvará el niño". Pero "fe", a causa de sus implicaciones teológicas, no es una palabra para nuestros días. No obstante, es la mejor que tenemos, porque la fe entraña un elemento muy importante: mi ardiente deseo de que el hijo viva, y por ende que yo hago cuanto me es posible porque sane. No soy nada más un observador, separado del niño, como en el caso del ser "optimista". Soy parte de la situación que observo; estoy *comprometido;* mi hijo, acerca del cual yo, "sujeto", hago un pronóstico, no es un "objeto"; mi fe radica en mi relación con el hijo; es una mezcla de conocimiento y participación. Naturalmente, esto sólo es cierto si por fe entiendo "fe racional" (E. Fromm, 1947), basada en la clara conciencia de todos los datos relevantes y no, como la "fe irracional", ilusión basada en nuestros deseos.

El optimismo es una forma de fe enajenada, el pesimismo una forma de desesperanza enajenada. Si uno reacciona de verdad en forma favorable al hombre y su futuro, o sea con interés y "responsabilidad", sólo puede hacerlo con la fe o la desesperanza. La fe racional, como la desesperanza racional, se basa en el conocimiento crítico y profundísimo de todos los factores relevantes para la supervivencia del hombre. La base de la fe racional en el hombre es la presencia de una posibilidad real de que se salve; la base de la desesperanza racional sería el conocimiento de que no podía advertirse tal posibilidad.

En este contexto es necesario poner de relieve un punto. La mayoría de las personas están perfectamente dispuestas a denunciar por nada realista la fe en el mejoramiento del hombre; pero no reconocen que la desesperanza no es más realista. Es fácil decir que el hombre siempre ha sido un asesino, pero no es exacto, porque al decir eso no se toma en cuenta el intrincamiento de la historia de la destructividad. Es igualmente fácil decir que el deseo de explotar a los demás es parte de la naturaleza humana, pero al decirlo también se desdeñan (o deforman) los hechos. Para resumir, decir que "la naturaleza humana es mala" no es ni un ápice más realista que decir que "la naturaleza humana es buena". Decir lo primero es sin embargo mucho más fácil; quien desea demostrar la maldad del hombre halla partidarios mucho más pronto, porque ofrece a cada quien una coartada para sus propios pecados . . . y al parecer no arriesga nada. Pero la difusión de la desesperanza irracional es en sí destructiva, como toda falsedad, porque desanima y confunde. La predicación de una fe irracional o el anuncio de un falso Mesías apenas son menos destructivos, porque seducen y después paralizan.

La actitud de la mayoría no es de fe ni de desesperanza sino. por desgracia, de total indiferencia al futuro del hombre. Con quienes no son totalmente indiferentes, la actitud es de "optimismo" o "pesimismo". Los optimistas son los que creen en el dogma de la continua marcha del "progreso". Están acostumbrados a identificar los logros humanos con las conquistas de la técnica, la libertad humana con la libertad *respecto de* la coerción directa y la libertad del consumidor *de* escoger entre los muchos artículos que se hace pasar por diferentes. La dignidad, la cooperación, la generosidad del primitivo no les impresionan, sólo las hazañas de la técnica, la riqueza, la dureza. Siglos de dominio sobre gentes técnicamente atrasadas de color diferente han dejado su sello en la mente de los optimistas. ¿Cómo podría un "salvaje" ser humano e igual, no digamos superior, a los hombres que pueden ir a la luna . . . o matar a millones de seres vivos pulsando un botón?

Los optimistas viven bastante bien, al menos por ahora, y pueden permitirse el "optimismo". O así lo creen, porque están tan enajenados que ni siquiera los afecta verdaderamente la amenaza al futuro de sus nietos.

Los "pesimistas" no son en verdad muy diferentes de los optimistas. Viven no menos cómodamente y no se comprometen más que ellos. El destino de la humanidad les preocupa tan poco como a los optimistas. No se desesperan, porque si se desesperaran no vivirían, ni podrían vivir, tan contentos como viven. Y mientras su pesimismo funciona en gran parte para proteger a los pesimistas respecto de toda exigencia interior de que hagan algo proyectando la idea de que *no puede hacerse nada,* los optimistas se defienden de la misma exigencia interna persuadiéndose de que todo funciona debidamente de todos modos y que por lo tanto, *no es necesario hacer nada.*

La posición que defendemos en esta obra es la de fe racional en la capacidad del hombre para salvarse de lo que parece red fatal de circunstancias, que él creó Es la posición de quienes no son "optimistas" ni "pesimistas", sino radicales, extremistas que tienen una fe racional en la capacidad del hombre para evitar la catástrofe final. Este radicalismo humanista se dirige a las raíces y por lo tanto a las causas; quiere liberar al hombre de las cadenas de las ilusiones; postula que son necesarios cambios fundamentales no sólo en nuestra estructura económica y política sino también en nuestros valores, en nuestro concepto de las metas del hombre y en nuestra conducta personal.

Tener fe significa osar, pensar lo impensable, pero obrar dentro de los límites de las posibilidades reales; es la esperanza paradójica de esperar al Mesías todos los días pero no descorazonarse porque no llegue cuando creíamos. Esta esperanza no es pasiva ni paciente; al contrario, es impaciente y activa, y busca toda posibilidad de acción dentro del campo de las posibilidades reales. Y donde es menos pasiva es en lo relativo al desenvolvimiento y la liberación de nuestra propia persona. Claro está que se oponen graves cortapisas, determinadas por la estructura social, al desenvolvimiento personal. Pero esos supuestos radicales que aconsejan que no es posible ni siquiera deseable ningún cambio personal en la sociedad actual emplean su ideología revolucionaria para excusar su personal resistencia al cambio interno.

La situación del género humano es demasiado seria actualmente para permitirnos escuchar a los demagogos —y menos a los demagogos que atrae la destrucción—, ni siquiera a los dirigentes que sólo trabajan con el cerebro y que necesitan fortalecer su corazón. El pensamiento radical y crítico sólo dará frutos si se mezcla con la cualidad más preciosa que tiene el hombre: el amor a la vida.

APÉNDICE

LA TEORÍA FREUDIANA DE LA AGRESIVIDAD Y LA DESTRUCTIVIDAD

1. LA EVOLUCIÓN DEL CONCEPTO FREUDIANO DE AGRESIVIDAD Y DESTRUCTIVIDAD

Quizá sea lo más notable del estudio que hizo Freud de la agresión el que hasta 1920 apenas prestara atención a la agresividad y la destructividad humanas. El mismo expresa su asombro ante este hecho muchos años después en *El malestar en la cultura* (1930): "Pero ya no logro entender cómo pude olvidar la ubicuidad de la agresividad y destructividad no erótica y cómo pude haber dejado de concederle el lugar debido en nuestra interpretación de la vida." (S. Freud, 1930.)

A fin de entender este peculiar punto ciego será conveniente que nos pongamos en el ambiente de la clase media europea antes de la primera guerra mundial. No había habido guerras de importancia desde 1871. La burguesía iba progresando constantemente, tanto en lo político como en lo social, y el señalado antagonismo entre las clases se iba reduciendo, debido a la continua mejoría en la situación de la clase obrera. El mundo parecía pacífico y cada vez más civilizado, sobre todo si no se prestaba mucha atención a la parte mayor del género humano, que vivía en Asia, África y América meridional en condiciones de pobreza y degradación absolutas. La destructividad humana parecía ser un factor que había desempeñado su papel en el siglo de las tinieblas y en muchos siglos anteriores, pero ahora la habían remplazado la razón y la buena voluntad. Los problemas psicológicos que se estaban desentrañando eran los que planteaba el código moral, demasiado estricto, de la clase media, y Freud estaba tan impresionado ante la prueba de los dañinos resultados que producía la represión sexual que sencillamente no concedió importancia al problema de la agresividad, hasta que ya no pudo seguir ignorándolo en vista de la primera guerra mundial. Esta guerra es la línea divisoria en la formación de la teoría freudiana de la agresividad.

En *Una teoría sexual* (1905), Freud consideraba la agresividad uno de los "instintos componentes" del instinto sexual. Y decía: "El sadismo correspondería así a un componente agresivo del instinto sexual independizado y exagerado y, por desplazamiento, usurpador de la posición principal." (S. Freud, 1905.)[307]

Pero, como suele suceder con Freud, muy en contraste con la línea principal de su teoría tenía un pensamiento que estuvo latente hasta mucho después. En la sección 4 de *Una teoría sexual* escribe: "Puede suponerse que los impulsos de la crueldad nacen de fuentes de hecho *independientes de la sexualidad*, pero unidas a ella en una fase primitiva." (S. Freud, 1905. Subrayado mío.)

Mas a pesar de esta observación, cuatro años después declaraba Freud muy explícitamente en la historia del pequeño Hans *(Análisis de la fobia de un niño de cinco años):* "No puedo resolverme a suponer la existencia de un instinto especial de la agresión junto con los instintos familiares de la conservación del individuo y del sexo, y en plan de igualdad con ellos." (S. Freud, 1909.) Puede reconocerse en este modo de formular cierta vacilación: "No puedo resolverme a suponer" no es tan fuerte como lo sería una negación pura y simple, y el otro añadido de "en plan de igualdad" parece dejar la posibilidad de que hubiera una agresividad independiente si no fuera en plan de igualdad.

[307] Para la evolución de la teoría freudiana de la agresión véase también el resumen de J. Strachey en la introducción *a El malestar en la cultura* (Freud, 1930).

En *Los instintos y sus destinos* (1915) continuaba Freud ambos pensamientos: el de la destructividad, componente del instinto sexual y el de la fuerza independiente de la sexualidad.

Las etapas preliminares del amor aparecen como fines sexuales provisionales mientras los instintos sexuales siguen su complicado desarrollo. Reconocemos como el primero de esos fines la fase de incorporación o devoración, tipo de amor que concuerda con la abolición de la existencia aparte del objeto y que por eso puede calificarse de ambivalente. En la etapa superior de la organización pregenital sadicoanal, el ansia del objeto aparece en forma de afán de dominar, sin importar el menoscabo o el aniquilamiento del objeto. El amor en esta forma y en esta fase preliminar apenas se distingue del odio en su actitud hacia el objeto. Sólo cuando está hecha ya la organización genital resulta el amor lo contrario del odio. (S. Freud, 1915.)

Pero en el mismo trabajo adopta también Freud la otra posición ya expuesta en *Una teoría sexual —si* bien la alteró en 1915—, a saber, la de una agresividad *independiente* del instinto sexual. Esta hipótesis alternativa supone que los instintos del ego son el origen de la agresividad. Dice Freud:
La relación de odio con los objetos es más antigua que la de amor. *Procede del repudio primordial narcisista por parte del ego del mundo externo*[308] con su efusión de estímulos. En su calidad de manifestación de la reacción de disgusto provocada por los objetos *queda siempre una relación íntima con los instintos conservadores del individuo;* de modo que los instintos sexuales y del ego pueden fácilmente formar una antítesis en que se repite la de amor y odio. Cuando los instintos del ego dominan la función sexual, como es el caso en la etapa de la organización sadicoanal, comunican también las cualidades de odio al objetivo instintual. (S. Freud, 1915. Subrayado mío.)
Aquí supone Freud que el odio es más antiguo que el amor y que radica en los instintos del ego o instintos de conservación del individuo, que repudian ante todo la "corriente de estímulos" que dimana del mundo que nos rodea y son la antítesis de los impulsos sexuales. Debe mencionarse, entre paréntesis, cuán importante es esta posición para todo el modelo freudiano del hombre. Ve en el infante un ser que repudia primordialmente los estímulos y odia al mundo por su intrusión. Esta posición es contraria a la que sustentan muchas pruebas de evidencia clínica de aparición reciente, que demuestran cómo el hombre y aun el infante de pocos días tiene ansia de estímulos, los necesita, y no siempre odia al mundo por su intrusión. Freud da incluso en su formulación acerca del odio un paso más en el mismo trabajo:

El ego odia, aborrece y persigue con intención de destruir todos los objetos que son fuente de sensaciones desagradables para él, sin tomar en cuenta el que signifiquen una frustración de la satisfacción sexual o de la satisfacción de las necesidades de autoconservación. Ciertamente, puede afirmarse que *los verdaderos prototipos de la relación de odio se derivan no de la vida sexual sino de la lucha del ego por conservarse y mantenerse. (S.* Freud, 1915. Subrayado mío.)

Con el trabajo sobre *Los instintos y sus destinos* (1915) termina la primera fase del pensamiento freudiano acerca de la destructividad. Vemos que siguió dos conceptos simultáneamente: la agresividad, parte del impulso sexual (sadismo oral y anal) y la

[308] En esta declaración hallamos una expresión del axioma general freudiano de ʳeducción de la tensión como ley fundamental del funcionamiento neural. Cf. el estudio detallado de este axioma que hacemos al final de este apéndice.

agresividad independiente del instinto sexual, como cualidad de los instintos del ego que se opone (y odia) a la intrusión de los estímulos externos y los obstáculos a la satisfacción de las necesidades sexuales y las de la autoconservación.

En 1920, con *Más allá del principio del placer,* Freud inicia una revisión fundamental de toda su teoría de los instintos. En esta obra atribuía Freud a la "compulsión de repetir" las características de un instinto; aquí postulaba también por primera vez la nueva dicotomía de Eros y el instinto de muerte, cuya índole examina más detalladamente en *El "yo" y el "ello"* (1923) y en escritos ulteriores. Esta nueva dicotomía de instinto de la vida (Eros) e instinto de la muerte[309] toma el lugar de la primera dicotomía entre instinto del ego e instinto sexual. Aunque Freud quiere identificar a Eros con la libido, la nueva polaridad forma un concepto de pulsión enteramente diferente del antiguo[310].

El mismo Freud da una descripción sucinta de la evolución de su nueva teoría *en El malestar en la cultura* (1930):

En primer lugar, los instintos del ego y los instintos del objeto unos frente a otros. Fue para señalar la energía de los segundos y sólo de ellos para lo que introduje el vocablo "libido"[311]. La antítesis era así entre los instintos del ego y los instintos "libidinales" del amor (en su sentido más lato) dirigidos hacia un objeto ...[312] Pero estas discrepancias [en relación con el sadismo] fueron superadas; al fin y al cabo, el sadismo era visiblemente parte de la vida sexual, en cuyas actividades la crueldad podía remplazar al afecto ... El paso decisivo hacia delante fue la introducción del concepto de narcisismo —o sea el descubrimiento de que el ego mismo está catectizado con la libido, que el ego es ciertamente la morada primera de la libido y hasta cierto punto sigue siendo su cuartel general ...[313] Di el paso siguiente en *Más allá del principio del placer* (1920) en que atrajeron primero mi atención la compulsión de repetir y el carácter conservador de la vida instintual. Partiendo de especulaciones acerca del principio de la vida y de paralelos biológicos saqué la conclusión de que *aparte del instinto de conservar la sustancia viva y de unirla en unidades cada vez mayores debe haber otro instinto contrario que trate de disolver esas unidades y de hacerlas regresar a su estado primigenio, inorgánico.* O sea que así como había un Eros, había un instinto de muerte. (S. Freud, 1930. Subrayado mío.)

Cuando Freud escribió *Más allá del principio del placer* no estaba nada convencido de que la nueva hipótesis fuera válida. "Podría preguntarse —escribía— si estoy convencido, y hasta qué punto, de que sean ciertas las hipótesis expuestas en estas páginas. Yo respondería que yo mismo no estoy convencido y que no trato de persuadir a nadie de su verdad. Más exactamente, no sé hasta dónde creo en ellas. (S. Freud, 1920.) Después de haber tratado de construir un nuevo edificio teórico que ponía en peligro la validez de muchos conceptos anteriores, y de haberlo hecho con un enorme esfuerzo intelectual, esta sinceridad de Freud, tan visible en toda su obra, es particularmente impresionante. Pasó los dieciocho años siguientes trabajando en la nueva teoría, y cada vez iba adquiriendo más la

---

309 En el desenvolvimiento ulterior de este concepto Freud tiende a hablar más de un instinto de la vida (Eros) y un instinto de la muerte.

310 Entrar en los detalles del intento freudiano de identificar Eros con sexualidad requeriría por sí solo todo un capítulo y probablemente sólo sería interesante para el estudioso especializado en la doctrina freudiana.

311 Freud se refiere aquí a la segunda parte de su trabajo sobre la neurosis de ansiedad. (Freud, 1895.)

312 En esta formulación, el conflicto fundamental del hombre parece ser entre egoísmo y altruismo. En la teoría freudiana de id y ego (principio del placer y principio de la realidad), ambos lados de la polaridad son egoístas: la satisfacción de nuestras propias necesidades libidinales y la satisfacción de nuestras necesidades de autoconservación.

313 De hecho, Freud alternaba entre esta opinión y la de que el id era la sede o "reservorio" de la libido. J. Strachey, el director de la *Standard edition ha* dado una historia detallada de estas vacilaciones a través de la obra de Freud. Véase apéndice B *y El "yo" y el "ello"* (Freud, 1923).

convicción que al principio le faltaba. No es que añadiera aspectos enteramente nuevos a la hipótesis; lo que hizo fue más bien un "trabajo de ahondamiento" intelectual que le dejó convencido, y por eso debe haber sido mayor decepción para él el que no fueran muchos de sus partidarios quienes entendieran realmente y compartieran su opinión.

La nueva teoría tuvo su primera elaboración a cabalidad en *El "yo" y el "ello"* (1923). Es de particular importancia la suposición acerca del proceso fisiológico especial (de anabolismo o catabolismo) [que] estaría asociado con cada una de las dos clases de instintos; ambas serían activas en toda partícula de sustancia viva, aunque en proporciones desiguales, de modo que alguna sustancia podría ser la principal representante de Eros. Esta hipótesis no arroja ninguna luz sobre la manera en que las dos clases de instintos se funden, mezclan y ligan una con otra; pero es indispensable para nuestra concepción suponer que eso se realiza con regularidad y muy extensivamente. Se ve que a consecuencia de la combinación de organismos unicelulares en formas de vida multicelulares, *el instinto de muerte de la célula sola* puede ser neutralizado perfectamente y los *impulsos destructivos canalizados* hacia el mundo exterior por mediación de un órgano especial. Este órgano especial parece ser el sistema muscular; y el instinto de muerte parecería así manifestarse —aunque probablemente sólo en parte— en forma de instinto de destrucción dirigido contra el medio y los demás organismos. (S. Freud, 1923. Subrayado mío.)

En estas formulaciones revela Freud la nueva dirección de su pensamiento más explícitamente que en *Más allá del principio del placer.* En lugar del enfoque fisiológico mecanicista de la teoría antigua, construido según el modelo de la tensión producida químicamente y la necesidad de reducir esta tensión a su umbral normal (principio del placer), el enfoque de la nueva teoría es biológico y se supone en él que cada célula viva está dotada de las dos propiedades fundamentales de la materia viva: Eros y el ansia de muerte; pero el principio de reducción de la tensión se conserva de una forma más radical: la reducción de la excitación a cero (principio del Nirvana).

Un ano después (1924), en *El problema económico del masoquismo* da Freud otro paso para aclarar la relación entre los dos instintos, y dice:

La libido tiene la misión de volver inocuo el instinto destructor y la cumple desviando en gran parte ese instinto hacia el exterior —pronto con ayuda de un sistema orgánico especial, el muscular— hacia los objetos del mundo que nos rodea. Entonces se le llama al instinto destructor, instinto de dominio o voluntad de poder[314]. Una parte de ese instinto se pone directamente al servicio de la función sexual, donde tiene que desempeñar un papel importante. Este es el sadismo propiamente dicho. Otra porción no participa en esta transposición hacia el exterior; queda dentro del organismo, y con ayuda de la excitación sexual acompañante arriba descrita, libidinalmente vinculada a él. Es en esta porción donde hemos de reconocer el masoquismo original, erotógeno. (S. Freud, 1924.)

En las *Nuevas aportaciones al psicoanálisis* (1933), se mantiene en la posición tomada anteriormente: habla de "los instintos eróticos, que tratan de combinar más y más sustancia viva en unidades cada vez mayores y los instintos de muerte, que se oponen a este esfuerzo y llevan lo vivo a un estado inorgánico". (S. Freud, 1933.) En las mismas lecturas escribe acerca del instinto destructivo original:

Sólo podemos percibirlo en dos condiciones: si está combinado con los instintos eróticos en el masoquismo o si —con adición erótica mayor o menor— se dirige contra el mundo

[314] Freud combina aquí tres tendencias muy diferentes. El instinto de destruir es fundamentalmente diferente de la voluntad de poder: en el primer caso se quiere destruir el objeto; en el segundo, se quiere guardarlo y controlarlo, y ambos son enteramente diferentes del afán de dominar por la maestría, cuyo fin es crear y producir, o sea precisamente lo contrario de la voluntad de destruir.

exterior en forma de agresividad. Y ahora nos sorprende la significación de la posibilidad de que la agresividad no tenga satisfacción en el mundo exterior al hallar obstáculos reales. Si sucede esto, tal vez se retire y aumente la cantidad de autodestructividad que impera en el interior. Ya veremos que esto es en realidad lo que ocurre y que es un proceso bastante importante. La agresividad obstaculizada parece entrañar un grave menoscabo. *Parece realmente como que nos es necesario destruir alguna otra persona o cosa para no destruirnos a nosotros mismos, para defendernos del impulso hacia la autodestrucción. ¡Triste revelación por cierto para el moralista! (S.* Freud, 1933. Subrayado mío.)

En sus dos últimos trabajos, escritos respectivamente dos y un ano antes de su muerte, Freud no hizo ninguna alteración de importancia a los conceptos que había creado en los años anteriores. *En Análisis terminable e interminable* (1937) pone aún más de relieve el poder del instinto de muerte. Como escribe Strachey en sus notas editoriales: "Pero el más poderoso factor obstaculizador de todo *y totalmente libre de toda posibilidad de control... es el instinto de muerte."* (S. Freud, 1937. Subrayado mío.) En *Esquema del psicoanálisis* (escrito en 1938; publicado en 1940), Freud reafirma de modo sistemático sus suposiciones anteriores sin hacer cambios de importancia.

2. ANÁLISIS DE LAS VICISITUDES Y CRÍTICA DE LAS TEORÍAS FREUDIANAS DEL INSTINTO DE MUERTE Y EL EROS

La breve descripción que antecede de las nuevas teorías freudianas, la de Eros y el instinto de muerte, no podría demostrar suficientemente cuán radical era el cambio de la vieja a la nueva teoría ni cómo Freud no vio que el cambio era radical y por consiguiente se enredó en muchas inconsecuencias teóricas y contradicciones inmanentes. En las páginas que siguen intentaré describir la importancia de esos cambios y analizar el conflicto entre la antigua y la nueva teoría.

Después de la primera guerra mundial, tuvo dos nuevas visiones. La primera fue la de la pujanza e intensidad de los afanes agresivos y destructivos en el hombre, independientes de la sexualidad. No es del todo exacto decir que era una visión *nueva* porque, como ya hemos visto, no dejaba de haberse dado cuenta de la existencia de impulsos agresivos independientes de la sexualidad. Pero esa penetración se manifestaba sólo esporádicamente y nunca modificó la hipótesis principal acerca de la polaridad básica entre instintos sexuales e instintos del ego, aunque modificó después esta teoría introduciendo el concepto de narcisismo. En la teoría del instinto de muerte se manifiesta de pronto con toda su fuerza y la destructividad se convierte en un polo de la existencia que al luchar con el otro polo, Eros, forma la esencia misma de la vida. La destructividad se convierte en fenómeno *primario* de la vida.

La segunda visión que señala la nueva teoría freudiana no sólo no tiene antecedentes en su teoría anterior sino que está en cabal contradicción con ella. Es la visión de que Eros, presente en toda célula de sustancia viva, tiene por objetivo la unificación e integración de las células y por encima de esto, el servicio de la civilización, la integración de las unidades menores en la unidad del género humano. (S. Freud, 1930.) Freud descubre el amor no sexual. Llama al instinto de vida "instinto de amor"; identifica el amor con la vida y el desarrollo, y —en lucha con el instinto de muerte— lo hace determinar la existencia humana. En la teoría antigua de Freud se veía el hombre como un sistema aislado, movido por dos impulses: el de sobrevivir (instinto del ego) y el de sentir placer superando las tensiones que a su vez se producían químicamente dentro del organismo y se localizaban en "zonas erógenas", unas de las cuales era la región genital. En este cuadro, el hombre estaba aislado

primeramente, pero entraba en relaciones con miembros del otro sexo para satisfacer su ansia de placer. La relación entre los dos sexos se concebía así semejante a las relaciones humanas en el mercado. Cada quien se cuida de satisfacer sus necesidades, pero precisamente para ello es menester que entre en relaciones con otros que ofrecen lo que él necesita y necesitan lo que él ofrece.

En la teoría del Eros es completamente diferente. Ya no se concibe el hombre primordialmente aislado y egoísta, como *1'homme machine,* sino primordialmente relacionado con los demás, impulsado por los instintos vitales que le hacen necesitar la unión con los demás. La vida, el amor y el desarrollo son la misma cosa, más fundamental y de raíces más hondas que la sexualidad y el "placer".

El cambio en la nueva visión freudiana se echa de ver claramente en su nueva evaluación del mandamiento bíblico: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. En *El porqué de la guerra* (1933a) escribía:

Todo cuanto favorezca la formación de vínculos emocionales entre los hombres debe operar contra la guerra. Estos vínculos pueden ser de dos tipos. En primer lugar, pueden ser las relaciones semejantes a las que se forman con un objeto amado *sin fin sexual.* No tiene por qué el psicoanálisis avergonzarse al hablar de amor en este asunto, porque la religión misma emplea también esas palabras: ¨Amarás a tu prójimo como a ti mismo.¨ Pero esto es más fácil de decir que de hacer. El segundo tipo de vínculo emocional es por la identificación. Todo cuanto hace a los hombres compartir intereses importantes, produce esta comunidad de sentimiento, estas identificaciones. Y la estructura de la sociedad humana se basa en gran parte de ellas. (Freud, 1933a. Subrayado mío.)

Escribía estas líneas el que tan sólo tres años antes terminara un comentario acerca de ese mismo mandamiento bíblico diciendo: "¿Para qué sirve un precepto enunciado tan solemnemente si *no puede recomendarse temo razonable su* cumplimiento? " (S. Freud, 1930.)[315]

Nada menos que un cambio radical en el punto de vista era lo que se había producido. Freud, el enemigo de la religión, que había calificado de ilusión que impide

[315] Freud llegó a esta conclusión basándose en el siguiente argumento: "Nos puede poner sobre la pista una de las reglas ideales, como las hemos llamado, de la sociedad civilizada. Dice así: `Debes amar a tu prójimo como a ti mismo.' Es conocida en todo el mundo y sin duda más antigua que el cristianismo, que la presenta como su aspiración más noble, Pero con seguridad no es muy antigua, ya que incluso en tiempos históricos era todavía extraña para el género humano. Tomemos una actitud ingenua frente a ella, como si la oyéramos por primera vez, y no podremos reprimir una sensación de sorpresa y perplejidad. ¿Por qué habríamos de hacerlo? ¿Qué bien nos reportaría? Y sobre todo, ¿cómo hacerlo? ¿Cómo es posible? Mi amor es para mí algo valioso y no voy a darlo sin reflexionar. Me impone deberes en cuyo cumplimiento estoy dispuesto a aceptar sacrificios. Si yo amo a alguien, en algo tendrá que merecerlo. (No tomo en cuenta la utilidad que pueda tener para mí y su posible importancia para mí como objeto sexual, porque de ninguno de estos dos géneros de relación se trata en el precepto de amar al prójimo.) Lo merece si es como yo en cosas importantes, de modo que yo me pueda amar a mí mismo en él; y lo merece si es mucho más perfecto que yo, tanto que yo pueda amar en él mi ideal de mí mismo. También tengo que amarlo si es el hijo de mi amigo, ya que el dolor que sentiría mi amigo si algún daño le sucediera, lo sentiría yo también… porque tendría que compartirlo con éL Pero si me es extraño y no puede atraerme con algún valor suyo propio o alguna importancia que pueda haber adquirido *ya en* mi vida afectiva, me será difícil amarlo. Ciertamente, haría yo mal en amarlo, porque toda mi gente valúa mi amor como señal de mi preferencia y sería injusto para ellos que yo considerara como ellos a un extraño. Pero si he. de amarlo (con este amor universal) sólo porque él también es habitante de la tierra, como un insecto, una lombriz o un caracol, temo que sólo le corresponda una pequeña cantidad de mi amor ... y de ninguna manera tanto como me autoriza a conservar para mí el juicio de mi razón." (S. Freud, 1930.) Es interesante observar cómo concebía Freud por entero el amor dentro del marco de referencia de la ética burguesa, concretamente el carácter social de la clase media decimonónica. Lo primero que se plantea es: "¿Qué bien nos reportaría? ", el principio de la ganancia. La premisa siguiente es que el amor debe merecerse (el principio patriarcal en contraste con el matriarcal del amor sin condiciones ni merecimientos, y además el principio narcisista de que el otro "merece" mi amor sólo en tanto es como yo en cosas importantes); incluso el amor por el hijo del amigo se explica en términos egoístas, porque si le sucediera algún daño a 61 e indirectamente a mi amigo, el dolor de éste sería mi dolor. Finalmente se concibe el amor como cierta cantidad determinada cuantitativamente, el amor por todos los demás seres sólo podría dejar una cantidad muy pequeña de amor para cada uno de ellos.

al hombre alcanzar la madurez y la independencia, cita ahora uno de los mandamientos más importantes de todas las grandes religiones humanistas en apoyo de su suposición psicológica. Pone de relieve que el psicoanálisis "no tiene por qué avergonzarse al hablar de amor en este asunto", (Freud, 1933a)[316], pero sí necesita esta aseveración para sobreponerse a la turbación que debe haber sentido al cambiar tan rotundamente en relación a su concepto del amor fraternal.

¿Comprendía Freud hasta qué punto era su cambio radical? ¿Tenía conciencia de la profunda e inconciliable contradicción entre las teorías antiguas y las nuevas? Es evidente que no. En *El "yo" y el "ello"* (1923) identificaba el Eros (instinto de vida o instinto de amor) con los instintos sexuales (más el instinto de la conservación de sí mismo):

Según este modo de ver, hemos de distinguir dos clases de instintos, uno de los cuales *(el sexual o Eros)* es mucho más visible y accesible al estudio. Comprende no sólo el instinto sexual no inhibido propiamente dicho y los impulsos instintuales de índole de objetivo inhibido, o sublimada, derivados de él, sino también el instinto de conservación del individuo, que debe atribuirse al ego y que al empezar nuestra labor analítica teníamos razón de poner en contraste con los instintos-objetos sexuales. (S. Freud, 1923. Subrayado mío.)

Precisamente por no advertir la contradicción intentó conciliar la teoría antigua y la nueva de modo que formaran una continuidad sin interrupción abrupta. Este intento había de conducir a muchas contradicciones e inconsistencias inmanentes en la teoría nueva que Freud intentó salvar, suavizar o negar una y otra vez, sin jamás lograrlo. En las páginas siguientes trataré de describir las vicisitudes de la nueva teoría, debidas al hecho de no reconocer Freud que el vino nuevo —y creo que en este caso el mejor—no podía ponerse en los odres viejos.

Antes de empezar este análisis debemos mencionar aún otro cambio que, inadvertido igualmente, complicó más todavía las cosas. Había Freud montado su teoría antigua según un modelo científico fácil de reconocer; el modelo mecanicista materialista que había sido el ideal científico de su maestro, von Brücke y todo el círculo de materialistas mecanicistas como Helmholtz, Büchner, von Brücke y otros[317]. Consideraban el hombre una máquina movida por procesos químicos: sentimientos, afectos y emociones se explicaban como efectos de procesos fisiológicos específicos e identificables. La mayor parte de los descubrimientos neurofisológicos y de la hormonología de los últimos decenios eran desconocidos para esos hombres, pero con audacia e ingenio insistían en la propiedad de su enfoque. Las necesidades y los intereses para los que no podía hallarse origen somático eran desdeñados, y el entendimiento de los procesos no desdeñados seguía los principios del pensamiento mecanicista. El modelo de la fisiología de von Brücke y el modelo freudiano del hombre podría repetirse hoy en una computadora debidamente programada. "Él" desarrolla cierta cantidad de tensión que en ciertos umbrales ha de aliviarse y reducirse, mientras otra parte, el ego, comprueba el hecho, observa la realidad e inhibe el alivio

316 Cf también S. Freud (1908a).

317 Peter Anmacher (1962) ha descrito lo que debe la formación teórica de Freud al pensamiento de sus maestros. Robert R. Holt resume aprobador la tesis principal de Anmacher del modo siguiente: "Muchos de los giros y mudanzas más enigmáticos y al parecer arbitrarios de la teoría psicoanalítica, con proposiciones falsas al extremo de no poder probarse de ningún modo, son supuestos biológicos ocultos o consecuencia directa de ellos, aprendidos por Freud de sus maestros en la escuela de medicina. Se convirtieron en parte de su bagaje intelectual, tan indiscutidos como el supuesto del determinismo universal, probablemente no reconocidos por él como biológicos y así se conservaron en calidad de ingredientes necesarios cuando intentó apartarse de la neurología para construir un modelo psicológico abstracto." (R. R. Holt, 1965.)

cuando entra en conflicto con las necesidades de la supervivencia. Este robot freudiano sería semejante al robot de ficción científica de Isaac Asimov, pero de programación diferente. Su primera ley no sería no dañar a los seres humanos sino evitar ser dañado o destruido.

La teoría nueva no sigue este modelo mecanicista "fisiologizante". Gira en torno a una orientación biológica en que las fuerzas fundamentales de la vida (y su contraria, la muerte) se convierten en fuerzas primigenias que motivan al hombre. La naturaleza de la célula, o sea de toda sustancia viva, son la base teórica para una teoría de la motivación, no un proceso fisiológico que está en marcha en ciertos órganos del cuerpo. La teoría nueva estaba quizá más cerca de una filosofía vitalista[318] que del concepto de los materialistas mecanicistas alemanes. Pero como ya dije, Freud no tenía clara conciencia del cambio; de ahí que tratara una y otra vez de aplicar su método fisiologizante a la nueva teoría y necesariamente tenía que fallar en ese intento de cuadratura del círculo. Pero en un aspecto importante tienen ambas teorías una premisa común, que ha sido el axioma inmutable del pensamiento freudiano: la idea de que la ley que rige el aparato psíquico es la tendencia a reducir la tensión (o excitación) a un nivel bajo constante (el principio de constancia, en que se basa el principio del placer) o al nivel cero (el principio del Nirvana, en que se basa el instinto de muerte).

Debemos volver ahora a un análisis más detallado de las dos nuevas visiones de Freud, la del instinto de muerte y la del instinto de vida, en calidad de fuerzas primigenias determinantes de la existencia humana[319]. ¿Qué razones fueron las que movieron a Freud a postular el instinto de muerte?

Una razón, que ya he mencionado, fue probablemente el efecto que le produjo la primera guerra mundial. Como otros muchos de su época y su edad, él había compartido la visión optimista tan característica de la clase media europea, y súbitamente se veía frente a un furor de odio y destrucción que hubiera sido difícil de imaginar antes del 1 de agosto de 1914.

Podría especularse que a este factor histórico debería sumarse otro personal. Según sabemos por la biografía de Ernest Jones (E. Jones, 1957), Freud tenía la preocupación de la muerte. Después de los cuarenta, cada día creía morir; tenía ataques de *Todesangst* (miedo a la muerte) y a veces le daban ganas de añadir al despedirse: "Tal vez no vuelvan a verme nunca." Podría suponerse que la grave enfermedad de Freud le había impresionado como confirmación de su miedo de morir y contribuyó así a la formulación del instinto de muerte. Pero esta especulación es indefendible en esta forma simplificada, ya que el primer signo de su enfermedad no aparece sino en febrero de 1923, varios anos después de concebir el instinto de muerte. (E. Jones, 1957.) Tal vez no fuera exagerado de todos modos suponer que sus primeras preocupaciones por la muerte fueran aumentando en intensidad al irse enfermando y le condujeran a un concepto en que el conflicto entre la vida y la muerte estuviera en el centro de la experiencia humana, en lugar del conflicto entre las dos pulsiones afirmadoras de la vida: el deseo sexual y los impulsos del ego. Suponer que el hombre ha de morir porque la muerte es el fin oculto de su vida podría considerarse una manera de confortación destinada a aliviar su miedo a la muerte.

Estos factores históricos y personales constituyen un grupo de motivaciones para la construcción del instinto de muerte, pero hay otro grupo de factores que debieron inclinarle a la concepción de la teoría de ese instinto. Freud pensaba siempre en forma dualista. Veía

---

[318] Cf. J. Pratt (1958).

[319] La terminología de **Freud** no siempre es consecuente. A veces habla de los instintos de vida y de muerte; otras veces, de un instinto de vida y de muerte (en singular). **Li** instinto (o instintos) de muerte lo llama también instinto (o instintos) destructivo. La palabra *thanatos* (paralela a **Eros),** como equivalente del instinto de muerte no la empleó **Freud** y quien la introdujo en la cuestión fue P. Federn.

fuerzas opuestas combatirse mutuamente, y el proceso de la vida era el resultado de ese batallar. La forma que primero tuvo esa teoría dualista fue la de la sexualidad y el instinto de la conservación del individuo. Pero con el concepto del narcisismo, que ponía los instintos autoconservadores en el campo de la libido, el antiguo dualismo parecía en peligro. ¿No imponía el narcisismo la teoría monista de que todos los instintos eran libidinales? Y cosa aún peor, ¿no justificaba una de las herejías principales de Jung, el concepto de que la libido denota *toda energía psíquica?* Efectivamente, Freud tenía que liberarse de este intolerable dilema, intolerable porque equivalía a aceptar el concepto de libido de Jung. Tenía que hallar otro instinto, opuesto a la libido, que fuera base de un nuevo enfoque dualista. El instinto de muerte cumplía este requisito. En lugar del antiguo dualismo había hallado uno nuevo, y la existencia podía así volverse a ver en forma dualista, como campo de batalla de instintos contrarios, los instintos de Eros y de muerte.

En el caso del nuevo dualismo siguió Freud una norma de pensamiento de que volveremos a tratar más adelante, y creó dos conceptos generales en que habían de encajar todos los fenómenos. Había hecho eso con el concepto de sexualidad ensanchándolo de modo que todo cuanto no fuera instinto del ego entraba en el instinto sexual. Volvió a seguir el mismo método con el instinto de muerte. Lo hizo tan amplio que todo impulso no comprendido en Eros pertenecía al instinto de muerte, y viceversa. De este modo, la agresividad, la destructividad, el sadismo, el afán de mandar y dominar eran, a pesar de sus diferencias cualitativas, manifestaciones de una misma fuerza: el instinto de muerte.

En otro aspecto todavía siguió Freud la misma norma de pensamiento que tanto había podido en él en la fase primera de su sistema teórico. Dice del instinto de muerte que originalmente está todo en el interior; después, una parte suya es enviada hacia el exterior y obra como agresividad, mientras la parte que queda dentro es el masoquismo primario. Pero cuando la parte del exterior tropieza con obstáculos demasiado grandes para vencerlos, el instinto de muerte vuelve a dirigirse hacia dentro y se manifiesta en forma de masoquismo secundario. Esta forma de razonar es exactamente la misma que empleó Freud en su estudio del narcisismo. Al principio, toda la libido está en el ego (narcisismo primario); después se extiende hacia fuera, hacia los objetos (libido objetiva), pero a menudo se vuelve a dirigir hacia dentro y entonces forma el llamado narcisismo secundario.

Muchas veces emplea el "instinto de muerte" como sinónimo del "instinto de destrucción" y de los "instintos agresivos"[320]. Pero al mismo tiempo establece Freud sutiles distinciones entre esos diferentes términos. En general, como señala James Strachey en su introducción *a El malestar en la cultura (S.* Freud, 1930), en los últimos escritos de Freud (por ejemplo en *El malestar en la cultura,* 1930; *El "yo" y el "ello",* 1923; *Nuevas aportaciones al psicoanálisis,* 1933; *Esquema del psicoanálisis,* 1938) el instinto agresivo es algo secundario, derivado de la autodestrucción primaria.

En el párrafo siguiente cito algunos ejemplos de esta relación entre instinto de muerte y agresividad. En *El malestar en la cultura,* Freud habla del instinto de muerte "desviado hacia el mundo exterior y que sale a la luz en forma de instinto de agresividad y destructividad". En las *Nuevas aportaciones al psicoanálisis* habla de la "autodestructividad, *manifestación* de un 'instinto de muerte' que no puede faltar en ningún proceso vital" (subrayado mío). En la misma obra expone Freud su pensamiento de modo aún más explícito: "Nos vemos conducidos a opinar que el masoquismo es más antiguo que el sadismo y que el sadismo es el instinto destructivo dirigido hacia el exterior, adquiriendo así la característica de la agresividad." (S. Freud, 1933.) La cantidad de instinto destructivo que queda en el interior se combina "con los instintos eróticos en forma de masoquismo o —con mayor o menor adición erótica— se orienta contra el

[320] Cf. por ejemplo S. Freud (1930).

mundo exterior en forma de agresividad". (S. Freud, 1933.) Pero, continúa Freud, si la agresividad dirigida hacia fuera se encuentra con obstáculos demasiado fuertes, retorna e incrementa la cantidad de autodestructividad que reina en el interior. El fin de esta evolución teórica algo contradictoria se halla en los dos últimos trabajos de Freud. En el *Esquema* dice que dentro del id "operan los *instintos* orgánicos, compuestos a su vez de fusiones de *dos fuerzas primigenias* (Eros y la destructividad) en distintas proporciones . . ." (S. Freud, 1938. Subrayado mío). En *Análisis terminable e interminable* habla Freud también del instinto de muerte y el Eros como los dos "instintos primigenios". (S. Freud, 1937.)

Sorprende e impresiona la firmeza con que se atuvo Freud a su concepto del instinto de muerte, a pesar de las grandes dificultades de teoría que trató afanosamente —y creo yo que en vano— de superar.

La dificultad principal radica tal vez en el supuesto de la identidad de dos tendencias: la tendencia del organismo a volver al estado original, inorgánico (a consecuencia del principio de la compulsión de repetición) y la del instinto de destruir, a sí mismo o a los demás. Para la primera tendencia sería adecuada la palabra *thanatos* (empleada primeramente por P. Federn, refiriéndose a la muerte) o incluso el "principio del Nirvana", que indica la tendencia a reducir la *tensión,* la energía, hasta el punto de acabar con todos los impulsos energéticos[321]. Pero ¿es este lento decrecer de la fuerza vital lo mismo que la destructividad? Claro está que lógicamente podría argüirse —y Freud lo hace así implícitamente— que si una tendencia al fenecimiento es propia del organismo, debe haber una fuerza activa tendiente a destruir. (Es en realidad el mismo modo de pensar que hallamos entre los instintivistas, que postulan un instinto especial para cada tipo de comportamiento.) Pero si vamos más allá de este razonamiento circular, ¿hay alguna prueba ni siquiera razón para esta identidad de la tendencia a cesar toda excitación con el impulso de destruir? Parece difícil. Si suponemos con Freud, cuando razona basándose en la compulsión de repetición, que la vida tiene una tendencia inherente a irse haciendo más lenta y al fin morir, esa tendencia biológica innata sería muy diferente del impulso activo de destruir. Si añadimos que esta misma tendencia a morir podría ser también el origen de la pasión del poder y el instinto de dominar y —mezclada con la sexualidad— del sadismo[322] y el masoquismo, la proeza teórica tiene que acabar mal. El "principio del Nirvana" y la pasión de destruir son dos entidades disparejas que no pueden hacerse entrar en la misma categoría que el instinto (o los instintos) de muerte.

Otra dificultad consiste en el hecho de que el "instinto" de muerte no cuadra con el concepto general de los instintos de Freud. En primer lugar no tiene, como los instintos en la teoría primera de Freud, una zona especial en el cuerpo donde se origine sino que es una fuerza biológica propia de toda sustancia viva. Esto lo ha puesto en claro de forma convincente Otto Fenichel:

El disimulo en las células . . . —o sea una destrucción objetiva— no puede ser el origen de un instinto destructivo, en el mismo sentido que una sensibilización determinada químicamente en el órgano central y que estimula las zonas erógenas es la causa del instinto sexual. Porque según la definición, el instinto apunta *a eliminar* el cambio

[321] El empleo del principio del "Nirvana" es infortunado porque interpreta erróneamente el Nirvana budista, que no es precisamente un estado de ausencia de vida producido por la naturaleza (que según el budismo tiene la tendencia opuesta) sino por el esfuerzo espiritual del hombre que halla la salvación y la terminación de su vida cuando ha logrado sobreponerse a toda codicia y todo egoísmo y está lleno de compasión por cuantos seres sienten. En el estado de Nirvana, Buda goza la alegría suprema.

[322] Freud no atiende al hecho de que el instinto destructivo apunta a destruir el objeto mientras que el sadismo lo quiere conservar para dominarlo, humillarlo o lastimarlo. Véase la discusión del sadismo en el capítulo 11.

somático que designamos como origen del instinto; pero el instinto de muerte no tiene por objeto eliminar el disimulo. Por esta razón no me parece posible hacer del "instinto de muerte" una especie de instinto contra otra especie. (O. Fenichel, 1953.)

Señala aquí Fenichel una de las dificultades teóricas que se creó Freud, aunque podríamos decir que reprimió la conciencia de ella. Esta dificultad es tanto más seria porque Freud, como después veremos, había de llegar a la conclusión de que el Eros no cumple tampoco las condiciones teóricas de un instinto. Ciertamente, de no haber tenido Freud fuertes motivaciones personales no hubiera empleado la palabra "instinto" en un sentido totalmente diferente del original sin señalar esa diferencia. (Esta dificultad se hace sentir aun en la terminología. No puede emplearse Eros junto con "instinto", y lógicamente, Freud jamás habló de un "instinto de Eros". Pero dio lugar al término de "instinto" empleando "instinto de vida" alternativamente con Eros.)

En realidad, el instinto de muerte no tiene relación con la teoría primera de Freud, salvo en el axioma general de reducción de impulso. Como hemos visto, en la teoría primera la agresión era o bien un impulso componente de la sexualidad pregenital o un impulso del ego dirigido contra estímulos del exterior. En la teoría del instinto de muerte no se establece relación con las fuentes anteriores de la agresión, salvo que ahora se emplea el instinto de muerte para explicar el sadismo (en tanto que mezcla con la sexualidad). (S. Freud, 1933.)[323]

Resumiendo, el concepto del instinto de muerte se determinaba por dos requisitos principales; primero, por la necesidad de acomodarse a la nueva convicción freudiana del poder de la agresión humana; en segundo lugar, por la necesidad de atenerse a un concepto dualista de los instintos. Después de haber sido considerados también libidinales los instintos del ego, Freud tenía que hallar una nueva dicotomía, y la más apropiada parecía ser la de Eros y el instinto de muerte. Pero si era apropiada desde el punto de vista de la solución inmediata de una dificultad, no lo era desde el del desarrollo de toda la teoría freudiana de la motivación instintual. El instinto de muerte se convirtió en un concepto de *totum revoluturn* con el que uno trataba, sin éxito, de resolver contradicciones incompatibles. Tal vez a causa de la edad y la enfermedad, Freud no enfocó el problema de frente y nada más echó remiendos con las contradicciones. La mayor parte de los otros psicoanalistas que no aceptaban su concepto de Eros y el instinto de muerte hallaron una solución fácil: transformaron el instinto de muerte en un "instinto destructivo" opuesto al antiguo instinto sexual. Combinaban así su lealtad para con Freud y su incapacidad de ir más allá de la teoría instintual a la manera antigua. Aun considerando las dificultades de la teoría nueva, era un logro importante, porque reconocía como conflicto fundamental de la existencia humana la elección entre vida y muerte y abandonaba el antiguo concepto fisiológico de las pulsiones en favor de una especulación biológica más profunda. Freud no tuvo la satisfacción de hallar una solución y hubo de dejar su teoría instintual trunca. La evolución ulterior de la teoría freudiana tiene que afrontar el problema y estudiar seriamente las dificultades con la esperanza de hallar soluciones nuevas.

Al discutir la teoría del *instinto de vida* y de Eros vemos que las dificultades teóricas son, si es posible, aún más serias que las relacionadas con el concepto de instinto de muerte. La razón de esas dificultades es harto evidente. En la teoría de la libido, la excitación se debía a la sensibilización determinada químicamente por la estimulación de las diversas zonas erógenas. En el caso del instinto de vida nos las habemos con una tendencia, característica de toda sustancia viva, para la que no hay origen fisiológico ni

[323] Después trataré de demostrar que hay ciertamente una relación posible entre la teoría de la libido y la teoría del instinto de muerte, por el eslabón de la teoría de la libido anal.

órgano específico. ¿Cómo podían el antiguo instinto sexual y el nuevo instinto de vida, cómo la sexualidad y Eros ser lo mismo?

Pero si bien Freud escribió en las *Nuevas aportaciones* que la nueva teoría había "remplazado" a la teoría de la libido, en la misma obra y en otros lugares afirma que los instintos sexuales y Eros son idénticos. Decía: "Nuestra hipótesis es que hay dos clases de instintos, esencialmente diferentes: los instintos sexuales, entendidos en el sentido más amplio —Eros, si prefieren este nombre— y los instintos agresivos, cuyo objetivo es la destrucción." (S. Freud, 1933.) 0 bien, *en Esquema del psicoanálisis:* "La energía total disponible de Eros . . . en adelante la llamaremos `libido' ..." (S. Freud, 1938.) A veces identifica a Eros con el instinto sexual y el instinto de la conservación del individuo (S. Freud, 1923) cosa lógica después de haber revisado la teoría primera y clasificado los dos enemigos originales, el instinto de autoconservación y el sexual, como libidinales. Pero mientras Freud equipara a veces a Eros con la libido, en su última obra, *Esquema del psicoanálisis,* expone una opinión ligeramente diferente: "La mayor parte de lo que sabemos del Eros —o sea de su exponente la libido— se ha recogido estudiando la función sexual, que según la opinión prevaleciente, *aunque no de acuerdo con nuestra teoría,* coincide con Eros." (S. Freud, 1938. Subrayado mío.) Según esto, y en contradicción con las declaraciones antes citadas, Eros y la sexualidad *no* coinciden. Parece haber tenido presente aquí Freud que Eros es un "instinto primigenio" (aparte del instinto de muerte) de que el instinto sexual es sólo *un exponente.*

De hecho, aquí vuelve a una opinión ya expuesta en *Más allá del principio del placer,* donde dice en una nota de pie de página que el instinto sexual "se transformó para nosotros en el Eros, que trata de juntar y mantener unidas por la fuerza las porciones de sustancia viva. Lo que suelen llamarse los instintos sexuales lo consideramos nosotros parte del Eros dirigida hacia los objetos". (S. Freud, 1920.)

Una vez intenta incluso Freud indicar que su concepto primero de sexualidad "de ninguna manera era idéntico a la impulsión hacia una unión de los dos sexos o hacia la producción de una sensación placentera en los genitales; tenía mucho más parecido con el Eros omnímodo, conservador de todo, del *Banquete* platónico." (S. Freud, 1925.) Es evidente la verdad de la primera parte de esta declaración. Freud siempre había dicho que la sexualidad era más vasta que la sexualidad genital. Pero es difícil ver en qué base sustenta el que su concepto antiguo de la sexualidad se pareciera al del Eros platónico.

La teoría sexual más antigua era precisamente lo contrario de la teoría platónica. La libido era viril según Freud y no había libido femenina correspondiente. La mujer, de acuerdo con la tendencia en extremo patriarcal de Freud, no era el igual del hombre, sino un varón mutilado, castrado. La vera esencia del mito platónico es que varón y hembra fueron otrora uno y después se separaron en dos mitades, lo que implica, naturalmente, que las dos mitades son iguales, que forman una polaridad dotada de la tendencia a volver a unirse.

La única razón para que Freud intentara interpretar la teoría antigua de la libido de acuerdo con el Eros platónico debe haber sido el deseo de negar la discontinuidad de las dos fases, aun a expensas de una patente distorsión de su teoría antigua.

Como en el caso del instinto de muerte, Freud se metió en una dificultad en relación con la índole instintual del instinto de vida. Como ha señalado Fenichel, el instinto de muerte no puede calificarse de "instinto" de acuerdo con el *nuevo* concepto freudiano de instinto, manifestado primero en *Más allá del principio del placer y* continuado después en su obra ulterior, incluso el *Esquema del psicoanálisis. (O.* Fenichel, 1953.) Escribe Freud: "Aunque [los instintos] son la

causa última de toda actividad, son de índole conservadora; cualquiera que sea el estado alcanzado por un organismo, es causa de una tendencia a restablecer ese estado en cuanto se abandona." (S. Freud, 1938.)

¿Tienen Eros y el instinto de vida esa cualidad conservadora de todos los instintos, y pueden por ello llamarse con propiedad instintos? Freud estaba empeñado en hallar una solución que salvara el carácter conservador de los instintos de vida.

Hablando de las células germinales que "obran contra la muerte de la sustancia viva y logran para ella lo que sólo podemos considerar inmortalidad potencial" declaraba:

Los instintos que vigilan los destinos de estos organismos elementales que sobreviven al individuo entero, que les proporcionan un abrigo seguro mientras están sin defensa frente a los estímulos del mundo exterior, que efectúan su reunión con otras células germinales y así sucesivamente .. . constituyen el grupo de los instintos sexuales. Son conservadores en el mismo sentido que los demás instintos, en que hacen volver estados anteriores de sustancia viva; pero son conservadores en mayor grado por ser peculiarmente resistentes a las influencias externas; y son conservadores además en otro sentido porque conservan la vida misma por un período relativamente largo. Son los verdaderos instintos de la vida. Operan contra el fin de los demás instintos, que en razón de su función conducen a la muerte; y este hecho indica que hay una oposición entre ellos y los demás instintos, una oposición cuya importancia se reconoció hace mucho en la teoría de las neurosis. Es como si la vida del organismo avanzara con un ritmo vacilante. Un grupo de instintos se precipita hacia delante como para alcanzar el objetivo final de la vida lo más rápidamente posible; pero cuando se ha cubierto una etapa de ese avance, el otro grupo retrocede de un salto hasta cierto punto para empezar de nuevo, y eso prolonga el viaje. Y si bien es cierto que la sexualidad *y la distinción entre los sexos no existen al empezar la vida,* queda la posibilidad de que los instintos que después se llamarán sexuales hayan estado operando desde el primer momento, y tal vez no sea cierto que fue sólo en un momento posterior cuando empezaron su labor de oponerse a las actividades de los "instintos del ego". (S. Freud, 1920. Subrayado mío.)

Lo más interesante en este trazo, y también la razón de que lo cite tan ampliamente, es que Freud trataba de una manera casi desesperada de salvar el concepto conservador de todos los instintos y por lo tanto también del instinto de vida. Tenía que refugiarse en una nueva formulación del instinto sexual, en que éste vigila los destinos de la célula germinal, definición diferente de todo su concepto de instinto en su obra anterior.

Unos cuantos años después, en *El "yo" y el "ello",* hace Freud el mismo intento de dar a Eros la categoría de un instinto verdadero atribuyéndole una índole conservadora:

Basándonos en consideraciones teóricas sustentadas por la biología presentamos la hipótesis de un instinto de muerte cuya misión es hacer volver la vida orgánica al estado inanimado; por otra parte, suponemos que Eros, realizando una combinación cada vez de mayor alcance, de las partículas en que está dispersa la sustancia viva, tiene por objeto complicar la vida y al mismo tiempo, naturalmente, conservarla. Obrando así, ambos instintos serían conservadores en el sentido más estricto de la palabra, ya que ambos se esforzarían en restablecer un estado de cosas trastornado

por la aparición de la vida. Esta aparición sería así la causa de la continuación de la vida y también al mismo tiempo de los esfuerzos en dirección de la muerte; y la vida misma sería un conflicto y una transacción entre esas dos tendencias. El problema de los orígenes de la vida seguiría siendo cosmológico; y el problema de la meta y el objetivo de la vida tendría una solución dualista. (S. Freud, 1923.)

Eros tiende a complicar y conservar la vida, y de ahí que sea también conservador, porque con la aparición de la vida nace el instinto que la conservará. Pero debemos preguntarnos, siendo la naturaleza del instinto restablecer el estado más antiguo de la existencia, la materia inorgánica, cómo puede al mismo tiempo tender a restablecer una forma posterior de existencia, o sea la vida.
Después de estos fútiles intentos de salvar el carácter conservador del instinto de vida, Freud llega finalmente en el *Esquema* a una solución negativa: "En el caso de Eros (y el instinto de amor) no podemos aplicar esta fórmula [del carácter conservador de los instintos]. Hacerlo presupondría que la sustancia viva fue en otro tiempo una unidad que después fue dividida y ahora se esfuerza en reunirse." (S. Freud, 1938. Subrayado mío.) Freud añade aquí una nota significativa: "Algunos escritores han imaginado algo parecido, pero no conocemos nada semejante en la historia real de la sustancia viviente." (S. Freud, 1938.) Es del todo evidente que aquí se refiere Freud al mito platónico de Eros, pero lo impugna como producto de la imaginación poética. Este rechazo es verdaderamente sorprendente, ya que la solución platónica satisfaría los requisitos teóricos de la índole conservadora del Eros. Si hembra y macho estaban unidos en el comienzo y después fueron separados, y movidos a continuación por el deseo de reunirse, ¿qué podía ser más propio que acomodarse a la fórmula de que el instinto tiende a restaurar una situación anterior? No vemos por qué no aceptó Freud esta salida, que le hubiera librado del embarazo teórico de que Eros no era un verdadero instinto.

Tal vez se esclarezca esta cuestión si comparamos la nota de pie de página del *Esquema* con una declaración anterior, mucho más detallada, hecha en *Más allá del principio del placer.* Citaba en ella lo que dice Platón en el *Banquete* acerca de la unidad original del hombre, que fue después dividido por Zeus en dos mitades y hecha esa división, deseando cada una su otra mitad, se juntaron y se enlazaron con los brazos, ansiosos de volverse uno. Y dice:
¿Seguiremos la indicación del poeta filósofo y propondremos la hipótesis de que la sustancia viva, en el momento de llegar a la vida, se separó en partículas mínimas, que desde entonces se han afanado en juntarse por mediación de los instintos sexuales? ¿Y que esos instintos, en que persistía la afinidad química de la materia inanimada, fueron consiguiendo, a medida que se desarrollaban por el reino de las protistas, vencer las dificultades que les ponía en el camino de su empeño un medio cargado de estímulos peligrosos ... estímulos que les obligaron a formar una capa cortical protectora? ¿Y que esos fragmentos despedazados de sustancia viva lograron así alcanzar una condición multicelular y finalmente transfirieron el instinto de reunificación, en la forma más altamente concentrada, a las células germinales? . . . Pero creo que ha llegado aquí el momento de dejarlo." (Freud,. 1920.)[324]
Vemos fácilmente la diferencia entre las dos declaraciones: en la formulación primera *(Más allá del principio del placer),* Freud deja la cuestión sin resolver, mientras que en la segunda *(Esquema del psicoanálisis),* da una respuesta decididamente negativa.

[324] En una nota de pie de página cita Freud una idea semejante del *Brihadáramyaka Upanishad.*

Pero es mucho más importante la formulación común a las dos declaraciones. En ambas habla de "sustancia viva" separada. Pero el mito platónico no habla de que fuera separada la "sustancia viva", sino de *macho y hembra* separados y que se esfuerzan en reunirse. ¿Por qué insistía Freud, como en un punto crucial, en lo de "sustancia viva"?

Creo que hay en ello un factor subjetivo. Freud estaba imbuido del sentimiento patriarcal de que los hombres eran superiores a las mujeres, no sus iguales. De ahí que la teoría de una polaridad varón-hembra —que como toda polaridad entraña diferencia e igualdad— fuera inaceptable para él. Este prejuicio emocional viril le había conducido en un período muy anterior a la teoría de que las mujeres son hombres mutilados, regidos por el complejo de castración y la envidia del pene, inferiores a los hombres además por el hecho de tener un superego más débil, aunque su narcisismo fuera mucho más fuerte que el de los varones. Es de admirar la magnificencia de su construcción, pero resulta difícil negar que el supuesto de que una mitad del género humano sea una versión mutilada de la otra mitad es absurdo y sólo explicable por la hondura del prejuicio sexual (no muy diferente del prejuicio racial y/o el religioso). ¿Es sorprendente entonces que Freud quedara bloqueado también aquí cuando siguiendo el mito de Platón se hubiera visto obligado a suponer la igualdad entre macho y hembra? Ciertamente, Freud no podía hacer eso; entonces transformó la unión de macho y hembra en unión de "sustancia viva" y rechazó la salida lógica de la dificultad de que Eros no participaba de la índole conservadora de los instintos.

He insistido en este punto por varias razones. Ante todo, porque ayuda a comprender las contradicciones inmanentes de la teoría freudiana conociendo las motivaciones que le obligaron a llegar a esas soluciones contradictorias. En segundo lugar, porque el problema aquí examinado interesa por algo más que el problema especial de las vicisitudes que tuvo la teoría freudiana del instinto. Tratamos de entender aquí el pensamiento consciente de Freud como una transacción entre la nueva visión y hábitos de pensamiento más antiguos, radicados en su "complejo patriarcal", que le impedía expresar su nuevo modo de ver de una manera clara y sin ambigüedades. Dicho de otro modo, Freud era prisionero de los sentimientos y los hábitos mentales de su sociedad, que no podía trascender[325]. Al tener una nueva visión, sólo una parte de ella —o sus consecuencias— se hizo consciente, mientras que otra parte seguía inconsciente porque 14o era compatible con su "complejo" pensamiento consciente anterior. Su pensamiento consciente tenía que tratar de negar las contradicciones e inconsecuencias mediante trazas suficientemente plausibles para satisfacer a los procesos mentales conscientes.[326]

Freud no escogió ni podía escoger —como he tratado de mostrar— la solución de hacer que Eros cuadrara con su propia definición de los instintos, o sea su índole

---

[325] Como, por ejemplo, John Stuart Mill, J. J. Bachofen, Karl Marx, Friedrich Engels y otros.

[326] Esto sucede con muchos grandes y originales pensadores. Spinoza es un ejemplo señalado. Por ejemplo, no puede entenderse debidamente el problema de si Spinoza era o no deísta a menos de tomar en cuenta la diferencia entre sus hábitos mentales conscientes (en términos deístas), la nueva visión (no deísta) y la transacción resultante de una definición de Dios que es de hecho negar a Dios. Este modo de estudiar los escritos de un autor es psicoanalítico en algunos aspectos importantes. Uno lee entre las líneas del texto escrito como el psicoanalista lo hace entre las líneas de las asociaciones libres o los sueños de un paciente. El punto de partida es el hecho de que hallamos contradicciones en el pensamiento de un pensador eminente. Como él hubiera debido advertir esas contradicciones y probablemente las hubiera resuelto de haber sido cuestión de talento teórico, debemos suponer que las contra-dicciones inmanentes se debían a un conflicto entre dos estructuras. La antigua, que todavía ocupa la mayor parte del territorio consciente, y una radicalmente nueva que no legra manifestarse a cabalidad en el pensamiento consciente; o sea que una parte sigue inconsciente. La contradicción inmanente puede tratarse como un síntoma o un sueño, como una transacción entre una estructura antigua de pensamiento consciente radicado afectivamente y una estructura nueva de una visión teórica que no puede expresarse cabalmente debido a la fuerza de las ideas y los sentimientos antiguos. El autor, aunque sea un genio, puede ignorar por completo la existencia o la índole de esas contradicciones, mientras que alguien ajeno a la cuestión —no atrapado en las mismas premisas— puede verlas con mucha facilidad. Tal vez se refería Kant a esto cuando dijo que "a veces entendemos al autor mejor de lo que él mismo se entiende".

conservadora. ¿Le quedaba otra solución teórica? Creo que sí. Podía haber hallado otra solución que se acomodara a su nueva visión, el papel dominante del amor y la destructividad, dentro de su antigua teoría tradicional de la libido. Podía haber establecido una polaridad entre la *sexualidad pregenital* (sadismo oral y anal) como causa de la destructividad y la *sexualidad genital,* fuente de amor[327]. Pero, claro está, esta solución era difícil de aceptar para Freud por una razón mencionada. antes en otro contexto. Se hubiera acercado peligrosamente a una visión monista, porque tanto la destructividad *como* el amor hubieran sido libidinales. Pero Freud había ya sentado las bases para relacionar la destructividad con la sexualidad pregenital llegando a la conclusión de que la parte destructiva de la libido sádica anal es el instinto de muerte. (S. Freud, 1923, 1920.) Siendo así, parece justo especular que la misma libido anal debe tener una afinidad profunda por el instinto de muerte; de hecho, parece justificada la conclusión ulterior de que es propio de la libido anal
tender a la destrucción.

Pero Freud no llega a esta conclusión y es interesante especular acerca del porqué.

La primera razón está en una interpretación demasiado estrecha de la libido anal. Para Freud y sus discípulos, el aspecto esencial de la analidad está en la tendencia a mandar y poseer (aparte de un aspecto amistoso de conservar). Ahora bien, mandar y poseer son ciertamente tendencias contrarias a amar, favorecer, liberar, que forman un síndrome entre ellas. Pero la "posesión" y el "mando" no contienen la vera esencia de la destructividad, el deseo de destruir y la hostilidad a la vida. Sin duda, el carácter anal tiene gran interés y afinidad por los hechos fecales como parte de su afinidad general por todo cuanto carece de vida. Las heces son el producto eliminado finalmente del cuerpo, que no las necesita para nada. El carácter anal siente atracción por las heces como por todo cuanto no es útil a la vida, como la suciedad, la muerte, la podredumbre[328]. Así, podemos decir que la tendencia a mandar y poseer es sólo un aspecto del carácter anal, más suave y menos maligno que el odio a la vida. Creo que si Freud hubiera visto esta relación directa entre el excremento y la muerte podía haber llegado a la conclusión de que la polaridad principal es entre la orientación genital y la anal, dos entidades bien estudiadas clínicamente que son equivalentes de Eros y el instinto de muerte. Si lo hubiera hecho, Eros y el instinto de muerte no hubieran aparecido como dos tendencias biológicamente dadas e igualmente fuertes sino que Eros hubiera sido considerado el objetivo biológicamente normal del desarrollo mientras que el instinto de muerte se hubiera visto basado en una falla del desarrollo normal, y parecido en ese sentido, un anhelo patológico, aunque hondamente arraigado. Si queremos entregarnos a una especulación biológica podríamos relacionar la analidad con el hecho de que la orientación por el olfato es característica de todos los mamíferos cuadrúpedos y que la posición erguida implica el cambio de orientación, ya no por el olfato sino por la vista. El cambio de función del antiguo cerebro olfativo correspondería a la misma transformación de la orientación. En vista de ello, podríamos considerar que el carácter anal constituye una fase regresiva de la evolución biológica, para la cual podría incluso haber una base constitucional-genética. La analidad del infante podría considerarse que representaba una repetición evolutiva de una fase biológicamente anterior en el proceso de transición al funcionamiento humano plenamente desarrollado. (De acuerdo con Freud, la analidad-destructividad tendría la

[327] Ernst Simmel ha propuesto precisamente esa solución. (E. Simmel, 1944.)

[328] La afinidad entre analidad y necrofilia se estudia en el capítulo 12. Menciono allí el sueño necrófilo típico que está lleno de símbolos como el excremento, los cadáveres —enteros o desmembrados— las tumbas, las ruinas, etc. y doy ejemplos de esos sueños necrófilos.

naturaleza conservadora de un instinto, o sea la vuelta de la orientación genitalidad-amor-vista a la orientación analidad-destrucción-olfato.

La relación entre instinto de muerte e instinto de vida habría sido esencialmente la misma que en el esquema de desarrollo de Freud la relación entre libido pregenital y genital. La fijación de la libido en el nivel anal hubiera sido un fenómeno patológico, pero con raíces profundas en la constitución psicosexual, mientras que el nivel genital hubiera sido característico del individuo sano. En esta especulación, pues, el nivel anal tendría dos aspectos harto diferentes: uno, el afán de mandar; otro, el de destruir. Como he tratado de hacer ver, esto sería la diferencia entre sadismo y necrofilia.

Pero Freud no estableció esta relación y tal vez no podría haberlo hecho por las razones antes dichas en relación con las dificultades que presenta la teoría de Eros.

3. EL PODER Y LAS LIMITACIONES DEL INSTINTO DE MUERTE

En las páginas anteriores he señalado las contradicciones inmanentes en que se vio obligado a incurrir Freud al pasar de la teoría de la libido a la de Eros-instinto de muerte. Hay en esta segunda teoría otro conflicto de género diferente que debe atraer nuestra atención: el conflicto entre el Freud teórico y el Freud humanista. El teórico llega a la conclusión de que el hombre sólo tiene la alternativa de destruirse a sí mismo (lentamente, por enfermedad) o de destruir a los demás; o para decirlo de otro modo, entre causar sufrimiento a los demás o a sí mismo. El humanista se rebela contra la idea de esta trágica alternativa que haría de la guerra una solución racional a este aspecto de la existencia humana.

No es que Freud fuera enemigo de las alternativas trágicas. Por el contrario, en su teoría primera había ideado una alternativa de ese tipo: se entendía que la represión de las exigencias instintuales (en especial las pregenitales) era la base del desarrollo de la civilización; el impulso instintual reprimido se "sublimaba" en canales culturales valiosos, pero a costa de la plena felicidad humana.

Por otra parte, la represión conducía no sólo al incremento de la civilización sino también al desarrollo de las neurosis entre los muchos en quienes los procesos represivos no operaban con éxito. La falta de civilización combinada con la felicidad plena, o la civilización combinada con la neurosis y la felicidad disminuida, tal parecía ser la alternativa?[329] [330]

La contradicción entre el instinto de muerte y el Eros pone al hombre ante una alternativa real y verdaderamente trágica. Es real porque puede decidir atacar y guerrear, ser agresivo y manifestar su hostilidad, por preferir eso a enfermarse. Y no es necesario demostrar que es trágica, por lo menos en cuanto se refiere a Freud o cualquier otro humanista.

---

[329] Cf. por ejemplo, *La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna,* donde escribía Freud: "Podemos con justicia considerar a nuestra civilización responsable del peligro de la neurastenia." (S. Freud, 1908a.)

[330] Señala Marcuse que Freud dijo cómo la felicidad completa requiere la cabal manifestación de todos los instintos sexuales (que en el sentido freudiano significaría particularmente los componentes pregenitales). (H. Marcuse, 1955.) Aparte de la razón que tenga Freud en su opinión, Marcuse olvida el hecho de que lo esencial para Freud eran las alternativas trágicas. Por eso no es nada freudiana la opinión de que el objetivo deba ser la expresión irrestricta de todos los componentes del instinto sexual. Antes bien, Freud –partidario de la civilización contra la barbarie– prefiere la represión a su contrario. Además, Freud habló siempre de la influencia represora de la *cultura* sobre los instintos, y la idea de que eso suceda sólo en el capitalismo y no tenga por qué suceder en el socialismo es completamente opuesta a su pensamiento. Las ideas de Marcuse al respecto padecen de un conocimiento insuficiente de los detalles de la doctrina freudiana.

Freud no intenta salirse por la tangente borrando las aristas del conflicto. Como ya mencionamos, en las *Nuevas aportaciones al psicoanálisis* escribe:

Y ahora nos sorprende la posibilidad de que)a agresividad no puede hallar satisfacción en el mundo exterior porque se topa con obstáculos verdaderos. Si esto sucede, tal vez se retire e incremente la autodestructividad que señorea en su interior. Ya veremos cómo así ocurre efectivamente y cuán importante es este proceso. (S. Freud, 1933.)

En *Esquema del psicoanálisis* escribía: "En general es insano contener la agresividad, y es causa de enfermedad." (S. Freud, 1938.) Después de haber trazado vigorosamente los lineamientos, ¿cómo reacciona Freud al impulso de no dejar los asuntos humanos en tan desesperada perspectiva y evitar ponerse de parte de quienes recomiendan la guerra como la mejor medicina para el género humano?

Realizó efectivamente Freud varios intentos teóricos de hallar la salida al dilema entre el teórico y el humanista. Uno de sus intentos está en la idea de que todo instinto destructivo puede transformarse en conciencia. En *El malestar en la cultura* pregunta qué le sucede al agresor para hacer que se vuelva inocuo su deseo de agresión. Y responde así:

Algo muy notable, que jamás se nos hubiera ocurrido y sin embargo era de cajón. Su agresividad se introyecta, se interioriza; en realidad vuelve al lugar de donde salió . . . o sea se vuelve contra su propio ego. Allí se encarga de ella una porción del ego que se vuelve contra el resto del ego en forma de superego y que ahora, en calidad de "conciencia", está dispuesta a obrar contra el ego con la misma ruda agresividad que al ego hubiera gustado aplicar a otros individuos ajenos. La tensión entre el rudo superego y el ego que le está sometido es lo que llamamos sentido de culpa; se manifiesta como necesidad de castigo. Por eso la civilización logra dominar el peligroso deseo que el individuo siente de agredir, debilitándolo y desarmándolo, y montando dentro de él un organismo para vigilarlo, como una guarnición en una ciudad conquistada. (S. Freud, 1930.)[331]

La transformación de la destructividad en una conciencia autopunitiva no parece tan ventajosa como Freud da a entender. Según su teoría, la conciencia tendría que ser tan cruel como el instinto de muerte, ya que está cargada de sus energías y no da razón alguna para que quede "debilitado" y "desarmado" el instinto de muerte. Parecería antes bien que expresara las consecuencias verdaderas del pensamiento freudiano de modo más lógico la analogía siguiente: una ciudad gobernada por un enemigo cruel lo vence con ayuda de un dictador que después monta un sistema tan cruel como el del enemigo vencido. ¿Cuál ha sido así la ganancia?

Pero esta teoría de la conciencia estricta como manifestación del instinto de muerte no es el único intento que hace Freud de mitigar su concepto de una alternativa trágica. Otra explicación menos trágica es ésta: "El instinto de destrucción, moderado y domado y como quien dice inhibido en su objetivo, al dirigirse a los objetos tiene que proporcionar al ego la satisfacción de sus necesidades vitales y el poder sobre la naturaleza." (S. Freud, 1930.) Este parece ser un buen

[331] El concepto freudiano de una conciencia puramente punitiva es seguramente muy estrecho y sigue la tradición de ciertas ideas religiosas; es el de una conciencia "autoritaria", no humanista. Cf. E. Fromm (1947).

ejemplo de "sublimación";[332] el objetivo del instinto no se debilita sino que se dirige hacia otros fines socialmente válidos, en este caso el de "dominar a la naturaleza".

Ciertamente, esto parece una solución perfecta. El hombre se libera de la trágica elección entre aniquilar a los demás o a sí mismo, porque la energía del instinto destructor se emplea para vencer a la naturaleza. Pero podemos preguntarnos si efectivamente puede ser así. Si puede ser cierto que la destructividad se transforme en constructividad. ¿Qué puede significar el "vencer" o "dominar" a la naturaleza? Domar y criar animales, recolectar y cultivar plantas, tejer telas, construir chozas, fabricar alfarería y otras muchas actividades, como construir máquinas, vías férreas, aeroplanos, rascacielos. Todos estos actos son de construcción, edificación, unificación, sintetización, y si uno tuviera que atribuirles uno de los dos instintos básicos, verdaderamente podría considerarse que los motiva Eros y no el instinto de muerte. Con la posible excepción de matar animales para consumirlos y de matar hombres en la guerra, que pueden considerarse ambas arraigadas en la destructividad, la producción material no es destructiva sino constructiva.

Freud hace otro intento de suavizar la aspereza de su alternativa en su respuesta a la carta de Einstein sobre el tema de *¿Por qué la guerra? Ni* siquiera en esta ocasión, puesto frente a la cuestión de las causas psicológicas de la guerra por uno de los científicos y humanistas más grandes del siglo, trató Freud de ocultar o mitigar la rudeza de sus alternativas anteriores, y escribía con toda claridad:

Después de especular un poco hemos llegado a suponer que este instinto opera en toda criatura viviente y se empeña en aniquilarla y en hacer volver la vida a su condición original de materia inanimada. Merece por ello perfectamente el título de instinto de muerte, al par que los instintos eróticos representan el afán de vivir. El instinto de muerte se vuelve el instinto destructor cuando, con ayuda de órganos especiales, se dirige hacia el exterior, hacia los objetos. El organismo conserva su vida propia, por decirlo así, aniquilando una ajena. Pero alguna parte del instinto de muerte sigue operante *dentro* del organismo, y hemos tratado de atribuir bastantes fenómenos normales y patológicos a esta interiorización del instinto destructor. Hemos sido también culpables de herejía al atribuir el origen de la conciencia a esta desviación hacia dentro de la agresividad. Advertirá usted que tiene gran importancia el que este proceso llegue muy lejos, porque es positivamente insano. Por otra parte, si estas fuerzas se orientan hacia la destrucción del mundo exterior, el organismo queda aliviado y el efecto tiene que ser benéfico. *Esto serviría de justificación biológica para todos los impulsos repugnantes y peligrosos contra los cuales luchamos. Debe reconocerse que están más cerca de Natura que nuestra resistencia a ellos, a la cual siempre necesitamos hallar explicación. (S.* Freud, 1933a. Subrayado mío.)

Después de esta clara y rotunda declaración, que resumía sus opiniones anteriormente expuestas acerca del instinto de muerte, y después de haber declarado que le era difícil creer los cuentos acerca de aquellas felices regiones donde hay razas "sin coerción ni agresión", Freud trataba al final de la carta de llegar a una solución menos pesimista de lo que el principio parecía presagiar. Funda su esperanza en varias

[332] Freud no empleó en general la palabra "sublimación" en relación con el instinto de muerte, pero me parece que el concepto en que se ocupa el párrafo siguiente es el mismo que aquel que llama Freud sublimación a propósito de la libido. Sin embargo, es cuestionable el concepto de "sublimación", aun cuando Freud lo aplica a lo sexual y en especial a los instintos pregenitales. De acuerdo con la teoría antigua, era muy conocido el ejemplo del cirujano, que emplea la energía sublima-da de su sadismo. Pero, ¿es verdaderamente así? Después de todo, el cirujano no sólo corta, y es muy probable que a los mejores cirujanos no los motive el sadismo sublimado sino otros muchos factores, como la destreza manual, el deseo de curar mediante una acción inmediata, la capacidad de tomar decisiones rápidas, etc.

posibilidades: "Si la voluntad de guerrear obedece al instinto destructor, el plan más lógico es poner en acción a Eros contra ella. Todo cuanto favorezca la formación de vínculos emocionales entre los hombres debe operar contra la guerra." (S. Freud, 1933a.)

Es digno de nota y conmovedor el que Freud, humanista y como él mismo se denomina, "pacifista", trata aquí casi frenéticamente de escapar a las consecuencias lógicas de sus propias premisas. Siendo el instinto de muerte tan poderoso y fundamental como no deja de proclamar Freud, ¿cómo podría reducirse considerablemente por la acción de Eros, si se considera que ambos están en todas las células y que son propiedad irreducible de la materia viva?

El segundo argumento de Freud en favor de la paz es aún más fundamental. Dice al final de su carta a Einstein:

Actualmente la guerra está en la más crasa oposición a la actitud psíquica que nos impone el proceso de la civilización, y por esa razón tenemos que sublevarnos contra ella; sencillamente, ya no nos es posible sufrirla. No es esto un repudio meramente intelectual y emocional; nosotros los pacifistas tenemos *por naturaleza* una intolerancia a la guerra, una idiosincrasia magnificada, como quien dice, al grado máximo. Por cierto que parece como si la reducción de las normas estéticas en la guerra apenas tuviera menor parte en nuestra rebeldía que sus crueldades. ¿Y cuánto tendremos que esperar antes de que el resto de la humanidad se haga también pacifista? Quién sabe. (S. Freud, 1933a.)

Y al final de su carta toca Freud un pensamiento que a veces se halla en su obra:[333] el de que *el proceso de la civilización es un factor que conduce a una represión duradera y como quien dice "orgánica" de los instintos.* Freud había ya expresado esta opinión mucho antes, en *Una teoría sexual,* cuando hablaba del agudo conflicto entre instinto y civilización: "Tiene uno con los niños civilizados la impresión de que la construcción de esos diques es producto de la educación y sin duda, la educación tiene mucho que ver en ello, Pero en realidad, *esta evolución está determinada orgánicamente y* fijada por herencia, y a veces puede producirse sin ninguna ayuda de la educación." (S. Freud 1905. Subrayado mío.) En *El malestar en la cultura,* Freud proseguía con esta línea de pensamiento hablando de una "represión orgánica", por ejemplo en el caso del tabú relacionado con la menstruación y el erotismo anal, preparando así el camino para la civilización. Hallamos ya en 1897 que Freud se expresa a sí mismo en una carta a Fliess (14 de noviembre de 1897; carta 75) diciendo que "algo orgánico desempeñaba una parte en la represión". (S. Freud, 1897)[334]

Las diversas declaraciones aquí citadas muestran cómo la confianza de Freud en una intolerancia "por naturaleza" a la guerra no era sólo el intento de trascender la trágica perspectiva de su concepto del instinto de muerte producido *ad hoc,* como quien dice, sino que estaba de acuerdo con una línea de pensamiento que, si bien nunca predominó, se hallaba en el fondo de sus pensamientos desde 1897.

Si fueran ciertos los supuestos freudianos de que la civilización produce represiones "constitucionales" y hereditarias, o sea que en el proceso de la civilización se debilitan efectivamente ciertas necesidades instintuales, habría hallado ciertamente la salida al dilema. Entonces, el hombre civilizado no sería impulsado por

---

[333] *Cf. S.* Freud *(1930),* así como las fuentes citadas en la introducción a ese trabajo por su "editor".

[334] Reconozco agradecido la gran ayuda del resumen que de todas las opiniones freudianas sobre la "represión orgánica" hace James Strachey en la *Standard edition,* en su introducción *a El malestar en la cultura.* (Freud, *1930.)* Extiendo este reconocimiento a todas *sus* otras introducciones, que permiten al lector, aunque conozca bien la obra de Freud, localizar más rápidamente una cita que busque y además recordar citas inaccesibles y olvidadas. No es necesario decir que para el estudioso menos familiarizado con la obra de Freud son también una guía sumamente útil.

ciertas exigencias instintuales contrarias a la civilización en el mismo grado que *el* hombre primitivo. Siguiendo ese modo de pensar se llegaría a especular también que ciertas inhibiciones contra el dar muerte podrían haberse formado durante el proceso de la civilización y fijado hereditariamente. Pero aunque uno pudiera descubrir esos factores hereditarios en general, sería en extremo difícil suponer su existencia en el caso del instinto de muerte.

Según el concepto freudiano, el instinto de muerte es una tendencia inherente de toda sustancia viva; parece una proposición teóricamente difícil suponer que esta fuerza biológica fundamental podría debilitarse en el curso de la civilización. Con la misma lógica podríamos suponer que Eros se irá debilitando constitucionalmente y semejantes supuestos conducirían a la suposición más general de que la naturaleza misma de la sustancia viva podría alterarse por el proceso de la civilización mediante una represión "orgánica".[335]

Sea como quiera, hoy parece uno de los más importantes asuntos a investigar el tratar de descubrir la verdad de los hechos en relación con este punto. ¿Hay pruebas suficientes para demostrar que ha habido una represión constitucional, orgánica, de ciertas exigencias instintuales en el curso de la civilización? ¿Es esta represión diferente de la represión en el sentido sólito freudiano, en cuanto debilita las exigencias instintuales en lugar de apartarlas de la conciencia o desviarlas hacia otros fines'? Y más concretamente, ¿se han debilitado los impulsos destructores del hombre en el curso de la historia, o se han formado impulsos inhibidores que ahora estén fijados por la herencia? Para responder a esta cuestión se necesitarían amplios estudios, sobre todo de antropología, sociopsicología y genética.

Contemplando retrospectivamente los diversos intentos hechos por Freud para atenuar la dureza de esta alternativa fundamental —aniquilar a los demás o a sí mismo— sólo podemos admirar su persistencia en buscar la salida y al mismo tiempo su sinceridad, que no le permitió creer que había hallado una solución satisfactoria. Y así en el *Esquema* ya no menciona los factores que limitan el poderío de la destructividad (salvo el papel del superego) y concluye el asunto diciendo: "Este es uno de los peligros que para la salud de los humanos se alzan en el camino del desarrollo cultural. La represión de la agresividad es en general insana y conduce a enfermedades (a la mortificación)." (S. Freud, 1938.)[336]

Debemos ir ahora de la crítica inmanente a la teoría freudiana de los instintos de vida y muerte, a lo sustancial de su argumentación. Como se ha escrito mucho de esta necesidad no me pondré a discutir todos los puntos de esa crítica. Sólo mencionaré los que presenten un interés particular para mi punto de vista o que no hayan sido debidamente tratados por otros autores.

Quizá esté la mayor debilidad del supuesto freudiano aquí, y en relación con algunos otros problemas, en el hecho de que el teórico y el edificador de sistemas que llevaba dentro iban más adelantados que el observador clínico. Además, Freud, se dejaba llevar exclusivamente por la imaginación *intelectual,* y no por la *experimental:* de no haber sido así, hubiera advertido que el sadismo, la agresividad, la destructividad, el dominio y la voluntad de poder son cualitativamente fenómenos muy diferentes, aunque no siempre esté claramente trazada la línea que los divide.

---

[335] *Lo* que más habla contra el supuesto freudiano es que el hombre prehistórico no era más agresivo que el civilizado, sino menos.

[336] Quiero señalar una vez más el cambio de Freud acerca de la relación entre instinto y civilización. Según la teoría de la libido, la civilización entraña la represión de los anhelos *sexuales y* puede ser causa de *neurosis.* En su teoría nueva, la civilización conduce a la represión de la *agresividad y* produce *enfermedades físicas.*

Pero Freud pensaba en términos teóricos abstractos que entrañaban que todo cuanto no fuera amor era instinto de muerte, ya que toda tendencia tenía que entrar en la nueva dualidad. El resultado de poner tendencias psíquicas diferentes y parcialmente contrarias en una categoría tenía que conducir necesariamente a que no se entendiera ninguna de ellas; nos vemos así obligados a hablar en un lenguaje extraño acerca de fenómenos de que sólo podemos hablar lógicamente si nuestras palabras se refieren a formas de experiencia diferentes y específicas.

Pero da fe de la capacidad que tenía Freud de transcender a veces su compromiso con una teoría dualista de los instintos el descubrimiento de que veía algunas diferencias de cualidad esenciales entre las diversas formas de agresividad, aunque no las distinguiera, con términos diferentes. He aquí las tres formas principales que advertía:

1. Impulsos de crueldad, independientes de la sexualidad, basados en los instintos conservadores del individuo; su objetivo es darse cuenta de los peligros reales y defenderse de los ataques. (Freud, 1905.) La función de esta agresión es la supervivencia, esto es, la defensa contra amenazas a los intereses vitales. Este tipo correspondería aproximadamente a lo que yo llamo "agresión defensiva".
2. En su concepto de sadismo veía Freud una forma de destructividad para la cual es placentero el acto de destruir, violentar, torturar (aunque explicaba la índole particular de esta forma de destructividad como una mezcla de placer sexual e instinto de muerte, no sexual). Este tipo correspondería al "sadismo".
3. Finalmente, Freud reconocía un tercer tipo de destructividad que describía así: "Pero aun cuando emerge sin ningún propósito sexual, con el más ciego furor destructivo, no podemos dejar de reconocer que acompaña a la satisfacción de este instinto un grado extraordinariamente elevado de goce narcisista, debido a que presenta al ego la satisfacción de los deseos que éste tiene de omnipotencia."

No es fácil decir a qué fenómeno se refiere aquí Freud, si a la destructividad pura de la persona necrófila o a la forma extrema del sádico miembro, ebrio de poder, de una turba linchadora o violadora. Tal vez radique la dificultad en el problema general de diferenciar entre las formas extremas de la furia sádica omnipotente y la necrofilia pura, dificultad que ya he comentado en el texto. Pero como quiera que sea, ello es que Freud reconocía fenómenos diferentes, mas abandonaba esta diferenciación cuando tenía que acomodar los hechos clínicos a sus requisitos teóricos.

¿Dónde quedamos después de analizar así la teoría freudiana del instinto de muerte? ¿Es éste esencialmente diferente de la idea que muchos psicoanalistas tienen de un "instinto destructor", o de la primera idea freudiana, la de la libido? Et el curso de este estudio hemos señalado cambios y contradicciones sutiles en el modo freudiano de tratar la teoría de la agresión. Hemos visto en la respuesta a Einstein cómo por un momento se entregó Freud a especulaciones que tendían a hacer su posición menos dura y menos susceptible de servir para justificar la guerra. Pero si miramos una vez más por encima del edificio teórico freudiano advertimos claramente que a pesar de todo eso, el carácter fundamental del instinto de muerte sigue en cierto modo la lógica del modelo hidráulico que Freud aplicara en un principio al instinto sexual. En toda sustancia viviente se engendra constantemente un deseo de muerte, que sólo deja una alternativa: o se hace la labor destructora del hombre dentro o se dirige al exterior en forma de "destructividad" y salva al hombre de la autodestrucción destruyendo a los demás. Como dijo Freud: "La represión de la agresividad es en general insana y conduce a enfermedades (a la mortificación)." (S. Freud, 1938.)

Resumiendo este examen de la teoría freudiana de los instintos de vida y muerte, es difícil evitar la conclusión de que Freud, desde 1920, se enredó en dos conceptos fundamentalmente diferentes y dos modos distintos de enfocar el problema de la motivación humana. El primero, el conflicto entre conservación del individuo y sexualidad, era el concepto tradicional de razón contra pasión, obligación contra inclinación natural o hambre contra amor, fuerzas motrices del hombre. La segunda teoría, basada en el conflicto entre la inclinación a vivir y la tendencia a morir, entre integración y desintegración, entre amor y odio, era del todo diferente. Podemos decir que se basaba en la idea popular de que el amor y el odio son las dos fuerzas que mueven al hombre, pero en realidad era algo más profundo y original: seguía la tradición platónica de Eros y consideraba el amor la energía que unifica toda la sustancia viva y garantiza la vida. Aún más concretamente, parece seguir la idea de Empédocles de que el mundo de las criaturas vivas sólo puede existir mientras siga la lucha entre las fuerzas opuestas de Discordia y Afrodita, o de amor (poder de atracción) y repulsión[337].

5. EL PRINCIPIO DE REDUCCIÓN DE LA EXCITACIÓN, BASE PARA EL PRINCIPIO DEL PLACER Y EL INSTINTO DE MUERTE

Las diferencias entre la teoría freudiana antigua y la nueva no deben empero hacernos olvidar que había un axioma, hondamente fijado en la mente de Freud desde que estudió con von Brücke y que es común a ambas. Es el "principio de reducción de la tensión", subyacente en el pensamiento de Freud desde 1888 hasta su último estudio del instinto de muerte.

Ya cuando empezaba su obra, en 1888, hablaba Freud de una "cantidad estable de excitación". (S. Freud, 1888.) Formuló el principio de una manera más explícita en 1892 cuando escribía: *"El sistema nervioso tiende a mantener constante en sus relaciones funcionales algo que podríamos denominar la `suma de la excitación'. Pone por obra esta precondición de la salud deshaciéndose asociativamente de todo aumento sensible de excitación (Erregungszuwachs) o descargándolo mediante una reacción motriz apropiada."* (S. Freud, 1892. Subrayado mío.)

De acuerdo con eso definía así un trauma psíquico, según lo empleaba en su teoría de la histeria: *"Cualquier impresión que el sistema nervioso tiene dificultad en eliminar mediante una reacción asociativa o motriz se convierte en trauma psíquico."* (S. Freud, 1892. Subrayado mío.)

En el *Proyecto de una psicología para neurólogos* (1895a) hablaba Freud del "principio de inercia neurónica" que afirma que "las neuronas tienden a despojarse de Q. Y debe basarse en esto el entendimiento de la estructura y el desarrollo así como las funciones (de las neuronas)." (Freud, 1895a.) No está del todo claro lo que Freud entendía por Q. En este trabajo lo define como "lo que distingue la actividad del resto" (Freud, 1895a),[338] refiriéndose a la energía nerviosa[339]. En todo caso,

---

[337] Las semejanzas entre el concepto de Empédocles y el de Freud quizá no sean tan reales como parecen a primera vista. Para Empédocles, Amor es atracción entre desemejantes, y Discordia, atracción entre iguales. Una comparación seria requeriría examinar todo el sistema de Empédocles. (Cf. W. K. C. Guthrie, 1965.)

[338] Para un examen detallado de lo que significa "Q" véase J. Strachey, *Standard edition,* t. 3, apéndice C.

[339] Véanse las notas aclaratorias de J. Strachey en el t. 3 de la *Standard edition,* donde subraya el hecho de que el concepto de energía psíquica no se halla en ninguna parte del *Proyecto,* mientras lo usa comúnmente en *La interpretación de los sueños.* Llama además Strachey la atención hacia el hecho de que en las obras de Freud pueden hallarse vestigios del antiguo trasfondo neurológico mucho después de haber aceptado el concepto de una energía "psíquica" distinta de la física: todavía en 1915, en el trabajo acerca de *Lo inconsciente* habla Freud

estamos en terreno seguro diciendo que en aquellos primeros años está el comienzo de lo que Freud denominó después el principio de "constancia"
o se implica la reducción de toda actividad nerviosa a un nivel mínimo. Veinte anos después, en *Más allá del principio del placer* exponía Freud el principio en términos psicológicos de este modo: "El aparato mental se esfuerza en tener la cantidad de excitación presente en él *lo más baja posible o por lo menos en mantenerla constante." (S.* Freud, 1920. Subrayado mío.) Freud habla aquí del mismo principio —"constancia" o "inercia"— como si tuviera dos versiones: una, la de mantener la excitación constante y otra, la de reducirla al nivel más bajo posible. A veces empleaba Freud cualquiera de los dos términos para referirse a una u otra versión del principio básico[340].

El principio de placer se basa en el principio de constancia. La excitación libidinal producida químicamente debe ser reducida a su nivel normal; este principio de mantener constante la tensión rige el funcionamiento del sistema nervioso. La tensión que tiene que elevarse por encima de su nivel normal se siente como "desplacer" y su reducción al nivel constante como "placer". "Los hechos que nos hicieron creer en la dominancia del principio de placer hallan también expresión en la hipótesis de que el aparato mental se esfuerza en conservar la cantidad de excitación presente en él lo más baja posible o al menos en mantenerla constante ... *El principio de placer se deriva del de constancia." (S.* Freud, 1920. Subrayado mío.) Sin entender el axioma freudiano de la reducción de la tensión no se entenderá jamás su posición, que no estaba ubicada en torno al concepto hedonista del anhelo de placer sino en el supuesto de la necesidad fisiológica de reducir la tensión y con ella —psíquicamente— el desplacer. El principio del placer se basa en mantener la excitación en cierto nivel constante. Pero el principio de constancia implica *también* la tendencia a mantener la excitación en un nivel *mínimo;* en esta versión se convierte en la base para el instinto de muerte. Como dijo Freud: "La tendencia dominante de la vida mental, y tal vez de la vida nerviosa en general, es el esfuerzo por reducir, mantener constante o suprimir la tensión interna debido a los estímulos (el principio del Nirvana, para amparar una designación de Barbara Law), tendencia que halla expresión en el principio del placer; y el que reconozcamos ese hecho es una de nuestras más fuertes razones para creer en la existencia de los instintos de muerte." (S. Freud, 1920.)

Llega en este punto Freud a una posición casi indefendible; los principios de constancia, la inercia, el Nirvana, son idénticos; el principio de reducción de la tensión rige el instinto sexual (en función del principio del placer) y es al mismo tiempo la esencia del instinto de muerte. Considerando que Freud atribuye al instinto de muerte no sólo la autodestrucción sino también la destrucción dirigida contra los demás, llegaría a la paradoja de que el principio del placer y el instinto destructivo deben su existencia al mismo principio. Como es natural, Freud no podía quedar satisfecho con semejante idea, sobre todo porque correspondería a un

---

de energía "nerviosa" más que de energía psíquica. Declara Strachey que de hecho, "muchas características capitales de Q sobrevivieron en forma modificada hasta el fin de los escritos de Freud" (t. 1, p. 345). El mismo Freud llegó a la conclusión que no sabíamos cuál es la solución de Q. En *Más allá del instinto del placer* escribe: "La indefinición de todas nuestras discusiones acerca de lo que llamamos metapsicología se debe, naturalmente, al hecho de que ignoramos por completo la índole del proceso excitativo que se desarrolla en los elementos de los sistemas psíquicos y que no nos sentimos justifica-dos al idear ninguna hipótesis al respecto. Por consiguiente, estamos operando continuamente con un gran factor desconocido, que nos vemos obligados a tomar en cuenta en toda fórmula nueva." (S. Freud, 1920.)

[340] J.Bowlby, en su excelente estudio del problema, dice que originalmente consideraba Freud primario el principio de inercia y secundario el de constancia. La lectura de los trozos relevantes me conduce a una suposición diferente, que parece también corresponder a la interpretación de J. Strachey. (Cf. J. Bowlby, 1969.)

modelo monista, no al dualista de fuerzas en conflicto a que nunca renunció. Cuatro anos después, escribía Freud en *El problema económico del masoquismo:*

Pero hemos identificado sin vacilar el principio de placer y desplacer con este principio del Nirvana . . . El principio del Nirvana (y el principio del placer que se supone idéntico a él) estaría por completo al servicio de los instintos de muerte, cuyo objetivo es llevar la agitación de la vida a la estabilidad del estado inorgánico y tendría la función de advertir contra las exigencias de los instintos de vida —la libido— que tratan de trastornar el curso futuro de la vida. *Pero esa opinión no puede ser acertada.* (S. Freud, 1924. Subrayado mío.)

Para demostrar que no era acertada, Freud da el paso que hubiera debido parecer indicado desde el principio y escribe:

Parece que en la serie de sentimientos de tensión tenemos un sentido directo del aumento y la disminución de las cantidades de estímulo, y no cabe dudar de que hay tensiones placenteras y relajaciones desagradables. El estado de excitación sexual es el ejemplo más notorio de un incremento placentero de estímulo de este tipo, pero con seguridad no es el único.

Por eso no pueden describirse el placer y el desplacer como el incremento o la disminución de una cantidad (que llamamos "tensión debida a estímulo"), si bien es evidente que tienen mucho que ver con ese factor. Se ve que dependen, no de este factor cuantitativo sino de alguna característica suya que sólo puede denominarse cualitativa. Si pudiéramos decir lo que es esta característica cualitativa estaríamos mucho más adelantados en psicología. Tal vez sea el ritmo, la sucesión temporal de los cambios, los altibajos de la cantidad de estímulo. No sabemos. (S. Freud, 1924.)

Pero Freud no continuó este pensamiento, aunque parecía insatisfecho con la explicación. En lugar de ello propuso otra destinada a superar el peligro de identificar el placer con la destrucción. Y proseguía:

Sea esto como quiera, debemos reconocer que el principio del Nirvana, que pertenece al instinto de muerte, ha sufrido en los organismos vivos alguna modificación que lo ha convertido en principio del placer; en adelante evitaremos el considerar uno de los dos principios ... El principio del *Nirvana* expresa la tendencia del instinto de muerte; el principio del *placer* representa las exigencias de la libido; y la modificación de este último, principio de la *realidad,* representa la influencia del mundo exterior. (S. Freud, 1924.)

Esta explicación parece más bien un *fiat* teórico y no explica la afirmación de que el principio del placer y el instinto de muerte no son idénticos.

Yo creo que el intento freudiano de salir de esta posición paradójica es fallido, aunque sumamente talentoso, pero lo importante no es que lo lograra o no sino que, desde el principio hasta el fin, todo el pensamiento psicológico de Freud estaba dominado por el axioma de que era el principio de reducción de la excitación el que regía toda la vida psíquica y nerviosa.

Sabemos el origen de este axioma. El mismo Freud declaró que había sido G. T. Fechner el padre de esta idea, y dijo:

Pero no podemos seguir indiferentes al descubrimiento de que un investigador tan agudo como G. T. Fechner sostuviera acerca del tema de placer y desplacer una opinión que coincide en todo lo esencial con la que nos ha impuesto nuestra labor psicoanalítica. La declaración de Fechner se halla en una obrita, *Einige Ideen zur Schópfungs- und Entwicklungsgeschichte der Organismen,* 1873 (parte XI, suplemento, 94) y dice así: "En tanto los impulsos conscientes siempre tienen alguna relación con el placer o el desplacer, puede considerarse que éstos tienen una relación psicofísica con las condiciones de estabilidad e inestabilidad. Esto proporciona una base a una hipótesis que me propongo exponer más detalladamente en algún lugar. Según ella, toda moción psicofísica que se eleva por encima del nivel de la conciencia va acompañada de placer en proporción a su aproximación (más allá de cierto límite) a la estabilidad completa y acompañada de desplacer en proporción a su desviación (más allá de cierto límite) de la estabilidad completa; entre los dos límites, que pueden denominarse umbrales cualitativos de placer y desplacer, hay cierto margen de indiferencia estética ..."[341]

Los hechos que nos han movido a creer en el predominio del principio del placer en la vida mental hallan también su expresión en la hipótesis de que el aparato mental trata de mantener lo más baja que puede la cantidad de excitación posible en él, o por lo menos de mantenerla constante. Esta última hipótesis es otro modo de exponer el principio del placer; porque si el trabajo del aparato mental se orienta a mantener baja la cantidad de excitación, todo cuanto está calculado para incrementar esa cantidad nos tiene que semejar adverso al funcionamiento de ese aparato, o sea no placentero. El principio del placer sigue el principio de constancia; en realidad, éste se infirió de los hechos que nos obligaron a adoptar el principio del placer. Además, un examen más detallado nos mostrará que la tendencia que atribuimos así al aparato mental está contenida como un caso especial en el principio fechneriano de la "tendencia a la estabilidad", con que ha relacionado las sensaciones de placer y desplacer. (S. Freud, 1920.)

Pero no era Fechner el único representante del principio de reducción de la tensión. Estimulado por el concepto de energía de la física, el concepto de energía y conservación de la energía se popularizó entre los fisiólogos. Si influyeron en Freud estas teorías físicas, hubiera parecido que implicaban que el instinto de muerte era sólo un caso particular de la ley física general. Pero la falacia de semejante conclusión se echa de ver cuando consideramos la diferencia entre materia orgánica e inorgánica. René Dubos ha expuesto esto muy sucintamente:

Según una de las más fundamentales leyes de la física, la tendencia universal en el mundo de la materia es que todo corra para abajo, para caer en el nivel de tensión más bajo posible, con una pérdida constante de energía potencial y organización. En contraste, la vida crea constantemente y conserva el orden en lo desordenado de la materia. Para comprender el hondo significado de este hecho basta pensar lo que sucede a cualquier organismo vivo —al más ínfimo como al mayor y más evolucionado— cuando finalmente muere. (R. Dubos, 1962.)

Dos autores ingleses, R. Kapp (1931) y L. S. Penrose (1931), han criticado los intentos hechos por algunos escritores para relacionar la teoría física con el instinto de muerte de

[341] Freud declaró en *El "yo" y el "ello":* "Si es verdad que el principio fechneriano de constancia rige la vida, que así está formada por una bajada continua hacia la muerte . . ." (S. Freud, 1923.) Esta "bajada hacia la muerte" no se halla en lo que dice Fechner, y es la versión especial freudiana de un ensanchamiento del principio fechneriano.

modo tan convincente que finalmente "hay que renunciar a la idea de que pudiera haber alguna relación entre la entropía y el instinto de muerte"[342]

No importa mucho el que Freud tuviera o no presente la relación entre la entropía y el instinto de muerte. Aunque no pensara en ello, el principio entero de la reducción de excitación y la energía al nivel mínimo inferior se basa en el error fundamental que señala Dubos en el trozo citado: el error de no tomar en cuenta la diferencia fundamental entre la vida y la no vida, entre los "organismos" y las "cosas".

Para liberarse de las leyes válidas sólo para la materia orgánica, en años posteriores se ha preferido otra analogía a la de la entropía, a saber, el concepto de "homeostasis", creado por Walter B. Cannon (1963). Pero Jones y otros, que ven en este concepto una analogía con el principio del Nirvana freudiano, confunden los dos principios. Por otra parte Cannon, y muchos investigadores posteriores, hablan de la necesidad de mantener un medio interno relativamente estable. Esta estabilidad implica que el medio interior tiende a permanecer estable, pero no que tienda a reducir la energía a un punto mínimo. La confusión nace al parecer de la ambigüedad de las palabras "estabilidad" y "constancia". Un ejemplo sencillo puede demostrar la falacia. Si la temperatura de una pieza se ha de mantener en un nivel constante o estable mediante un termostato, significa que no debe subir ni bajar de determinado nivel; pero si la idea fuera que la temperatura se mantuviera en un nivel mínimo, la cuestión sería del todo diferente; de hecho, el principio homeostático de la estabilidad se opone al principio del Nirvana, de reducción total o relativa de la energía.

Parece caber poca duda de que el axioma freudiano básico de reducción de la tensión, padre tanto del principio del placer como del instinto de muerte, debe su existencia a la característica mental del materialismo mecanicista alemán. No fue la experiencia clínica la que sugería este concepto a Freud; el hondo apego de éste a las teorías fisiológicas de sus maestros le echó a cuestas, y a los psicoanalistas posteriores también, el "axioma". Introducía por fuerza la observación clínica y la formulación resultante de la teoría en el angosto marco de la reducción de tensión, cosa que difícilmente podía cuadrar con la abundancia de datos que mostraban cómo el hombre, en todas las épocas, busca la excitación, la estimulación, las relaciones de amor y amistad y ansía incrementar su relación con el mundo; en resumen, el hombre parece tan motivado por el principio de incremento de la tensión como por el de reducción de la tensión. Pero si bien muchos psicoanalistas quedaron impresionados por la limitada validez de la reducción de tensión, no modificaron su posición fundamental y trataron de componérselas con una mezcla peculiar de ideas metapsicológicas freudianas y la lógica de sus datos clínicos.

Es posible que el rompecabezas del autoengaño freudiano acerca de la validez que tenía el concepto de muerte requiera otro elemento más para su solución. Todo lector cuidadoso de la obra freudiana debe también comprender cuán cautelosa y provisionalmente trataba Freud sus construcciones teóricas cuando las presentaba por primera vez. No afirmaba su validez y a veces llegaba hasta a rebajar su valor. Pero cuanto más tiempo pasaba, tanto más se iban volviendo teorías las construcciones hipotéticas, y sobre ellas edificaba nuevas construcciones y teorías. El teórico Freud sabía perfectamente que muchas de sus construcciones eran de dudosa validez. ¿Por qué olvidaba sus dudas originales? Es difícil responder a esta pregunta; tal vez la respuesta estuviera en su papel de jefe del movimiento psicoanalítico[343]. Aquellos de sus discípulos que osaron criticar aspectos fundamentales de sus teorías lo dejaron o se vieron obligados a salir de un modo u otro. Los que edificaron el movimiento eran en

[342] E. Jones (1957). Cf. la literatura citada por Jones, en especial S. Bernfield y S. Feitelberg (1930). Cf. también K. H. Pribram (1962).

[343] Cf. E. Fromm (1959).

su mayoría hombres pedestres en cuanto a su capacidad teórica, y les hubiera sido difícil seguir a Freud en cambios teóricos fundamentales. Necesitaban creer en un dogma en torno al cual pudieran organizar su movimiento[344]. Y así el Freud científico se vio convertido en cierto modo en prisionero del Freud jefe del movimiento; o para decirlo de otra manera, el maestro Freud fue prisionero de sus fieles pero poco originales discípulos.

[344] Confirma esto la reacción de la mayoría de los freudianos al instinto de muerte. No pudieron seguir esta nueva y profunda especulación y hallaron una salida formulando las ideas de Freud acerca de la agresión en función de la antigua teoría del instinto.

BIBLIOGRAFÍA

Por razones de espacio esta bibliografía no contiene todos los materiales consultados sino, con unas pocas excepciones, solamente los libros, artículos y demás trabajos mencionados concretamente en el texto o las notas.

Abramova, Z. A., 1967. *Palaeolithic art in the U.S.S.R.,* traducción al inglés de Catherine Page. Antropología del Artico, t. 4, Moscú-Leningrado: Akademiya Nauk SSSR. (Citado en A. Marschack, ed. 1972; q.v.)

Ackermann, J., 1970. *Heinrich Himmler als Ideologe,* Gotinga: Musterschmidt.

Ackert, K., 1967. (Citado en B. Kaada, 1967; q.v.)

Adorno, T. W., Frenkel-Brunswik, E., Levinson, D. F., y Sanford, R. N., 1950. *The authoritarian personality,* Nueva York: Harper & Bros.

Alanbrooke, Vizconde [Alan Francis Brooke]. 1957. *The turning of the tide,* Londres: Collins.

Alee, W. C., Nissen, H. W., y Nimkoff, M. F., 1953. *A reexamination of the concept of instinct,* en *Psych. Rev.,* 60 (5): 287-297.

Alexander, F., 1921. *Metapsychologische Betrachtungen,* en *Intern Ztsch. f Psychoanalyse, 6:* 270-285. (Citado en E. Jones, 1957; q.v.)

Altman, J., 1967. *Effects of early experience on brain morphology,* en N. S. Scrimshaw y J. E. Gordon (comps.), *Malnutrition, learning, and behavior,* Cambridge: M.I.T. Press, 1972. (Citado en G. C. Quarton, T. *0*. Melnechuk, y F. O. Schmitt, 1967; q.v.)

--, 1967a. *Postnatal growth and differentiation of the mammalian brain, with implications for a morphological theory of memory,* en G. C. Quarton,. T. O. Melnechuk y F. O. Schmitt (comps.), *The neurosciences: a study program,* Nueva York: Rockefeller Univ. Press, 1967.

--, y Das, C. D., 1964. *Autodiographic examination of the effects of enriched environment on the rate of glial multiplication in the adult rat brain,* en *Nature,* 204: 1161-1163. (Citado por J. Altman, en G. C. Quarton, T. O. Melnechuk, y F. O. Schmitt, 1967; q.v.)

Altman, S. A., 1960. *A field study of the sociobiology of rhesus monkeys, Macaca mulata,* tesis inédita, Harvard University.

Ames, O., 1939. *Economic annuals and human cultures,* Cambridge: Botanical Museum of Harvard Univ.

Ammacher, P., 1962. *On the significance of Freud's neurological back-ground,* en *Psychological Issues,* Seattle: Univ. of Washington Press.

Anderson, E., 1967. *Plants, man and life.* Ed. rev. Berkeley: Univ. of California Press. (la. ed. Boston: Little, Brown, 1952.)

Andreski, S., 1964. *Origins of war,* en J. D. Carthy y F. J. Ebling (comps.), *The natural history of aggression,* Nueva York: Academic.

– -, 1972. *Social science as sorcery,* Londres: A. Deutsch.

Angress, W. T., y Smith, B. F., 1959. *Diaries of Heinrich Himmler's early years,* en *Journal of Modern History.* 51 (sept.).

Aramoni, A., 1965. *Psicoanálisis de la dinámica de un pueblo (México, tierra de hombres),* México: B. Costa-Amic.

Ardrey, R., 1961. *African genesis,* Nueva York: Atheneum.

- -, 1966. *The territorial imperative: a personal inquiry into the animal origins of property and nations,* Nueva York: Atheneum.

Avis, V. Véase Washburn, S. L., 1958. En colab.

Bachofen, J. J., 1967. *Myth, religion and the mother right: selected writings of Johann Jakob Bachofen,* ed. J. Campbell; trad. R. Manheim, Princeton: Princeton Univ. Press. (Título de la edición original: *Das Mutterrecht,* 1861.)

Banks, C. Véase *Haney,* C. En prensa, colaboración.

Barnett, S. A., 1958. *An analysis of social behavior in wild rats,* en *Proc. Zoo/. Soc. Lond.,* 130: 107-152.

- -, 1958a. *Experiments on "neophobia" in wild and laboratory rats,* en *Brit. Jour. Med. Psychol., 49:* 195-201.
- -, y Spencer, M. M., 1951. *Feeding, social behavior and interspecific competition in wild rats,* en *Behaviour,* 3: 229-242.

Bartell, G. T., 1971. *Group sex,* Nueva York: Peter H. Wyden.

Beach, F. A., 1945. *Bisexual mating behavior in the male rat: effects of castration and hormone administration,* en *Physiol. Zool.,* 18: 390. --, 1955. *The descent of instinct,* en *Psych. Rev.,* 62 (6): 401-410. Beeman, E. A., 1947. *The effect of male hormone on aggressive behavior in mice,* en *Physiol. Zool.,* 20: 373.

Beg, M. A. Véase Southwick, C. H., 1965, en colab.

Below, J., 1960. *Trance in Bali,* Nueva York: Columbia Univ. Press. Bender, L., 1942. *Childhood Schizophrenia, en Nerv. Child,* 1: 138-140. Benedict, R., 1934. *Patterns of culture,* Nueva York: New American Library, Mentor.

- -, 1959. *The natural history of war,* en M. Mead (comp.), *An american anthropologist at work,* Boston: Houghton Mifflin.

Benjamin, W., 1968. *The work of art in the age of mechanical reproduction,* en W. Benjamin, *Illuminations,* ed. *e* introducción por H. Arendt, trad. H. Zohn, Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich.

Bennett, E. L., Diamond, M. C. Krech, D., y Rosenzweig, M. R., 1964. *Chemical and dnatomical plasticity of the brain,* en *Science,* 146: 610-619. (Citado por J. Altman en G. C. Quarton, T. O. Melnechuk, y F. O. Schmitt, 1967; q.v.)

Bergounioux, F. M., 1964. *Notes on the mentality of primitive man,* en S. L. Washburn (comp.), *Social life of early man,* Chicago: Aldine. Berkowitz, L., 1962. *The frustration-aggression theory revisited,* en L. Berkowitz, *Aggression: A social phsychological analysis,* Nueva York: McGraw-Hill.

– -, 1967. *Readiness or necessity?, en Cont. Psychol.,* 12:580-583. --, 1969. *The frustration-aggression hypothesis revisited,* en L. Berkowitz (comp.), *The Roots of Aggression: A Re-examination of the Frustration-Aggression Hypothesis,* Nueva York: Atherton.

Bernfeld, S., 1934. *tJber die Einteilung der Triebe,* en *Imago,* 21.

– -, y Feitelberg, S., 1930. *Der Entropiesatz and der Todestrieb, en Imago,* 17: 137-206. (Citado en E. Jones, 1957; q.v. Véase también R. Kapp, 1931.)

Bertalanffy, L. von, 1956. *Comments' on Aggression,* Trabajo presentado en la asamblea invernal de 1956 de la American Psychoanalytic Association, en la ciudad de Nueva York.

– -, 1968. *General system theory,* Nueva York: G. Braziller.

Bettelheim, B., 1960. *The informed heart: autonomy in a mass age,* Nueva York: Macmillan, Free Press.

Bexton, W. H., Heron, W., y Scott, T. H., 1954. *Effect of decreased variation in the sensory environment,* en *Can. Jour. of Psych.,* 8 (2): 10-76.

Bingham, H. C., 1932. *Gorillas in native habitat,* Publication No. 426, Washington, D. C.: Carnegie Inst. of Washington.

Bird, H. G. Véase Clark, G., 1946, en colab.

Blanc, A. C., 1961. *Some evidence for the ideologies of early man,* en S. L. Washburn (comp.), *Social Life of Early Man,* Chicago: Aldine.

Bleuler, E., 1951, *Autistic thinking, organization and pathology of thought,* Nueva York: Columbia Univ. Press.

– -, 1969. *Lehrbuch der Psychiatrie,* 1 la. ed., Heidelberg: Springer Verlag. Bliss, E. L., ed., 1968. *Roots of behavior,* Nueva York: Hafner. Boulding K. E., 1967. Resefia en *Peace and War Report* (marzo): 15-17. Bourke, J. G., 1913. *Der Unrat in Sitte, Brauch, Glauben and Gewohnheits-recht der Vdlker,* con una introducción de S. Freud, Leipzig: Ethnologischer Verlag.

Bowlby, J., 1958. *The nature of the child's tie to his mother,* en *Int. Jour. of Psychoan.,* 39: 350-373.

- -, 1969. *Attachment and love,* International psychoanalytic Library, Londres: Hogarth.

Véase Durbin, E. F. M., 1939, en colab.

Brandt, H., 1970. *The search for a third way,* Garden City: Doubleday. Braun, E., 1935. *Diaries,* Alexandria: Archives.

Brosse, J., 1972. *Hitler avant Hitler,* París: Fayard.

Bryant, J., 1775. *Mythology,* t. 2, Londres. (Citado en J. G. Bourke, 1913; q.v.)

Bucke, R. M., 1946. *Cosmic consciousness,* ed. G. M. Acklom, ed. rev., Nueva York: Dutton.

Bullock, A., 1965. *A study in tyranny.* (Citado en W. Maser, 1971: q.v.) Bullock, T. H., 1961. *The origins of patterned nervous discharge,* en *Behaviour,* 17: 48-59.

Burckhardt, C., 1965. (Citado en P. E. Schramm, 1965; q.v.)

Burckhardt, K. J., 1960. *Meine Danziger Mission, 1937-39.* (Citado en J. Ackermann, 1970: q.v.)

Burton, A., 1967. *The meaning of psychotherapy,* en *Jour. of Existentialism, 29.*

Buss, A. H., 1961. *The psychology of aggression,* Nueva York: Wiley.

Cabot, C. (Citado en C. y W. M. S. Russell, 1968; q.v.)

Cadogan, Sir A., 1972. *The diaries of Sir Alexander Cadogan 1938-1945,* ed. David Dilks, Nueva York: Putnam.

Caldwell, M., 1968. *Indonesia,* Nueva York: Oxford Univ. Press.

Calhoun, J. B., 1948. *Mortality and movement of brown rats (Rattus norvegicus) in artificially supersaturated populations,* en *Jour. of Wild-life Management,* 12: 167-172.

Campbell, B. G., 1966. *Human evolution,* Chicago: Aldine.

Cannon, W. B., 1963. *Wisdom of the body,* ed. rev., Nueva York: Norton. Carpenter, C. R., 1934. *A field study of the behavior and social relations of howling monkeys,* en *Comp. Psych, Monog.,* 10 (48).

Carrighar, S., 1968. *War is not in our genes,* en M. F. A. Montagu (comp.), *Man and aggression,* Nueva York: Oxford Univ. Press.

Carthy, J. D., y Ebling, F. J. (comps.), 1964. *The natural history of aggression,* Nueva York: Academic. [Trad. esp.: *Historia natural de la agresión,* México: Siglo XXI, 1966.]

Clark, G., y Bird, H. G., 1946. *Hormonal modification of social behavior,* en *Psychosom. Med. Journ.,* 8:320-331. (Citado en J. P. Scott, 1958; q.v.) Clarke, G., 1969. *World prehistory,* Nueva York: Cambridge Univ. Press. Clausewitz, K. von, 1961. *On war,* ed. F. N. Maude, trad. J. J. Graham, ed. rev., Nueva York: Barnes & Noble (la. ed., *Vom Kriege,* 1833), cap. 2, sec. 17.

Cobliner, G. Véase Spitz, R., 1965, en colab.

Cole, S., 1967. *The neolithic revolution,* 7a. ed., Londres: Trustees of the British Museum.

Collias, N. (Citado en C. y W. M. S. Russell, 1968; q.v.)

Childe, V. G., 1936. *Man makes himself,* Londres: Watts.

Chomsky, N., 1959. Reseña de B. F. Skinner, *Verbal behavior, Language,* 35: 26-58.

--, 1971. *The case against B. F. Skinner,* en *The New York Review of Books* (30 de diciembre).

Churchman, C. W., 1968. *The system approach,* Nueva York: Dell, Delta Books.

Darwin, C., 1946. *The descent of man,* Londres: Watts. (la. ed., 1872.) *The origin of species and the descent of man,* Nueva York: Modern Library, 1936.

Das, G. D. Véase Altman, J., 1964, en colab.

Davie, M. R., 1929. *The evolution of war,* Port Washington, N. Y.: Kennikat. Deetz, J., 1968. Participación en discusiones, en R. B. Lee e I. DeVore (eds.), *Man, the hunter,* Chicago: Aldine.

Delgado, J. M. R., 1967. *Aggression and defense under cerebral radio control,* en C. D. Clemente y D. B. Lindsley (comps.), *Brain function,* t. 5: *Aggression and defense; neural mechanisms and social patterns,* Berkeley: Univ. of California Press.

--, 1969. *Physical control of the mind,* World Perspective Series, ed. R. N. Anshen, Nueva York: Harper & Row.

Dement, W., 1960. *The effect of dream deprivation,* en *Science,* 131: 1705-1707.

De River, J. P., 1956. *The sexual criminal: a psychoanalytic study,* 2a. ed., Springfield, Ill.: C. C. Thomas. (Citado en H. von Hentig, 1964; q.v.) DeVore, 1. (comp.). 1965. *Primate behavior: field studies of primates and apes.* Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.

- -, 1970. (Citado en D. Ploog y T. O. Melnechuk, 1970; q.v.)
- Véase Hall, K. R. L., 1965, en colab.
- -. Véase Lee, R. B., 1968, en colab.
- Véase Washburn, S. L., 1971, en colab.

Doane, B. K., Mahatoo, W., Heron, W., y Scott, T. H., 1959. *Changes in perceptual function after isolation,* en *Can. Jour. of Psych.,* 13 (3): 210-219.

Dobzhansky, T., 1962. *Mankind evolving: the evolution of the human species,* New Haven: Yale Univ. Press.

Dollard, J., Miller, N. E., Mowrer, O. H., Sears, G. H., y Sears, R. R., 1939. *Frustration and aggression,* New Haven: Yale Univ. Press.

Dubos, R., 1962. *The torch of life,* Credo Series, ed. R. N. Anshen, Nueva York: Simon & Schuster.

Dunayevskaya, R. Próxima aparición: *Philosophy and revolution,* Nueva York: Dell. [En preparación: Siglo XXI.]

Durbin, E. F. M., y Bowlby, J., 1939. *Personal aggressiveness in war,* Nueva York: Columbia Univ. Press.

Durkheim, E., 1897. *Le suicide,* París: Librairie Félix Alcan.

Duyvendak, J. J. L., 1928. Introducción, en *The book of Lord Shang,* trad. de J. J. L. Duyvendak, Londres. (Citado en S. Andreski, 1964; q.v.)

Ebling, F. J. Véase Carthy, J. D., 1964, en colab,

Eggan, D., 1943. *The general problem of Hopi adjustment,* en *Amer. Anthropologist, 45:* 357-373.

Egger, M. D., y Flynn, J. P., 1963. *Effects of electrical stimulation of the amygdala on hypothalamically elicited attack behavior in cats,* en *Jour. Neuro. Physiol.,* 26: 705-720. (Citado en B. Kaada, 1967; q.v.) Eibl-Eibesfeldt, I., 1972. *Amor y odio,* trad. F. Blanco, México: Siglo XXI. Eiseley, L., 1971. *The uncompleted man,* en B. Landis y E. S. Tauber (comps.), *In the name of life,* Nueva York: Holt, Rinehart & Winston. Eisenberg, L., 1972. *The human nature of human nature,* en *Science,* 179 (14 de abril).

Engels, F., 1891. *The origin of family, private property and the State, in the light of the researches of Lewis H. Morgan,* Nueva York: Int. Univs. Press, 1942.

Véase Marx, K., en colab.

Erikson, E. H., 1964. *Childhood and society,* ed. rev., Nueva York: Norton, Ervin, F. R. Véase Mark, V. H., en colab.

Fabing, H. D., 1956. *On going berserk: a neurochemical enquiry,* en *Science Monthly,* 83: 232-237.

Fantz, R. L., 1958. *Pattern vision in young infants,* en *Psych. Rec. 8:* 43-47, (Citado en D. E. Schecter, 1973; q.v.)

Fechner, G. T., 1873. *Einige Ideen zur Schdpfungs- and Entwicklungsgeschichte der Organism en,* parte 11, supl. 94,

Fenichel, O., 1953. *A critique of the death instinct,* en *Collected Papers,* la. serie, Nueva York: Norton.

Fischer, F., 1967. *Germany's aims in the first world war,* Nueva York: Norton. (la. ed.: *Der Griff nach der Weltmacht,* Dusseldorf: Droste Verlag, 1961.)

Flaubert, *G. La leyenda de San Julián el Hospitalario.*

Fletcher, R., 1968. *Instinct in man,* Nueva York: Int. Univs. Press; Londres: Allen & Unwin. (la. ed., 1957.)

Flint, R. W. (comp.), 1971. *Selected writings of F. T. Marinetti,* Nueva York: Farrar, Strauss & Giroux.

Flynn, J. P. Véase Egger, M. D., 1963, en colab.

Foerster, H. von, 1963. *Logical structure of environment and its internal representation,* en A. E. Eckerstrom (comp.), *Internal Design Conference, Aspen, 1962,* Zeeland, Mich.: Miller, Inc.

--, 1970. *Molecular ethology,* en *Molecular mechanisms in memory and learning.* Nueva York: Plenum.

--, 1971. *Perception of the future and the future of perception,* alocución en la 24 Conferencia sobre Asuntos Mundiales, Boulder: Univ. of Colorado, 29 de marzo.

Foster, G. M., 1972. *The anatomy of envy,* en *Current Anthropology,* 13 (2): 165-202.

Freeman, D., 1964. *Human aggression in anthropological perspective,* en J. D. Carthy y F. J. Ebling (comps.), *Natural history of aggression,* Nueva York: Academic, 1964.

Freuchen, P., 1961. *Book of the Eskimos,* Nueva York: World. (Citado en E. R. Service, 1966; q.v.)

Freud, S., 1888. *Hysteria,* S. E., t. 1.*

--, 1892. *Sketches for the "Preliminary communication of 1893";* S. E., t. 1.

--, 1895. "The clinical symptomatology of anxiety neurosis", en *On the grounds for detaching a particular syndrome from neurasthenia under the description of "anxiety neurosis";* S. E., t. 3.
--, 1895a. *Project for a scientific psychology,* S. E., t. 1.
--, 1897. Carta 75, a Fliess. *Letters 1873-1939,* Londres: Hogarth, 1961. --, 1898. *Sexuality in the development of neurosis,* S. E., t. 3. --, 1900, *The interpretations of dreams,* S. E., t. 3.
--, 1905. *Three essays on the theory of sexuality, S.* E., t. 7.
* Salvo para la carta 75, a Fliess (1897), la fuente para las obras de S. Freud anotadas en toda esta obra es la *Standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud* (que en esta bibliografía se abreviará en S.E.), 23 tomos, ed. J. Strachey. Londres: Hogarth Press, 1886-1939.
– -, 1908. *Character and anal eroticism,* S. E., t. 9.
--, 1908a. *Civilized sexual morality and modern nervous illness, S.* E., t. 9.
– -, 1909. *Analysis of a phobia in a five-year-old boy,* S. E., t. 10.
– -, 1913. *Tótem and tabu,* S. E., t. 13.
– -, 1914. *On narcissism,* E. E., t. 14.
– -, 1915. *Instincts and their vicissitudes,* S. E., t. 14.
--, 1915a. *The unconscious,* S. E., t.-14.
– -, 1915-1916. *Introductory lectures on psychoanalysis,* S. E., t. 15.
– -, 1916-1917. *Introductory lectures on psychoanalysis,* S. E., t. 16. --, 1920. *Beyond the pleasure principle,* S. E., t. 18.
– -, 1923. *The Ego and the Id,* S. E., t. 19.
--, 1924. *Economic problem of masochism,* S. E., t. 19.
--, 1925. *The resistance to psychoanalysis,* S. E., t. 19.
– -, 1927. *The future of an illusion,* S. E., t. 21.
--, 1930. *Civilization and its discontents,* S. E., t. 21.
– -, 1931. *Female sexuality,* S. E., t. 21.
--, 1933. *New introductory lectures,* S. E., t. 22.
– -, 1933a. *Why war?,* S. E., t. 22.
--, 1937. *Analysis terminable and interminable,* S. E., t. 23.
--, 1938 (publ. en 1940). *An outline of psychoanalysis,* S. E., t. 23.
Fromm, E., 1932. *Die psychoanalytische Charakterologie and ihre Bedeutung fur die Sozialforschung,* en *Ztsch. f Sozialforschung.* 1: 253-277. *[Psychoanalytic characterology and its relevance for social psycho-logy,* en E. Fromm, *The crisis of psychoanalysis,* Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1970.]
- -, 1934. *Die Sozialpsychologische Bedeutung der Mutterrechts- theorie,* en *Ztsch. f. Sozialforschung,* 3: 196-277. *[The theory of mother right and its relevance for social psychology,* en E. Fromm, *The crisis of psychoanalysis,* Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1970.]
--, con la colab. de E. Schachtel, A. Hartoch-Schachtel, P. Lazarsfeld y otros, 1936. *The authoritarian character structure of german workers and employees before Hiller,* inédito.
--, 1941. *Escape from freedom,* Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.
- -, 1947. *Man for himself: an inquiry into the psychology of ethics,* Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.
--, 1950. *Psychoanalysis and religion,* New Haven: Yale Univ. Press.
--, 1951. *The forgotten language: an introduction to the understanding of dreams, fairytales, and myths,* Nueva York: Holt, Rinehart & Winston. --, 1955. *The sane society,* Nueva York: Holt, Rinehart & Winston. --, 1959. *Sigmund's*

Freud mission, Nueva York: Harper & Bros. --, 1961. *Marx's concept of man,* Nueva York: Frederick Ungar. --, 1963. *The dogma of Christ and other essays on religion, psychology and culture,* Nueva York: Holt, Rinehart & Winston. (la. ed. en *alemin,* 1931.)

--, 1964. *The heart of man,* Nueva York: Harper & Row.

--, 1968. *Marx's contribution to the knowledge of man,* en *Social Science Information,* 7 (3): 7-17. (Reproducido en E. Fromm, 1970: q.v.) --, 1968a. *The revolution of hope,* Nueva York: Harper & Row.

- -, 1970. *The crisis of psichoanalysis: essays on Freud, Marx and Social Psychology,* Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.

--, 1970a. *Freud's model of man and its social determinants,* en E. Fromm, *The crisis of psychoanalysis,* Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.

-- 1970b. *The Oedipus complex: comments on the case of Little Hans,* en E. Fromm, *The crisis of psychoanalysis,* Nueva York: Holt, Rine-hart & Winston.

--, y Maccoby, M., 1970. *Social character in a Mexican village,* Engle-wood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall.

- -, Suzuki, D. T., y Martino, R. de, 1960. *Zen Buddhism and psychoanalysis,* Nueva York: Harper & Bros.

--, y Xirau, R. (comps.), 1968. *The nature of man,* Nueva York: Macmillan.

Garattini, S., y Sigg, E. B., 1969. *Relationship of aggressive behavior to adrenal and gonadal function in male mice,* en S. Garattini y E. B. Sigg (comps.), *Aggressive behavior,* Amsterdam: ExcerptaMedica Foundation.

Gill, D. G., 1970. *Violence against children,* Cambridge: Harvard Univ. Press.

Ginsberg, M. Véase Glover, E., 1934, en colab.

Glickman, S. E., y Sroges, R. W., 1966. *Curiosity in zoo animals,* en *Behaviour,* 26: 151-188.

Glover, E., y Ginsberg, M., 1934. *A symposium on the psychology of peace and war,* en *Brit. Jour. Med. Psych.,* 14: 274-293.

Goodall, J., 1965, *Chimpanzees of the Gombe Stream Reserve,* en I. DeVore (comp.), *Primate behavior: field studies of primates and apes,* Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.

–Véase también Van Lawick-Goodall, J.

Gosliner, B. J. Véase Mahler, H. S., 1955, en colab.

Gower, G., 1968. *Man has no killer instinct,* en M. F. A. Montagu (comp.), *Man and Aggression,* Nueva York: Oxford Univ. Press.

Green, M. R., y Schecter, D. E., 1957. *Autistic and symbiotic disorders in three blind children,* en *Psychiat. Quar., 31:* 628-648.

Groos, K., 1901, *The play of man,* Nueva York: D. L. Appleton.

Guderian, H., 1951. *Erinnerungen eines Soldaten,* Heidelberg. (Citado en J. Ackermann, 1970; q.v,)

Guntrip, H., 1971. *The promise of psychoanalysis,* en B. Landis y E. S. Tauber (comps.), *In the name of life,* Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.

Gunthrie, W. K., 1962 *Earlier presocratics and the pythagoreans, en A history of Greek philosophy, t.* 1, Nueva York: Cambridge Univ. Press.

- -, 1965. *Presocratic traditions from Parmenides to Democritus,* en *A history of Greek philosophy,* t. 2. Nueva York: Cambridge Univ. Press.

Guttinger, R. C. (Citado en C. y W. M. S. Russell, 1968; q.v,)

Hall, K. R. L., 1960. *The social vigilance behaviour of the Chacma baboon, Papio ursinus,* en *Behaviour,* 16: 261-294.

--, 1964. *Aggression in monkey and ape societies,* en J. D. Carthy y F. J. Ebling (comps.), *The natural history of aggression,* Nueva York: Academic.

- -, y DeVore, I., 1965. *Baboon social behavior,* en I. DeVore (comp.), *Primate behavior: field studies of primates and apes,* Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.

Hall, T. E., 1963. *Proxemics —a study of man's spatial relationships,* en I. Galdston (comp.), *Man's image in medicine and anthropology,* Nueva York: Int. Univs. Press.

- -, 1966. *The hidden dimension,* Garden City: Doubleday. [Trad. esp., *La dimensión oculta,* México: Siglo XXI, 1972, de la 2a. en inglés, 1969.]

Hallgarten, G. W. F., 1963. *Imperialismus vor 1914,* Munich: C. H. Becksche Verlagsbuchhandlung,

--, 1969. *Als die Schatten fielen. Memoiren 1900-1968,* Ullstein Verlag. Haney, C., Banks, C., y Zimbardo, P. En prensa. *Interpersonal dynamics in a simulated prison,* en *Int. Jour, of Criminology and Penology,* 1. Hanfstaengl, E., 1970. *Zwischen Weissem and Braunem Haus,* Munich: R. Piper.

Harlow, H. F., 1969. *William James and instinc theory,* en B. Macleod (comp.), *William James, unfinished business,* Washington, D. C.: Amer. Psychol. Assoc.

- —, MacGaugh, J. L., *y* Thompson, R. F., 1971. *Psychology, San* Francis-co: Albion.

Hart, C. W. M., y Pilling, A. R., 1960. *The Tiwi of Nort Australia,* en *Case histories in cultural anthropology,* Nueva York: Holt, Rinehart & Winston,

Hartmann, H., Kris, E., y Loewenstein, *R.* M., 1949. *The psychoanalytic study of the child,* tomos 3 y 4, Nueva York: Int. Univs. Press. Hartoch-Schachtel, A. Véase Fromm, E., 1936.

Hayes, K. J., y Hayes, C., 1951. *The intellectual development of a home-raised chimpanzee,* en *Proc. Amer. Phil. Soc.,* 95: 105-109.

Heath, R. G., 1962. *Brain centers and control of behavior,* en R. G. Heath (comp.), *Psychosomatic medicine,* Filadelfia: Lea & Fabiger.

--, ed., 1964. *The role of pleasure in behavior,* Nueva York: Harper & Row.

Hediger, H., 1942. *Wildtiere in Gefangenschaft,* Basilea: Bruno Schwab. Heiber, H., ed., 1958, *Reichführer: Letters to and from Himmler,* Deutschverlagsanstalt.

Heidel, A., 1942. *The Babylonian genesis: Enuma Elish,* Chicago: Univ. of Chicago Press.

Heisenberg, W., 1958. *The representation of nature in contemporary physics,* en *Daedalus,* 87(3): 95-108.

Helfferich, E. (Citado en J. Ackermann, 1970; q.v.)

Heffner, R. y Kempe, *C.* H. (comps.), 1968. *The battered child,* Chicago: Univ. of Chicago Press.

Helmuth, H., 1967. *Zum Verhalten des Menschen: die Aggression,* en *Ztsch, f Ethnologie,* 92: 265-273.

Hentig, H. von, 1964. *Der Nekrotope Mensch,* Stuttgart: F. Enke Verlag. Heron, W., 1957. *The pathology of boredom,* en *Sci. Amer.* (enero). --, Doane, B. K., y Scott, T. H., 1956. *Can. Jour. of Psych., 10 (1):* 13-18.

Herrick, C. J., 1928. *Brains of rats and man,* Chicago: Univ. of Chicago Press. (Citado por R. B. Livingston, 1967a; q.v.)

Herrigel, E., 1953. *Zen in the art of archery,* Nueva York: Pantheon.

Hess, *W.* R., 1954. *Diencephalon automatic and extrapyramidal structures,* Nueva York: Grune & Stratton.

Hinde, R. A., 1960. *Energy models of motivation,* en T. E. McGill (comp.), *Readings in animal behavior,* Nueva York: Holt, Rinehart & Winston,
--, 1967. *New Society,* 9: 302.
Hitler, A., 1943. *Mein Kampf,* trad. al inglés de R. Manheim, Boston: Houghton Mifflin.
Hoebel, E. A., 1954. *The law of primitive man,* Cambridge: Harvard Univ. Press. (Citado en E. R. Service, 1966; q.v.)
- -, 1958. *Man in the primitive world,* Nueva York: McGraw-Hill. Holbach, P. H. D., 1822. *Systéme social,* París. (Citado en *Die Heilige Familie* por K. Marx, 1844.)
Holt, R. R., 1965. *A review of some of Freud's biological assumptions and their influence on his theories,* en N. S. Greenfield *y W. C.* Lewis (comps.), *Psychoanalysis and current biological thought,* Madison: Univ. of Wisconsin Press.
Horkheimer, M. (comp.), 1936. *Autoritdit and Familie,* París: Librairie Félix Alcan.
Howell, F. C. Véase Washburn, S. L., 1960, en colab.
Jacobs, P. A., Brunton, M., Melville, M. M., Britain, R. P., y McClemont, W. F., 1965. *Aggressive behavior: mental subnormality and the XYY male,* en *Nature,* 208: 1351-1352.
James, W., 1890. *Principles of psychology,* Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.
- -, 1911. *The moral equivalents of war,* en *Memories and Studies* por W. James, Nueva York: Longman's Green.
—, 1923. *Outline of psychology,* Nueva York: Scribner's.
Jay, M., 1973. *The dialectical imagination,* Boston: Little, Brown. Jay, P., Véase Washburn, S. L., y Jay, P. 1968, dir. conj.
Jones, E., 1957. *The life and work of Sigmund Freud,* t. 3, Nueva York: Basic Books.

Kaada, B., 1967. *Aggression and defense: neural mechanisms and social patterns,* en C. D. Clemente y D. B. Lindsley (comps.), *Brain function,* t. 5, Los Angeles: Univ. of California Press.
Kahn, H., 1960. *On thermonuclear war,* Princeton: Princeton Univ. Press. Kanner, L., 1944. *Early infantile autism,* en *Jour. Pediat.,* 25: 211-217.
Kapp, R., 1931. *Comments on Bernfeld and Feitelberg's "Principles of entropy and the death instinct",* en *Int. Jour. Psychoan.,* 12: 82-86. Kempe, C. H. y otros, 1962. *The battered child syndrome,* en *Jour. A.M.A.,* 181 (I): 17-24.
Véase Helfner, R., 1968. en colab.
Kempner, R. M. W., 1969. *Das Dritte Reich am Kreuzverhór,* Munich: Bechtle Verlag.
Klüver, H., y Bucy, P. C., 1934. *Preliminary analysis of functions of the temporal lobes in monkeys,* en *Arch. Neurol. Psych.,* 42: 929. Koffler, F. Véase Tauber, E. W., 1966, en colab.
Kortlandt, A., 1962. *Chimpanzees in the wild,* en *Sci. Amer.,* 206 (5): 128-138.
Krausnick, H., Buchheim, H., Broszat, M., y Jacobsen, H. A., 1968. *Anatomy of the SS State,* Nueva York, Walker.
Krebs, A. (Citado en J. Ackermann, 1970; q.v.)
Kropotkin, P., 1955. *Mutual aid,* Boston: Porter Sargent.
Kubizek, A., 1953. *Adolf Hitler, mein Jugendfreund,* Graz: L. Stocker Verlag.
Kummer, H., 1951. *Soziales Verhalten einer Mantelpaviangruppe,* en *Beiheft z. Schweizerischen Ztsch. f Psychologie and ihre Anwendungen,* 33: 1-91. (Citado en C. y W. M. S. Russell, 1968; q.v.)

Lagerspetz, K. M. J., 1969. *Aggression and aggressiveness in laboratory mice,* en S. Garattini y E. B. Sigg (comps.), *Aggressive behavior,* Amsterdam: Excerpta Medica.

Lancaster, C. S. Véase Washburn, S. L., y Lancaster, C. S., 1968, en colab. Langer, W. C., 1972. *The mind of Adolf Hitler,* Nueva York: Basic Books. Laughlin, W. S., 1968. *Hunting: an integrating biobehavior system and its evolutionary importance,* en ed. R. B. Lee *e* I. DeVore (comps.), *Man, the hunter,* Chicago: Aldine.

Lazarsfeld, P. Véase Fromm, E., 1936.

Lee, R. B., 1968. *What hunters do for a living: or how to make out on scarce ressources,* en R. B. Lee *e* I. DeVore (comps.), *Man, the hunter,* Chicago: Aldine.

--, y DeVore, I., 1968. *Man, the hunter,* Chicago: Aldine.

Lehrman, D. S., 1953. *Problems raised by instinct theory: a critique of Konrad Lorenz's theory of instinctive behavior,* en *Quar. Rev. Biol. 28 (4):* 337-364.

Lenin, V. I. *Sochineniya,* 4a. ed., t. 35. (Citado en R. A. Medvedev, 1971; q.v.)

Leyhausen, P., 1956. *Verhaltensstudien an Katzen,* en *Beih. z. Ztsch. f Tierpsychologie.* (Citado en C. y W. M. S. Russell, 1968; q.v.)

– -, 1965. *The communal organization of solitary mammals,* en *Symposia Zool. Soc. Lond.,* núm. 14: 249-263.

– Véase Lorenz, K., 1968, en colab.

Lindsley, D. B., 1964. *The ontogeny of pleasure. neural and behavioral development,* en R. G. Heath (comp.), *The role of pleasure in behavior,* ed. Nueva York: Harper & Row.

Livingston, R. B., 1962. *How man looks at his own brain: an adventure shared by psychology and neurology,* en S. Koch (comp.), *Biologically oriented fields. Psychology: a study of a science,* Nueva York: Mac-Graw-Hill.

1967. *Brain circuitry relating to complex behavior,* en G. C. Quarton, T. O. Melnechuk, y F. O. Schmitt (comps.), *The neurosciences: a study program,* Nueva York: Rockefeller Univ. Press,

1967a. *Reinforcement,* en G. C. Quarton, T. O. Melnechuk, y F. O. Schmitt (comps.), *The neurosciences: a study program,* Nueva York: Rockefeller Univ. Press.

Lorenz, K., 1937. *fiber die Bildung des Instinktbegriffes,* en *Ober tierisches and menschliches Verhalten,* Munich: R. Piper, 1965.

---, 1940. *Durch Domestikation verursachte Stiorungen arteigenen Verha/tens,* en *Ztsch. z. angew. Psychol. Charakterkunde,* 59: 75. 1950. *The comparative method in studying innate behavior patterns,* en *Symp. Soc. Exp. Biol.* (Animal Behavior), 4: 221-268.

1952. *King Solomon's ring,* Nueva York: Crowell.

-, 1955. *fiber da`s Tóten von Artgenossen,* en *Jahrb. d. Max-Planck-Ges.,* 105-140. (Citado por K. Lorenz, 1966; q.v.)

1964. *Ritualized aggression,* en J. D. Carthy y F. J. Ebling (comps.) *The natural history of aggression,* Nueva York: Academic. *[Lucha ritualizada,* en *Historia natural de la agresión,* México, Siglo XXI, 1966.]

1965. *Evolution and modification of behavior,* Chicago: Univ. of Chicago Press. [Trad. esp.: *Evolución y modificación de la conducta,* México: Siglo XXI, 1971.]

-, 1966. *On aggression.* Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich. (la. ed. *Das sogenannte Bose. Zur Naturgeschichte der Aggression.* Viena Borotha-Schoeler Verlag, 1963.) [Trad. esp.: *Sobre la agresión: el pre-tendido mal.* México: Siglo XXI, 1971,]

1970. *The establishment of the instinct concept,* trad. al inglés por R. Martin de los trabajos publicados en alemán en 1931-42, en *Studies in animal and human behavior.* Cambridge: Harvard Univ. Press.

y Leyhausen, P., 1968. *Antriebe tierischen and menschliches Verhaltens,* Munich: R. Piper. [Trad. esp.: *Biología del comportamiento,* México: Siglo XXI, 1971.]

Maccoby, M., 1972. *Emotional attitudes and political choices,* en *Politics and society* (invierno): 209-239.

-- 1972a. *Technology, work and character. Program on technology and society (a final review/,* Cambridge: Harvard Univ. Press.

, (en prensa) 1974. *Social character, work and technology.*

---. Véase Fromm, E., 1970, en colab.

MacCorquodale, K., 1970. Sobre la resefia de Chomsky a B. F. Skinner, *Verbal Behavior, en Jour. of the Exp. Anal of Behavior,* 13 (I): 83-99.

MacLean, P. D., 1958. *The limbic system with respect to self-preservation and the preservation of the species, enJour. Nerv. Merit. Dis.,* 127:1-11.

Mahler, M. S,, 1968. *On human symbiosis and the vicissitudes of individuation, t,* 1. Nueva York: Int. Univ. Press.

y Gosliner, B. J., 1955. *On symbiotic child psychosis,* en *Psychoanalytic study of the child,* Nueva York: Int. Univs. Press.

Mahringer, J., 1952. *Vorgeschichtliche Kultur,* Benziger Verlag.

Maier, N. R. F., y Schneirla, T. C., 1964. *Principles of animal psychology,* Nueva York: Dover.

Marcuse, H., 1955. *Eros and civilization,* Boston: Beacon.

--, 1964. *One dimensional man,* Boston: Beacon.

Marinetti, F. T., 1909. *Futurist manifesto.* Véase Flint, R. W., ed., 1971. --, 1916. *Futurist manifesto.* Véase Flint, R. W., ed., 1971.

Mark, V. H., y Erwin, F. R., 1970. *Violence and the brain,* Nueva York: Harper & Row.

Marshack, A., 1972. *The roots of civilization,* Nueva York: McGraw-Hill. Marx, K., 1906. *Capital.* t. 1. Chicago: Charles S. Kerr. Nueva York: Int. Univs. Press. May varias traducciones al español.]

y Engels, F. *Gesamtausgabe* (MEGA), t. 5, Moscú.

Maser, W., 1971. *Adolf Hitler, Legende, Mythos, Wirklichkeit,* Munich: Bechtle Verlag.

Maslow, A., 1954. *Motivation and personality,* Nueva York: Harper & Bros.

Mason, W. A., 1970. *Chimpanzee social behavior,* en G. H. Bourne (comp.), *The chimpanzee,* t. 2. Baltimore: Univ. Park.

Matthews, L. H., 1963. *Symposium on aggression,* Institute of Biology. Maturana, H. R., y Varela, F. G., en prensa. *Autopoietic systems.*

Mayo, E., 1933. *The human problems of an industrial civilization,* Nueva York: Macmillan.

McDermott, J. J., ed. 1967. *The writings of William James: a comprehensive edition,* Nueva York: Random House.

McDougall, W., 1913. *The sources and direction of psycho-physical energy,* en *Amer. Jour. of Insanity,* 69.

1923. *An introduction to social psychology,* 7a. ed., Boston: John W. Luce.

--, 1923a. *An outline of psychology,* Londres: Methuen.

--, 1932. *The energies of men: a study of the fundamentals of dynamic psychology,* Nueva York: Scribner's.

--, 1948. *The energies of men,* 7a. ed., Londres: Methuen.

MacGaugh, J. L. Véase Harlow, H. F., 1971, en colab.

Mead, M., 1961. *Cooperation and competition among primitive peoples,* ed. rev., Boston: Beacon (la. ed., Nueva York: MacGraw-Hill, 1937.) Medvedev, R. A., 1971. *Let history judge,* Nueva York: Knopf.

Megargee, E. I., 1969. *The psychology of violence: a critical review of theories of violence,* Prep. para la U. S. National Commission on the causes and Prevention of Violence, Task Force III: Individual Acts of Violence.

Meggitt, M. J., 1960. *Desert people,* Chicago: Univ. of Chicago Press. (Citado en E. R. Service, 1966; q.v.)

--, I964. *Aboriginal food-gatherers of tropical Australia,* Morges, Suiza: Unión Internacional pro Conservación de la Naturaleza y los Recursos Naturales. (Citado en E. R. Service, 1966; q.v.)

Mellaart, J., 1967. *Catal Hüyük: a neolithic town in Anatolia,* Londres: Thames & Hudson. Nueva York: McGraw-Hill.

Melnechuk, T. O. Véase Ploog, D., 1970, en colab.

Menninger, K. A., 1968. *The crime of punishment,* Nueva York: Viking. Milgram, S., 1963. *Behavioral study of obedience,* en *Jour. Abn. & Soc. Psychol.,* 67: 371-378.

Millán, I., en prensa. *Carácter social y desarrollo.*

Miller, N. E., 1941. *Frustration-aggression hypothesis,* en *Psych. Rev., 48:* 337-342.

Milner, P. Véase Olds, J., 1954, en colab.

Monakow, C. von, 1950. *Gehirn and Gewissen,* Zurich: Morgarten. Montagu, M. F. A., 1967. *The human revolution,* Nueva York: Bantam. --, 1968. *Chromosomes and crime,* en *Psychology Today,* 2 (5): 42-44, 46-49.

- -, 1968a. *The new litany of innate depravity: or original sin revisited,* en M. F. A. Montagu (comp.), *Man and aggression,* Nueva York: Oxford Univ. Press.

Monteil, V., 1970. *Indonésie,* París: Horizons de France.

Moran, Lord, 1966. *Churchill: taken from the diaries of Lord Moran,* Boston: Houghton Mifflin.

Morgan, L. H., 1870. *Systems of sanguinity and affinity of the human family,* Publ. 218, Washington, D. C.: Smithsonian Inst.

--, 1877. *Ancient society: or researches in the lines of human progress from savagery through barbarism to civilization,* Nueva York: H. Holt. Morris, D., 1967. *The naked ape,* Nueva York: McGraw-Hill.

Moyer, K. E., 1968. *Kinds of aggression and their physiological basis,* en *Communication in behavioral biology,* parte A, t. 2, Nueva York: Academic.

Mumford, L., 1961. *The city in history,* Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich.

--, 1967. *The myth of the machine: techniques in human development,* Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich.

Murdock, G. P., 1934. *Our primitive contemporaries,* Nueva York: Macmillan.

- -, 1968. Participación en discusiones, en R. B. Lee e I. DeVore (comps.), *Man, the hunter,* Chicago: Aldine.

Napier, J., 1970. *The roots of mankind,* Washington, D. C.: Smithsonian Inst.

Nan, K. J., 1961. *Urgeschichte der Kultur,* Stuttgart: Króner Verlag. Nielsen, J., 1968. *Y chromosomes in male psychiatric patients above 180 ems. tall,* en *Brit. Jour. Psychiat.,* 114: 1589-1590.

Nissen, H. W., 1931. *A field study of the chimpanzee,* en *Comp. Psych. Monog.,* 8 (36).

– Véase Alee, W. C., 1953, en colab.

Nimkoff, M. F. Véase Alee, W. C., 1953, en colab.

Okladnikov, A. P., 1972. (Citado en A. Marshack, 1972; q.v.)

Olds, J., y Milner, P. 1954. *Positive reinforcement produced by electrical stimulation of the septal area and other regions of the rat brain,* en *Jour. Comp. Physiol., 47:* 419-428.

Oppenheimer, J. R., 1955. Alocución ante la 63a. reunión anual de la American Psych. Assoc., el 4 de septiembre.

Ozbekhan, H., 1966. *The triumph of 'technology: "can" implies "ought",* en S. Anderson (comp.), *Planning for diversity and choice: possible futures and their relations to the non-controlled environment,* Cambridge: M.I.T. Press, 1968.

Palmer, S., 1955. *Crime, law,* en *Criminology and Political Science, 66:* 323-3 24.

Pastore, N., 1949. *The nature-nurture controversy,* Nueva York: Columbia Univ. Press, Kings Crown.

Penfield, W., 1960. Introducción a H. W. Magoun *et al.* (comps.), *Neurophysiological basis of the higher functions of the nervous system,* Sec. 1, t. 3 de J. Field (ed.), *Handbook of physiology,* 12 vol., Washington, D. C.: American Physiological Soc.

Penrose, L. S., 1931. *Freud's theory of instinct and other psycho-biological theories,* en *Inter. Jour, of Psychoan.,* 12: 92.

Perry, W. J., 1917. *An ethnological study of warfare,* en *Manchester Memoirs,* t. 61, Manchester: Manchester Literary and Philosophical Society.

--, 1923. *The children of the sun,* Londres.

– 1923a. *The growth of civilization,* Nueva York.

Piaget, J., 1952. *The origins of intelligence in children,* Nueva York: Int. Univs. Press.

Picker, H., 1965. *Hitlers Tischgesprüche im Führerhauptquartier,* ed. y con una introducción de P. E. Schramm. Stuttgart: Seewald Verlag. Piggott, S., 1960. *Theory and prehistory,* en *The evolution of man: mind,culture and society,* t. 2 de S. Tax (comp.), *Evolution after Darwin,* Chicago: Univ. of Chicago Press.

Pilbeam, D., 1970. *The evolution of man,* Londres: Thames & Hudson.

– y Simons, E. L., 1905. *Some problems of hominid classification,* en *Amer. Sci.,* 53: 237-259.

Pilling, A. R. Véase Hart, C. W. M., 1960, en colab.

Ploog, D., 1970. *Social communication among animals,* en F. O. Schmitt (comp), *Neurosciences: second study program,* Nueva York: Rockefeller Univ. Press.

– y Melnechuk, T. O., 1970. *Primate communication,* en F. O. Schmitt, T. O. Melnechuk, G. C. Quarton, y G. Adelman (comps.), *Neurosciences Research Symposium Summaries,* t. 4, Cambridge: M.I.T. Press. Pollock, C. B. Véase Steele, B. F., 1968, en colab.

Portmann, A., 1965. *Vom Ursprung des Menschen,* Basilea: F. Rein Lardt. Pratt, J., 1958. *Epilegomena to the study of Freudian instinc theory,* en *Int. Jour. of Psychoan.,* 39: 17.

Pribram, K., 1962. *The neurophysiology of Sigmund Freud,* en A. J. Bachrach (comp.), *Experimental foundation of clinical psychology,* Nueva York: Basic Books.

Quarton, G. C., Melnechuk, T. O., y Schmitt, F. O. (comps.), 1967. *The neurosciences: a study program,* Nueva York: Rockefeller Univ. Press.

Radhill, S. X., 1968. *A history of child abuse and infanticide,* en R. Helfner y C. H. Kempe (comps.), *The battered child,* Chicago: Univ. of Chicago Press.

Rapaport, D. C., 1971. Prefacio en H. H. Turney-High, *Primitive war, 2a.* ed., Columbia: Univ. of South Carolina Press, 1971.

Rauch, H. J., 1947. *Arch. f Psychiatrie and Nervenkrankheiten,* Berlín. (Citado en H. von Hentig, 1964; q.v.)

Rauschning, H., 1940. *The voice of destruction,* Nueva York: Putnam. Réage, P., 1965. *The story of O,* Nueva York: Grove Press.

Rensch, B., ed. 1965. *Homo sapiens,* Gotinga: Vandenhoek & Ruprecht. Reynolds, V., 1961. *The social life of a colony of rhesus monkeys (Macaca mulata),* tesis para el doctorado en filosofía en la Univ. de London. (Citado en C. y W. M. S. Russell, 1968; q.v.)

- -, y Reynolds, F., 1965. *The chimpanzees of the Bodongo forest,* en I. DeVore (comp.), *Primate behavior: field studies of primates and apes,* Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.

Roe, A., y Simpson, G. C. (comps.), 1967. *Behavior and evolution,* ed. rev., New Haven: Yale Univ. Press. (la. ed. 1958.)

Rogers, C. R., y Skinner, B. F., 1956. *Some issues concerning the control of human behavior: a symposium,* en *Science,* 124: 1057-1066. Rowell, T. E., 1966. *Hierarchy in the organization of the captive baboon group,* en *Animal Behavior,* 14 (4): 430-443.

Russell, C., y Russell, W. M. S., 1968. *Violence, monkeys and man,* Londres: Macmillan.

--, 1968a. *Violence: what are its roots?,* en *New Society* (24 de octubre): 595-60.

Sahlins, M. D., 1960. *The origin of society,* en *Sci. Amer.,* 203 (3).

--, 1968. *Notes on the original affluent society,* en R. B. Lee e I. DeVore (comps.), *Man, the hunter,* Chicago: Aldine.

Salomon, E. von, 1930. *Die Gedchteten,* Rowohlt, edición de bolsillo. *The outlaws,* Londres: Jonathan Cape, 1962.

Sauer, C. O., 1952. *Agricultural origins and dispersals,* Nueva York: American Geographic Soc.

Schachtel, E. Véase Fromm, E., 1936.

Schaller, G. B., 1963. *The mountain gorilla,* Chicago: Univ. of Chicago Press.

- -, 1965. *The behavior of the mountain gorilla,* en I. DeVore (comp.), *Primate behavior: field studies of primates and apes,* Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.

Schecter, D. E., 1968. *The Oedipus complex: Considerations of Ego development and parental interaction,* en *Cont. Psychoan.,* 4 (2): 117.

--, 1973. *On the emergence of human relatedness,* en E. G. Witenberg (comp.), *Interpersonal explorations in psychoanalysis,* Nueva York: Basic Books.

--. Véase Green, M. R., 1957, en colab.

Schneirla, T. C., 1966. *Quar. Rev. Biol.,* 41: 283.

--. Véase Maier, N. R. F., 1964, en colab.

Schramm, P. E., 1965. *Hitler als militürischer Führer,* 2a. ed., Frankfurt: Athendum Verlag.

– Véase Picker, H., 1965,

Schwidezki, I., 1971. *Das Menschenbild der Biologie,* Stuttgart: G. Fischer Verlag.

Scott, J. P., 1958. *Aggression,* Chicago: Univ. of Chicago Press.

- -, 1968. *Hostility and aggression in animals,* en E. I. Bliss (comp.), *Roots of behavior,* Nueva York: Hafner.

—, 1968a. *That old-time aggression,* en M. F. A. Montagu (comp.), *Man and aggression,* ed. Nueva York: Oxford Univ. Press.

--, Bexton, W. H., Heron, W., y Doane, B. K., 1959. *Cognitive effects of perceptual isolation,* en *Can. Jour. of Psych.,* 13 (3): 200-209. Sechenov, I. M., 1863. *Reflexes of the brain,* Cambridge: M.I.T. Press.
(Citado en D. B. Lindsley, 1964; q.v.)
Service, E. R., 1966. *The hunters,* Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall. Shah. S. A., 1970. *Report on XYY chromosomal abnormality,* en *National Institute of Mental Health Conference Report,* Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office.
Siddiqi, M. R. Véase Southwick, C. H., 1965, en colab.
Sigg, E. B. Véase Garattini, S., 1969, en colab.
Simmel, E., 1944. *Self-preservation and the death instinct,* en *Psychoan. Quar.,* 13: 160.
Simons, E. L. Véase Pilbeam, D. R., 1965, en colab.
Simpson G. G., 1944. *Tempo and mode in evolution,* Nueva York: Columbia Univ. Press.
- -, 1949. *The meaning of evolution,* New Haven: Yale Univ. Press.
—, 1953. *The major features of evolution,* Nueva York: Columbia Univ. Press.
– -, 1964. *Biology and man,* Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich.
–Véase Roe, A., 1967, codir.
Skinner, B. F., 1953. *Science and human behavior,* Nueva York: Macmillan,
--, 1961. *The design of cultures,* en *Daedalus,* 534-546.
- -, 1963, *Behaviorism at fifty,* en *Science,* 134: 566-602. En T. W. Wann (comp.), *Behaviorism and phenomenology,* Chicago: Univ. of Chicago Press, 1964.
– -, 1971. *Beyond freedom and dignity,* Nueva York: Knopf.
Véase Roger, C. R., 1956, en colab.
Smith, B. F., 1967. *Adolf Hitler: his family, childhood and youth,* Stan-ford: Hoover Inst., Stanford Univ.
– -, 1971. *Heinrich Himmler: a nazi in the making, 1900-1926,* Stanford: Hoover Inst., Stanford Univ.
– Véase Angress, S. J., 1959, en colab..
Smith, G. E., 1924. *Essays on the evolution of man,* Londres: Humphrey Milford.
--, 1924a. *The evolution of man,* Nueva York: Oxford Univ. Press. Smolla, G., 1967. *Studium Universale: Epochen der Menschlichen Frühzeit,* Munich: Karl Alber Freiburg.
Southwick, C. H., 1964, *An experimental study of intragroup agonistic behavior in rhesus monkeys (Macaca mulata),* en *Behavior, 28:* 182-209.
– Beg, M. A., y Siddiqi, M. R., 1965. *Rhesus monkeys in North India,* en I. DeVore (comp.), *Primate behavior: field studies of primates and apes,* Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.
Speer, A., 1970. *Inside the Third Reich: memoirs of Albert Speer,* trad. R. y C. Winston, introducción por E. Davidson, Londres: Weidenfeld & Nicholson. Nueva York: Macmillan.
- —, 1972. Advertencia final en J. Brosse, *Hitler avant Hitler,* París: Fayard.
Spencer, M. M. Véase Barnett, S. A., 1951, en colab.
Spinoza, Benedictus de, 1927. *Ethics.* Nueva York: Oxford Univ. Press. Spitz, R., y Cobliner, G., 1965. *The first year of life: a psychoanalytic study of normal and deviant development of objetc relations,* Nueva York: Int. Univs. Press.
Spoerri, T., 1959. *Ueber Nikrophilie,* Basilea. (Citado en H. von Hentig, 1964; q.v.)
Sroges, R. W. Véase Glickman, S. E., 1966, en colab.

Steele, B. F., y Pollock, C. B., 1968. *A psychiatric study of parents who abuse infants and small children,* en R. Helfner y C. H. Kempe (comps.), *The battered child,* Chicago: Univ. of Chicago Press.

Steiner, J, M. En preparación. Estudio basado en entrevistas con antiguos guardianes de campo de concentración.

Stewart, U. H., 1968. *Causal factors and processes in the evolution of prefarming societies,* en R. B. Lee e I. DeVore (comps.), *Man, the hunter,* Chicago: Aldine.

Strachey, A., 1957. *The unconscious motives of war,* Londres: Allen & Unwin,

Strachey, J., ed. 1886-1939. *Standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud,* 23 tomos. Londres: Hogarth.

--, 1961, Introducción a S. Freud, *Civilization and its discontents, S.* E., t. 21

Sullivan, H. S., 1953. *Interpersonal theory of psychiatry,* Nueva York: Norton.

Tauber, E. y Koffler, F., 1966. *Optomotor response in human infants to apparent motion: evidence of inactiveness,* en *Science,* 152: 382-383. Tax, S., (comp.), 1960. *The evolution of man: mind, culture and society,* t. 2 de *Evolution after Darwin,* Chicago: Univ. of Chicago Press. Thomas, H., 1961. *The Spanish civil war,* Nueva York: Harper & Bros. Thompson, R. F. Véase Harlow, H. F., 1971, en colab.

Thucydides, 1959. *Peloponnesian war: the Thomas Hobbes translation,* ed. David Grene, 2 tomos. Ann Arbor: Univ. of Michigan Press. Tinbergen, N., 1948. *Physiologische Instinktforschung,* en *Experientia,* 4: 121-133.

--, 1953. *Social behavior in animals,* Nueva York: Wiley.

1968. *Of war and peace in animals and men,* en *Science,* 160: 1411-1418.

'ninnies, F., 1926. *Gesellschaft and Gemeirschaft,* Berlín: Curtius. *Funda-mental concepts of society,* trad. y con un suplemento por C. H. P. Loomis, Nueva York: American Book, 1940.

Turnbull, C. M., 1965. *Wayward servants, or the two worlds of the African pygmies,* Londres: Eyre & Spottiswoode.

Turney-High, H. H., 1971. *Primitive war,* 2a. ed., Columbia: Univ. of South Carolina Press. (la. ed., Nueva York: Columbia Univ. Press, 1949.)

Unamuno, M. de, 1936. (Citado en H. Thomas, 1961; q.v.)

Underhill, R., 1953. *Here come the Navaho,* Washington, D. C.: Bureau of Indian Affairs, U. S. Dept. of Interior.

Valenstein, E., 1968. *Biology of drives,* en *Neurosciences Research Pro-gram Bulletin, 6:* 1, Cambridge, M.I.T. Press.

Van Lawick-Goodall, J., 1968. *The behavior of free-living chimpanzees in the Gombe Stream Reserve,* en *Animal behavior monographs,* ed. J. M. Cullen y C. G. Beer, t. 1, parte 3, Londres: Bailliere, Tindall & Castle.

– 1971. *In the shadow of man,* Boston: Houghton Mifflin.

– Véase también Goodall, J.

Varela, F. C. Véase Maturana, H. R. Próximam., en colab.

Vollhard, E. (Citado en A. C. Blanc, 1961; q.v.)

Waelder, R., 1956. *Critical discussion of the concept of an instinct of destruction,* en *Bul. Phil. Assoc.,* 97-109.

Warlimont, W., 1964. *lm Hauptquartier der Deutschen Wehrmacht 1939-1945,* Frankfurt del Meno-Bonn.

Washburn, S. L., 1957. *Australopithecines, the hunters or the hunted?,* en *Amer. Anthropologist.,* 59.

– 1959. *Speculations of the interrelations of the history of tools and biological evolution,* en J. N. Spuhler (comp.), *The evolution of man's capacity for culture,* Detroit: Wayne State Univ. Press.

---, ed., 1961. *Social life of early man,* Chicago: Aldine.

– y Avis, V., 1958. *Evolution of human behavior,* en A. Roe y G. G. Simpson (comps.), *Behavior and evolution,* ed. rev., New Haven: Yale Univ. Press, 1967.

– y DeVore, I., 1961. *The social life of baboons,* en Sci. *Amer.* 31 (junio): 353-359.

y Howell, F. *C.,* 1960. *Human evolution and culture,* en S. Tax (comps.), *The evolution of man,* Chicago: Univ. of Chicago Press.

- -, y Jay, P. (comps.), 1968. *Perspectives of human evolution,* Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.

--, y Lancaster, C. S., 1968. *The evolution of hunting,* en R. B. Lee e I. DeVore (comps.), *Man, the hunter,* Chicago: Aldine.

Watson, J. B., 1914. *Behavior: an introduction to comparative psychology,* Nueva York: H. Holt.

– -, 1958. *Behaviorism,* Chicago: Univ. of Chicago Press.

Weiss, P., 1925. *Tierisches Verhalten als "Systemreaktion". Die Orientierung der Ruhestellungen von Schmetterlingen (Vanessa) gegen Licht and Schwerkraft,* en *Biologia Generalis,* 1: 168-248.

--, 1967. "1 + 1 2" [Cuando uno más uno no es igual a dos], en G. C. Quarton, T. O. Melnechuk y F. O. Schmitt (comps.), *The neurosciences: a study program,* Nueva York: Rockefeller Univ. Press.

- -, 1970. *The living system,* en A. Koestler y L. Smities (comps.), *Beyond reductionism,* Nueva York: Macmillan.

White, B. L. Véase Wolff, P., 1965, en colab.

Whitehead, A. N., 1967. *The function of reason,* ed. rev., Boston: Beacon. Wicker, T., 1971. Sección "Op-Ed", *The New York Times* (18 de septiembre).

Wiesel, E., 1972. *Souls on fire,* Nueva York: Random House.

Wolff, K., 1961. *Eichmann's chief, Heinrich Himmler,* en *Neue Illustrierte,* 17 (16): 20. (Citado en J. Ackermann, 1970; q.v.)

Wolff, P., y White, B. L., 1965. *Visual pursuit and attention in young infants,* en *Jour. Child Psychiat.,* 4, (Citado en D. E. Schecter, 1973; q.v.)

Worden, F. G. Próximam. *Scientific concepts and the nature of conscious experience,* en *American Handbook of Psychiatry,* t. 6. Nueva York: Basic Books.

Wright, Q., 1965. *A study of war,* 2a. ed., Chicago: Univ. of Chicago Press.

Yerkes, R. M., y Yerkes, A. V., 1929. *The great apes: a study of anthropoid life,* New Haven: Yale Univ. Press.

Young, J., 1971. *An introduction to the study of man,* Nueva York: Oxford Univ. Press, Clarendon.

Zeissler, A., 1943. Entrevista, 24 de junio. (Citado en W. C. Langer, 1972; q.v.)

Ziegler, H. S., 1965. *Adolf Hitler,* 3a. ed., Gotinga: K. W. Schutz Verlag.

--, ed., 1970. *Wer War Hitler?* Contribuciones al estudio de Hitler, en conjunción con el Institut fur Deutsch Nachkriegsgeschichte publicadopor la *Deutsche Hochschullehrzeitung,* Gptinga: Grabert Verlag.

Zimbardo, P., 1972. *Pathology of imprisonment,* en *Trans-Action, 9* (abril): 4-8.

--, Véase Haney, C., en prensa, en colab.

Zing Yang Kuo, 1960. *Studies on the basic factors in animal fighting: VII, inter-species co-existence in mammals,* en *Jour. Gen. Psychol., 97:* 211-225.

Zuckerman, S., 1932. *The social life of monkeys and apes*, Londres: K. Paul, Trench, Tribner.